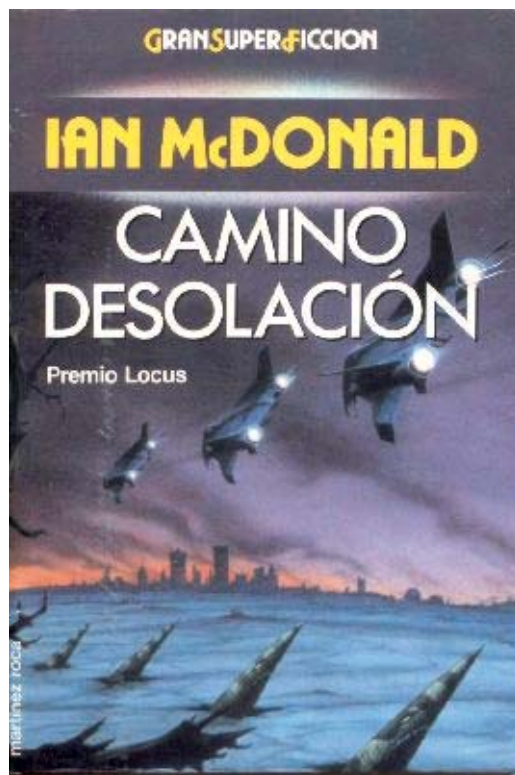


CAMINO DESOLACIÓN



Ian McDonald



Ian McDonald

Título original: Desolation Road
© 1988 by Ian McDonald
© 1992, Ediciones Martínez Roca.
Gran vía 774 - Barcelona
ISBN 84-270-1594-1
Enviado por Carlos Palazón
R6 08/02

A las numerosas personas que contribuyeron a levantar del polvo a Camino Desolación, y especialmente, a Patricia, arquitecta, defensora constante y Primera Dama del pueblo.

Durante tres días el doctor Alimantando había atravesado el desierto tras la persona verde. Siguiendo las señas que le hacía un dedo formado de judías escarlata articuladas, había navegado por el desierto de arenisca roja, el desierto de piedras rojas y el desierto de arena roja. Y cada noche, sentado junto al fuego que encendía con restos de madera petrificada, mientras escribía en sus diarios, salía el anillo lunar, aquel torrente enjorjado de satélites artificiales, que atraía a la persona verde haciéndola emerger de las profundidades del desierto.

La primera noche, los meteoros titilaban allá en la estratosfera cuando la persona verde se acercó al doctor Alimantando.

—Deja que me acerque a tu fuego, amigo, deja que me caliente, dame abrigo, porque yo provengo de una época más cálida que ésta.

El doctor Alimantando hizo unas señas a la persona verde para que se acercara. Al observar la extraña silueta desnuda, el doctor Alimantando se sintió impulsado a preguntar:

—¿Qué clase de criatura eres?

—Soy un hombre —repuso la persona verde. Al hablar, su boca, sus labios, su lengua aparecían verdes como una hoja. Sus dientes eran pequeños y amarillos como los granos del maíz—. ¿Y tú qué eres?

—Un hombre también.

—Entonces somos iguales. Atiza el fuego, amigo, déjame sentir el calor de las llamas.

El doctor Alimantando pateó la pila de madera gris y las chispas se elevaron hacia la noche. Al cabo de un rato, la persona verde preguntó:

—¿Tienes agua, amigo?

—Sí, pero quiero utilizarla con cautela. No sé cuánto tiempo me pasaré atravesando este desierto, ni si volveré a encontrar agua durante mi viaje.

—Amigo, mañana te conduciré hasta donde hay agua si esta noche me das tu termo.

El doctor Alimantando se quedó inmóvil durante largo rato bajo las luces inquietas del anillo lunar. Después, desenganchó de la mochila uno de los termos y por encima de las llamas se lo pasó a la persona verde. Ésta se bebió todo el contenido del termo. A su alrededor, el aire se colmó de un aroma de verdor, como el que inunda los bosques después de una lluvia de primavera. Después, el doctor Alimantando se quedó dormido y no soñó absolutamente nada.

A la mañana siguiente, junto a los rescoldos del fuego, donde había estado la persona verde, sólo encontró piedras rojas.

La segunda noche, el doctor Alimantando acampó, comió y escribió en su diario. Luego, permaneció sentado, embargado por la estimulante sensación de vastedad del desierto de piedra. Había navegado y navegado, alejándose de las colinas de Deuteronomio, del desierto de arenisca roja, por el desierto de piedra roja, a través de tierras llenas de abismos y grietas, como un cerebro petrificado, por suelos de piedra pulida, entre cimas erosionadas de oscuro cristal volcánico, por bosques que habían estado petrificados durante un billón de años, descendiendo por cursos de agua que llevaban secos un billón de años, a través de empalizadas esculpidas por el viento, por mesetas fantasmales, saltando por encima de delgados bordes de granito para zambullirse en cañones de ecos infinitos, sujetándose con ojos aterrorizados a cada saliente mientras los levitadores promagnéticos de la tabla eólica se esforzaban por mantenerla a flote. Había corrido delante del viento persistente, había navegado y

navegado hasta que los primeros alfilerazos de las estrellas nocturnas traspasaron el cielo.

Mientras estaba allí sentado, unos láser azulados titilaron a rachas por la bóveda celeste, y la persona verde volvió a acudir a él.

—¿Dónde está el agua que me prometiste? —le preguntó el doctor Alimantando.

—Hace tiempo, había agua por todas partes, y volverá a haberla —repuso la persona verde—. Esta piedra que aquí ves, en otros tiempos fue arena y volverá a ser la arena de una playa dentro de un millón de años.

—¿Dónde está el agua que me prometiste? —gritó el doctor Alimantando.

—Acompáñame, amigo.

La persona verde lo condujo por una abertura en el desfiladero rojo y allí, en la oscura profundidad, oyeron el gorgoteo solitario del agua clara que iba manando de una grieta en la roca para caer a un pequeño estanque oscuro. El doctor Alimantando llenó sus termos pero no bebió. Temía manchar aquella agua antigua y solitaria. En el lugar donde había estado la persona verde, unos tallos verde pálido comenzaron a asomar a través de las húmedas huellas de sus pies. Entonces, el doctor Alimantando se quedó dormido y en toda la noche no soñó absolutamente nada.

A la mañana siguiente, junto a los rescoldos del fuego, donde la persona verde se había sentado, apareció un árbol gris marchito.

A la tercera noche, después del tercer día, cuando había navegado por el desierto de arena roja, el doctor Alimantando hizo la fogata, preparó el campamento y escribió sus observaciones y especulaciones en los diarios encuadernados en piel, con su letra fina, delicada, llena de rizos y fiorituras. Esa noche estaba cansado; la travesía del desierto de arena lo había dejado extenuado, seco. Al inicio del viaje, había sentido las cosquillas del regocijo y los granos de arena arrastrados por el viento mientras se elevaba una y otra vez en su tabla cólica para superar la perpetua rompiente de las olas de arena. Había viajado por la arena roja, por la azul, la amarilla, la verde, la blanca y la negra, ola tras ola hasta que la rompiente lo quebró y lo dejó exhausto y seco, para enfrentarse al desierto de soda, al de sal y al de ácido. Y más allá de esos desiertos, en el lugar que superaba todo cansancio, estaba el desierto de la calma, donde se oía el tañir de campanas lejanas, como si sonaran en los campanarios de ciudades que llevaran sepultadas en la arena un billón de años, o en los campanarios de ciudades que allí se alzarían dentro de un billón de años. Y en el corazón del desierto, el doctor Alimantando se detuvo, y bajo un cielo hecho enorme por las luces de una Nave Planeadora que llegaba al borde del mundo, la persona verde acudió a él por tercera vez. Se acuclilló lejos del halo de la luz del fuego y con el dedo se puso a dibujar figuras en el polvo.

—¿Quién eres? —le preguntó el doctor Alimantando—. ¿Por qué atormentas mis noches?

—A pesar de que viajamos por dimensiones diferentes, al igual que tú, soy un viajero en este árido lugar falto de agua —repuso la persona verde.

—Explícame eso de «dimensiones diferentes».

—El tiempo y el espacio. Tú, tiempo; yo, espacio.

—¿Cómo es posible? —inquirió, extrañado, el doctor Alimantando, que sentía un interés apasionado por el tiempo y la temporalidad.

Por culpa del tiempo lo habían echado de su hogar, en las verdes colinas de Deuteronomio, tachado de «demonio», «hechicero» y «devorador de niños» por sus vecinos que no lograban encajar su excentricidad creativa e inocua dentro de su mundo estrictamente definido de vacas, casas de madera, ovejas, ensilaje y cercas de blancas estacas.

—¿Cómo haces para viajar por el tiempo, algo que me he pasado años tratando de conseguir?

—El tiempo forma parte de mí —respondió la persona verde poniéndose en pie y pasándose las puntas de los dedos por el cuerpo—. Por eso he aprendido a controlarlo, como he aprendido a controlar las demás partes de mi cuerpo.

—¿Se puede enseñar esa habilidad?

—¿A ti? No. No tienes el color adecuado. Pero algún día lo aprenderás de un modo distinto, creo.

Al doctor Alimantando el corazón le dio un vuelco.

—¿Qué quieres decir?

—Es algo que tú has de decidir. Estoy aquí sólo porque el futuro así lo exige.

—Hablas con unos acertijos que se me escapan. Explícate mejor. No tolero la torpeza.

—Estoy aquí para conducirte hasta tu destino.

—Ah. ¿Y entonces?

—A menos que yo esté aquí, cierta serie de acontecimientos no se producirán; es algo que mis semejantes han decidido, porque el tiempo y el espacio les pertenecen por entero y pueden manipularlos, y me han enviado para guiarte hasta tu destino.

—¡Sé más explícito, hombre! —gritó el doctor Alimantando montando en cólera.

Pero la luz del fuego fluctuó y las velas de la embarcación Praesidium que llenaban el cielo titilaron bajo la luz del sol desaparecido, y la persona verde se desvaneció. El doctor Alimantando esperó al abrigo de su tabla cólica, esperó hasta que de su fuego sólo quedaron rescoldos rojos. Y entonces, cuando supo que esa noche la persona verde no regresaría, se quedó dormido y soñó un sueño de acero. En su sueño, unas máquinas titánicas del color de la herrumbre, arrancaban la piel del desierto y depositaban en su carne tierna unos huevos de hierro. Los huevos se incubaban y de ellos salían unas retorcidas larvas metálicas hambrientas de oligisto rojo, magnetita y rojos hematites arriñonados. Los gusanos de acero se construyeron un altísimo nido de chimeneas y hornos, una ciudad que escupía humo y vapor siseante, con martillos sonoros y chispas por doquier, plagada de ríos de blanco acero hirviente y blancos zánganos obreros que servían a los gusanos.

A la mañana siguiente, cuando el doctor Alimantando se despertó, comprobó que durante la noche se había levantado el viento y que su tabla cólica aparecía cubierta de arena. En el lugar donde se había acucillado la persona verde, al borde de la luz del fuego, encontró un peñasco agrietado de verde malaquita.

La brisa se hizo más persistente y alejó al doctor Alimantando del corazón del desierto. Inspiró el aire perfumado de vino y escuchó cómo crujía el viento en las velas y cómo murmuraba la arena que volaba ante él impulsada por el viento. Notó como el sudor se le secaba sobre la piel y la sal le grababa la cara y las manos. Navegó y navegó durante toda la mañana. El sol acababa de alcanzar su cénit cuando el doctor Alimantando vio su primer y último espejismo. Una línea de plata pura y brillante recorrió sus meditaciones sobre el tiempo y sus viajeros: una plata purísima, reluciente, recorría en dirección este—oeste una línea de acantilados bajos que parecían delimitar el final del desierto de arena. Y acercándose, el doctor Alimantando distinguió en el fulgor plateado unas sombras oscuras y un brillo verdoso, como de cosas verdes que crecieran en la distancia.

Triquiñuelas de mente sedienta, se dijo, conduciendo su tabla flotante por un leve sendero a través de los acantilados cargados de cuevas, pero al llegar a la cúspide de la elevación, vio que no se trataba de triquiñuelas de mente sedienta ni de un espejismo. El fulgor verdoso era en realidad el fulgor de cosas verdes que crecían, la sombra de la oscura silueta pertenecía a una peculiar saliente de rocas de cuya cima sobresalía como una pluma, las antenas de una torre de retransmisión de microondas, y la línea de plata era justamente eso, dos conjuntos de líneas férreas paralelas de acero de calibre corriente sobre las que se reflejaba el sol.

El doctor Alimantando caminó unos instantes por el verde oasis recordando el aroma del verde, el aspecto del verde, su efecto bajo los pies. Se sentó a escuchar el gorgoteo

del agua que corría por el sistema de canales de irrigación y el chirrido paciente de las bombas cólicas que la extraían desde alguna capa acuífera subterránea. El doctor Alimantando recogió plátanos, higos y granadas y con ánimo taciturno comió a la sombra de un álamo. Se alegraba de encontrarse al final de las austeras tierras desérticas; sin embargo, en su interior había muerto el viento espiritual que lo había impulsado a través de aquel paisaje desolado. El sol brillaba sobre el oasis donde zumbaban las abejas y el doctor Alimantando se fue sumiendo poco a poco en un cómodo y perezoso sopor.

Después de un tiempo indefinido, lo despertó el aguijonazo de la arena en la mejilla. Embargado por la pereza y con los ojos entornados, tardó en darse cuenta de lo que ocurría. Después, la realidad lo golpeó como un clavo enterrado entre los ojos. Se sentó de golpe y el horror lo hizo estremecer hasta la médula.

Con las prisas se había olvidado de atar la tabla eólica.

Arrastrada por el viento creciente, la tabla suelta se bamboleaba alejándose en vuelo rasante sobre los secos llanos. Impotente, el doctor Alimantando contempló cómo su único medio de liberación se alejaba de él por los Altos Llanos. Contempló la vela verde brillante hasta que se convirtió en un puntito de color en el horizonte. Después, durante un largo rato se quedó como un tonto tratando de buscar una solución, pero no lograba pensar en otra cosa que en aquella tabla cólica burlona y bamboleante. Había perdido su destino, había permitido que el viento se lo arrebatara. Esa noche, la persona verde saldría del tiempo para hablar con él, pero él no estaría allí porque había perdido su destino y toda aquella serie de acontecimientos que las mentes preclaras de las personas verdes habían previsto jamás llegarían a realizarse. Todo perdido. Enfermo de rabia y de disgusto, el doctor Alimantando sacó las cosas de su mochila con la esperanza de que fueran a rescatarlo. Quizá aparecería un tren por las vías. Quizá podría arreglar algún mecanismo de la torre de retransmisión para enviar una señal de ayuda a través de las ondas aéreas. Quizá el propietario de aquel lugar fértil, verde y engañosamente benigno podría ayudarlo. Quizá... quizá. Quizá aquello era simplemente el sueño de una siesta del que despertaría para encontrar su desvencijada tabla eólica flotando a su lado.

Después de los «quizás» vinieron los «ojalás». Ojalá no me hubiera dormido, ojalá hubiera atado la cuerda... ojalá.

Un fragor subsónico, que hacía rechinar los dientes, sacudió el oasis. El aire se estremeció. El agua tembló y las hojas de las plantas la dejaron caer en gotas. La torre metálica de retransmisión vibró toda y, consternado, el doctor Alimantando se incorporó de un salto. Al parecer, en lo profundo del desierto, debía de haber algún disturbio, porque su superficie se agitaba y se movía como si un objeto enorme se estuviera sacudiendo allá en el fondo. La arena se ampolló toda, como si estuviera en ebullición, y se elevó en torrentes de arenisca para revelar una especie enorme de caja brillante y anaranjada, de suaves bordes redondeados que surgió del fondo del Gran Desierto. En sus flancos montañosos se leía la palabra ROTTECH escrita en letras negras. Impulsado por su fatal curiosidad, el doctor Alimantando se acercó sigilosamente al borde de los acantilados. La caja anaranjada, del tamaño de una casa, descansaba en el suelo del desierto, murmurando potentemente.

—Una órfica —susurró el doctor Alimantando mientras el corazón, aterrado, le galopaba en el pecho.

—¡Buenas tardes, hombre! —lo saludó de pronto una voz que el doctor Alimantando oyó en el interior de su cabeza.

—¿Cómo? —gritó el doctor Alimantando.

—Buenas tardes, hombre. Discúlpame por no saludarte con más rapidez, pero es que me estoy muriendo, y se trata de un proceso que se me hace difícil.

—¿Cómo dices?

—Que me estoy muriendo; mis sistemas están fallando, se rompen como hilos. Mi intelecto, que fue titánico, se desmorona hacia la idiotez. Mírame, hombre, mi hermoso

cuerpo está surcado de cicatrices, ampollas y manchas. Me estoy muriendo, he sido abandonada por mis hermanas, que me han dejado en este horrible desierto para que me muera en lugar de depositarme en la periferia del cielo como me corresponde por mi calidad de órfica, con los escudos desactivados y ardiendo en breve gloria estelar en la atmósfera superior. ¡Malditas sean mis infieles hermanas! Si en esto se han convertido las generaciones más jóvenes, entonces me alegro de abandonar esta existencia. Aunque ojalá no fuera de un modo tan poco digno. Quizá puedas ayudarme a morir dignamente.

—¿Ayudarte? ¿A ti? Eres una órfica, una sierva de la Santísima Señora, ¿eres tú quien debería ayudarme! Igual que tú, he sido abandonado aquí, y si no consigo ayuda, mi fin no tardará en seguir al tuyo. He sido abandonado aquí por un capricho del destino, me ha fallado mi medio de transporte.

—Tienes pies.

—No estarás hablando en serio.

—Hombre, no me importunes con tus nimias necesidades. No tengo edad para ayudarte; ni siquiera estoy en condiciones de transportarme a mí misma. Tú y yo permaneceremos aquí, en el lugar que he creado. Cierto es que tu presencia aquí no estaba planificada y es extraoficial; el Plan de Quinientos Años no permite asentamientos en este microambiente durante otros seis años, pero puedes quedarte hasta que pase el próximo tren y te lleve a alguna parte.

—¿Y cuánto tardará en pasar?

—Veintiocho meses.

—¿Veintiocho meses?

—Lo siento, pero ése es el pronóstico del Plan de Quinientos Años. Es verdad que el ambiente que he preparado es tosco, pero te permitirá mantenerte, y después que yo muera, tendrás acceso a todo el equipo que hay en mi interior. Y ahora, si ya has terminado de molestarme con tus pesares, ¿puedo dedicarme a los míos?

—¡Pero has de sacarme de aquí! Mi destino no es ser... no es ser... sea lo que sea que me tengáis asignado...

—Guarda de sistemas de comunicaciones.

—Guarda de sistemas de comunicaciones: ¡grandes acontecimientos esperan que yo les dé inicio en alguna parte!

—Sea cual sea tu destino, a partir de ahora, habrá que elaborarlo desde aquí. Y ahora, ahórrate tus lamentaciones, hombre, y déjame morir con un poco de dignidad.

—¿Morir? ¿Morir? ¿Cómo puede morir una máquina, un módulo de ingeniería ambiental ROTTECH, una órfica?

—Contestaré a esa única pregunta, y a ninguna otra más. La vida de una órfica es larga, yo misma tengo casi setecientos años, pero somos tan mortales como tú, hombre. Y ahora, déjame en paz y encomienda mi alma al cuidado de nuestra Señora de Tharsis.

El penetrante murmullo cesó abruptamente. Expectante, el doctor Alimantando contuvo el aliento hasta que se le hizo imposible seguir haciéndolo, pero la órfica continuaba inmutable sobre la arena roja. Sumido en un reverente silencio, el doctor Alimantando exploró el pequeño reino hecho a mano que la órfica le había legado. Encontró cuevas particularmente finas entretejidas en la saliente de roca que sostenía la torre de retransmisión de microondas; el doctor Alimantando estableció en ellas su morada. En aquellas enormes cavernas redondas, sus escasas posesiones parecían triviales. Desenrolló el saco de dormir acolchado para olearlo y fue a recoger algo para la cena.

Empezaba a oscurecer. Las primeras joyas del anillo lunar comenzaban a brillar en el cielo. Allá arriba, las insensibles órficas rodaban y caían, eternamente atrapadas en el acto de precipitarse. Retenida por el suelo y la gravedad, su moribunda hermana proyectaba sobre la arena gigantescas sombras purpúreas. El doctor Alimantando cenó sin ganas y se fue a dormir. A las dos menos diez un vozarrón lo despertó.

—¡Que Dios pudra a ROTTECH! —bramaba la voz.

El doctor Alimantando recorrió velozmente las cuevas negras como la pez para comprobar qué ocurría. El aire nocturno estaba cargado de energía; los haces luminosos de los reflectores traspasaban la oscuridad, y partes del potente cuerpo de la órfica entraban y salían, se abrían y se cerraban. El doctor Alimantando sólo vestía un camisón y la órfica, al notar su estremecimiento, lo paralizó como a un santo mártir con la luz de sus reflectores.

—¡Ayúdame, hombre! Esto de morir no es tan sencillo como imaginaba.

—Es porque eres una máquina y no eres humana —gritó el doctor Alimantando protegiéndose los ojos del fulgor de los reflectores—. En realidad, los humanos mueren muy fácilmente.

—¿Por qué una no se puede morir cuando quiere? Ayúdame, hombre, ayúdame, entra en mí y te enseñaré cómo ser piadoso conmigo, porque esta progresiva debilidad, esta incontinencia mecánica es intolerable. Baja a mi interior, hombre. ¡Ayúdame!

Así, el doctor Alimantando bajó descalzo por el rústico sendero que había recorrido esa misma mañana. Descubrió entonces que, sin saberlo, debía de haber navegado sobre la órfica sepultada. Qué cosas más extrañas, de lo más extrañas. Caminó presuroso por la arena aún caliente hasta llegar a la cara murmurante del coloso. En el suave metal apareció una mancha oscura del tamaño de una moneda de veinte centavos.

—Aquí está el activador de terminación de mis sistemas. Púlsalo y dejaré de existir. Todos mis sistemas se desconectarán, mis circuitos se fundirán y moriré. Hazlo, hombre.

—No lo sé...

—Hombre, tengo setecientos años, soy tan vieja como esta tierra sobre la que tú caminas; ¿es que en estos tiempos degenerados, mi edad ya no infunde respeto entre vosotros, los humanos? Respeta mis deseos, no quiero otra cosa que terminar. Toca la mancha. Hazlo, hombre, ayúdame.

El doctor Alimantando tocó la mancha oscura y de inmediato se fundió en el cálido metal anaranjado. Lenta y gradualmente, el murmullo vital de la órfica se fue haciendo entrecortado hasta desaparecer por completo en el silencio del Gran Desierto. Cuando la enorme máquina se relajó y murió, sus múltiples paneles, escotillas y secciones se abrieron, dejando al descubierto los maravillosos mecanismos de su interior. Cuando tuvo la certeza de que la órfica estaba muerta, el doctor Alimantando volvió sigilosamente a su cama, embargado por la preocupación y la culpa que le causaba lo que acababa de hacer.

Por la mañana, fue a recoger el cuerpo de la órfica que había matado. Durante cinco días de labor frenética, impulsiva y absolutamente deliciosa, con los restos construyó un colector solar con forma de rombo, cinco veces más alto que él; lo montó, no sin cierta dificultad, sobre el soporte de una bomba cólica. Aseguradas la energía y el agua caliente, pasó a hacer ventanas en las paredes de las cuevas y con plástico que sacó de la planta de polimerización de la órfica, las dotó de cristales que le permitieron contemplar la incomparable vista del Gran Desierto. Desmontó el cadáver y lo transportó, pieza por pieza, acantilado arriba, hasta su nuevo hogar. Se internó en las entrañas de la máquina para rescatar mecanismos con los que podría construir cultivadores automáticos, bombas de riego, placas calefactoras eléctricas, paneles de alumbramiento, digestores de metano, sistemas de aspersión, todo ello con un poco de trabajo e inventiva. El doctor Alimantando adoraba la inventiva, particularmente la suya. Cada dispositivo que lograba fabricar lo deleitaba durante días hasta que construía el siguiente. Poco a poco, a medida que el doctor Alimantando iba construyendo nuevos colectores solares, la órfica quedó transformada primero en una lamentable carcasa, luego en secciones, y más tarde en placas hasta que una noche, el vendaval sopló con verdadera fuerza, con tanta fuerza que el doctor Alimantando tembló en su cama casera y se enroscó en el interior de su saco de dormir acolchado. Por la mañana, los huesos de la máquina muerta habían desaparecido como una ciudad antigua bajo las arenas impulsadas por el viento.

Pero la muerte de la órfica había permitido al doctor Alimantando transformar el oasis de espera en una verdadera ermita tecnológica y cómoda, un mundo particular desconocido incluso para quienes habían construido el mundo, donde un hombre podía meditar a sus anchas sobre su destino, sobre la densidad, el tiempo, el espacio, el significado de la vida. El doctor Alimantando hizo todo esto y, como el papel escaseaba, con carboncillo escribió sus meditaciones en las paredes de las cuevas. Durante un año y un día cubrió las paredes con expresiones algebraicas y teoremas en lógica simbólica, hasta que una tarde vio el vapor de un tren en el horizonte occidental y supo que la promesa de la órfica se había hecho realidad, incluso con siete meses de anticipación. Esperó a que el tren se encontrara lo suficientemente cerca como para leer el nombre de Ferrocarriles Belén Ares y luego subió a la cámara más alta de su casa, la sala meteorológica, y se sentó a contemplar el gran desierto hasta que el tren había alcanzado el horizonte oriental. Se daba cuenta de que su destino era algo místico y variable; por sus estudios sabía que eran muchos los caminos que atravesando los paisajes del tiempo y la paradoja lo conducirían a él. Ése era su destino, vivir una vida de fructífera soledad en lo alto de una cima desierta. Se le ocurrían otros peores. Por ello, una mañana, poco después de que pasara por el universo del doctor Alimantando el primer tren de la historia, el hombre sacó una botella de vino de vainas de guisantes y se fue a la sala meteorológica. La cueva más elevada, con sus cuatro ventanas dispuestas en cada una de las direcciones de la brújula, le resultaba tan fascinante que la visitaba de vez en cuando, para que no perdiera su aura especial. Se quedó contemplando durante largo rato cada paisaje. Después se sirvió un vaso tras otro de vino de vainas de guisantes hasta que no quedó una gota en la botella y entonces, levantó la copa y bautizó cada cosa que veía.

—Camino Desolación —dijo con voz beoda, y se bebió la última copa—. Te llamas Camino Desolación.

Y Camino Desolación le quedó, aunque más tarde, cuando el doctor Alimantando hubo recuperado la sobriedad, se dio cuenta de que no había querido ponerle Camino Desolación, sino Camino Destino.

2

El señor Jericó había impulsado su carro plano de ferrocarril a través de bosques y llanuras. En él había recorrido prados y metrópolis. Lo había impulsado a través de arrozales, huertos, pantanos y montañas. En aquel momento atravesaba el Gran Desierto. Era paciente. Era obstinado. Era un hombrecito huesudo, duro y negro como la raíz pulida de un árbol del desierto, inexorable y sin edad. Habría sido capaz de darle a la manivela e impulsar su carro plano hasta el borde del mundo si con ello hubiera logrado ocultarse de los hombres que querían matarlo. Lo habían encontrado en Telpherson, en el Apartadero de Namanga hasta en Xipotle, a pesar de que incluso a él le había resultado difícil dar con Xipotle. Se había pasado cinco días mirando por encima del hombro, y al sexto, ya no fue preciso, porque los asesinos vestidos como ciudadanos se habían apeado del tren llamando la atención de todo el mundo, y el señor Jericó se había marchado a esa misma hora.

La suya había sido una salida a la desesperada; se había dirigido hacia el Gran Desierto, pero la desesperación y el desierto eran lo único que le quedaba al señor Jericó. Tenía las manos ampolladas de tanto impulsar la barra recalentada, y se le estaba acabando el agua, pero continuaba dándole a la ridícula manivela del carro plano de ferrocarril ¡través de kilómetros y kilómetros de piedra y ardiente arena roja. No le hacía gracia la idea de morir entre aquellas piedras y la ardiente arena roja. No era forma de morir para un Paternóster de las Familias Exaltadas. Así lo decía Jim Jericó. Así lo decía

la sabiduría reunida de su Exaltados Antepasados que saltaba en el limbochip que llevaba clavada en el hipotálamo. Tal vez era preferible la aguja de un asesino. O tal vez no. El señor Jericó volvió a aferrar la manivela y lentamente, con dolo: hizo que el carro plano se pusiera en movimiento.

Era el Paternóster más joven que había logrado acceder a las Líneas Exaltadas y había tenido que echar mano de toda la sabiduría almacenada por sus antepasados, incluida la de su lamentado predecesor inmediato, Paternóster Willem, para sobrevivir durante sus primeros meses en el poder. Habían sido los Antepasados Exaltados quienes lo habían urgido a trasladarse de Metrópolis al Nuevo Mundo.

Una economía en expansión, habían dicho, mil y una parcelas operativas por explotar. Y él las había explotado, porque la explotación era la finalidad de las Familias Exaltadas: la delincuencia, el vicio, la extorsión, el chantaje, la corrupción, el narcotráfico, las apuestas, el fraude informático, la esclavitud: mil y una parcelas económicas. El señor Jericó no había sido el primero, pero había sido el mejor. La audacia de su osadía delictiva pudo haber hecho contener el aliento del público en general de pura admiración indignada, pero también le había ganado rivales que, después de superar rencillas de poca monta, se aliaron para destruirlo a él y a su Familia. Restablecida la paz, pudieron retomar su guerra de aniquilación mutua.

El señor Jericó se detuvo para secarse el sudor salado de la frente. A pesar del auxilio de las Disciplinas Damantinas, sus fuerzas estaban tocando a su fin. Cerró los ojos para no ver el fulgor del sol sobre la arena, se concentró e intentó exprimir las glándulas suprarrenales para que liberaran la noradrenalina que le permitiría seguir adelante. Las voces de los Antepasados Exaltados clamaban en su interior como cuervos en una catedral; palabras de consejo, palabras de aliento, palabras de advertencia, palabras de desdén.

—¡Callaos! —rugió al cielo azul iónico.

Y se hizo el silencio. Fortalecido por su empecinamiento, el señor Jericó volvió a aferrar la barra. La barra bajó. Y subió. El carro plano se puso en movimiento. La barra bajó. Y subió. Al subir, el señor Jericó atisbo un fulgor verdoso en el horizonte cercano. Parpadeó, se secó el sudor que le caía en los ojos y miró con más detenimiento. Verde. Verde complementario sobre rojo. Dominó la vista tal como le había enseñado Paternóster Augustine, centrándola en los límites entre los objetos, donde las diferencias se hacían aparentes. Auxiliado por este método, logró distinguir pequeños alfilerazos de luz: el sol reflejándose en paneles solares, dedujeron las sabidurías reunidas de los Antepasados Exaltados. Verde sobre rojo y paneles solares. Signos de habitación. El señor Jericó aferró la barra con renovado vigor.

Entre sus pies había dos objetos. Uno era una bufanda de seda con estampados indostánicos. Envuelta en ella había una pistola de agujas, con empuñadura hecha de huesos humanos, el arma de honor tradicional entre las Familias Exaltadas. El otro era una bolsa de cuero engañosamente pequeña, tipo maletín. Contenía tres millones y cuarto de dólares nuevos, en billetes grandes del Banco Unido del Desembarco en Solsticio. Esos dos objetos, junto con la ropa que llevaba puesta y los zapatos que calzaba, eran las únicas cosas que el señor Jericó había logrado llevar consigo la Víspera de la Destrucción.

Sus enemigos habían atacado al unísono y por todas partes. Aunque a su alrededor su imperio se desmoronaba en una orgía de bombas, incendios y asesinatos, el señor Jericó había tenido tiempo de detenerse un instante para admirar la eficacia de sus adversarios. Así lo establecía la senda del honor. Los había tristemente subestimado, no eran los paletos ni los jefes militares pueblerinos e insignificantes por los que él los había tomado. La próxima vez sabría a qué atenerse. Del mismo modo que ellos habían subestimado a Jameson Jericó si creían que iba a doblegarse ante ellos. A su alrededor, los suyos iban cayendo: muy bien, trabajaría solo. Activó su mecanismo de huida. En la fracción de

segundo antes de que los programas virus redujeran su red de datos a una sopa proteica, Jameson Jericó obtuvo una nueva identidad. Una centésima parte de un segundo antes de que los programas de auditoria del gobierno accedieran a su matriz de créditos, Jameson Jericó transfirió siete millones de dólares a las cuentas que una serie de falsas empresas habían abierto en las sucursales bancarias de cincuenta pueblecitos del hemisferio norte del planeta. Sólo había tenido tiempo de adeudar el dinero que llevaba en su maletín negro cuando los Paternósters descubrieron su muerte falsificada (pobre tío su doble, pero los negocios eran los negocios) y enviaron en su busca asesinos y programas rastreadores. Jameson Jericó dejó atrás casa, esposa, hijos, cuanto había querido y cuanto había creado. En ese momento, corría por el Gran Desierto en un carro plano robado a los Ferrocarriles Belén Ares, en busca del último lugar en el mundo donde a nadie se le ocurriera buscarlo.

Atardecía casi cuando el señor Jericó llegó al asentamiento. No resultaba nada impresionante, y menos para un hombre acostumbrado a los grandiosos panoramas arquitectónicos de las antiguas ciudades del Gran Valle, que se había criado en Metrópolis, la ciudad anular, la más poderosa de todas. Había una casa, una choza de adobe levantada contra un saliente de roca roja cubierta de ventanas, una torre de retransmisión de microondas, un puñado de colectores solares, bombas cólicas y mucho huerto verde ligeramente descuidado. Con todo, el aislamiento de aquel lugar impresionó enormemente al señor Jericó. A nadie se le ocurriría ir allí a buscarlo. Bajó del chirriante carro plano para remojarse las ampollas en el aljibe que había junto a la casa. Empapó el pañuelo rojo y se humedeció la nuca con el agua tibia mientras iba mentalmente catalogando el huerto. Maíz, judías, cebollas, zanahorias, patatas, blancas y dulces; ñames, espinacas, hierbas diversas. El agua iba goteando rojiza por los canales de riego que había entre las parcelas.

—No nos faltará de nada —dijo el señor Jericó para sus adentros. Los Antepasados Exaltados estuvieron de acuerdo. Un halcón desértico chilló desde lo alto de la torre de microondas.

—¡Hola! —gritó el señor Jericó con todas sus fuerzas—. Hoooolaaa... —No se oyó eco alguno. No había allí nada que sirviera de eco a su voz, a excepción de las rojas colinas que se alzaban en el horizonte sur—. Hoooolaaa...

Al cabo de un rato, una figura salió de la choza de adobe; era un hombre alto y delgado, oscuro como el cuero. Tenía unos largos bigotes enroscados.

—Me llamo Jericó —dijo el señor Jericó, ansioso por ganar ventaja.

—Alimantando —dijo el hombre alto y coriáceo. Tenía una expresión insegura—. Doctor —añadió.

Los dos hombres hicieron una reverencia envarada, insegura.

—Encantado de conocerlo —dijo el señor Jericó. Alimantando era un nombre de Deuteronomio: gente susceptible la de Deuteronomio. Eran de los primeros colonizadores, tendían a pensar que el planeta entero les pertenecía y se mostraban un tanto intolerantes con los recién llegados—. Verá, estoy de paso, pero necesito un sitio donde pasar la noche, agua, comida y un techo. ¿Puede ayudarme?

El doctor Alimantando estudió al huésped no invitado. Se encogió de hombros.

—Soy un hombre ocupado. Me encuentro inmerso en una importante investigación y agradecería que no perturbaran mi tranquilidad de ánimo.

—¿Y qué es lo que está investigando?

—Estoy reuniendo un compendio de teorías cronodinámicas. Los Antepasados Exaltados lanzaron la respuesta adecuada a la superficie de la mente del señor Jericó.

—Ah, como los Postulados sobre la Sincronización de Webener y la Triple Paradoja de Chen Tsu.

La mirada suspicaz del doctor Alimantando contenía el fulgor del respeto.

—¿Cuánto piensa quedarse?

—Sólo una noche.

—¿Seguro?

—Seguro. Estoy de paso. Me quedará sólo una noche.

El señor Jericó sólo se quedó una noche que duró veinte años.

3

La tormenta estaba cerca ya y la goleta ferroviaria corría delante de ella a toda vela tratando de sacarle todos los kilómetros de ventaja posibles a la hirviente nube de polvo marrón. Durante tres días había corrido delante de la tormenta, tres días desde la mañana en que el abuelo Harán volviera su ojo izquierdo, el meteorológico, hacia el horizonte occidental y notara un sucio cerco ocre en el cielo.

—Se acerca el tiempo sucio —había vaticinado, y el tiempo sucio había llegado para avanzar poco a poco hasta que estuvo tan cerca de los pioneros que incluso Rael Mándela, maldecido con el don del pragmatismo, se dio cuenta de que les sería imposible superarlo y que la única esperanza de su familia radicaba en que consiguiesen un lugar donde refugiarse antes de que acabaran engullidos por el polvo.

—¡Más velocidad, más velocidad! —chilló.

Y el abuelo Harán y la querida y hermosa Eva Mándela, esposa mística, en avanzado estado de gestación, sacaron hasta el último pañuelo para agregarlo a la vela hasta que la goleta ferroviaria zumbó y cantó por las rectas vías de acero.

Los palos crujieron, las guindalezas vibraron sonoras, el carro cólico se meció y se bamboleó. En el vagón de equipajes, las cabras y las llamas balaban aterradas, y los cerdos escarbaban contra los barrotes de sus jaulas. Allá atrás, unas oleadas de polvo marrón se esparcían por la tierra y los perseguían cada vez más cercanas.

Rael Mándela volvió a reprocharse por la decisión apresurada de lanzarse a cruzar el Gran Desierto acompañado de su mujer embarazada y su padre. Cuatro días antes, en los Llanos de Murcheson, la alternativa había sido bien simple. Si colocaba la palanca de maniobra de la aguja hacia un lado, su familia iría a parar al sur, a las tierras colonizadas de Deuteronomio y el Gran Oxo; si la colocaba hacia el lado contrario, acabarían cruzando el Gran Desierto, en dirección de las zonas deshabitadas del Norte de Argyre y Transpolaris. No lo había dudado. Le había hecho gracia verse como un osado pionero que cultivaba tierras nuevas con sus propias manos. Se había enorgullecido. Y por ello recibía este castigo. Los mapas y las cartas lo decían claramente, los topógrafos de ROTTECH indicaban que en esa dirección no había asentamientos en mil kilómetros.

Una ráfaga de viento azotó la vela mayor y la partió por la mitad. Rael Mándela se quedó boquiabierto mirando cómo ondeaban los harapos restantes. Entonces dio orden de ceñir el viento. A pesar de ello, otras tres velas se partieron produciendo unos sonidos como pistoletazos. La goleta ferroviaria se estremeció y perdió parte de su impulso. Entonces, Eva Mándela se puso en pie, medio tambaleante, y se aferró a una guindaleza susurrante. El vientre le palpitaba con los dolores de parto, tenía las aletas de las nariz muy abiertas y la mirada perdida como la de una cierva asustada.

—Hay algo allá a lo lejos —dijo con una voz que se perdía en el fragor del viento y los cables—. Lo huelo; hay verdor y plantas allá a lo lejos. Harán, tú que tienes ojos para eso, ¿qué ves?

El abuelo Harán enfocó su ojo meteorológico hacia la línea geoméricamente perfecta y envuelto en el polvo y la bruma que presagiaban la tormenta, vio lo que Eva Mándela había oído: una mancha verdosa como de plantas y, más aún, una alta torre metálica y unos colectores solares en forma de rombo.

—¡Está habitado! —gritó—. ¡Un asentamiento! Estamos salvados.

—¡Más vela! —rugió Rael Mándela mientras las hilachas de lona le azotaban las orejas—. ¡Más vela!

El abuelo Harán sacrificó el antiguo estandarte familiar, confeccionado con la más pura seda de Nueva Merionedd, que habría utilizado para proclamar orgullosamente el reino de su hijo en las tierras situadas más allá del desierto, y Eva Mándela aportó su vestido de novia de organdí color crema y sus enaguas más finas. Rael Mándela sacrificó seis hojas de insustituible laminado solar plástico, para izarlas junto con todo lo demás por el palo mayor. El viento envolvió a la goleta ferroviaria y ésta se estremeció y dio un saltito, y con más aspecto de circo ambulante atrapado en una tromba marina que de pioneros decididos a conquistar nuevas tierras, la familia de colonizadores Mándela bajó a toda velocidad por las vías en dirección a su refugio.

El doctor Alimantando y el señor Jericó habían divisado la goleta ferroviaria cuando todavía estaba lejos, un trozo de lona multicolor que ondeaba delante del frente de la tormenta. Habían desafiado las primeras ráfagas de polvo para recoger los delicados pétalos de los colectores solares, cerrándolos en apretados capullos, y para plegar las antenas parabólicas y las de elementos orientables hacia el interior de la torre de retransmisión. Mientras trabajaban, con las cabezas y las manos envueltas en gruesos turbantes de tela, el viento fue adquiriendo más y más fuerza hasta convertirse en un ulular huracanado que llenó el aire con los alfilerazos del polvo. Cuando la goleta ferroviaria frenó con furia en medio de un fragor de chirridos y chispas, el doctor Alimantando y el señor Jericó corrieron a su encuentro para ayudar a descargar el furgón de cola. Trabajaron con la sincronización silenciosa y desinteresada de los hombres que sólo se han conocido durante un tiempo largo y solitario. Su forma mecánica e incansable de levantar y llevar las cosas le pareció a Eva Mándela un tanto aterradora; el ganado, los rizomas, las semillas, las herramientas, la maquinaria, los materiales, las telas, los enseres domésticos, los clavos, los tornillos, los pasadores y las pinturas; lo bajaron y lo acomodaron todo sin decir una sola palabra.

—¿Dónde podemos guardarlo? —gritó Rael Mándela. El doctor Alimantando le hizo señas con un dedo envuelto en tela y los condujo a una cueva seca y abrigada.

—Ésta es para vosotros y la contigua, para vuestro equipo.

Cuando faltaban diecisiete minutos para las diecisiete, se desencadenó la tormenta de polvo. En ese mismo momento, Eva Mándela empezó a parir. Mientras su vestido de novia, sus enaguas, el estandarte familiar y las seis hojas de valioso laminado solar se remontaban en la atmósfera, impulsados por unos vientos que le habrían arrancado a un hombre la carne de los huesos, ella empujaba y jadeaba, empujaba y jadeaba en el interior de la cueva seca y abrigada, a la lumbre de unas velas de sebo; empujó y empujó hasta traer al mundo a dos criaturas berreantes. Sus vagidos iniciales fueron ahogados por el gemido más poderoso de la tormenta. Por la boca de la cueva se fue colando un hilillo de arena roja. Bajo la fluctuante luz amarilla de las velas, Rael Mándela levantó en brazos a su hijo y a su hija.

—Limaal —le dijo al niño que sostenía en la mano derecha—. Taasmin —le dijo a la niña que sostenía en la izquierda, y al hacerlo, les transmitió su maldición, para que su racionalismo de derechas pasara a su hijo, y el misticismo de izquierdas de su esposa pasara a su hija.

Eran los primeros ciudadanos naturales de Camino Desolación, y por tener ellos la ciudadanía, se la pasaban a sus padres y a su abuelo, pues no podrían aspirar a las tierras que se extendían más allá del desierto mientras fueran niños de pecho. Por ello, se quedaron allí para siempre, y jamás encontraron las tierras que hay al otro lado de las montañas y que todos los Mándela han buscado desde entonces, porque saben que Camino Desolación se encuentra a un paso del Paraíso y no se conforman con eso.

Rajandra Das vivía en un agujero debajo de la Plataforma 19 de la Estación Principal de Meridiana. Compartía el agujero con muchas otras personas; debajo de la Estación Principal de Meridiana había muchos agujeros, de modo que también había mucha gente. Se autodenominaban caballeros del ocio, peritos de la libertad, becarios del Universum de la Vida, Espíritus Alegres. Los directivos ferroviarios los llamaban chicos de las cloacas, vagabundos, mendigos, filibusteros, gorriones y holgazanes. Los pasajeros los llamaban nobles venidos a menos, desafortunados, almas caídas y caballeros del infortunio y abrían sus monederos cuando se los encontraban acucillados en los escalones de la estación, con las manos tendidas para recibir una lluvia de centavos, mientras miraban fijamente con ojos blanquecinos, cortesía de unas lentes de contacto especiales con cataratas, fabricadas por la Compañía Oftalmológica Luz de Oriente, de la calle del Pan Oriental. Sin embargo, Rajandra Das se consideraba muy por encima de las dádivas de los viajeros de Meridiana. Se mantenía principalmente en el interior de la comunidad subterránea de la Estación Principal, y vivía de lo que los mendigos podían pagarle a cambio de sus servicios. Gozaba de una cierta dosis de respeto (aunque el valor que se le otorgaba al respeto en un reino de vagabundos era algo cuestionable), porque era poseedor de un talento.

A Rajandra Das le había sido dado el poder de encantar todo tipo de maquinaria. No había nada mecánico, eléctrico, electrónico o submolecular que se resistiera a Rajandra Das. Adoraba las máquinas, adoraba desmontarlas, hacer chapuzas, volver a montarlas, mejorarlas; y a las máquinas les encantaba el tacto de sus dedos largos y diestros cuando acariciaban sus entrañas y hacían vibrar sus componentes sensibles. Las máquinas cantaban para él, ronroneaban para él, lo hacían todo para él. Las máquinas lo amaban con loca pasión. Toda vez que un dispositivo de los agujeros que había debajo de la Estación Principal de Meridiana se estropeaba, se dirigía directamente a Rajandra Das, quien entonces tarareaba, lanzaba risotadas y se mesaba la prolija barba castaña. Acto seguido, de su chaqueta con múltiples bolsillos, extraía destornilladores, desmontaba el dispositivo y, cinco minutos más tarde, lo dejaba arreglado y funcionando mejor que antes. Engatusaba a las bombillas eléctricas con una vida útil de cuatro meses para que funcionaran durante dos años. Era capaz de afinar tanto las radios que después captaban las conversaciones cósmicas entre los habitáis en órbita espacial de ROTECH. Sabía reconectar brazos y piernas protésicas (que no escaseaban en la Estación Principal de Meridiana) para que fueran más veloces y más fuertes que los miembros de carne y hueso a los que reemplazaban.

Tales habilidades no pasaron inadvertidas para las autoridades de la estación, y en cierta ocasión, cuando un filtro de prefusión no cumplía con su cometido o un fallo persistente en la botella de presión número tres hacía que los ingenieros, frustrados, lanzaran al suelo sus llaves inglesas E—M inductoras de campo, entonces, el subaprendiz más joven era enviado al laberinto de pasillos y túneles con olor a heces a buscar a Rajandra Das. Y Rajandra Das componía el fallo y ajustaba el filtro averiado y todo volvía a funcionar bien, si no mejor.

Y así, Rajandra Das llevaba una vida encantada; inmune a las purgas periódicas de la policía del transporte, respetado y querido y con una situación desahogada. Pero un día, Rajandra Das ganó la Lotería del Gran Ferrocarril.

Se trataba de un ingenioso producto de la ingeniería social diseñado por un vago legendario conocido exclusivamente con el nombre del Viejo Tipo Sabio, y funcionaba así. Una vez al mes, el nombre de cada ser subterráneo que vivía debajo de la Estación Principal de Meridiana entraba en una tómbola. Se sacaba un nombre y el ganador era invitado a abandonar la Estación Principal de Meridiana esa misma noche en cualquier tren de su elección. Porque el Viejo Tipo Sabio se había percatado de que la Estación

Principal de Meridiana no era más que una trampa; un agujero abrigado, cómodo y seco, una invitación a la eternización de la mendicidad y la automortificación más conformistas. Era la negación de todo potencial humano. Era una cárcel moderada. Y como era viejo y sabio (viejo como el mundo, sostenía la leyenda) el Viejo Tipo Sabio instituyó dos leyes que regían su juego. La primera establecía que en la tómbola debían entrar todos los nombres sin excepción. La segunda, que ningún ganador podía rechazar el premio.

Y así fue como la tómbola de la salita con postales de los ganadores anteriores colgadas en las paredes lanzó un ronroneo y una tosecita y escupió el nombre de Rajandra Das. Tal vez fue pura cuestión de suerte. Aunque muy bien pudo haberse debido a las ansias por caer bien de la máquina de la tómbola. Fuera como fuese, Rajandra Das ganó y mientras metía sus escasas posesiones en una bolsa de lona, por arriba, como por debajo de la Estación Principal de Meridiana, en el Apartadero de Carga de la avenida Esterhazie se inició el rumor que llegó hasta la oficina del jefe de estación, el señor Populescu:

—Rajandra Das ha ganado la lotería... ¿te has enterado? Rajandra Das ha ganado la lotería... se marcha esta noche...

—¿De veras?

—Sí, ha ganado la lotería.

De modo que cuando se hizo medianoche y Rajandra Das se acuclilló en una boca de inspección junto a la Línea Principal Descendente Número Dos, a esperar que la señal luminosa cambiara, al lado de las vías había unas doscientas personas que habían acudido a despedirlo.

—¿Hacia dónde te diriges? —inquirió Djon Pot Huahn, compañero de agujero y fiel proveedor.

—No lo sé. Creo que, a la larga, acabaré en Sabiduría. Siempre he querido conocer Sabiduría.

—Pero RD, eso está en el otro extremo del mundo.

—Razón de más para llegar allí.

Y entonces, la señal luminosa cambió a verde y al fondo de las vías, desde el brillante fulgor de la Estación Principal de Meridiana, se oyeron los resoplidos y siseos del vapor calentado por fusión. De entre la luz resplandeciente y el vapor salió el tren, mil toneladas y media de resonante acero de la Belén Ares. Con agobiante lentitud, los furgones rodaron pesadamente ante el escondite de Rajandra Das. Rajandra Das contó hasta doce, su número de la suerte, y saltó. Mientras corría entre el tren y las filas de amigos sinceros, las manos se tendieron hacia él para palmearlo en las espaldas y una serie de voces le lanzaron gritos de ánimo. Rajandra Das sonrió y los saludó con la mano sin dejar de correr. Poco a poco, el tren fue aumentando la velocidad. Rajandra Das escogió su vagón y saltó sobre el enganche. De la oscuridad surgieron gritos, vivas y aplausos. Se desplazó por el costado del furgón e intentó abrir la puerta. Su encanto no le había fallado. No estaba cerrada con llave. Rajandra Das hizo deslizarse la puerta y entró rodando. Se acomodó sobre una pila de cajas de mangos. El tren se internó en la noche. Durante su sueño incómodo e irregular, Rajandra Das tuvo la impresión de que el tren se detenía durante largos períodos en anónimas estaciones de empalme para dar paso a trenes más brillantes y veloces. Al amanecer se despertó y desayunó mangos. Abrió la puerta y se sentó con las piernas colgando sobre las vías, y contempló cómo salía el sol desde el otro lado de un vasto desierto rojo, mientras iba comiendo mangos que cortaba con su cuchillo de hojas múltiples de las Fuerzas de Defensa, robado en la Ferretería Krishnamurthi, de la calle del Agua. Como no tenía otra cosa que contemplar que una enorme extensión de desierto rojo, volvió a dormirse y soñó con las torres de Sabiduría, que brillaban bajo la luz del amanecer mientras el sol salía al otro lado del Mar Sínico.

Cuando faltaban doce minutos para las doce, Rajandra Das despertó al notar una pequeña explosión en la base de su columna. Vio las estrellas; acicateado por el dolor, luchó por recuperar el aliento. Notó otra explosión y otra más. Rajandra Das no estaba aún lo bastante despierto como para darse cuenta de que se trataba de patadas en los riñones. Incapaz de respirar lo suficiente como para gritar, rodó sobre la espalda y una cara sudorosa y peluda le soltó de lleno todo su miasma.

—Maldito vagabundo, holgazán, bueno para nada —gruñó la cara grasienta.

Un pie se movió hacia atrás dispuesto a encajar otra patada.

—No no no no no no no no, no patees —gimió Rajandra Das cuando en algún recoveco de sus pulmones encontró aire suficiente para suplicar con las manos levantadas a guisa de inútil defensa.

—Maldito vagabundo, holgazán, bueno para nada —repitió con más énfasis el aliento de miasma, y le encajó a Rajandra Das otra patada que lo dejó sin aliento.

Una mano agarró a Rajandra Das por la chaqueta raída y lo levantó en vilo.

—Te vas a bajar —dijo la cara arrastrando a Rajandra Das hasta la puerta abierta.

Bajo las ruedas, el desierto rojo pasaba raudamente.

—No no no no no —suplicó Rajandra Das—. Aquí no, en el desierto no. ¡Es un asesinato!

—¿Y a mí qué me importa? —gruñó la cara sudorosa, pero algún vestigio de decencia que los Ferrocarriles Belén Ares habían dejado intacto debió de sentirse aludido, porque depositó a Rajandra Das sobre un montón de cajas de mangos y se sentó a observarlo mientras se daba golpecitos en el muslo con la porra—. A la mínima que el tren aminore la marcha, te bajas.

Rajandra Das no dijo palabra. Sentía cómo los cardenales de la espalda se le iban poniendo morados.

Al cabo de media hora el furgón dio una sacudida. Por la presión de los cardenales, Rajandra Das dedujo que el tren aminoraba la marcha.

—Dónde estamos, ¿eh? ¿En algún sitio civilizado?

El guardia sonrió dejando al descubierto unas ventanitas de dientes podridos. El tren aminoró la marcha. Con un chirrido de frenos, se detuvo. El guardia abrió la puerta dejando entrar el brillante resplandor del sol.

—Ey ey ey, pero ¿qué es esto? —inquirió Rajandra Das parpadeando deslumbrado.

Acto seguido se encontró tirado en el suelo duro, otra vez sin aliento. El bolso de lona le cayó sobre el pecho con un ruido seco y le causó un gran dolor. Sonaron unos silbatos, el vapor siseó, los pistones matraquearon. Un hilillo de líquido caliente bajó por la cara de Rajandra Das. ¡Sangre!, pensó. Parpadeó, escupió y se sentó. El guardia le estaba orinando encima; riendo estruendosamente, se guardó el verrugoso miembro en el interior de los rancios pantalones. El tren soltó un silbido y se puso en movimiento.

—Cabrones —dijo Rajandra Das dirigiéndose a la compañía ferroviaria en general.

Se limpió la cara con la manga. La orina formó una oscura mancha roja en el polvo. Podría haber sido sangre. Todavía sentado, Rajandra Das le echó una prolongada mirada al lugar donde había aterrizado. Casitas de adobe, uno o dos muros blancos, un poco de verde, unos cuantos árboles, unas bombas eólicas, un puñado de colectores solares con forma de rombo y una rechoncha torre de retransmisión de microondas en lo alto de una pila de rocas que daban toda la impresión de estar habitadas.

—No está mal —dijo Rajandra Das, amado por tómbolas, trenes, furgones, pero no por los guardias, nunca por los guardias de la Compañía Ferroviaria Belén Ares.

Bajo el calor rielante del mediodía se acercaban unas siluetas. Rajandra Das se incorporó con dificultad y fue al encuentro de sus nuevos anfitriones.

—Ey —dijo—, ¿saben si por aquí hay algún sitio que venda postales de este lugar?

A Babooshka no le gustaban los trenes. Su volumen la intimidaba. Su peso la aplastaba. Su velocidad la alarmaba y el ruido de sus ruedas era como la aproximación del fin del mundo. Tenía miedo del vapor y las emanaciones que lanzaban y de la posibilidad de que sus tokamaks de fusión explotaran y la redujeran a átomos sueltos en la atmósfera superior. Detestaba los trenes. Sobre todo los trenes que debían atravesar horribos desiertos rojos. A Babooshka los trenes le resultaban del todo indiferentes. Incluso ése en el cual cruzaba un horrible desierto rojo.

—Misha, Misha, ¿cuánto falta para que nos bajemos de esta horrible máquina?

Mikal Margolis, mineralogista, químico industrial, hijo obediente y joven pionero, apartó la vista del hipnótico desierto rojo, limpio, disponible y con un hermoso potencial geológico, y le respondió a su anciana y menuda madre:

—Todo habrá pasado en su debido momento, y entonces, estaremos en Valle Paraíso, donde sólo llueve a las dos de la madrugada, donde al sembrar una semilla tienes que apartarte para que al brotar no te dé en la barbilla, donde hay pájaros cantores tan mansos que se posan en tu dedo para cantar, donde tú y yo, madre, haremos fortuna y acabaremos nuestros días rodeados de salud, dinero y felicidad.

A Babooshka le complació la simple historia de maravillas que su hijo acababa de contarle. Le gustaba eso de que los pájaros cantores mansos se te posaran en los dedos. En Nueva Cosmomal sólo había unos cuervos negros de canto estridente.

—Pero ¿cuánto más falta, Misha?

—Hasta la próxima parada, madre. En este desierto no hay ciudades, de modo que no pararemos hasta que hayamos llegado. En la próxima parada haremos trasbordo y tomaremos el ferrocarril de montaña que nos llevará a Valle Paraíso.

—Vaya, no me gusta eso de cambiar de tren. No me gustan los trenes, Misha, no me gustan nada.

—No te preocupes, madre. Estoy aquí contigo. ¿Te apetecería un poco de té de menta para calmarte los nervios?

—Me encantaría, Misha. Gracias.

Mikal Margolis pulsó el timbre para llamar al camarero que les trajo té de menta en una pequeña tetera decorada con la insignia negra y dorada de los Ferrocarriles Belén Ares. Babooshka sorbió su té y entre sorbo y sorbo le sonreía a su hijo. Mikal Margolis le devolvía la sonrisa y se preguntaba qué iba a decirle a su madre cuando llegaran a Valle Paraíso, porque aquel lugar sólo era un Paraíso para los químicos industriales, donde la lluvia sólo caía a las dos de la madrugada porque era a esa hora cuando las refinerías liberaban a la atmósfera los gases de descarga, donde el etileno añadido a la tierra hacía que las plantas crecieran de la noche a la mañana para marchitarse y morir, y donde todos los pájaros habían sucumbido hacía tiempo, víctimas de las descargas tóxicas, y los que se posaban en los dedos para cantar eran unas ingeniosas imitaciones mecánicas, parte del programa de relaciones públicas de la Compañía.

Ya se preocuparía de todo eso cuando se acercara más el momento. Al otro lado de la ventanilla polarizada se encontraba el excitante desierto rojo, un paisaje casi humano, una tierra arenosa plagada de maravillas, llena de piedras y minerales. Se imaginó recorriéndolo a lomos de un caballo, envuelto en un sarape y un turbante, mientras la maleta de cuero para muestras iba golpeándole contra la espalda. Sumido en tales ensoñaciones, acunado por el suave mecerse del tren, no tardó en dormirse.

Se despertó en medio de un pandemónium. Pero no el pandemónium que daba nombre al cruce donde debían hacer trasbordo para ir a Valle Paraíso, sino el otro, más temible. Las válvulas siseaban, se oían gritos, entrechocar de metales, y alguien que lo sacudía por el hombro y le decía:

—Señor, su madre, señor, despierte, señor, es su madre, señor, señor. Mikal Margolis miró fijamente al camarero y éste le repitió:

—Señor, su madre, señor.

Babooshka no estaba en su asiento. El equipaje había desaparecido. Mikal Margolis salió disparado hacia la ventanilla y vio a su madre que se deslizaba alegremente por el costado de las vías, seguida de un joven delgado, con barba, que sonreía bajo una pila de paquetes y maletas.

—¡Madre! —rugió—. ¡Madre!

Babooshka, mujer pequeñita y feliz como una muñequita de porcelana, levantó la cabeza y saludó con la mano.

—¡Misha! ¡Venga! No perdamos tiempo. Hemos de encontrar la otra estación.

—¡Madre! —gritó Mikal Margolis—. ¡Esta no es la parada correcta!

Sus palabras quedaron envueltas por una nube de vapor y el tronar de los motores de fusión al activarse. Entre crujidos y con dificultades, el tren comenzó a moverse.

—¡Señor, señor! —gritó el camarero moviendo los brazos como alas.

Mikal Margolis lo sentó de un empujón en un asiento vacío y se abalanzó hacia la puerta. Saltó justo en el momento en que el vagón pasaba junto al extremo del andén provisional.

Presa de la indignación, Babooshka retrocedió por el andén como una tromba.

—¡Misha, qué susto le has dado a tu pobre madre! Mira que dormirte en el tren. Andando, o perderemos el ferrocarril de montaña.

El descarado mozo de cuerda se desternillaba de la risa y tuvo que depositar las maletas en el suelo.

—Madre, ¿dónde están las montañas?

—Detrás de los edificios.

—Madre, puedes ver perfectamente por encima de los edificios porque son bajos. Madre, ésta no es la estación.

—¿Ah, no? Entonces, ¿dónde te ha hecho bajar tu pobre madre? Mikal Margolis señaló hacia unas palabras escritas con bonitos guijarros blancos, junto al borde de las vías.

—En Camino Desolación, madre.

—Esta es la siguiente parada, ¿no?

—Debíamos habernos bajado en Pandemónium. Se suponía que el tren no tenía aquí parada. Se supone que este pueblo no debía estar aquí.

—¡Entonces, échale la culpa a la compañía de trenes, o a este pueblo, pero no a tu pobre madre! —exclamó Babooshka, colérica, y durante aproximadamente veinte minutos se dedicó a censurar, a satirizar y a maldecir a la empresa ferroviaria en general, a sus trenes, sus vías, sus señales, su material móvil, sus maquinistas, sus revisores, sus camareros y todo aquel que tuviera la más mínima relación con los Ferrocarriles Belén Ares, hasta el encargado de fregar los lavabos de tercera clase.

Finalmente, el doctor Alimantando, jefe nominal de Camino Desolación, 7 hab., 1.250 m de altitud, «A un paso del Paraíso», llegó para poner fin al altercado y así, volver a dedicarse en paz a sus estudios cronocinéticos. Sólo el día antes, había encargado a Rajandra Das, factótum general, aprendiz de hechicero, encargado de reparaciones varias

y mozo de cuerda de la estación, que escribiera el nombre del pueblo con pequeños guijarros blancos para que todo tren que pasara por allí supiera que la gente de Camino Desolación se enorgullecía de su pueblo. Como atraído por una magia maliciosa y complaciente, el tren en el que viajaban Babooshka y Mikal Margolis apareció en el horizonte y se detuvo a echar un vistazo. El encanto que ejercía Rajandra Das sobre las máquinas era poderoso, aunque no tanto. No obstante, había logrado con sus engatusamientos atraer a Babooshka y a su hijo, y el doctor Alimantando debía decidir qué hacer con ellos. Les ofreció refugio en una de las cuevas secas y abrigadas que

plagaban los acantilados hasta tanto decidieran marcharse o se hicieran construir una residencia más permanente. Rígida de indignación, Babooshka se negó a aceptar el refugio. No pensaba dormir en una sucia cueva, con excrementos de murciélago en el suelo y en compañía de lagartijas; ni hablar, y tampoco la compartiría con un hijo que era un derrochador falto de fe, que ignoraba cómo tratar a una vieja dama como su pobre madre. El doctor Alimantando la escuchó con la poca gracia que logró reunir y después, persuadió a los Mándela, cuya casa fue construida pensando en una familia, para que dieran cobijo a la mujer abandonada. Mikal Margolis se alojó en la cueva. Había excrementos de murciélago y también lagartijas, pero al menos se había liberado de su madre, de modo que no estaba tan mal.

En el hogar de los Mándela, Babooshka encontró un coetáneo en el abuelo Harán, que la entretuvo con vino de vainas de guisantes y melifluos halagos, y le pidió a su hijo que construyera un cuarto más para Babooshka en la ya de por sí irregular casa de los Mándela. Todas las noches se dedicaban a tomar vino, a recordar los días en que tanto ellos como el mundo eran jóvenes y a hacer esos juegos de palabras que a Babooshka tanto le gustaban. En una noche así, a principios de otoño, cuando el abuelo Harán se disponía a poner la palabra bauxita en una hilera con puntuación triple, Babooshka se reparó por primera vez en su distinguida cabellera gris y su hermoso cuerpo erguido, como un dios de porcelana desportillada, pero fuerte e íntegro. Posó la mirada sobre la barba rígida como el hierro y los hermosos ojitos brillantes, soltó un suspiro quedo y se enamoró de él.

—Harán Mándela, como decimos en Nueva Cosmomal, eres todo un caballero —le dijo.

—Anastasia Tyurischeva Margolis, como decimos en Camino Desolación, eres toda una dama —dijo el abuelo Harán.

La boda se fijó para la primavera siguiente.

Mikal Margolis soñaba en su cueva con los manantiales minerales de Valle Paraíso. Entre las piedras desperdigadas de Camino Desolación jamás encontraría la fortuna, pero lo que sí encontró fueron cristales de sulfato del dilema. Con el tiempo, se refinaron hasta alcanzar su forma pura: para encontrar la fortuna, debía marcharse de Camino Desolación y abandonar a su madre; pero abandonarla, implicaba que debía arreglárselas solo y no tenía valor para eso. Aquella era la esencia del dilema purificado de Mikal Margolis. La resolución del dilema en sus componentes útiles, y su búsqueda del valor personal y antimaternal iba a conducirlo al adulterio, al asesinato, al exilio y a la destrucción de Camino Desolación. Pero para eso faltaba aún.

6

Una tarde, poco después de la finalización oficial de la siesta, mientras la gente, extraoficialmente, continuaba parpadeando, estirándose y bostezando para salir de un sueño sudoroso, en Camino Desolación se oyó un ruido que no se parecía a nada de lo escuchado hasta aquel momento.

—Suenan como una abeja inmensa —dijo Babooshka.

—O como un enjambre de abejas —sugirió el abuelo Harán.

—O como un enjambre de abejas inmensas —dijo Rajandra Das.

—¿Abejas asesinas? —inquirió Eva Mándela.

—Esos bichos no existen —dijo Rael Mándela.

Los gemelos hacían gorgoritos. Comenzaban a dar sus primeros pasos, estaban en esa edad en la que los críos se pasan todo el tiempo cayéndose hacia adelante. Para ellos no existían las puertas abiertas, eran aventureros intrépidos y temerarios. Las abejas asesinas no los habrían intimidado.

—Se parece más al ruido que hace un aeroplano —comentó Mikal Margolis.

—¿Monomotor? —aventuró el doctor Alimantando—. ¿Monomotor fumigador con un solo asiento?

Semejantes aparatos habían sido algo familiar en Deuteronomio.

—No, bimotor —dijo el señor Jericó aguzando el oído afinado—. Bimotor, de dos asientos, pero no fumigador sino un avión de acrobacias, un Yamaguchi y Jones, con dos motores Maybach/Wurtel en configuración impelente—expelente, si no me equivoco.

Fuera cual fuese su origen, el ruido se fue haciendo cada vez más fuerte. Entonces, el señor Jericó descubrió un punto negro en la cara del sol.

—¡Ahí está, fijaos!

Con un aullido semejante al que lanzaría un inmenso enjambre de abejas asesinas, el aeroplano se lanzó en picado desde el sol para volar en sonoro vuelo rasante sobre Camino Desolación. Todo el mundo se agachó, menos Limaal y Taasmin, que lo siguieron con las cabezas erguidas y al perder el equilibrio, acabaron en el suelo.

—¿Qué es eso?

—Mirad... da la vuelta y viene hacia aquí otra vez.

En el vértice de su giro, todos vieron de lleno el aeroplano que tan cerca de ellos había volado. Era un aparato elegante, con forma de tiburón, con dos hélices, una en el morro y otra en la cola inclinada hacia abajo y alas en ángulo. Todos repararon en las brillantes líneas atigradas que llevaba pintadas en el fuselaje y en la sonrisa regañona, llena de dientes, de su morro. El aeroplano volvió a pasar en vuelo rasante sobre Camino Desolación, y a punto estuvo de tocar el extremo de la torre de retransmisión. Las cabezas volvieron a agacharse. El aeroplano se detuvo en plena inclinación lateral y el sol de la tarde se reflejó en el metal pulido. La gente de Camino Desolación saludó con la mano. El aeroplano volvió a lanzarse en picado sobre el pueblo.

—¡Mirad, el piloto también nos saluda! Los habitantes del pueblo agitaron las manos con fervor. Por tercera vez el aeroplano pasó en vuelo rasante sobre las casitas de adobe de Camino Desolación. Y por tercera vez se inclinó lateralmente.

—¡Vuelve a bajar!

De las puntas de las alas, el morro y la cola inclinada hacia abajo emergió el tren de aterrizaje. El aeroplano hizo una última pasada, casi a la altura de las cabezas y aterrizó en dirección al terreno despejado, al otro lado de las vías férreas.

—¡No lo lograré! —presagió el doctor Alimantando, pero no obstante, corrió junto con los demás hacia la enorme nube de polvo que se elevaba del otro lado de las vías.

Se encontraron con que el aeroplano iba hacia ellos de frente. Todos se dispersaron, el aeroplano viró, una roca le arrancó la rueda de un ala y cayó de lado, abriendo un surco profundo en el polvo. Los buenos ciudadanos de Camino Desolación se apresuraron a acudir en auxilio del piloto y el pasajero, pero el piloto no había quedado atrapado y recorría ya la cubierta corredera de la cabina, se ponía en pie y gritaba:

—¡Sois todos unos torpes y unos cabrones! ¡Cabrones, torpes y estúpidos! ¿Por qué me habéis hecho una cosa así? ¿Eh? ¡Está arruinado, destrozado, no volverá a volar en su vida, todo por culpa de unos torpes que son tan torpes que no saben mantenerse alejados de los aeroplanos! ¡Mirad lo que me habéis hecho, fijaos bien!

El piloto se echó a llorar.

Se llamaba Persis Jirones.

Había nacido con alas, en las venas llevaba hidrógeno líquido para aviones y viento en los nervios. Por parte de padre, venía de tres generaciones de Acróbatas Aéreos del Circo Rockette Morgan, y por parte de madre, tenía toda una genealogía de fumigadores aéreos, pilotos comerciales, comandantes de vuelos chárter e intrépidos que se remontaba hasta su tatarabuela Indhira quien, presuntamente había pilotado Planeadores Praesidium mientras alguien se dedicaba a inventar el mundo. Persis Jirones había nacido para volar. Era un enorme pájaro rugiente y majestuoso. Para

ella, la pérdida de su avión no era menos grave que la pérdida de una pierna, o un ser amado, o una vida.

Desde que tenía diez años había dedicado todo su tiempo, su dinero, sus energías y su amor al Asombroso Bazar Aéreo de Persis Jirones, un circo aéreo de una sola mujer y una sola pista, una feria celeste que no sólo había hecho las delicias de audiencias boquiabiertas con sus acrobacias que desafiaban a la muerte, sino que también las había educado al proporcionarles a cuantos estuvieran dispuestos a pagar su modesta tarifa, unas vistas aéreas de sus granjas, primeros planos del tiempo y excursiones turísticas a sitios de interés local. Empleada de este modo, había recorrido en dirección al este la mitad superior del mundo hasta llegar a la ciudad de los llanos de la Estación Wollamurra. «Visitad el Gran Desierto —invitaba a los criadores de ovejas de la Estación Wollamurra— os quedaréis maravillados ante las vertiginosas profundidades de los cañones, contemplaréis las fuerzas de la Naturaleza que han esculpido estupendos arcos naturales y altísimas columnas de piedra. Toda la historia de la tierra expuesta en piedra a vuestros pies: por un dólar con cincuenta centavos os garantizo un viaje que jamás olvidaréis.»

Para Junius Corders, el enfurecido pasajero que ocupaba el asiento de la cola, la cháchara de propaganda resultó del todo cierta. Cuando habían transcurrido veinte minutos desde que salieran de la Estación Wollamurra, y cuando los cañones, los estupendos arcos y las altísimas columnas se hallaban aún a cien kilómetros, Persis Jirones descubrió que la aguja del combustible no se había movido. Le dio unos golpecitos. Los indicadores rojos del control de combustible oscilaron y cayeron en picado hasta la señal de vacío.

—¡Mierda! —exclamó Persis.

Conectó un comentario grabado sobre las maravillas del Gran Desierto para que Junius Corders permaneciera callado y examinó los mapas en busca de un asentamiento cercano donde poder efectuar un aterrizaje de emergencia. Era evidente que no podía regresar a la Estación Wollamurra, pero los mapas de ROTTECH no le sirvieron de consuelo. Comprobó el equipo de radiolocalización. Indicaba una fuga de microondas a unos veinte kilómetros de distancia, del tipo relacionado con las retransmisiones en la red de comunicaciones planetaria.

—Tendré que comprobarla, supongo —se dijo a sí misma, y se concentró, junto con su aeroplano y su pasajero, en la decisión que acababa de tomar.

Descubrió un diminuto asentamiento allí donde no debía haber ninguno. Eran unos ordenados cuadrados de verde y la luz se reflejaba en los colectores solares y los canales de riego. Alcanzó a distinguir los tejados de rojas tejas de las casas. Y había gente.

—Agárrese fuerte —le ordenó a Junius Corders, para quien aquel era el primer indicio de que algo no funcionaba—. Vamos a aterrizar.

Con la última gota de combustible, logró hacer descender a su amado pájaro, ¿y qué había ocurrido después? Tan profundo era su disgusto, que se negó a abandonar Camino Desolación junto con Junius Corders en el Expreso Ares Llangonedd—Regocijo de las 14:14.

—He llegado volando y me iré volando —declaró—. Del único modo que pienso salir de aquí es sobre un par de alas.

Rajandra Das intentó encantar a la rueda para que volviese a ocupar su sitio en la punta del ala, pero lograr que el aeroplano volviera a remontar vuelo superaba sus poderes e incluso los del soplete de soldar de Rael Mándela. Lo más mortificante de todo para la única superviviente del Asombroso Bazar Aéreo de Persis Jirones era que el soplete de soldar de Rael Mándela funcionaba nada menos que con hidrógeno líquido de primera para aviones, cien por cien puro y sin adulteraciones.

Así, el doctor Alimantando le buscó a Persis Jirones una casa y un huerto para que no se muriera de hambre, pero era incapaz de ser feliz, porque llevaba el cielo reflejado en los ojos. Cuando veía las enjutas aves del desierto reunidas en las antenas de la torre de

retransmisión, se amargaba porque unos tontos le habían roto sus alas. Se acercaba al borde de los acantilados a contemplar cómo los pájaros se elevaban en las corrientes de aire caliente y se preguntaba cuánto debería extender los brazos para elevarse como ellos y ser impulsada hacia arriba por el remolino de viento hasta perderse en la lejanía.

Una noche, Mikal Margolis le hizo dos proposiciones y como sabía que únicamente si se sumergía en ellas sería capaz de olvidarse del cielo, las aceptó. Esa noche, y durante las veinte noches siguientes, la paz de los ciudadanos se vio interrumpida por los extraños ruidos que provenían de la morada de Margolis. Algunos de esos ruidos eran los aullidos y los maullidos de la copulación. Los otros sonaban a decoración de interiores.

Al aparecer el cartel, todo resultó evidente. Rezaba así:

FERROCARRIL BELÉN ARES / HOTEL

COMIDAS * BEBIDAS * HABITACIONES

PROPIETARIOS: M. MARGOLIS, P. JIRONES

—No es hijo mío —declaró, ultrajada, Babooshka—. Mira que hacer caso omiso de su querida madre para irse con una forastera barata, y llenar las noches pacíficas con ruidos que no me atrevo siquiera a describir. ¡Qué vergüenza! ¡Y ahora esa guarida del pecado y la sodomía! ¡BAR/Hotel*, ja! ¡Como si su querida madre no supiera de qué va eso! Se cree que su querida madre se chupa el dedo, ¿eh? Harán —le dijo a su futuro marido—, en mi vida pondré un pie en ese lugar. A partir de ahora, ya no es hijo mío. No lo reconozco.

Con gazmoñería escupió en el suelo, ante el BAR/Hotel. Esa noche, Persis Jirones y Mikal Margolis dieron una sonada fiesta de inauguración, en la que ofrecieron toda la cerveza de maíz que cada cual pudiera beber, que no fue mucho, porque sólo asistieron cinco invitados. Hasta el doctor Alimantando fue persuadido para que abandonase sus estudios durante una noche y acudiera a la celebración. El abuelo Harán y Babooshka se quedaron a cuidar a los pequeños Limaal y Taasmin. Al abuelo Harán le habría encantado asistir y se hizo acreedor de las miradas de reproche de Babooshka cada vez que ésta lo sorprendía mirando con anhelo hacia la luz y el ruido. Su prohibición de traspasar el umbral del BAR/Hotel incluía, necesariamente, a su marido.

Al día siguiente de la fiesta, Persis Jirones condujo a Rajandra Das, al señor Jericó y a Rael Mándela hasta el otro lado de las vías del ferrocarril, los tres hombres desmontaron el avión de acrobacias cubierto de arena y lo metieron en baúles de té. Durante la operación de desmontaje, Persis Jirones no pronunció una sola palabra. Encerró las partes de su aeroplano en la cueva más profunda y oscura del BAR/Hotel y guardó la llave en un bote. Sin embargo, nunca logró olvidar del todo dónde había puesto el bote.

Una madrugada, cuando faltaban dos minutos para las dos, se montó encima de Mikal Margolis y le susurró al oído:

—¿Sabes lo que nos hace falta, cariño? ¿Lo que de verdad necesitamos para que todo sea perfecto?

Mikal Margolis contuvo el aliento, esperando que le dijese que necesitaban anillos de boda, niños, pequeñas perversiones de cuero y goma.

—Una mesa de billar.

Los hermanos Gallacelli eran tres: Ed, Louie y Umberto. Nadie sabía cuál era Ed, cuál Louie y cuál Umberto, porque eran trillizos, y tan idénticos entre sí como guisantes en su vaina o días en la cárcel. Se criaron en la comunidad granjera de Burma Shave, donde los ciudadanos tenían de ellos tres opiniones comunes. La primera establecía que los habían encontrado abandonados en una caja de cartón, al costado del campo de maíz de Giovanni Gallacelli. La segunda, que eran algo más que trillizos, aunque nadie estaba en

condiciones de definir exactamente qué por temor a ofender a la santa de la señora Gallacelli. La tercera, que los muchachos Gallacelli habían intercambiado identidades al menos una vez desde la infancia, de modo que Louie, al crecer, se había convertido o bien en Ed o en Umberto, Umberto en Louie o Ed y Ed en Umberto o Louie, y todas las posibles permutas de sucesivos intercambios. Ni siquiera los mismos muchachos estaban muy seguros de quién era Ed, quién Louie y quién Umberto, pero lo que sí era seguro entre la gente de Burma Shave era que nunca habían visto unos trillizos tan iguales («clones», ay, cielos, ya está dicho, ha surgido sola la palabreja que no se debe mencionar delante de sus padres), ni tan endiabladamente apuestos.

Agneta Gallacelli era una mujer fea y regordeta con un corazón blando como tibio chocolate con leche. Giovanni Gallacelli era alto, delgado y enjuto. Ed, Louie y Umberto tenían los ojos negros y el cabello rizado como cupidos sonrientes. Y lo sabían. Del mismo modo que lo sabían todas las chicas de Burma Shave. Y fue por eso que los hermanos Gallacelli tuvieron que marcharse de Burma Shave en la madrugada de un martes, a bordo de un coche automotor que ellos mismos habían adaptado a partir de un camión de granja.

Había una muchacha llamada Magdala. Mags para abreviar. Siempre hay una chica como ella, de las que flirtean, juguetean, lo lían todo y no dejan lugar a dudas de que es uno de los chicos hasta que los chicos se convierten en chicos y entonces tanto ellos como ella se dan cuenta de que ya no es uno de los chicos, ni de lejos. Y mucho menos de cerca. Mags lo descubrió al cabo de dos semanas de haber hecho un viaje por los campos más alejados en la parte trasera del camión de los Gallacelli. Ed, Louie y Umberto lo descubrieron cuando sobre el camión cayó una ráfaga de munición en el momento en que se detenían delante de la casa de los Mayaguez a preguntar por qué hacía tanto tiempo que Mags no iba a verlos.

La solidaridad fraternal era la estrella polar en las vidas de los hermanos Gallacelli. No flaqueó al verse enfrentada a un padre resignado y a un vecino enfurecido. Se negaron a decir cuál de ellos había dejado preñada a Magdala Mayaguez. Lo más probable era que ni ellos mismos lo supieran.

—O me decís quién ha sido o los tres os casaréis —amenazó Sonny Mayaguez. Su esposa daba mayor peso a sus exigencias con una escopeta—. Está bien, vosotros decidís. Hablad o tendréis que casaros.

Los hermanos Gallacelli no se decidieron ni por una cosa ni por la otra.

En cualquier otra parte del mundo, nadie habría perdido siquiera un segundo de sueño por una muchachita tonta como Mags Mayaguez. En el pueblo vecino de Belladonna, la calle Tombolova solamente contaba con ochenta y cinco salones de abortos y doce centros de promoción del transplante para muchachitas tontas en su misma situación. Sin embargo, Belladonna era Belladonna y Burma Shave era Burma Shave, y fue por eso precisamente que los hermanos Gallacelli prefirieron Belladonna a Burma Shave. Por diez dólares, allí consiguieron diplomas en ciencias agrícolas, derecho e ingeniería mecánica por una universum de segunda fila. Habrían vivido allí de mil amores el resto de sus vidas de no haberse producido un triste malentendido con un cuchillo, un estibador borracho y una chica de un bar de la calle de la Primavera. De modo que volvieron a huir, porque en Belladonna seguía vigente una ley según la cual lo mejor después de un cuerpo de policía absolutamente honesto es un cuerpo de policía absolutamente corrupto.

El granjero, el abogado y el mecánico se vieron obligados a regresar a la red de brillantes rieles de acero que cubrían el mundo como una telaraña. Ed era el mecánico, Louie el abogado, Umberto el granjero. Con semejante preparación, habrían salido adelante en cualquier parte del mundo, porque el mundo era aún lo bastante joven como para que hubiera trabajo suficiente para todos. Pero fueron a parar a una parte del mundo llamada Camino Desolación.

Saltaron de su coche automotor sonrientes, sudorosos, pero aún endiabladamente apuestos y se dirigieron al BAR/Hotel. Uno tras otro, aporrearon con fuerza la campanita de la recepción. Las cabezas se volvieron para mirarlos. Los hermanos Gallacelli sonrieron y saludaron con la mano.

—Ed, Louie y Umberto —uno de los hermanos hizo las presentaciones por los tres.

—Buscamos donde pasar la noche —explicó otro.

—Camas limpias, baños y comida calientes —añadió el tercero. Persis Jirones salió de la bodega de cerveza, donde había estado acomodando un nuevo barril.

—¿Sí? —dijo.

—Ed, Louie y... —comenzó a decir Ed.

—Buscamos... —añadió Louie.

—Camas limpias, baños... —explicó Umberto, y todos al mismo tiempo, en el mismo instante, con pasión, desespero y furia, se enamoraron de ella.

Pues veréis, hay una teoría según la cual, para cada persona existe otra que corresponderá a su amor de una manera perfecta y absoluta. Y como los hermanos Gallacelli eran la misma persona multiplicada por tres, tenían un amor único y compartido, y Persis Jirones era quien podía satisfacer de modo absoluto ese amor único.

A la mañana siguiente, los hermanos Gallacelli fueron a ver al doctor Alimantando para conseguir la residencia permanente. A Umberto le dio un amplio trozo de tierra; a Ed, un cobertizo donde podía arreglar máquinas, y como a Louie no podía darle un despacho o un juzgado de primera instancia, ni siquiera un rincón de la barra para que practicase su arte, le dio un trozo de tierra casi tan grande como el de Umberto y le aconsejó que se dedicara a la cría de ganado, porque ése era el oficio más parecido a la jurisprudencia que Camino Desolación podía ofrecerle.

8

Mikal Margolis tenía un problema. Estaba lastimosamente enamorado de la veterinaria que vivía al otro lado del camino, en la Casa Doce. Pero Persis Jirones era el objeto y la satisfacción de su lujuria, su socia en la cama y los negocios. La veterinaria de la Casa Doce, cuyo nombre era Marya Quinsana, también tenía un problema. Era objeto de la lujuria de su hermano Morton. Pero ella no lo quería, ni siquiera fraternalmente, como tampoco quería a Mikal Margolis. A la única persona a la que quería era a ella misma. Pero ese narcisismo estaba tallado como un diamante de muchas facetas brillantes, de manera que sus haces luminosos manaban de Marya Quinsana para reflejarse en quienes la rodeaban e inducirlos a creer que aquello era amor.

Uno de los así engañados era su hermano Morton Quinsana, dentista de extrañas obsesiones, tan posesivo con su hermana, que no engañaba a nadie. Todo el mundo sabía que la deseaba secretamente, y ella sabía que él, secretamente, la deseaba, de modo que aquel deseo era todo menos secreto. Pero el sentido de posesión y el respeto de Morton Quinsana eran tan grandes que ni siquiera se atrevía a ponerle un dedo encima a su hermana. Así, ardía en un infierno de frustración, pero muy cerca de ella. Y cuanto más tiempo ardía, más quemante se tornaba el fuego de su obsesión. Una noche, sorprendió a su hermana coqueteando con los hermanos Gallacelli, riéndose de su grosero humor de granjeros, bebiendo sus bebidas, tocando sus manos ásperas y feas. Y allí mismo juró que nunca jamás trataría con los hermanos Gallacelli, ni siquiera cuando acudieran a él chillando del dolor de muelas, ni siquiera cuando el daño provocado por la dentina podrida soltara el animal que llevaban dentro y los impulsara a darse con la cabeza contra las paredes; ni hablar, los despediría, los despediría sin pensárselo dos veces, los condenaría al sufrimiento, a las lamentaciones y al rechinar de dientes por haber lanzado sobre su hermana Marya la red de sus lascivos deseos.

Otro de esos tontos era Mikal Margolis. Por culpa de su madre, nunca había sido feliz en el amor. Cuando su madre anunció que se comprometía, se enamoró felizmente de la entusiasta, vivaz y voraz Persis Jirones. Más tarde, Morton y Marya Quinsana bajaron del tren semanal de suministros que venía de Meridiana. Mikal Margolis había ido a la estación a recoger barriles de vino y cajas de licores cuando se fijó en la mujer alta y fuerte que bajaba por el andén con la gracia natural y la fuerza implícita de un felino al acecho. Sus ojos se habían encontrado un instante, para apartarse, pero en el estremecimiento del contacto, Mikal Margolis sintió en la médula una descarga de electricidad que le fundió la base del corazón, donde se encuentran alojadas la decencia y la honestidad, hasta convertirla en un espeso cristal negro. La amaba. No podía pensar en otra cosa: la amaba.

Cuando el doctor Alimantando les dio una cueva a los Quinsana, Mikal se había apresurado a ayudarles a construir su hogar.

«Ey, ¿qué tal si sacas un poco de brillo, qué tal si limpias unas cuantas copas?», había exigido Persis Jirones. Mikal Margolis había hecho un ademán y se había marchado. Cuando el doctor Alimantando les dio un trozo de tierra a los Quinsana, Mikal Margolis se presentó y cavó, hizo diques y represas hasta que el anillo lunar brilló como diamantes. «¿Qué tal si sirves unas cuantas copas? —inquirió Persis Jirones—. ¿Qué tal si preparas la cena para esta gente hambrienta?» Y cuando Morton Quinsana y su hermana fueron al BAR/Hotel, le sirvió a cada uno un cuenco de cordero pilaf caliente, les dio toda la cerveza que quisieran beber por cuenta de la casa y luego bromeó y charló con ellos hasta la hora de cerrar. Un día, cuando una gallina del hotel cayó enferma, aunque estaba destinada para la cacerola de esa noche, fue a parar, de todos modos, a manos de Marya Quinsana quien la sondeó y la azuzó con sus dedos avezados mientras Mikal Margolis fantaseaba con que esos dedos le hicieran lo mismo a él. Ese otoño, fueron muchos los animales de Margolis y Jirones que cayeron enfermos.

Sin embargo, Mikal Margolis no era feliz. Oscilaba entre el amor por una buena mujer y el amor por una mala mujer, como un pequeño cristal de cuarzo que marca las horas. Persis Jirones, mundana e inocente como un águila al vuelo, le preguntó si estaba enfermo. Mikal Margolis lanzó un gruñido henchido de pura lujuria frustrada.

—Cariño, tal vez deberías ir a visitar a alguien. Últimamente, no te concentras demasiado en el trabajo. Qué me dices de la veterinaria, ¿eh? No sé, al fin y al cabo, los humanos somos animales, ¿no? En una de éstas, te puede ayudar.

Mikal Margolis se volvió para mirar a Persis Jirones.

—Estás de guasa, ¿no?

—No. Venga, adelante.

Mikal Margolis lanzó otro gruñido más sonoro.

En cuanto a Marya Quinsana, a ella le daba igual. Tal cual, le daba igual, porque no sentía más que desprecio por todo aquel que fuese lo bastante débil como para amarla. Detestaba al imbécil de su hermano, detestaba a ese chico tonto que dirigía el bar. Sin embargo, era incapaz de resistirse a un reto. Iba a apartar a aquel chico tonto de la simplona con la que vivía y hacía el amor. Era el juego, el juego; y en el juego, las piezas no importan, lo importante es la mente que las mueve; eso y ganar, porque al ganar llegaba a detestar aún más a los perdedores. Con un gambito inspirado, triunfaría sobre Mikal Margolis y su hermano Morlón. Y así, por fin, podría liberarse de él y entonces el mundo se enteraría de quién era ella. «Cuida de Morton —habían sido las palabras moribundas de su madre de hierro—, cuídalo, cuida de él, deja que crea que es él quien toma las decisiones, pero asegúrate de que no tome ninguna. Te lo ordeno, Marya.»

Cuida de Morton, cuida de Morton; sí, durante cinco años había sido fiel a la voluntad de su madre. Lo había seguido hasta el desierto después de aquel asunto con aquella chica del parque, pero ha de llegar la hora, madre, en que Morton se las arregle solo, y esa misma mañana, tomaría el primer tren hacia Sabiduría.

Por ese motivo estaban los juegos. La divertían, le habían permitido conservar la cordura a lo largo de los cinco años durante los cuales la infatuación de Morton había ido creciendo, le daban la esperanza de que gracias a ellos conseguiría la fuerza suficiente para subirse a ese tren de la mañana que la llevaría a Sabiduría. Sí, no había duda, los juegos la mantenían cuerda. Se las había arreglado para salir a darle de comer a las gallinas cada día, a la misma hora en que Mikal Margolis se encontraba al otro lado del callejón, en el patio trasero del BAR/Hotel dándole de comer a las suyas. En nombre del juego, le pidió que fuera a echarle un vistazo al digestor de metano para ver por qué no funcionaba correctamente, aunque Rajandra Das lo habría hecho mucho mejor.

—Problemas químicos, señorita —dijo Mikal Margolis—, alguien le ha echado una carga de esterilizante usado que inhibe los bacteriófagos.

Marya Quinsana sonrió. Esa misma mañana, ella misma había echado en el depósito tres botellas de esterilizante quirúrgico. El juego marchaba bien. Como muestra de gratitud, lo invitó a una copa, luego a conversar, luego a la cama (Mikal Margolis se lo pasó temblando como un junco), luego a hacer el amor.

Y en esa cama quedaron esparcidas las simientes de la destrucción de Camino Desolación.

9

El problema entre los Stalin y los Tenebrae comenzó cuando descubrieron que habían comprado la misma parcela de terreno en el paradisíaco e idílico pueblo de Camino Desolación al señor E. P. Vencatatchalum, ex agente inmobiliario de la Oficina de Inmigración y Asentamiento de Vencatatchalum, que en ese momento estaba sentado en una sala blanca, sometido a un interrogatorio sobre complicidad en un fraude por parte del inspector Djien Xhao—Pin, de la Policía de Bleriot. A los Stalin y a los Tenebrae no sólo les habían vendido la misma parcela de tierra (venta para la que el señor E. P. Vencatatchalum no estaba autorizado), sino que les habían reservado el mismo coche cama en el Servicio Nocturno de Desembarco en Solsticio de las 19:19, con paradas en Ben'stown Norte, Annency, Villa Murcheson, Nueva Empresa, Estación Wollamurra y Camino Desolación.

Ninguna de las dos familias quiso dar el brazo a torcer. El camarero del coche cama se encerró en su compartimento y subió el volumen de la radio. Que solucionaran ellos sus disputas. En el coche cama 36 del Servicio Nocturno de Desembarco en Solsticio, fueron pocos los que lograron conciliar el sueño. Cinco personas, con sus respectivos equipajes intentaron vivir en un compartimento para tres, con el equipaje de tres. La primera noche, únicamente el pequeño Johnny Stalin, de 3 años 3/4, tuvo cama para él solo. Y eso fue porque era un niño regordete como una bombilla, sumamente nervioso, que habría gritado hasta desgañitarse si no hubiera tenido una cama para él solo. Su madre cedió y le dio tres o cuatro dosis para adultos de pastillas para dormir para mantenerlo callado y dócil. Johnny Stalin era un niño regordete como una bombilla, caprichoso, drogadicto y sumamente nervioso.

El día siguiente transcurrió en medio de un frágil silencio, hasta que a las catorce horas exactas, Gastón Tenebrae se aclaró la garganta y sugirió que sería una buena idea si dormían por turnos. El y su esposa Genevieve, se pasarían toda la noche sentados y dormirían durante el día si los Stalin aceptaban pasarse el día sentados y dormir por la noche.

Al principio, la sugerencia les pareció equitativa. Pero luego, la logística sencilla e ingrata del compartimento tomó las riendas. Era preciso bajar una cama para formar los asientos en los que se sentarían las dos personas, lo cual dejaba tres cuerpos para dos camas. Ello implicaba que cuando les tocara a los tres permanecer sentados, los otros

dos dormirían cómodamente. El señor y la señora Stalin se removían y protestaban en la estrecha cama; entretanto, Johnny roncaba asmáticamente y Gastón y Genevieve Tenebrae mantenían conversaciones privadas y enamoradas entre furias susurrantes y gestos agresivos con las manos mientras el tren traqueteaba sonoramente, retrocedía y se partía para formar nuevos trenes y entre sacudones y sobresaltos se iba acercando cada vez más a Camino Desolación.

Durante el arrebatado cambio del asiento a las camas en la mañana del tercer día se produjo el inicio formal de hostilidades. Genevieve Tenebrae acusó al pequeño Johnny Stalin de intentar espiarla por debajo de la falda cuando ella subía los peldaños de la escalera para instalarse en la litera superior. El señor Stalin acusó a Gastón Tenebrae de desvalijarle el equipaje mientras él y su familia estaban supuestamente dormidos. Gastón Tenebrae acusó al señor Stalin de hacerle proposiciones deshonestas a su bonita esposa cuando se encontraban en la cola del lavabo de segunda clase. La señora Stalin acusó a la señora Tenebrae de hacerle trampas en el juego del besigue. Cayó una ventisca de disputas, como las ventiscas de nieve que preceden el largo invierno; era el cuarto día y la cuarta noche.

—¡Camino Desolación! —anunció el camarero del vagón que había salido de su escondite y daba golpecitos en la puerta con un lápiz plateado. Tac tac tac—. ¡Dentro de tres minutos Camino Desolación! —Tac tac tac.

Paradójicamente, durante dos minutos y treinta segundos reinó la anarquía mientras los Stalin y los Tenebrae se levantaron, se lavaron, se vistieron, recogieron bolsos, libros, objetos de valor, hijos regordetes como bombillas y, llenando los estrechos pasillos, salieron estruendosamente por la estrecha puerta para encontrarse bajo la amplia y tenue luz del sol de las siete de la mañana. Todo ello sin siquiera asomarse una vez a las ventanillas para comprobar dónde se encontraban, lo cual fue una verdadera lástima, porque de haberlo hecho, tal vez no se habrían bajado del tren. Pero cuando por fin miraron, vieron.

—Prados verdes... —dijo el señor Stalin.

—Ricas tierras de labor, listas para ser aradas —dijo Gastón Tenebrae.

—La brisa suave lleva el perfume de millones de flores —dijo la señora Stalin.

—Un paraíso en la tierra sereno y tranquilo —dijo Genevieve Tenebrae.

Johnny Stalin miró el adobe blanco brillante y la tierra roja calcinada, los relucientes destellos de los colectores solares y los rígidos esqueletos de los soportes de las bombas. Frunció la cara como una esponja mojada a punto de ser estrujada y se preparó para uno de sus ataques de histeria.

—¡Ma! —chilló—. No me...

La señora Stalin le soltó una sonora bofetada en la oreja izquierda. El niño chilló con más furia, y fue aquel el pie que necesitaban los Stalin y los Tenebrae para descargar una andanada de mordaces invectivas que chamuscaron las paredes cercanas. Johnny Stalin se alejó contoneándose para estar a solas con su pena; nadie le prestaba atención, por lo tanto, nadie lo quería. Limaal y Taasmin Mándela se lo encontraron sentado de mal talante junto al digestor principal de metano mientras corrían en busca de algo nuevo con que jugar ese nuevo día.

—Hola —saludó Limaal—. Eres nuevo.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Taasmin, cuarenta y ocho segundos mayor que su hermano.

—Johnny Stalin —repuso Johnny Stalin.

—¿Vas a quedarte mucho tiempo?

—Eso creo.

—Entonces te enseñaremos dónde se puede jugar —dijo Taasmin.

Y los dos niños veloces y delgados cogieron de la mano al pálido y lloroso Johnny Stalin y le enseñaron un maravilloso revolcadero de cerdos, las bombas de agua, los

canales de riego donde se podía hacer navegar barcos de juguete, los corrales donde Rael Mándela guardaba los animales pequeños nacidos de su equipo de gérmenes, y los arbustos de bayas, donde se podía comer hasta reventar sin que nadie se preocupara, ni siquiera un poquito. Le enseñaron la casa del doctor Alimantando, y éste, que era muy alto, muy viejo y muy amable, aunque de un modo que daba un poco de miedo, condujo al niño sucio de barro, mierda, agua y bayas junto a sus vociferantes padres y los hizo residentes permanentes de Camino Desolación. Las dos primeras noches las pasaron en el BAR/Hotel mientras el doctor Alimantando pensaba qué hacer con ellos. Finalmente, reunió a sus amigos y consejeros más fiables: el señor Jericó, Rael Mándela y Rajandra Das, y juntos, auxiliados por los Antepasados Exaltados del señor Jericó, llegaron a una decisión de una sencillez aplastante.

Camino Desolación era demasiado pequeño como para permitirse lujos de gran ciudad como familias en guerra. Los Stalin y los Tenebrae debían aprender a vivir juntos. Por lo tanto, el doctor Alimantando les dio casas contiguas y parcelas con lindes comunes y una sola bomba eólica. Satisfecho con su sabiduría salomónica, el doctor Alimantando volvió a su sala meteorológica y a sus estudios del tiempo, el espacio y todo lo demás.

10

—Dímelo otra vez, padre, ¿por qué nos vamos a ese lugar?

—Para alejarnos de la gente ingrata que dice cosas feas de ti y de mí, para alejarnos de la gente que quiere separarme de ti.

—Dímelo otra vez, padre, ¿por qué esa gente quiere separarte de mí?

—Porque eres mi hija. Porque dicen que no eres natural, que eres un monstruo, un experimento de la ingeniería, mi pequeño pájaro cantor. Porque dicen que tu nacimiento contraviene todas las leyes y que yo he de ser castigado.

—Pero dímelo otra vez, padre, ¿por qué deberían castigarte? ¿Es que no soy tu hija, tu pequeño pájaro cantor?

—Eres mi pequeño pájaro cantor y eres mi hija, pero ellos dicen que no eres más que una... una muñeca, o una máquina, o una cosa fabricada, y que va contra todas las leyes el que un hombre tenga una hija así, una hija hecha por él mismo, aunque la quiera más que a su vida misma.

—¿Y tú me quieres más que a la vida misma, padre?

—Sí, mi florecita de cerezo, y es por eso que huimos de esa gente ingrata, porque me alejarían de ti y yo no lo soportaría.

—Yo tampoco, padre, no podría vivir sin ti.

—Entonces estaremos juntos, ¿eh? Para siempre.

—Sí, padre. Pero dímelo otra vez, ¿cómo es el lugar al que vamos?

—Se llama Camino Desolación y es tan pequeño y está tan lejos que sólo se conoce por las historias que se cuentan de él.

—¿Y es allí adonde vamos a ir?

—Sí, pimpollito mío, al último pueblo del mundo. A Camino Desolación.

Meredith Monteazul y su hija Ruthie eran personas tranquilas. Y simples, y nada llamativas, pasaban inadvertidas. En el compartimento de tercera clase del Meridiana—Belladonna que cubría la travesía del desierto parando en todas las estaciones, resultaban invisibles debajo de las pilas de equipajes de los otros pasajeros, de las gallinas de los otros pasajeros, de los hijos de los otros pasajeros y de los otros pasajeros. Nadie les hablaba, nadie les preguntaba si podían sentarse a su lado o acomodarse encima de ellos con sus equipajes, sus gallinas y sus niños. Cuando se bajaron en la diminuta estación del desierto, pasó más de una hora antes de que nadie

notara su ausencia, y cuando lo hicieron, nadie logró recordar qué aspecto tenían sus compañeros de viaje.

Nadie se percató de ellos cuando bajaron del tren, y nadie los vio llegar a Camino Desolación, ni siquiera Rajandra Das, el autoproclamado jefe de estación, que recibía a todos los trenes que llegaban a su desvencijada estación, nadie se percató de ellos cuando entraron en el BAR/Hotel cuando faltaban veinte minutos para las veinte. Luego, algo muy parecido a una explosión sostenida de luz llenó el hotel, y en el epicentro del resplandor apareció la mujer más hermosa que nadie hubiera visto jamás. Todos los hombres allí presentes hubieron de tragar saliva con fuerza. Todas las mujeres presentes hubieron de contener una inefable necesidad de suspirar. Una docena de corazones se partieron por la mitad y todo el amor salió en forma de alondras que volaron en círculo alrededor del increíble ser. Era como si el mismo Dios hubiera entrado en la estancia.

Después, la luz del Dios se apagó y sobrevino una oscuridad en la que todos parpadearon y se frotaron los ojos. Cuando los presentes recuperaron la vista, vieron ante ellos un hombre muy ordinario y una niña de unos ocho años, que era la criatura más simple y más gris que nadie hubiera visto jamás. Porque por su naturaleza, Ruthie Monteazul, una niña de una mediocridad apabullante, podía absorber como la luz del sol la belleza de cuanto la rodeaba y almacenarla hasta el momento en que decidía soltarla, toda de golpe, como la bombilla de un flash de intensa belleza. Luego, volvía al anonimato desaliñado y dejaba tras ella, en los corazones, una huella de inexpresable pérdida. Aquel era el primer secreto de Ruthie Monteazul. Su segundo secreto era que su padre la había creado así en su botella genética.

Los increíbles acontecimientos del BAR/Hotel seguían siendo la comidilla del pueblo cuando Meredith Monteazul y su hija subieron a ver al doctor Alimantando. El gran hombre estaba trabajando en su sala meteorológica, llenando las paredes de símbolos algebraicos ilegibles con un carboncillo.

—Soy Meredith Monteazul y ésta es Ruthie, mi hija. —En este punto, Ruthie hizo una reverencia y sonrió tal como su padre le había hecho ensayar pacientemente en la habitación del hotel—. Soy un criador de ganado de Marsaryt, tristemente incomprendido por su comunidad. Mi

hija lo es todo para mí; necesita refugio, necesita protección de la gente ingrata y cruel, porque mi hija es una criatura pobre y simple, que se ha quedado anclada en una edad mental de cinco años. Por eso solicito refugio para mí y para mi pobre hija —suplicó Meredith Monteazul. El doctor Alimantando se limpió las gafas.

—Mi querido señor, comprendo perfectamente lo que es ser incomprendido por la propia comunidad, y puedo asegurarle que en Camino Desolación nunca echamos a nadie. Pobres, necesitados, perseguidos, desesperados, hambrientos, sin hogar, sin amor, culpables, consumidos por el pasado, aquí hay lugar para todos. —Consultó el Plan Maestro de Quinientos Años que colgaba de la pared de la sala meteorológica, amenazado por una invasión matemática—. Su sitio es la Parcela 17, Cueva 9. Rael Mándela le dará herramientas para la granja y el señor Jericó le solucionará los problemas de construcción de la casa. Mientras se la edifican, podrá hospedarse gratuitamente en el hotel del pueblo. —Le entregó a Meredith Monteazul un pergamino—. Aquí tiene los documentos de ciudadanía. Rellénelos cuando pueda y entréguemelos a mí o a Persis Jirones. Y no olvide las dos reglas. Regla número uno, llamar antes de entrar. Regla número dos, no gritar durante la siesta. Cúmplalas y será feliz aquí.

Así Meredith Monteazul se llevó a su hija y se fue a ver al señor Jericó, quien le prometió que al cabo de una semana tendría una casa con agua, gas de la planta comunitaria de metano y electricidad de la central solar; Rael Mándela les prestó un azadón, una pala, un pico, una plantadora y un surtido de semillas, tubérculos, rizomas y esquejes. También les dio cultivos de crecimiento acelerado para cerdos, cabras, gallinas y llamas de su reserva de células.

—Dime, padre, ¿es aquí donde vamos a quedarnos para siempre?

—Sí, pimpollito mío.

—Es bonito, pero un poco seco, ¿no?

—Mucho.

Rumie decía unas cosas de lo más tontas y obvias; pero ¿qué podía esperar Meredith Monteazul de una niña con una edad mental de cinco años? De todos modos, a él le encantaban sus preguntas tontas. Le gustaba su dependencia devota y su total adoración, pero a veces deseaba haberla diseñado con un cociente de inteligencia más alto.

11

El primer día de primavera, del año Dos, Babooshka y el abuelo Harán se casaron debajo del álamo del jardín del doctor Alimantando. Hacía un día claro, fresco y azul, como correspondía al primer día de primavera. Pero en Camino Desolación la mayoría de los días eran claros, frescos y azules. El doctor Alimantando ofició la ceremonia; Rael Mándela hizo de padrino del novio, Eva Mándela y la pequeña Taasmin hicieron de damas de honor y Mikal Margolis condujo gustosamente a la novia hasta el altar.

—Has de conducir a tu querida madre hasta el altar —gorjeó Babooshka durante la única reunión que tuvieron desde que habían llegado a Camino Desolación.

—¿Yo, madre? Seguramente podrás encontrar a alguien más adecuado.

—Lo he intentado, Mishka, lo he intentado, pero lo único honorable en estos casos es que el hijo conduzca a su querida y vieja madre hasta el altar. De modo que has de ser tú.

Mikal Margolis nunca había sido capaz de decirle que no a su madre. De modo que aceptó, a pesar del desdén de Persis Jirones por su debilidad y por las palabras que le dijera su madre antes de despedirse.

—Ah, y no olvides, Mishka, que es un día especial para mí y que no quiero que me lo echés a perder trayendo a esa mujer barata de costumbres poco recomendables, ¿entendido?

De modo que a Persis Jirones la mantuvieron bien apartada mientras el doctor Alimantando leía la ceremonia. La había escrito él mismo. Le parecía que sonaba muy bien. Al doctor Alimantando le gustaba creer que tenía buena voz para la lectura. Después de leído el oficio, del intercambio de anillos y de la coronación de las cabezas, hubo una fiesta.

Era la primera fiesta en la historia de Camino Desolación, y precisamente por eso, tenía que ser la mejor. Asaron corderos enteros sobre fosos con brasas de carbón refulgente, circulaban bandejas con luocoum y dátiles rellenos para picar, había grandes cubas con matoke y cuscús humeante, y para refrescar las gargantas de los juerguistas, había copas de fresco ponche de frutas. De las ramas del álamo pendían lazos con caramelos, y los niños saltaban para bajarlos. Limaal y Taasmin, que eran ágiles y rápidos como micos, no tardaron en empacharse de angelitos de leche y azúcar cande. El rechoncho de Johnny Stalin, a pesar de sacarles ventaja en edad, no logró bajar ninguno y se pasó el resto de la tarde debajo de una mesa lloriqueando de un modo insoportable.

Cuando las primeras estrellas penetraron el domo de la noche, en los árboles se encendieron farolillos de papel y de las ramas colgaron jaulitas con luciérnagas vivas. Los niños azuzaban a las luciérnagas con largas pajas para que se iluminaran y era como si una galaxia de delicadas estrellas verdes hubiera caído del anillo lunar para quedar atrapada entre las ramas de los árboles. Después llegó el acontecimiento más maravilloso de la velada. Rajandra Das y Ed Gallacelli entraron sobre ruedas una enorme radio que habían fabricado en secreto para la boda con piezas sacadas de las cajas de embalaje de Rael Mándela. Rajandra Das hizo una aparatosa reverencia y anunció:

—¡Señoras y señores, feliz pareja, queridos amigos, que empiece el baile! ¡Que toque la orquesta!

Ed Gallacelli hizo girar el botón de la sintonía y se oyó la música, lejana, con interferencias y mal sintonizada, pero música al fin. Embargados por la expectación, los juerguistas contuvieron el aliento. Rajandra Das puso sus dedos encantados en el botón de la sintonía, la radio lanzó un audible suspiro extasiado y la música salió a raudales; era una música fuerte, insistente, que hacía cosquillas en los pies. Se oyeron unos cuantos vivas. Hubo aplausos.

—¿Bailamos? —inquirió el abuelo Harán a su esposa.

A Babooshka se le formaron hoyuelos al sonreír e hizo una reverencia. Entonces, el abuelo Harán la envolvió en sus brazos y al cabo de nada, estaban los dos dando vueltas por la pista de tierra en medio de un revuelo de enaguas y seda cosida a mano. Inspirados por el ejemplo, todo el mundo buscó su pareja y bailaron y bailaron al son de la música terrenal y vigorosa de Desembarco en Solsticio Occidental. El doctor Alimantando bailó con Eva Mándela una majestuosa y pesada danza folklórica de su Deuteronomio natal. Siempre temeroso de la censura de su madre, Mikal Margolis bailó con Marya Quinsana, que sonreía y restregaba su cuerpo contra el de su pareja de un modo tal que el pobre se pasó el resto de la noche bailando con una dolorosa erección. Los Stalin y los Tenebrae bailaron con sus correspondientes parejas y hacían comentarios sobre la poca gracia y la torpeza de sus enemigos, aunque

Genevieve Tenebrae compartió una pieza movida con el señor Jericó, al que consideró extraordinariamente rápido de pies. Como la dejaron plantada durante toda la noche, Persis Jirones bailó por turnos con los hermanos Gallacelli y vio la misma cara tantas veces que tuvo la sensación de haber bailado toda la velada con el mismo hombre. Limaal y Taasmin Mándela dieron brincos con una energía inagotable mientras Johnny Stalin se servía con sigilo de los restos de comida.

Bailaron y bailaron bajo las lunas veloces hasta que el locutor de la radio anunció el fin de la emisión y les deseó a todos las buenas noches.

—¡Buenas noches! —saludaron todos.

—Piiiiii —contestó la radio.

Y todos habían tenido unas buenas noches.

—La mejor noche —le dijo Rajandra Das al señor Jericó mientras se tambaleaban medio borrachos hacia sus respectivos lechos.

Y todos los Antepasados Exaltados estuvieron de acuerdo.

El matrimonio fue hermoso para Babooshka y el abuelo Harán, y cuantos los veían, sentían el aura de amor que la pareja irradiaba, porque esa unión los hacía felices. Pero la felicidad de la pareja no era plena, porque en su corazón flotaba una sombra. Una sombra que Babooshka se encargó de manifestar una noche, enfundada en su pijama de franela roja para combatir el frío de la noche.

—Harán, quiero tener un hijo.

El abuelo Harán se atragantó con el chocolate caliente.

—¿Cómo dices?

—¿Por qué no podemos tener un hijo, maridito mío? Un hijo pequeño, perfecto.

—Mujer, sé sensata. Somos demasiado viejos para tener hijos.

—Pero Harán, estamos en la Duodécima Década, y cada día se producen milagros. No cesan de repetirnos que ésta es la era en la que todo es posible, de modo que será posible para nosotros, ¿no? Dime, cariño mío, ¿tú quieres un hijo?

—Bueno... sería estupendo, pero...

—¡Esposo mío, vivo para eso! ¡Ser esposa es maravilloso, pero también lo es ser madre! Harán, dime una cosa, ¿si encuentro el modo de que podamos tener hijos, estarás de acuerdo en que tengamos uno? Di.

Con la idea errada de que se trataba de un capricho pasajero de recién casada, el abuelo Harán dejó su tazón, rodó en la cama y gruñó:

—Claro que sí, cariño, claro que sí.

No tardó en dormirse. Babooshka se quedó sentada en la cama hasta el amanecer. Sus ojos brillaban y titilaban como granates.

12

En Camino Desolación eran pocas las cosas que escaparan a la atención de Limaal y Taasmin Mándela. Incluso antes de que el doctor Alimantando, asediado por el álgebra en su sala meteorológica, hubiese enfocado su óptica hacia ella, los gemelos habían divisado la nube de polvo en el borde de la otra mitad del mundo, al otro lado de las vías. Acudieron presurosos a contárselo al doctor Alimantando. Desde el casamiento de su verdadero abuelo, el doctor Alimantando había pasado a ocupar su puesto desempeñando el papel de un modo más satisfactorio, porque era un abuelo con un toque de magia, amable, pero un tanto impresionante a la vez. El doctor Alimantando oyó a Limaal y a Taasmin subir ruidosamente la escalera de caracol y se sintió feliz. Le divertía eso de ser abuelo.

Por el óptica, la nube de polvo adoptó la forma de oruga con dibujo indostánico, pero después, con más aumento, resultó ser un camión con dos remolques que avanzaban a gran velocidad por los secos llanos.

—Mirad —dijo el doctor Alimantando señalando la pantalla—. ¿Qué dice ahí?

—ROTECH —replicó Limaal, en quien ya germinaban las semillas del racionalismo.

—Corazón de Lothian: Educación Genética —dijo Taasmin, que había recibido la maldición del misterio.

—Vayamos a recibir a Corazón de Lothian —sugirió el doctor Alimantando.

Los niños lo tomaron de las manos, Limaal de la derecha y Taasmin de la izquierda, lo arrastraron escaleras abajo y salieron a la ardiente luz del sol de las catorce menos catorce. Los demás habitantes se les habían adelantado, pero al carecer de portavoz, no supieron qué hacer y esperaron en un costado, con aire incierto y temeroso ante la palabra

ROTECH escrita en la delantera del tractor de dibujos indostánicos. Una mujer corpulenta y redonda, con cara de patata, distribuía tarjetas de visita.

—Bienvenida a Camino Desolación —dijo el doctor Alimantando con una reverencia comedida. Los niños imitaban sus gestos—. Alimantando.

—Encantada de conocerlo —dijo la mujer enorme. Hablaba con un acento extraño y nadie acertaba a descubrir de dónde era—. Corazón de Lothian, ingeniera genética, consultora de hibridación, funcionaria de educación eugenésica de ROTECH. Gracias. —Inclinó su corpachón ante el doctor Alimantando, Limaal y Taasmin y añadió—: Una cosa. Este lugar no aparece en ninguno de los mapas... ¿está seguro de que lo ha registrado ante la Oficina de Desarrollo?

—Bueno, verá usted... —comenzó a responder el doctor Alimantando.

—Da igual —lo interrumpió con voz resonante Corazón de Lothian—. Me encuentro con ellos cada dos por tres. Cuando vuelva, ya lo arreglaré con los muchachos de Montechina. Son cosas que ocurren y a mí ni me van ni me vienen. Tengan... —Les entregó una tarjeta de visita a cada uno y con voz de trueno, gritó—: Las tarjetas que tenéis en la mano os dan derecho a una entrada libre y una copa de vino para presenciar el Espectáculo Ambulante de Educación Genética de Corazón de Lothian. Todas las maravillas de la biotecnología actual estarán a vuestra disposición, sin ningún compromiso, gracias a la generosidad del consejo de desarrollo regional de ROTECH. Moveos, moveos, traed a vuestras familias, viejos y niños, hombres y mujeres, venid

todos a ver cómo ROTTECH puede ayudar vuestras cosechas, vuestros huertos, vuestros jardines, vuestros pastizales, vuestro ganado, vuestras aves y arbustos, todo esto lo veréis en el Gran Espectáculo de Biotecnología con Dibujos Indostánicos. Las puertas se abren a las veinte en punto. Los primeros diez en llegar recibirán gratuitamente distintivos, pegatinas y pósters de ROTTECH. Habrá sombreritos para los niños y vino gratis para todo el mundo. —Y con un guiño, añadió—: Después os enseñaré cómo lo hago.

A las veinte horas, todos los hombres, mujeres y niños de Camino Desolación hacían cola ante el espectáculo ambulante de Corazón de Lothian. No se sabía cómo, se había desplegado de un tractor y dos remolques para florecer en lonas de dibujos indostánicos y brillantes luces de neón. Un globo de helio, atado de un cordel, flotaba a cientos de metros del suelo; arrastraba tras él un largo estandarte que proclamaba las glorias del Espectáculo Ambulante de Educación Genética de Corazón de Lothian. De los altavoces salía una música ligera que hacía cosquillas en los pies. Todo el mundo estaba muy entusiasmado, pero no por los beneficios que podrían sacarle a sus pequeñas propiedades

(aunque Rael Mándela estaba cada vez más preocupado por las mermas de su banco de gérmenes y la consiguiente procreación en consanguinidad del ganado del pueblo), sino porque en un lugar con diez casas, donde incluso la llegada del tren semanal era todo un acontecimiento, la aparición de un espectáculo ambulante era algo un poco menos impresionante que si Panarcos y todas las huestes de los Cinco Cielos hubieran marchado sobre Camino Desolación al son de flautas y tambores.

A las veinte menos veinte, Corazón de Lothian abrió las puertas de par en par y la gente entró empujándose y a codazos. Cada uno recibió una bolsa con un surtido de golosinas de ROTTECH: en vista de la escasa población de Camino Desolación, habría sido una injusticia limitar las dádivas a los diez primeros. Con las copas de vino en la mano, los habitantes del pueblo contemplaron las maravillas de la ciencia genética de ROTTECH. Quedaron asombrados por las hormonas de la fertilidad que permitían que una cabra pariera ocho crías de una sola vez; les maravillaron los equipos de clonación que permitían obtener gallinas vivas a partir de cáscaras de huevo y plumas; soltaron «oohs» y «aahs» ante los aceleradores del crecimiento que podían hacer que cualquier cosa viva, vegetal o animal (incluso humana, dijo Corazón de Lothian) alcanzara la madurez completa en un par de días; no tuvieron palabras para explicar el asombro que sintieron al ver las bacterias obtenidas por ingeniería genética, capaces de comer piedras, hacer plástico, curar enfermedades de plantas, generar gas metano y producir hierro a partir de arena; se quedaron con los ojos como platos cuando vieron el fermentador de Corazón de Lothian, una bolsa enorme de carne artificial de color azul que digería todo tipo de desecho doméstico y lo expulsaba por sus pezones en forma de vino tinto, blanco o rosado, a gusto del consumidor; temerosos, entraron con sigilo en la sala tenebrosa en la que se anunciaba Monstruos Varios, y se fingieron ofendidos por las combinaciones genéticas que acechaban, rugían o se arrastraban en el interior de sus ambientes protectores. Ataviados con sombreros de papel anaranjados, en los que aparecían impresas la palabra ROTTECH y el símbolo de la rueda catalina de nueve dientes en color negro, Limaal, Taasmin y Johnny Stalin se pasaron horas allí dentro hostigando a los agapantos para que abrieran sus fauces de un metro de ancho y a los dragones para que soltaran bolitas de fuego embrujado. Al final, Corazón de Lothian en persona tuvo que echarlos cuando descubrió a Limaal y a Taasmin tratando de empujar a Johnny Stalin a través de la cerradura de gas para meterlo en la jaula de baja temperatura de los murciélagos piraña.

La gente se quedó hasta tarde; hasta muy tarde tratándose de granjeros que se levantaban y se acostaban con el sol. Formularon preguntas, hicieron pedidos, se llevaron brazadas de la abundante literatura gratuita y bebieron copa tras copa del excelente vino tinto, blanco o rosado de Corazón de Lothian. Rael Mándela adquirió un lote de trabajo de

plasma de gérmenes («con una fortaleza y una salud garantizadas», dijo Corazón de Lothian) para reforzar sus mermadas reservas. Los hermanos Gallacelli, hartos de tinto, blanco y rosado, le preguntaron a Corazón de Lothian si con los recursos de la ingeniería genética sería capaz de conseguirles a cada uno esposas idénticas, perfectas hasta el último detalle físico. Corazón de Lothian se echó a reír a carcajadas y los sacó de su despacho, pero les pidió que regresaran cuando el espectáculo hubiera acabado para probar la perfección de sus anchas carnes. El señor Jericó y sus Antepasados Exaltados la entretuvieron durante más de una hora con su conversación estimulante y elevada; Meredith Monteazul compró un tratamiento bacteriano para sus patatas; los Tenebrae y los Stalin adquirieron varias cepas de babosas enormes y repugnantes para destrozarse mutuamente los huertos; Persis Jirones cursó un pedido por un lagar comebasuras casero (a pesar de que el Gran Espectáculo de Biotecnología con Dibujos Indostánicos le había traído el triste recuerdo del Asombroso Bazar Aéreo de Jirones); y en último lugar, llegó Babooshka.

Las luces de neón se habían apagado, los toldos y las carpas de dibujos indostánicos se volvieron a plegar en el interior de los remolques, los hermanos Gallacelli merodeaban innecesariamente debajo de la bomba eólica y las estrellas brillaban con fuerza cuando Babooshka fue a ver a Corazón de Lothian.

—Señora, he visto sus maravillas y sus portentos y sí, son en verdad maravillosas y portentosas las cosas que se pueden hacer hoy en día, pero me pregunto, señora, si es posible que toda esta ciencia y toda esta tecnología me den lo que más deseo en el mundo: un hijo.

Corazón de Lothian, mujer grande como la madre tierra, estudió a Babooshka, pequeña y dura como un gorrión desértico.

—Señora, no hay modo alguno de que usted pueda concebir un hijo. En absoluto. Pero eso no significa que no pueda usted tener uno. Habría que gestarlo fuera del cuerpo, y podría hacérselo adaptando una de las placentas que tengo en mis reservas, una de vaca, quizá; ¿sabía usted que los vientres de las vacas se utilizaban antes para desarrollar en ellos seres humanos? Podría fertilizar el óvulo in vitro, una operación elemental, incluso usted misma podría hacerlo; supongo que algún óvulo podré encontrarle en el cuerpo; pero si eso fallara, podría unir unas cuantas muestras de células... en cuanto a su marido, ¿sigue siendo potente?

—¿Cómo?

—¿Podría sacarle una muestra de esperma, señora?

—Eso es algo que él mismo debe contestar. Pero dígame, ¿es posible que yo consiga un hijo?

—Sin ninguna duda. Genéticamente será suyo, aunque será imposible que lo lleve usted en sus entrañas. Si quiere usted seguir adelante con el plan, venga a verme mañana, a las diecinueve, y traiga a su marido.

—Señora, es usted un tesoro.

—Me limito a hacer mi trabajo.

Babooshka se alejó internándose en la noche y los hermanos Gallacelli aparecieron, salidos de la noche. Nadie vio ni lo uno ni lo otro.

Tres días más tarde, tampoco nadie vio a Babooshka cuando se llevó a casa el placentario en un bote de Belden.

—¡Esposo Harán, tenemos un hijo! —exclamó lanzando un suspiro, y quitó el discreto paño con que cubría el bote de cristal para dejar al descubierto su contenido rojo, gelatinoso y palpitante.

—¿Y ese... ese aborto es nuestro hijo? —rugió Harán Mándela tendiendo la mano para aferrar un voluminoso bastón y destrozarse aquel engendro.

Babooshka se interpuso entre su esposo enfurecido y el artificial vientre húmedo.

—Harán Mándela, esposo mío, ése es mi hijo, lo que más quiero en este mundo, y si llegas a ponerle un solo dedo encima a este bote sin mi permiso, me marcharé y no volveré nunca más.

La resolución del abuelo Harán vaciló. Le tembló el bastón que aferraba en la mano. Babooshka estaba ante él, pequeña y desafiante como un mirlo. Poco a poco lo fue convenciendo.

—Será preciosa, bailará, cantará, iluminará el mundo con su belleza; la hija de Harán y Anastasia Tyurischeva Mándela.

El abuelo Harán guardó el bastón en el paragüero y se fue a la cama. Junto a la ventana, donde podía alimentarse con la luz del amanecer, el placentario hipaba y palpitaba.

Las idas y venidas nocturnas de Babooshka no pasaron del todo inadvertidas. En cuanto se enteraron de que Corazón de Lothian les serviría a los Stalin un pedido de babosas enormes y repulsivas, los Tenebrae habían permanecido en guardia constante ante la posible incursión de babosas de sus enemigos. La noche en que Babooshka tomó posesión del blastocito, Genevieve estaba de guardia contra las babosas. Había visto a la anciana y el bulto que llevaba en brazos, y con una perspicacia certera había adivinado la naturaleza exacta de su acuerdo con Corazón de Lothian. Y el corazón se le desbocó de rabia y envidia.

Genevieve Tenebrae no se fiaba de su marido. No se fiaba de él porque se negaba a darle un hijo, el hijo que habría atado a su familia con el apretado nudo gordiano de la comodidad, el hijo que la habría equiparado a esos desgraciados y esnobs de los Stalin, y de qué diablos se enorgullecían, los muy esnobs, cuando el único hijo que tenían era una masa de sebo, un crío precoz, malhumorado y caprichoso hasta más no poder. Un hijo le proporcionaría a Genevieve Tenebrae todo lo que deseaba, pero Gastón Tenebrae jamás se lo daría.

«Un hijo, lo único que quiero es tener un hijo, ¿por qué no quieres darme uno?», se pasaba el día importunando a Gastón Tenebrae, y él le ofrecía siempre la misma y débil excusa, una serie de inventos, frágiles como la piel, que se reducían a una sola cosa: egoísmo, sí, puro egoísmo, y ahí tenía a esa vieja decrepita de vientre marchito, apellidada Mándela por matrimonio, con un hijo que era físicamente incapaz de llevar dentro y ahí estaba ella, con un vientre tan fértil como Humus de Oxo, pero sin semilla que germinara en él; no era justo; no, no y no; entonces, mientras se ocultaba tras unas matas enanas de matoke, montando guardia contra las babosas, se le ocurrió la idea, la idea terrible y maravillosa.

A la mañana siguiente, mientras el asentamiento entero despedía a Corazón de Lothian, que regresaba a Montechina, a pedir la bendición oficial de ROTECH para el pueblo, Genevieve se escabulló hasta el anexo de la casa de los Mándela donde vivían Babooshka y el abuelo Harán. El placentario temblaba y palpitaba en el alféizar de la ventana. Se acercó a él con asco, pero decidida. Del bolso sacó un bote de soporte biológico que Rael Mándela le había dado a su marido. Después de unos minutos de maniobras apresuradas y con olor a pescado, había vuelto a marchar envuelta en una nube de polvo y culpa, con el bote apretado fuertemente al corazón, mientras el pequeño y pálido blastocito daba volteretas a ciegas en su interior. Para que no se notara la ausencia del feto, había introducido en el vientre artificial un mango verde.

En cuanto la polvareda producida por la partida de Corazón de Lothian se hubo disipado, Genevieve Tenebrae llamó a la puerta de Marya Quinsana.

—Buenos días, señora Tenebrae —la saludó Marya Quinsana, vestida con un mono de plástico verde de aspecto profesional—. ¿Es una visita de negocios o de placer?

—De negocios —repuso Genevieve Tenebrae, y colocó el bote de soporte sobre la mesa de operaciones—. Éste es el hijo que Corazón de Lothian me ha hecho. No tuvo tiempo de implantármelo, pero me dijo que tú podrías hacerlo.

La operación estuvo hecha en diez minutos. Cuando terminaron de tomar el té y los caramelos, Genevieve Tenebrae volvió junto al mezquino y vano de su marido. La culpa había desaparecido gracias a los inteligentes instrumentos de Marya Quinsana. En el bolsillo de su falda se sacudía un frasco de inmunodepresores, que impedirían que su cuerpo rechazara el feto; imaginó que notaba como el hijo robado pateaba y se movía en su vientre. Esperaba que fuera una niña. ¿Cómo iba a decírselo a su marido? Sería interesante ver la cara que pondría.

13

Rael Mándela temía que sus hijos se criaran como salvajes. Se habían pasado tres años corriendo por el pueblecito de Camino Desolación, inocentes e ignorantes como gallinas. Era el único mundo que conocían, ancho como el cielo, y sin embargo, descrito de forma tan sucinta que un niño hiperactivo de tres años era capaz de recorrerlo en menos de diez minutos. A los gemelos jamás se les había ocurrido pensar que había un mundo y un cielo, e incluso un mundo más allá del cielo, llenos de personas y con una historia. Los trenes que, envueltos en una nube de humo, llegaban y se iban a intervalos peculiares, provenían de alguna parte y se iban a alguna parte, pero el pensar en ese lugar ponía nerviosos e incómodos a los niños. Les gustaba que su mundo fuera pequeño y cómodo como la colcha de una cama. No obstante, Rael Mándela insistía en que aprendieran sobre esos otros mundos. El proceso recibía el nombre de educación, e implicaba sacrificar mañanas enteras que podían utilizarse de modo más provechoso escuchando al doctor Alimantando, que era simpático, pero no era un gran comunicador, o al señor Jericó, que sabía tanto del mundo que daba miedo, o aprendiendo a leer con los libros hermosamente ilustrados de su madre, en los que había historias sobre la época en que ROTECH y Santa Catalina habían construido el mundo.

Limaal y Taasmin siguieron siendo unos salvajes entusiastas. Preferían toda la vida pasarse el día poniendo perdido al gordo de Johnny Stalin con barro, agua y heces y haciendo acrobacias inimitables en los caballetes de las bombas de agua. Sin embargo, Rael Mándela se mostraba inflexible, no quería que, al crecer, sus hijos se convirtieran en unos paletos, esclavos de la pala. Tendrían las cosas que a él le habían sido negadas. El mundo se convertiría en un juguete para ellos. Trató de instilarles la emoción de aprender, pero incluso el Espectáculo de Educación Genética de Corazón de Lothian los había dejado fríos. Hasta el día en que llegó al pueblo la Feria Ambulante y Fantasía Educativa de Adam Black.

La noche que precedió la llegada del gran animador, en el horizonte oriental se habían visto las chispas plateadas y doradas de los fuegos artificiales. En Camino Desolación no quedó duda alguna de que un acontecimiento de gran importancia se acercaba al pueblo. A la mañana siguiente, un tren no previsto en el horario, entró en la improvisada estación de Camino Desolación; Rajandra Das, jefe de estación no oficial, lo desvió hasta una vía lateral. Ahí se quedó, escupiendo humo y soltando una música inquietante por los altavoces de la locomotora, mientras la gente se reunía a ver qué ocurría.

«Feria Ambulante y Fantasía Educativa de Adam Black», leyó Rajandra Das en el insolente cartel pintado en rojo y dorado fijado en el vagón. Escupió en el polvo. La música seguía sonando. Pasó el tiempo. El aire se tornó más caliente. La gente empezó a cansarse de esperar con ese calor. Genevieve Tenebrae estuvo a punto de desvanecerse.

De repente, se oyeron simultáneamente una fanfarria y una descarga de vapor que a todos hizo dar un brinco.

—¡Señoras y señores, niños y niñas, el increíble y único... Adam Black! —chilló una voz de tonos curiosamente mecánicos.

De los vagones se desplegaron unas escaleras. Apareció un hombre alto, delgado y elegante. Vestía un chaqué negro y pantalones con una raya de oro puro. Una corbata negra de cordón le adornaba el cuello y en la cabeza llevaba un sombrero enorme como una rueda de carro. Tenía un bastón con punta de oro y los ojos le brillaban como el azabache. Y obviamente, tenía un bigotito fino como una línea dibujada a lápiz. Resultaba difícil imaginarse a nadie más parecido a un Adam Black. Después de haberse asegurado de que todos le habían echado una buena mirada, gritó:

—Señoras y señores, tienen ante ustedes al último depositario de la sabiduría humana: la Feria Ambulante y Fantasía Educativa de Adam Black. Historia, arte, ciencias, naturaleza, maravillas de la tierra y del cielo, prodigios de la ciencia y la tecnología, cuentos sobre lugares extraños y tierras lejanas, donde lo milagroso es cosa de cada día. Vean ustedes con sus propios ojos las poderosas obras de ROTECH, gracias al Opticón Patentado de Adam Black; oigan los cuentos de imaginación y misterio de Adam Black provenientes de los cuatro cuartos del globo; maravíllense con los últimos descubrimientos de la ciencia y la tecnología; asómbrense con el tren, sí, con este tren que tienen aquí delante, que se conduce solo gracias a que posee mente propia; contemplen con ojos como platos los Dumbletonianos, medio hombres, medio máquinas; entérense de los misterios de la física, la química, la filosofía, la teología, el arte y la naturaleza: todo esto puede ser de ustedes, señoras y señores, esta cornucopia de antigua sabiduría será de ustedes por sólo cincuenta centavos, sí, señoras y señores, cincuenta centavos, o su equivalente en especies de su elección. ¡Sí, señoras y señores, niños y niñas, Adam Black les presenta esta Feria Ambulante, esta Fantasía Educativa!

El dandi saltarín dio unos elegantes golpecitos con su bastón en el coche rojo, dorado y verde y la locomotora lanzó cinco volutas de humo, una dentro de la otra, y ejecutó música marcial a un volumen que rompía los tímpanos.

Adam Black abrió las puertas que conducían a su maravilloso país del saber y a punto estuvo de caer tumbado cuando Rael Mándela y los tercetos de sus hijos encabezaron el tumulto en pos de la educación. Los misterios de la física, la química, la filosofía, el arte y la naturaleza no llamaron demasiado la atención a Limaal y Taasmin Mándela. Bostezaron ante los Dumbletonianos, medio hombres, medio máquinas; de puro aburridos no pararon de moverse cuando el tren computadorizado, con mente propia, intentó trabar conversación con ellos; se rieron y hablaron durante todo el tiempo que duró la charla que Adam Black ofreció sobre las maravillas naturales del mundo. Pero las poderosas obras de ROTECH, vistas a través del Opticón Patentado de Adam Black, hicieron que los ojos se les saltaran de las órbitas.

Se sentaron en duras sillas de plástico en uno de los vagones. Limaal notó que si se mecía, la silla chirriaba, y eso fue precisamente lo que hacía cuando la sala quedó repentinamente sumida en una oscuridad negra como la muerte. Se oyeron gritos que provenían de la parte posterior, donde los hermanos Gallacelli estaban sentados detrás de Persis Jirones. Después, una voz anunció: «El espacio: la última frontera», y de repente, el vagón se llenó de luminosas chispas voladoras. Los gemelos intentaron capturarlas con las manos pero las brillantes motas pasaron a través de sus dedos. Una nebulosa espiralada traspasó dando vueltas el pecho de Limaal. Trató de agarrarla pero salió volando por la parte posterior del vagón. Una estrella se desprendió de una refulgente telaraña galáctica y aumentó en tamaño y luminosidad hasta lanzar sombras sobre las paredes del vagón.

—Nuestro sol —les explicó Adam Black—. Nos acercamos a nuestro sistema solar a una velocidad simulada veinte mil veces superior a la de la luz. A medida que vayamos entrando en los diversos mundos, aminoraremos para permitir que veáis las glorias de los planetas. —La estrella era ya un sol bien definido. Los planetas pasaban raudos en una majestuosa procesión de órbitas y anillos—. Dejamos atrás los mundos exteriores; la nube cometaria que envuelve nuestro sistema, ahí tenéis la lejana Némesis, compañera

tenue de nuestro lejano Sol; éste es Averno y éste Caronte; Poseidón; el de los anillos es Urano; Cronos, también con sus anillos... y aquí tenéis a Júpiter, el más grande de todos los mundos; si a nuestro mundo, que veis ahora, más allá de esta nube de asteroides, lo pelaran como una naranja y lo colocasen sobre la impresionante superficie de Júpiter, no sería más grande que una moneda de cincuenta centavos... aquí tenéis a nuestro mundo, nuestro hogar, volveremos a él dentro de un momento, pero antes, hemos de visitar brevemente a la brillante Afrodita, al diminuto Kermes, el más cercano al Sol, antes de volver a centrar nuestra atención en el Mundomadre del que surgieron todos los pueblos de nuestra Tierra.

En el extremo de la sala estalló una mancha luminosa para formar un sistema de dos grandes mundos, uno era un cráneo sin vida, de un blanco apagado, el otro, un orbe azul ópalo, con manchas lechosas como las de una canica. El mundo—cráneo blancuzco y muerto pasó raudamente ante los espectadores para alejarse en la distancia estelar, y los gemelos se encontraron revoloteando sobre un mundo—vientre, azul como dos serafines de cara sucia de Panarcos. Vieron que aquel mundo azul estaba rodeado por un aro plateado, cuyas dimensiones superaban sus imaginaciones. El enfoque holográfico volvió a cambiar y los ejes delgados, como los ejes de la rueda de una bicicleta, que unían el mundo del aro al esférico resultaron claramente visibles.

En la pequeña sala a oscuras reinaba el asombro. Los gemelos estaban quietos y callados. Las tremendas cosas del cielo los habían dejado sin movimiento. Adam Black continuó con su conferencia.

—Ante vosotros tenéis el Mundomadre, el planeta del que surgió nuestra raza. Se trata de un mundo muy antiguo, increíblemente antiguo. En nuestro mundo, la gente lleva apenas setecientos años, la mayoría ha llegado desde el momento en que se completó la formación del hombre, hace menos de un siglo, pero en el Mundomadre hay civilizaciones que tienen miles y miles de años de antigüedad.

El azul Mundomadre giraba bajo la mirada omnisciente de los gemelos. Mientras sus paisajes envueltos en nubes quedaban sumidos en la noche, las ciudades, esparcidas por los continentes, surgían bajo los diez millones de millones de luces.

—Un mundo muy, pero muy antiguo —prosiguió Adam Black, hipnotizando a sus oyentes con sus palabras danzarinas—, antiguo y gastado. Y atestado. Muy atestado. No podéis imaginaros cuánto.

Presa del miedo, Limaal se aferró a su padre, porque se lo imaginaba a la perfección. Veía a todas las personas desnudas y calvas, unas al lado de las otras, hombro con hombro; una alfombra viviente de carne seguía el perfil de montañas, valles y llanuras hasta llegar al borde del mar. Allí la gente se había visto empujada a las aguas aceitosas que les llegaban a la cintura, y la masa malthusiana, que no paraba de aumentar, la iba empujando cada vez más, hasta que el agua les cubría las cabezas. Se imaginó que aquella portentosa explosión de carne pesaba tanto que hacía caer el globo del cielo y que éste acababa aplastándolo con sus masas.

—Tan grande es la población que las masas de tierra han sido ocupadas ya hace tiempo, e incluso en las grandes ciudades que navegan por los océanos del mundo ya no hay cabida para nadie más. Por eso, los habitantes se han visto obligados a treparse a estos ejes, a estos elevadores orbitales, para vivir en la ciudad anular que han construido en el espacio, alrededor de su mundo, donde abundan la energía y los recursos.

El enfoque de la proyección se centró en el aro plateado y surgió entonces una maraña inquietante de formas geométricas que fueron creciendo unas de otras como cristales. Cuando el enfoque fue más cercano, los detalles de las formas geométricas, grandes como ciudades inmensas, se hicieron más visibles; tubos, esferas, formaciones en abanico y extrañas protuberancias, cubos y trapezoides tergiversados. Más cerca aún, se veían los tejados transparentes, y debajo de ellos» unas figuras pequeñas como bacterias que se movían agitadamente.

Taasmin Mándela había cerrado con fuerza los ojos y se tapaba la cara con las manos. Al otro costado de su padre, Limaal Mándela estaba boquiabierto, aniquilado por el conocimiento.

—Esta ciudad se llama Metrópolis —anunció Adam Black. El señor Jericó había movido los labios, pronunciando en silencio y simultáneamente la palabra «Metrópolis». Le había dado miedo de que lo hubiesen descubierto debajo de aquel inmenso tejado transparente, sentado a los pies de Paternóster Augustine—. A pesar de su inmenso tamaño, su población crece tan deprisa que las máquinas que van añadiéndole durante todas las horas de cada día no logran seguir el ritmo de crecimiento. Despidámonos del Mundomadre —dijo Adam Black y el mundo azul ópalo, su anillo, su satélite—cráneo y su apretujada población se alejaron hasta convertirse en un punto distante—, y pasemos a observar nuestro hogar.

La Tierra surgió henchida ante los gemelos, que contemplaron sus polos nevados, conocidos a través de los atlas familiares, sus azules océanos rodeados de tierras, sus verdes selvas, sus dorados llanos y sus anchos desiertos rojos. Observaron desde arriba el Monte Olimpo, tan alto que su cima se elevaba por encima de las nieves más altas, y de las bulliciosas tierras del Gran Valle, plagado de ciudades y pueblos. A medida que su tierra se iba acercando más y más, vieron el brillante anillo lunar, donde el ojo oracular se posó para llenar la sala con formas móviles e incomprensibles. Algunas eran tan grandes que tardaban minutos en atravesar la sala; otras eran diminutas y tambaleantes; otras agitadas como insectos que volaban a través de los espectadores, concentrados en su insignificante trajinar; todos llevaban escrito el nombre ROTECH en alguna parte.

—Mirad, las fuerzas que dieron forma a nuestro mundo, convirtiéndolo en un sitio apto para que el hombre lo habitase. Hace mil años, unos sabios, todos ellos hombres santos, no me cabe duda, previeron lo que acabáis de presenciar, que el Mundomadre no alcanzaría para albergar a todas las personas que llegarían a nacer. Hubo que encontrar otros mundos, pero todos los mundos que estaban cercanos eran mundos muertos, sin vida, incluso éste mismo. Sí, nuestra tierra estaba tan muerta y sin vida como el blanco mundo—cráneo que habéis visto hace apenas unos minutos. Sin embargo, estos sabios sabían que podía modificarse para albergar vida. Apelaron a los diversos gobiernos de las naciones del Mundomadre, fundaron ROTECH, Formación Terráquea Orbital a Distancia y Centro de Control Ambiental, y armados con toda la ciencia y la tecnología de aquella época, trabajaron durante setecientos largos años para convertir esta tierra en un lugar favorable al hombre.

Un enorme objeto asimétrico, salpicado de ventanitas relucientes, con el sagrado nombre escrito en letras que, a escala real, debían de medir más de doscientos metros de alto, se deslizó por la sala. Unas cosas parecidas a moscas enanas zumbaban por él en frenética actividad. Limaal Mándela daba botes en su asiento, entusiasmado por las formas que veía en el cielo.

—Quédate quieto —siseó su padre.

Se volvió hacia su madre, en busca de alguien con quien compartir su entusiasmo, pero en el rostro de Eva Mándela se veía la expresión del que no entiende nada. Su hermana tenía los ojos desorbitados e inexpresivos como el icono de un santo.

—Lo que estáis viendo son unos cuantos dispositivos orbitales mediante los cuales ROTECH mantiene el precario equilibrio ambiental de nuestro mundo. Algunos son máquinas de control meteorológico, que emplean rayos láser infrarrojos para calentar zonas de la superficie del planeta y generar así diferencias de presión que darán lugar a los vientos. Otros son supernúcleos magnéticos, magnetos que generan el intenso campo que protege nuestro mundo del bombardeo de partículas solares cargadas y rayos cósmicos. Otros son Vanas, los espejos orbitales que iluminan las noches oscuras, cuando no hay lunas, algunos son órficas, que influyen directamente en el mundo con su trabajo, sembrando vida en los lugares yermos de la tierra, algunos son desviadores, cuya

misión es apartar el hielo cometario de la nube que vimos antes, alejándolo del borde del sistema solar para traerlo a nuestro mundo, y mantener así el equilibrio hidrostático; otros son partacs, temibles y potentes armas destructoras con las que ROTTECH defiende este frágil mundo del ataque de... del más allá. Hace tiempo había muchos más, pero la gran mayoría ha pasado, junto con ROTTECH, a hacer frente a retos mayores; por ejemplo, la conquista del mundo infernal que llamamos Afrodita, pero cuyo antiguo nombre, Lucifer, lo describe mejor; o dotar de verdor la luna sin aire del Mundomadre. Y ahora observad esto... Los niños tuvieron la impresión de caer en picado por el borde del mundo como un enorme pájaro espacial; más allá de la cascada del anillo lunar vieron que algo tremendo se acercaba al mundo, algo como una mariposa de kilómetros y kilómetros de ancho, algo tan inmenso y de diseño tan complejo que desafiaba toda imaginación. Giró prodigiosamente y la luz del sol lo tocó de lleno; los gemelos y todos los presentes se quedaron pasmados cuando tres millones de kilómetros cuadrados de vela quedaron repentinamente iluminados.

—Velas tan anchas que con ellas se podría envolver el mundo —susurró Adam Black; luego alzó la voz hasta un tono espectacular, y proclamó—: Una Nave Planeadora del Praesidium en el momento de llegar a las instalaciones de atraque orbital de ROTTECH. Hace un año y un día partió de Metrópolis con un millón doscientos cincuenta mil colonos, dormidos en estasis en los compartimentos de carga, y ahora, su viaje ha tocado a su fin. Han llegado a nuestro mundo. Les parecerá un lugar extraño, desordenado, confuso, del mismo modo que les ocurrió a nuestros tatarabuelos y a nuestras tatarabuelas. Algunos morirán, otros se volverán, habrá quienes no logren triunfar y se hundirán en el fondo de la sociedad, pero la mayoría de ellos, cuando lleguen a las ciudades de importación y distribución de Aterrizaje, Bleriot y Belladonna, le echarán una atenta mirada al mundo y creerán haber llegado al paraíso.

El mirador incorpóreo se precipitó hacia la Tierra, bajó y bajó cada vez más deprisa hasta que Limaal y Taasmin tuvieron la impresión de que quedarían aplastados contra la tierra dura. Los nudillos se volvieron blancos y Babooshka lanzó un grito. Las luces volvieron a encenderse. En los haces de las lámparas flotaban motas de polvo. Adam Black avanzó hacia la luz y anunció:

—Y así concluye nuestro viaje por las maravillas de la Tierra y el cielo; ahora podemos devolvernos a todos a la seguridad de la tierra firme.

Las puertas se abrieron al final del vagón y dejaron entrar una ráfaga de polvorienta luz solar. Uno tras otro fueron saliendo en silencio bajo el sol de la tarde.

—¿Qué os ha parecido? —preguntó Rael Mándela a sus hijos.

Los pequeños no contestaron. Iban sumidos en sus pensamientos.

Limaal Mándela tenía la cabeza llena de planetas que caían, preñados de humanos, con ruelas de luz de mil kilómetros de ancho, con marañas de formas anárquicas que, no obstante, hacían que el mundo funcionase como un reloj bien aceitado, y la parte racional de su ser abarcó cuanto había visto. Comprendía que tanto el universo material como el humano funcionaban según unos principios fundamentales y que estos principios eran conocibles; por lo tanto, todos los universos de la materia y la mente también debían de serlo. Abarcó el Gran Designio y lo vio copiado en miniatura en todos los sitios donde posaba la mirada. Todo era inteligible, todo era explicable; no quedaban misterios, todas las cosas señalaban hacia dentro.

Taasmin Mándela había contemplado también las maravillas del cielo y la Tierra, pero escogió más bien el camino del misticismo. Había visto que todos los órdenes de la organización obedecían a órdenes superiores, y esos órdenes superiores, a su vez, obedecían a una inteligencia más amplia y más espléndida, siguiendo una espiral de consciencia en cuyo vértice descansaba Dios, el Panarcos Inescrutable, Inefable y Silencioso como la Luz, cuyos planes sólo podían adivinarse a partir de Sus revelaciones,

que goteaban como una especie de dulce destilado por el serpentín del alambique de la conciencia. Todas las cosas señalaban hacia fuera y hacia arriba.

Rael Mándela no podía saber lo que le había hecho a sus hijos, ni siquiera en el instante de su nacimiento, cuando les había transmitido la maldición de su familia, ni siquiera en el momento en que, en el Planetario Holográfico de Adam Black, hizo germinar en ellos la semilla de esa maldición. Quizá habían aprendido algo valioso. Si habían prendido en ellos las raíces del saber, entonces, los dos cubos de fresas y la gallina que había gastado en la educación de sus hijos habían sido un dinero bien invertido.

14

La noche del viernes, 21 de agosto, a las veinte menos veinte, Babooshka se levantó de un salto en mitad de uno de sus interminables juegos de palabras, justo cuando el abuelo Harán se disponía a poner «zoomorfo» en una columna con puntuación triple y exclamó:

—¡Ha llegado la hora! ¡Ha llegado la hora! ¡Mi bebé, oh, mi bebé!

Dicho lo cual, salió corriendo hacia el cuarto donde el placentorio había latido y se había ido hinchando día tras día, hora tras hora, durante doscientos ochenta días o 7.520 horas, hasta convertirse en un enorme bulbo de carne rojiazul.

—¿Qué pasa, flor de mi corazón? —gritó el abuelo Harán—. ¿Qué ocurre?

Al no obtener respuesta, se dirigió presuroso hacia el cuarto y encontró a su mujer de pie, cubriéndose la boca con las manos y, mirando fijamente el placentorio. El vientre artificial se estremecía y se contraía llenando la estancia de un fétido olor.

—¡Ha llegado la hora! —graznó Babooshka—. ¡Mi bebé ha llegado! ¡Nuestro bebé! ¡Oh, Harán! ¡Esposo mío!

El abuelo Harán husmeó el aire fétido. Un hilillo de líquido negro comenzó a manar del placentorio y manchó el líquido nutriente. Una sensación de gran peligro se le hincó en el corazón.

—Sal de aquí —le ordenó a Babooshka.

—¡Pero Harán... es nuestra hija! Yo, que soy su madre, debo estar con ella.

Tendió la mano hacia la carnosa obscenidad que descansaba en el alféizar de la ventana.

—¡Fuera! ¡Te lo ordena tu marido!

El abuelo Harán aferró a su esposa por los hombros, la hizo girar y la empujó fuera de la puerta que cerró tras él con llave. Sacudido por los espasmos, el placentorio soltaba horribles eructos. El abuelo Harán se acercó, trepidante. Le dio unos golpecitos al bote. El placentorio soltó un fúnebre quejido, como si de él saliera gas a gran presión. Las burbujas subieron a la superficie del bote de Belden y estallaron despidiendo un hedor sofocante. El abuelo Harán se cubrió la boca y la nariz con un pañuelo y punzó el vientre con un lápiz. El placentorio se convulsionó y, con un sonido rasgante, escupió al aire una gelatina vil y grisácea. Soltó un torrente de fluido negro y maloliente entremezclado con sofocantes ventosidades, luego se partió por la mitad y murió. Aguantando la respiración para no vomitar, el abuelo Harán hurgó con el lápiz en los restos podridos. No había señales de que allí dentro hubiera existido nunca una criatura. Lo que sí encontró fueron unos trozos negros, medio putrefactos, de algo que se parecía a la piel de un mango. Contento de que no hubiera criatura alguna, ni viva, ni muerta, abandonó la habitación y la cerró con llave.

—Esta noche ha ocurrido aquí algo terrible y blasfemo —le dijo a su mujer—. Mientras yo viva, nadie volverá a entrar en esa habitación.

A grandes zancadas se dirigió a la puerta principal y con todas sus fuerzas, lanzó la llave hacia la oscuridad.

—Mi hija, Harán, mi hija, ¿está viva o muerta? —Babooshka tragó saliva y preguntó—: ¿Es... humana?

—Nunca hubo una criatura —le explicó el abuelo Harán mirando a la lejanía—. Corazón de Lothian nos ha engañado. El vientre estaba vacío. Completamente vacío.

Y fue entonces cuando rompió la promesa que su esposa había hecho en su nombre y fue a emborracharse al BAR/Hotel de Jirones.

En el preciso instante en que Babooshka se levantó de un salto e interrumpió el juego, Genevieve Tenebrae sintió que un dolor desgarrante la retorció toda. Lanzó un gemido quedo y un sollozo y supo que había llegado la hora.

—Cariño, ¿te ocurre algo malo? —inquirió Gastón Tenebrae desde su sillón junto al fuego, donde solía sentarse por las noches a fumar en su narguile y a soñar con el dulce adulterio.

Otra contracción retorció a Genevieve Tenebrae.

—La niña —susurró—, ya llega.

—¿La niña, qué niña? —preguntó Gastón Tenebrae.

Genevieve Tenebrae sonrió a pesar de los dolores. Durante nueve meses había ocultado expresamente el embarazo, a la espera de ese delicioso instante.

—Tu hija —susurró—. Tu hija, idiota.

—¿Qué? —rugió Gastón Tenebrae, a mil kilómetros de distancia, alto y fútil como un junco mojado.

—Te has equivocado, esposo mío. Tu hija... ésa que me has negado una y otra vez, por la que me has hecho... esperar... así que yo te he hecho esperar a ti... y ahora... la espera ha terminado.

Jadeó y una nueva contracción le recorrió el vientre. Gastón Tenebrae revoloteaba, asustado como un pajarito en un invernadero.

—Llévame a casa de Quinsana... a casa de Marya Quinsana —le ordenó Genevieve.

Reunió la dignidad que aún le quedaba y caminó hasta la puerta. Una vez allí, una serie de fuertes contracciones la sacudieron.

—Ayúdame, cerdo inútil —gimió.

Gastón Tenebrae se le acercó y en medio de la noche fría, la condujo hasta la Consulta Dental y de Cirugía Veterinaria de Quinsana.

Al ver aparecer el rostro de Marya Quinsana en medio del sopor postanestésico, Genevieve Tenebrae tuvo la impresión de que aquella cara parecía la de una llama. Este vibrante pensamiento dio vueltas por el circuito superconductor de su mente hasta que el bulto del bebé, envuelto como un regalo, le fue colocado entre los brazos y se acordó de todo.

—No es mucho más difícil que ayudar a parir a una cabra —dijo Marya Quinsana sonriendo con su cara de llama—. De todos modos, me pareció mejor dormirte desde el principio.

—¿Y Gastón, dónde está Gastón? —inquirió Genevieve Tenebrae. El rostro con perilla de su marido se inclinó junto al de ella.

—Ya hablaremos cuando estemos a solas —le dijo con un susurro confidencial.

Genevieve Tenebrae sonrió con aire distante; su esposo tenía para ella la misma importancia que una mosca fastidiosa. Lo que importaba era la criatura que tenía en brazos, su hija; ¿acaso no la había llevado dentro, no la había tenido en su vientre durante nueve meses, no había sido parte de ella durante casi medio año?

—Arnie Nicolodea —susurró—. Pequeña Arnie.

Cuando la noticia del nacimiento sorpresivo del tercer ciudadano natural de Camino Desolación llegó al BAR/Hotel, Persis Jirones invitó a los parroquianos a unas copas y todos brindaron y lo celebraron, menos el abuelo Harán, quien a medida que la noche fue

dando paso al día, se dio cuenta de lo que le habían hecho. También se dio cuenta de que jamás podría probar nada.

—¿No resulta extraño —comentó Rajandra Das con la locuacidad que le daba la cerveza de maíz y el vino del fermentador del hotel— que la pareja que deseaba un hijo no lo tuvo y que la pareja que no lo deseaba sí lo tuvo?

A todo el mundo le pareció que aquél era un resumen muy elocuente.

15

Rajandra Das había vivido en un agujero, debajo de la Estación Principal de Meridiana. Seguía viviendo en un agujero: en el Gran Desierto. Rajandra Das había sido príncipe de los muchachos de las cloacas, de vagabundos, mendigos, saqueadores, malvivientes y borrachines. Seguía siendo príncipe de los muchachos de las cloacas, de vagabundos, mendigos, saqueadores, malvivientes y borrachines. No había nadie que compitiera con él para arrebatarse el título. Demasiado holgazán para dedicarse a la agricultura, vivía gracias a su ingenio y a la caridad de sus vecinos, encantando sus cultivadoras rotas y sus averiadas unidades de rastreo solar para infundirles renovado vigor, ayudando a Ed Gallacelli a construir dispositivos mecánicos cuyo único valor práctico era el de consumir mucho tiempo. Cuando hubo arreglado una Locomotora de los Ferrocarriles Belén Ares, una de la clase 19, lo recordó; la máquina había entrado cojeando en Camino Desolación con un tokamak muy mal afinado. Sintió como si hubieran vuelto los viejos tiempos. En un ataque de nostalgia, a punto había estado de pedirle a los maquinistas que lo llevaran a dar una vuelta: hasta Sabiduría, sueño resplandeciente de su corazón.

Después, se acordó del guardián que lo había lanzado del tren y de las penurias y las patadas, y del duro trabajo que encontraría en un viaje de esa naturaleza. Camino Desolación era un pueblo tranquilo y aislado, pero Camino Desolación era un pueblo cómodo en el que la fruta se podía coger directamente del árbol. Se quedaría durante un tiempo más.

Al llegar el solsticio de invierno, cuando el sol quedaba bajo en el horizonte y el polvo rojo brillaba cubierto de escarcha, Adam Black regresó a Camino Desolación. Para los granjeros hartos del invierno, su llegada fue recibida como la primavera misma.

—Acérquense, acérquense —gritaba—. Una vez más, la Feria Ambulante y Fantasía Educativa de Adam Black —en este punto, golpeó con su bastón de punta dorada un pequeño cubo para dar más énfasis a sus palabras—, les presenta las maravillas de los cuatro cuartos del mundo en un espectáculo —bang bang—, completamente renovado. Presentamos para su deleite, señoras —bang—, y señores —bang—, niños —bang—, y niñas, una novedad nunca vista. ¡Un Ángel de los Reinos de la Gloria! ¡Capturado del Circo Celestial, un ángel real, cien por cien genuino y garantizado! —bang, bang—. Acérquense, acérquense, ciudadanos; por sólo cincuenta centavos pasarán cinco minutos en compañía de esta maravilla de la Era; cincuenta centavos, buena gente, ¿acaso pueden permitirse el lujo de no contemplar este fenómeno único! —Bang, bang—. Tengan la amabilidad de hacer cola, gracias... no empujen, por favor, hay tiempo suficiente para todos.

Rajandra Das había llegado tarde al espectáculo. Dormía cómodamente junto al fuego cuando el tren de la Feria se acercó, y en consecuencia, tuvo que pasarse más de una hora esperando de pie, y muerto de frío, antes de que llegara su turno.

—¿Sólo el Ángel? —le preguntó Adam Black.

—No quiero ver otra cosa.

—Entonces son cincuenta centavos.

—No tengo cincuenta centavos. ¿Acepta dos panales?

—Dos panales, perfecto. Cinco minutos.

El vagón estaba caldeado. Unos cortinajes negros tapaban las ventanas y susurraban cuando el aire caliente de los ventiladores los agitaban. En medio del vagón había una espaciosa jaula de pesado acero, muy sólida, sin puertas ni candados. Sentada en un trapecio que pendía del techo de la jaula había una criatura melancólica a la que Rajandra Das debía tomar por un ángel, aunque no era como los ángeles de los que le habían hablado de niño, cuando se sentaba sobre las piadosas rodillas de su querida difunta madre.

Su cara y su torso eran los de una mujer extraordinariamente hermosa y joven. Sus brazos y sus piernas estaban hechos con metal remachado. A la altura de hombros y caderas, la carne se fundía en el metal. Rajandra Das advirtió que aquella no era la simple fusión de lo humano con lo protésico. Aquello era algo muy diferente.

Un aura azulada y brillante rodeaba al ángel proporcionando al mismo tiempo la única iluminación del vagón caldeado y oscuro.

Rajandra Das no supo cuánto tiempo permaneció quieto y mirando hasta que el ángel extendió sus piernas mecánicas y, dejando ver unos zancos largos bajó del trapecio. Se comprimió a altura humana y apretó la cara contra los barrotes mirando fijamente a Rajandra Das.

—Si sólo tienes cinco minutos, te sugiero que me preguntes algo —le dijo el ángel con conmovedora voz de contralto. Y se rompió el hechizo de la mirada.

—¡Uauh! —exclamó Rajandra Das—. ¿Qué cosa eres exactamente?

—Suele ser siempre la primera pregunta —respondió el ángel de latón con la lasitud de una rutina largo tiempo establecida—. Soy un Anael, serafín del Quinto Orden de las Huestes Celestiales, sirviente manual de la Santísima Señora de Tharsis. ¿Quieres que interceda por ti o por otros ante Nuestra Señora, o deseas que le lleve un mensaje a tus amados difuntos atravesando el velo de la muerte? Eso es lo que suelen pedirme en segundo lugar.

—Pues yo no —le dijo Rajandra Das—. Hasta un tonto se daría cuenta de que no llevas ningún mensaje a nadie, y menos mientras sigas en esa jaula, trabajando para el señor Adam Black. No, lo que quiero saber es qué clase de ángel eres, porque a mí siempre me dijeron que los ángeles eran como señoras de pelo largo y bonitas alas que soltaban un fulgor y todo eso.

El ángel frunció los labios, ofendido.

—Habrás visto, ya no queda dignidad. De todos modos, ésa es la tercera pregunta que me formula la mayoría de los mortales. Al saltarte la segunda, supuse que lo harías mejor.

—¿Qué te parece si me contestas la pregunta número tres? El ángel suspiró.

—Observa, mortal.

De la espalda se le desplegaron dos juegos de paletas abatibles de helicóptero. Las dimensiones de la jaula no permitían que los rotores se abriesen del todo y las paletas caídas sólo contribuyeron a hacer que el ángel pareciera aún más patético y fútil.

—Alas. En cuanto a la cuestión del sexo...

El halo del Anael fluctuó. Unos bultos peculiares se elevaron y se movieron debajo de sus partes carnosas. Sus facciones se derritieron y se deslizaron como la lluvia en un tejado. Las hinchazones subcutáneas convergieron, se solidificaron y formaron facciones nuevas. Rajandra Das soltó un silbido de apreciación.

—Bonitas tetas. O sea que eres las dos cosas.

—O ninguna —acotó el Anael, repitió el truco de descongelación facial y se fundió hasta aparecer como una persona joven, de extraordinaria belleza y sexo indefinido.

Digno ya del nombre que llevaba, volvió a meter las palas del rotor en su espalda y le sonrió desconsoladamente.

Rajandra Das sintió que la aguja de la piedad se le clavaba en el corazón. Sabía lo que significaba encontrarse en un sitio no elegido. Sabía lo que era ser apaleado por la vida.

—¿Algo más, mortal? —le preguntó el Anael con voz cansina.

—En, eh, eh, hombre, no seas tan susceptible. Estoy de tu parte, de verdad. Dime una cosa, ¿cómo es posible que con un solo movimiento del dedo meñique no puedas salir de esa jaula? A mí me enseñaron que los ángeles eran unos seres muy poderosos.

El Anael se inclinó contra los barrotes de la jaula con aire de confidencias.

—No soy más que un Anael, Quinto Grado de las Huestes Celestiales, no soy uno de los grandes como PHARIOSTER o TELEMEGON, que son los modelos más recientes; los del Primer Grado, los Arcángelesks, pueden hacer cualquier cosa, pero nosotros, los Anaeles, que somos los primeros, fuimos los prototipos de la Santísima Señora; el diseño fue mejorando en los modelos sucesivos: los Avatas, los Lorarcos, los Serafines, los Arcángelesks.

—Un momento, un momento, ¿quieres decir entonces que te han fabricado?

—De un modo u otro, a todos nos fabrican, mortal. Me refiero a que nosotros, los Anaeles, fuimos diseñados para funcionar con energía solar, por eso Adam Black me tiene metido en esta jaula, en la oscuridad, de lo contrario, podría absorber energía solar suficiente como para separar estos barrotes. Aunque nosotros, los Anaeles —agregó tristemente—, fuimos diseñados principalmente para volar, no para luchar; canalizo casi toda mi fuerza hacia mis rotores.

—¿Y qué pasaría si descorriera todas las cortinas?

—Adam Black vendría y volvería a correrlas. Gracias por tu preocupación, mortal, pero me harían falta tres semanas de sol constante para recuperar toda mi fortaleza angélica.

Adam Black asomó la cabeza por la puerta y anunció:

—Se acabó el tiempo. Salga. —Mirando con aire severo al Anael, le preguntó—: ¿Otra vez les estás dando conversación? Ya te he dicho que no me los entretuvieras.

—Eh, eh, eh, ¿a qué viene tanta prisa? —protestó Rajandra Das—. Ya no queda nadie ahí fuera, y habíamos llegado a un punto interesante de la conversación. Un minuto más, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Adam Black se retiró a contar sus ganancias: seis dólares cincuenta centavos, una gallina, tres botellas de vino de vainas de guisante y dos panales.

—Muy bien, cuéntame más, hombre —pidió Rajandra Das—. Por ejemplo, ¿cómo fue que te metieron en esa jaula?

—Por puro descuido. Me encontraba yo en la Gran Compañía de la Santísima Señora, desfilando por un pueblo de diez centavos, llamado

El Francés y situado en los Altos Llanos. De vez en cuando lo hacemos, una especie de gran desfile circense, para que los mortales no se olviden de las cosas superiores, como quién creó el mundo; además, la Santísima Señora tiene una nueva política de intervenir directamente en los seres orgánicos. En fin, como te iba diciendo, se trataba de un espectáculo por todo lo alto, con los Grandes Poderes y Dominios, el Zoológico Espiritual, el Plymouth Grande y Azul, el Jinete en la Bestia de Múltiples Cabezas; éramos tantos que tardábamos un día entero en desfilar. Yo me encontraba en la oleada de cola; con tanto esperar me estaba aburriendo, y cuando nos aburrimos, los ángeles nos descuidamos. Sin darme cuenta siquiera, fui volando hasta chocar contra la sección de alto voltaje del enlace de microondas de El Francés. Me quedé atontado. Y casi se me fundieron los fusibles. Quedé fuera de combate. Los mortales me bajaron, me metieron en esta jaula en un sótano y me alimentaron con pan de maíz y cerveza. ¿Tienes idea de lo que es ser un ángel alcohólico? No hacía más que repetirles que funcionaba con energía solar, pero ellos, ni caso. Los mortales trataban de decidir qué hacer con un Anael de las Huestes Celestiales cuando apareció Adam Black y me compró con jaula y todo por quince dólares de oro.

—Oye, ¿y si intentaras escaparte? —sugirió Rajandra Das, concibiendo malvadas ideas.

—No hay candado. Se nos dan bien las maquinarias, he de reconocerlo. Si la jaula tuviera candado, podría con él, pero ese Adam Black se sabe la hagiografía al dedillo, porque cuando recuperé las fuerzas y me crecieron circuitos nuevos, mandó soldar la puerta.

—Qué lástima —dijo Rajandra Das acordándose de los agujeros debajo de la Estación Principal de Meridiana—. Nadie debería estar metido en una jaula por culpa de un error.

El Anael se encogió de hombros de un modo elocuente. Adam Black volvió a asomar la cabeza por la puerta.

—Muy bien. Se acabó el tiempo, y esta vez va en serio. Fuera. Voy a cerrar por esta noche.

—Ayúdame —susurró el Anael, desesperado, agarrándose a los barrotes gruesos como dedos—. Tú puedes sacarme de aquí, lo sé; lo leo en tu corazón.

—Probablemente, ésa sería la cuestión número cinco —dijo Rajandra Das, dio media vuelta y se dispuso a abandonar el vagón oscuro.

Pero del bolsillo sacó su cuchillo de hojas múltiples de las Fuerzas de Defensa, robado en la Ferretería de Krishnamurthi, y lo deslizó en la palma de la mano del Anael.

—Escóndelo —susurró sin mover los labios—. Y cuando salgas, prométeme que harás dos cosas. Primero, no vuelvas. Nunca. Segundo,

cuando la veas, dale mis recuerdos a la Santísima Señora, porque gracias a ella, soy amable con las máquinas, y ellas lo son conmigo.

La palma del Anael se volvió para saludarlo. Adam Black esperaba para cerrar con llave todas las puertas.

—Vaya número especial tiene usted ahí —le comentó Rajandra Das—. Le diré que se trata de un número difícil de superar. ¿Qué nos tiene preparado para la próxima? ¿A Santa Catalina enjaulada?

Le hizo un guiño al maestro de ceremonias y le pareció oír el ruido del metal al rascar contra el metal.

16

La mañana en que llegó ROTTECH, entró en el mundo en forma de zumbido monótono que se coló en los sueños de los habitantes para arrancarlos de ellos como un pesado palpitar. Despertó a todos de sus sueños y fue entonces cuando se dieron cuenta de que no compartían la misma pesadilla comunitaria, sino que el ruido era un fenómeno objetivo real, tan real y objetivo que hacía vibrar todos los utensilios sueltos que había en las casas y deslizarse de sus estantes los platos que acababan en el suelo, hechos añicos.

—¿Qué pasa, qué pasa? —se preguntaban todos, al tiempo que se ponían la ropa de calle y apartaban las supersticiosas pesadillas del Apocalipsis, el Armagedón, la destrucción nuclear, la guerra interplanetaria o el desplome del cielo sobre sus cabezas.

El palpitar se tornó más intenso hasta que llegó a llenar los espacios vacíos de sus cerebros. Hizo temblar las piedras que tenían debajo de los pies, los huesos debajo de la piel, el cielo y la tierra, a la gente toda y la hizo subir escaleras y salir de sus casas para ver qué ocurría.

Sobre Camino Desolación sobrevolaban mil platillos plateados, tan brillantes bajo el sol del amanecer que cegaban la vista: mil naves estelares plateadas que sacudían cielo y tierra con el ruido de sus motores. Cada una de ellas medía unos cincuenta metros de ancho y llevaba el sagrado nombre de ROTTECH, así como un número de serie y en letras negras más pequeñas, la leyenda DIVISIÓN PLANETARIA DE MANTENIMIENTO. Se encendieron unos reflectores que rastrearon el pueblo en busca de los ciudadanos que, asombrados, habían salido a sus porches y galerías. Iluminada desde lo alto, Babooshka se postró de rodillas y rogó porque el Ángel con las Cinco Redomas de la Destrucción (la

plaga de la oscuridad, la plaga del hambre y la sed, la plaga de la esterilidad, la plaga del sarcasmo y la plaga de las cabras mutantes devoradoras) no advirtiera su presencia. Los niños de Camino Desolación saludaban a las tripulaciones que ocupaban las cabinas de control de proa. Los pilotos les devolvían el saludo y los alumbraban con sus reflectores. Cuando todos se acostumbraron a la idea de que las naves de ROTECH estuviesen sobrevolando el pueblo, se dieron cuenta de que no había mil, ni cien, ni siquiera cincuenta, sino veintitrés. Con todo, veintitrés naves que llenaban el cielo y la tierra con el ensordecedor ruido de sus motores seguían siendo todo un acontecimiento a primera hora de la mañana.

Con un rugido capaz de pulverizar las piedras, veintidós naves se elevaron en el aire, se inclinaron hacia el este y se alejaron mientras sus reflectores dejaban en el cielo unas marcas como de rastrillo. El dirigible que se había quedado, descendió y se dispuso a aterrizar al otro lado de las vías del ferrocarril, en el sitio exacto donde Persis Jirones había efectuado su aterrizaje forzoso sobre Camino Desolación. El aterrizaje de ROTECH fue completamente controlado y llevado a cabo con arrogante facilidad. Los ventiladores de las naves se elevaron, listos para tomar tierra y lanzaron al aire sofocantes nubes de polvo. Cuando la tos se hubo calmado, la nave descansaba sobre sus amortiguadores de aterrizaje y una serie de escalones se desplegó desde su interior brillantemente iluminado. Con los escalones llegó también el olor del desayuno.

Todos los ciudadanos de Camino Desolación se habían reunido en el extremo del pueblo donde estaban las vías, todos, menos Persis Jirones, que había salido disparada en cuanto la luz de los reflectores le había rozado la piel, porque las naves eran libres de volar, pero ella no. Todos contemplaban las actividades que se desarrollaban alrededor de la nave aérea con una mezcla de azoramiento y entusiasmo. Podía tratarse de los mejores visitantes que hubieran tenido jamás.

—Adelante —le dijo el señor Jericó al doctor Alimantando—. Tú eres el jefe.

El doctor Alimantando se sacudió un poco el polvo de sus ropas perpetuamente empolvadas y recorrió los cien metros que lo separaban de la nave. No oyó un solo grito de ánimo que lo impulsara a continuar.

Un hombre sumamente elegante, ataviado con un traje blanco de cuello alto, descendió por los escalones de la nave y miró fijamente al doctor Alimantando. Éste, polvoriento y humilde, hizo una cortés reverencia.

—Soy el doctor Alimantando, Presidente Provisional de la Comunidad de Camino Desolación; población: veintidós habitantes; altura: mil doscientos cincuenta metros, «a un paso del paraíso». Bienvenido a nuestro pueblo, espero que disfruten su estancia. Disponemos de un muy buen hotel en el que podrán hospedarse; es limpio, barato y tiene todas las comodidades.

El forastero, que lo seguía mirando fijamente (de un modo de lo más insolente, según los cánones de un tímido habitante de Deuteronomio), inclinó la cabeza a modo de mínimo formulismo.

—Dominic Frontera, Oficial de Asentamiento y Desarrollo, División Planetaria de Mantenimiento de ROTECH Montechina. ¿Qué diablos hacen ustedes aquí?

El ánimo irascible del doctor Alimantando salió inmediatamente a relucir.

—Lo mismo podría preguntarle yo a usted.

Dominic Frontera le contestó. Y el doctor Alimantando convocó a todos los ciudadanos a una reunión urgente para que Dominic Frontera les dijera lo que le había dicho a él. Y he aquí lo que Dominic Frontera les dijo.

—El martes dieciséis de mayo, o sea, dentro de tres días, a las dieciséis veinticuatro, Camino Desolación quedará reducido a polvo por el impacto de un núcleo cometario con un peso aproximado de doscientos cincuenta megatones, que se desplaza a unos cinco kilómetros por segundo, y se encuentra a unos treinta y cuatro kilómetros al sur de aquí.

Y se armó la de Dios es Cristo. El doctor Alimantando golpeó su mallo de Presidente Provisional hasta que rajó el bloque, luego gritó hasta quedarse ronco pero la gente no paraba de rugir, enfurecida, agitando en el aire las mejores sillas de Persis Jirones. Dominic Frontera no podía creer que veintidós personas fueran capaces de organizar semejante alboroto.

Nada de todo aquello debía haberle ocurrido. Debería haber completado su estudio sobre el lugar del impacto en una sola mañana y estar ya de vuelta en la Central Regional de Meridiana. Debería haber estado jugando al backgammon en su rincón preferido de los salones de té de Chen Tsu, sorbiendo brandy de Belladonna y contemplando las flores de los albaricoqueros. En cambio, se enfrentaba a una turba enloquecida, dispuesta a matarlo a golpes con taburetes de pino desértico —fíjate en esa vieja arpía, ha de andar rondando los cuarenta, pero disfrutaría como una loca si pudiera lamer mi sangre del suelo— todo porque había tenido la mala suerte de encontrar un pueblecito de porquería donde no debería haber existido ningún pueblecito de porquería, en un oasis que no sería programado mediante ingeniería ambiental hasta que no hubieran transcurrido dos años del impacto. Dominic Frontera suspiró. Sacó de la cartuchera de piloto una pistola de reacción Presney, de morro redondeado, y disparó tres tiros al techo del BAR/Hotel.

De inmediato se hizo un silencio asombrado que lo complació. Las cargas de reacción sisearon y burbujearon en las tejas. Recuperada la calma, les explicó por qué había que destruir Camino Desolación.

Todo estaba relacionado con el agua. No había suficiente. El mundo se mantenía gracias a una serie de ecuaciones ecológicas que debían estar en perpetuo equilibrio. De un lado de la ecuación estaba el medio—ambiente de la Tierra, obra de la ingeniería: aire, agua, clima y esos agentes menos tangibles, como los imanes orbitales superconductores que tendían una telaraña protectora alrededor del planeta impidiendo el paso de las radiaciones y las tormentas de partículas solares que, de otro modo, habrían esterilizado la superficie terrestre, así como de la capa de iones metálicos suspendida en lo alto de la tropopausa que amplificaba la luz solar ambiental y los espejos orbitales, o Vanas, que eliminaban todas las diferencias locales de temperatura y presión: una ecuación estable, pero frágil. Del otro lado del signo igual se encontraban los pueblos de la Tierra, nativos e inmigrantes, sus poblaciones en aumento, y las crecientes demandas a las que sometían al mundo y sus recursos. Y esa ecuación debía estar siempre equilibrada, si la población crecía aritmética, geométrica o logarítmicamente, la ecuación debía estar siempre equilibrada (en este punto, Dominic Frontera apuntó a la audiencia con el morro de su pistola de piloto para dar más énfasis a sus palabras), y si esa igualdad implicaba importar de vez en cuando agua de algún lugar (ese «de vez en cuando» se produciría cada diez años durante el medio milenio siguiente, y ese «de alguna parte» se refería a las gigatoneladas del hielo cometario que esperaban entre las bambalinas del sistema solar a que les dieran el pie gravitacional), no quedaba más remedio que importarla.

—En el pasado —explicó Dominic Frontera a las filas de bocas abiertas—, lo que hacíamos era lanzar cabezas cometarias quieras o no quieras sobre la superficie del mundo; el hielo que no se evaporaba al entrar en la atmósfera, lo hacía durante el impacto, y las enormes cantidades de polvo producidas por la explosión, hacían que el vapor de agua formara nubes que luego daban precipitaciones. Al principio, los cometas chocaban a razón de tres por semana, como máximo. Claro que entonces no caían sobre nadie.

Dominic Frontera recordó que no estaba dando una conferencia de geografía a un grupo de estudiantes secundarios, sino a un puñado de estúpidos granjeros, y le entró la furia.

—Como podrán imaginar, desde que comenzaron los asentamientos, cada vez se ha ido haciendo más difícil encontrar lugares donde hacer chocar el hielo; y a nosotros nos gusta hacer chocar el hielo siempre que podemos, porque es la forma más barata de

generar vapor de agua. Hemos escogido la zona de impacto, una zona de la Región Noroccidental del Cuarto de Esfera, en la que no se había planificado ninguna obra de ingeniería ambiental por lo menos hasta dentro de cuatro años, y en la que quizá habrá algún viajero ocasional, o un tren ocasional, o una nave ocasional, pero a las que se podría alertar para que la abandonaran antes del impacto; después, nosotros podríamos regresar, arreglar las vías que se hubieran roto y mandar a llamar a las órficas que están en órbita para que convirtiesen el desierto en un jardín. Ése es el plan. Pero ¿qué nos encontramos? ¿Qué es lo que nos encontramos? —Dominic Frontera alzó la voz hasta que se convirtió en un chillido—. A ustedes. ¿Qué diablos están haciendo aquí? ¡Aquí no debería haber siquiera un oasis, y mucho menos un pueblo!

El doctor Alimantando se puso en pie para contar su historia de tablas cólicas y órficas enloquecidas, pero Dominic Frontera lo mandó sentar con un gesto.

—Ahórrese las explicaciones. No tiene usted la culpa. Se produjo una confusión en la División de Ingeniería Ambiental Orbital y la programación de alguna órfica se fue al garete. Son unos artefactos de lo más maniáticos. De modo que usted no tiene la culpa, pero no hay nada que yo pueda hacer. El cometa viene hacia aquí, hace setenta y dos meses que su trayectoria apunta a este sitio. El martes dieciséis de mayo, a las dieciséis y veinticuatro, chocará a treinta y cuatro kilómetros al sur de aquí y este pueblecito y este pequeño oasis se doblarán como una... como una... como una casa de cartón.

Se oyeron gritos de protesta. Dominic Frontera levantó las manos para pedir calma y silencio.

—Lo siento. Lo siento de verdad, pero no hay nada que yo pueda hacer. El cometa no puede ser desviado, porque no tiene adónde ir, al menos en esta etapa tan tardía. Si hubieran dejado que alguien, cualquiera, se enterara antes de su existencia, tal vez habríamos podido programar otras órbitas. Pero tal y como están las cosas, es demasiado tarde. Lo siento.

—¿Qué me dice de Corazón de Lothian? —gritó Ed Gallacelli.

—Ella nos prometió que hablaría a no sé quién de nuestra existencia

—añadió Umberto.

—Sí, dijo que informaría a Montechina —agregó Louie.

—¿Corazón de Lothian? —inquirió Dominic Frontera. Su piloto se encogió de hombros de un modo elocuente.

—Representante itinerante del Departamento General de Educación

—le explicó el doctor Alimantando.

—Ah. Es de otro departamento —dijo Dominic Frontera.

Los presentes se mostraron muy burlones ante sus débiles excusas.

—¡Burócratas chapuceros! —gritó Morton Quinsana—. ¡Plaga planificadora!

Dominic Frontera intentó calmar la situación.

—Está bien, está bien, estoy de acuerdo en que ha habido alguna chapuza burocrática al más alto nivel... pero ésa no es la cuestión. En resumidas cuentas, la cuestión es que dentro de tres días el cometa chocará y hará papilla a este pueblo. Lo que puedo hacer es pedirle al escuadrón de naves que regrese y os saque a todos de aquí. A lo mejor, cuando hayamos limpiado todo después del impacto, si de veras os gusta este sitio, podréis regresar, pero dentro de tres días debéis estar todos fuera, con vuestras cabras, llamas, cerdos, gallinas, niños y enseres. ¿Alguna pregunta?

Rael Mándela hizo poner en pie a todos los presentes.

—Éste es nuestro pueblo, lo hemos construido nosotros, es nuestro y no permitiremos que lo destruyan. Todo lo que poseo está aquí, mi esposa, mis hijos, mi casa, mi medio de vida, no lo abandonaré para que su cometa lo destruya. Usted y sus ingenieros, que se pasan la vida botando planetas de un lado a otro como si fueran bolas de billar, hagan que el cometa caiga en otra parte.

Cayó un temporal de aplausos. Dominic Frontera lo capeó como pudo.

—La siguiente.

Persis Jirones se puso en pie y gritó:

—Esto que ha agujereado usted con su pistola es mi negocio. Ya he perdido uno, el de acrobacias aéreas, y no pienso perder otro. Me quedo. Su cometa puede irse a otra parte.

Mikal Margolis asintió vigorosamente con la cabeza y gritó:

—Escuchad, escuchad.

Entonces Ruthie Monteazul se puso en pie y el silencio cayó como una nevada.

—¿Sí? —inquirió Dominic Frontera con tono cansado—. Por favor, que sea una pregunta y no un monólogo de banquillo de acusados.

—Señor Frontera —dijo la simple de Ruthie, que por el furor reinante sólo había entendido que sus amigos se encontraban en peligro—, no debe usted lastimar a mis amigos.

—Señorita, lo último que quiero hacer es lastimar a sus amigos. Sin embargo, si insisten en lastimarse a sí mismos negándose a tener el sentido común de alejarse del peligro, ésa es una cuestión muy diferente.

Ruthie no comprendió la respuesta del representante de ROTECH.

—No permitiré que lastime a mis amigos —masculló con tono sombrío. En la sala se produjo un silencio de los que preceden los acontecimientos fuera de lo común, interrumpido solamente por el ruido del movimiento de pies—. Si los quisiera tanto como yo, no los lastimaría. Así que voy a hacer que me quiera.

Encaramado al podio, el doctor Alimantando vio iluminarse su rostro una fracción de segundo antes de que Ruthie Monteazul liberara ante Dominic Frontera cuatro años de belleza acumulada. El Presidente Provisional se metió debajo de su mesa y se cubrió los ojos con las manos. Dominic Frontera no tuvo esa previsión. Permaneció durante treinta segundos bañado por la intensísima luz antes de soltar un curioso gritito y desplomarse como un saco de judías.

El doctor Alimantando tomó el control. Señaló hacia el piloto de la nave, que se salvó gracias a sus lentes de contacto polarizadores.

—Bajadlo a una de las habitaciones —ordenó—. Vosotros dos, enseñadle dónde.

Con gestos pidió a Persis Jirones y a Mikal Margolis que ayudasen al piloto a conducir al agente de ROTECH, atontado por el amor, a un sitio donde pudiera recuperarse. Con una sola mirada acalló el murmullo popular.

—Muy bien, ya habéis oído lo que nuestro amigo vino a decirnos, y ni por un momento he dudado que no fuese cierto. Por lo tanto, os ordeno a todos y a cada uno que os preparéis para la evacuación. —Hubo consternación—. Silencio, silencio. La evacuación será nuestro último recurso. ¡Porque yo, Alimantando, voy a tratar de salvar el pueblo!

Se puso en pie y durante unos minutos agradeció los gritos de aclamación de los presentes, luego, salió del BAR/Hotel para salvar el mundo.

Durante un día y una noche el doctor Alimantando cubrió las paredes de su sala meteorológica con símbolos cronodinámicos. El torrente de la lógica había comenzado tres años antes, en el extremo inferior izquierdo de su cocina para ir describiendo un recorrido sinuoso a través del salón, el comedor y el vestíbulo, subir la escalera desde donde, después de hacer leves digresiones que se internaban por dos dormitorios, pasaba por el cuarto de baño, recorría las paredes del lavabo, subía otro tramo de escalera y entraba en la sala meteorológica, donde daba vueltas por las paredes una y otra vez, cubriéndolas todas, hasta dejar únicamente una zona en blanco del tamaño de un billete de dólar en el centro del techo.

Debajo de ese blanco se sentó el doctor Alimantando con la cabeza sepultada entre las manos. Se le sacudían los hombros. Pero no por obra de las lágrimas, sino de la rabia, una rabia monumental hacia el universo burlón que, al igual que una pintarrajeada bailarina borracha de ron, de un infierno de opio de Belladonna, va desprendiéndose poco a poco de las sucesivas capas que la cubren hasta que las luces se apagan en el momento de la última revelación.

Le había dicho a su gente que salvaría al pueblo.

Y no podía hacerlo.

No lograba encontrar la inversión que faltaba.

No lograba dar con la fórmula algebraica que equilibraría quince años de rellenar paredes en Camino Desolación, en Jingjangsoreng y la Universuum de Lyx y le permitiría reducirlo todo a cero. Sabía que tenía que existir. La rueda debía describir un giro, la serpiente debía morderse su propia cola. Sospechaba que debía de ser algo simple, pero no lograba encontrarla.

Se había fallado a sí mismo. Le había fallado a la ciencia. Le había fallado a su gente. Y ése era el más aplastante de todos sus fallos. Había llegado a interesarse profundamente por su gente; así era como los veía, eran su gente, los hijos que creyó no desear jamás. Los había salvado justo cuando ellos no necesitaban ser salvados. Y ahora que era imperioso que los salvara, no podía hacerlo.

Al darse cuenta de esto, el doctor Alimantando sintió que la tensión lo abandonaba. Al igual que el animal que lucha denodadamente hasta que, en las fauces de lo inevitable, se rinde a la muerte, la rabia salió de él, bajó por la casa, se escurrió por los drenajes y entre las piedras hasta llegar al Gran Desierto.

Eran las seis menos seis de la mañana del lunes dieciséis. Las lámparas de gas se dispararon y los insectos chocaban contra los cristales. Por la ventana oriental vio a Rael Mándela realizando sus solitarias labores de las seis de la mañana. Ya no eran necesarias. Descendería de la montaña y le pediría a su gente que se marchara. No quería su perdón, aunque ellos se lo darían. A lo único que aspiraba era a su comprensión. Cerró los ojos con fuerza y sintió que una gran paz surgía del desierto, una ola de serenidad lo inundaba, lo traspasaba. La bruma matinal llevaba el aroma de las cosas que crecían en la tierra húmeda, fértil, negra como el chocolate, rica como el rey Salomón. Un sonido como el tintineo de carillones cólicos lo obligó a apartar la mirada de las ventanas.

Debió de haber sentido asombro o aturdimiento o alguna variante de la emoción humana llamada sorpresa, pero la presencia de la persona verde sentada en el borde de su mesa le pareció algo de lo más natural.

—Buenos días —lo saludó la persona verde—. Debemos de habernos des encontrado en el siguiente campamento... hará cosa de unos cinco años, ¿no?

—¿Eres producto de mi imaginación? —inquirió el doctor Alimantando—. Debes de ser algo de esa índole, un arquetipo, una obra de mi mente febril, una alucinación, eso es lo que eres... un símbolo.

—Vamos, vamos, ¿te gustaría verte como el tipo de hombre al que lo visitan las alucinaciones?

—No me gustaría verme como el tipo de hombre al que lo visitan los restos de una verdura animada.

—Touché. ¿Crees tú que esto te convencerá?

La persona verde se puso de pie sobre la mesa. Sacó una tiza roja de un lugar invisible y en el espacio del tamaño de un billete de dólar que había en el centro del techo, escribió una corta ecuación en lógica simbólica.

—Creo que eso es lo que estabas buscando —dijo la persona verde, y se tragó la tiza roja—. Los alimentos nutritivos son muy útiles, ¿sabes?

El doctor Alimantando se subió a la mesa y leyó la ecuación entrecerrando los ojos.

—Sí —masculló—, sí... sí... —Siguió el recorrido de la espiral de ecuaciones escritas con carboncillo por todo el techo, por las paredes, dando vueltas y más vueltas, de cuatro patas, por el suelo, mascullando todo el tiempo—: Sí... sí... sí...

Bajó la escalera, recorrió el lavabo, pasó por el cuarto de baño, efectuó un desvío por el segundo y el primer dormitorio, bajó más tramos de escalera, atravesó el vestíbulo, el comedor y el salón y entró en la cocina. La persona verde se quedó sentada en la mesa de la sala meteorológica con una sonrisa relamida en los labios.

De las profundidades de la casa del doctor Alimantando surgió un espectacular grito de triunfo. Había seguido el rastro de la razón hasta llegar a sus fuentes, en el rincón inferior izquierdo de la cocina.

—¡Siiii! ¡Cuadra! ¡Cuadra! ¡Cero! ¡Un cero puro, absoluto, redondo!

Cuando llegó a la sala meteorológica, la persona verde ya se había ido. Sobre la mesa habían quedado esparcidas unas cuantas hojas secas.

18

La devanadora de tiempo Alimantando Punto Uno era muy parecida a una máquina de coser pequeña enredada en una telaraña. Descansaba sobre la mesa del desayuno del doctor Alimantando a la espera de la aprobación de su diseñador.

—Vaya trabajo nos ha dado construirla —dijo Ed Gallacelli.

—Gran parte del tiempo ni siquiera sabíamos lo que estábamos haciendo —comentó Rajandra Das—. Pero ahí la tenéis.

—Básicamente se trata de dos generadores de campe unificados y sincronizados que funcionan en tándem pero con control de fase variable —explicó el señor Jericó—, y así se crea una diferencia temporal entre los dos campos desfasados.

—Ya sé cómo funciona —dijo el doctor Alimantando—. La he diseñado yo, ¿no? —Estudió la máquina del tiempo con creciente deleite—. Se nota que nos ha dado trabajo. No veo la hora de probarla.

—¿Quieres decir que tú mismo vas a usar esa cosa?

—¿Acaso podría pedírselo a algún otro? Por supuesto que sí, y tan pronto como me sea posible. Creo que después de almorzar.

—Un momento —dijo el señor Jericó—. ¿Vas a hacer lo que estoy pensando que vas a hacer, o sea...?

—¿Irme al pasado y cambiar la historia? Por supuesto que sí. —El doctor Alimantando hizo girar unos cuantos botones y mandos de ajuste y la devanadora de tiempo lo recompensó con un potente murmullo—. No es más que la historia, y cuando la haya cambiado, todo lo demás cambiará con ella, de modo que nadie lo sabrá nunca. Y mucho menos la gente de Camino Desolación.

—Dios mío.

Ed Gallacelli fue quien pronunció esas palabras.

—Es más o menos el efecto que pretendo obtener —dijo el doctor Alimantando. Había logrado que la devanadora de tiempo quedara encerrada en una burbuja brillante y azul—. Evidentemente, existen ciertas paradojas temporales que hay que resolver, pero creo que lo tengo todo previsto. La principal paradoja es que si tengo éxito, entonces, el propósito de mi viaje en el tiempo queda anulado; ya veréis a qué me refiero, todo comenzará a dar vueltas, pero creo que debería desaparecer de Camino Desolación y no volver; surgirá otra excusa para mi desaparición, algo que tenga que ver con el viaje por el tiempo, probablemente. Estas cosas convergen. Además, se producirá una gran fuga intertemporal; no dejéis que eso os preocupe, en el momento de la ruptura se producirán muchos ecos de resonancia temporales alrededor de los nódulos de importancia y tal vez encontréis trozos de historias alternativas; esos viejos universos paralelos, se

superpondrán sobre éste, de modo que preparaos para presenciar el pequeño y extraño milagro. Esto de manipular la historia tiende a producir muchas repercusiones.

Mientras hablaba, sus hábiles dedos habían descubierto la sintonización deseada en los controles de transferencia del tiempo. Se apartó de la devanadora; la máquina lanzó un suspiro, se estremeció y desapareció en una serie de borrosas imágenes secundarias.

—¿Adonde ha ido? —preguntaron Rajandra Das y Ed Gallacelli.

—Al futuro, a tres horas de este momento —respondió el doctor Alimantando—. La recogeré más o menos a la hora del almuerzo. Señores, han visto con sus propios ojos que viajar en el tiempo es una posibilidad práctica. A las trece y veinte os espero aquí para que me ayudéis a efectuar el primer viaje tripulado en el tiempo de la historia.

Mientras comía puerros y queso, el doctor Alimantando planeó cómo cambiaría la historia. Pensó que podía empezar con la órfica que lo obligó a quedarse en el oasis. A partir de ahí, el tiempo y el espacio eran suyos para poder vagar en ellos. En una sola noche podía transcurrir toda una vida para salvar a su pueblo. Sería una vida bien empleada. Se dirigió a una alacena especial de la cocina y la abrió. En su interior guardaba su traje de viajero del tiempo aficionado. Había dedicado cinco años y gran parte de sus ahorros depositados en el Banco de Deuteronomio para construirlo. Al principio se había tratado de un capricho, del tipo de afición que los hombres suelen desarrollar como prueba de la consecución última de sus sueños imposibles, pero después, a medida que las piezas comenzaron a llegar a través de las empresas de Pedidos Postales de Meridiana, el capricho había arrastrado tras de sí al sueño hasta llevarlo a ese punto, dispuesto a viajar por épocas y lugares de un modo en que nadie lo había hecho jamás.

El doctor Alimantando le sonreía a cada uno de los elementos mientras los iba ordenando.

Una tienda plegable de supervivencia para una persona, de fabricación militar, con juntas de doble sello y base de una pieza.

Un saco de dormir estilo momia, de fabricación militar.

Un traje aislante de plástico transparente, completo con casco burbuja y máscara de oxígeno.

Dos mudas de ropa interior limpia, una larga para el frío. Calcetines.

Una muda completa de ropa.

Una cocina de campaña, de fabricación militar, abatible, adaptada para funcionar con su suministro portátil de energía.

Raciones comprimidas para casos desesperados.

Quinientos dólares en metálico.

Sombrero para el sol y dos tubos de protector solar.

Bolsa con jabón, esponja y toalla.

Cepillo de dientes y dentífrico (menta).

Botiquín de primeros auxilios con: antihistamínicos, morfina y antibióticos de tipo general.

Para usar con lo anterior, un termo de peltre con brandy de Belladonna.

Un par de gafas de sol, un par de gafas para la arena.

Una bufanda de seda pura: con dibujos indostánicos azules.

Un transmisor—receptor portátil de onda corta.

Brújula, sextante y dirección inercial, junto con mapas del Servicio de Estudios Geológicos que le permitirían encontrar su posición sobre la superficie del planeta al salir de los campos de flujo.

Un juego de pequeñas herramientas, pegamento y parches de vinilo para el traje de presión y la tienda.

Un paquete de tabletas para esterilizar el agua.

Una cámara, tres lentes y doce carretes surtidos de película autorrevelable.

Cinco libretas encuadernadas en cuero y un bolígrafo de duración eterna garantizada.

Un dosímetro de ionización ajustable a la muñeca.

Seis tabletas de chocolate para emergencias.

Un cuchillo de las Fuerzas de Defensa, con una hoja para cada día del año y una lata con cerillas secas.

Bengalas de emergencia.

Un ejemplar de las Obras Completas de Vigilante Ree.

Una unidad portátil de potencia muónica transestable con sifón multicarga para recargar desde cualquier fuente de energía; fabricación casera.

Un poco alejado de todo lo anterior, un lanzataquiones portátil, de fabricación casera, más o menos del mismo tamaño y forma que un paraguas plegable, con potencia suficiente como para vaporizar un pequeño rascacielos.

Una mochila grande, de fabricación militar, para transportarlo todo.

El doctor Alimantando comenzó a guardar el equipo. Una vez doblado, cada elemento ocupaba un espacio notablemente reducido. Echó un vistazo a su reloj. Ya eran casi las trece horas. Se dirigió a la mesa de la cocina y contó los segundos por el reloj de pared.

—Ahora.

Señaló la mesa. En una cascada de imágenes múltiples, la devanadora de tiempo llegó del pasado. La levantó y la guardó junto con el equipo de viajero del tiempo. Luego fue a cambiarse y a ponerse sus adoradas y viejas ropas del desierto, y mientras pugnaba por enfundarse su largo abrigo gris inventó ochocientos seis razones para no emprender el viaje.

Ochocientos seis pros y un solo contra. No le quedaba más remedio que ir. Se ató la pesada mochila y se ajustó los nonios de control a la muñeca. Entraron el señor Jericó, Rajandra Das y Ed Gallacelli, dispuestos como sólo podía estarlo el señor Jericó.

—¿Preparado? —inquirió el señor Jericó.

—No sé cuan preparado se puede estar para algo así. Escuchadme, si lo logro, vosotros no os enteraréis, ¿entendido?

—Entendido.

—Debido a la naturaleza de la cronodinámica, habré cambiado toda la historia y vosotros jamás sabréis que estuvisteis en peligro porque ese peligro no habrá existido nunca. Desde un punto de vista objetivo, mi punto de vista, porque no estaré sujeto al tiempo, el universo, o mejor dicho, esta línea de universo subjetiva se desplazará hacia una nueva línea de universo. Si puedo, procuraré dejar una nota sobre lo que he hecho en algún punto del pasado.

—Hablas demasiado, doc —le dijo Rajandra Das—. Adelante y acaba de una vez. No querrás llegar tarde.

El doctor Alimantando sonrió. Se despidió de ellos de uno en uno y les entregó una tableta de su chocolate para emergencias. Les advirtió que se lo comieran pronto, antes de que alguna anomalía transtemporal increara aquel momento. Después, giró unos cuantos mandos de los controles que llevaba en la muñeca. La devanadora de tiempo comenzó a murmurar.

—Una última cosa. Si lo logro, no volveré. Allá fuera hay muchas cosas que deseo ver. Pero tal vez os visite de vez en cuando, de modo que estad atentos y tened siempre una silla vacía para mí.

Dirigiéndose al señor Jericó, le dijo:

—Supe quién eras desde el principio. No era para mí ningún enigma, el pasado nunca lo ha sido, aunque esté obsesionado con él. Tiene gracia. Cuida a mi gente por mí. Bien. Es hora de partir.

Pulsó el botón rojo del control que llevaba en la muñeca. Se oyó un chillido del torturado espectro continuo, siguió un rastro borroso de imágenes secundarias con la forma de Alimantando y desapareció.

La víspera del martes de Cometas todos tuvieron el mismo sueño. Soñaron que un terremoto sacudía el pueblo con tanta fuerza que un segundo pueblo salía a los bandazos de paredes y suelos, como la doble imagen que suele verse cuando no se logra centrar bien la vista por la mañana al levantarse de la cama. El pueblo fantasma, completo con su compañía de habitantes fantasma (que se parecían tanto a los ciudadanos verdaderos que apenas se los podía distinguir) se separó de Camino Desolación como la cuajada del suero de la leche y comenzó a alejarse, a la deriva, en una dirección que nadie podía precisar.

—¡Ey! —gritó la gente en su sueño—. ¡Devolvednos nuestros fantasmas!

Pues los fantasmas forman parte de una comunidad del mismo modo que su fontanería o su biblioteca, porque ¿cómo puede una comunidad vivir sin sus recuerdos? Se produjo entonces un seísmo que sacudió momentáneamente a cada durmiente interrumpiendo sus movimientos rápidos de ojos. No podías saber que habían muerto en ese instante para renacer a una nueva vida. Pero cuando volvieron al refugio de sus sueños, comprobaron que se había producido una sutil revolución. Se habían convertido en los fantasmas reales, sólidos, los fantasmas de carne y hueso y el pueblo que se alejaba a la deriva en una dirección incomprensible era el Camino Desolación que ellos habían construido y amado.

Dominic Frontera despertó de su sueño, advertido por la llamada de alarma de su comunicador. Se frotó los ojos para espabilarse y quitarse de la retina la imagen de Ruthie Monteazul.

—Frontera.

—Asro Omelianchik. —Su oficial jefe. Una mujer dura como una zorra—. Se ha desatado el infierno; los muchachos que están en órbita han captado una enorme irrupción de energía probabilística que se centra a cinco, quince y dieciocho años hacia el pasado con cronoecos que resuenan por toda la línea del tiempo.

—Ah.

—¡Maldita sea, hombre, alguien está jugando con el tiempo! Los muchachos que están en órbita dicen que hay más del noventa por ciento de probabilidades de que nuestro universo sea lanzado a una línea del tiempo diferente; ¡sea lo que sea, cambiará el curso de la historia, de toda la historia del mundo, maldita sea!

—No lo entiendo bien... ¿y qué tiene que ver conmigo?

—¡Maldición que viene de tu zona! ¡Alguien que está a cinco años de vosotros está liándolo todo con un derivador cronocinético no patentado! ¡Hemos rastreado la red de probabilidades y nos conduce a vosotros!

—¡Niño de la gracia! —exclamó Dominic Frontera despertándose de repente—. ¡Ya sé quién es!

Después, volvió a dormirse y a soñar con Ruthie Monteazul, como había soñado con ella todas las noches desde... ¿cuándo? ¿Por qué? ¿Por qué la amaba?

El universo había cambiado. Ruthie Monteazul jamás había abierto la flor de su belleza para que Dominic Frontera la contemplara, por lo tanto, éste no tenía motivo alguno para estar en Camino Desolación, pues el pasado había cambiado; no obstante, seguía durmiendo en su habitación del BAR/Hotel y soñaba con Ruthie Monteazul porque los universos podrán surgir y desaparecer, pero el amor es lo único que perdura, así nos lo enseña el Panarcos de quien emana todo el amor; además, la noche en que transformó el mundo, el doctor Alimantando había predicho que se producirían pequeñas fugas interdimensionales de tipo milagroso.

Por la mañana, llegó el martes de Cometas y todo el mundo despertó, se frotó los ojos para borrar los extraños sueños de la noche anterior y contemplaron la carta de la ciudad, orgullosa en sus paredes, la carta que el doctor Alimantando había firmado con ROTTECH hacía tantos años para construir allí un pueblo, la carta de acuerdo con la cual, el cometa que se aproximaba sería vaporizado en la atmósfera superior en lugar de dejarlo caer a la

Tierra con su enorme fuerza destructiva, tal como había sido la costumbre de ROTECH. Todo el mundo agradeció de corazón al doctor Alimantando (dondequiera que se encontrara) por haber hecho que todo cuadrara.

A las catorce menos catorce todo el mundo, sin excepción, subió a la cima de los acantilados, hasta un lugar llamado Punta Desolación; iban equipados con cálidas alfombras y termos de té caliente con brandy de Belladonna y se disponían a presenciar lo que Dominic Frontera les había asegurado que sería el espectáculo de la década.

Según las observaciones que había realizado Ed Gallacelli durante su guardia, el martes de Cometas se había retrasado dos minutos, pero según el reloj de saboneta del señor Jericó el retraso era de sólo cuarenta y ocho segundos. Independientemente de los relojes terrestres, el cometa llegaba cuando llegaba, y apareció con un estruendo sordo que hizo estremecer la roca bajo los pies de los espectadores mientras por encima de sus cabezas, en lo más alto de la ionosfera, unas descargas aurales fluctuaron insustancialmente; los meteoros cayeron como explosiones de cohetes, mientras que unas capas de purpúreos relámpagos iónicos iluminaron el desierto con su luz fantasmal durante brevísimos segundos.

De repente, el cielo se vio surcado por haces azules que convergieron sobre el cometa aún invisible como los ejes de una rueda. Gritos de asombro colectivo saludaron la escena.

—Haces de partículas —gritó Dominic Frontera esforzándose por hacerse oír por encima de los ruidos celestes—. ¡Miradlos!

Y como si hubiera pronunciado «abracadabra», de repente, una flor luminosa llenó el cielo.

—¡Oooh! —exclamaron todos y parpadearon para apartar las manchas que tenían ante los ojos.

El horizonte se cubrió de un intenso fulgor dorado que fue desapareciendo poco a poco. El relámpago iónico estalló en rayas y cesó; algún meteoro rezagado se consumió hasta desaparecer. El espectáculo había concluido. Todos aplaudieron. A cuarenta kilómetros del suelo, los haces de partículas de ROTECH habían destruido el Cometa 8462M para descomponerlo en trozos de hielo del tamaño y la forma de guisantes congelados, que posteriormente serían transformados en vapor por los torrentes de partículas agonizantes. Durante días y semanas, una suave lluvia de hielo cayó sobre la ionosfera, la troposfera, la tropopausa y la estratosfera y formó una capa de nubes. Pero aquello ya no formaba parte del martes de Cometas.

Cuando la última estrella fugaz hubo desaparecido en el horizonte, Rajandra Das apretó los labios, pensativo, y dijo:

—No ha estado mal. No ha estado nada mal. Si me viera obligado, podría vivir con este recuerdo.

Y ésa es la historia del martes de Cometas.

Y ésta es la historia del martes de Cometas.

En un lugar tan alejado de Camino Desolación y sin embargo tan unido a él como la letra impresa a ambos lados de una página, doscientos cincuenta megatonnes de hielo sucio, cual antihigiénico sorbete, se abrieron paso por el cielo a cinco kilómetros por segundo y se abalanzaron hacia el Gran Desierto. Veamos pues, aplicando la fórmula de Newton de la energía cinética obtenemos una cifra para la energía liberada por el ejemplo que nos ocupa de $3,126 \times 10^{16} \text{J}$, suficiente para hacer funcionar una radio de válvulas hasta el fin del universo, o el equivalente en calorías de una pila de chuletas del tamaño del planeta Neptuno; sin duda suficiente para vaporizar instantáneamente al Cometa 8462M y para que ese vapor y el polvo resultantes fueran arrojados a decenas de kilómetros sobre la atmósfera, y para que la onda expansiva, con una velocidad cuatro veces superior a la del sonido, atravesara las rocas del fondo del desierto y las hiciera elevarse en el aire en una enorme ola de arena que hubiera bastado para sepultar

Camino Desolación y su cargamento de sueños y risas bajo quince metros de arena. Sin duda, la nube en forma de hongo que la acompañó pudo ser vista por los fantasmas de Camino Desolación desde su exilio en las ciudades de Meridiana y O; sin duda, sintieron los efectos de las lluvias de polvo que cayeron esporádicamente durante un año y un día a partir del martes de Cometas. Pero todo esto ocurrió mucho tiempo atrás, en un sitio muy lejano, de tan poca importancia como un sueño.

Y ésta es la otra historia del martes de Cometas.

¿Quién puede decir cuál es falsa y cuál es verdadera?

19

En sus días de duplicidad más negra y profunda, Mikal Margolis se iba a dar largos paseos por el Gran Desierto, para que el viento le quitara a las mujeres de la cabeza. Y el viento soplaba como lo había hecho durante ciento cincuenta mil años y como lo haría durante otros ciento cincuenta mil años pero, aun así, no bastaría para aventar la culpa que Mikal Margolis sentía en su corazón. Tenía tres mujeres: una amante, una concubina y una madre y, del mismo modo que los doctos astrónomos de la Universuum de Lyx sostienen que la dinámica de un sistema de tres estrellas nunca puede ser estable, así vagaba Mikal Margolis, cual planeta solitario, entre los campos de atracción de sus tres mujeres. Algunas veces, añoraba el amor duradero de Persis Jirones, otras, suspiraba por la picardía de su relación lasciva con Marya Quinsana, y otras, cuando la culpa le corroía la boca del estómago, buscaba el perdón de su madre, y en ocasiones, deseaba poder escapar del todo a sus gravitaciones giratorias para vagar libre por el espacio.

Sus paseos por el desierto eran su forma de huir. No tenía valor para huir por completo de las fuerzas que lo estaban destruyendo; unas cuantas horas a solas, entre las rojas dunas, era lo máximo que podía alejarse de las mujeres estelares de su vida; sin embargo, en esas horas que pasaba a solas, en deliciosa soledad, era capaz de representar sus fantasías en el cine de su imaginación: ladrones del desierto; pistoleros serios y parcos en palabras; osados aventureros en busca de ciudades perdidas; altos jinetes; exploradores solitarios próximos a dar con el filón principal. Se pasaba horas subiendo y bajando cuevas, y entre tanto, era todo aquello que las mujeres no le permitían ser e intentaba sentir cómo el viento y el sol disipaban y secaban su culpa.

Ese día no soplaba el viento y no brillaba el sol. Después de ciento cincuenta mil años de luz y aire incesantes, el sol y el viento habían fallado. Una densa capa de nubes se cernía sobre el Gran Desierto, ancha como el cielo, negra y cuajada como la leche del diablo. Era el legado del Cometa 8462M, la capa condensada de vapor de agua que cubría gran parte del Cuarto de Esfera Noroccidental y que se había convertido en lluvia para caer sobre Belladonna, Meridiana, Transpolaris y Nueva Merionedd, por todas partes, menos sobre Camino Desolación donde, al parecer, la lluvia se había olvidado de pasar. Mikal Margolis, caminante de dunas, poco sabía de todo esto y le daba igual: él era un científico terrenal, no un científico celeste, además, estaba preocupado porque se encontraba a punto de realizar un descubrimiento de lo más casual.

20

Limaal y Taasmin Mándela, Johnny Stalin y Arnie Tenebrae, que seis días antes había cumplido los dos años, se encontraban en lo alto de Punta Desolación, haciendo cometas de papel y lanzándolas por el borde de los acantilados cuando llegó La Mano. Al principio, no supieron que se trataba de La Mano. Taasmin Mándela, que tenía mejor vista que todos los demás, creyó que era un espejismo, producto del calor, como las brumas

corrientes térmicas que remontaban las cometas de papel haciéndoles describir espirales entre las pesadas nubes grises. Pero luego, todos se percataron de aquella cosa y se quedaron azorados.

—Es un hombre —dijo Limaal Mándela, que apenas alcanzaba a distinguir su forma.

—Es un hombre de luz —sugirió Taasmin Mándela al notar que la figura brillaba con más fuerza que el sol, oculto tras las nubes.

—Es un ángel —dijo Johnny Stalin al ver las dos alas rojas plegadas sobre su espalda.

—¡Es algo mucho, pero mucho mejor! —chilló Arnie Tenebrae.

Entonces, los niños miraron y no vieron aquello que querían ver, sino lo que estaba allí deseando ser visto: un hombre alto y delgado, con un traje blanco de cuello vuelto sobre el que se proyectaban películas móviles de pájaros, animales, plantas y curiosas combinaciones, y las alas que llevaba en la espalda no eran alas sino una enorme guitarra roja colgada en bandolera.

Los niños corrieron al encuentro del forastero.

—Hola, soy Limaal y ésta es Taasmin, mi hermana —se presentó LiMándela—, Y éste es nuestro amigo Johnny Stalin.

—¡Y yo soy Arnie Tenebrae! —exclamó la pequeña Arnie Tenebrae dando brincos de emoción.

—A nosotros nos llaman La Mano —dijo el forastero. Tenía una voz rara, como si hablara desde el fondo de un sueño—. ¿Dónde estamos?

—¡En Camino Desolación! —respondieron los niños a coro—. Anda, vamos.

Dos de ellos lo cogieron de las manos, uno se puso delante y otro detrás, y todos juntos subieron al galope por los acantilados y recorrieron los callejones cubiertos de árboles de Camino Desolación hasta el BAR/Hotel, porque aquél era el lugar al que todos los forasteros iban a parar.

—Mirad lo que hemos encontrado —anunciaron los niños.

—Se llama La Mano —chilló Arnie Tenebrae.

—Ha atravesado todo el Gran Desierto —dijo Limaal.

Un murmullo cavernoso recorrió a la clientela, porque el doctor Alimantando (perdido en el tiempo en busca de un legendario hombre verde, Dios se apiade de su locura) había sido el único capaz de atravesar todo el Gran Desierto.

—Entonces le apetecerá algo de beber —dijo Rael Mándela, y con un ademán le ordenó a Persis Jirones que sirviera un vaso de cerveza de maíz fría.

—Gracias, muy amable —dijo La Mano con su extraña voz lejana. La oferta de aceptación fue hecha y recibida—. ¿Nos podemos quitar las botas? El Gran Desierto destroza los pies.

Se descolgó la guitarra, se sentó a una mesa y el fulgor de su traje—película proyectaba extrañas sombras sobre sus facciones de tiburón. Los niños se sentaron alrededor y esperaron a que les elogiara el hallazgo. El hombre llamado La Mano se quitó las botas y todos lanzaron un grito de consternación.

Tenía los pies delgados y delicados como las manos de las damas, los dedos eran largos y flexibles y las rodillas, las rodillas se le doblaban hacia atrás y hacia adelante, como las de los pajaritos.

Entonces, Persis Jirones habló y la tormenta se calmó.

—Oiga, ¿por qué no interpreta algo con la guitarra?

Los ojos de La Mano buscaron entre las sombras, detrás de la barra, a quien esta petición le hacía. Se puso de pie e hizo una compleja reverencia, imposible para nadie que no fuese tan flexible. Sobre su traje—película pasaron imágenes temporales de flores que se abrían.

—En vista de que lo ha pedido la señora, creo que tocaremos algo.

Cogió la guitarra y arrancó un tono armónico. Luego posó sus largos y delgados dedos sobre las cuerdas y el aire se llenó de un enjambre de notas.

En el BAR/Hotel jamás se había interpretado una música como aquélla. Era una música que encontraba notas en las mesas, las sillas, los espejos y las paredes; hallaba melodías en el dormitorio, en la cocina, la bodega y el retrete; arrancaba tonadas de los lugares donde habían permanecido ocultas durante años sin que nadie las descubriera, las encontraba, las recogía y las incorporaba a la totalidad. Eran melodías que hacían zapatear, melodías que incitaban al baile. Melodías que saltaban sobre las mesas, que hacían vibrar la cristalería. Eran melodías que hacían sonreír, o llorar, o que provocaban deliciosos escalofríos que recorrían la espalda. Se oyó la música grandiosa y antigua del desierto y la música ligera y alegre del cielo. Y la música del fuego danzarín y el infinito silbido de las estrellas lejanas, y la de la diversión, la magia, el duelo y la locura; música que saltaba, que lloraba, que reía, que amaba, que vivía, que moría.

Cuando concluyó, nadie pudo creer que había terminado. Nadie podía creer que un solo hombre, con una guitarra en el regazo, hubiera podido interpretar una música tan poderosa. Una quietud resonante llenó el aire. La Mano flexionó los extraños dedos de manos y pies. En su traje—película brillaron con tonos purpúreos y rojizos las puestas de sol del desierto.

Entonces, Ed Gallacelli gritó:

—Eh, amigo, ¿de dónde viene usted?

Nadie había oído entrar al señor Jericó. Nadie lo había visto sentarse en la barra. Nadie se había percatado siquiera de su presencia hasta que dijo:

—Os diré de dónde viene —y señalando hacia el techo, añadió—: ¿Me equivoco?

La Mano se puso en pie, tenso y aguzado.

—De Afuera, ¿verdad? —El señor Jericó insistió en su razonamiento—. Y se nace con unos pies así para poder utilizarlos en plena gravedad, ¿no? ¿Y con manos extra? Y el traje—película, es una herramienta universal del personal orbital de ROTECH para repasar la información visual de un solo vistazo. Imagino que ante la ausencia de datos, proyecta señales de ajuste al azar, ¿me equivoco?

La Mano no dijo ni sí ni no. El señor Jericó prosiguió.

—¿Qué estás haciendo aquí, pues? Las órdenes de exclusión prohíben que los humanos adaptados al espacio bajen a la superficie salvo que cuenten con un permiso. ¿Tienes un permiso?

El hombre llamado La Mano se puso tenso, se escudó detrás de la guitarra roja, listo para huir.

—Tal vez deberías hablar con nuestro supervisor de distrito, el mayor Dominic Frontera. Él puede pedirle a los muchachos de la ROTECH de Montechina que te investiguen.

Ni siquiera la prodigiosa experiencia de los Antepasados Exaltados del señor Jericó pudo haberlo preparado para lo que La Mano hizo después. Un cable vociferante de la roja guitarra se enroscó al mundo y destrozó las mentes con dientes de cromo. Protegido por el grito de la guitarra, La Mano desapareció llevándose a los niños.

Limaal, Taasmin, Johnny Stalin y Arme Tenebrae ocultaron a La Mano en una cuevecita detrás de la casa del señor Monteazul. Era el mejor de los escondites. Nadie encontraría a La Mano porque ningún adulto sabía siquiera que allí había una cuevecita secreta. En Camino Desolación había muchos lugares desconocidos por los adultos, decenas de sitios estupendos donde se podía ocultar, durante mucho tiempo, a un juguete, un animal o un hombre. En cierta ocasión, Limaal y Taasmin habían tratado de esconder a Johnny Stalin en una cueva secreta, pero al chico le había dado una de sus

pataletas y su madre había acudido rauda a rescatarlo. Aquél era un escondite que no pudieron volver a utilizar.

Le llevaron a La Mano cosas robadas que le parecía que necesitaría para sentirse cómodo: una alfombra, un cojín, un plato y un vaso, una jarra de agua, unas cuantas velas, naranjas y plátanos. Arnie Tenebrae le dio el libro de colorear y los lápices de cera nuevos que le habían comprado para su cumpleaños a través de la tienda de venta por catálogo de la gran ciudad. La Mano aceptó sus tributos graciosamente y los recompensó con una melodía y un cuento.

He aquí el cuento que La Mano les contó.

«En las ciudades voladoras, que rodeaban la Tierra como trozos de cristal roto, vivía una raza de hombres que continuaban apelando al lazo de la humanidad común con los hermanos de la Tierra, pero que, en sus siglos de autoimpuesto exilio superior, se habían vuelto tan extraños y raros que en realidad constituían una especie aparte. A esta raza mágica le habían encomendado dos grandes tareas. Estas tareas constituían el motivo de la existencia de sus pueblos. La primera consistía en el cuidado y el mantenimiento, y hasta tanto pudiera gobernarse solo, la administración del mundo que sus antepasados habían construido. La segunda era defenderlo de aquellos poderes extraños que, por puros celos, codicia u orgullo ultrajado, desearan destruir la obra más grande del hombre. El cumplimiento de estos mandamientos sagrados, impuestos por la Santísima Señora en persona, exigía tal concentración de esfuerzos por parte de los seres celestes que a ninguno le quedaba tiempo para tareas inferiores. Por lo tanto, se sancionó una ley bien simple.

»Esa ley establecía que a la mayoría de edad, en la plenitud del raciocinio, cuando una persona asume un manto de responsabilidades, cada individuo debía escoger entre tres futuros posibles. El primero consistía en seguir las costumbres de los antepasados perpetuos, tomar los votos Catalinistas y servir a ROTECH y su patrona celestial. El segundo consistía en someterse a la cirugía adaptadora de los médicos y escoger el exilio y una nueva vida en el mundo de abajo, previamente liberados del recuerdo de cuanto había sido. El tercero consistía en liberarse de la carne y fundirse con las máquinas para vivir como espíritu inmaterial en la red informática, o bien fijar los controles de la máquina de transmaterialización en un conjunto de coordenadas bien protegidas llamado Punta Epsilon, donde los cuasi sensibles Psymbii, criaturas vegetativas de luz y vacío, acudirían para tomar al individuo y envolverse a su alrededor, en su interior y a través de él hasta convertirlo en un simbiote de carne y vegetal, que vivía libremente en los vastos espacios del anillo lunar.

»A pesar de todo esto, había quienes encontraban tan horriblos estos futuros que escogían uno propio. Algunos deseaban seguir siendo tal como eran y regresaban, sin adaptación previa, al mundo de abajo, donde vivían poco tiempo y morían miserablemente. Otros abordaban naves, se alejaban en la noche hacia las estrellas más cercanas y no se volvía a saber nada más de ellos. Otros buscaban refugio tras los muros del mundo, en los conductos de ventilación y en los tragaluces, hermanos de las ratas.

»La Mano era uno de éstos. Al cumplir los diez años, el momento tradicional de la decisión, le robó el traje—película a su hermano y se escabulló tras las paredes para recorrer túneles y pasarelas de servicio, porque su deseo no era servir a la Santísima Señora, sino a la Música. Y se convirtió en Señor de los Oscuros Lugares, algo que se dice rápidamente, en pocas palabras, pero que se tarda mucho en lograr: Rey en un mundo donde la música era ley y la guitarra eléctrica dominaba la luz y la oscuridad.

»Cuando las sombras del atardecer se alargaban infinitamente por los tragaluces de la Estación de Carioca, unas brillantes criaturas aladas, como ángeles heroicos, surcaban los espacios acústicos y se amontonaban como vampiros y, arrebuadas en sus alas, se posaban sobre largueros y andamies a presenciar los duelos musicales. Durante todo el tiempo que durase la oscuridad escuchaban las luchas de guitarras, hasta que, cuando la

luz solar se fortalecía, como los vampiros volvían a las sombras. Los conductos y túneles vibraban con la música enloquecida, las guitarras chillaban y gritaban como amantes sudorosos, y los ciudadanos responsables que vivían conforme a las leyes y el deber, despertaban de sus sueños de caída libre para captar los ecos moribundos de una música salvaje y libre que se colaba por las rendijas del sistema de aire acondicionado, una música jamás soñada. Y cuando acababan las últimas luchas y de las puntas de los dedos destrozados habían caído las últimas gotitas de sangre, cuando el último cadáver quemado de guitarra había sido expulsado de las profundidades e impulsado hacia el espacio, se producía la coronación del Rey y todo el mundo proclamaba que La Mano y su guitarra roja eran los más grandes de la Estación Carioca.

»Durante una temporada, La Mano gobernó los túneles y pasillos de la Estación Carioca y no tuvo ningún contrincante. Después, llegaron rumores de que el Rey de la Estación McCartney deseaba retar al Rey de la Estación Carioca. El guante había sido arrojado. El premio era el Reino del perdedor y todos sus súbditos.

»Se encontraron en una cámara de observación de gravedad abierta bajo las lentas estrellas. Durante todo ese día, el traje—película del Rey de la Estación Carioca (que utilizaba preferentemente en lugar de los harapos, plásticos, metales y pieles sintéticas que vestían los trasmuros) había proyectado imágenes en blanco y negro increíblemente antiguas: un entretenimiento visual cuyo nombre, traducido de las lenguas antiguas, significaba «Casa Blanca». Entonces, el ayudante del Rey de la Estación Carioca le entregó su guitarra recién afinada. Con sus dedos tocó las cuerdas y sintió que el genio malvado le subía vibrante por el brazo y le fundía el cerebro. Los ayudantes del Rey de la Estación McCartney le pasaron su máquina: un estratomodulador de novecientos años de antigüedad. El sol centelleó al reflejarse sobre su acabado asombrando a los espectadores que se sujetaron con pies y colas a los travesaños de alambre, sumidos en un silencio sagrado.

»El juez dio la señal. Comenzó el duelo.

»Durante todas las fugas obligatorias, el Rey de la Estación McCartney estuvo a la misma altura que el Rey de la Estación Carioca. Cual pájaros en vuelo, sus melodías se enroscaban y entrelazaban alrededor de sus respectivos motivos, con una precisión tal que nadie era capaz de distinguir dónde terminaba una y comenzaba la otra. Sus improvisaciones de estilo libre reverberaron en la vastedad catedralicia del conducto de ventilación Número Doce, y los copos cristalizados de los cables de conexión cayeron ligeros como nieve y cubrieron las cabezas de las muchachas con su polvo de estrellas. Las guitarras se acecharon a través de los paisajes armónicos de las modalidades: Jónica, Dórica, Frigia, Lidia y Mixtolidia, Eólida y Lócria. El tiempo se detuvo en una jungla de escalas y arpeggios: no hubo tiempo, las estrellas se inmovilizaron en sus abovedados senderos, dibujando en el domo vidrioso lentas huellas plateadas, como las del caracol. Las guitarras refulgieron como navajas, como sueños de metadona. Gritaron como ángeles violados. La batalla continuó con sus altibajos, pero ninguno de los dos contrincantes lograba imponerse al otro.

»El Rey de la Estación Carioca sabía que el Rey de la Estación McCartney era un rival digno de sus dotes. Sólo quedaba un modo de ganarle, y el precio de la victoria sería realmente terrible. Pero cuando la guitarra hubiera husmeado el olor a sangre y a acero en el aire, no habría permitido a su esclavo el débil lujo de la rendición.

»La Mano, Rey de la Estación Carioca, buscó en su interior, en el lugar oscuro donde ocultaba lo salvaje, y elevando una plegaria a la Santísima Señora, abrió el lugar oscuro para dejar entrar la luz y salir la negrura. Liberada, la guitarra roja rugió como un demonio en celo y absorbió por sus amplificadores y sintetizadores internos el fluido negro. Sus cuerdas se llenaron de relampagueos purpúreos y tocaron una armonía extraña jamás soñada por nadie. La música oscura golpeó como el puño de Dios. El público huyó despavorido de aquella cosa negra e impía que La Mano había desatado. Un relámpago

negro salió veloz de la guitarra roja y redujo el estratomodulador del extraño a trozos humeantes. Durante un instante, el interior del cráneo del extraño se iluminó con una luz celestial; luego, las cuencas de sus ojos ardieron con un fulgor increíble seguido de una nubécula de humo; y el contrincante quedó muerto, muerto, y el Rey de la Estación Carioca fue Rey de verdad, Rey de dos mundos, pero ¿cuál había sido el precio, qué precio había tenido que pagar por su corona?

»Después, unas mujeres aladas, de caras sombrías, ataviadas con ceñidos trajes amarillos salieron en tropel por todos los escotillones: las Fuerzas de Seguridad de la Estación, armadas con bastones de choque y pistolas de amor. Separaron a los súbditos del rey en grupos de seis y se los llevaron a un futuro incierto pero asegurado. Rociaron el cadáver chamuscado y saltarín del Rey de la Estación MacCartney con espuma ignífuga. Se llevaron al Rey de los Dos Mundos y a su guitarra roja envueltos en borra narcótica. Lo condujeron ante los curanderos del Santa Catalina, quienes ejecutarían el juicio del Grupo de los Diecinueve mediante la administración de pequeñísimas, pero cuidadosamente medidas dosis de supresores de la mielina; de ese modo, revivirían el alma del hombre asesinado para que pudiera regresar al cuerpo del asesino; el asesino pagaría así por su crimen cuando su risueña y vociferante alma dejara de existir.

»Aquél habría sido el fin de La Mano si no hubiera logrado huir de los sagrados doctores del Santa Catalina. No nos contará cómo logró huir, pero bastará con decir que huyó y que salvó su guitarra roja de los hornos crematorios y juntos, fijaron los controles del cubículo de transmateralización de la estación hacia la tierra vedada. A la velocidad del pensamiento, él, su guitarra y el alma embrionaria del Rey de la Estación MacCartney fueron transportados hasta el gueto industrial de Aterrizaje, donde las Hermanitas de Tharsis se apiadaron de ellos y los acogieron en su casa de caridad para mendigos tullidos. Un anciano mendigo sin piernas le había enseñado a andar sin silla de ruedas, otra de las cosas que se dice rápidamente pero que se tarda mucho en conseguir, y al adivinar los orígenes de La Mano, le enseñó cuanto sabía sobre las costumbres de este mundo, porque debía aprenderlas o perecería, y organizó su huida de las Hermanitas de Tharsis. La Mano viajó en autoestop con un convoy de camiones que cruzaba las Montañas del Eclesiastés en dirección al corazón del Gran Oxus; una vez allí, vagó durante un año y un día por las granjas arroceras ofreciéndose para plantar plantones en los arrozales con sus hábiles pies. Por las noches, entretenía a los granjeros con las melodías de su guitarra roja a cambio de un tazón de sopa o un vaso de cerveza o unos cuantos centavos.

»Pero no conocía la paz, porque el alma del hombre que había asesinado no le daba tregua. Por las noches, se despertaba gritando y empapado en sudor porque soñaba su propia muerte. El alma de su contrincante lo azuzaba con la culpa cada vez que tocaba las cuerdas de la guitarra roja; el espíritu lo impulsaba a seguir huyendo con sus constantes recordatorios sobre lo que los sagrados doctores del Santa Catalina no le habían hecho aún. De este modo, La Mano vagó a lo largo y a lo ancho del vasto mundo, porque los sagrados doctores del Santa Catalina lo buscaban por toda la faz del globo, y si llegaba a detenerse, lo encontrarían y se lo llevarían de vuelta al cielo para destruirlo. Ésa era la maldición de La Mano, trafagar eternamente por el mundo con su guitarra roja en bandolera, perseguido por el espíritu de un hombre asesinado, que esperaba detrás de sus ojos para quitarle el alma.»

—Ha sido una bonita historia —comentó Arnie Tenebrae.

—Todas las historias de los hombres son bonitas —dijo Rael Mándela. Los niños gritaron asustados. La Mano cogió la guitarra roja para disparar otra descarga paralizante.

—Tranquilo —le dijo Rael Mándela—. No quiero hacerte daño. —Dirigiéndose a los niños, les aconsejó—: La próxima vez que queráis ocultar a alguien, deberéis tener más cuidado con el agua. Seguí un rastro de gotitas hasta encontrar el escondite. ¿Por qué lo hicisteis?

—Porque es nuestro amigo —respondió Limaal Mándela.

—Porque necesitaba que alguien fuese bueno con él —le explicó Taasmin Mándela.

—Porque tenía miedo —dijo Arnie Tenebrae.

—No irás a contarle a nadie que está aquí, ¿verdad? —inquirió Johnny Stalin.

Los niños corearon sus protestas.

—Callaos —ordenó Rael Mándela; de repente, la cueva se llenó con su presencia—.

He oído su historia, señor Mano, y le diré una cosa, no me importa lo que un hombre haya hecho en el pasado, ni debería importarle a nadie. Cuando el doctor Alimantando, ¿os acordáis de él, niños?, inventó este lugar, dijo que nadie sería rechazado por lo que hubiera hecho anteriormente. Éste debía ser un lugar para volver a empezar. Pues bien, el doctor Alimantando ya no está, se ha ido al pasado o al futuro, no lo sé, pero creo que tenía razón. Éste es un lugar para volver a empezar. Ahora bien, no soy partidario de todas esas cosas modernas de la alcaldía; todo iba mucho mejor cuando el doctor Alimantando estaba al frente de este lugar. Tampoco soy partidario de la gente que va corriendo a ver al alcalde para pedirle respuestas a todo; a mi modo de ver, las respuestas correctas están siempre dentro de cada uno o no están, o sea, que ésta es otra forma de decirle que no le contaré a nadie que está aquí. Lo haré si me preguntan, igual que haréis vosotros, niños, que lo visteis alejarse después de cruzar las vías, porque si lo que nos ha contado es cierto, tendrá que marcharse pronto de todas maneras.

La Mano asintió con una leve reverencia agradecida.

—Gracias, señor. Nos iremos mañana. ¿Hay algo que podamos hacer por usted para demostrarle nuestro agradecimiento?

—Sí —respondió Rael Mándela—. Dice usted que es de Afuera, entonces tal vez sepa por qué hace ciento cincuenta mil años que no llueve. Andando, niños, repasad vuestras coartadas y venid a cenar a mi casa.

22

El suelo brillaba cubierto de escarcha bajo el cielo gris acerado cuando Rael Mándela fue a la cueva del refugiado a llevarle un tazón de gachas y dos plátanos. Rael Mándela disfrutaba de la paz reinante en las horas que precedían el momento en que todos se despertaban con un bostezo y un pedo. Normalmente, sólo los pájaros se levantaban antes que él; por lo tanto, se sorprendió mucho al encontrar a La Mano despierto, alerta y concentrado en algún asunto privado e inescrutable. Su traje—película se había vuelto negro como la noche y sobre él se amontonaban unas líneas, como ejes de una rueda, y dígitos y gráficos cambiantes y oraciones coloreadas que recoman la increíble tela. La cueva se llenó de una luz temblorosa.

—¿Qué ocurre? —inquirió Rael Mándela.

—Chist. Son las representaciones gráficas de los regímenes climáticos y ecológicos del Desembarco en Solsticio habidos durante los setecientos años desde que comenzó la formación de la Tierra. Hemos conectado con las Anagnostas que están a bordo de la Estación del Papa Pío para ver si logramos localizar el análisis del régimen seguido por el microclima local, y no sólo lo estamos recibiendo a toda velocidad sino que además, he de leerlo del revés en el reflejo de esta jarra de agua, de modo que le agradeceremos que se esté callado mientras nos concentramos.

—Es imposible —dijo Rael Mándela.

Los colores volaban y las palabras se arremolinaban. La vertiginosa exhibición se apagó de repente.

—Ya lo tengo. El problema es que ellos también nos han captado a nosotros. Nos habrán encontrado a través del enlace del ordenador, de modo que desayunaremos, le daremos las gracias y nos iremos.

—De acuerdo, pero ¿por qué no ha llovido?

La Mano empezó a comerse las gachas y, entre cucharada y cucharada, repuso:

—Por muchos motivos. Anomalías temporales, gradientes barométricos, agentes de precipitación, desvío de la corriente a chorro, zonas microclimáticas de probabilidad, campos catastróficos, pero sobre todo por una cuestión principal: os habéis olvidado del nombre de la lluvia.

En ese momento, los niños, que habían seguido a Rael Mándela hasta la cueva sin que éste se percatara, gritaron:

—¿Que nos hemos olvidado del nombre de la lluvia?

—¿Qué es la lluvia? —preguntó Arnie Tenebrae.

Cuando La Mano se lo hubo explicado, la niña comentó muy resuelta:

—Tonto, ¿cómo puede caer agua del cielo? El sol está en el cielo, y el agua no puede venir de ahí, el agua sale del suelo.

—¿Se da cuenta? —inquirió La Mano—. Nunca han aprendido el nombre de la lluvia, su verdadero nombre, el del corazón, el que tienen todas las cosas y al que responden cuando se las llama. Pero si habéis olvidado el nombre que se le da con el corazón, la lluvia ni siquiera os oirá.

Rael Mándela se estremeció sin motivo aparente.

—Eeh... dínos el nombre de la lluvia —pidió Arnie Tenebrae.

—Anda, muéstranos cómo puede salir agua del cielo —dijo Limaal Mándela.

—Sí, haz que llueva, así podremos llamarla por su nombre —ordenó Taasmin.

—Sí, venga —añadió Johnny Stalin. La Mano dejó el cuenco y la cuchara.

—Está bien. Nos habéis ayudado una vez, de modo que ahora nos toca a nosotros. Oiga, ¿hay alguna forma de salir al desierto?

—Los Gallacelli tienen un coche para las dunas.

—¿Podría pedírselo prestado? Hemos de alejarnos bastante; vamos a jugar con unas fuerzas de escala realmente cósmica. Que nosotros sepamos, nunca se ha intentado la siembra sónica de nubes, pero la teoría es sólida. Haremos que llueva en Camino Desolación.

El coche para las dunas de los hermanos Gallacelli era un extraño vehículo mestizo. Montado por Ed en sus ratos de ocio, tenía aspecto de triciclo todo terreno, seis asientos cubiertos por un enorme toldo de tienda. Rael Mándela no lo había conducido nunca. Los niños rieron y vitorearon cuando avanzó a saltos por el sendero escarpado y bajó los acantilados en dirección a los campos de dunas. Mientras iba zigzagueando con el pesado vehículo por los canales, entre las rojas montañas de arena, fue adquiriendo confianza. La Mano entretenía a los niños con la historia de su travesía del desierto y les iba señalando hitos y hechos salientes. Avanzaron y avanzaron bajo la gran nube gris, alejándose de los signos de habitación del hombre y adentrándose en un paisaje donde el tiempo era tan fluido como la arena llevada por el viento, donde las campanas de ciudades sepultadas tañían debajo de la cambiante superficie del desierto.

Todos los relojes se habían parado a las doce menos doce minutos.

La Mano le hizo una señal a Rael Mándela para que parara, se puso en pie y husmeó el aire. Unas interferencias televisivas recorrían su traje—película.

—Aquí. Éste es el sitio. ¿Lo sentís?

Saltó del coche y subió a la cima de una gran duna roja. Rael Mándela y los niños lo siguieron resbalando y tropezando en la arena cambiante.

—Allí —dijo La Mano—. ¿Lo veis? —Medio sepultada en el hueco de la duna se alzaba una escultura arácnida de metal herrumbrado, carcomida por el tiempo y la arena—. Vamos.

Juntos bajaron por la cuesta de la duna envueltos en cascadas de arena. Los niños corrieron hasta la escultura metálica para tocar su superficie extraña.

—Parece viva —dijo Taasmin Mándela.

—Parece vieja, fría y muerta —dijo Limaal.

—Parece como si no fuera de aquí —dijo Arnie Tenebrae.

—A mí no me parece nada —concluyó Johnny Stalin.

Rael Mándela encontró unas inscripciones en una extraña lengua. Sin duda, el señor Jericó habría sido capaz de traducirlas. Rael Mándela no tenía el don de las lenguas. Entre las dunas, presintió un silencio raro y pesado, como si una fuerza enorme estuviese absorbiendo la vida del aire y de las palabras que flotaban en él.

—Éste es el corazón del desierto —dijo La Mano—. En este lugar, su energía es más poderosa, desde aquí fluye y aquí regresa. Todas las cosas se sienten atraídas hacia aquí; nos atrajo a nosotros al pasar, y sin duda, lo mismo le ocurrió al doctor Alimantando cuando cruzaba el Gran Desierto, del mismo modo que, hace cientos de años, se sintió atraída esta cosa. Aterrizó aquí hace unos ochocientos años; fue el primer intento del hombre por establecer si este mundo era adecuado para la vida. Su nombre, que ve escrito allí, señor Mándela, significa Navegante del Norte, pero si se lo traduce literalmente, quiere decir «el que habita bahías y fiordos». Lleva aquí, en el corazón del desierto, mucho, mucho tiempo. Aquí, en el corazón, la arena es fuerte.

En el cielo, las nubes se habían vuelto densas y cargadas. El tiempo se había encallado donde la aguja apuntaba a las doce menos doce. No se pronunció palabra alguna; no hizo falta, y las que habían hecho falta, el desierto se las había llevado. La Mano se descolgó la guitarra roja y arrancó un tono armónico. Escuchó atentamente.

Entonces comenzó la música de la lluvia.

Arenasusurravientosmurrasoplasobrelacaradelaroaduna, subeybaja subeybaja, la marcha granular del desierto se manifestaba con una subidaremolino, empujediabólicomoldearocas todas las cosas vienen de la arena y a la arena regresan, cantó la guitarra roja, escucha la voz de la arena, escucha el viento, la voz del león, el viento que sopla desde las estribaciones del mundo, llevandonubes corrientenchorro subien—dobajando, capas de aire barométricas de frentes cerrados depresione—senespiral: elemento de zonas y fronteras y sin embargo sinfronteras, mueve los límites de los reinos mutables del aire abriendo con su aullido el sendero vueltasyvueltas y vueltas por el globoredondo; cantó la guitarra la canción del aire y la arena, canta ahora la canción de la luz y el calor: de haces y planos y la precisión geométrica de sus intersecciones, dominio de perpendicularesperpetuas, haces de luz, campos de calor, sólido sofoco de alfombras desérticas y hornosdepan, ceja plateada del sol fruncida burlonamente ante el oscuro perímetro de las nubes veladas: ésta es la canción del calor, pero todavía quedan canciones por cantar, cantó la guitarra, antes de que la lluvia caigacaiga y la canción de las nubes es una de ellas, canción de exhalaciones como plumóndeavefinocopodealgodónfino de trenesdevapor y sartenes y cuartosdebaño en mañanas invernales azotados por el viento e impul—sadoscomonaves de blancas armadas por el cielo azulazulazul; escucha también la voz del agua atraída hacia el aire, ¡ríocorrechipichop—fluyendoenchorritos multiplicándote en torrentesarroyosafluentes hasta elmar elmar! donde haces de luz y calor se mueven sobre ella como los dedos de Dios y el viento la hace subirsubir al reino de las fronteras barométricas donde el mar adquiere forma de EstratoMayor y Ci—rroMenor y Cúmuloaumentado: había canciones para cada una de estas cosas, y una música que era el nombre que la gente les daba en sus corazones, ocultos como las armonías en las cuerdas de una guitarra. Estas canciones eran los verdaderos nombres de las cosas, expresadas por el alma, fácilmente sepultadas cada día bajo el ajetreo de cada hombre.

La música bramó al cielo como una cosa elemental. Se lanzó con un rugido y un aullido contra las paredes de las nubes: salvaje e ilimitada fue creciendo más y más hasta superar los límites de la razón humana para llegar al lugar imposible de comprender, donde se encuentran los verdaderos nombres. La guitarra gritó para liberarse. Las nubes se irritaron al sentirse tan constreñidas. El tiempo se estiró en las doce menos doce pero

la canción no dejaba que ninguno de ellos se fuera. Unas imágenes de locura se reflejaban por la tela—película blanca del traje de La Mano. Los niños se cubrieron con los faldones del abrigo desértico de Rael Mándela.

El mundo ya no podía recibir más verdades.

Y entonces cayó una gota de lluvia. Resbaló por el naneo del abandonado explorador espacial y dejó un manchón oscuro en la arena. Otra la siguió. Y después otra. Y después otra y otra y otra hasta que se puso a llover.

La canción de la lluvia había concluido. La voz a capella de la lluvia llenó toda la tierra. Los niños tendieron sus manos escépticas para atrapar las pesadas gotas. Entonces, las nubes se abrieron y ciento cincuenta mil años de lluvia se abalanzaron sobre el cielo. Rael Mándela, enceguecido y jadeante, falto de aire, buscó a los aterrados niños y los ocultó debajo de su abrigo. El cielo se vació sobre el acurrucado montón de personas.

Muros concéntricos de agua salieron arrasando del corazón secreto del desierto. En el lugar elevado llamado Punta Desolación, Babooshka y el abuelo Harán habían preparado un picnic privado para la hora de la siesta. La lluvia lo transformó en una desbandada. Patética con sus empapados vestidos de tafetán, Babooshka iba metiendo atolondradamente los platos y las mantas en una cesta de mimbre que se llenaba de agua a toda velocidad. En todas las casas el agua arrastró con sus rojos torrentes alfombras, sillas, mesas y enseres sueltos. La gente estaba asombrada. Entonces oyeron el tamborileo sobre los tejados y todos gritaron:

—¡Llueve, llueve, llueve!

Salieron a los senderos y callejones para volver las caras al cielo y dejar que la lluvia se llevase los años de sequía que llevaban dentro.

La lluvia llovió como no lo había hecho nunca. Rojos ríos bajaban por los estrechos callejones, una cascada pequeña, pero espectacular, caía de los acantilados, los canales de riego de los huertos se hincharon hasta formar torrentes de marga espesa y achocolatada salpicada de plantones y verduras arrancadas. Todo saltaba y siseaba bajo el diluvio. La lluvia castigó a Camino Desolación.

A la gente no le importaba. Era la lluvia. ¡La lluvia! Agua del cielo, el fin de la sequía que había atrapado su tierra desértica durante ciento cincuenta mil años. La gente contempló el pueblo. Contempló la lluvia. Llovía tanto que apenas lograban distinguir la luz del faro de retransmisión en lo alto de la casa del doctor Alimantando. Se miraron; llevaban las ropas pegadas a los cuerpos, el pelo aplastado a la cabeza, los rostros surcados de barro rojo. Alguien se echó a reír; fue una risita ridícula que creció y creció hasta convertirse en desternillantes carcajadas. Poco a poco, todos se fueron contagiando de aquella risa, y al cabo de nada, acabaron todos riendo una risa buena, maravillosa, buena, buena. Se arrancaron la ropa y corrieron desnudos bajo el chaparrón para que la lluvia les llenara los ojos y las bocas y cayera por sus mejillas y sus barbillas, sus pechos y sus vientres, sus brazos y sus piernas. La gente reía, daba vivas y bailaba chapoteando en el barro rojo y cuando se volvieron a mirar, y se vieron pintados de rojo, desnudos como los fantasmas habitantes de las colinas de Hansenland, rieron aún más.

Al comienzo de la lluvia una gota había traído otra y otra más; la lluvia terminó del mismo modo: gota tras gota. En un momento determinado de la fiesta todos lograron ver con claridad y oír sus voces por encima del fragor. El diluvio fue amainando y luego paró del todo, como si no hubiera sido más que un leve aguacero. Gota a gota la lluvia dejó de caer. Cayó la última gota. Después, todo quedó en calma, como el silencio que precedió a la Creación. El agua goteaba de los rombos negros de los colectores solares. Las nubes creadas por ROTTECH se habían quedado secas. El sol volvió a salir para lanzar sus charcas de luz sobre el desierto. Un doble arco iris se levantó: sus pies en las colinas lejanas y su cabeza en los cielos. Del suelo se alzaron fantasmales nubéculas de vapor.

Las lluvias habían acabado. La gente volvía a ser la de antes y a asumir sus vidas de hombres y mujeres. Avergonzados de su desnudez, se cubrieron con sus ropas empapadas y mugrientas. Entonces ocurrió algo maravilloso.

—¡Mirad! —gritó Ruthie Monteazul.

Señaló hacia el horizonte lejano. En la distancia se estaba produciendo una transformación mística: ante los ojos asombrados de los habitantes de Camino Desolación, el desierto reverdeció. La línea de la alquimia avanzaba por los campos de dunas como la rompiente de una ola. En pocos minutos, incluso hasta donde alcanzaba a ver el ojo del señor Jericó todo fue verdor. Las nubes se fueron disipando y el sol brilló en el cielo azul profundo. Todos contuvieron el aliento. Estaba a punto de producirse algo fenomenal.

Como respondiendo a una orden divina, el Gran Desierto estalló en colores. Tras la lluvia, al toque del sol, las dunas desplegaron un paisaje puntillista de rojos, azules, amarillos, blancos delicados. El viento agitó el océano de pétalos y esparció por el pueblo el perfume de cien millones de flores. Los habitantes de Camino Desolación bajaron en tropel de sus desnudos acantilados de piedra para adentrarse en los infinitos prados de flores. Tras ellos, su pueblo abandonado humeaba bajo el sol de las dos menos dos de la tarde.

En el corazón del desierto, Rael Mándela advirtió que ya no llovía. Los niños se asomaron como polluelos por debajo de su abrigo. Bajo sus sandalias, unos brotes verdes se desenroscaron como muelles de reloj y agitaron sus pálidos tallos en la brisa.

Las flores se habían abierto paso alrededor de la guitarra roja. Rael

Mándela se acercó al instrumento y lo levantó. En el lugar estéril donde había yacido, infinidad de talluelos blanquecinos pugnaban hacia la luz.

La guitarra roja estaba muerta. Su lisa piel de plástico aparecía ampollada y surcada de quemaduras; sus trastes estaban destrozados, sus cuerdas, ennegrecidas, su mango de palo de rosa, partido por la mitad. Sus sintetizadores y amplificadores internos se habían fundido y de ellos salía una columna de humo. Cuando Rael Mándela le dio la vuelta al instrumento muerto, las cuerdas se rompieron produciendo sonidos precisos, terminales. Muerta la guitarra, de ella salía un no sé qué limpio. Como si la lluvia hubiera lavado sus pecados.

Del hombre que se había hecho llamar La Mano, el que fuera Rey de los Dos Mundos, no quedaba ni un trozo de tela—película de su traje televisivo.

—Demasiada música —le susurró Rael Mándela a la guitarra roja—. Esta vez has hecho demasiada música.

—¿Qué le pasó a La Mano? —preguntó Limaal.

—¿Dónde ha ido? —inquirió Taasmin.

—¿Acaso los doctores malos se lo han llevado? —preguntó Arnie Tenebrae.

—Sí, los doctores malos se lo han llevado —respondió Rael Mándela.

—¿Y le meterán dentro al hombre muerto? —inquirió Johnny Stalin.

—Creo que no —repuso Rael Mándela mirando hacia el cielo—. Y os diré por qué. Porque me parece que lo que se han llevado no es ni a La Mano ni al hombre muerto. Creo que es ambas cosas, y que en el momento culminante de la música, se fundieron como se funde la arena para convertirse en cristal, y que a partir de ahora, para ellos será como volver a empezar.

—¿Como volver a nacer? —preguntó Arnie Tenebrae.

—Exactamente, como volver a nacer. Es una pena que lo hayan encontrado y se lo hayan llevado tan pronto; no hemos podido darle las gracias por la lluvia. En eso hemos estado mal. Espero que no se ofenda por ello. Bueno, niños, vámonos.

Limaal Mándela intentó llevarse la guitarra roja a rastras; la quería como recuerdo, pero pesaba demasiado y su padre le ordenó que la dejara allí, en el corazón, junto al antiguo explorador espacial, y así, regresó al mundo con las manos vacías.

Una mañana de domingo de principios de la primavera del año 127, a las diez en punto, Persis Jirones se casó con Ed Gallacelli, Louie Gallacelli y Umberto Gallacelli. Por el poder que le fuera conferido en su calidad de director del pueblo, Dominic Frontera los declaró unidos en matrimonio en régimen de poliandria y se fue a despedirlos al tren que los llevaría a Meridiana, en viaje de novios a los volcanes. Para él, la boda había sido una experiencia conmovedora. En cuanto el tren se hubo marchado, se fue a ver a Meredith Monteazul para pedirle la mano de la desabrida de Ruthie. Meredith Monteazul se mostró reticente. Dominic Frontera le confesó su amor místico nacido en otra dimensión, la obsesiva visión de la belleza que lo atormentaba día y noche, y rompió a llorar.

—Ah, pobre hombre, ¿qué puedo hacer para que seas otra vez feliz? —inquirió la inocente Ruthie cuando entró en la habitación después de haber oído el llanto.

Cuando Dominic Frontera se lo dijo, la muchacha repuso:

—Si eso es todo, pues claro que sí.

La segunda pareja felizmente casada en dos días pasó la luna de miel entre las mil aldeas exquisitas y únicas de Montechina.

En la puerta del BAR/Hotel colgaron un cartel. Decía así: Cerrado por una semana. Volvemos a abrir el domingo 23 a las 20 horas. Propietarios: P. Jirones, E., L. & U. Gallacelli. Mikal Margolis había escrito el cartel. Mientras borraba su nombre y escribía encima el de sus afortunados rivales en el amor, no sintió celos, ni odio, sólo la paralizante sensación de que el destino se cernía sobre él. Cerró la puerta y echó la llave en un pozo. Después se fue a llamar a la puerta de Marya Quinsana.

Marya Quinsana captó de inmediato la situación.

—Morton, contrataré a Mikal como ayudante en la consulta. ¿De acuerdo?

Morton Quinsana no hizo comentario alguno, asumió un aire petulante y salió como una tromba dando portazos.

—¿A qué viene todo eso? —le preguntó Mikal Margolis.

—Morton está muy unido a mí —le explicó Marya Quinsana—. En fin, tendrá que acostumbrarse a que las cosas han cambiado un poco ahora que estás aquí.

Una semana más tarde, Persis Jirones volvió a Camino Desolación con su antiguo y orgulloso nombre, sus tres maridos y una mesa de billar profesional confeccionada por MacMurdo & Chung de Camino Landhries. Todos colaboraron para transportarla desde la estación hasta el BAR/Hotel. Se ofrecieron refrescos gratis y los niños, que habían brincado de un lado a otro, tirando de las cuerdas y llevando tacos, gritaron hurra ante la posibilidad de beber incontables jarras de limonada clara. Cuando Persis Jirones de Gallacelli vio los candados y el cartel, fue a buscar a Mikal Margolis.

—No tienes por qué irte.

Mikal Margolis estaba esterilizando un par de castradoras de cerdos. Le resultaba imposible guardarle rencor, aunque el raciocinio exigiera que lo hiciera. Era el destino, y guardarle rencor al destino resultaba tan vano como guardarle rencor al tiempo.

—Creí que era mejor que me marchara. —La voz de Mikal Margolis estaba preñada de amor—. No habría funcionado, no habríamos podido volver a los viejos tiempos, ignorar que pertenecías a otro, que llevabas el hijo de otro. No volverá a funcionar. Quédate con mi parte del hotel como regalo de bodas, espero que te traiga dicha. De corazón. Pero dime una cosa... ¿por qué tuviste que hacerlo?

—¿Hacer qué?

—Quedarte embarazada de... de los hermanos Gallacelli, ¡nada menos! ¿Qué hacías el día que llegaron las lluvias? Es algo que no logro entender, ¿por qué con ellos? ¿Has visto el lugar donde viven? Si parece una pocilga... Lo siento.

—No te preocupes. Verás, aquel día me volví un poco loca, todos enloquecimos...

Se recordó entonces tendida de espaldas en un lecho de amapolas el día que llegaron las lluvias; miraba el cielo mientras, entre los dedos, le daba vueltas a una amapola roja y tarareaba una tonta melodía mientras a millones de años luz de distancia, en su interior algo hacía chun—chun, chun—chun. Con mucho gusto se había arrancado la ropa cuando la lluvia comenzó a caer y se había restregado el pelo con el maravilloso barro rojo; la sensación había sido agradabilísima, se había sentido libre, como al volar, había tenido la impresión de que iba a precipitarse eternamente como una gota de lluvia gorda y preñada para derramar sus fluidos femeninos sobre la tierra reseca. Había extendido los brazos como alas iiiiaahh y había dado vueltas y más vueltas por los campos de flores, mientras las hélices de sus redondos motores con pezones remontaban margaritas caléndulas amapolas haciéndolas describir arcos gemelos en el aire. Hija de la gracia, había enloquecido, pero a todos les había pasado igual, y si aquel pueblo demente que contenía siempre las mismas caras no era una excusa para enloquecer una y otra vez, ¿qué lo era? Tal vez había ido demasiado lejos: los hermanos Gallacelli nunca habían necesitado que los animaran demasiado, ¡pero cómo había volado cuando EdUmbertoLouie se habían montado encima de ella!

—No sabía lo que hacía; caray, creí que estaba volando.

La excusa llegó a convencerla incluso a ella misma. Cuando se separaron, Mikal Margolis notó que la culpa se levantaba como la niebla. Debía alejarse; debía alejarse pronto de aquellas mujeres que lo empujaban al límite de Roche del corazón.

En el nuevo salón de billares del BAR/Hotel el señor Jericó metía las bolas con la facilidad consumada de quien tiene a todos sus Antepasados Exaltados para calcularle los ángulos. Limaal Mándela, de siete años y tres cuartos, lo contemplaba. Cuando la mesa quedó libre, cogió un taco y mientras la atención general se centraba en la cerveza y las judías estofadas, se apuntó ciento siete tantos. Ed Gallacelli, que estaba detrás de la barra, oyó el ruido de las bolas al caer en las troneras y prestó atención. Vio a Limaal Mándela apuntarse ciento siete tantos y luego, otros ciento quince.

—¡Hijo de la gracia! —exclamó en voz baja. Se acercó al niño, que en ese momento estaba concentrado preparando el triángulo de rojas para otra práctica—. ¿Cómo lo haces?

Limaal Mándela se encogió de hombros.

—Pues les doy donde me parece bien.

—¿Quieres decir que hasta ahora nunca habías tocado un taco de billar?

—¿Cómo iba a hacerlo?

—¡Hijo de la gracia!

—Nada más me fijé en el señor Jericó e hice lo mismo que él. Es un bonito juego, controlas todo lo que pasa. Todo son ángulos y velocidad. Creo que esta vez trataré de hacer una gran tacada.

—¿Cómo de grande?

—Creo que le he cogido el tranquillo. La máxima.

—¡Hijo de la gracia!

Y Limaal Mándela logró la máxima tacada de ciento cuarenta y siete y Ed Gallacelli se quedó absolutamente anonadado. Su mente se llenó de ideas sobre apuestas, desafíos y premios.

Y fueron pasando los meses de embarazo de Persis Jirones. Fue engordando, volviéndose enorme y poco aerodinámica, cosa que la deprimía más de lo que nadie pudiera llegar a sospechar. Llegó a ponerse tan inmensa y redonda que sus maridos la llevaron a la consulta veterinaria de Marya Quinsana para tener una segunda opinión. Marya Quinsana se pasó casi una hora escuchando por medio de un aparato utilizado para controlar llamas preñadas y finalmente, diagnosticó que Persis llevaba gemelos. El pueblo vitoreó, Persis Jirones andaba como un pato por el BAR/Hotel, sumida en una

grávida infelicidad, las lluvias caían y las cosechas crecían. Bajo la dirección de Ed Gallacelli, Limaal Mándela se convirtió en un adolescente tiburón, que desplumaba a crédulos científicos expertos en suelos, geofísicos y patólogos de plantas sacándoles los dólares ahorrados para cerveza. Y Mikal Margolis se sintió cada vez más tontamente unido a la masa maternal de Marya Quinsana y, por las leyes de la dinámica emocional, lanzó a Morton Quinsana a la oscuridad.

Una gélida noche de otoño, Rajandra Das recorrió Camino Desolación llamando de puerta en puerta.

—¡Ya vienen, ha llegado la hora! —anunciaba, y salía corriendo para advertir a las demás familias—. ¡Ya vienen, ha llegado la hora!

—¿Quién viene? —preguntó el señor Jericó deteniendo sigilosamente el veloz Mercury con una ingeniosa llave de brazos.

—¡Los gemelos! ¡Los gemelos de Persis Jirones!

Al cabo de cinco minutos, el pueblo entero, con la excepción de Babooshka y el abuelo Harán, se reunió en el BAR/Hotel a beber gratis, mientras en el dormitorio principal, Marya Quinsana y Eva Mándela tropezaban la una con la otra y Persis Jirones empujaba y soplabla, empujaba y soplabla hasta parir a dos hermosos hijos. Como era de esperar, salieron tan idénticos como sus padres.

—¡Sevriano y Batiste! —proclamaron los hermanos Gallacelli (padres).

Todos lo celebraron, y mientras los hermanos Gallacelli (padres) estaban con la madre y con los hermanos Gallacelli (hijos), Rajandra Das hizo la pregunta que todos deseaban hacer pero que nadie se había atrevido a formular.

—Muy bien, ¿cuál de ellos es el padre?

La Gran Pregunta zumbó por Camino Desolación como un enjambre de molestos insectos. ¿Ed, Umberto o Louie? Persis Jirones no lo sabía. Los hermanos Gallacelli (padres) no quisieron decirlo. Los hermanos Gallacelli (hijos) no podían decirlo. La pregunta de Rajandra Das reinó absoluta durante veinticuatro horas, hasta que fue reemplazada por una pregunta mejor. Y esa pregunta era: ¿Quién mató a Gastón Tenebrae y lo dejó junto a las vías del ferrocarril con la cabeza aplastada como un huevo?

24

Había que celebrar un juicio. Era algo con lo que todos contaban. Sería el acontecimiento del año. Tal vez el acontecimiento de todos los tiempos. Haría de Camino Desolación un lugar de verdad, porque ningún lugar era un lugar de verdad hasta que alguien moría en él y colocaba un enorme alfiler negro en los mapas monocromáticos de la muerte. Era tal su importancia que Dominic Frontera habló con sus superiores por su retransmisor de microondas y contrató los servicios del Tribunal de Polvodepastel.

Dos días más tarde, un tren negro y dorado apareció en el horizonte y Rajandra Das, jefe de estación provisional, lo condujo mediante señas hasta una vía muerta. En un periquete, el tren desembuchó un grupo bullicioso de abogados, jueces, magistrados y ujieres con peluca que mandaron comparecer a todos los mayores de diez años para formar jurado.

La sala del Tribunal de Polvodepastel se construyó en el interior de uno de los vagones. Teniendo en cuenta cómo suelen ser las salas de un tribunal, ésta quedó más bien alargada y estrecha. El juez presidía en un extremo, con sus libros, sus consejeros y su petaca de brandy; en el extremo opuesto, estaba el acusado. El público y el jurado se sentaron cara a cara en el centro del vagón, lo cual les provocaba a todos casos agudos de tortícolis durante los turnos de repreguntas. Su señoría el juez Dunne ocupó el estrado y el tribunal inició la audiencia.

—Este Tribunal Itinerante, legalmente constituido bajo la jurisdicción del Juez del Cuarto de Esfera Noroccidental (según lo estipulado por la Compañía Belén Ares) para entender en casos y reclamaciones que no recaen dentro de la competencia de los Tribunales Oficiales de Primera Instancia y sus correspondientes servicios legales, inicia la audiencia.

El juez Dunne padecía terriblemente a causa de las hemorroides. En ocasiones pasadas, su dolencia había influido negativamente en el resultado de los juicios.

—¿Quién representa al Estado y la Compañía?

—Los señores Fizgue, Furtif y Metomentot.

Tres abogados con cara de comadreja se pusieron en pie e hicieron una reverencia.

—¿Y al acusado?

—Yo, señoría, Louis Gallacelli.

Se puso en pie e hizo una reverencia.

A Persis Jirones le pareció muy elegante y seguro con su traje de abogado. Louie Gallacelli temblaba, sudaba y sufría de un exceso de presión en la entepierna del pantalón. Era la primera vez que vestía su traje perfumado de naftalina y que practicaba su profesión.

—¿Y cuáles son los cargos?

El magistrado se puso en pie e hizo una reverencia.

—La noche del treinta y uno de juliagosto, el señor Gastón Tenebrae, ciudadano del Asentamiento Oficialmente Registrado de Camino Desolación, fue asesinado a sangre fría y con premeditación y alevosía por el señor Joseph Stalin, ciudadano de Camino Desolación.

Rara vez en la historia de la jurisprudencia había existido un sospechoso tan claramente culpable como el señor Stalin. Era tan evidente que había eliminado a Gastón Tenebrae, su odiado rival, que la mayoría de los ciudadanos consideraban que el juicio era una pérdida de tiempo y dinero, y gustosamente lo habrían linchado colgándolo de una bomba cólica.

—Habrà juicio —había dicho Dominic Frontera—. Todo ha de ser legal y correcto. —Y luego había añadido—: Primero el juicio, y después, la horca.

A pesar de sus protestas de inocencia, las pruebas en contra del señor Stalin se fueron acumulando. Tuvo un móvil, la oportunidad y ninguna coartada para aquella noche. Era culpable sin sombra de dudas.

—¿Cómo se declara el acusado? —inquirió el juez Dunne.

Los primeros alfilerazos de las hemorroides se hicieron sentir en su recto. Aquél iba a ser un juicio difícil.

Louie Gallacelli se puso en pie, adoptó la adecuada postura legal y declaró en voz bien alta:

—Inocente.

El orden volvió a imperar al cabo de cinco minutos de martillazos.

—Si vuelven a producirse más disturbios mandaré desalojar la sala —advirtió el juez Dunne severamente—. Además, no estoy del todo convencido de la imparcialidad del jurado, pero a la vista de que no disponemos de ningún otro, proseguiremos con éste. Que comparezca el primer testigo.

Rajandra Das había sido contratado para que se desempeñara como ujier mientras durara el juicio.

—¡Que pase a declarar Genevieve Tenebrae! —gritó.

Genevieve Tenebrae ocupó el estrado de los testigos y prestó declaración. A medida que los testigos iban declarando, resultó manifiestamente evidente que el señor Stalin era culpable sin sombra de dudas. El ministerio fiscal destrozó su coartada (que había estado jugando al dominó con el señor Jericó) y sacó a relucir la antigua enemistad entre los Stalin y los Tenebrae. Hicieron hincapié en el tema de la única bomba cólica para ambos

huertos con el regocijo de los buitres abalanzándose sobre una llama muerta. «¡El primer móvil!», corearon, con los índices levantados en aire triunfal. En rápida sucesión lanzaron a los regazos del jurado la rumoreada desavenencia que se produjo en el tren que los condujo a Camino Desolación, la envidia por los niños (en este punto, Genevieve Tenebrae abandonó la sala) y mil y un pequeños odios y resquemores. Los señores Fizgue, Furtif y Metomentot se mostraron triunfantes. La defensa estaba desmoralizada. Todo apuntaba a la condena del señor Stalin por el asesinato de su vecino Gastón Tenebrae.

Desesperado, al comprobar que los señores Fizgue, Furtif y Metomentot eran mucho contrincante para él, Louie Gallacelli solicitó un aplazamiento. Y se sorprendió cuando el juez Dunne se lo concedió. Dos motivos impulsaron a su señoría a tomar esa decisión. El primero era que el Tribunal de Polvodepastel funcionaba con honorarios diarios; el segundo, que sus almorranas habían alcanzado un punto tal de suplicio que habría sido incapaz de aguantar otra hora más en el estrado del juez. El tribunal levantó la sesión, todos se pusieron en pie y el juez Dunne se retiró a cenar chuletas y clarete seguidos de una cita íntima con un frasco de Ungüento de Caléndulas para Almorranas de la Madre Lee.

En el BAR/Hotel, Louie Gallacelli se retiró en un rincón tranquilo a repasar las actas del día mientras bebía una botella de brandy de Belladonna que le habían obsequiado.

—Madre Santa, qué mal estuve.

Vio al señor Jericó entrar y pedir una cerveza. El señor Jericó no le caía bien. A ninguno de los hermanos Gallacelli les caía bien el señor Jericó. Los hacía sentir bastos y torpes, más animales que hombres. Pero no fue el disgusto lo que impulsó a Louie Gallacelli a pedirle en voz alta al señor Jericó que se acercara, sino el hecho de que éste se hubiera negado a prestar testimonio y corroborar la coartada de su cliente.

—¿Por qué diablos, digo yo, por qué diablos no apoyaste la coartada de Joey? ¿Por qué diablos no compareciste como testigo y declaraste «A la hora tal de la noche tal estábamos jugando al dominó» y acabaste así con el caso?

El señor Jericó se encogió de hombros.

—¿Estuvisteis jugando al dominó o no estuvisteis jugando al dominó la noche del asesinato?

—Por supuesto que sí —contestó el señor Jericó.

—¡Pues entonces dilo en el juicio, maldita sea! ¡Voy a citarte formalmente como testigo clave de la defensa y tendrás que decir que la noche del asesinato estabais jugando al dominó!

—No compareceré como testigo, aunque me cites formalmente.

—¿Por qué rayos no vas a hacerlo? ¿Tienes miedo de que alguien te reconozca? ¿El juez tal vez? ¿Tienes miedo del turno de repreguntas?

—Justamente.

Antes de que Louie Gallacelli pudiera formular ninguna de las difíciles preguntas que formulan los abogados, el señor Jericó le dijo en tono confidencial:

—Puedo conseguirte todas las pruebas que quieras sin tener que declarar como testigo.

—¿Ah, sí? ¿Cómo?

—Acompáñame, por favor.

El señor Jericó condujo al abogado hasta la vieja casa del doctor Alimantando, vacía y polvorienta desde que, dos años antes, el doctor Alimantando había desaparecido mágicamente en el tiempo para ir en busca de la mítica persona verde. En el taller del doctor Alimantando, el señor Jericó le quitó el polvo a un artefacto que parecía una máquina de coser envuelta en una telaraña.

—Nadie sabe que existe, pero ésta es la devanadora de tiempo Alimantando Punto Dos.

—Vamos. ¿Quieres decir que todo eso del hombrecito verde que viaja por el tiempo es cierto?

—Deberías haber hablado más con tu hermano. Él nos ayudó a construirla. El doctor Alimantando nos dejó instrucciones para que construyésemos esta unidad Punto Dos por si en el tiempo llegaba a producirse algún fallo; en ese caso, podía colocarse en estado de estasis durante un par de millones de años y venir aquí a recoger la unidad de recambio.

—Fascinante —dijo Louie Gallacelli sin estar en absoluto fascinado—. ¿Y qué tiene esto que ver con mi testigo perito?

—La usaremos para rebobinar el tiempo hacia atrás, así podremos echarle un vistazo a la noche del asesinato y comprobar quién cometió realmente el crimen.

—¿Quieres decir que no lo sabes?

—Por supuesto que no. ¿Qué te hizo pensar que lo sabía?

—No me lo puedo creer.

—Observa y espera.

Mandaron a buscar a Rajandra Das y a Ed Gallacelli, que estaban cenando, y los condujeron al lugar, junto a las vías del ferrocarril, donde Rajandra Das había encontrado el cadáver. Era una noche fría, como la del asesinato. Las estrellas brillaban como puntas de lanzas de acero. Los láser fluctuaban a rachas por la bóveda del cielo. Louie Gallacelli agitaba los brazos para entrar en calor e intentaba leer el heliógrafo de los cielos. Su aliento formaba grandes nubes humeantes.

—¿Estáis ya listos, muchachos?

El señor Jericó realizó los últimos ajustes de las lecturas del campo generador.

—Listos. Adelante.

Ed Gallacelli accionó el interruptor remoto y encerró a Camino Desolación en el interior de una burbuja azul translúcida.

—¡Hijo de la gracia! —exclamó el hermano Louie. Ed Gallacelli lo miró. La expresión le pertenecía a él.

—Eso no es lo que debía ocurrir —explicó Rajandra Das innecesariamente—. Haz algo antes de que lo noten.

—Eso intento, eso intento —dijo Ed Gallacelli moviendo los ajustes con torpeza como si tuviera los dedos helados.

—Creo que hemos pasado por alto el Problema de Inversión Temporal —especuló el señor Jericó.

—Ah, ¿y eso qué es? —inquirió el abogado Louie.

—Un campo electromagnetogravitatorio de gradiente entrópico variable —respondió Ed Gallacelli.

—Eso no, me refiero a aquello.

Una especie de tormenta de truenos en miniatura bombardeaba la curva superior de la burbuja con profusión de relámpagos azules, si bien totalmente ineficaces.

Los tres ingenieros apartaron la vista de la máquina del tiempo y miraron hacia arriba.

—¡Hijo de la gracia! —exclamó Ed Gallacelli.

—Creo que es un fantasma —dijo Rajandra Das.

La tormenta de ectoplasma entrópico se anudó para formar un estudio de Gastón Tenebrae de tamaño natural y tonalidades azul translúcidas. Tenía la cabeza inclinada en un ángulo improbable y parecía llevar dentro una ira contenida. Tal vez podía deberse a que iba completamente desnudo. Estaba claro que las prendas de vestir no lograban llegar al más allá, ni siquiera los decorosos velos blancos con los que la imaginación pública acostumbraba cubrir la modestia de sus espectros.

—Parece muy enfadado —observó Rajandra Das.

—Tú también lo estarías si te hubieran asesinado —dijo Louie.

—Los fantasmas no existen —sentenció el señor Jericó con firmeza.

—¿Ah, no? —inquirieron simultáneamente tres voces.

—Se trata de un conjunto de engramas cronodependientes de la persona almacenados holográficamente en la matriz espacial de tensiones locales.

—Y un cuerno —dijo Rajandra Das—. Es un fantasma.

—¿Creéis que la burbuja lo contendrá? —preguntó Louie.

—Eso parece —repuso el señor Jericó.

—Está bien. Ya tenemos nuestro testigo perito. Dale a los mandos y comprobemos si logras hacerlo entrar. No veo la hora de presentar mañana al fantasma de la víctima del asesinato para que preste declaración por sí mismo.

Tres manos se dirigieron a los controles del generador de campos. El señor Jericó apartó de un manotazo los dedos menos hábiles y tocó los nonios de control. La burbuja azul se redujo a la mitad de su volumen dividiendo en dos una bomba cólica y recortando un tercio de la granja solar comunitaria.

—Hazlo otra vez —ordenó Louie Gallacelli y mentalmente fue pensando en un interrogatorio posible.

Pasaría a los anales de la jurisprudencia. Sería el primer abogado en repreguntar a un fantasma. La burbuja volvió a encogerse. A menos de cien metros de distancia, el fantasma brillaba ante sus captores y acribillaba el domo carcelario con relámpagos.

—Espero que no decida usarlos contra nosotros —dijo Rajandra Das. El fantasma se había puesto a girar a toda velocidad en la cúspide del domo, agitándose con una furia inefable.

—Hazlo entrar —pidió Louie Gallacelli, e inconscientemente adoptó su postura de tribunal.

En su mente, el caso había terminado con todo éxito. El nombre de Gallacelli era pronunciado en todos los lugares donde se luchara contra la injusticia y a favor de los derechos del hombre.

El campo electromagnetogravitatorio de la entropía variable se encontraba a apenas un metro de distancia. El fantasma, encogido y retorcido en un doloroso nudo de ectoplasma, pronunciaba juramentos que el señor Jericó, hábil lector de labios, encontró realmente asombrosos y completamente inadecuados para alguien que, supuestamente, se encontraba en la cercana presencia del Panarcos. Louie Gallacelli intentó formular unas cuantas preguntas preliminares, pero era tanta la indigna ingratitud del fantasma que mandó a Rajandra Das que redujera el campo a unos dolorosísimos quince centímetros y que lo dejara así durante toda la noche hasta que el fantasma aprendiera lo que significaba respetar los debidos procedimientos legales. La devanadora de tiempo Punto Dos y su correspondiente fantasma fueron transportados al BAR/Hotel, donde esperarían a que llegase la mañana. Umberto Gallacelli se divirtió unas horas escupiendo al campo de fuerza y enseñándole al fantasma algunas de las fotos que componían su colección de retratos de mujeres a punto de copular, copulando o pensando en copular consigo mismas, con otras mujeres, con una variedad de animales de granja o con hombres generosamente dotados.

El juez Dunne no estaba de muy buen humor para dictar sentencia. El agua del pueblo le había dado diarrea, lo cual, sumado a sus hemorroides, había sido como cagar llamaradas. Le habían servido un desayuno frío y poco adecuado, se había enterado por su radio de que su caballo de carreras se había caído y se había roto el pescuezo en la carrera de diez mil metros de los Llanos Morongai, y lo que le faltaba, dos de los miembros del jurado habían desaparecido. Mandó a su ujier, el pícaro y andrajoso de Rajandra Das, a que recorriera el pueblo en su busca, y cuando aquello resultó ser inútil,

dictaminó que el juicio podía continuar con un jurado de ocho miembros. Mentalmente tomó nota de que debía cobrarle al pueblo otros cincuenta dólares de oro por ese dictamen extra. Y para colmo, el abogado de la defensa, un ridículo cateto semieducado que tenía una opinión exagerada de sus habilidades legales, le proponía con toda seriedad que aceptase la presentación de un testigo clave cuando el juicio se encontraba ya en su última fase.

—¿Cómo se llama ese testigo clave? Louie Gallacelli se aclaró la garganta.

—Es el fantasma de Gastón Tenebrae.

Los señores Fizgue, Furtif y Metomentot se pusieron en pie como un solo hombre. Genevieve Tenebrae se desmayó y fue sacada de la sala. El juez Dunne suspiró. Volvía a sentir escozor en el ano. Los abogados discutían. El acusado desayunaba pan frito y café. Al cabo de una hora, el jurado, los espectadores y los testigos se marcharon para ocuparse de sus campos. Los alegatos chocaban y se eludían. El juez Dunne contuvo una insistente necesidad de introducirse un dedo índice en su trasero para rascarse hasta que la frustración le sangrara. Transcurrieron dos horas. Al no verle un final a aquel entuerto a menos que interviniera, el juez Dunne golpeó su martillo y ordenó:

—Que declare el fantasma.

Rajandra Das iba a saltos por los campos y las casas de Camino Desolación sorteando a miembros del jurado, testigos y espectadores. Todavía no había señales de los dos miembros que faltaban: Mikal Margolis y Marya Quinsana.

—Que pase a declarar el fantasma de Gastón Tenebrae.

Los cazafantasmas intercambiaron señales de triunfo con el puño cerrado. Ed Gallacelli entró la devanadora de tiempo Punto Dos sobre un carrito de ruedas y comprobó los transductores que había colocado alrededor del borde de la burbuja.

—¿Me oís? —chilló el fantasma.

Genevieve Tenebrae, que acababa de recuperar el conocimiento, volvió a perderlo. La voz del fantasma les llegaba chirriante pero audible a través del amplificador de la radio de Ed Gallacelli.

—Vamos a ver, señor Tenebrae, mejor dicho, difunto señor Tenebrae, dígame si este hombre, el acusado, lo asesinó a usted la noche del treinta y uno de juliagosto aproximadamente a las veinte menos nada.

En el interior de su bola de cristal azul el fantasma hizo unas piruetas en señal de regocijo.

—Soy el primero en reconocer que Joey y yo hemos tenido nuestros más y nuestros menos, pero ahora que me encuentro en la presencia cercana de Panarcos, todo eso queda perdonado y olvidado. No, no fue él quien me mató. Él no lo hizo.

—¿Quién entonces?

Genevieve Tenebrae recuperó el conocimiento justo a tiempo para oír a su marido cuando nombraba al asesino.

—Fue Mikal Margolis. Él lo hizo.

En el alboroto que siguió, Genevieve Tenebrae perdió el conocimiento por tercera vez y Babooshka cacareó triunfante:

—Os lo había dicho, ese hijo mío es un inútil. El juez Dunne golpeó con el martillo con tanta fuerza que se quedó con el mango en la mano.

—Si persiste este comportamiento, multaré a todo el mundo por desacato al tribunal —tronó.

Restablecido el orden, el fantasma de Gastón Tenebrae desveló su sórdida confesión de adulterio, fulgurante pasión, muerte violenta y relaciones ilícitas tripartitas entre Gastón Tenebrae, Mikal Margolis y Marya Quinsana.

—Supongo que nunca debí hacerlo —chilló el fantasma—, pero me seguía considerando un hombre atractivo; quería comprobar que no había perdido mi encanto

con las damas, de modo que flirteé con Marya Quinsana porque es una mujer muy, pero muy hermosa.

—¡Gastón! —aulló su viuda, que se había recuperado de su tercer desmayo y se disponía a tener el cuarto—. ¿Cómo has podido hacerme esto?

—¡Orden! —gritó el juez Dunne.

—¿Y qué me dices del bebé, eh, querida? —inquirió el fantasma—. Desde que me he ido al otro mundo, me he enterado de un montón de cosas interesantes. Por ejemplo, de dónde viene Arnie.

Genevieve Tenebrae se echó a llorar y Eva Mándela la sacó de la sala. El fantasma prosiguió con su relato de citas clandestinas e intimidades susurradas entre sábanas de seda ante el asombro absoluto de los ciudadanos de Camino Desolación. Asombro y admiración ante el hecho de que una relación ilícita y adúltera de semejante intensidad (y con una personalidad tan públicamente promiscua como Marya Quinsana) hubiera podido ser ocultada con tanto éxito entre una población de sólo veintidós habitantes.

—Vaya cómo me engañó. Pero ahora sé a qué atenerme. —Desde su metempsicosis al Plano Celestial Exaltado, Gastón Tenebrae se había enterado de que Marya Quinsana mantenía una relación paralela con Mikal Margolis—. Nos estaba enfrentando a todos: a mí, a Mikal y a su hermano Morton, por pura diversión. Le encantaba manipular a la gente. Mikal Margolis siempre fue un chico testarudo y en el amor nunca le fue demasiado bien: tenerme a mí de contrincante fue demasiado para él.

Desconfiado, Mikal Margolis había seguido a Marya Quinsana y a Gastón Tenebrae y los había espiado mientras hacían el amor. Fue entonces cuando empezaron los temblores. En la consulta veterinaria la ira contenida lo hacía estremecer, se le caían los instrumentos y derramaba cosas. La tensión fue en aumento hasta que alcanzó a sentir como le hervía la sangre alrededor de los huesos, igual que el mar al romperse contra las rocas, hasta que algo antiguo e impuro como una úlcera negra estalló en su interior. Encontró a Gastón Tenebrae cerca de las vías del ferrocarril; volvía a su casa andando, después de una cita.

—Levantó del suelo un trozo de riel que estaba junto a las vías, tendría más o menos medio metro de largo, y me golpeó en el costado del cuello. Me partió la espina dorsal. Tuve una muerte instantánea.

El fantasma concluyó su declaración y se lo llevaron en el carrito de ruedas. El juez Dunne expuso sus conclusiones y después de rogarles que fueran objetivos sobre lo que acababan de ver y oír, ordenó a los miembros del jurado que se retiraran para considerar el veredicto. El jurado, reducido a siete miembros, se retiró al BAR/Hotel. Sin ser visto, Morton Quinsana se había escapado durante el testimonio final.

El jurado regresó a las catorce menos catorce.

—¿Cómo consideran ustedes al acusado, culpable o inocente?

—Inocente —respondió Rael Mándela.

—¿Y ése es el veredicto de todos?

—Sí.

El juez absolvió al señor Stalin. Se oyeron vítores y aplausos. Louie Gallacelli fue sacado en andas del Tribunal de Polvodepastel y paseado por el pueblo para que cada cabra, cada gallina y cada llama vieran qué estupendo abogado había producido— Camino Desolación. Genevieve Tenebrae cogió a su hija y se fue a ver a Ed Gallacelli para pedirle el fantasma de su marido.

—¿El conjunto de engramas cronodependientes de la persona almacenados holográficamente en la matriz espacial de tensiones locales? —inquirió el ingeniero Ed—. Claro.

Genevieve Tenebrae se llevó a casa la devanadora de tiempo y la pequeña burbuja azul que contenía a su difunto marido, las colocó sobre un estante y se pasó doce años regañando al fantasma por su infidelidad.

El juez Dunne se retiró a su vagón vestidor y le ordenó a su sirviente personal, una niña xanthiana de ocho años y ojos endrinos, que le aplicara una loción calmante en las almorranas.

El señor Stalin se reunió felizmente con su mujer y el llorica de su hijo adolescente, cuya nariz había producido durante el juicio un torrente de una sustancia brillante y pegajosa. Esa noche, mientras lo celebraban con pavo asado y vino de vainas de guisantes, el talante optimista de los Stalin se vino abajo cuando cuatro hombres armados, vestidos con cuero negro y dorado, derribaron la puerta con las culatas de sus rifles.

—¿Joseph Mencke Stalin? —preguntó el jefe del grupo. Esposa e hijo señalaron simultáneamente al marido y padre. El hombre que había hablado le enseñó una hoja de papel.

—Ésta es la factura por los servicios prestados por el Departamento de Servicios Legales de la Compañía Belén Ares, que incluyen el alquiler de la sala del tribunal, los honorarios legales, la contratación de personal administrativo por dos días, sus salarios, el uso de energía y luz, papeles, honorarios por utilización de archivos de referencia, honorarios del fiscal, honorarios del magistrado, honorarios del juez, comestibles que incluyen varias comidas, unguento para almorranas y clarete, sueldo de la criada del juez, gastos de llegada y partida de la locomotora, seguro de esta última, alquiler de esta última, honorarios de interrogación, honorarios de absolución, impuesto del jurado y compra de un nuevo martillo judicial. Total: tres mil quinientos cuarenta y ocho dólares nuevos con veintiocho centavos.

Los Stalin se quedaron boquiabiertos como patos en una tormenta.

—Pero ya he pagado. Le he pagado a Louie Gallacelli sus veinticinco dólares —balbuceó el señor Stalin.

—Normalmente, los gastos judiciales los paga el culpable —le informó el ujier—. Sin embargo, en caso de fuga del culpable, según el apartado 37, párrafo 16 de la Ley de Aplazamiento de Gastos Judiciales (Tribunales Regionales y Subcontratados), pasan al acusado, en su calidad de cuasi culpable. No obstante, dado que la Compañía es generosa con la gente de pocos recursos, aceptará el pago en metálico o en especie, y le expedirá, si lo solicita, un mandato judicial para la devolución del importe en contra del señor Mikal Margolis, el verdadero culpable.

—Pero no tenemos dinero —suplicó la señora Stalin.

—En metálico o en especie —le recordó el ujier, y entretanto, sus ojos de alguacil iban dividiendo en cuatro la habitación. Su mirada se posó en Johnny Stalin, que sostenía, entre el plato y la boca abierta, un tenedor cargado de pavo helado—. Con él ya basta.

Los tres secuestradores armados marcharon hacia el comedor y levantaron de su silla a Johnny Stalin, que seguía empuñando el tenedor. El ujier garabateó algo en su tabla con sujetapapeles.

—Fírmeme aquí y aquí —le ordenó al señor Stalin—. Muy bien. Aquí tiene... —añadió rasgando un impreso rosa por la línea perforada—, un certificado por la contratación de su hijo en régimen de aprendizaje, a cambio de los gastos judiciales debidos al Tribunal de Polvodepastel, y por un período no inferior a veinte años y no superior a sesenta. Y aquí tiene... —puso una hoja de papel azul en la mano del señor Stalin y prosiguió—: su recibo.

Chillando y llorando como un cerdo atascado, Johnny Stalin, de 8 años 3/4, fue sacado de su casa, conducido por el callejón y subido al tren. Con un rugido potente que rompía los tímpanos, la locomotora encendió sus motores de fusión y se alejó de Camino Desolación. No volvieron a ver al Tribunal de Polvodepastel.

Morton Quinsana regresó al consultorio vacío. Con sus instrumentos odontológicos, sus libros de odontología, sus batas y su sillón de dentista hizo una pila en medio del consultorio y les prendió fuego. Cuando todo quedó reducido a cenizas, sacó un trozo de

cuerda de cáñamo de un armario, hizo un nudo bien fuerte y, en nombre del amor, se colgó de una viga del techo. Sus pies se columpiaron por la pila de cenizas y metal fundido y dejaron dibujadas unas huellas grises en el suelo.

26

Durante casi un año todos los días lo mismo: qué infiel le había sido, cuánto lo había amado ella a él y nada más que a él, por la mente jamás se le había cruzado la idea de fijarse en otro, jamás, ni una sola vez en todos esos años, ni una sola, y mientras ella estaba sentada en casa, adorándolo en el templo de su corazón, ¿qué había hecho él?, pues ya lo sabes tú mejor que yo: eso, con ese pendón, esa mujerzuela mal nacida (ojalá se le pudriera el vientre y los pechos se le marchitaran como berenjenas secas); había tenido nada más ni nada menos que lo que se merecía, sí, se había hecho justicia, todo por traicionar a una esposa amante como ella; y él qué era lo que había hecho, qué había hecho, pues avergonzarla ante todo el pueblo, sí, todo el pueblo, ya no podría caminar con la cabeza erguida, orgullosa y digna, se veía obligada a ocultarse de la gente, que al verla pasar murmuraba «ahí va, mírala, la pobre cornuda y ella sin enterarse»; pues bien, ahora todo el mundo estaba enterado gracias a él, gracias a la bondad de su corazón, gracias a sus maravillosas intenciones de librar a ese Stalin de la horca, su propio rival, nada menos que su enemigo; mucho había pensado él en rivales y enemigos, pero ¿acaso le había dedicado un solo pensamiento a las pobres esposas devotas, las que aman con un amor incomparable?, y qué había hecho él con ese amor, ¿eh?, ¿qué había hecho él?, pues derrocharlo con una alcahueta barata que no estaba blablablablabla como ella de tanto tener que levantarse al alba para encender el fuego y no parar hasta que se iba a la cama al anochecer. Estaba a la vista cómo, de tanto regañarlo, se había vuelto fea en cuerpo y alma y por eso la odiaba, detestaba la malicia que la impulsaba a regañarlo por toda la eternidad en el seno del Panarcos, la detestaba y por eso había decidido castigarla, y para castigarla, un día se puso a silbar y a llamar a su hija hasta que la chica dejó el libro y aplastó la cara contra la burbuja azul, entonces le preguntó:

—Arnie, hija mía, ¿alguna vez te has preguntado de dónde vienes?

—¿Te refieres al sexo y a todo eso? —le contestó Arnie, apretando los labios contra el azulado campo de fuerza.

—No, no —dijo él—. Me refiero a ti, personalmente, porque ¿sabes qué ocurre, Arnie?, yo no soy tu padre.

Entonces le contó todo lo que había aprendido de su roce con la Omnisciencia Panárquica, cómo una mujer había robado un bebé a una anciana sin hijos y cómo esa mujer deseaba ese bebé más que nada en el mundo visible o invisible, y cómo se lo había hecho meter en el vientre para llevarlo como si fuera suyo hasta su nacimiento, y después de contarle todo esto, le pidió:

—Ahora vete al espejo, Arnie, y pregúntate si de veras te pareces a los Tenebrae o si te pareces a un Mándela, porque eso es lo que eres; hermana de Rael y tía de Limaal y Taasmin.

Cuando la muchacha fue al espejo de su habitación y él la oyó sollozar, se sintió satisfecho, porque había sembrado las semillas de la destrucción de su esposa en aquella niña, que no era ni nunca había sido la hija de su corazón, y fue tal su regocijo maligno que dio unas cuantas volteretas de deleite en su trémula burbuja azulada.

27

Se llamaba Carambola O'Rourke. Tenía los dientes empastados con diamantes y un taco de billar con incrustaciones de oro. Su traje era de la más fina organza de seda y sus zapatos, de cuero de Cristadelfia. Se había puesto diversos mote grandilocuentes: «el campeón del mundo», «el sultán de los billares», «maestro del tapete verde», «el jugador de billar más grandioso que el universo haya conocido jamás», pero en realidad era una estrella venida a menos y todo el mundo lo sabía, porque un hombre que fuera todas esas cosas que él proclamaba ser, no estaría jugando por un bote de diez dólares en la sala de billares del BAR/Hotel. No obstante, aunque bastante deslucida, su estrella brillaba más que la de cualquiera de los otros jugadores de billar de Camino Desolación y ya había amasado una considerable pila de billetes cuando preguntó si había algún otro desafiante.

—Yo conozco uno —contestó Persis Jirones—, si es que no se ha ido ya a la cama. ¿Alguien ha visto a Limaal?

Un manchón oscuro se separó de la mesa más oscura del rincón más oscuro y, desenroscándose, se acercó a la mesa de billar. Carambola O'Rourke contempló a su contrincante. Calculó que se encontraría entre los nueve y los diez años, esa barrera indefinible y dolorosa que separa la niñez de la edad viril. Joven, confiado; mira cómo se guarda la tiza del taco en el bolsillo del chaleco. ¿Qué será de mayor: valiente triturador o maestro de la táctica, príncipe de los alfareros o rey de la guerra psíquica?

—¿Cuánto apostamos? —preguntó.

—¿Cuánto quieres apostar?

—¿Todo el fajo?

—Creo que estaremos a la altura.

Todas las cabezas del bar asintieron. Daba la impresión de que sonreían. Sobre el mostrador se formó una pila de billetes de diez dólares.

—¿Echamos a suertes quién juega primero?

—Cara.

—Cruz. Juego yo.

¿De dónde habría sacado tanta seguridad en sí mismo un niño-hombre de nueve años? Carambola O'Rourke observó como su contrincante se inclinaba sobre el taco.

«Es como una serpiente —pensó el buscavidas—, delgado y elegante. Pero creo que podré vencerlo.»

Y jugó con todas sus fuerzas e hiló el hilo de su habilidad tan fino que dio la impresión de que iba a romperse, pero el muchacho delgado, de ojos hundidos, debía de sacar fuerzas de la oscuridad, porque cada una de sus jugadas era estudiada y ejecutada con el mismo cuidado que la anterior. Jugó con una consistencia letal que fue desgastando a Carambola O'Rourke como una rueda de molino. El viejo buscavidas jugó cinco triángulos contra el chico. Al final del quinto estaba cansado y decaído pero el muchacho estaba fresco y despierto como cuando habían colocado el primero. Se apartó para admirar abiertamente la habilidad del muchacho y cuando la última negra le dio al chico su victoria por tres a dos, el profesional fue el primero en felicitarlo.

—Hijo, tienes talento. Verdadero talento. No me importa perder cien dólares ante un contrincante como tú. Ha sido una gloria contemplarte. Pero deja que te haga un favor. Voy a predecirte el futuro.

—¿Predices el futuro?

—Con la mesa y las bolas de billar. ¿No lo habías visto nunca?

Carambola O'Rourke sacó de su maleta un ancho rollo de negro tapete y lo desplegó sobre la mesa. El tapete estaba dividido en secciones, cada una llevaba marcados símbolos arcanos y nombres extraños en letras doradas: «Invisible a sí mismo», «Cambios y Transformaciones», «Vastedad», «Detrás de él», «Ante él», «Más allá de él». Carambola O'Rourke formó un triángulo de bolas multicolores y colocó la blanca en un lugar dorado sobre el que aparecía escrito «Porvenir».

—Las reglas son simples. Has de darle al grupo con la bola del taco. Tú decides desde qué lado, en qué ángulo, con qué fuerza, con qué desviación, y la forma en que queden dispersas me permitirá interpretar tu futuro. —El muchachito delgado cogió el taco y lo repasó con un trapo—. Un consejo. Juegas con la cabeza; probablemente ya habrás pensado dónde quieres poner las bolas. Si lo haces así, no funcionará. Has de apagar la mente y dejar que el corazón decida.

El muchacho asintió. Miró a lo largo del taco. Un chisporroteo repentino de oscura energía hizo que todos se estremecieran y la bola del taco tocó el grupo de bolas de colores y las separó. Durante un segundo la mesa se convirtió en una pesadilla cuántica de esferas rebotantes.

Luego, volvió a reinar la calma. Carambola O'Rourke caminó alrededor de la mesa tarareando y carraspeando.

—Interesante. Nunca había visto nada así. Fíjate. La bola anaranjada, los Viajes, descansa en Hallazgo Dorado, junto a la bola del Corazón Escarlata, que también está en Hallazgo Dorado y en la Mansión de Dios. Pronto te marcharás de aquí, si he de guiarme por lo que indica la bola de la Fugacidad; tendrás a alguien a quien amar que encontrarás en este lugar de fama y fortuna, pero que no será de él. Pero aquí viene la mejor parte. ¿Ves la bola turquesa? Es la Ambición; descansa en la banda de la Lucha, junto a la bola gris, que es la Oscuridad. Esto lo interpreto como que vas a entrar en conflicto con una poderosa fuerza de la oscuridad, posiblemente el Destructor en persona.

De repente, en el BAR/Hotel hizo mucho frío. Limaal Mándela sonrió y preguntó:

—¿Voy a ganar?

—Tu bola está cerca de la banda. Vas a ganar. Pero fíjate en eso, la bola blanca, la del Amor, no se ha movido del punto de inicio. Y la bola de las Respuestas, la color verde lima, se encuentra en el Gran Círculo, mientras que la purpúrea, la de las Preguntas, se encuentra en Cambios y Transformaciones. Te marcharás de aquí a buscar respuestas a tus interrogantes, las encontrarás sólo cuando vuelvas a casa, donde está tu corazón.

—¿Mi corazón? ¿En este lugar?

La risa de Limaal Mándela sonó desagradable, demasiado vieja para un muchacho de nueve años.

—Es lo que las bolas dicen.

—Dime, viejo, ¿acaso te dicen las bolas cuándo morirá Limaal Mándela?

—Fíjate en la bola negra de la Muerte. Ya ves que está junto a la Esperanza, en la línea entre la Palabra y la Oscuridad. Entablarás tu peor batalla en el lugar donde está tu corazón y, al ganarla, lo perderás todo.

Limaal Mándela volvió a reír. Se agarró el corazón.

—El corazón, viejo, lo llevo en el pecho. Es el único lugar donde está mi corazón. En mí.

—Es una verdad como un templo.

Limaal Mándela hizo rodar la negra bola de la Muerte con la punta del índice.

—Todos hemos de morir y nadie puede escoger ni el momento, ni el lugar, ni la forma. Gracias por haberme adivinado el futuro, señor O'Rourke, pero quiero construirme mi propio futuro con estas bolas. El billar es un juego para racionalistas, no para místicos. ¿No te parece un pensamiento profundo para un chico de nueve años? Has jugado bien,

O'Rourke, has sido el mejor. Pero hace rato que este chico de nueve años debía haberse ido a la cama.

Se marchó y Carambola O'Rourke recogió sus bolas mágicas y su tapete para predecir el futuro.

A partir de aquella noche, Limaal Mándela se convenció de su grandeza. Aunque su racionalismo no le permitía aceptar el generoso oráculo de las bolas, con el corazón había visto su nombre escrito en las estrellas y comenzó a jugar no por amor o dinero sino por el poder. Su grandeza se veía reforzada cada vez que aplastaba a algún geólogo, geofísico,

botánico, patólogo de plantas, ingeniero de suelos o meteorólogo que pasaba por allí. El dinero de las apuestas no significaba nada para él, lo utilizaba para invitar a copas a los parroquianos. El nombre de Limaal Mándela se fue haciendo famoso, junto con la leyenda del chico de Camino Desolación, que era imbatible siempre y cuando no saliera de su pueblo natal. No escaseaban los jóvenes cazadores de cabezas ansiosos por contradecir la leyenda: su derrota no hizo más que reforzarla. Igual que los planetas que se precipitaban en las pesadillas de su niñez, las bolas rodantes aplastaban a todos los contrincantes de Limaal Mándela.

En algún momento de las primeras horas de la mañana de su décimo aniversario, su mayoría de edad, cuando ya había echado la manta sobre otra victoria en el billar y las sillas estaban patas arriba sobre las mesas, Limaal Mándela fue a ver a Persis Jirones.

—Quiero algo más —le decía mientras ella iba lavando copas—. Tiene que haber algo más en alguna parte fuera de aquí, donde las luces son brillantes y la música suena fuerte y el mundo no se cierra a las tres menos tres. Y lo quiero. Dios mío, es lo que más quiero. Quiero ver ese mundo, quiero que se entere de lo bueno que soy. Allá afuera, allá arriba, hay gente que le va dando a los mundos como si fueran bolas de billar, quiero enfrentarme a ellos, quiero comparar mi habilidad con las tuyas, quiero marcharme de aquí.

Persis Jirones dejó la copa que estaba lavando y durante un rato largo se quedó mirando la mañana. Recordaba lo que se sentía al estar atrapada en un lugar pequeño y confuso.

—Lo sé. Lo sé. Pero escucha lo que voy a decirte, escúchame para variar. Hoy te has convertido en un hombre y eres dueño de tu propio destino. Decide tú qué será, adonde te conducirá. Limaal, el mundo puede adquirir la forma que tú desees.

—¿Quieres decirme que me vaya?

—Vete. Vete ahora mismo, antes de que cambies de parecer, antes de que pierdas el valor. Dios mío, ojalá tuviera el coraje y la libertad para acompañarte.

Los ojos de la cantinera se llenaron de lágrimas.

Esa mañana, Limaal Mándela guardó su ropa en una mochila pequeña, metió en un zapato ocho dólares que había ahorrado de su asignación y deslizó dos tacos en un maletín especial. Escribió una nota para sus padres y, sigilosamente, entró en su habitación para dejársela junto a la cama. No les pedía que lo perdonasen, sino que lo entendieran. Vio los regalos que sus padres iban a hacerle para su cumpleaños y vaciló. Respiró profundamente, sin hacer ruido, y se marchó para siempre. Esperó en medio del frío escarchado bajo el cielo tachonado de brillantes estrellas a que pasara el tren correo nocturno con destino a Belladonna. Al amanecer, había recorrido ya medio continente.

Nunca se lavaba. Nunca se cortaba el pelo. Las uñas de las manos y las de los pies se le enroscaban de tan largas, y el pelo le colgaba hasta la cintura, apilotonado en espesas trenzas grasientas. Una legión de parásitos encontraban allí refugio, así como en el vello de su entrepierna y en las matas pegajosas de sudor de sus sobacos. Tenía comezón y supuraba pero nunca se rascaba. Porque rascarse habría sido como rendirse al cuerpo.

Había iniciado la guerra contra su cuerpo el día de su décimo cumpleaños. El día en que Limaal se había marchado. El taco de arce que su padre había cepillado con sus propias manos estaba envuelto, junto a la mesa de la cocina. Cuando cayó la noche y resultó evidente que Limaal no regresaría, lo guardaron en un armario, lo cerraron con llave y se olvidaron de él. Entonces, Taasmin subió sola hasta las piedras rojas del borde para volver a contemplar la forma del mundo. Se quedó de pie ante el Gran Desierto y dejó que el viento la azotara, intentaba aprender de él qué significaba ser mujer. El viento

que jamás dejaba de soplar, tironeaba de ella como si fuese una cometa a la que se remonta hacia los cielos.

Comprendió que aquello le encantaría. Le encantaría que el viento espiritual se la llevara lejos como una bolsa de papel, un pedazo de desecho humano al que haría subir y subir, alejándolo de la tierra seca, sequísima, ardiente, para acercarlo a un cielo lleno de seres angelicales y trozos de equipos de ingeniería orbital. Se sintió navegar, elevarse ante el Diosviento y, aterrada, llamó a su hermano con su voz interior, pero aquella intimidad había desaparecido, se había estirado estirado hasta romperse, disiparse y desaparecer. Los gemelos estaban desequilibrados. El misticismo de uno ya no regía el racionalismo del otro: como máquinas incontroladas volaban en el espacio, alejándose. El misticismo incontrolado se precipitó en el vacío de la mente de Taasmin, que había ocupado su hermano, y la transformó en una criatura de luz purísima, en luz blanca, brillante y eterna que manaba hacia el cielo.

—Luz —susurró—, todos somos luz, de luz, y a la luz regresamos.

Abrió los ojos y contempló el degradante desierto rojo y el horrible pueblecito agazapado a su lado. Contempló su propio cuerpo de mujer recién retoñada y detestó sus elegantes redondeces y su suavidad muscular. Sus interminables apetencias, sus insaciables apetitos; le disgustaba la ciega desconsideración de su cuerpo por nada que no fuera él mismo.

Taasmin Mándela tuvo entonces la impresión de que oía una voz en el viento que le llegaba desde muy, muy lejos, del otro lado del mundo, del otro lado del tiempo y que le gritaba:

—¡La mortificación de la carne! ¡La mortificación de la carne!

Taasmin Mándela se hizo eco de aquel grito y le declaró la guerra a su cuerpo y a las cosas materiales del mundo. En ese mismo momento y en aquel mismo lugar se quitó la ropa, finamente tejida por Eva Mándela en el telar de su devoción. Caminaba descalza, incluso cuando la lluvia convertía los prados en un líquido mugriento o cuando la escarcha mordisqueaba la tierra. Bebía agua de lluvia de un barril, comía verduras llenas de tierra que arrancaba del huerto, y dormía al raso bajo los álamos, en compañía de las llamas. Al mediodía, cuando los demás ciudadanos disfrutaban de la siesta religiosa, ella se acuciaba sobre las piedras ardientes de Punta Desolación, sumergida en la plegaria, sin percatarse del sol que le bronceaba la piel hasta convertirla en cuero o le desteñía el pelo hasta dejarlo color hueso. Meditaba sobre la vida de Catalina de Tharsis, cuya búsqueda de la espiritualidad en una era pagana la había impulsado a despojarse de su humanidad carnal para fundir su alma con la de las máquinas que construían el mundo.

La mortificación de la carne.

Taasmin Mándela trascendió toda humanidad. Sus padres no podían tocarla; los intentos de Dominic Frontera por imponerle la modestia en el vestir fueron pasados por alto. Sólo importaba la sinfonía interior, la cascada de voces santas que le indicaban el camino hacia las puertas del cielo a través del velo de la carne. Ése era el camino que había recorrido antes que ella la Santísima Señora, y si para recorrerlo debía ganarse las miradas de disgusto de quienes iban llegando a Camino Desolación, de los granjeros, tenderos, mecánicos y empleados del ferrocarril, entonces era el precio que debía pagar. Aquellas caras nuevas que venían de Montehierro y Llangonnedd, de Nueva Merionedd y del Gran Valle la encontraban fea; y así lo manifestaban en voz baja y a sus espaldas. Pero ella se veía inefablemente hermosa, hermosa de espíritu.

Un día, en el mes de julio, cuando el sol del verano estaba en lo alto del cielo y el calor del mediodía partía las piedras y destrozaba las tejas, Dominic Frontera se acercó acalorado y sudoroso hasta Taasmin Mándela, encaramada cual pájaro coriáceo en lo alto de las rocas rojas del borde.

—Esto no puede continuar así —le dijo—. El pueblo crece, cada día llega gente nueva: los Mercanciani, las hermanas Pentecostés, los Chung, los Axamenides, los Smith. ¿Qué

van a pensar de este pueblo, un pueblo donde las niñas... las mujeres vagan por ahí todo el día desnudas y apestando a revolcadero de cerdos? Esto no puede ser, Taasmin.

Taasmin Mándela se quedó mirando fijamente el horizonte, con los ojos entrecerrados por la luz deslumbrante.

—Hemos de hacer algo. ¿De acuerdo? Bien. Qué te parece si te llevo de vuelta con tus padres, o si no quieres, Ruthie cuidará de ti, te bañas, te arreglas y te pones ropa bonita, ¿eh? ¿Qué te parece?

Una ráfaga de viento llevó hasta Dominic Frontera un soplo fétido. Boqueó.

—Taasmin, Camino Desolación ya no es lo que era, y no podemos volver a lo que era. Está creciendo, pronto cumplirá la Decimocuarta Década. No podemos aceptar ciertos comportamientos. ¿Vienes o no vienes?

Sin apartar la vista del horizonte, Taasmin Mándela contestó:

—No.

Llevaba cincuenta y cinco días sin pronunciar palabra y haber pronunciado aquella la disgustaba. Dominic Frontera se incorporó, se encogió de hombros y bajó del borde de las rocas para dormir lo que le quedaba de siesta. Esa misma noche, Taasmin Mándela se alejó de la gente de la XIII Década y vagó por los acantilados hasta que encontró una cueva donde el agua manaba desde el océano subterráneo. Allí pasó noventa días; durante el día dormía y oraba, y por las noches, recorría los doce kilómetros que la separaban de Camino Desolación, donde robaba en los huertos de los ciudadanos de la XIII Década. Cuando empezaron a aparecer perros y escopetas, sintió la llamada divina que la impulsó a alejarse más, y una mañana brillante anduvo y anduvo por el Gran Desierto, anduvo y anduvo hasta salir del desierto de arena roja y entrar en el desierto de piedra roja. Allí encontró una columna de piedra en la que clavarse, una aguja de piedra en la que empalarse. Esa noche durmió al pie de la columna de piedra que indicaba su camino hacia los Cinco Cielos y cuando tuvo sed, se lamió el rocío que se había depositado sobre su cuerpo desnudo. Desde el amanecer hasta el anochecer de aquel día, subió por la columna de piedra, delgada y ágil como una lagartija desértica. Las uñas rotas, los dedos lastimados, los pies ampollados, la carne destrozada: todo aquello significaba bien poco para ella, igual que el hambre de su estómago; eran todas pequeñas y hermosas mortificaciones, diminutas victorias sobre la carne. Durante tres días permaneció sentada, con las piernas cruzadas, en lo alto de la roja columna de piedra, no durmió, ni comió, ni bebió, ni realizó el más mínimo movimiento, haciendo caso omiso de los gritos de su cuerpo. En la mañana del cuarto día, Taasmin Mándela se movió. Durante la larguísima noche soñó que se había convertido en piedra, pero por la mañana se movió. No había sido un gran movimiento, apenas un girar de los secos ojos para contemplar una nube que asomaba por el sur, una nube negra y solitaria surcada de relámpagos. De esa nube salió un sonido como el de un enjambre de abejas enfurecidas. A medida que se fue acercando, Taasmin Mándela vio que se componía de muchas pequeñas partículas en desesperado movimiento, en realidad, como un enjambre de insectos. La nube se acercó más, y más, y asombrada (porque Taasmin Mándela todavía era remotamente capaz de sentir alguna emoción humana), vio que la nube estaba formada por miles y miles de seres angelicales que se abrían paso santamente por el aire. Se parecían al ángel que Rajandra Das había liberado de la Feria Ambulante de Adam Black, sostenidos en vuelo por una impresionante diversidad de alas, cohetes, palas, superficies sustentadoras, hélices, globos, rotores y reactores. La multitud de ángeles se acercó a ella desde el sur; eran tantos que podían haber alcanzado la tropopausa y volver a desfilar hacia abajo. De la nube zumbante surgió un voluminoso dispositivo, una especie de caja voladora de un kilómetro de largo, que brillaba con destellos azules y plateados. Por su peculiar construcción, le recordó a Taasmin los dibujos de los rikshas y los autocares que había visto en los libros ilustrados de su madre. En su proa roma se veía la sonrisa de cromo de un enrejado que llevaba el nombre de «Plymouth» escrito en letras

tan altas como Taasmin Mándela. Debajo del enrejado aparecía un escudo rectangular, azul brillante, con esta leyenda en letras amarillas:

ESTADO DE BARSOOM STA. CATI

El Plymouth Azul se detuvo encima de la columna de piedra y mientras Taasmin intentaba adivinar su posible función (instalaciones de ingeniería de ROTECH, carro celestial, mercado volador, espejismo del sol y la piedra) un coro de ángeles se acercó a ella y, acompañándose de cítara, serpentón, ocarina, cuerno y estratomodulador, cantó:

Du wop a bi bop
Shubi—dubi du
Du wop shouadi—shouadi
A—bop bam bu
Bi—bop a lula
Shibob shubi—du
Re bob a lula
Bibop bam bu

Un ángel solitario se separó del coro celestial y descendió valiéndose de sus aspas de helicóptero hasta quedar cara a cara con Taasmin Mándela.

Oh hermosa y bendita mortal, estas nuevas recibe: Disponte a dar la bienvenida a una Santa, Nuestra Santa, Nuestra bendita Señora, La de Tharsis. ¡Contempla el Advenimiento de la Santísima Cati!

Esto declamó en perfectos pentámetros yámbicos. Unas palas de contrarrotación se llevaron al ángel cielo arriba. El Gran Plymouth Azul ejecutó una melodía muy, muy antigua llamada «Dicksee» en su quinteto de cuernos y desplegó una rampa de acceso. Una mujer pequeña, con el pelo corto, ataviada con un fulgurante traje—película blanco, bajó por la rampa y se dirigió hacia Taasmin Mándela con los brazos tendidos, símbolo universal de la bienvenida.

29

Al ver por primera vez la ciudad de Kershaw, capital de la Compañía Belén Ares, Johnny Stalin no alcanzó a comprender del todo lo que veía. Desde el punto de vista de la sala de guardia de un tren que traqueteaba a través de una hilera de colinas color pizarra y herrumbre, a él le parecía que estaba viendo un cubo, negro como sus párpados cerrados, en cuyos bordes extremos se leían las palabras COMPAÑÍA BELÉN ARES COMPAÑÍA BELÉN ARES COMPAÑÍA BELÉN ARES escritas en oro. Con todo, no lograba otorgarle ninguna proporción al cubo, porque se alzaba en medio de una charca de agua sucia que le robaba todo sentido de la perspectiva. Entonces vio las nubes. Eran cúmulos de un color blanco sucio, como algodón manchado, que cubrían tres cuartas partes de la cara del cubo. Johnny Stalin se dio media vuelta y se apartó de la ventana para ocultarse de aquello que acababa de contemplar.

El cubo debía de tener casi tres kilómetros de lado.

El mundo adquiría ya sus proporciones adecuadas: las colinas lucían una costra de altos hornos y fundiciones, la charca no era una charca sino un enorme lago en cuyo centro se erigía Kershaw. Una horrible fascinación lo atrajo nuevamente al paisaje exterior. Se dio cuenta entonces de que los hilos finísimos que ataban el cubo a las orillas del lago eran anchos terraplenes de tierra, lo bastante anchos como para permitir el paso de vías férreas gemelas, y lo que había tomado por pájaros en vuelo rasante sobre las caras del cubo eran helicópteros y dirigibles.

El Tribunal de Polvodepastel entró traqueteando por uno de los terraplenes. A su lado, los orgullosos expresos negros y dorados pasaban como balas haciendo bambolear el tren con sus ondas de presión. Tras su estela de humo, por primera vez Johnny Stalin logró ver de cerca el lago. Aparecía lleno de desechos aceitosos, burbujeaba levemente y soltaba un suave vapor. En su superficie aparecían manchas de color amarillo cromo y rojo herrumbre, a lo lejos, un geiser de petróleo escupía mugre negra, y una parte del lago, del tamaño de un pueblecito, estalló desperdigando borbotones amarillo azufre y cascadas de barro ácido en cien metros a la redonda. A menos de medio kilómetro del terraplén un enorme objeto rosado y ceroso se elevó de los espumarajos de burbujas polimerizadas, un artefacto complejo con chapiteles y celosías como una catedral volcada, que se derrumbaba perpetuamente hasta desaparecer bajo su propio peso.

Johnny Stalin sollozó atemorizado. No lograba entender aquel lugar infernal. Divisó entonces algo que parecía una figura humana, extrañamente vestida, que recorría la costa más alejada del lago. La visión de un elemento humano en medio de aquel salvajismo químico lo alegró. No sabía y poco le importaba que aquella era la figura de un Accionista de la Ciudad de Kershaw que paseaba por las agradables playas de Syss, el lago envenenado, equipado con un colosal respirador y un traje aislante. Los colores prismáticos del lago y su espejeo de arco iris, sus géiseres, erupciones y acreciones espontáneas de polímeros eran muy apreciadas por los Accionistas de Kershaw: el aire melancólico de la Bahía Sepia, adecuadamente filtrado por un respirador y vuelto a inspirar, era lo más adecuado para provocar reflexiones sobre el amor y el amor perdido; Bahía Verde, rica en nitratos de cobre, fomentaba la tranquilidad de pensamiento y la serenidad necesarias para la toma de decisiones empresariales; la nauseabunda y pútrida Bahía Amarilla, impregnada de mortalidad, era el sitio preferido de los suicidas; Bahía Azul, pensativa y meditabunda; Bahía Roja, agresiva y dinámica, amadísima por los Niveles de Jóvenes Ejecutivos. Los ejecutivos que se paseaban por las herrumbradas playas presenciaron el regreso del Tribunal de Polvodepastel, vieron como el extraño quimioide polimérico se elevaba del caldo químico y parloteaba con entusiasmo a través de sus micrófonos. Los fenómenos como aquél eran considerados un buen augurio que otorgaba a quien los contemplara suerte en el amor, éxito en los negocios y buenos presagios. Para el viajero que llegaba a Kershaw eran una predicción de fortuna extrema. Johnny Stalin, que durante ocho días había permanecido encerrado bajo llave en el interior de la sala de guardia, nada sabía de presagios y predicciones. No sabía absolutamente nada de la Compañía Belén Ares. No tardaría en aprender.

—Accionista 703286543 —le dijeron—. No lo olvides. 703286543.

Le habría resultado difícil olvidarlo. Lo llevaba impreso en el distintivo de plástico que le habían dado, en el traje de papel de una sola pieza que le habían dado, en la puerta de la habitación que le habían dado; aparecía sellado en cada objeto de la diminuta habitación sin ventanas: en la mesa, en la silla, en la cama, en la lámpara, en las toallas, en el jabón, en el ejemplar de Hacia un nuevo feudalismo que estaba debajo de la almohada, que también lo llevaba: Accionista 703286543. Cada mañana, cuando pasaba lista en el corredor, la gorda vestida con el traje de papel típico de los jóvenes ejecutivos gritaba «Accionista 703286543» y cada mañana, Johnny Stalin levantaba la mano y gritaba «Presente». Venía justo después del Accionista 703286542 y justo antes del Accionista 703286544, y aprendió dónde colocarse en la fila por el número, no por la cara. Después de pasar lista, la gorda leía un párrafo de Hacia un nuevo feudalismo, soltaba una breve homilía sobre las virtudes del feudalismo industrial y anunciaba las cuotas de producción del día, que los Accionistas debían repetir en voz bien alta mientras realizaban cuarenta planchas, cuarenta flexiones y corrían en el sitio al son de una música más bien marcial que sonaba a todo volumen por los altavoces. Luego se quitaban los gorros de papel, los sujetaban sobre el corazón y cantaban el himno de la Compañía. Mientras el Turno C marchaba corredor abajo hacia el autobús gravitatorio, la gorda gritaba a voz en cuello el

estado de las acciones de la Compañía en los mercados mundiales. Una de las políticas de la empresa establecía que todos los Accionistas debían experimentar una satisfacción personal por su minúscula contribución a la Compañía Belén Ares. La gorda comprobaba que todos los componentes del Turno C subieran al autobús gravitatorio, Accionista blablabla, Accionista blablabla, Accionista blablabla. Las puertas se cerraban y el autobús gravitatorio salía disparado hacia—rribahaciabajohaciadelantehacialaderechaylaizquierda y el Accionista 703286543 hacía desternillar de risa a sus compañeros de turno con su imitación de la gorda venga blablablabla. Con un bandazo que enviaba a todos contra todos, el autobús gravitatorio llegaba a su destino, las puertas se abrían con estrépito y las risas y las sonrisas se apagaban como los programas nocturnos de la radio y el Turno C marchaba hacia la fábrica.

Las máquinas también iban numeradas: la máquina número 703286543 estaba sobre la cinta transportadora entre la máquina 703286542 y la máquina 703286544. Los Accionistas ocupaban sus posiciones y cuando sonaba el timbre, se abría la puerta trampilla del final de la cinta transportadora y las piezas empezaban a bajar por la serpenteante cadena de montaje. Desde las 09:00 hasta las 11:00 horas (cuando hacían una pausa para el té) y de las 11:15 hasta las 13:00 (la hora del almuerzo), el Accionista 703286543 tomaba una pieza de plástico con ligera forma de oreja humana y una pieza de plástico con la forma de una P ornamentada y las termosoldaba con su máquina selladora. Desde las 13:30 hasta las 16:30 horas soldaba más orejas y letras P y entonces, el Turno C volvía a fichar y salía de la fábrica para cruzarse con el Turno A que entraba. Volvían a subir al autobús gravitatorio, volvían a ir de aquí para allá y de allá para aquí y entonces, los Accionistas del Turno C regresaban a los corredores familiares. Seguía una hora y pico de ruidosas bromas en la casa de baños, después cenaban en el refectorio (tan parecido al refectorio de la fábrica que el Accionista 703286543 a veces se preguntaba si no sería el mismo), después de lo cual, los cama—radas del Turno C se iban a un bar donde acumulaban unas cuentas fenomenales porque se compraban ridículos polos de daiquiri y bebidas hechas principalmente con puré de moras. Los lunes, miércoles y viernes iban al bar. Los martes y los jueves iban a ver una película o un espectáculo en vivo, y los sábados iban a bailar, porque el Palais De Danse era el único lugar donde podían conocer chicas. El Accionista 703286543 era demasiado bajito y demasiado jovencito para disfrutar del baile. Sus dientes quedaban incómodamente ubicados a la altura de los pezones de sus parejas de baile, pero le gustaba la música, sobre todo la nueva, de un tipo llamado Glen Miller. Buddy Mercx también era bueno. Los domingos iban al Bulevar de los Milagros y por la noche, todo el mundo acudía al relaxarium de la Compañía, donde el joven Accionista aprendió, mucho antes de lo debido, todo lo que había que aprender sobre Diversiones Masculinas.

«El chico es demasiado joven para esto», decían sus camaradas, pero se lo llevaban semana tras semana porque de haberlo excluido habrían destruido la solidaridad del turno. La solidaridad del turno era la luz guía en la vida de la unidad de montaje. O estabas con tus colegas o no estabas. Eso fue antes de que Johnny Stalin se enterara de lo que era el buzón de sugerencias atigrado.

Johnny Stalin aprendió mucho en los primeros meses que estuvo en la compañía. Aprendió a hacer una reverencia ante el director y a hacer muecas a sus espaldas. Aprendió a satisfacer a todos al tiempo que se satisfacía a sí mismo. Aprendió las involuciones de la pseudociencia llamada economía, y sus leyes espurias, y galanteó con el idiota y bastardo de su hijo: el feudalismo industrial. Por las noches bebía y bromeaba con los muchachos y durante el día soldaba piezas de plástico con forma de oreja a piezas de plástico con forma de P y se las pasaba al Accionista 703286544, que las soldaba a una pieza de plástico con forma de hombre gordo. Las semanas y los meses transcurrían monótonos e informes como pañuelos de papel extraídos de una caja hasta que un día, cuando se encontraba en plena operación de soldadura, Johnny Stalin se dio

cuenta de que no tenía idea de adonde iban las piezas de plástico con forma de P, las orejas y los hombres gordos, ni qué formaban.

Se había pasado doce meses soldando dos piezas de plástico y ya era hora de que supiera el porqué. Por la noche, mientras soñaba en su cama numerada, a su alrededor se desparramaban moldes de plástico y se fundían para formar inmensas montañas de plástico que, a su vez, pasaban a formar cordilleras de plástico, continentes de plástico, aplastantes lunas de plástico en cuyo centro había una pieza de plástico con forma de oreja, soldada a otra pieza de plástico con forma de letra P.

Un día, simuló una leve diarrea, se disculpó para no fichar a la salida de su turno y se ocultó en el lavabo hasta que el autobús gravitatorio hubo subido a bandazos por su pista. Sigilosamente traspuso las puertas giratorias, se paseó junto a los silenciosos Accionistas y llegó al comienzo de la cadena, por donde salían las piezas de la pared, y se embarcó en su viaje de ensamblado. Siguió la sinuosa cadena de montaje, espiando por encima de los hombros de los Accionistas mientras éstos soldaban, atornillaban pomos, encajaban fundas y envolturas, fijaban piezas electrónicas y ajustaban terminaciones. Concentrados en los asuntos empresariales, la mayoría ni se percataba de su presencia; a los pocos que le lanzaban una mirada interrogante, el Accionista 703286543 les decía adoptando su mejor expresión empresarial (perfeccionada durante meses de práctica) y tono de capataz: «Muy bien, muy bien, sigue así». Comenzaba a deducir qué era aquel dispositivo: una combinación de radio, tetera y lámpara de mesilla de noche, sin duda un objeto bastante útil, aunque no lograba descifrar en qué contribuían su oreja de plástico y su letra P. Al final de la cadena de montaje, las radioteteralámparas pasaban por una ranura en la pared y desaparecían. Junto a la cinta transportadora había una puerta con el letrero «Exclusivo Directivos». Johnny Stalin abrió la puerta de un empujón y se encontró en un corto pasillo al final del cual había otra puerta con el letrero «Exclusivo Directivos». A su lado, las radioteteralámparas continuaban avanzando por la cinta transportadora hacia otra ranura en la pared. Johnny Stalin abrió la segunda puerta con el letrero «Exclusivo Directivos» y se encontró en una sala tan parecida a la que acababa de abandonar que por un momento pensó que se había equivocado de puerta. Miró con más atención y se dio cuenta de que todo era completamente diferente. Las radioteteralámparas salían de la pared y pasaban por una línea de montaje en la que los Accionistas de la Compañía, vestidos con monos de papel y distintivos identificadores de plástico, las separaban pieza por pieza. Una línea de desmontaje, de desproducción. Alelado por la sorpresa, Johnny Stalin buscó el punto de la línea donde su contrafigura colocaba la oreja de plástico y la letra P debajo de un haz radioeléctrico que rompía los enlaces que las mantenían unidas. El número de ese Accionista era el 345682307. Al final de la cadena, en la posición 215682307, un torrente de piezas de plástico y cromo pasaban a través de una ranura en la pared junto a la cual había una puerta con el letrero «Exclusivo Directivos».

Esa noche, mientras bebía gaseosas en el bar, el Accionista 703286543 escribió esta nota en una hojita de papel:

«Para mejorar la relación producto comercializable/ cuotas de unidad de trabajo, sugiero que investiguen y posteriormente cierren todas las cadenas de montaje del producto 34216. Atentamente, Accionista 703286543, Sr. D. J. Stalin.»

A la mañana siguiente, dejó caer su pequeño obús en el buzón de rayas negras y amarillas con el letrero «Sugerencias».

Al cabo de dos semanas, los miembros del Turno C fueron trasladados a otras cadenas de montaje. Johnny Stalin sonrió para sí al pensar en los hombres grises, con trajes grises, que descubrían horrorizados la abominación económica que representaba una fábrica que construía y desmantelaba sin parar el mismo artículo por los siglos de los siglos. Cuando se hubo llevado a cabo la reestructuración, el Accionista 703286543 se encontró en una nueva sala de un nuevo corredor, trabajando en una cadena nueva con

un porcentaje de créditos también nuevo. Se compró una pequeña radio, así, los domingos por la tarde, en su habitación, podría escuchar la New Big Band Hour. Le encantaba la música nueva; Hamilton Bohannon, Buddy Mercx, Jimmy Chung, y el más grande entre los grandes, Glen Miller. Se podía permitir el lujo de comprar a los vendedores ambulantes del Bulevar de los Milagros las baratijas y los dijes con que adornar los monos de la Compañía. Se podía permitir el lujo de emborracharse tres noches por semana. Se podía permitir el lujo de tener una novia: una chica delgada, con el pelo corto y gafas, a la que llevaba a dar románticos (y caros) paseos por la Bahía Sepia y con quien derrochaba su dinero pero a la cual le escatimaba su confianza. Como suponía que algún directivo de traje gris se interesaba por él, decidió mantener bien atizado el fuego de ese interés y a los ángeles de la guarda de traje gris revoloteando cerca de él.

Un día, durante el almuerzo del Sindicato, organizado en la parte trasera del Bar de Delahanty, oyó al Accionista 108462793 que le susurraba algo al Accionista 93674306 en el momento en que hacía circular la botella de la salsa. En el cubículo del lavabo de caballeros, Johnny Stalin escribió a lápiz una notita para los ángeles de gris y la metió en el buzón de Sugerencias.

Los Accionistas 108462793 y 93674306 faltaron al trabajo al día siguiente, y al siguiente, y al siguiente, hasta que el supervisor de la cadena informó a los componentes del turno que, debido a una escasez de personal, se habían ofrecido para un redespigue en otra cadena.

Johnny Stalin habría estado a punto de creérselo de no haber oído a través de las ranuras de su aire acondicionado, los ruidos de la redada llevada a cabo por la policía empresarial en el Bar de Delahanty. Se había visto obligado a subir considerablemente el volumen de su radio para ahogar los gritos y chillidos. El Accionista 396243088, que ocupaba el cuarto contiguo, se había pasado una hora o más dando unos golpes de lo más desagradable en la pared para que bajara el volumen.

Dos días más tarde, durante el almuerzo, el Accionista 396243088 hizo un chiste sobre la conducta sexual de los directores de la Compañía en el curso de las reuniones del consejo. Johnny Stalin se había desternillado de risa como todos los demás. Pero a diferencia de los demás, se encargó de enviar una notita a los trajes grises.

«Acuso al Accionista 396243088 de no sostener el Pensamiento Adecuado en relación con la Compañía, su Venerable Consejo de Administración y los Principios del Feudalismo Industrial. Es desleal e irrespetuoso y sospecho que profesa ideas prosindicales.»

Cuando el puesto de Capataz de Sección que ocupaba el Accionista 396243088 quedó repentinamente vacante («Reestructuración y Promoción», había dicho el supervisor), Johnny Stalin fue el hombre más joven en ser ascendido a ese cargo del Departamento de Ingeniería Agrícola Ligera. Recibía el porcentaje de créditos que hubiera correspondido a un hombre de una edad y una experiencia cinco veces superiores a las suyas. Se acercaba el concurso anual de Trabajador Modelo del Año (sección ingeniería ligera). Anónimamente, Johnny Stalin dejó al descubierto un sistema de corruptelas y pequeños robos cuyas conexiones alcanzaban a los jóvenes directivos y, gracias a su sentido de la oportunidad, se convirtió en el Trabajador Modelo del Año (sección ingeniería ligera) justo dos días antes de que el hacha empresarial cayera sobre doce puestos de trabajo en el Departamento de Agricultura. Con un sensato despliegue de solidaridad de Accionista, Johnny Stalin se negó a asistir a las audiencias de la magistratura de la Compañía en las que los doce acusados fueron condenados a despido sumario por un tribunal compuesto de trabajadores y directivos.

—Podría haber sido cualquiera de nosotros —les dijo el Trabajador Modelo del Año a sus colegas del Turno A mientras sorbían daiquiris de mandarina en el recientemente remozado Bar de Delahanty—. Podría ocurrirle a cualquiera.

Y así fue. Le ocurrió al Accionista 26844437 (Sospecho que el Accionista— está implicado en un caso de espionaje industrial y alta traición en beneficio de compañías de la competencia que yo, Accionista leal y sincero, no voy a mencionar por respeto. J. Stalin), a los Accionistas 216447890 y 552706123 (Sospecho que los Accionistas — han mantenido relaciones sexuales ilícitas en horas de trabajo. Respetuosamente, J. Stalin), y al Accionista 664973505 (Acuso al Accionista— Supervisor de Cadena de la Cadena de Montaje 76543, Departamento de Ingeniería Agrícola Ligera, de negligencia, relajamiento y falta de celo en la promoción de las Nueve Virtudes del Feudalismo Industrial. Atentamente, J. Stalin).

Fue una pura cuestión de tiempo el que los trajes grises invitaran a este dechado de virtud industrial a formar parte de los jóvenes directivos. Fue entonces cuando descubrió que no había un solo traje gris, sino once, que en ese momento ocupaban tres lados de una mesa de roble, y todos ellos hacían rodar no se sabe qué cadenas de montaje que fabricaban jóvenes directivos. La cabecera de la mesa la ocupaba el joven directivo de más edad, el traje gris bajo cuya dirección se encontraban los demás trajes grises. Al final de la mesa, a una distancia respetable de las luminarias de las castas directivas, estaba Johnny Stalin. El traje gris de más edad dio un pequeño discurso plagado de expresiones como «trabajador modélico», «destacado ejemplo», «unidad productiva», «lealtad a la empresa», «altos valores» y «Accionista que comprende los principios del feudalismo industrial». Johnny Stalin memo—rizo cuidadosamente estas frases estereotipadas para utilizarlas en sus propios discursos de alabanza y exhortación. Concluida la entrevista, se sirvieron unos cócteles pegajosos, se expresaron las enhorabuenas del caso y Johnny Stalin se retiró de la presencia de la casta directiva con una reverencia. Al regresar a su habitación numerada, debajo de la puerta encontró un sobre con sus documentos de reestructuración según los cuales debía incorporarse a la unidad de adiestramiento para directivos de producción. Colgado de una percha de plástico detrás de la puerta, encontró un traje de papel, talla estándar, color gris.

30

Sabiduría, capital del mundo, se alza sobre cuarenta colinas, a orillas del Mar Sírtrico, y sus torres de cristal aparecen cubiertas por cortinas de verdes enredaderas y flores estivales. Llangonnedd está construida sobre una isla en un lago y, a lo largo de los siglos, le han ido saliendo brotes en los que se desarrollaron distritos que flotan sobre un enrejado de pontones o están precariamente encaramados a miles de pilotes. Lyx se alza sobre los bordes de un enorme abismo y por sus veinte puentes, cada uno de los cuales es la obra maestra puesta bajo el cuidado de uno de los departamentos de la Universuum, pasan los Maestros de las Facultades ataviados con capuchas y túnicas, y de sus cortas torres cilíndricas parten al vuelo diez mil cometas—plegarias, súplicas por la continuada sabiduría de los Maestros de Lyx. Montechina, reducto de ROTTECH, es una federación de cien aldeas distribuidas en una exquisita zona arbolada. Hay una aldea suspendida de las ramas de los árboles, como los nidos construidos por ciertos pájaros; otra está hecha de una porcelana exquisitamente esmaltada; otra se alza sobre una isla flotante, en medio de un lago; otra está formada por caravanas y pabellones alegremente pintados que van viajando por los bosques; otra está edificada sobre una telaraña de filamentos diamantinos sujetos de las cimas de Montechina.

Éstas son algunas de las grandes ciudades del mundo. A esta lista, habría que añadir Belladonna. Sin duda, está a la altura de cualquiera de las aquí mencionadas, pero sus maravillas son menos aparentes. Para el viajero que llega a Belladonna después de atravesar los secos y polvorientos Arenales, lo único que resulta visible son unas cuantas antenas parabólicas, una altísima torre de control del tráfico aéreo, unos cuantos

cobertizos de sucio adobe y varios kilómetros cuadrados de pista con marcas de neumáticos. Sin embargo, Belladonna está ahí presente, aunque invisible, igual que la Divina esencia en la hostia de Pas—chal: no es una mentira, la ciudad más maligna del mundo espera al viajero, a pocos metros bajo sus pies, como la hormiga león hambrienta, deseosa de engullir hombres con sus fauces.

Belladonna se enorgullece de sus apetitos, de su maldad. Es una ciudad vieja y dura como una ramera; una ciudad portuaria, una ciudad insolente como la puta de un marinero. En Belladonna siempre son las tres de la madrugada bajo un cielo de cemento. En ella hay más esquinas que en ninguna otra parte del mundo. Y en una ciudad con más bares, restaurantes de sushi, tabernas, sex shops, bodegas, lupanares, harenes, baños públicos, cinematógrafos privados, cabarets abiertos toda la noche, cafés, centros de máquinas tragaperras, restaurantes, salones de pachinko, billares, fumaderos de opio, tugurios de apuestas, salas de baile, escuelas de naipes, institutos de belleza, locales para jugar a dados, palestras, salones de masajes, oficinas de detectives privados, refinerías de narcóticos, bares clandestinos, saunas, centros de trileros, palacios de la ginebra, bares para solteros, mercados de la carne, rastros, subastas de esclavos, gimnasios, galerías de arte, bistrós, reseñas, exposiciones, tiendas de armas, librerías, cámaras de torturas, relaxariums, clubs de jazz, cervecerías, mercadillos callejeros, puestos de vendedores ambulantes, salas de ensayo, casas de geishas, floristerías, clínicas para abortos, salones de té, estadios de lucha libre, reñideros, arenas para osos y tejones, plazas de toros, salones de ruleta rusa, barberías, boutiques de moda, estadios deportivos, cines, teatros, auditorios públicos, bibliotecas privadas, museos con exposiciones extrañas y espectaculares, muestras y zonas de actuación, casinos, espectáculos con monstruos, bulevares para bandidos mancos, espectáculos de striptease, salones de tatuajes, cultos religiosos, altares, templos y pompas fúnebres que ningún otro lugar sobre la tierra, puede resultar difícil encontrar a un hombre si no quiere ser encontrado. Pero si es tan famoso como Limaal Mándela, entonces es más fácil dar con él en Belladonna que en ninguna de las otras grandes ciudades del mundo, porque a Belladonna le encanta halagar a los famosos. No había barrendero ni recogemierdas que no supiera que a Limaal Mándela, el Más Grandioso Jugador de Billar que el Universo hubiera conocido, se lo podía encontrar en el salón trasero del Jazz Bar de Glen Miller, en la calle de la Aflicción. Igualmente, eran pocas las personas que no pudieran citar listas de las conquistas de Limaal Mándela, pues Belladonna era una ciudad en la que las listas otorgan grandeza. No hay un solo gran belladonna que no posea unas cuantas grandes listas que lo respalden.

¿Cuáles eran pues los nombres de aquellos a los que Limaal Mándela había derrotado para convertirse en campeón? Se dicen en seguida.

Tony Julius, Oliphant Dow, Jimmy «Joya» Petrolenko, «Ases» Quartuccio, Ahmed Sinai Ben Adam, «Saqueo» Johnson, Itamuro (Sammy) Yoshi, Louie Manzanera, Raphael Raphael, hijo, «Dedos» Lo, Noburo G. Washington, Henry Naminga, Bishop R. A. Wickraraasinghe, Don C. Asim, «Mandíbulas» Jackson, hijo, «Hielero» Larry Lemescue, Jesús Ben Sirach, Valentine Quee, don Peter Melterjones, «Franchute» Rey, Dharma Alimangansoreng, Nehemiah Chung (El Destripador), don David Bowie, Mikal «Micky» Manzanera (no es pariente del anterior), Saloman Salrissian, Vladimir «El Empalador» Dracul, don Norman Mailer, don Halran Elissian, Mercedes Brown, «Rojo» Futuba, Juez (Pavor de Juez) Simonsenn, «Profe» Chaz Xavier, Negro John Delorean, Hugh O'Haré, don Peter Melterjones (nuevamente).

Limaal Mándela era un hombre modesto en la victoria. Se burlaba de los costosos amaneramientos de sus contrincantes; de los maletines para tacos forrados de armiño, de los dientes con empastes de diamante, de los tacos con incrustaciones de madreperla, de los guardaespaldas corpulentos, de las pistolas de oro macizo con balas explosivas: de todas las banalidades de los perdedores. De la fortuna que acumulaba, el dieciséis por

ciento era para Glen Miller, su representante, que lanzó su propio sello American Patrol para nuevos conjuntos marginales y les construyó un estudio de grabación; él se quedaba con lo justo para vivir y entregaba el resto de forma anónima a obras de caridad que contribuían a ayudar a prostitutas jubiladas, a preparar estofados calientes para los 175.000 mendigos censados de Belladonna y a rehabilitar alcohólicos, drogadictos y pornoadictos.

Por más modesto y caritativo que fuese su estilo de vida, no podía decirse que Limaal Mándela poseyera un exceso de humildad. Creía que era el mejor con una convicción tan inamovible como los cielos. Se volvió fervoroso, adelgazó y se dejó una barba que no hacía más que resaltar el color acerado de sus ojos. Preocupado por el fanatismo de su protegido, una mañana, después que la banda hubo hecho sus petates y marchado a casa, Glen Miller se dedicó a observarlo: practicaba una y otra vez, dándole a una bola tras otra, jamás satisfecho, aspiraba a la perfección.

—Te exiges demasiado, Limaal —le comentó Glen Miller, apoyando su trombón en la mesa. Las bolas caían con estrépito en las troneras impulsadas por las matemáticas implacables del taco—. Nadie podría superarte. Llevas aquí un año, ¿no es así? Poco más de veintiséis meses, para ser exacto; no hace mucho que has cumplido los once, y has vencido a hombres con muchas más años de experiencia que tú; eres el campeón, el héroe de Belladonna, ¿no te parece bastante? ¿Qué más puedes querer?

Limaal Mándela esperó a despejar la mesa antes de contestar.

—Todo. Lo quiero todo. —La blanca rodó por la mesa para detenerse en el centro—. Ser el mejor de Belladonna no basta mientras allá afuera haya alguien que pueda superarme. Hasta que no sepa si ese alguien existe o no, no podré descansar.

Extrajo las bolas de las troneras y las dispuso para otra partida contra sí mismo.

Había nacido el reto. Limaal Mándela entregaría su corona, la mitad de su fortuna personal y su palabra de que no volvería a tocar jamás un taco a quien lograra derrotarlo. Al derrotado, sólo le pedía que hiciera una reverencia y reconociera al vencedor. El reto se propagó por las ondas radiales en el programa Big Band Hour que Glen Miller hacía los domingos por la noche; los nueve continentes se levantaron para aceptarlo.

Los retadores pasaron a formar otra lista.

Eran hombres jóvenes, ancianos, de mediana edad, altos, bajos, gordos, delgados, enfermos, saludables, calvos, peludos, limpios y afeitados, barbudos, con bigotes, sin sombrero, negros, cobrizos, morenos, amarillos, blanquecinos, felices, tristes, inteligentes, simplones, nerviosos, confiados, humildes, arrogantes, serios, risueños, silenciosos, hombres a los que les gustaba hablar, heterosexuales, homosexuales, bisexuales, hombres que no tenían ojos azules, ni castaños, ni verdes, ni con radar, hombres malos, hombres buenos, hombres de O y Meridiana y Sabiduría, hombres de Xanthe y Chryse y Gran Oxo, hombres del Gran Valle, del Gran Desierto, del Archipiélago, de Transpolarán, de Borealis, hombres de Desembarco en Solsticio, de Llangonnedd y Lyx, de Kershaw y Montehierro, de Bleriot y Aterrizaraje, hombres de grandes ciudades y de pequeñas aldeas, de las montañas y de los valles, de las selvas y de los llanos, de los desiertos y de los mares; fueron llegando uno tras otro hasta que las ciudades quedaron vacías y las máquinas, ociosas en las fábricas, y las cosechas fueron madurando en los campos bajo el sol sin nadie que las recogiera.

A retarlo fueron ancianos con la muerte en la mirada, que a Limaal le recordaron a su abuelo Harán; y mujeres, esposas y amantes y mujeres fuertes que llevaban sobre sus espaldas el peso del mundo; a retarlo fueron mujeres fuertes de los nueve continentes y niños, que abandonaron escuelas y guarderías y ludotecas y se presentaban con tacos reducidos y cajas de cerveza a las cuales encaramarse para alcanzar al borde de la mesa.

Limaal Mándela los derrotó a todos.

En el planeta no había un solo hombre, mujer o niño capaz de vencer a Limaal Mándela. Él era el Más Grandioso Jugador de Billar que el

Universo hubiera conocido. Y cuando hubo caído el último retador, se subió a la mesa, levantó con ambas manos el taco por encima de la cabeza y proclamó:

—Soy Limaal Mándela, el Más Grandioso Jugador de Billar que el Universo haya conocido jamás. ¿Existe alguien, hombre o dios, que desee retarme, existe alguien, mortal o inmortal, pecador o santo a quien yo no pueda vencer?

Desde el rincón más oscuro de la sala, junto al lavabo de caballeros, una voz habló con tonos claros como gotas de lluvia desértica.

—Yo soy ése. Juega conmigo, Limaal Mándela, y aprende a ser humilde, gallito gritón.

Quien así habló se puso en pie para que Limaal Mándela pudiera conocer a su retador. Se trataba de un caballero elegante, de piel cetrina, vestido de rojo satén y apoyado en un bastón, como si estuviera ligeramente lisiado.

—¿Quién eres tú, que te atreves a desafiarme? —preguntó airado Limaal Mándela.

—No se me exige que te dé mi nombre, sólo que acepte tu reto —repuso el hombre elegante.

En realidad, no hacía falta que mencionara su nombre, porque el breve fulgor de fuego infernal que se reflejó en sus satinados ojos negros permitió a todos identificarlo: era Appolyon, Put Satanachia, Ahriman, el Chivo de Mendes, Mefisto (Mefistófeles), el Espíritu Malévolo, el Anticristo, Kermes Trismegetus, Demonio, el Adversario, Lucifer, el Padre de las Mentiras, Satán Mekratrig, Diabolus, el Tentador, la Serpiente, el Señor de las Moscas, el Viejo Caballero, Satán, el Enemigo, Belcebú, el mal que no necesita nombre.

Tal vez Limaal Mándela estaba demasiado borracho de victoria como para reconocer a su enemigo, tal vez su racionalismo le prohibía aceptar la encarnación infernal del caballero, tal vez no podía resistir a ningún desafío, porque gritó:

—¿Cuántos triángulos? ¿En qué medida quieres ser humillado?

—¿El mejor de setenta y siete? —sugirió el Enemigo.

—Acepto. Echemos a suertes quién empieza.

—Un momento. Primero hay que apostar.

—Apuesto lo mismo que con los demás desafiantes.

—Perdóname, pero no es suficiente. Si ganas, Satán Mekratrig se inclinará ante ti, Limaal Mándela, pero si tú pierdes, se llevará tu corona, tus riquezas y tu alma.

—De acuerdo, de acuerdo. Basta de teatralidades. ¿Cara o cruz?

—Cruz —respondió el Enemigo, sonriendo a su yo infernal. Limaal Mándela ganó la salida y jugó primero.

Y no tardó en advertir que se estaba enfrentando a un contrincante incomparable. Porque dada su otrora naturaleza divina, el Enemigo disponía de todo el ingenio y toda la ciencia de la humanidad para maniobrar a su antojo, aunque por motivos de honor demoníaco, inexplicables para los humanos, pero obligatorios para los diablos y los Panarcos, no podía utilizar esas sabidurías sobrenaturales para influir impropriamente en el juego. Sin embargo, contaba con suficientes poderes naturales como para poner a Limaal Mándela fuera de combate. La marea de la batalla subía y bajaba por el tapete verde; por momentos, el Enemigo lo aventajaba por dos triángulos; por momentos, Limaal Mándela recuperaba puntos y sacaba uno de ventaja. Pero entre ambos jugadores no hubo nunca más de un puñado de triángulos de diferencia.

Cada cuatro horas paraban sesenta minutos para descansar. Limaal Mándela comía, tomaba un baño, bebía una cerveza o echaba una cabezadita. El Enemigo permanecía solo, sentado en su silla, y sorbía ajeno en una copa que le servía un tabernero nervioso. Cuando comenzó a correr la voz por pasillos y callejones de que Limaal Mándela estaba jugando con el diablo y había apostado su alma, multitudes de curiosos se agolparon en el Jazz Bar de Glen Miller, concentradas y comprimidas hasta el borde del sofoco y la

implosión, mientras afuera, la policía montada patrullaba el bulevar para alejar al gentío de las puertas. Velocísimos corredores adolescentes volaban hasta las agencias de prensa con las últimas puntuaciones, y entusiasmados belladoneses contemplaban la aparición de carteles que rezaban: «Mándela gana por un triángulo», u ocupaban bares y cafés para escuchar los comentarios radiales de Torbellino Morgan sobre la épica contienda. En las barberías, los bares de sushi, los baños públicos y los rikshas la ciudad de Belladonna alentaba al Más Grandioso Jugador de Billar que el Universo hubiera conocido.

Pero el Más Grandioso Jugador de Billar que el Universo hubiera conocido sabía que perdía. La calidad de su juego rayaba en lo increíble, pero sabía que perdía. Los tiros del Enemigo poseían una terrible precisión, una previsión de la jugada cercana a la omnisciencia, y Limaal Mándela sabía que jugara como jugara, su talento humano jamás se equipararía a la perfección diabólica de Satán. Perdió la iniciativa y comenzó a rezagarse tras el Diablo, arañando puntos para igualar el marcador, pero jamás logrando obtener una ventaja que le permitiese controlar el juego. Los gritos de apoyo de sus seguidores contenían un no sé qué de desesperación.

Después de treinta y dos horas de juego, Limaal Mándela era un hombre destruido. Demacrado, sin afeitarse, cada uno de sus poros rezumaba fatiga, cuando volvió a inclinarse sobre la mesa. Sólo su racionalismo, su fe inquebrantable en que, a la larga, la habilidad debía triunfar sobre la magia negra, mantenían el taco en movimiento.

Y finalmente, quedó dispuesto el último triángulo. Con el tercer cambio de jueces, se anunció la puntuación: Limaal Mándela 38 triángulos, el Desafiante 38 triángulos. El juego debía decidirse entonces por los colores. Para ganar, Limaal necesitaba el azul, el rosa y el negro. El enemigo precisaba el negro y el rosa. Sorbiendo su ajeno, se lo veía fresco y despierto como un diente de león en un seto estival. El universo del tapete verde, con sus diminutos sistemas solares de colores, giró ante los ojos de Limaal Mándela hasta que de pronto, una bola negra iba a decidir la partida.

Limaal inspiró hondo y dejó que el peso de su racionalismo le fluyera por el cuerpo. La bola negra se deslizó por la mesa, culebreó cerca de la embocadura de la tronera pero no entró.

El público gimió.

El diablo tomó puntería con su taco. Y entonces, Limaal Mándela estalló. Se colocó en su lado de la mesa, apuntó al Enemigo con el taco y gritó:

—¡No puedes ganar! ¡No puedes, no eres real! El diablo no existe, no existe el Panarcos, ni Santa Catalina, sólo existimos nosotros, nosotros. El hombre es su propio dios, su propio demonio, y si el diablo me está derrotando, es el diablo que llevo dentro. Eres un impostor, un viejo que se ha disfrazado y dice: «Yo soy el Diablo», ¡y vosotros le creéis! ¡Nosotros le creemos! ¡Pero yo no creo en ti! ¡En el mundo racional no hay sitio para el diablo!

El juez trató de restablecer la calma contemplativa del salón de billares. El Jazz Bar de Glen Miller se apaciguó después del desafortunado estallido. El Chivo de Mendes volvió a tomar puntería con el taco y golpeó la bola. La bola de taco chocó contra la negra, la negra rodó hacia la tronera. Mientras las bolas recorrían la mesa, el fuego infernal titiló en los ojos del caballero y se apagó. El poder infernal, la perfección ultramundana habían desaparecido de él, barridos por el acto de escepticismo de Limaal Mándela. La ciudad de Belladonna contuvo el aliento. La bola negra fue perdiendo su impulso, su ímpetu. Se detuvo a unos milímetros de la tronera. Se hizo un silencio mortal. Hasta al locuaz Torbellino Morgan se le helaron las palabras en el micrófono. Alto como una catedral, Limaal Mándela se acercó a la mesa. La ciudad de Belladonna soltó un grito de anticipación.

De pronto, el Diablo no fue más que un viejo caballero cansado y asustado.

Limaal Mándela colocó el taco en la posición de juego, sin hacer caso de la fatiga que recorría cada uno de sus músculos. La sala volvió a quedar en silencio, como si su gesto hubiera detenido el tiempo. El brazo de Limaal retrocedió como un pistón, con el mismo movimiento maquinal y preciso que había efectuado diez mil veces en el último día y medio. Sonrió para sí y dejó que el taco rozara apenas la bola. El borde blanco del taco se deslizó por la mesa y acarició la bola negra con suavidad de amante. La bola negra se estremeció y se precipitó tronera abajo, como los planetoides de porcelana de sus pesadillas.

31

Después de dejar plantado a Mikal Margolis en un restaurante del Empalme de Ishiwara donde servían fideos japoneses, Marya Quinsana enfiló su corazón en dirección a Sabiduría y dejó que su libertad la alejara de allí flotando.

Libertad. Había sido prisionera de las necesidades ajenas durante tanto tiempo, que se había olvidado del sabor de la libertad. Porque la libertad tenía un sabor. Sabía igual que el dedo de brandy de Belladonna que hay en el fondo de una copa cuando crees que está vacía. Sabía igual que un plato caliente de fideos japoneses con salsa tomados una mañana fría después de una noche más fría aún. Tan bien sabía que se levantó de la mesa a la que se había sentado a desayunar y dejó plantado a Mikal Margolis, se alejó del restaurante, cruzó la calle, donde los ancianos apuntaban sus pardos escupitajos de marihuana hacia una destartalada escupidera de bronce, y se dirigió al tren de carga que remoloneaba en el apartadero. Notó los ojos de Mikal Margolis en cada uno de los pasos que dio hasta subir a la cabina, donde dos maquinistas, que no tendrían más de diez años, holgazaneaban a la espera de la señal.

—¿Hay alguna posibilidad de que pueda montarme? —preguntó.

Mientras los dos jóvenes mascadores de paan la miraban de arriba abajo, ella echó una mirada al bar restaurante de MacMurdo y se vio recompensada por los ojos traicionados de Mikal Margolis que la contemplaba desde detrás de la ventana.

—Lo mismo te pregunto yo —respondió el joven maquinista moreno en cuya gorra llevaba escrito el nombre de Aron.

—Claro. ¿Por qué no?

Marya Quinsana paladeó el sabor de la libertad como si fuera hojas de paan liadas. En el sistema monetario de la ambición la prostitución era el dinero suelto.

—En ese caso, claro, ¿por qué no?

El maquinista Aron abrió la puerta de la cabina.

Marya Quinsana subió y se sentó entre dos jóvenes maquinistas repentinamente tensos. La señal cambió, los tokamaks rugieron y el tren se alejó del Empalme de Ishiwara.

Cambiando de trenes al amanecer, esperando medias jornadas enteras al costado de Grandes Carreteras Troncales, manteniendo erguido el tótem de su pulgar barrido por el viento, haciendo autostop en transportes dirigibles nocturnos, Marya Quinsana recorrió medio mundo persiguiendo el fantasma de la libertad hasta que lo alcanzó en un apartadero para trenes de carga de la Estación Principal de l'Esperado.

El tren estaba desvencijado, tenía la pintura descascarada, erosionada por años de exposición a lo maravilloso, pero Marya Quinsana logró descifrar la leyenda por el fulgor amarillo sodio: Feria Ambulante y Fantasía Educativa de Adam Black. Un pequeño gentío de vagabundos de estación se arremolinaba al pie de la escalera, no disponían siquiera de las pocas monedas que les hubieran permitido gozar de las maravillas del espectáculo de Adam Black. Marya Quinsana habría sido incapaz de decir qué la había llevado esa noche hasta allí; tal vez la tierna nostalgia, tal vez un impulso atávico, tal vez el deseo de

hurgar en las heridas. Apartó a los vagabundos y entró. Adam Black tenía el pelo un poco más canoso y se le veía algo más entristecido, pero por lo demás, casi no había cambiado. A Marya Quinsana le hizo gracia que ella lo conociera pero que él no la conociera a ella.

—¿Cuánto es?

—Cincuenta centavos.

—En metálico o en especies. Como siempre.

Adam Black la contempló con la expresión de quien intenta situar un recuerdo.

—Si me acompaña, le enseñaré las maravillas de mi Salón de Espejos. —La tomó de la mano y la condujo a un vagón en penumbra—. Los espejos del Salón de Espejos de Adam Black no son como los corrientes. Han sido fundidos por los Maestros Moldeadores de Espejos de Merionedd, que han logrado pulir su arte hasta alcanzar tales cimas de perfección que sus espejos no sólo reflejan la imagen física, sino la temporal. Reflejan los cronones, no los fotones, las imágenes temporales de miríadas de futuros posibles que pueden acontecer y que varían con el tiempo cuando el buscador se mira en ellos. Exhibirán los posibles futuros de quien en ellos se mira en las distintas etapas de la vida, y los sabios observarán, meditarán y se enmendarán en consecuencia.

Mientras soltaba su perorata, Adam Black había guiado a Marya

Quinsana por un oscuro y negrísimo laberinto de curvas y recovecos claustrofóbicos. Cuando terminó con su discurso, se detuvo. Marya Quinsana lo oyó inspirar para anunciarle:

—¡Que la luz se haga sobre el futuro!

La sala se llenó de la animosa luz purpúrea que provenía de un farol de forma peculiar que colgaba sobre sus cabezas. Bajo esa extraña luz de farol Marya Quinsana se vio reflejada mil millones de veces en un infinito laberinto de espejos. Gracias a los complejos mecanismos que movían los espejos, las imágenes permanecían un fugacísimo instante para girar y desaparecer en cuanto el ojo intentaba abarcarlas. Marya Quinsana aprendió el truco de retener las imágenes en su visión periférica, y mediante esta ilusión visual, contempló misteriosos atisbos de sus futuros yoes: la mujer en combate con el ACM colgado en bandolera, la mujer con cinco niños prendidos a sus faldas y el sexto en el vientre prominente, la mujer noble y poderosa con la toga de juez, la mujer desnuda en la cama llena de glicerina, la mujer cansada, la alegre, la llorosa, la muerta... En cuanto las veía, se alejaban como extrañas en un tren para internarse en sus propios futuros. Vio los rostros de la ambición frustrada, de la desesperación, de la esperanza, los rostros que han desechado toda esperanza porque saben que su destino presente es lo máximo que llegarán a alcanzar; vio los rostros de la muerte, miles de rostros ensangrentados o cenicientos, quemados como carbones o plagados de pústulas por la enfermedad, hundidos por la edad, consumidos o pacíficos con la tranquilidad engañosa que la muerte otorga a quienes más luchan contra ella.

—La muerte es el futuro de todos —dijo Marya Quinsana—. Enséñeme el futuro de los vivos.

—Entonces mire hacia aquí —le ordenó Adam Black.

Marya Quinsana miró hacia donde él señalaba y vio una silueta risueña y sardónica que la observaba por encima del hombro con el garbo elegante del jaguar, la fuerza agazapada en su vientre. Andaba con la cadencia de los poderosos; los hacedores y forjadores de mundos tenían esos mismos andares. La imagen de como se había imaginado siempre.

—Ésa es la que quiero.

—Entonces dé un paso al frente y tómela.

Marya Quinsana avanzó unos pasos en busca de su futuro yo y a cada paso que daba, la confianza florecía en ella como un capullo. Echó a correr, como una cazadora, y mientras los espejos giraban para dejarla pasar y mostrar sólo sus mutuos reflejos vacíos,

vio que su presa se detenía. La fuerza y la autoridad de los pasos de la silueta iban menguando y pasaban a ella. Marya Quinsana se acercó a la imagen fugaz hasta tenerla al alcance de la mano.

—¡Te tengo! —exclamó, y aferró con fuerza el hombro de la imagen.

Con un grito de terror, la imagen se volvió y Marya se vio a sí misma tal como había sido, segura e insegura al mismo tiempo, informada pero ignorante, esclava de la libertad, y entonces descubrió que en algún momento de la persecución ella se había convertido en la imagen y la imagen en ella. Con un estallido de aire, la imagen se deshizo en un montón de polvo brillante y Marya Quinsana volvió a encontrarse junto a la entrada del Salón de los Espejos.

—Espero que la experiencia le haya valido la pena —le dijo Adam Black amablemente.

—Creo que sí. Tenga, se me habían olvidado los cincuenta centavos.

—Para usted, señora, es gratis. Los clientes satisfechos nunca pagan. Sólo pagan aquellos que no quedan satisfechos. Aunque pensándolo bien, esos siempre pagan, ¿no le parece? Me parece que ya la recuerdo, señora, su cara me resultaba conocida. ¿Tiene usted algo que ver con un lugar llamado Camino Desolación?

—Me temo que fue hace mucho tiempo y muy lejos de aquí, ya no soy la misma mujer de entonces.

—Eso podríamos decirlo todos, señora. Que tenga usted muy buenas tardes, gracias por su visita. Quisiera pedirle un favor, que cuente usted a sus amigos y parientes las fascinantes experiencias de la Feria Ambulante y Fantasía Educativa de Adam Black.

Marya Quinsana cruzó las vías hacia el apartadero iluminado por luz de sodio donde un tren de productos químicos con la palabra «Sabiduría» escrita en los letreros de sus depósitos comenzaba a calentar los motores de fusión. Comenzó a caer una lluvia fina, fría y punzante. Marya Quinsana daba vueltas en la cabeza a las imágenes que había visto. Sabía lo que era. Tenía un objetivo. Esa libertad seguía perteneciéndole, pero era una libertad con objetivo. Se buscaría responsabilidades, porque la libertad sin responsabilidades no valía nada, y a la combinación de esos dos elementos le añadiría el poder, porque la responsabilidad sin poder era impotencia. Iría a Sabiduría y entronizaría en su interior esa trinidad de libertades.

Cerca del tren de productos químicos distinguió al maquinista, que la saludaba con la mano. El sonrió y le devolvió el saludo.

Había dos peculiaridades de esa velada que no encajaban en su esquema. La primera era que el reflejo de Adam Black no había aparecido en ninguno de los espejos temporales. La segunda era que la imagen que ella había abrazado había estado caminando en dirección a Camino Desolación.

32

Desde que el fantasma de su padre le había confesado que era una criatura suplantada, Arnie Tenebrae se había negado a vivir bajo el mismo techo que sus padres, vivos o muertos. Si era una Mándela, viviría como una Mándela en la casa de los Mándela. Encontró al abuelo Harán dormido en el porche entre sus plantones (porque últimamente había desarrollado una pasión por la jardinería, en parte, quizá, debido a su frustrada paternidad). Tenía la boca abierta y roncaba. Arnie Tenebrae lanzó una guindilla en la boca abierta, y cuando el picor y la furia se hubieron disipado, hizo una reverencia y dijo:

—Señor Mándela, soy Arnie, su hija.

Así fue como abandonó la casa de los Tenebrae, se cobijó bajo el techo de la familia Mándela y se cambió el nombre, aunque todo el mundo siguió llamándola pequeña Arnie Tenebrae, como había hecho siempre. Detestaba que la llamasen pequeña Arnie

Tenebrae. Tenía nueve años y era dueña de su propio destino, tal como lo probaban sus familias de adopción, y por lo tanto debían tomarla en serio. ¿Acaso no había provocado el mayor escándalo de Camino Desolación desde el asesinato de su padre, que tuvo como resultado el que su propia madre viviera prácticamente como una paria sin que nadie le dirigiera la palabra, excepto los Stalin, y aun entonces, cuando lo hacían sólo era para mofarse de ella y acusarla? Era una persona de una cierta importancia y detestaba a cuantos se reían de sus vanidades.

—Ya verán —le decía a su espejo—. Mándela o Tenebrae, haré que mi nombre resuene hasta en los cielos. Soy una persona distinguida, lo soy.

Camino Desolación era un pueblo sin distinción ni nombres que resonaran en el cielo. Se limitaba a ser, su conformismo enfurecía a Arnie Tenebrae y no se resignaba. Camino Desolación la aburría. Sus padres adoptivos la aburrían. Detestaba sus pequeñas atenciones; sus abrumadoras amabilidades la humillaban.

—Me marcharé de aquí —le confiaba a su imagen—. Igual que Limaal, que se ha hecho famoso en Belladonna, o como Taasmin; ella tuvo fuerzas para romper el molde de la sociedad y vivir entre las rocas como un hiracoideo, ¿por qué no puedo hacerlo yo?

Rehuía a la gente, incluso a sus padres, excesivamente cariñosos, porque sabía que la gente la tenía por una vividora que jugaba con las fantasías y el cariño de unos viejos. Logró encontrar la forma de entrar en la casa del doctor Alimantando, donde pasaba largas horas de dichosa soledad leyendo sus libros y especulaciones sobre el tiempo y la temporalidad, en la intimidad de la abandonada sala meteorológica. Lejos, lejos, lejos, todas las personas interesantes y aventureras se habían marchado lejos de Camino Desolación; ¿qué pasaría con Arnie Tenebrae?

Un día divisó unas olas de polvo que avanzaban por los llanos desérticos, e incluso antes de que se transformaran en una docena de hombres y mujeres armados con ACM, ataviados con trajes de combate montados en triciclos todo terreno, supo que la salvación atravesaba el desierto para ir a buscarla.

Al principio, temía espantar esa salvación como si fuera una avecilla nerviosa, de modo que se mantuvo al fondo del gentío cuando los soldados armados leyeron la proclama en la que anunciaban que representaban al Cuerpo de la Verdad del Cuarto de Esfera Noroccidental del Ejército de la Tierra Entera y que el pueblo se encontraba bajo su ocupación temporal. Mantuvo su silencio cuando los soldados explicaron los objetivos declarados del Ejército de la Tierra Entera: el cierre del mundo a futuras inmigraciones, la transferencia del control del equipo de mantenimiento ambiental de ROTTECH a las autoridades planetarias, la delegación a cada continente de un parlamento autónomo regional, la promoción de una cultura planetaria genuinamente indígena, sin contaminaciones por parte de la escoria y la degeneración del Mundomadre, y la destrucción de las empresas transplanetarias cuya codiciosa corrupción estaba dejando a la tierra sin recursos. No se unió a la protesta generalizada cuando Dominic Frontera y tres empleados de los Ferrocarriles Belén Ares fueron detenidos y puestos bajo arresto domiciliario mientras durara la ocupación, y tampoco estuvo presente cuando Ruthie Frontera, desolada y con el rostro bañado en lágrimas, se arrastró por la tierra delante de la casa donde habían encerrado a los prisioneros.

Más bien se ocultó bajo la sombra de un magnolio y observó como los guerrilleros entraban en la casa del doctor Alimantando y le hacían no sé qué cosas a la torre de microondas. Vio el logotipo de las cajas del equipo de radio y, de pronto, tuvo claro el motivo de la ocupación.

—Radio Todo Swing —murmuró para sí, siguiendo con el dedo las palabras escritas en las cajas—. Radio Todo Swing.

Radio Todo Swing era música de vampiros. En algunas ciudades, si te pescaban escuchando Radio Todo Swing te hacían pagar una multa, prestar cincuenta días de servicios a la comunidad, te confiscaban la radio e incluso llegaban a azotarte en público.

Era la música de los subversivos, de los terroristas, de los anarquistas que vagaban por los lugares vacíos del mundo en sus triciclos todo terreno en busca de torres de microondas a las cuales conectar sus transmisores ilegales, para transmitir su terrible música subversiva y anárquica a los jóvenes de los callejones sin salida, los gimnasios vacíos, los asientos traseros de los rikshas, los bares clausurados, las cooperativas cerradas y a la pequeña Arnie Tenebrae/Mandela, que escuchaba el Gran Sonido de la Nueva Música debajo de las mantas a las dos menos dos de la madrugada. Era la mejor música del mundo, te quemaba los pies, amigo, te daba ganas de bailar, amigo, hacía que las chicas se subieran las faldas o se arremangaran los monos y bailaran y que los chicos dieran volteretas y saltos mortales y giraran como trompos en el suelo, sobre el cemento o la tierra batida: la música atrevida, la música mala de sótano de Dharamjit Singh y Hamilton Bohannon, Buddy Mercx y el mismísimo Rey del Swing, el Hombre Salido de la Urdimbre del Tiempo: Glen Miller y su Orquesta. Era la música de sótano de las bodegas llenas de humo, sepultadas en lo profundo de Belladonna y en los estudios de grabación clandestinos con nombres como Patrulla Americana, Perro Amarillo y Pasta Cansa: era la música que escandalizaba a tu madre, era Radio Todo Swing, y era ilegal.

Ilegal porque era propaganda aunque no llevase ningún mensaje político. Era la subversión a través de la alegría. Era el mejor trabajo de relaciones públicas en la historia de la profesión y su éxito podía medirse por el hecho de que cada día, medio millón de chicos silbaban la famosa música de su sintonía, y otros tantos padres descubrían la misma melodía en sus labios sin saber qué era. Desde los arrozales de Gran Oxo hasta las torres de Sabiduría, desde las favelas de Rijador hasta las granjas de ganado de Laanamagong, cuando se acercaban las veinte horas, los jóvenes sintonizaban sus diales en Di ver 881, y esa noche, la música de su sintonía atronaría a lo largo y a lo ancho del globo desde Camino Desolación.

—Diver 881 —dijo Arnie Tenebrae—. Aquí, en Camino Desolación. Era como si Dios hubiese enviado sus santísimos ángeles a que bailaran y cantaran sólo para ella.

—¡Ey! —Una joven corpulenta agitó ante ella su Arma de Combate Multiuso—. Niña, no toques el material.

Arnie Tenebrae corrió otra vez a su escondite debajo del magnolio y observó como trabajaban los soldados hasta la hora de la cena. Esa noche, a las dos menos dos, escuchó Radio Todo Swing bajo las mantas para que sus padres adoptivos no se enteraran. Las lágrimas de frustración le bañaban las mejillas mientras sonaba aquella música enloquecida y maligna.

Un tal ingeniero Chandrasekahr, granjero de Gran Oxo, no mucho mayor que ella, le sonrió a la mañana siguiente mientras arrancaba zanahorias en el huerto. Arnie Tenebrae le devolvió la sonrisa y se agachó más para dejarle ver hasta el fondo por la pechera de su mono. Esa tarde, el ingeniero Chandrasekahr se le acercó para conversar e intentó tocarla, pero Arnie Tenebrae se asustó de las fuerzas que había desatado en el joven soldado y rechazó sus avances juguetones. Pero esa noche, fue a la cabaña de madera del Cuerpo de la Verdad, utilizado como estudio de emisión, y preguntó por el subteniente Chandrasekahr. Cuando el muchacho se acercó a la puerta, Arnie Tenebrae le sonrió mostrándole sus blanquísimos dientes y se desabrochó la blusa para exhibir sus orgullosos pechos de nueve años, que brillaban como los domos de un templo bajo la luz matinal.

Más tarde, yacieron bajo los haces de luz que se colaban por los postigos. Arnie Tenebrae encendió la radio y le pidió:

—Llévame contigo.

El pie del ingeniero Chandrasekahr marcaba maquinalmente el ritmo de la música swing.

—No es tan sencillo.

—Sí que lo es. Dentro de unos días os marcharéis a otra estación retransmisora. Llévame contigo y ya está.

—Somos una unidad secreta que tiene una gran movilidad, no podemos llevarnos a todo aquel que quiera unirse a nosotros. Nos exigis demasiada confianza.

—Acabo de darte la mayor confianza que una mujer puede dar. ¿No puedes tú devolverme un poco a cambio?

—¿Qué me dices de tu compromiso ideológico?

—¿Te refieres a todo eso de «cerrar los cielos»? Conozco los hechos. Escucha. — Arnie Tenebrae se sentó y dominó al ingeniero Chandrasekahr con su cuerpo veteado de luz mientras iba contando ideologías con sus dedos pegajosos—. Es así, ¿no? En una Nave Planeadora Praesidium caben un millón y medio de colonos; cuando vienen a nuestra tierra ha de haber casas, granjas, comida, agua y trabajo para ellos. Y si cada año llegan diez vehículos así, tenemos quince millones de personas, que representarían cinco ciudades del tamaño de Meridiana por año. Si este ritmo se mantiene durante cien años, tendríamos trescientas ciudades, mil Naves Planeadoras, mil quinientos millones de personas, ¿y de dónde vamos a sacar comida, agua, trabajo, casas, fábricas y granjas para tanta gente? Es lo que trata de hacer el Ejército de la Tierra Entera, que la tierra sea para su gente, alejar a los codiciosos que quieren quitarnos nuestro precioso mundo y llenarlo con sus horribles cuerpos. ¿No es así?

—Es simplificarlo bastante.

—Pero me conozco los principios. ¿Estoy admitida?

—No...

Arnie Tenebrae chilló llena de frustración y mordió al ingeniero Chandrasekahr en el pecho. El abuelo Harán golpeó la pared y le pidió a gritos que bajara un poco el volumen de la radio.

—¡Quiero que me admitáis!

—No depende de mí.

—Puedo hacer para vosotros cosas increíbles.

—Ya lo has hecho, mi huesito de cereza.

—No me refiero a eso. Me refiero a las armas, a cosas que os harían imbatibles. Verás, hace muchos años aquí vivía un anciano. Inventó este lugar y la leyenda cuenta que conoció a un hombre verde y se marchó a viajar con él por el tiempo, aunque no sé muy bien cómo acaba esa parte. Pero su casa está ahí, donde tenéis los transmisores, y está llena de ideas para hacer cosas increíbles.

—¿Como qué?

—Como lanzadores sónicos, inductores de campo electromagnético—gravitatorio que podéis usar para el ataque o la defensa, incluso para eliminar la gravedad en distancias cortas; o bien campos dispersores de luz que te permiten volverte casi invisible...

—Santo Dios.

—Sé que todo eso está ahí, lo he visto. Bien, hagamos un trato. Si queréis todo eso, tendréis que llevarme con vosotros. ¿Me aceptáis o no?

—Nos marchamos mañana al amanecer. Si quieres venir, preséntate a esa hora.

—Puedes apostar lo que quieras a que estaré. Venga, vístete y dile a tu jefe que Arnie Mándela irá con vosotros.

Arnie Tenebrae creía que por las cosas debía pagar solamente el valor que para ella tenían. Fue por eso por lo que la extraña molestia que notó entre los muslos le pareció un precio razonable para poder sentarse detrás del ingeniero Chandrasekahr en su triciclo todo terreno cuando, acelerando sus vehículos y con los motores rugiendo, el Cuerpo de la Verdad se internó en el fulgor del amanecer. Se aferró al ingeniero Chandrasekahr, sintió como el viento del desierto le quemaba las mejillas e intentaba arrancarle el tubo de documentos enrollados que llevaba colgado al hombro.

«No, no —le dijo al viento—, eso es mío. Con estos documentos haré que mi nombre resuene hasta en los cielos.» Bajó la mirada, vio el distintivo del Ejército de la Tierra Entera prendido en su mono caqui y sintió que el fulgor de la emoción la recorría por dentro.

Él horizonte se ocultaba bajo el sol y el mundo se inundó de luz y de formas. Arnie Tenebrae se volvió para contemplar Camino Desolación, una mezcla de tonos ambarinos, rojos y plateados brillantes. No había nada que pudiera parecerse más a un agujero insignificante y embrutecedor, y cuando se dio cuenta de que se alejaba de él, Arnie Tenebrae experimentó una alegría profunda y desbocada. Había atrapado al pájaro de la salvación, le había cantado, lo había amansado y después, le había retorcido el pescuezo. Y ante ella estaba la consumación: iba saltando hacia el exilio en la parte trasera de un triciclo todo terreno rebelde en compañía de los románticos revolucionarios. Aquélla fue la cima de la vida insignificante y embrutecida de Arnie Tenebrae.

33

A pesar del halo que rodeaba su muñeca izquierda y de que todas las cosas mecánicas respondían a sus órdenes, a Taasmin Mándela la santidad le resultaba bastante aburrida. Le agraviaba pasarse horas y horas en el pequeño altar que su padre había añadido a su ya fortuito domicilio: afuera, el sol brillaba y las cosas verdes crecían, y ella allí, en su oscuro cuartito, recibiendo listas de súplicas de ancianas con maridos muertos (de muerte natural; de vez en cuando se preguntaba adonde se habría marchado la que en otros tiempos había sido su tía, la mañana en que desapareció de Camino Desolación en compañía de la chusma rebelde) o colocando su curativa mano izquierda sobre radios rotas, plantadores automáticos, motores de rikshas y bombas de agua para devolverles la integridad.

Al marcharse una anciana devota dejando paso a la siguiente, un haz de luz amarilla se coló por la puerta y Taasmin Mándela deseó poder regresar a su vida de lagartija, paseándose desnuda y espiritual sobre las rojas piedras caldeadas, libre de toda responsabilidad que no fueran las que le imponía el Dios del Panárquico. Pero la Santísima Señora había depositado en ella una carga sagrada.

—Mi mundo está cambiando —le había dicho la mujer con aspecto de rapazuelo, el pelo cortado y el vestido de tela—película—. Durante setecientos años fui una santa exclusivamente de las máquinas, porque no había más que máquinas, y fue a través de ellas como moldeé este mundo para convertirlo en un sitio bueno y agradable para el hombre. Y ahora que el hombre ha venido, he de redefinir mis relaciones. Me han hecho su diosa, algo que no he pedido y mucho menos deseado, pero es lo que soy, por lo tanto, debo aceptar la responsabilidad. Por eso he elegido a ciertos mortales selectos, y te ruego que me perdones la expresión, pero es que me sale de un modo natural; como te decía, los he elegido para que sean mis agentes en la tierra. Ocurre que sólo dispongo de la voz de los humanos para hablarles. Por lo tanto, te doy libremente mi voz profética y mi poder con las máquinas, este halo —así había surgido la luminiscencia alrededor de su muñeca izquierda— es el símbolo de tu calidad de profeta. Se trata de un campo pseudoorgánico de resonancia informativa; gracias a su poder, ejercerás un dominio sobre todas las máquinas. Utilízalo sabiamente, porque algún día, deberás responder por tu forma de administrarlo.

Aquello le parecía ahora un sueño. Pero de no ser por el halo que le rodeaba la muñeca izquierda, nada de todo eso habría sucedido. Las muchachas de los pueblecitos no conocen a los santos. Las muchachas de los pueblecitos, que medio locas y guiadas por su alma, vagan por el Gran Desierto, no son transportadas de regreso a casa en el haz luminoso de un Plymouth Azul volador. Mueren en el desierto y se convierten en

huesos y piel seca. Las muchachas de los pueblecitos no poseen el poder de controlar todas las máquinas mediante halos que llevan alrededor de la muñeca izquierda. Las muchachas de los pueblecitos no son profetisas.

Era una verdad como un templo. Santísima Catalina («llámame Cati, por el amor de Dios; nunca, jamás permitas que nadie te ponga un título que no hayas elegido por ti misma») no le había exigido ninguna virtud especial, sólo que fuera sabia y sincera. Pero la misión profética de Taasmin Mándela debía de consistir en algo más que pasarse el día sentada en una habitación con humo de incienso, realizando un milagro por minuto ante abuelas supersticiosas que hacían cola para verla.

Los periodistas de la revista tampoco habían contribuido. Todavía no había visto la revista; por algún motivo, sus padres le habían ocultado los ejemplares de muestra, pero tenía la certeza de que cuando llegara a los quioscos del mundo, los peregrinos harían cola hasta Meridiana. No volvería a ver la luz del día.

Por eso se rebeló.

—Si me quieren, pueden venir a buscarme.

—Pero Taasmin, cariño, tienes responsabilidades —arrullaba su madre.

—Utilízalo sabiamente, porque algún día deberás responder por tu forma de administrarlo; es lo único que me dijo ella. No me habló de responsabilidades.

—¿Ella? ¿Es así como te refieres a Nuestra Señora de Tharsis?

—Sí, y también la llamo Cati.

La Profetisa Taasmin comenzó a almorzar en el BAR/Hotel, a sestar por las tardes con la radio encendida, a plantar hileras de judías en el huerto de su padre y a encalar las paredes para que quedaran aún más

blancas. Si alguien necesitaba un milagro, o una curación, o una plegaria, los realizaría allí donde estuviera, en el hotel, en el pórtico, en el campo o junto a la pared. Cuando las exigencias de los fieles se le hacían muy pesadas, se retiraba a un rincón tranquilo del huerto del abuelo Harán, buscaba un sitio pacífico entre los árboles, se quitaba la ropa y se entregaba al puro y simple placer de ser.

Una mañana estival, en las afueras del pueblo apareció un anciano. Su brazo, su pierna y su ojo izquierdos eran mecánicos. Pidió prestada una pala a los Stalin, cuya enemistad inveterada, a falta de un enemigo digno, había quedado reducida al simple enfrentamiento marido/mujer, y cavó un agujero en el suelo, junto a las vías del ferrocarril. Se pasó todo el día y la noche dando vueltas y más vueltas alrededor del agujero, provocando con ello los comentarios de los meditabundos ciudadanos de Camino Desolación, y toda la mañana siguiente, hasta que Taasmin Mándela fue a contemplarlo para reírse de aquel hecho curioso. Al verla, el anciano se detuvo, la miró fijamente durante largo rato y le preguntó:

—¿Entonces eres tú la que busco?

—¿Quién lo pregunta?

—Inspiración Cadillac, antes llamado Ewan P. Dumbleton de Hironnelle; Pobre Criatura de la Inmaculada Contracción.

Taasmin Mándela no tenía muy claro si el último comentario se refería a él mismo o a ella.

—¿Hablas en serio?

—Muy en serio. He leído sobre ti en las revistas, jovencita, y he de saber si eres tú la que busco.

—Podría ser.

—Levanta la mano, ¿quieres?

Taasmin tendió la mano izquierda envuelta por el halo. Se cerró sobre la mano metálica de Inspiración Cadillac y un fuego azulado crepitó por sus miembros mecánicos y se bifurcó desde su ojo artificial.

—Eres la que busco, no hay duda —declaró.

Dos días más tarde, un tren se detuvo en Camino Desolación. No se parecía a ninguno de los trenes vistos hasta entonces. Era un vehículo traqueteante, ruidoso y siseante cuyas calderas amenazaban con volar por los aires a cada impulso de sus cansados ejes motores. Tiraba de cinco vagones desvencijados adornados por una pila de banderas, estandartes, emblemas religiosos y avíos sagrados de todo tipo, a los que iba atado un escuadrón de cometas y dirigibles con oraciones inscritas. Los vagones estaban atestados de pasajeros. Salieron por las puertas y las ventanillas como expulsados a presión y, a las órdenes de Inspiración Cadillac, despedazaron los vagones y el tren y con los pedacitos construyeron velozmente un pueblecito de tiendas, cobertizos y favelas. A pesar de la actividad frenética, ninguno de los espectadores dejó de notar que todos los trabajadores poseían al menos un miembro mecánico.

Se presentó una delegación oficial encabezada por Dominic Frontera y sus tres alguaciles recientemente nombrados, requisados en Meridiana por si el Ejército de la Tierra Entera intentaba otro golpe.

—¿Qué diablos hacéis?

—Hemos venido para servir a la profetisa de la Santísima Señora —respondió Inspiración Cadillac, y como si hubieran recibido una señal, los ciborgs constructores de las chabolas se hincaron de rodillas.

—Somos las Pobres Criaturas de la Inmaculada Contracción —prosiguió Inspiración Cadillac—. Anteriormente conocidos como los dumbletonianos, procuramos emular el ejemplo de Santa Catalina, o sea, el de la mortificación de la carne; reemplazamos nuestros pecaminosos miembros de carne y hueso por otros mecánicos, que son más puros y espirituales. Creemos en la espiritualidad de lo mecánico, en la completa transubstanciación de la carne en metal y en la igualdad de derechos para las máquinas. ¡Pero ay de nosotros! Hemos cumplido con tanto celo este último principio que por eso nos han expulsado del Enclave Ecuménico de Cristadelfia: la quema de fábricas fue del todo involuntaria, hemos sido tristemente incomprendidos y se ha abusado mucho de nosotros. Sin embargo, a través de diversos canales, espirituales y seculares, nos hemos enterado de la existencia de una jovencita que recibió la bendición de Nuestra Señora para ser profetisa, por eso hemos venido, respondiendo a la visión angélica de servirla, para obtener a través de ella nuestra mortificación perfecta.

Cuando Inspiración Cadillac terminó de hablar, llegó Taasmin Mándela, apartada de sus meditaciones por el creciente alboroto. Mientras contemplaba el mísero pueblecito y a sus andrajosos ocupantes, las Pobres Criaturas de la Inmaculada Contracción lanzaron un grito.

—¡Es ella! ¡Ella! ¡Es ella!

La masa de dumbletonianos se postró de rodillas en actitud de adoración.

—Bendita Niña —dijo Inspiración Cadillac con una horrenda sonrisa—, mira a tu rebaño. ¿Cómo podemos servirte?

Taasmin Mándela observó los miembros metálicos, las cabezas metálicas, los corazones metálicos, las vacías bocas de acero, los ojos de plástico. Le daban asco. Y gritó:

—¡No! ¡No quiero que me sirváis! ¡No deseo ser vuestra profetisa, vuestra señora, no os quiero! ¡Volved por donde habéis venido, dejadme en paz!

Se alejó a la carrera de sus enfurecidos adoradores, corrió por las piedras del borde hasta su antiguo refugio.

—No los quiero, ¿me oís? —les gritó a los muros de su cueva—. ¡No quiero sus horrendos cuerpos de metal, me dan asco, no quiero que me sirvan, que me adoren, no quiero tener nada que ver con ellos!

Elevó los brazos por encima de la cabeza y liberó todo su santo poder. El aire refulgió, azulado, la roca crujió y se estremeció y Taasmin Mándela lanzó al techo sus gritos frustrados que eran como rayos. Hasta que finalmente quedó vacía, y se sentó hecha un

ovillo sobre el suelo de piedra y meditó acerca del poder, la libertad y la responsabilidad. Se imaginó a las Pobres Criaturas de la Inmaculada Contracción. Vio sus manos metálicas, sus piernas metálicas, sus brazos metálicos, sus hombros metálicos, sus ojos de acero, sus mentones de latón, sus orejas de hierro, sus caras medio de carne y medio de metal asomadas a sus cuchitriles feos y destartalados. Y sintió compasión. Eran patéticos. Pobres y débiles infelices, criaturas patéticas. Les enseñaría una forma mejor, los conduciría a la dignidad.

Después de pasarse cuatro días en la cueva meditando y haciendo buenos propósitos, Taasmin Mándela se sintió hambrienta y regresó a Camino Desolación a buscar un cuenco de cordero con pimientos al BAR/Hotel.

El halo le brillaba tanto que nadie podía mirarlo. Su pueblo era un hervidero de trabajadores de la construcción con cascos amarillos, había enormes excavadoras y palas mecánicas amarillas. Unos inmensos dirigibles de transporte, también amarillos, descargaban estibas de veinte toneladas de vigas de acero pretensado y unos larguísimos trenes amarillos bajaban a unos depósitos amarillos el cemento premezclado y la arena.

—¿Qué diablos pasa aquí? —inquirió Taasmin Mándela repitiendo inconscientemente la misma pregunta que había formulado el alcalde a guisa de bienvenida.

Encontró a Inspiración Cadillac supervisando el vertido de los cimientos. Vestía un mono amarillo y un casco del mismo color. Le entregó a Taasmin un casco similar para que se lo pusiera.

—¿Te gusta?

—¿Qué?

—Villa Fe —respondió Inspiración Cadillac—. Centro espiritual del mundo, lugar de peregrinaje y descubrimiento para todo aquel que busca.

—¿Cómo has dicho?

—Tu basílica, Señora. Es la ofrenda que te hacemos: Villa Fe.

—No quiero una basílica, no quiero una Villa Fe, no quiero ser el centro del mundo espiritual, el descubrimiento de todo aquel que busca.

Un cargamento de vigas osciló en el aire debajo de una nave de transporte que descendía.

—¿De dónde sale todo el dinero para esto? Dímelo. Los ojos de Inspiración Cadillac estaban concentrados en el trabajo. Por su expresión, Taasmin supo que ya veía la basílica terminada.

—¿El dinero? Ah, bueno. ¿Por qué crees que la llamamos Villa Fe?

34

El Más Grandioso Jugador de Billar que el Universo hubiera conocido y el Rey del Swing caminaban un día por la calle de Tombolova, en Belladonna, cuando el Más Grandioso Jugador de Billar que el Universo hubiera conocido se detuvo ante un pequeño altar de la calle, emplazado entre un club de striptease masculino y un bar de tempura.

—Mira —dijo el Más Grandioso Jugador de Billar que el Universo hubiera conocido.

Ante la estrella de nueve puntas de Santa Catalina una joven rezaba; sus labios se movían silenciosamente mientras iba susurrando la letanía, y al dirigir la mirada al cielo, en sus ojos se reflejó la luz de los cirios. El Más Grandioso Jugador de Billar que el Universo hubiera conocido y el Rey del Swing la observaron mientras terminaba sus rezos, encendía una varita de incienso y prendía con un alfiler una plegaria en el dintel de la puerta.

—Me he enamorado —declaró el Más Grandioso Jugador de Billar que el Universo hubiera conocido—. Debe ser mía.

Se llamaba Santa Ekatrina Santesteban. Tenía la piel suave y cetrina, y el pelo y los ojos tan negros como el lugar secreto que hay cerca del corazón. Vivía con su madre, su padre, sus cuatro hermanas y sus tres hermanos, su gato y su pájaro cantor, en un apartamento que había encima de la Tienda de Especias y Condimentos de Chambalaya, en el callejón de la Estación. Después de años de vivir encima de la tienda del señor Chambalaya, su piel había absorbido el perfume de las especias y los inciensos. «Estoy medio hecha al curry», acostumbraba a bromear. Le gustaba bromear. Le encantaba reír. Tenía once años. Limaal Mándela la quería con locura.

Atraído por el aroma de cardamomo, jengibre y cilantro, la siguió por callejuelas y callejones hasta su casa, encima de la tienda del señor

Chambalaya, y allí, ante su padre, su madre, sus cuatro hermanas y sus tres hermanos, su gato y su pájaro cantor, se inclinó humildemente y la pidió en matrimonio. Al cabo de diez días ya estaban casados. Glen Miller hizo de padrino, y los novios salieron andando del registro civil para dirigirse al riksha que los esperaba bajo un dosel de tacos de billar levantados. En un flotador especial, la orquesta de Glen Miller siguió a la procesión de la boda hasta la estación de Bram Tchaikovsky y ejecutó una selección de sus más grandes éxitos, mientras los novios subían al tren. Sobre ellos cayó una lluvia de arroz y lentejas y los amigos sinceros pegaron plegarias de papel y buenos augurios en la parte trasera del riksha y el costado del tren. Mientras sonreía y saludaba a las multitudes que lo ovacionaban, Limaal Mándela apretó la mano de su esposa y fue entonces cuando reparó en una idea fugaz.

Aquella había sido la única cosa irracional que había hecho en su vida.

Pero la irracionalidad se estaba acumulando sobre él. Se había estado acercando durante meses, sofrenada un poco en su avance cuando derrotó al diablo, pero había vuelto luego a cernerse sobre él. Había caído sobre él para atraparlo a través de Santa Ekatrina en el momento aquél, entre el club de striptease masculino y el bar de tempura... Dichoso con su esposa, luego con Rael, su primer hijo, y con Kaan, su segundo vástago, padecía de una feliz ceguera que le impedía ver que Dios le estaba preparando Algo Grande.

Desde que derrotara al Anti—Dios, Limaal Mándela había gobernado en el país del Billar sin que nadie lo desafiara. Y como nadie podía vencerlo, nadie jugaba con él. Su propia excelencia lo había descalificado del juego de un modo efectivo. Los Campeonatos Metropolitanos y Provinciales, incluso los Continentales y Mundiales se realizaban sin su presencia y los campeones eran coronados con estos títulos: «Maestro de Belladonna, después de Limaal Mándela» o «Campeón Profesional de Desembarco en Solsticio, además de Limaal Mándela».

A Limaal Mándela no le preocupaba. Su ausencia de los salones de billar le dejaba tiempo libre para estar con su adorada esposa y sus hijos. Su ausencia de los salones de billar le dio tiempo a la irracionalidad para impregnarlo.

Cuando en los ambientes de billares de Belladonna corrió la voz de que había aparecido un desafiante de la supremacía de Limaal Mándela, todo el mundo supo que ese desafiante debía de ser alguien, o algo, realmente excepcional. Tal vez el mismo Panarcos había decidido empuñar el taco con la mano que dirigía las galaxias para humillar al orgulloso humano...

Nada más lejos de la realidad. El desafiante era un hombrecito insignificante, tímido y callado, que llevaba unas gafas del revés y se sosegaba con el aire nervioso de un aprendiz de administrativo en una gran empresa. Y ésa habría sido la esencia de la cosa, a no ser por el hecho significativo de que había cortado a su mujer en trozos muy pequeños y los había picado para hacer hamburguesas, y como castigo, lo habían convertido en el vehículo carnal del Anagnosta Gabriel, la personalidad proyectada del ordenador de ROTTECH. Era un psiconámbulo, un hombre de los obi, una criatura de los cuentos infantiles de aparecidos.

—¿Cuántos triángulos? —preguntó Limaal Mándela en el salón trasero del Jazz Bar de Glen Miller, porque era un jugador cuya habilidad estaba firmemente unida a su sentido de pertenencia a un lugar.

—Treinta y siete triángulos —respondió Casper Brindieleche, el hombre de los obi.

No se discutieron los envites. No tenían importancia. Se jugaba el título de el Más Grandioso Jugador de Billar que el Universo hubiera conocido. Limaal Mándela ganó el turno de salida y comenzó a jugar el primero de los treinta y siete triángulos. Tal como había deducido correctamente años antes, cuando Carambola O'Rourke le había mostrado el destino que se había negado a aceptar, el billar era el juego supremo del racionalismo. Pero el Anagnosta Gabriel era la encarnación del racionalismo. Para su alma superconductor, las bolas que había en la mesa no se diferenciaban en nada del ballet de la tecnología orbital que iba desde los monitores del tamaño de una uva a los habitáis de decenas de kilómetros de ancho, y de cuya coreografía se encargaba él rutinariamente. Tras cada golpe que Casper Brindieleche daba con el taco, un pequeño fragmento de esa potencia para la computación efectuaba cálculos precisos del efecto, el impulso y la velocidad. La «suerte» no tenía una palabra análoga en la glosolalia de los Anagnostas. Anteriormente, siempre había existido la afortunada chiripa, el error fortuito del contrincante que había permitido a Limaal Mándela sacar un triángulo de ventaja, la serie acumulada de circunstancias adversas que desmoralizaban al enemigo impulsándolo a la autoderrota, pero los ordenadores no se desmoralizan, ni cometen errores. Limaal Mándela había sostenido siempre que la habilidad derrotaba a la suerte. Comprobó entonces cuánta razón había tenido siempre.

En la pausa de mitad del partido (porque hasta los hombres obi deben comer, beber y orinar), Glen Miller llevó a Limaal Mándela a un rincón y le susurró:

—Has cometido algunos errores. Qué mala suerte. Limaal Mándela se puso furioso y acercó su cara sudorosa a la del músico de jazz.

—No digas eso, jamás digas eso, que no vuelva a oírte decir eso. Cada cual se forja su propia suerte, ¿entendido? La suerte es pura cuestión de habilidad.

Soltó al trastornado director de orquesta, avergonzado y asustado al comprobar cuánto había subido a su alrededor la marea de la irracionalidad. Limaal Mándela nunca perdía los nervios, se dijo. Eso decían las leyendas. Limaal Mándela ocultaba su alma. Pero su explosión de ira lo había avergonzado y desmoralizado, y cuando el juego se reinició, el Anagnosta Gabriel capitalizó cada uno de sus errores. Había alguien más racional que él. Sentado en su silla, limpiaba automáticamente su taco, mientras las manos guiadas por ordenador de Casper Brindieleche iban ganando punto tras punto y le enseñaban lo que se sentía al jugar contra él. Era como si un enorme peñasco rodara hacia él para aplastarlo. Así había hecho sentir a sus contrincantes: crucificados por el odio a sí mismos. Odiaba ese odio que había inspirado en los incontables contrincantes que había derrotado. Era algo horrendo, que desgastaba y corroía el alma. En su callado rincón, Limaal Mándela aprendió lo que eran los remordimientos, y el odio a sí mismo fue carcomiéndole las fuerzas.

Tenía las manos dormidas y torpes, los ojos secos como dos piedras del desierto; era incapaz de darle a las bolas. «Limaal Mándela va perdiendo, Limaal Mándela va perdiendo»; la voz salió en espiral del Jazz Bar de Glen Miller y se propagó por las calles y callejones de Belladonna y tras ella llegó un silencio tan profundo que el clic clac de las bolas fue propagado por los ventiladores hasta el último rincón de la ciudad.

Él ordenador lo hizo polvo, arena molida. No tuvo piedad, no le dio cuartel. El juego continuaría hasta que la victoria quedara asegurada. Limaal Mándela perdió un triángulo tras otro. Dejó que su contrincante le ganara puntos que, de habérselo propuesto, habría conservado para sí.

—¿Qué te ocurre, hombre? —le preguntó Glen Miller, sin comprender la angustia de su protegido.

Limaal Mándela volvió en silencio a la mesa. Lo estaban destruyendo ante la mirada de los espectadores. No soportaba levantar la vista y ver que Santa Ekatrina lo observaba. Hasta sus enemigos sufrían por él.

Entonces todo acabó. La última bola entró en la tronera. El Anagnosta Gabriel de ROTECH, que funcionaba a través de las sinapsis del asesino condenado, se convirtió en el Más Grandioso Jugador de Billar que el Universo hubiera conocido. La ciudad y el mundo lo aclamaron. Limaal Mándela se desplomó en su silla, eliminado por su propia arma. Santa Ekatrina se arrodilló para abrazarlo. Limaal Mándela miraba al frente, sólo veía la marea de la irracionalidad que lo había tragado.

—Voy a regresar —dijo—. No puedo quedarme aquí, con la vergüenza a mi lado cada minuto del día. Volveré a casa.

Cinco días más tarde, partió en dos todos sus tacos, los quemó y arrojó su contrato con Glen Miller a lo alto de la pira. Después recogió a su mujer, a sus hijos, sus bolsas y su equipaje y todo el dinero que su vista pudo soportar, y con ese dinero negro compró cuatro billetes en el tren que salía para Camino Desolación.

En la Estación de Bram Tchaikovsky, los mozos de cuerda le tiraban de los faldones del abrigo y le preguntaban:

—¿Le llevo el equipaje, señor Mándela, por favor, señor, le llevo el equipaje?

Metió sus bolsas en el tren. Al salir del inmenso domo adornado de mosaicos de la Estación de Bram Tchaikovsky, los vagabundos, los pilluelos y mendigos que eran demasiado pobres como para costearse un billete de tercera, se dejaron caer desde las torres de las señales al techo del tren. Se colgaron de los costados del tren y golpearon las ventanillas gritando:

—¡Por el amor de Dios, señor Mándela, déjenos entrar, amable señor, buen señor, por favor, déjenos entrar, señor Mándela, por el amor de Dios!

Limaal Mándela corrió las cortinas, llamó al revisor y después de la primera parada en Robles de la Catedral no hubo más molestias.

35

El cilindro de documentos enrollados colgaba del hombro de Mikal Margolis a veinticinco centímetros de las vías. Mikal Margolis colgaba de la parte inferior de un vagón Punto 12, de primera clase, con aire acondicionado, de los Ferrocarriles Belén Ares. El vagón Punto 12 de primera clase, con aire acondicionado, de los Ferrocarriles Belén Ares colgaba de la parte inferior de Nueva Columbia, y Nueva Columbia colgaba de la parte trasera del mundo mientras éste orbitaba en torno al sol a razón de dos millones de kilómetros por hora y transportaba a Nueva Columbia, al ferrocarril, al vagón, a Mikal Margolis y al cilindro de documentos.

El Empalme de Ishiwara se encontraba al otro lado del mundo. Los brazos de Mikal se habían vuelto fuertes, podían aguantarlo colgado de la parte inferior de los trenes, durante toda la órbita del mundo alrededor del sol. Ya no sentía el dolor, ni el de los brazos ni el del Empalme de Ishiwara. Empezaba a sospechar que poseía una memoria selectiva. Viajar colgado debajo de los trenes le dejaba mucho tiempo libre para pensar y hacer examen de conciencia. La primera de estas ocasiones después de lo acontecido en el Empalme de Ishiwara, había pergeñado el plan que lo condujo por vías brillantes, a través de empalmes, transbordos, puntos, rampas y patios de maniobra a medianoche, hacia la ciudad de Kershaw. Lo sombrío sentía una irresistible atracción por lo sombrío. El cilindro con papeles que llevaba en bandolera no le permitía elegir ningún otro destino.

Se movió para adoptar la posición menos incómoda e intentó imaginarse la ciudad de Kershaw. Su imaginación llenó el enorme cubo negro de cavernosos bulevares comerciales donde los exquisitos artefactos provenientes de miles de talleres atraían las

miradas y las billeteras; un nivel tras otro de centros recreativos donde se hallaba satisfacción a todo tipo de caprichos, desde partidas de Go en casas de té aisladas y conciertos de la Sinfonía más grande del mundo, hasta sótanos llenos de glicerina y goma blanda. Habría museos y auditorios, barrios de artistas y bohemios, mil restaurantes representativos de las mil gastronomías mundiales y parques cubiertos de diseño tan ingenioso que quienes pasearan por ellos tendrían la impresión de estar bajo cielo abierto.

Se imaginaba las fundiciones ruidosas donde se construían las orgullosas locomotoras de la Compañía de Ferrocarriles Belén Ares y la Cochera Central desde donde partían hacia la mitad norte del mundo; y las plantas químicas subterráneas que soltaban sus desechos hirvientes al lago de Syss y las granjas-factorías donde se recogían las cepas de bacterias artificiales de los tanques de aguas residuales para procesarlas en miles de cocinas de miles de restaurantes. Pensó en los recogeaguas de lluvia y en los sistemas brillantemente económicos de recuperación y purificación del líquido elemento; pensó en los conductos de aire por los que se arremolinaban huracanes perpetuos, el aliento sucio de dos millones de Accionistas exhalado a la atmósfera. Se imaginó los áticos de las castas dirigentes en la superficie exterior, sus vistas al Syss y su costa mugrienta con una panorámica que aumentaba en función de la altitud, y los apartamentos de los tranquilos distritos residenciales para familias asomados a tragaluces brillantes y ventilados. Pensó en los niños, felices y bien lavados, en las escuelas de la Compañía, donde aprendían las alegres lecciones sobre el feudalismo industrial; no les resultarían nada difíciles, pensó Mikal, porque cada segundo de cada día se encontraban inmersos en el mejor ejemplo de tal filosofía. Suspendido debajo de la sección de primera del Servicio Nocturno de Nueva Columbia, Mikal Margolis contempló con los ojos del alma toda la obra de la Compañía Belén Ares y gritó:

—¡Pues bien, Kershaw, aquí me tienes!

Fue entonces cuando los primeros vahos ácidos del Syss se le instalaron en la garganta y las lágrimas le nublaron la vista.

Existe un nivel inferior al del trabajo maquinal y monótono en el que Johnny Stalin se había incorporado a la capital de la Compañía Belén Ares. Es el nivel reservado a aquellos que llegan a la Cochera Central colgados de la parte inferior de la sección de primera del Servicio Nocturno de Nueva Columbia. Es el nivel de los sin número. Es el nivel de la invisibilidad. Pero no la invisibilidad experimentada que permitió a Mikal Margolis huir de la Cochera Central sin ser visto, entre las masas de Accionistas de la Compañía, sino la invisibilidad del individuo ante la persona jurídica.

Después de subir un tramo de escalera de mármol y de trasponer diez puertas de bronce de la altura de un hombre, Mikal Margolis se encontró en un cavernoso vestíbulo de mármol reluciente y pulido silencio.

Ante él se alzaba una enorme y fea estatua de la Victoria Alada con la leyenda «Laborare est Orare». A varios kilómetros de allí, por los llanos de mármol, había un escritorio de mármol sobre el cual colgaba un letrero que decía «INFORMACIÓN SOBRE ENTREVISTAS, CITAS Y AUDIENCIAS». Los zapatos de Mikal Margolis, gastados de tanto trajinar en tren, resonaron vulgarmente al hollar el sagrado mármol. El gordo vestido con el traje de papel de la Compañía lo miró de arriba abajo desde detrás de su muralla de mármol.

—¿Sí?

—Quisiera pedir una cita.

—¿Sí?

—Quisiera ver a alguien del Departamento de Desarrollo Industrial.

—Será de las Oficinas Regionales de Desarrollo.

—En relación con el acero.

—Oficinas Regionales de Desarrollo, Departamento de Hierros y Aceros.

—En la zona de Camino Desolación... el Gran Desierto, ¿sabe?

—Un momento. —El gordo recepcionista escribió en el teclado de su ordenador—. Oficina de Proyectos y Desarrollos del Cuarto de Esfera Noroccidental, Departamento de Hierros y Aceros, Oficinas Regionales de Desarrollo, Despacho 156302, por favor, póngase en la cola A para rellenar la solicitud preliminar de cita con el subsecretario del Departamento de Sub—sub—planificación. —Le entregó a Mikal Margolis una hoja de papel—. Su número es el 33.256. La cola A está saliendo por esas puertas.

—¡Pero se trata de algo importante! —exclamó Mikal Margolis agitando el rollo de documentos ante la nariz del recepcionista—. No puedo esperar a que otras 33.255 personas me pasen delante simplemente para... para entregar una solicitud al subsecretario.

—Una solicitud preliminar de una solicitud preliminar de cita con el subsecretario del Departamento de Sub-sub-planificación. Bien, si es urgente, señor, deberá colocarse en la cola B, para presentar una solicitud para entrar en el Programa de Procesamiento Prioritario. —Arrancó un nuevo número—. Aquí tiene. Número 2.304. Por la puerta B, por favor.

Mikal Margolis rompió en pedazos los dos números y los lanzó al aire.

—Consígame una cita ahora mismo para mañana a más tardar.

—Es imposible. A más tardar, le podemos dar cita para el próximo octiembere, el quince, para ser exactos, con el director de Tratamiento de Aguas Residuales y Agua Potable, a las 13:30 horas. No puede usted desorganizar todo el sistema, señor, es por el bien de todos. Aquí tiene un nuevo número. Deme el suyo para que pueda saber quién pide la cita y póngase en la cola B.

—¿Cómo dice?

—Que me dé su número y que se ponga en la cola B.

—¿Qué número?

—El número de Accionista. ¿No tiene usted un número de Accionista?

—No.

—Entonces tendrá un visado de visitante temporal. ¿Me puede dar ese dato, por favor?

—No tengo visado...

El grito ultrajado del gordo recepcionista hizo volver la cabeza a quienes estaban del otro lado de la catedral de mármol.

—¡No tiene número! ¡Ni visado! ¡Santísima Señora, es usted uno de esos... uno de esos...!

Comenzaron a sonar un montón de timbres.

Por unas puertas invisibles salieron los policías de la Compañía con uniformes negros y dorados y avanzaron. Mikal Margolis buscó un sitio donde refugiarse.

—¡Detengan a este vagabundo, este pordiosero, este holgazán, este inútil! —gritó el recepcionista—. ¡Detengan a este..., este trabajador autónomo!

Le salían espumarajos por la boca.

Los policías sacaron unos cortos bastones de choque y cargaron.

Una explosión repentina de fuego automático hizo que todos se tiraran al suelo. El típico gritón que suele aparecer en estas circunstancias gritó. Una figura con traje de papel gris se colocó junto a la puerta que daba a la cola A e intimidó a cuantos se encontraban en el vestíbulo con una pequeña ACM negra.

—¡Que nadie se mueva! —gritó. Nadie se movió—. ¡Ven hacia aquí! Mikal Margolis miró a su alrededor para comprobar a quién se refería el pistolero. Se señaló a sí mismo preguntando sin voz «¿yo?».

—¡Sí, tú! ¡Ven hacia aquí! ¡Muévete!

Uno de los policías de la Compañía debió de haber echado mano de su comunicador, porque hubo otra ráfaga que levantó esquirlas de mármol. Mikal Margolis se puso en pie mansamente. El pistolero le hizo señas de que se le acercara por el costado, dejándole libre el campo de fuego.

—¿Qué pasa? —preguntó Mikal Margolis.

—Te estamos rescatando —le contestó el pistolero con traje de hombre de negocios—. A partir de ahora, pase lo que pase, sígueme sin importunarme con preguntas. —Metió la mano en el bolsillo interior de su traje, sacó una granada de humo y la lanzó al vestíbulo—. Corre.

Mikal Margolis no supo nunca qué distancia corrió ni por cuántos pasillos de mármol, roble o plástico, sencillamente se limitó a correr

con la zancada veloz de quien espera que en cualquier momento le metan una bala en la espina dorsal. Cuando los sonidos de la persecución y la búsqueda quedaron atrás, su salvador se detuvo y abrió un panel de la pared con una herramienta muy ingeniosa.

—Entra por aquí.

—¿Por ahí?

Los sonidos de la persecución y la búsqueda se hicieron de repente más audibles.

—Entra.

Los dos hombres se zambulleron por el agujero de la pared y la sellaron después. El salvador fijó el botón del láser de su ACM en posición de emisión al azar y alumbrado por su luz azulada, condujo a Mikal Margolis por una jungla de cables, conductos y tuberías.

—Ojo con eso —le advirtió cuando Mikal Margolis estuvo a punto de agarrarse de un cable para no caerse después de tambalearse en el borde de un conducto de ventilación de dos kilómetros—. Es un cable de veinte mil voltios.

Mikal Margolis apartó la mano como si hubiera tocado una víbora o un cable de veinte mil voltios.

—¿Quién eres?

—Arpe Magnusson, Ingeniero del Servicio Técnico de Sistemas.

—¿Con una ACM?

—Soy autónomo —le aclaró el ingeniero del servicio técnico de sistemas, como si esa palabra lo explicara todo—. ¿Ves esas motas de polvo brillante? Ten cuidado. Son de un láser de comunicaciones. Te arrancarían la cabeza.

—¿Autónomo?

—Un independiente dentro de la economía cerrada de la Compañía. Todo un insulto. Yo también, como tú, quería ver a alguien de la Compañía porque tenía una gran idea que revolucionaría el sistema de aire acondicionado de Kershaw, pero nadie quiso verme sin número ni visado. Así que me vine aquí, detrás de los muros, porque aquí atrás no hacen falta números, y me uní a los Autónomos. Eso fue hace cuatro años.

—¿Hay más de uno?

—Seremos unos dos mil. En este cubo hay lugares que no aparecen en ningún plano de la Compañía. De vez en cuando hago trabajos como independiente para los Accionistas; sobre todo chapuzas domésticas, cuando se les rompe algo, las cosas siempre se rompen, es política de la Compañía, tienen una tasa de fallos incorporada, y no les gusta mucho eso de reparar aparatos, para la Compañía es mucho mejor si compras un objeto nuevo, así que se van pasando el dato y entonces voy yo y lo arreglo. Además, me encargo de vigilar la oficina de Citas por si aparecen Autónomos potenciales. Con frecuencia llega alguien como tú, entonces me los llevo detrás de las paredes.

—¿Con una ACM?

—Es la primera vez que tengo que usarla. Llegué a ti un poco tarde, la computadora casi no capta la llamada a la policía. Cuidado con la corriente del ventilador... No es fácil vivir aquí, pero si superas los primeros doce meses, todo te irá bien. —Magnusson tendió la mano a Mikal Margolis—. Bienvenido a los Autónomos, amigo.

Entre trampas, ácidos, desechos químicos, apagones y el peligro de electrocutarse, los meses que siguieron fueron los más felices de la vida de Mikal Margolis. Se encontraba constantemente amenazado, tanto por los peligros que había entre las paredes como por las incursiones esporádicas de los Limpgrups de la Compañía, pero jamás se había

sentido más cómodo o relajado. Era con lo que siempre había soñado en sus largas estancias en la periferia del desierto. La vida era brutal, peligrosa y maravillosa. Centavito, la computadora de los Autónomos, que vivía en su cuartel general, una maraña de cables de soporte tendidos por el Conducto de Ventilación 19, le proporcionó los números de identificación de Accionistas muertos, y así equipado, Mikal Margolis podía comer impunemente en cualquiera de los refectorios que la Compañía tenía en la ciudad, bañarse en los baños públicos de la Compañía, vestirse con los trajes de papel de la Compañía adquiridos en las máquinas tragaperras de las esquinas, e incluso dormir en una cama de la Compañía hasta que ésta retirara de circulación el número del difunto. Cuando eso ocurría, regresaba al mundo de tuberías y conductos de acceso para dormitar en su hamaca suspendida encima de un pozo de ventilación de un kilómetro de profundidad, mecido por el aliento de cien mil Accionistas.

Al oír la alarma casi saltó de la hamaca. De no haber sido por su adiestrado ingenio de Autónomo, se habría precipitado por el pozo de ventilación. Se detuvo para recuperar la serenidad. Estar sereno significaba sobrevivir. Piensa antes de actuar. Prudencia, nada de espontaneidad. Comprobó si llevaba el rollo de documentos colgado del hombro, luego aferró la cuerda-liana y se lanzó como Tarzán hasta el borde del conducto. Alarmas de proximidad. Limpgrups.

La acumulación de quejas sobre las sabandijas que asolaban los circuitos había llegado hasta tal extremo que el Departamento de Tratamiento de Aguas Residuales y Agua Potable se vio obligado a tomar medidas. Palpó en busca de su máscara antigás. Estaba exactamente donde la había dejado. Se la colocó y se lanzó hacia un conducto de energía superior que corría paralelo al pozo de inspección. Miles de amperios fluyeron junto a su mejilla. Espió por una rendija en el revestimiento metálico y observó como las nubes de gases antidisturbios bajaban por el túnel. Los haces de los reflectores perforaban las nubes de gas tóxico. El Limpgrup apareció en su campo visual: dos hombres y una mujer, con traje de ejecutivos del Departamento de Tratamiento de Aguas Residuales y Agua Potable, unos hombres gordos como globos en sus trajes de plástico transparente y aislante. De sus mochilas iban lanzando una niebla de gas neurotóxico por el túnel y exploraban el aire con los perturbadores sónicos que llevaban en las muñecas. Uno de los miembros del Limpgrup captó la alarma de Mikal Margolis y se la enseñó a los otros. Los tres asintieron y los haces de sus cascos subieron y bajaron.

La cabeza de Arpe Magnusson, enfundada en una máscara de gas, apareció por una escotilla, seguida de un brazo y de una nota.

SÍGUEME Y FÍJATE CON ATENCIÓN

Los dos hombres se escabulleron por el laberinto de túneles de acceso, caballetes de soporte y conductos de aire hasta llegar al empalme con el conducto de ventilación del nivel diez por el que acababa de pasar el Limpgrup. Sobre las rejillas metálicas yacían los cuerpos rígidos de los ratones muertos, prueba de la eficacia del armamento de los Limpgrups. Arpe Magnusson señaló hacia tres serpenteantes mangueras de plástico. Mikal Margolis asintió. Sabía lo que eran, los umbilicales del Limpgrup. Arpe Magnusson siguió los umbilicales hasta llegar a su conducto de salida. Le hizo señas a Mikal para que observara con atención; desenroscó las mangueras de aire y las conectó al tubo de aguas residuales del nivel diez. Un líquido amarronado circuló por las mangueras y se dirigió a toda velocidad hacia la lejanía envuelta en gas lechoso. De inmediato, los haces de las lámparas de los cascos se detuvieron y luego comenzaron a moverse con frenesí. Finalmente, cayeron al suelo y quedaron inmóviles. Segundos más tarde, los dos hombres oyeron claramente tres explosiones suaves, húmedas y amarronadas.

Mikal Margolis llevaba dos años en los túneles cuando por fin le llegó la oportunidad. La computadora informó de una muerte en el Departamento de Proyectos y Desarrollos del Cuarto de Esfera Noroccidental, Departamento de Hierros y Aceros. Un secretario adjunto de Sub-sub-producción se había lanzado a un geiser de Bahía Amarilla por una mala

decisión en el Proyecto Arcadia. Incluso antes de que fuera repescado del geiser y extraído medio cocido por la Brigada Crisantemo, empleada específicamente para llevar a cabo tales tareas, Mikal Margolis se había apoderado de su número, su nombre, su trabajo, su escritorio, su despacho, su apartamento, su vida y su alma. El riesgo de abordar de un modo tan directo al Director/Gerente de Proyectos y Desarrollos del Cuarto de Esfera Noroccidental era grande: las probabilidades de ser reconocido eran casi del cien por cien, pero Mikal Margolis no estaba dispuesto a invertir varios años y perder una sustanciosa suma de dinero negro para abrirse paso a través de ayudantes personales, subgerentes subalternos, organizadores de sector, analistas subalternos de sistemas, directores de venta, directores financieros (jóvenes y veteranos), directores de área, directores de división, directores de proyectos, subgerentes y gerentes de personal de los directores de proyectos. La información que contenía su cilindro de documentos era importante.

Fue así como un martes por la mañana, aproximadamente a las 10:15, que era la mañana que mejor contribuía a la paz de espíritu del hombre de negocios, según sostenía Lemuel Hastylleros en los dos volúmenes de su Psicología de las prácticas empresariales, publicados por Ree & Ree, Mikal Margolis se enderezó la corbata de papel y llamó a la puerta del Director/Gerente de Proyectos y Desarrollos del Cuarto de Esfera Noroccidental.

—Pase —le ordenó el Director/Gerente de Proyectos y Desarrollos del Cuarto de Esfera Noroccidental.

Mikal Margolis entró, hizo una amable reverencia y con voz clara aunque no demasiado alta, anunció:

—Los informes mineralógicos sobre el Proyecto Camino Desolación.

Ocupado con la terminal de su ordenador, el Director/Gerente de Proyectos y Desarrollos del Cuarto de Esfera Noroccidental le volvía la espalda.

—No recuerdo ningún Proyecto Camino Desolación —repuso el Director/Gerente de Proyectos y Desarrollos del Cuarto de Esfera Noroccidental.

De repente, Mikal Margolis sintió la boca seca como lengua de loro. Aquella voz le resultaba extrañamente familiar.

—El Proyecto Camino Desolación, señor; el proyecto para la extracción de minerales y arena. Los estudios de viabilidad que pidió el consejo de planificación.

El engaño era tan enorme que debía tener éxito de puro audaz. Mikal Margolis tenía la certeza de que el Director/Gerente de Proyectos y Desarrollos del Cuarto de Esfera Noroccidental no conocía la cara y el nombre de cada empleado de su división. También tenía la certeza de que el Director/Gerente de Proyectos y Desarrollos del Cuarto de Esfera Noroccidental estaba tan ocupado que no había manera de que se acordara de todas sus decisiones.

—Deme más datos que me refresquen la memoria. Comenzaba a picar.

—Se descubrió que las arenas rojas de la región que rodea el asentamiento aislado de Camino Desolación contienen un nivel extraordinariamente elevado de óxidos de hierro; de hecho, la arena es prácticamente pura herrumbre. El objetivo del proyecto era estudiar los medios de explotar este recurso mediante la actuación bacteriológica sobre las arenas herrumbradas para que fuera así más fácil procesarlas. Está todo descrito en este informe, señor.

—Muy interesante, señor Margolis.

El corazón de Mikal Margolis dejó de latir durante un momento peligrosamente largo. El Director/Gerente de Proyectos y Desarrollos del Cuarto de Esfera Noroccidental se volvió y lo miró de frente. Al principio, Mikal Margolis no reconoció al elegante joven, de aspecto tranquilo, poderoso y peligroso; al menos no le recordaba en nada al niño regordete y llorón que él había conocido.

—Santo Dios. Johnny Stalin.

—Accionista 703286543.

Mikal Margolis esperó a que llegara la policía de la Compañía. Esperó, esperó y esperó. Finalmente, dijo:

—Y bien, ¿no va a llamarlos?

—No hará falta. Veamos sus archivos.

—¿Qué pasa con mis archivos?

—Quiero verlos. Si merecen la pena arriesgarse a salir de detrás de los muros para representar esta charada... Lo sé todo sobre usted, señor Margolis, todo, por lo tanto, ha de valer la pena verlos.

—Pero...

—Pero es usted un asesino convicto y un Autónomo... Señor Margolis, mi padre era un idiota y si yo me hubiera quedado en Camino Desolación, ahora sería un pobre granjero cualquiera y no un emprendedor hombre de negocios. Lo que le haya usted hecho a mi familia en el pasado, pasado está. Y ahora, enséñeme esos archivos. Supongo que habrá realizado un estudio completo de los aspectos mineralógico, químico, biológico, así como de los costos para sustentar todo esto.

Mikal Margolis rebuscó en el interior del maletín robado y desplegó los papeles sobre el escritorio del Director/Gerente de Proyectos y Desarrollos del Cuarto de Esfera Noroccidental. Sujetó las esquinas con pequeños pisapapeles en forma de muchachos desnudos, tendidos de espaldas, con las piernas en el aire.

36

—Le daré la tierra —dijo Umberto Gallacelli mientras sesteaba en su cama, con la cabeza apoyada en una pila de calzoncillos sucios—. Sólo la tierra entera es algo digno de ella.

—Le daré el mar —dijo Louie Gallacelli mientras se anudaba la corbata de cordones frente al espejo. Desde que los peregrinos habían empezado a llegar, el trabajo había aumentado—. Se parece mucho al mar, es indómita, ilimitada, inquieta aunque complaciente. Para ella, el mar. —Le echó una mirada al grasiento de Ed Gallacelli, que estaba enfrascado en la lectura de un ejemplar de Mecánica práctica, y le dijo—: Ey, Eduardo, ¿qué vas a regalarle a nuestra encantadora esposa para su cumpleaños?

No muy partidario de hablar innecesariamente, Ed Gallacelli apartó la revista y lanzó una sonrisa sutil. Esa noche se marchó en el Expreso de Meridiana sin decirles a sus hermanos cuándo volvería. Faltaban siete días para que Persis Jirones cumpliera veinte años. Esos siete días pasaron como una ráfaga. Louie trabajaba como fiscal durante dieciséis horas diarias en el tribunal de primera instancia de Dominic Frontera: los peregrinos habían traído consigo delitos y delincuentes menores, y con un alcalde duro y un abogado acosado que atendía hasta cincuenta casos por día, la cárcel del pueblo estaba casi siempre llena. Los tres alguaciles bonachones que Dominic Frontera había conseguido de la comisaría de Meridiana apenas daban abasto para contener la avalancha de faltas y pequeñas infracciones.

Umberto había dado un paso para salir de la agricultura y dedicarse al negocio inmobiliario. El alquiler de sus campos había resultado una operación tan rentable que se asoció con Rael Mándela para transformar la piedra dura y la arena en tierras de labor, que luego alquilaban a unos precios poco menos que ruinosos. Hasta Persis Jirones tenía tanto trabajo que había contratado más personal y estaba considerando la posibilidad de alquilar la casa del otro lado del callejón para ampliar su local.

—El negocio prospera —declaró a sus parroquianos, y con una inclinación de cabeza, indicó a los piadosos peregrinos que, sentados en sus rincones, bebían sus licores de guayaba y pensaban en la Señora Taasmin—. El negocio prospera.

Cada noche, a la misma hora, Sevriano y Batisto salían juntos y entonces ella los miraba, lanzaba un suspiro y se preguntaba cómo se habrían hecho tan mayores en sólo nueve años. Eran tan endiabladamente apuestos y encantadores como sus padres. En Camino Desolación no había una sola muchacha que no quisiera irse a la cama con Sevriano y Batisto, preferentemente con los dos a la vez. Al acordarse de eso, les pedía que se acercaran a la barra para alisarles el pelo negro y rizado, que volvía a rizárseles en cuanto salían por la puerta, y sin que nadie la viera, les metía en los bolsillos de las camisas pastillas anticonceptivas masculinas.

Nueve años. Ni siquiera el tiempo era como antes. La nostalgia tampoco. Sobresaltada, Persis Jirones cayó en la cuenta de que sólo faltaban cinco días para que cumpliera los veinte. La mitad de la vida. A partir de los veinte ya nada cabía esperar. Qué extraño cómo volaba el tiempo. Ay, volaba. Cuánto hacía que no pensaba en volar... tanto tiempo que ya ni recordaba cuánto. La picadura había desaparecido pero le quedaba la comezón. No era piloto. Era hostelera. Una buena hostelera. No era una profesión menos honorable que la de piloto. Al menos eso se decía. Cuando la gente hablaba de un peregrinaje a Camino Desolación, mencionaban el BAR/Hotel. Debía estar orgullosa, pero en el fondo de su corazón, sabía que habría preferido estar volando.

Sobresaltada, advirtió que tenía un cliente.

—Lo siento. Estaba muy lejos de aquí.

—No te preocupes —le dijo Rael Mándela—. Ponme dos cervezas más. ¿Alguna novedad sobre ese marido fugado? Umberto dice que ya van siete días.

—Ya aparecerá.

Ed era el clon negro de la prole. Mientras sus hermanos estaban sedientos de éxito y se habían convertido en abogado y agente de la propiedad, Ed se había conformado con seguir en su cobertizo arreglando pequeños aparatos sin cobrar nada a cambio. Adorado Ed. ¿Dónde estaría?

Amaneció el día del vigésimo aniversario y Umberto y Louie le organizaron a su esposa un desayuno sorpresa con tartas, vinos y adornos. Y Ed seguía sin aparecer.

—Es un holgazán —dijo Umberto.

—¿Qué clase de marido ha de ser para no presentarse al cumpleaños de su esposa? —se preguntó Louie.

Le entregaron los regalos a Persis Jirones.

—Te regalo la tierra —dijo Umberto, el granjero de uñas sucias, y le entregó a su mujer un anillo de diamantes, confeccionado a mano por los joyeros enanos de Yazzoo.

—Y yo te regalo el mar —dijo Louie, y le entregó un bono para unas vacaciones en las Islas de Barlovento en el Mar de Argyre—. Te has pasado diez años trabajando sin tomar vacaciones. Ahora puedes marcharte todo el tiempo que quieras. Te lo mereces.

Los dos la besaron. Y Ed seguía sin aparecer.

Fue entonces cuando Persis Jirones oyó un ruido. No era muy fuerte, se habría perdido fácilmente en el feliz alboroto de la fiesta, de no haber estado diez años aguzando el oído para escucharlo. El ruido se fue haciendo más perceptible pero, con todo, ella era la única que lo oía. Como presa del impulso de un Arcángel, se puso en pie. El sonido la invitaba a abandonar el hotel y a salir al aire libre. Ya sabía de qué se trataba. Motores bicilíndricos Maybach/Wurtel en configuración impelente—expelente. Se protegió los ojos contra el fulgor y miró al cielo. Ahí estaba, saliendo del sol, una mota negra que se fue transformando primero en pájaro, luego en halcón, luego en un atronador bimotor de acrobacias Yamaguchi & Jones que pasó raudo por encima de su cabeza mientras, envuelta en la nube de polvo y piedrecitas levantada por la corriente de aire producida por las hélices, observaba como el avión daba la vuelta. Vio a Ed Gallacelli que la saludaba desde el asiento del acompañante, Ed el callado, Ed el sombrero, Ed el conformista. A partir de ese momento, Persis Jirones lo amó a él y únicamente a él, porque de todos sus maridos, había sido el único que la había entendido como para regalarle lo que más

quería. Umberto le había regalado la tierra, Louie, el mar, pero Ed le había devuelto el cielo.

37

Una debilidad evocadora que había sido incapaz de superar la impulsaba a regresar una y otra vez a la Marisquería de Raano Thurinnen del Bulevar del Océano. No era la calidad de la sopa de pescado, sin lugar a dudas indiscutible. No era el rostro alegre de Raano Thurinnen, sonrojado a causa de la cerveza Sthaler, aunque ahora la llamaba «señorita Quinsana». Se debía entonces, pensó, al hecho de que los tres años que había trabajado allí no podían ser relegados al olvido.

—¿Lo de siempre, señorita Quinsana?

—Sí, gracias, Raani.

El cuenco de humeante sopa de pescado le fue servido por una adolescente de ojos apagados que mascaba paan.

«La chica no durará tres meses, y mucho menos tres años», pensó Marya Quinsana. Pero la sopa de pescado estaba deliciosa. Resultaba extraño que en todos los años que había trabajado allí, cuando habría podido tomarla gratuitamente, jamás la hubiera probado.

La energía que había tenido entonces seguía asombrándola. Servía sopa de pescado, bullabesa y guiso de quimbombó de las dieciséis a la medianoche; después se levantaba a las ocho de la mañana y se iba para las oficinas del partido, en Paisaje Kayanga, a ensobrar papeles y a hacer campaña en el Muelle 66. Fue simpatizante del partido, luego miembro, luego trabajadora hasta que llegó el momento de decidir entre la candidatura y la sopa de pescado. En realidad, no le quedó más alternativa, pero seguía estándole agradecida a Raano y sus dólares. Había aprendido mucho a través de las bocas llenas de sopa de sus clientes, lo suficiente como para reescribir el Manifiesto del partido para las Elecciones de la Asamblea Regional de Syrtia y llevarlo a la victoria en los balcones de todo el continente. Había compartido un lugar en el balcón junto con los demás trabajadores leales al partido, había aplaudido el éxito de los candidatos, pero en el fondo había pensado: «pobres títeres, pobres títeres». Los había manipulado hasta que llegaron al poder diciéndoles que escucharan al pueblo.

Escuchad al pueblo, les había dicho, enteraos de lo que le gusta, de lo que detesta, qué lo enfurece, qué lo hace feliz, qué le preocupa y qué no. El partido que escucha es el partido vencedor. Pero en el fondo, lo que ella quería que escucharan era a Marya Quinsana que les decía que escucharan.

—Deberías presentarte a las elecciones —le había sugerido Mohandas Gee—, tú sabes mucho sobre lo que el pueblo quiere.

Había rechazado la oferta. En aquel momento. Lo habían tomado como dedicación. Había sido ambición. Le llegaría la hora cuando se celebraran las elecciones mundiales; faltaban dos años. En ese tiempo, ella fue el martillo, y su Manifiesto, el yunque sobre el que se forjó el Partido Nuevo. Una celosa voluntad de reformas sacudió a los cuadros. Se adoptó un nuevo Colegio Electoral y más de un viejo reaccionario («los políticos profesionales», tal como los denunciaba Marya Quinsana) se encontró con que no aparecía en las listas cuando se llevaron a cabo las votaciones regionales. No obstante, Marya Quinsana avanzaba con sigilo. No debía permitir que nadie desenmascarara su hipocresía esencial: ella, la detractora del profesionalismo, pretendía llevar a la arena política una nueva dimensión del profesionalismo. Todavía había demasiadas luminarias políticas con poder suficiente como para destruirla.

Mojó el pan en la sopa de pescado y contempló la flota pesquera que trabajaba con redes y velas en los muelles, al otro lado del Bulevar del Océano. Años y décadas. Esas

elecciones se conformaría con un puesto de consejera. Tres años más tarde ascendería a la gloria como líder del partido. Las gaviotas chillaban y revoloteaban sobre las trampillas abiertas de las barcas pesqueras. Años y décadas. La política era como un mar. El Manifiesto era la red, el populacho, los peces, y ella, la capitana de la trainera.

Raano Thurinnen se sentó pesadamente a su mesa.

—¿Qué tal está la cena, señorita Q?

—La misma calidad estimable de siempre, Raani.

—Estupendo. Dentro de cinco minutos saldrá por la radio, si quiere oírse.

—No aguanto las emisiones electorales. Mi voz parece la de una llama. Además, te arruinan el apetito. ¿Irás a votar mañana?

—Por supuesto. Por usted, señorita Q.

—Calla, Raani. Que el voto secreto es un derecho constitucional de todo ciudadano.

—No me avergüenza que todo el mundo se entere. El que no esté de acuerdo conmigo, que se marche de mi restaurante.

—Vamos, Raani, los derechos democráticos, ¿recuerdas? Todos tenemos libertad de opinión.

—En mi restaurante, no. Vaya, hoy entraron dos tipos con distintivos del Ejército de la Tierra Entera y empezaron a repartir octavillas. No voy a permitir que en mi restaurante se hagan cosas así, de modo que los eché. Por cierto, se pusieron un poco insolentes y tuve que golpear un par de cabezas. Y una chica que iba con ellos trató de arañarme los ojos, ¿se imagina? Yo no sé bien de qué va ese Ejército de la Tierra Entera, señorita Q, pero las opiniones son una cosa y matar y tirar bombas pues... Hay que hacer algo, ¿no le parece? Usted se encargará de eso, ¿no es así, señorita Quinsana? La verdad, tengo miedo de que vengan y me quemén el local; he oído decir que ya se lo han hecho a otros. ¿Hará usted algo, señorita Q? Debe detenerlos, están todos locos, y la música que tocan no es buena para los jóvenes. Los vuelve a todos tarumbas. No pienso permitirles que entren más aquí... Cuando usted salga elegida, sé que los detendrá.

—Lo haré —dijo Marya Quinsana—. Tienes mi palabra.

La radio anunció entonces que emitirían un programa político sobre el Partido Nuevo en el que participaría Marya Quinsana. Mientras sonaba la música, se preguntó cuántas de las promesas electorales que había hecho iba a poder cumplir con tanta certeza como su promesa de acabar con el Ejército de la Tierra Entera.

38

Ahora que los árboles estaban bien crecidos y daban una sombra preciosa, el abuelo Harán se pasaba cada vez más tiempo en el jardín que había hecho. Le encantaba pasarse el tiempo reflexionando sobre las cosas del pasado. Pensaba en su niñez en las Cataratas de Thompson, en Evgeny, su primera esposa; pensaba en la niñez de su hijo y en la del hijo de su hijo. Pensaba en su hija adoptiva, esa muchacha salvaje y primitiva; en su nieta, convertida en una deidad en contra de su propia voluntad; en su nieto, el Más Grandioso Jugador de Billar que el Universo hubiera conocido. ¿Volvería a verlo? Reflexionaba sobre las cosas sobre las que reflexiona un hombre de cuarenta y cinco años. Y cuando así reflexionaba, le gustaba que le llevaran las comidas, para poder comer en la tranquilidad de su jardín, sin que interrumpieran el hilo de sus pensamientos, y en un par de ocasiones, Babooshka se había visto obligada a ir a buscarlo al atardecer para que volviera a casa.

—Deberías abrirlo al público —le dijo Rael Mándela, pensando en los bolsillos repletos de los peregrinos que acudían en manadas a ver a su hija—. El Jardín de la Serenidad de la Gris Señora. Veinte centavos la entrada.

Últimamente, a las Pobres Criaturas de la Inmaculada Contracción les había dado por llamarla la Gris Señora.

—No pienso hacer nada parecido —respondió el abuelo Harán—. Es mi jardín y está reservado a mi uso personal, de mi mujer y de aquellos huéspedes que yo decida invitar.

Para preservar esa intimidad, había contratado a un puñado de paupérrimas Pobres Criaturas del poblado de chozas llamado Villa Fe que rodeaba la basílica gris y les había pagado para que erigieran un muro alrededor del jardín. Satisfecho con su obra, levantó un portón que cerró con un enorme candado y guardó una llave en su bolsillo y la otra, la colgó de una cadena de oro y se la puso a su esposa alrededor del cuello.

Cuando el alboroto y la actividad del nuevo pueblo de Camino Desolación, con sus empresarios y vendedores de baratijas religiosas y sus hosteleros que cobraban tarifas desorbitadas, crecieron demasiado, se encerraban en el jardín a escuchar el canto de los pájaros y los saltos de los peces en el arroyuelo. Plantarían flores y arbustos, porque un jardín nunca está terminado mientras el jardinero viva, y a medida que iban trabajando con los dedos sucios de tierra por senderos y parterres de flores, iban descubriendo zonas que no recordaban haber plantado: vallecitos secretos, pequeñas cascadas, frescas arboledas, un laberinto, un jardín de arena, un prado con césped y un reloj de sol en el centro.

—Querida esposa, ¿no tienes a veces la impresión de que nuestro jardín se extiende más allá del muro que hemos construido a su alrededor? —inquirió el abuelo Harán.

Después de andar casi una hora por un misterioso sendero de lajas, habían llegado a un banco de piedra que había debajo de un sauce, donde se sentaron a descansar. Babooshka miró el cielo extrañamente suave; no se parecía en nada al azul oscuro de Camino Desolación y estaba cubierto de nubes esponjosas.

—Esposo Harán, creo que tal como hemos cultivado este jardín, él nos ha cultivado a nosotros, y las cosas inesperadas que en él hallamos son las semillas que ha sembrado en nuestra imaginación.

Durante largo rato permanecieron sentados y en silencio en el banco de piedra debajo del sauce, contemplando las nubes, sosegados con ese sosiego propio de los ancianos que no necesitan hablar para comunicarse. Cuando el mundo comenzó a apartar su rostro del sol, abandonaron el banco de piedra y regresaron por senderos más silvestres y hermosos que los que habían recorrido antes, hasta llegar al portón del muro. Los vendedores de pasteles y los turistas con cara pálida como el suero de leche pasaron por el sendero y los empujaron cuando los abuelos cerraron el portón.

—Creo que si lo que dices es verdad, entonces es posible que nuestro jardín tenga una extensión y una variedad infinitas —comentó el abuelo Harán.

Rebosante de alegría, Babooshka se puso a aplaudir y exclamó:

—¡Entonces, esposo Harán, hemos de explorar! Empezaremos mañana, ¿de acuerdo?

A la mañana siguiente, bien temprano, antes de que los senderos y los callejones se llenaran de forasteros, Babooshka y el abuelo Harán se embarcaron en la exploración del jardín. Babooshka ató al portón un extremo del enorme ovillo de bramante y comenzó a desenrollarlo. En el morral llevaba dieciocho ovillos iguales, sus cuadernos y sus lápices de dibujo, para poder trazar un mapa del interior de la imaginación, y dos almuerzos. El abuelo Harán marchaba delante, equipado con un opticon, un sextante, un reloj y una brújula. Transcurridos diez minutos desde que abandonaran el portón, marido y mujer se encontraron en territorio desconocido.

—Aquí debería haber un grupo de hayas de crecimiento acelerado —anunció el abuelo Harán—. Yo mismo las he plantado, lo recuerdo perfectamente. —Ante él se extendía un vallecito arbolado. Unos bosquecillos de rododendros alegraban las pendientes y un arroyuelo fluía entre las piedras—. Aquí no hay rododendros. Están a la izquierda del portón... El jardín... creo que se transforma constantemente. Fascinante.

—Calla —le ordenó Babooshka—. ¿Oyes esa voz?

El abuelo Harán aguzó el oído, menos agudo que el de su mujer.

—¿Es real?

—Sí. Calla, escucha. ¿Has oído lo que ha dicho?

—Me ha parecido oír a mi hijo gritar que Limaal regresará a casa.

—Pues así es. Marido mío, ¿continuamos?

El abuelo Harán dejó que el bramante se deslizara entre sus dedos. A su espalda apenas lograba adivinar la silueta del portón de hierro. Ante él veía el nuevo valle y le pareció que más allá se extendía un paisaje inmenso y virgen, una tierra de colinas arboladas y ríos caudalosos, de brillantes prados y venados saltarines.

—Adelante —ordenó, y juntos bajaron al valle; él iba observando la posición del sol y marcando el rumbo con la brújula, y ella, desenrollando el bramante.

Cruzaron el arroyo y, cogidos de la mano, subieron por las laderas arboladas y los prados llenos de flores y jamás regresaron.

Cuando Rael Mándela fue a buscarlos, sólo se encontró con el bramante que Babooshka había ido desenrollando. Siguió su curso sinuoso alrededor de los árboles, los parterres de flores, las fuentes y los arbustos, recorriendo una enorme espiral que se iba enroscando hacia adentro, partiendo de las paredes hacia el corazón del jardín. Se asomó por un muro de alheña a un prado pequeño y ordenado y llegó al final del bramante. Estaba atado al tronco de un frondoso olmo, un olmo que crecía tan cerca de otro que sus ramas y sus raíces se habían entrelazado de tal manera que ya ningún hombre podría separarlas.

39

Limaal Mándela había llegado a Camino Desolación con su mujer, sus hijos y sus enseres para huir de la plaga de la gente, pero tan grande era su fama que se pasó la mayor parte del primer año como un prisionero en su propia casa.

—¡No soy el Más Grandioso Jugador de Billar que el Universo haya conocido! —gritaba, frustrado, a las multitudes de admiradores que se reunían cada mañana ante la casa de los Mándela—. Ya no. ¡Marchaos! ¡Id a rendirle pleitesía al Anagnosta Gabriel de ROTECH, no os quiero!

Finalmente, Rael Mándela, padre, montó guardia de día con su escopeta para mantener alejada a la chusma, y Eva Mándela, que en verano hilaba al aire libre, debajo del magnolio que había delante de la casa, se distinguió por sus magníficas dotes de recepcionista y filtradora de visitantes. Cuando Limaal Mándela se disponía a gozar del primer período de paz que había tenido desde que entrara en el Jazz Bar de Glen Miller con el taco bajo el brazo, sobre Camino Desolación cayó la plaga de los topógrafos.

Y la plaga de los topógrafos dio paso a la plaga de las cuadrículas de plástico, y la plaga de las cuadrículas de plástico dio paso a la plaga de planificadores, que dio paso, a su vez, a la plaga de los trabajadores de la construcción, y la plaga de trabajadores de la construcción obligó a Limaal Mándela a volver a su aislamiento. Cuando se hubo acostumbrado a los peregrinos y empresarios, y ellos a él, el pueblo se vio repentinamente invadido por las sucesivas oleadas de topógrafos, planificadores y trabajadores de la construcción hasta que los hoteles, pensiones, tabernas, posadas y barracones se llenaron a rebosar. Limaal ya no podía ir andando hasta la Tienda de Ramos Generales de Pentecostés a comprar el Heraldo de Meridiana sin que una decena de voces gritaran: «¡Ey, mira, Sanchi, es Limaal Mándela!», «Te digo que es él, el Más

Grandioso Jugador de Billar que el Universo haya conocido», «Es... sí... es Limaal Mándela», y sin que una decena de manos buscaran hojas de papel, facturas, recibos, resguardos de apuestas para pedirle un autógrafo, y sin que recibiera una decena de invitaciones para jugar partidas de exhibición en algún hotel, bar o centro obrero.

—¿Qué diablos pasa aquí? —inquirió, furioso, a Santa Ekatrina—. El desierto entero está plagado de agujeros como una diana de dardos, y lo han cuadriculado con cinta plástica, y ahora llega maquinaria pesada de construcción como para edificar un continente extra. Y cuando la gente de aquí ya se había hecho a la idea de que me he retirado y no quiero hablar de billar ni de derrotar al diablo ni de la competición para el título de el Más Grandioso Jugador de Billar que el Universo haya conocido, cuando ya puedo ir al bar o a una tienda tranquilamente, me tengo que volver a esconder. ¿Qué rayos están haciendo ahí fuera, construyendo un ascensor espacial extra?

Kaan Mándela, de cuatro años, brillante, osado y con la boca llena de pilaf de cordero, le contestó:

—El hierro, papá. El desierto está lleno de hierro. La maestra dice que es pura herrumbre y ella sí que sabe, porque era geógo... geógló...

—Geóloga. ¡Hierro! Santísima Señora, ¿y después qué? De modo que esos de ahí fuera son de la Compañía Belén Ares. Yo no sé... ¿adonde irá a parar Camino Desolación?

En los años que había pasado en Belladonna, Camino Desolación había cambiado mucho, tanto que a Limaal Mándela le resultaba casi irreconocible. Santos, profetas, basílicas, hombres con brazos de metal, hoteles, posadas, pensiones de mala muerte, todo iluminado con llamativas luces de neón, cometas con plegarias, gongs y arpas de viento, campanarios llenos de clamor, abuelos desaparecidos, jardines amurallados, parientes misteriosos que desaparecían tan deprisa como habían surgido, esquinas llenas de forasteros de facciones blandas y asombradas, cinco trenes diarios y además un puerto, tiendas, bares, chozas y chabolas; por las noches gente durmiendo en los callejones, gente haciendo cola todo el día junto a una puerta con el cartel de «Suplicantes»; robos, violaciones, secuestros: ¡policías! Alguaciles con varas de choque, tribunales, y Louie Gallacelli con toga de abogado, propiedades inmuebles y alquileres. Vendedores de pastelillos en cada esquina; muchachos con carros, buhoneros, marchantes de curiosidades religiosas: ¡calles! Hormigón armado, chapa ondulada, vidrio, acero y plástico; cerveza que sabía a pis: ¡comida importada! Colas en las bombas de agua, hectáreas de generadores solares, y el olor de los excrementos, que todo lo impregnaba, de los digestores de metano sobrecargados. Bicicletas, rikshas, triciclos: ¡camiones! La gente gritaba durante la siesta y entraba sin llamar; gente, extranjeros que miraban y miraban, y hablaban, y abrían la boca y hacían ruido. Hasta su hermana le resultaba extraña, encerrada en el interior del horrible carbunco de cemento que llamaban Basílica de la Gris Señora, a la que sólo tenían acceso los piadosos suplicantes, los penitentes y los que tenían corazón de peregrino. Limaal Mándela conservaba todavía suficiente orgullo mundano como para negarse a hacer cola junto a la puerta con el cartel de «Suplicantes».

—Esta casa, este pueblo, este mundo... ¿adonde irán a parar? —gritó, y salió dando un portazo para cruzar el patio y dirigirse a casa de sus padres.

En los veinte segundos que tardó en cruzar el patio cubierto de excremento de llamas, apartó a dos fotógrafos, y una mujer oculta en las sombras, detrás de un laurel en maceta, le suplicó que abusara de ella.

—¡Madre, este pueblo me ha llevado a la distracción! Eva Mándela, que trabajaba en su bastidor de tapices, sonrió y lo saludó:

—¡Limaal! ¡Cuánto me alegra verte!

—¡Madre, no tengo intimidación! ¡Hace treinta segundos una mujer me imploró que la atara, la amordazara, la cubriera con un plástico y le meara encima! ¡Esto no puede seguir así! ¡He de tener intimidación!

—Tienes una cara famosa, Eimaal.

—Esa parte de mi vida se ha acabado, madre.

—Mientras vivas, todas las partes de tu vida seguirán vigentes. Para eso estamos aquí. Dime, Limaal, ¿qué opinas de esto? Le enseñó el tapiz en el que trabajaba.

—Muy bonito —respondió Limaal Mándela temblando de rabia.

—¿Sí, verdad? Es la historia de este pueblo. Estoy poniendo en este tapiz todo lo que ha ocurrido y cuando me haya muerto, al mirarlo, tus hijos y sus hijos sabrán que tienen una historia de la cual enorgullecerse. Es muy importante conocer tus raíces, de dónde vienes, y adonde vas. Ése es tu problema, Limaal, has venido de alguna parte, pero todavía no sabes adonde ir. Debes tener un objetivo.

Limaal Mándela no dijo palabra, pero se quedó rascando las lajas polvorientas con el pie. Después, le dio un beso breve en la mejilla a su madre, se dio media vuelta y salió corriendo de la casa, dejó atrás a la mujer frustrada y a los fotógrafos pirata encaramados en las ramas de las moreras, cruzó su cocina, dejó atrás a sus hijos y a su mujer asustados y se internó en la noche donde rugían las pesadas máquinas de construcción. Siguió andando con sombría determinación, haciendo caso omiso de los gritos de reconocimiento y elogio de los obreros, y entró en el huerto lleno de hierbajos de la casa—cueva del doctor Alimantando. Habían forzado la puerta, el vestíbulo estaba lleno de polvo y olía a moho. Al encenderse los paneles luminosos, los murciélagos salieron volando del refugio de las vigas.

En alguna parte de aquel lugar tenía que estar la clave de la insatisfacción, de la irritabilidad, del malhumor, del desasosiego. De niño había creído que el doctor Alimantando tenía todo el ingenio y la sabiduría humanas escritos en sus paredes, y lo que él necesitaba era una diana hacia la cual apuntar su racionalismo. Limaal Mándela permaneció de pie ante las paredes llenas de jeroglíficos cronodinámicos y en sus labios se esbozó una sonrisa. Una luz se había encendido en su interior. Tal vez ya no fuera el Más Grandioso Jugador de Billar que el Universo hubiera conocido, pero ante él estaba la clave para convertirse en Amo del Tiempo y el Espacio. Ante él tenía una vida de misterio, proezas, fracasos y triunfos.

—¿Pa? —la voz lo sobresaltó—. Pa, ¿te encuentras bien? Era Rael, su hijo, que ya había recibido la maldición familiar. Limaal Mándela posó una mano sobre la cabeza de su hijo.

—Me encuentro bien. Ocurre simplemente que desde que llegamos aquí no he sabido qué quería hacer conmigo mismo.

—Ya te entiendo. Eras como una cometa de papel en el viento. ¿Tan incapaz había sido de ocultar su frustración?

—Pues ya se acabó. Rael, tu padre será un Caballero de la Ciencia y el Saber, igual que el doctor Alimantando de las historias que te he contado sobre este lugar. Fíjate en esto... —Padre e hijo se arrodillaron para examinar las borrosas anotaciones—. Aquí empieza todo.

Recorrió con el dedo la línea del razonamiento por toda la pared, subió y dio vueltas a la habitación, mientras Rael, hijo, lo seguía, y así empezaron sus años de seguimiento de la línea que lo conducirían al centro del techo de la sala meteorológica del doctor Alimantando.

40

—¡Mirad! —gritó Inspiración Cadillac, mientras las luces de las lámparas del quirófano se reflejaban en su cráneo de acero—. ¡La primera mortificación absoluta!

Los cirujanos, las enfermeras y los expertos en prótesis se hincaron de rodillas con los brazos levantados en señal de adoración. Taasmin Mándela se apartó de la cosa metálica que yacía sobre la mesa de operaciones. La espantaba.

Bajo el domo plástico, el cerebro palpitaba, sembrado de transductores electromecánicos. Se disparó una neurona, un transductor se retorció, se levantó un brazo metálico, unos dedos metálicos se abrieron para aferrar el aire.

—¡Gloria, gloria, gloria! —vociferaron cirujanos, enfermeras y expertos en prótesis.

—Apartadlo de mí —masculló Taasmin Mándela—. Me pone enferma. Inspiración Cadillac se le acercó de inmediato para persuadirla con suaves susurros.

—¡Señora, considera la proeza, se trata de la primera mortificación absoluta! ¡La carne convertida en metal! Se trata de un momento sagrado.

La envidia mal disimulada de su tono hizo que Taasmin Mándela retrocediera aterrada. Aquella cosa abrió un párpado metálico y enfocó hacia ella un globo ocular de acero. La suave órbita metálica estaba perforada por tres ranuras negras. La boca se abrió para vomitar un torrente de galimatías ininteligibles. Intentó sentarse y abrazarla.

—¡Matadla, matad a esa cosa repulsiva, apartadla de mí! —chilló Nuestra Señora Taasmin.

La Mortificación Absoluta se sentó. La recorrió un espasmo. El galimatías cibernético aumentó de volumen hasta convertirse en un grito metálico. De la boca temblorosa manó un hilillo de aceite. Los cirujanos, las enfermeras y los expertos en prótesis se incorporaron de un salto y se abalanzaron hacia la mesa de operaciones. La Mortificación Absoluta tuvo un espasmo, se estremeció y se desplomó con un estrépito de instrumentos. En medio de la confusión, Taasmin Mándela huyó del quirófano y corrió por vacíos pasillos antisépticos y claustros recocidos por el sol en medio de un crujir de tela de circuitos impresos.

Al anochecer, meditaba en el jardín de arena cuando oyó los cánticos. Los mantras mecánicos de las Pobres Criaturas entremezclados con los gritos más roncocos del populacho tocaron el borde de sus percepciones con un sonsonete plateado y la devolvieron al mundo de los nombres. Los problemas nunca terminan. Se estiró arqueando la espalda para contrarrestar la tiranía impuesta por el taburete de meditación. Un minuto más e Inspiración Cadillac llamaría a su puerta para devolverla a sus responsabilidades. Se levantó del taburete, fue a su habitación a ponerse sus mejores ropas grises. Inspiración Cadillac encontraba su desnudez inquietante y poco espiritual.

Estaba preparada para que llamase a la puerta.

—¿Qué ocurre?

—Hay un problema, Señora. Las Pobres Criaturas...

—Ya las he oído.

—Creo que será mejor que lo veas por ti misma. Inspiración Cadillac la condujo por los claustros recocidos por el sol, que devolvían su calor diurno al cielo.

—¿Cómo ha ido vuestro... experimento?

Taasmin no logró disimular el estremecimiento de su voz y evidentemente, Inspiración Cadillac se percató de ello, porque le contestó:

—Con todo respeto, no deberías denigrar la labor de los científicos, intentan perfeccionar la nueva humanidad, el hombre del futuro. Sin duda, en este caso el cuerpo del paciente tocó a su fin, pero su valentía y su fe le han hecho acreedor de ponerse inmediatamente en la presencia del Gran Ingeniero.

Inspiración Cadillac abrió una pesada puerta ornamentada que daba a la calle. El sonido de los cánticos y los vítores aumentó.

—¿Qué ocurre?

—Te ruego que me sigas, Señora.

El camarleno y la profetisa doblaron una esquina y se encontraron con una nutrida multitud que estaba de espaldas.

—Desde aquí se ve mejor —le sugirió Inspiración Cadillac haciendo subir a Taasmin Mándela por un tramo de escalones de piedra que conducían a un balcón.

Más allá del cerco de asombrados ciudadanos, Taasmin Mándela alcanzó a ver los miembros mecánicos bajo el sol vespertino. Las Pobres Criaturas de la Inmaculada Contracción se arrodillaron junto al cercado eslabonado que rodeaba las obras de Aceros Belén Ares. En el aire flotaba el murmullo de sus mantras binarios y sus brazos torpes se movían con ademanes de ferviente devoción que imitaban los movimientos de las grúas. Cada pocos segundos, una Pobre Criatura abandonaba su sitio en la congregación y, haciendo caso omiso de los avisos que indicaban que la alambrada estaba electrificada, apoyaba sus prótesis metálicas contra el cerco. Salían chispas; el adorador soltaba un quejido y se arqueaba presa del éxtasis religioso. Después, volvía a su sitio y continuaba con su cántico de 10111010101111000011011101010 mientras otro pasaba a ocupar su sitio.

—¿Qué es lo que hacen? —inquirió Taasmin Mándela.

—Creo que resulta evidente, Señora. Están en pleno proceso de adoración.

—¿Y adoran una obra en construcción?

—Al parecer, entre las órdenes inferiores de Villa Fe ha comenzado a circular una profecía. Según esta profecía, lo que la Compañía Belén Ares está construyendo es nada menos que el lugar de nacimiento, si podemos considerar esta expresión como correcta, del Mesías de Acero, el Liberador, la Máquina con Corazón de Hombre, que liberará a las demás máquinas de la milenaria esclavitud de la carne.

—¿Y por eso adoran un... un montón de cimientos y excavaciones?

Al otro lado del cerco de alambre, el turno de obreros de la construcción que salía en ese momento, se detuvo para contemplar a los dumbletonianos.

—Justamente por eso. La obra es sagrada, un lugar de veneración y culto.

Taasmin Mándela volvió a contemplar la riada de Pobres Criaturas que avanzaban hacia el alambre electrificado para inmolarse en él.

—Es repugnante —susurró. Una voz en la multitud gritó:

—¡Mirad! ¡Es ella! ¡La Gris Señora!

Las cabezas se volvieron y los dedos señalaron en su dirección. Las Pobres Criaturas interrumpieron su Adoración de la Alambrada y volvieron sus ojos metálicos hacia el balcón. Una joven con el pecho y la pierna izquierda metálicos se puso en pie y gritó:

—¡Un mensaje! ¡Danos un mensaje!

El cántico se propagó instantáneamente por toda la congregación.

—¡Mensaje! ¡Mensaje! ¡Danos un mensaje! ¡Mensaje! ¡Mensaje! ¡Danos un mensaje!

Cinco mil ojos crucificaron a Taasmin Mándela.

—Esperan tu liderazgo, Señora —le dijo Inspiración Cadillac, lisonjero.

—No puedo —susurró Taasmin Mándela—. Me dan asco. Es repugnante, una idolatría.. No hay espiritualidad, verdadero culto... esto debe terminar.

—Eres su líder, su jefa espiritual, su pastora, su guía y su conciencia. Debes liderarlos.

El cántico aumentó hasta convertirse en un frenesí. El suelo se estremeció bajo el golpeteo de dos mil quinientos puños.

—¡No! ¡Me niego! ¡Es una abominación! No soy Dios para desear que me adoren... lo detesto. No os pedí que me siguierais, soy una sierva de la Santísima Señora, no de los dumbletonianos, soy hija de Panarcos, no de las Pobres Criaturas de la Inmaculada Contracción. —Intentó tragarse las palabras pero salían volando de sus labios como dulces pájaros—. ¡Ni de ti, Ewan P. Dumbleton!

De pronto dejó de oír el cántico y de sentir la fuerza de las exigencias de las Pobres Criaturas. Miró el ojo de carne de Inspiración Cadillac y vio en él tanto odio ardiente que se quedó boquiabierta.

«¿Y siempre me ha odiado tanto?», pensó, y supo, incluso cuando lo pensaba, que sí, que la odiaba, desde el momento en que la había tomado de la mano en el pozo, junto a las vías del ferrocarril, Inspiración Cadillac la había odiado y le había tenido envidia

porque ella era la verdadera mensajera de Dios, cuando él no había hecho más que inventarse a sí mismo. Envidiaba su espiritualidad, porque él sólo podía permitirse el lujo de exhibir una cansada mundanería oculta tras una máscara de santidad. La envidiaba y la odiaba y dedicaba cada uno de los minutos del día a manipularla, corromperla y controlarla.

—Cuánto debes de odiarme —musitó.

—¿Cómo dices, mi Señora? No te he oído bien. ¿Qué mensaje le darás a tu pueblo? Te están esperando. —Su voz estaba cargada de hipocresía.

Taasmin Mándela apretó el puño izquierdo. El halo brilló con un azul intenso que no logró ocultar a los ojos de la muchedumbre.

—Somos enemigos, Inspiración Cadillac, Ewan Dumbleton, o como te llames. Eres mi enemigo, y enemigo de Dios.

—¿Es ése el mensaje que quieres dar a tu pueblo? El cántico le latía en el espíritu.

—¡Sí! ¡No! Diles esto: fui elegida por Santa Catalina como emisaria suya en el mundo de los hombres. Me ha dicho que después de haberse pasado setecientos años siendo la Santa de las Máquinas desea conducir a los hombres hacia Dios. Hacia Dios, no hacia una fábrica. Diles eso a tus fieles.

Salió del balcón a grandes zancadas y regresó a sus aposentos privados. Se sentía bien por tener un enemigo así como un amigo. Después de años sin logros se sintió decidida y poderosa. Era un cruzado de Dios, luchaba por una causa buena, era un ángel con una espada llameante. Se sentía bien. Muy bien, mejor de lo que le estaba permitido sentirse a ningún otro profeta de la Santísima Señora.

41

Cada mañana, a las once y once, Arnie Tenebrae se ponía de pie en el extremo de su cama para contemplar tres cosas más allá de los barrotes de su ventana. En orden de perspectiva eran: un naranjo en una maceta de barro, treinta y seis kilómetros de arenales y un cielo azul. Ninguna de estas tres cosas experimentaba jamás el más mínimo cambio, pero cada día, a las once menos once, Arnie Tenebrae se ponía de pie en su cama no porque encontrara esas tres cosas siquiera mínimamente interesantes, sino porque Migli lo había prohibido expresamente (el temor a la horca, suponía ella), y cada día, a las once y doce, cuando él llegaba puntualmente, a Arnie le gustaba conseguir una pequeña victoria antes de la ignominia de las sesiones diarias de rehabilitación.

—Señorita Tenebrae, por favor, no se ponga de pie en la cama. A... a los guardias no les gusta.

El cielo era azul. Los arenales, pardos, y el naranjo, verde polvoriento. Ya podía bajarse.

—Buenos días, Migli.

«Migli» era Prakesh Merchandani-Singhalong, psicólogo de rehabilitación del Centro de Detención Regional de Chepseny: pequeño, moreno, tímido, nervioso, torpe, equipado de magnetófono y libretas, no podía ser otra cosa que un Migli.

—¿Qué me traes hoy, Migli?

El hombre colocó sobre la mesa, en distintas distribuciones posibles, las cintas, el magnetófono y las libretas.

—Yo... esto... he pensado que... esto... podríamos continuar desde donde quedamos ayer.

—¿Dónde quedamos?

Esas sesiones de charla eran una manera de hacerle perder tiempo y dinero al gobierno. Arnie sospechaba que Migli pensaba lo mismo, pero la charada debía continuar con todas las anotaciones y las mentiras —pequeñas y no tanto— que exigía el juego.

—Sus primeros días con el Cuerpo de la Verdad del Cuarto de Esfera Noroccidental, las... esto... diversas relaciones sexuales con sus miembros.

Migli la miró de reojo a través de sus gafas gruesas como culo de botella. Arnie Tenebrae entrelazó las manos y se reclinó en la cama. Abrió la boca y dejó que las mentiras fluyesen.

—Pues bien, cuando ya llevaba medio año en el Cuerpo de la Verdad, todo iba bien pero resultaba un tanto aburrido, el romanticismo se desgastó y sólo quedaron los largos y calurosos viajes en triciclo, para pasar un par de días en un pueblecito del culo del mundo, conectados a la red de telecomunicaciones. No habría estado tan mal si hubiésemos podido grabar la música. Pero qué hartón de viajar, hasta tengo comezón de triciclo entre las piernas; lo que de verdad me apetecía era entrar en una unidad de servicio activo.

—¿Y qué hizo entonces? —inquirió Migli inclinándose ansiosamente hacia adelante.

Probablemente ya lo había oído en las cintas de interrogatorios. Arnie Tenebrae estiró un brazo para rascar las uñas contra el yeso.

—Invité a Paschal O'Haré, Comandante de la Brigada del Cuarto de Esfera Noroccidental, a que saboreara las dulces delicias de mi cuerpo de nueve años, detrás de la choza de comunicaciones, en el Cuartel General de Villa Olvido. Se encontraba repostando en el CGCEN al mismo tiempo que nosotros y era una oportunidad demasiado buena como para dejarla pasar. ¿Tienes idea de lo buen amante que era?

Migli babeó en el clásico estilo pavloviano. A Arnie Tenebrae le fastidiaba que un licenciado por la Universuum de Lyx fuera tan crédulo como para tragarse su historia de seducción y sexo en uniforme caqui. Nada de lo que le había contado había ocurrido jamás, pero en realidad Migli no quería enterarse. Era cierto que había conocido a Paschal O'Haré en Villa Olvido y que había intercambiado los secretos del doctor Alimantando por un puesto en una unidad de servicio activo, y fue desgranando en cuentagotas su sórdida historia de humillaciones sexuales, torturas, privaciones, tormentos y disciplinas sólo para encandilar a Migli. Para tratarse de un psicólogo de rehabilitación, al pobre le hacía mucha falta un poco de su propia medicina. Vaya invertido. Le describió los tres meses de entrenamiento de combate con lujo de detalles mientras en el cine de su imaginación repasaba la realidad. Meses de entrenamiento, de noches de invierno acampando al raso en las Montañas del Eclesiastés, de aburrimiento, de disentería, de zambullirse en las trincheras cada vez que un avión sobrevolaba en el cielo.

—¿Y qué pasó después? —le preguntó Migli con un colocón indirecto de muerte y gloria.

—Tendrás que esperar a mañana —respondió la prisionera Tenebrae—. Se acabó el tiempo.

Migli le echó un vistazo a su reloj y recogió sus brazadas de magnetofones, libretas y lápices.

—¿Mañana a la misma hora, Migli?

—Sí, y... esto...

—No te pongas de pie en la cama.

Pero al día siguiente, a la misma hora, volvió a ponerse de pie en la cama, y la rabieta de Migli la satisfizo tanto que cerró los ojos y tuvo una fantasía larga y gloriosa sobre su primer año en el servicio activo con el Ejército de la Tierra Entera, un espectáculo de batallas con ametralladoras, bombardeos, emboscadas, atracos a bancos, secuestros, asesinatos y atrocidades varias en lugares con nombres eufónicos como Colina de Jatna, Valle del Agua Tibia, Llano de Naramanga y Villa Cromo. Pero cuando Migli se marchaba, ella se sentaba en la cama a jugar a la cunita con los cordones de las botas y se acordaba de la forma en que la sangre de Hueh Linh, jefe del grupo, se le había colado por entre los dedos para caer a la lodosa trinchera individual en Monte Superstición. Recordó también

cómo, con la muerte de su compañero impregnada en sus manos, había levantado la mirada desde el lodo ensangrentado para ver que la Milicia del Montenegro cargaba, cargaba y cargaba con las bocas muy abiertas. Recordó el olor del miedo; olía igual que la sangre que le empapaba las manos y sus pantalones enmerdados; un miedo que la había vuelto medio loca con sus aullidos hasta que levantó su ACM y empezó a gritar y a disparar, a gritar y a disparar hasta que el miedo desapareció y reinó la calma. Ella no había pedido el ascenso. La mención honorífica decía: «Por su valor en circunstancias abrumadoras», pero sabía que el miedo la había hecho disparar. Varios meses más tarde se enteró de que la primera incursión de Paschal O'Hare con el nuevo armamento inductor de campos había sido un fracaso, y la mención honorífica había sido su forma de darle las gracias. Subcomandante de la división Deuteronomio. Mientras jugaba a cunitas en su celda del Centro de Detención Regional de Chepsenyty, ni siquiera lograba acordarse de qué había hecho con la medalla.

Al tercer día, Migli volvió con sus cintas y sus libretas. Arnie Tenebrae estaba sentada en la cama.

—¿Hoy nosotros... no nos asomamos a la ventana? Sus intentos por parecer sarcástico eran insignificantes.

—Todavía no he visto lo que busco. —Había decidido que ese día no diría más que la verdad. Mentir, cuando sólo ella sabía que estaba mintiendo, no tenía ninguna gracia—. Migli, hoy te voy a contar lo de la incursión sobre el sistema de guía de aterrizajes de Cosmomal. ¿Traes cintas suficientes? ¿Y papel? ¿Las pilas están bien? No me gustaría que te perdieras nada.

Se sentó con la espalda apoyada en la pared, cerró los ojos y comenzó su historia.

—Recibimos órdenes del mando regional de lanzar una gran ofensiva durante las elecciones para la asamblea planetaria. Después de la batalla de la Choza de Smith, quedaron eliminados varios niveles de mando de la división Deuteronomio... todavía no disponíamos de sistemas de armamento con CI..., y a mí me dejaron al mando de la quinta y la sexta brigadas. Como todavía no nos había llegado el nuevo equipo, pensamos... es decir, yo pensé que debíamos atacar un objetivo de bajo nivel, o sea, los sistemas de guía de aterrizaje de Cosmomal. Se encargan de bajar la Ruedacelestial por control remoto, de modo que si inutilizábamos los radares guía, a Belladonna dejarían de llegar los vehículos de enlace. Sincronizamos nuestra acción con los otros miembros del sector y ocupamos nuestras posiciones en Cosmomal.

La incursión había sido planeada adecuadamente y ejecutada a la perfección. A las doce menos doce, los sesenta y cinco faros de radar fueron destruidos por minas y la computadora guía fue desmodulada con programas cazadores—asesinos adquiridos a las Familias Exaltadas. Todas las comunicaciones tierra—órbita desde el sector de aterrizaje de Belladonna quedaron irremediadamente escamoteadas. Había sido hermoso; no había sido la hermosura de las explosiones amarillas y las torres que se vienen abajo, sino aquella hermosura intelectual inherente de lo bien hecho. Los jefes de pelotón informaron que todos los objetivos principales habían quedado destruidos. Arnie Tenebrae dio la orden de retirada y dispersión. Su propio grupo de mando, el Grupo Veintisiete, se había retirado hacia la ciudad de Clarksgrado, donde se toparon con las Compañías A y C de Voluntarios de Nueva Merionedd que habían estado de maniobras en la zona. El tiroteo había sido corto y sangriento. Recordaba no haber disparado un solo tiro durante el breve encontronazo. Tan azorada se había quedado al haber cometido la estupidez de no comprobar la presencia militar en la zona que ni siquiera había podido apuntar con su ACM. El Grupo Veintisiete sufrió un ochenta y dos por ciento de bajas antes de que la subcomandante Tenebrae presentara la rendición.

—La próxima vez, me aseguraré con los servicios secretos —dijo la subcomandante Tenebrae.

—Es poco... esto... poco probable que haya una próxima vez,

—Sea como sea. De todos modos, el Grupo Veintisiete fue aplastado y ahora estoy presa en el Centro de Detención Regional de Chepsenyt, hablando contigo, Migli, y diciéndote que por hoy, se te ha acabado el tiempo. ¿De qué te gustaría hablar mañana?

Migli se encogió de hombros.

Esa noche, la subcomandante Tenebrae se acostó en su cama, bajo la luz de las estrellas veteada por la sombra de los barrotes, mientras retorció entre los dedos una cuerda. Tenía pensamientos de miedo y odio. Desde la mañana en que abandonara Camino Desolación, sentada en el asiento posterior del triciclo todo terreno del ingeniero Chandrasekahr, no había pasado un solo día sin que se despertara con miedo y se fuera a dormir con miedo. El miedo era el aire que respiraba. Le llegaba con alientos más o menos grandes, como el miedo que le aflojó las tripas en la trinchera Charlie mientras la sangre de Hueh Einh manaba entre sus dedos, o el vistazo tenso para explorar el cielo cuando oía el martilleo del motor de un avión. Se enroscó el cordón de la bota alrededor del dedo, una vuelta, y otra, y otra más, y sintió miedo. Una de dos, o utilizaba al miedo, o el miedo la utilizaría a ella.

Sus dedos se detuvieron en plena danza. Esa idea la asaltó con la profundidad irresistible de la ley divina. Ea deriva de Arnie quedó iluminada por su sagrado fulgor. Hasta ese momento, el miedo la había utilizado legándole incompetencia, fracasos, odio y muerte. A partir de ese momento, en que enroscaba aquel cordón de bota, en adelante ella iba a utilizar al miedo. Lo utilizaría porque temía que el miedo la utilizase a ella. Sería más terrible, más violenta, más maligna y más efectiva que ningún otro comandante del Ejército de la Tierra Entera: su nombre mismo sería una maldición de miedo y odio. Los niños por nacer le tendrían miedo y los muertos expirarían con su nombre en los labios, porque una de dos, o ella utilizaba al miedo, o el miedo la utilizaría a ella.

Esa noche tardó mucho en dormirse; estuvo pensando bajo la luz de las estrellas veteada por la sombra de los barrotes.

Al cuarto día, a las once y doce, el Grupo Diecinueve de la división Deuteronomio del Ejército de la Tierra Entera tomó por asalto el Centro de Detención Regional de Chepsenyt, eliminó a los guardias, liberó a los prisioneros y rescató a la subcomandante Arnie Tenebrae. Mientras se abrochaba la mochila con las nuevas armas inductoras de campo que sus liberadores le habían llevado y se disponía a huir, un joven pequeño y con gafas, parecido a un búho lascivo, apareció de un salto por una puerta, empuñando una inmensa pistola de reacción Presney de cañón largo, y veía claramente que no sabía cómo usarla.

—No... ah... no os mováis... eh... no os... mováis... estáis eh... todos detenidos.

—Ay, Migli, no seas tonto. Migli —dijo Arnie Tenebrae, y le rebanó la nuca con una pequeña descarga de sus inductores de campo.

El Grupo Diecinueve le prendió fuego al Centro de Detención Regional de Chepsenyt antes de marcharse y atravesaron los sombríos y pardos arenales, sobre los que flotaba un humo pardo y sombrío.

Era como si la noche los hubiera secuestrado a todos: hombres, casas, enormes máquinas amarillas, todo había desaparecido. Esa noche se había producido la peor tormenta que nadie lograra recordar y en la cama, los hermanos se habían acurrucado sintiendo la deliciosa emoción del miedo cada vez que los relámpagos proyectaban sobre la pared inmensas sombras azules y el trueno retumbaba con tanta fuerza y durante tanto rato que era como si hubiese entrado en la habitación y estuviese junto a su cama. No recordaban haberse dormido, pero seguramente se habrían dormido, porque cuando abrieron los ojos, se encontraron a su madre descorriendo las cortinas para dejar pasar

ese sol tan extraño que sale únicamente después de una gran tormenta: tan claro, tan brillante y tan limpio como si acabaran de sacarlo de la colada. Saltaron de la cama, se vistieron, desayunaron y salieron a ver la mañana lavada.

—¡Qué tranquilidad! —exclamó Kaan.

Para unos oídos habituados a meses, años del alboroto producido por las obras ininterrumpidas, aquella calma resultaba amedrentadora.

—No los oigo trabajar —comentó Rael, hijo—. ¿Por qué no estarán trabajando?

Los hermanos corrieron al agujero que habían cavado debajo de la alambrada para poder jugar en el más divertido de los patios infantiles, la obra en construcción. Se detuvieron ante la alambrada y miraron el vacío.

—¡Se han marchado! —gritó Kaan.

No había ni una sola niveladora, mezcladora de cemento, grúa de torre, ni un solo tinglado, ni un dormitorio, ni una cantina o lugar de esparcimiento, ni un solo soldador, albañil o capataz, ni un solo supervisor de obra, ni un solo operador de grúa ni camionero a la vista. Era como si la tormenta se los hubiera llevado al cielo para no dejarlos volver jamás. Rael, hijo, y su hermano menor rodaron por debajo de la alambrada y exploraron el nuevo mundo vacío.

Anduvieron cautelosamente por las calles en sombras, entre los estupendos puntales de los convertidores de acero. Respingaron ante el graznido de cada pájaro desértico y ante cada uno de los reflejos distorsionados de sí mismos que veían en la jungla de tuberías metálicas. Cuando resultó evidente que la obra estaba completamente desierta, los niños se volvieron más osados.

—¡Aaaaah! —gritó Kaan Mándela haciendo bocina con las manos.

—¡AAAAAH AAAAah Aaaaah aaaaah...! —les respondieron los ecos en los depósitos de sedimentación y las cintas transportadoras de mineral.

—¡Mira eso! —gritó Rael, hijo.

Ordenadamente aparcados en círculo, bajo las imponentes complejidades de tubos y conductos, se encontraban doscientos camiones volquete. Ágiles como micos, los niños se subieron y treparon por todos los camiones amarillos, se columpiaron de los picaportes de las puertas y de los estribos, se deslizaron por las pendientes traseras al interior de cajones tan grandes que habrían podido contener toda la hacienda de los Mándela. Su energía los llevó de los grandes camiones a los caballetes y pasadizos estrechos, donde jugaron a juegos peligrosos de pilla-pilla tridimensional entre los tubos y conductos del sistema de filtración del mineral. Colgado de una mano desde una altura estremecedora, Kaan Mándela se dejó caer en el cajón de un remolque lanzando un grito de alegría.

—¡Rael! ¡Uaauh! ¡Mira! ¡Trenes!

La jungla—gimnasio de la química industrial fue abandonada velozmente por doce trenes detenidos. Los exploradores jamás habían visto unos trenes parecidos, cada uno de ellos medía más de un kilómetro e iban tirados por dos locomotoras Modelo 88 unidas en tándem, de los Ferrocarriles Belén Ares. La sensación de potencia dormida atrapada en el interior de los tokamaks apagados dejó a los niños mudos de la impresión. Rael, hijo, tocó a uno de los titanes con la palma de la mano.

—Está fría —dijo—. Apagada.

Su padre le había regalado un libro sobre trenes para su séptimo cumpleaños.

—Edmund Gee, Acelerada, Indómita —dijo Kaan Mándela mientras iba leyendo los nombres de los gigantes negros y dorados—. ¿Qué pasaría si de pronto arrancara alguna?

Rael Mándela se imaginó los motores de fusión volviendo a la vida en medio de una explosión y la idea lo asustó tanto que obligó a Kaan a que dejara en paz a los mastodontes dormidos y lo condujo a otra zona del complejo, una que nunca habían visto en sus anteriores visitas clandestinas.

—Es como si fuera otro Camino Desolación —sugirió Kaan.

—Es Camino Desolación como debería ser —dijo Rael, hijo.

Se encontraron en el borde de un pueblo pequeño, pero completo, de unos seis mil habitantes, o mejor dicho, que habría albergado seis mil habitantes, porque en realidad estaba vacío como un cementerio. Se trataba de un pueblo bien ordenado, con prolifas terrazas de casas de adobe' blanco y tejado rojo (porque algunas cosas eran tan sagradas que ni siquiera la Compañía Belén Ares podía cambiarlas), distribuidas en calles espaciosas que irradiaban como los ejes de una rueda desde un parque central. Al final de cada calle, que desembocaba en una carretera circular, se alzaba un economato de la Compañía, una escuela de la Compañía, un centro comunitario de la Compañía y una cochera central de la Compañía para aparcar unos giróvagos triciclos eléctricos.

—¡Ey! ¡Son estupendos! —gritó Kaan mientras giraba en curvas cerradas sobre su triciclo—. ¡Te juego una carrera!

Rael, hijo, aceptó el reto; de una patada puso en marcha su vehículo y los dos niños corrieron por las calles vacías de Villa Acero, dejando atrás las casas vacías, las escuelas vacías, los centros de esparcimiento, los salones de té, los consultorios médicos y las capillas, todos vacíos como las cuencas de los ojos de una calavera, y dieron vivas y lanzaron gritos de alegría mientras las ruedas de los triciclos levantaban nubes en el polvo rojizo que había logrado entrar incluso en aquel lugar sagrado.

En el cubo de la rueda de calles había un parque circular con el nombre de «Jardines del Feudalismo Industrial» en lo alto de sus portones de hierro forjado. Cuando los niños se cansaron de correr carreras, se quitaron las ropas sudadas y polvorientas, se bañaron en el lago ornamental y tomaron el sol en los lisos prados.

—¡Esto es estupendo! —exclamó Rael, hijo.

—¿Cuándo crees tú que volverá toda la gente? —le preguntó Kaan.

—Me da igual con tal que no sea hoy. Me quedaría aquí para siempre. Rael, hijo, se estiró como un gato y se entregó al sol inocente.

—¿Crees que trabajarás aquí cuando seas mayor?

—A lo mejor sí. A lo mejor no. No he pensado mucho sobre lo que me gustaría hacer. ¿Y tú?

—Quiero ser rico y famoso y tener una casa enorme como la que teníamos en Belladonna y una piscina y un avión y ser conocido como era papá.

—¡Puaj! Míralo, con siete años y ya sabe lo que quiere. ¿Y cómo vas a conseguir todas esas cosas?

—Montaré un negocio con Rajandra Das.

—¿Con ese vago? ¡Si no sabe hacer nada!

—Pondremos un puesto de comida caliente y cuando hayamos sacado mucho dinero con ese puesto, abriremos otro, y después otro y otro más, y entonces, seré rico y famoso, ya lo verás.

Rael, hijo, se tumbó sobre el césped muy cuidado y se preguntó cómo se las arreglaba su hermano menor para tener la vida planificada cuando él lo único que deseaba era que el viento místico del desierto lo llevara de aquí para allá como una mariposa nocturna.

—Escucha —dijo Kaan incorporándose y aguzando el oído—. Parecen aviones.

Rael, hijo, prestó atención y en las alas del viento alcanzó a oír el matraqueo de motores aéreos.

—Vienen hacia aquí. A lo mejor es la gente.

—¡Qué va! A lo mejor es... —dijo Kaan, y se interrumpió y forcejeando volvió a ponerse la ropa pegajosa—. Vámonos.

Los hermanos corrieron por las calles desiertas en las que retumbaba el tamborileo de los motores aéreos; sobre sus cabezas, comenzó a pasar una nave aérea tras otra. Rael, hijo, corría y de vez en cuando echaba un vistazo al cielo.

—Vámonos —le ordenó Kaan, que llevaba la maldición del pragmatismo.

—No, quiero ver lo que pasa —respondió Rael, hijo, y trepó a una serie de empinadas escaleras que llevaban a lo alto de la columna de un convertidor catalítico.

Después de un breve titubeo, Kaan lo siguió. No cabía duda de que era pragmático, pero también curioso. Desde el estrecho pasadizo que rodeaba la cabeza de la columna, alcanzaron a comprender el plan de operaciones. Los aviones ocupaban sus posiciones formando un enorme disco cuyo centro era Camino Desolación.

—Uauh, debe de haber miles —dijo Kaan actualizando los anteriores cálculos de su hermano.

Las naves aéreas seguían pasando por encima de sus cabezas. Los aviones sobrevolaron Camino Desolación durante otra media hora antes de completar su formación. Habían ennegrecido el cielo; aviones negros con luces doradas dispuestas como los adornos de una librea; una tormenta de la industria a punto de caer sobre Camino Desolación. Había aviones esperando hasta donde alcanzaba la vista de los niños, aguzada por el desierto. Los asustaba la oscura presencia de aquellas naves. Sabían que la Compañía Belén Ares era poderosa, pero que fuera lo bastante poderosa como para ennegrecer el cielo, era algo aterrador.

Y entonces fue como si alguien hubiera pronunciado una palabra mágica.

De pronto, por todas partes, se abrieron las escotillas de carga de los dirigibles y por ellas salió un humo anaranjado.

—¡Gas! —gritaron los hermanos, alarmados.

Pero el humo anaranjado no flotó como lo haría cualquier gas sino que quedó colgando en cortinas onduladas alrededor de Camino Desolación. El gas anaranjado flotó unos cuantos segundos para depositarse sobre el suelo a una velocidad inusual.

—Qué ingenioso —comentó Rael, hijo—. Utilizan sus ventiladores para provocar una corriente descendente.

—Quiero irme a casa —dijo el niño que tenía el futuro planificado.

—¡Calla! Esto es interesante.

Minutos después de que se hubieran abierto las puertas de los compartimentos de carga, la nube se había precipitado para formar una espesa espuma anaranjada sobre el rojo del Gran Desierto.

—Quiero irme a casa, tengo miedo —repitió el niño que quería ser rico y famoso.

Rael, hijo, entrecerró los ojos y miró hacia las dunas y la alta y árida meseta, pero lo único que alcanzó a ver fue a los aviones que, uno por uno, iban rompiendo la formación.

—Ya he visto suficiente. Podemos irnos.

En casa, encontraron a papá de un buen humor exaltado.

—Venid a ver esto —les dijo, y se llevó a sus hijos a su campo de maíz—. ¿Qué os parece lo que veis?

A Rael, hijo, le recordaba los cristales de sulfato de cobre que había cultivado en la escuela, pero el que tenía ante los ojos era negro oscuro, estaba herrumbrado y medía medio metro de largo. Además, crecía desde el centro del campo de maíz, algo que el cristal de sulfato de cobre no solía hacer nunca.

—Creo que voy a excavarlo para guardármelo como recuerdo —dijo Limaal Mándela con un toque de orgullo en la voz.

—¿Qué es?

—Pero ¿es que no has escuchado la radio? ¡Es cristal de ferrotropo de hierro! ¡Chico, vivimos en el centro mismito de la zona bacteriológicamente activa más grande del mundo! —Los niños no alcanzaban a comprender por qué su padre se mostraba tan satisfecho—. ¡Si vais a buscar los prismáticos y os marcháis al borde de los acantilados, veréis de estas cosas que crecen en la arena hasta donde alcance vuestra vista! ¡Ferrotropos de cristal! Es el proceso empleado por la Compañía Belén Ares para conseguir hierro de la arena, con bacterias, unos diminutos organismos vivos que se comen la herrumbre de la arena y que tal como está no sirve para nada, y luego cagan

esas cosas que veis allí. ¿Ingenioso? ¡Es brillante! Todo un adelanto para Camino Desolación. Nunca ha habido nada igual. ¡Somos los primeros!

—¿Y eso era lo que salía de los aviones? —preguntó Kaan.

Rael, hijo, le dio una patada para hacerlo callar antes de que comentara algo sobre la incursión que habían hecho por Villa Acero pasando debajo de la alambrada prohibida, pero los ojos de su papá estaban demasiado cegados por la luz de la tecnología como para ver nada de tan poca monta.

—Esporas microbianas. Eso son, esporas microbianas. Pero ¿sabéis qué es lo más increíble de todo? Que esta... esta enfermedad, porque supongo que es así como podríamos denominarla, sólo afecta a la herrumbre, que es un óxido de hierro. No atacará a ninguna otra cosa; podríais andar por el desierto durante kilómetros y kilómetros sin sufrir daño alguno. La Belén Ares ha sembrado esa cosa en veinte kilómetros a la redonda. Según me ha dicho uno de los obreros de la construcción antes de marcharse, se trata del depósito de mineral más rico de todo el planeta.

—¿Y esto por qué está aquí? —preguntó Rael, hijo, agachado para examinar aquella cosa extraña que surgía del campo de maíz.

—Posiblemente, debajo de la tierra haya hierro. Algunas de las esporas habrán volado hasta aquí y se habrán depositado en la herrumbre. ¿Sabéis una cosa? ¡A Ed Gallacelli le están creciendo en el tejado de su cobertizo!

—¡Uauh! ¿Puedo ir a ver? —inquirió Kaan.

—Claro —respondió Pa—. Iré con vosotros, nos llevaremos los prismáticos e iremos a los acantilados. Todo el mundo se ha ido para allá a ver el espectáculo. ¿Te vienes, Rael?

Rael, hijo, no fue. Se marchó a la casa y se puso a leer su libro sobre trenes y cuando su padre, su hermano, su madre y sus abuelos regresaron con sus descripciones de las torres de cristales que salían de la arena y crecían y crecían para alcanzar diez, veinte, cincuenta metros de altura hasta que su propio peso las tiraba abajo, simuló jugar con el gato, pero en realidad, los odiaba en secreto, a su padre, a su hermano, a su madre y a sus abuelos, porque no sabía cómo odiar a aquellos pilotos y planificadores que habían provocado semejante cambio en su universo. No comprendía por qué sentía aquel odio, por qué se sentía violado, vacío, por qué tenía aquella angustia en el alma. Trató de explicárselo a su hermano, a su madre, incluso a su padre tan distante, pero no comprendieron lo que intentaba decirles, ninguno de ellos lo comprendió, ni siquiera la sabia de Eva Mándela, la de las viejas manos tejedoras y sabias. En todo Camino Desolación, la única que habría sido capaz de entender la profunda enfermedad que corroía el alma de Rael, hijo, era su tía Taasmin, porque sólo ella sabía lo que significaba llevar encima la maldición de un ignoto destino místico.

43

A las seis menos seis minutos sonaron las sirenas.

Sonaron como las trompas de los ángeles. Sonaron como las tormentas estivales entre los caballetes de las bombas y sobre las tejas rojas. Sonaron como la Trompeta del Día del Juicio, como si el cielo se viniera abajo, como el aliento del Panarcos al insuflar vida en lo inerte.

A las seis menos seis minutos el grito de las sirenas despedazó el aire desértico y en cada calle del nuevo pueblo se abrieron las puertas de par en par y comenzó a salir la gente, gente de todos los continentes del mundo y de más allá, de Metrópolis, siempre retrocediendo en su afán por mantenerse al día consigo misma, gente incluso del Mundo—madre, empobrecido y con exceso de población, todos habían acudido de todas partes para obtener el acero para los ferrocarriles, las máquinas agrícolas, los telares mecánicos, los rikshas, los puentes, los edificios del mundo joven y vigoroso; salían de

sus casas a fabricar acero para Aceros Belén Ares: torrentes de trabajadores dirigiéndose a las fábricas, afluentes que se unían a otros afluentes para desembocar en un río de cabezas, manos y corazones que recorría las calles en sombras de Villa Acero. Los jóvenes ejecutivos, vestidos con sus elegantes trajes de papel, que acababan de adquirir esa misma mañana en las máquinas tragaperras, pasaban veloces en sus triciclos eléctricos; los niños remoloneaban rumbo a las escuelas y guarderías de la Compañía; los tenderos y mercaderes de los economatos subían las persianas y sacaban las sillas a las terrazas para anunciar que ya habían abierto.

Al silbido de las sirenas doscientos camiones amarillos cobraron vida, comenzaron a sacudirse como perros cansados y a salir estrepitosamente de sus garajes. En las dunas de cristal, las dragas y los vagones de ruedas despertaban de su devoto reposo para alimentarse. Con un rugido ensordecedor, veinticuatro locomotoras de tracción Modelo 88 negras y doradas encendieron sus tokamaks de fusión y con un chuc chuc se colocaron en la línea principal.

Al silbido de las sirenas cien chimeneas comenzaron a soltar bocanadas y volutas que llegaron al cielo de aquel veranillo de san Martín tiñéndolo de negro, blanco, anaranjado y marrón. Las cintas transportadoras se pusieron en movimiento con un traqueteo, los hornos se encendieron, los electrodos de carbón al rojo vivo descendieron a unas cubas giratorias que desprendían un calor insoportable, los laminadores continuos cogieron velocidad y en el centro mismo del complejo, tras las paredes de hormigón, sonido, acero, plomo y magnetismo, el genio plásmico sacudió su lámpara maravillosa y derramó poder mágico sobre la ciudad.

Al silbido de las sirenas los guardias de uniforme negro y dorado con emblemas negros y dorados en el hombro abrieron de par en par los portones de alambre y doscientos camiones los traspusieron, recorrieron Camino Desolación y se dirigieron por el sendero de tierra y roca hacia los campos de mineral.

Al silbido de las sirenas, las Pobres Criaturas de la Inmaculada Contracción salieron de sus cuchitriles de plástico y cartón diseminados alrededor de la Basílica y atravesaron los callejones del antiguo Camino Desolación en medio de una confusión de salmos y manirás para llamar a las puertas de Villa Acero, donde esparcirían sus plegarias en confetis bajo las altísimas ruedas de los camiones. Los guardias les sonreían y saludaban con la mano; los camioneros de camisas a cuadros les hacían señales con los faros y las bocinas. Las harapientas Pobres Criaturas bailaban y cantaban para ellos. Las cometas—plegarias, improvisadas con sacos de plástico, eran remontadas en el viento del amanecer y atadas a la alambrada: ¡grande era la celebración de aquel día, el primero del Advenimiento del Mesías de Acero! Cincuenta, cien, doscientos camiones pasaron, atronadores. El pistoneo de sus motores ahogó los himnos de los adoradores; las ruedas lanzaron sobre ellos oleadas de polvo rojo. La luz del alba se hizo más brillante e inundó las geometrías factoriales, proyectando a través de la alambrada hermosas sombras industriales que cayeron sobre las Pobres Criaturas danzantes. A medida que fue clareando, los reflectores se apagaron.

Al silbido de las sirenas Sevriano y Batisto Gallacelli despertaron para celebrar su décimo cumpleaños. Diez años hoy. Hurra hurra. El día de la mayoría de edad, el día en que entraban en el mundo de los adultos, el día en que debían dejar atrás las cosas de la niñez: los días de fanfarroneo con los que casi habían cumplido los nueve y holgazaneaban en las esquinas, los días de cerveza y sol y música en la radio del BAR/Hotel, de tontear con las chicas, de robar carteras, de apostar a las cartas, de contar chistes, de pelear con otros chicos, de insolentarse con la policía, de esnifar de vez en cuando, corroídos por la culpa, el hachís quemado del jardín del señor Jericó. y de los bailes de los sábados en el centro social de los obreros de la construcción, donde recibían a veces la visita de las Grandes Bandas de las Grandes Ciudades, como la de Buddy Mercx y la de Hamilton Bohannon, y una vez, la del legendario Rey del Swing, Glen Miller

y su Orquesta, y en ocasiones, incluso esos ritmos nuevos que pasaban por Radio Todo Swing, samba, salsa o como se llamaran. ¡Ah, los sábados por la noche en el centro social! Desde el momento en que se cerraban las puertas, en la madrugada del domingo, comenzaba la cuenta hasta que volvían a abrirlas, a las veinte menos veinte minutos, el sábado siguiente. El vestirse, atildarse, pintarse, pavonearse, beber y vomitar, adoptar posturas y pasearse, y a veces, al final de una velada realmente buena, repartir puñetazos en el aparcamiento de rikshas en la parte trasera de la sala de bailes. Todo eso era cosa del pasado. Había que olvidarse de aquello, porque ese día, las sirenas aullaban y los hermanos Gallacelli (idénticos entre sí como guisantes en su vaina o días en la cárcel...) cumplían diez años.

Y así, mientras Villa Acero despertaba en su primer día de existencia, la madre de Sevriano y Batiste mandó llamar a sus hijos.

—Hoy cumplís diez años —les dijo—. Ya sois hombres y debéis asumir responsabilidades de adultos. ¿Habéis pensado en lo que os gustaría hacer con vuestras vidas?

No lo habían pensado. Habrían preferido que sus vidas continuaran siendo como hasta ese momento. Pero le prometieron a su madre y a sus padres que transcurridos cinco días sabrían lo que querrían hacer con sus vidas. Consultaron al asesor vocacional de la escuela, a sus amigos, a las chicas que habían conocido los sábados por la noche en el centro social, a sus vecinos, a los sacerdotes, a los políticos, a los policías y a las prostitutas, y transcurridos los cinco días supieron lo que querían hacer con sus vidas.

—Ma, queremos ser pilotos como tú —anunciaron.

—¿Qué? —dijo Umberto, a quien le habría gustado que se dedicaran, como él, al negocio inmobiliario.

—¿Qué? —dijo Louie, a quien le habría gustado que se dedicaran, como él, a las leyes.

—Queremos volar —dijeron Sevriano y Batisto, pensando en el viento, las alambradas, el sol en las alas, el rugido sensual de los aeromotores Yamaguchi & Jones en configuración impelente—expelente, recordando la dicha y la alegría de su madre después de las tardes que pasaba sobrevolando los cañones del desierto y rozando las rocas de las mesetas fantasmales; para ellos, en la tierra no había nada más hermoso que el cielo.

—Si queréis volar, volaréis —dijo Ed, que era el único que comprendía que el viento podía fluir por las venas—. ¿Habéis pensado cómo vais a enfocarlo?

—Hemos hablado con el señor Wong, el asesor vocacional de la escuela —repuso Sevriano.

—Nos ha dicho que nos incorporásemos a la Compañía como pilotos comerciales —dijo Batisto.

—¿Estáis seguros de que es lo que queréis? —les preguntó Persis Jirones, que en el fondo estaba encantada de que al menos sus hijos siguieran sus sueños.

—Sí.

Los gemelos le enseñaron sus solicitudes.

—Entonces, debéis seguir el deseo de vuestros corazones —les dijo, y firmó al pie dándoles la autorización.

Por un extraño motivo, no podía dejar de ver en el papel el rostro de Limaal Mándela como si fuese una antigua marca de agua.

Y por último, aquel día de inicios, el silbido de las sirenas hizo que un hombre se asomara a un balcón bien alto, portando un estandarte negro y dorado de la Compañía. El hombre contempló los torrentes de trabajadores, el atareado bullir de abejas de los gerentes, las máquinas que florecían a la vida y al movimiento. Contempló como la chispa de animación se propagó por Villa Acero para encender las llamas del imperio y la industria en todo aquello que tocaba. El Director/Gerente de Proyectos y Desarrollos del

Cuarto de Esfera Noroccidental contempló el amanecer del primer día en Villa Acero y se sintió muy satisfecho. Muy, pero que muy satisfecho.

44

El veintisiete de mayo, a las 06:13, siete dispositivos nucleares de diez kilotones detonaron simultáneamente a bordo de la Nave Planeadora del Praesidium Jonathon Byrde, que se disponía a descargar a los pasajeros, la tripulación y la carga en las instalaciones de ensamblaje orbital de ROTECH para transferirlos al elevador espacial de la Ruedaérea. Trescientas cincuenta y cinco mil personas murieron instantáneamente en la deflagración. Otros ciento cincuenta mil cuerpos reventados fueron recuperados por las lanzaderas espaciales de ROTECH de sus solitarias órbitas fúnebres. Cincuenta y ocho mil sobrevivieron a la explosión en zonas remotas de la nave o en los compartimentos de carga que se desprendieron del cuerpo principal de la nave. De éstas, doce mil quinientas murieron como resultado de la exposición a la intensa radiación. Otras mil setecientas perecieron cuando la sección de la nave que ocupaban quedó reducida a escoria en la atmósfera antes de que pudieran ser transmateralizados a un lugar seguro. Murieron mil seiscientos miembros del personal de ROTECH, entre ellos, la tripulación del Jonathon Byrde, compuesta por veintiocho personas, y los diecinueve pilotos de los vehículos de enlace con la Ruedaérea que en el momento de la explosión abandonaban el extremo de descarga del cable. Un vehículo de enlace con mil quinientos pasajeros fue arrancado de su órbita y lanzado a la trayectoria del cable en movimiento, que lo partió en dos. Se produjeron otras doscientas treinta y ocho víctimas cuando sobre el pueblo de Dolencias Cui cayó una granizada de desechos espaciales. Una porción del cuerpo principal de la nave, de quinientas toneladas de peso, que se desplazaba a ocho kilómetros por segundo, se abatió sobre la escuela de Dolencias Cui y en un nanosegundo dejó al pueblo sin niños. Setenta y dos mil víctimas se dieron por desaparecidas, entre las cuales debían de encontrarse los siete fanáticos que lograron subir de contrabando las cabezas nucleares que posteriormente instalaron en la Nave Planeadora.

El número de víctimas de la Jonathon Byrde ascendió a 589.545 personas. Unos locos que se hacían llamar Grupo Táctico del Ejército de la Tierra Entera reivindicaron el bombardeo. En una tienda, bajo un roble, en el extremo norte del sagrado Bosque de Chryse, donde la tierra se levanta y se parte como un chapad doblado junto a las Empalizadas de Hallsbeck, Arnie Tenebrae estaba sentada junto a la radio, escuchando el boletín especial de noticias. Asentía, sonreía y giraba el botón de la sintonía para volver a oírlo con voz distinta. Su nombre sería inmortal.

Marya Quinsana hizo una pausa para beber un sorbo de agua y sopesar la situación. Había bastante gente: una charla simple, sin complicaciones. Agita la bandera, dale al tambor, deja que piensen que te han ganado para su causa, cuando en realidad, es justamente al revés, tú te los has ganado para la tuya; humilla al paleta que interrumpe con preguntas estúpidas, clávale el clavo entre los ojos y dale al martillo, pam pam pam. Las elecciones locales eran bastante divertidas. Le sonrió al candidato local, un joven cetrino e inteligente, y empuñó el martillo.

—¡Ciudadanos de Jabalpur! ¿Debo acaso deciros estas cosas? ¿Debo acaso contaros que unos delincuentes asesinos vagan por vuestro país, quemando fábricas y empresas, prendiendo fuego a las cosechas, echando a los colonos de sus hogares? ¿Debo acaso hablaros a vosotros, buenos ciudadanos, sobre los inocentes eliminados como animales en atentados con bombas, o de un tiro en la puerta misma de sus casas? ¡No!

El público lanzó roncós gritos de aprobación.

—¡No! ¡No es preciso que os hable de estas cosas, buenos ciudadanos! ¡Porque ya las conocéis demasiado bien! Y os estaréis preguntando: ¿dónde están los alguaciles

armados patrullando las calles? ¿Dónde están las Unidades Locales de Defensa, dónde están las tropas del ejército? Sí, ¿dónde están los Voluntarios de Jabalpur, la Primera División Oxiana, el Aeromóvil Veinte Segundos? ¡Os diré yo dónde están!

Les regaló una pausa calculada de unos pocos segundos.

—¡Sentados mano sobre mano en sus cuarteles, ahí están! ¿Y por qué? ¿Por qué? ¡Porque vuestra asamblea local, dominada por la oposición, no cree que la situación merezca ese tipo de intervención! ¡Y así, tres millones de dólares en modernísimo armamento militar se llenan de polvo y las fuerzas locales de defensa carecen de armas y uniformes para entrenarse porque Campbell Mukajee no cree que la situación merezca ese tipo de intervención! ¡Que se lo diga a la familia Garbosacchi! ¡Ya los Bannerjee, los Chung, los MacAline, los Ambani, los Cuesta, y entonces ellos le dirán si la situación merece o no ese tipo de intervención!

Dejó que el público aullara al tiempo que miraba al candidato moviendo la cabeza con un gesto afirmativo, después, les hizo un gesto con las manos y se hizo un silencio tenso.

—Pero lo mejor de todo..., lo mejor de todo, amigos míos, son los alguaciles; vuestros alguaciles, vuestros guardianes de la ley y el orden, para ellos es normal escoltar a los manifestantes del Ejército de la Tierra Entera por las calles de esta ciudad! «Respeto el derecho de expresar las ideas políticas», dice Campbell Mukajee. ¿De veras, señor Mukajee? ¿Y qué me dice de los derechos de Constantine Garbosaechi, de Katia Bannerjee, de Roí MacAline, de Abram Ambani, de Ignacio, Mavda, Annunciato y Dominic Cuesta, todos eliminados sanguinariamente la semana pasada por los escuadrones asesinos del Ejército de la Tierra Entera? —El público inspiró para lanzar una atronadora condena, pero Marya Quinsana los hizo bailar como tilapias de Monteazul atrapadas en el anzuelo—. ¿Escoltarlos? ¡Deberían detenerlos! —Le llegó el olor del sudor nervioso y la histeria, pero aun así no los soltó—. ¡El Ejército de la Tierra Entera tiene a unos cuantos representantes sentados en las tres cámaras de esta asamblea regional que aprueban el asesinato y la violencia y el señor Campbell Mukajee jamás ha presentado una moción para echarlos! Se codea abiertamente con asesinos y terroristas, él y su partido; por culpa de su exacerbado liberalismo, cientos de vuestros conciudadanos han sido asesinados; se niega a movilizar a las fuerzas de seguridad porque no cree que la situación merezca ese tipo de intervención; ¡esas fueron sus propias palabras, señoras y señores! ¡Y ahora... ahora... os pide que lo reelijáis a él y a su partido por otros tres años!

»En el fondo de mi corazón, sé que el próximo jueves, el pueblo del Distrito de Jabalpur dirá que no, una y millones de veces no a otros tres años de desgobierno Liberal, y sé también que dirá que sí, una y millones de veces sí al Partido Nuevo, el partido con la voluntad, el partido con la decisión, el partido con la fuerza y vuestro mandato, ciudadanos, que le permitirá borrar al Ejército de la Tierra Entera de la faz del globo. ¡El jueves, diréis que sí al Partido Nuevo, sí a Pranh Kaikoribet-seng, vuestro candidato local, sí a la fuerza y a la victoria!

Y entonces los soltó. El público se puso en pie en masa; público, candidatos del partido, miembros del partido, trabajadores, una tormenta de manos aplaudiendo. Marya Quinsana sonrió e hizo una reverencia. Pero la función no la había dejado satisfecha. Prefería la sutileza a las arengas y las aclamaciones al cielo. Torpe, carente de sofisticación y sutileza. Una noche de trabajo sucio. Un mensajero aprovechó el tumulto para subir a la plataforma y entregarle una nota: un telegrama.

REGRESE SABIDURÍA URGENTEMENTE STOP REUNIÓN EMERGENCIA TEMA JONATHON BYRDE COLON KAROLAITIS INDIGNADO STOP

¿Jonathon Byrde? ¿Jonathon Byrde?

Se enteró de que Jonathon Byrde no era un dignatario asesinado cuando la azafata de cabina del Tren Correo Nocturno de Jabalpur—Syrtia le llevó los periódicos de la mañana junto con el desayuno y vio los grandes titulares que se hacían la competencia por

sondear las profundidades de los diccionarios en busca de palabras adecuadas que describiesen la indignación y el horror.

Conoció al Primer Ministro, el Honorable Vangelis Karolaitis, en el porche de su casa que daba al Mar Sírtrico. Era un caballero anciano y agradable, honorable como su título, y sabio, y Marya Quinsana esperaba que muriera en su lecho antes de que llegase el momento de deponerlo. Un mayordomo les sirvió té de menta. Ea brisa olía a glicinas y a jazmín, que crecían en un jardín que llegaba hasta el mar.

—Y bien —dijo el Primer Ministro.

—Lo he dicho desde el principio. Quíteme de Educación y Ciencias, pásame a Seguridad y dentro de seis meses tendré de rodillas al Ejército de la Tierra Entera.

—Esta tarde anunciaré la reestructuración del gabinete. Presentaré también un proyecto de ley urgente que proscriba al Ejército de la Tierra Entera sin más; no creo que haya problemas para que lo aprueben; esta mañana, los Liberales ya no se mostraban tan liberales. Muy bien, el ejército es suyo. Recuerde que nunca han participado en una guerra de verdad, de modo que procure regresar con él entero, pero aparte de eso, haga lo que sea preciso para liberar a estas tierras de... del cáncer del terrorismo.

—Una pregunta: ¿quién destruyó el Jonathon Byrde? Iré por ellos primero.

—Una facción que se autodenomina Grupo Táctico del Ejército de la Tierra Entera. El Grupo Parlamentario hizo pública una comunicación en la que manifiesta que no tiene absolutamente ninguna relación con este grupo. Personalmente no me lo creo. Al frente del grupo está... una tal Arnie Nicolodea Tenebrae.

45

El mundo había perdido la capacidad de asombro. Las maravillas que cinco, seis o siete años antes habían suscitado suspiros y gritos de sorpresa, hoy no hacían más que provocar despreciativos bostezos de tedio. Con sólo ciento cincuenta años, el mundo ya había entrado en el cinismo y la edad madura, y había confinado a su reparto de trabajadores de lo maravilloso, cuentistas, maestros de ceremonias, milagreros, curanderos y charlatanes de feria a las herrumbradas vías muertas de estaciones olvidadas.

—¡Viejo tren, el mundo ha perdido su capacidad de asombro! —gritaba Adam Black. Se sirvió otra copa de brandy liberal y se plantó en el centro de su otrora opulento y ahora destartalado vagón de director del espectáculo, con la copa bien alta en actitud de irónico brindis—. Amigo mío, el mundo se ha cansado de Ferias Ambulantes y Fantasías Educativas. ¿Qué va a hacer ahora Adam Black?

—¿Puedo sugerirte que unas tus recursos con los del Imam de Bey y su Circo de Cristal?

Adam Black lanzó su copa de brandy contra la pared.

—¡Ese charlatán! ¡Ese saltimbanqui! ¡Ese embaucador de la fantasía del público al que sólo le interesa el dinero! ¡Adam Black es un hombre instruido y preparado, su misión es la de predicador y maestro, no la de meretriz y ramera!

—Con todo, insisto en que ésta es la única feria de maravillas del hemisferio.

La voz del tren era tranquila y paciente hasta extremos insoportables.

—Insiste todo lo que quieras. Adam Black no transitará por la misma avenida central que el Imam de Bey.

Dos días más tarde, la locomotora y tres vagones salieron del apartadero para trenes de carga de la estación de Ahuallpa y se dirigieron hacia la línea principal del sur, con ocho vías de ancho. La Gran Línea del Sur bullía aquel día con el material rodante y los transportistas de los ferrocarriles más importantes del mundo: Belén Ares, Gran Sureño, Gran Oriental, Valle Grande, Expreso Argyre, Tracción Transpolaris, Llangonnedd y

Nororiental, Transboreal; entre todo aquel lujoso material rodante que relucía como una joya se encontraba el tren desvencijado, de pintura desconchada, de la Feria Ambulante y Fantasía Educativa de Adam Black. Presa de un ataque de furia, Adam Black lanzaba objetos en el interior del vagón del director. Paf.

—Haz girar el tren inmediatamente.

—Sabes tan bien como yo que es físicamente imposible. La voz del tren era un modelo de imperturbabilidad mientras pasaba a doscientos kilómetros ante una serie de agujas. Zas paf.

—No te hagas el listo. Sabes a qué me refiero. Te prohíbo que me lleves a Beysbad, te prohíbo que vayas a ver al Imam de Bey.

Adam Black aporreó las puertas cerradas. El vagón traqueteó y dio bandazos, el tren iba ganando velocidad. Adam Black temía por los tokamaks. Hacía tiempo que no tenía ni para la revisión técnica.

—¿Puedo aclarar un punto? —inquirió el tren—. Tú eres un pasajero. No te llevo a ti a Beysbad. Me llevo a mí mismo. Estoy seguro de que el Imam de Bey tendrá un puesto honorable y adecuado en su Circo de Cristal para un tren único, computarizado y parlante.

—¡Ingrato! —rugió Adam Black. Zas paf paf zas, sus botellas de brandy de Belladonna se estrellaron contra el ojo de la cámara—. ¡Traicionas a quien te ha hecho, a quien te ha dado la vida y la conciencia!

—No seas tan melodramático —le pidió el tren. Adam Black creyó intuir una extraña sombra de amenaza en su dicción perfecta—. De todos modos no soy tu hijo.

—¡Ya lo veremos! —gritó Adam Black.

Con paso vacilante avanzó por el vagón que daba bandazos y abrió un armario de metal. Desmontó la cabeza de una antena.

—Te advierto que no uses el sombrero cibernético —le dijo el tren; la amenaza era ya inconfundible.

—¿Ah, sí? —dijo Adam Black. Pugnando por mantener el equilibrio se encasquetó el sombrero en la cabeza—. Y ahora vas a regresar.

—No lo hagas —le advirtió el tren.

—Lo haré.

—No... he invertido la polaridad, no podrás...

Adam Black se presionó las sienes con los dedos. De golpe los sentidos número uno, dos, tres, cuatro, cinco y seis se desconectaron. En su imaginación bullían las alucinaciones: empujando contra un viento resplandeciente, unos fuegos incandescentes ardieron en su estómago, sus piernas y sus brazos incansables eran como muros de ladrillo macizo.

—De modo que el tren se me resiste.

Juntó su fuerza mental y lanzó su imaginación contra los ladrillos. Se hicieron pedazos como un pañuelo de papel, y Adam Black comenzó a caer, a precipitarse en el abismo de la preconciencia.

—Polaridad invertida, polaridad invertida, polaridad invertida.

Las palabras dieron vueltas a su alrededor como cóndores hasta que al final, Adam Black cayó al suelo. Notó que su cuerpo cambiaba, crecía, se expandía, adquiría nuevas texturas y superficies, nuevos planos duros, nuevas alineaciones de fuerza.

—¡No! —aulló Adam Black cuando su conciencia se fundió con el metal, el aceite y el vapor del tren—. No no no no no no no no nooooo.

Como un tren que acumula vapor, la negativa perdió sus palabras para convertirse en un pitido, un pitido de vapor que se propagó por los arrozales del Gran Oxo.

En el vagón del director, una convulsión mortal sacudió el cuerpo de Adam Black como si hubiera recibido una descarga de un millón de voltios, que era en realidad lo que le había ocurrido, porque la personalidad informática del tren era demasiado fuerte para las delicadas sinapsis del cerebro de Adam Black, que se fundieron una por una,

quebrándose, partiéndose, humeando. Sus ojos ardieron con un chisporroteo y el humo salió en bocanadas por las cuencas vacías y la boca. El cerebro disuelto fluyó por las cuencas vacías y fue a caer sobre su regazo en una especie de caldo coagulado; con un grito desesperado, el tren se dio cuenta de que estaba muerto muerto muerto y que Adam Black, su antiguo padre, había quedado atrapado dentro del cuerpo de acero de su locomotora Gran Sureña Modelo 27.

46

Y ahora escúchame.

Érase una vez un hombre que vivía en una casa que tenía una puerta principal color ante. El color ante no le gustaba mucho. Lo encontraba falto de carácter, insípido. Pero todas las puertas de todas las calles del pueblo eran color ante y si cambiaba la suya, llamaría la atención de todas aquellas personas a las que les gustaban las puertas color ante. Cada mañana, cerraba con llave la puerta color ante y se iba andando a su trabajo, donde operaba una grúa para verter acero hasta que sonaba la sirena de la tarde; entonces, volvía andando a su casa y abría su puerta color ante, y cada noche, se sentía deprimido por la monotonía del color ante. Cada día abría y cerraba la puerta color ante y se iba deprimiendo más y más, porque la puerta color ante llegó a simbolizar cuanto era monótono, triste y falto de carácter en su vida.

Un domingo por la mañana, se dirigió al economato de la Compañía y se compró un pincel y un cubo grande de pintura verde para puertas. La verdad es que no sabía muy bien por qué había ido a comprarse un pincel y un cubo grande de pintura verde para puertas, pero esa mañana se había despertado con una insistente visión verde en la cabeza. Verde verde verde. El verde era un color descansado, que incitaba a la meditación, no resultaba molesto ni para la vista ni para el alma, era sereno; el verde era el color de las plantas, de las cosas en crecimiento, era el color preferido de Dios: al fin y al cabo, Él mismo había creado cantidades impresionantes de cosas verdes. Así, vistió sus ropas más viejas y puso manos a la obra. La gente no tardó en arremolinarse para observarlo. Algunos quisieron pintar también, de modo que el hombre al que le gustaba el verde les dejó el pincel para que pintaran un trocito de su puerta. Con tanta ayuda no tardó en acabar la puerta y toda la gente que lo observaba estuvo de acuerdo en que el verde era un color muy adecuado para una puerta principal. El hombre les agradeció su ayuda, colgó un cartel que ponía «Pintura fresca» y se metió en su casa para almorzar. Todo el domingo por la tarde, la gente se paseó por delante de su casa a ver la puerta verde y a felicitarlo porque cuando todas las calles tenían puertas color ante, la suya era la única de color verde.

Al día siguiente, que era lunes, el hombre al que le gustaba el verde se puso la camiseta, los pantalones y el sombrero rígido y salió por la puerta verde para unirse al torrente de trabajadores que se dirigía a la fábrica. Se pasó toda la mañana vertiendo acero, almorzó, bebió unas cervezas con sus amigos, fue al lavabo, y siguió vertiendo acero hasta las diecisiete horas, cuando sonó la sirena y entonces regresó a su casa.

Y no la encontró.

Todas las casas de su calle tenían las puertas de color ante.

A lo mejor había girado por una calle equivocada: comprobó el nombre. Jardines Adam Smith. Él vivía en Jardines Adam Smith. ¿Dónde estaba su casa con la puerta verde? Contó las filas de puertas color ante hasta que llegó al número diecisiete. Él vivía en la casa número 17, la casa de la puerta verde. Pero la puerta había vuelto a recuperar su color ante.

Esa mañana, cuando se marchó, era de color verde. Y al regresar por la tarde se la encontró de color ante. Entonces, en un sitio donde algún patoso había dejado la huella de la mano, descubrió el fulgor del verde vivo brillando a través del tono ante.

—¡Cabrones! —gritó el hombre al que le gustaba el verde.

La puerta color ante se abrió y salió un hombrecito con dientes de conejo, vestido con el traje de papel de la Compañía, para soltarle un sermón sobre la necesidad de eliminar de las unidades trabajadoras toda manifestación indeseada de individualismo, en pre—de la armonía económica general, tal como establecía el Manifiesto del Proyecto y el Plan de Desarrollo, cuyo sistema de ingeniería social de las unidades trabajadoras no contemplaba colores disfuncionales e individualistas, como por ejemplo el verde, que contravenía todas las reglas referentes a los colores uniformes, oficiales y armónicos, tanto desde el punto de vista funcional como el social, y el inciso portales de entrada y salida de dichas reglas imponía el tono ante para los módulos habitables de las unidades trabajadoras.

El hombre al que le gustaba el verde escuchó todo esto pacientemente. Inspiró hondo y después, con todas sus fuerzas, le encajó al hombrecito del traje de papel de la Compañía un puñetazo en el morro lleno de dientes de conejo.

El hombre al que le gustaba el verde se llamaba Rael Mándela, hijo. Era un hombre simple, sin complicaciones, sin destino, ignorante del misterio que iba tendiendo sus raíces malditas alrededor de su espina dorsal. El día que cumplió los diez años así se lo hizo saber a su madre.

—La verdad es que soy una persona simple, me gustan las cosas simples como el sol, la lluvia y los árboles. No me atrae nada eso de ser uno de los grandes personajes de la historia, ya he visto lo que le ha pasado a Pa y a tía Taasmin. No deseo ser un hombre distinguido y acaudalado como Kaan, con sus restaurantes de franquicia, yo sólo quiero ser feliz, y si para eso he de quedarme en un don nadie, pues muy bien.

A la mañana siguiente, Rael Mándela, hijo, recorrió el corto sendero que llevaba desde la casa de los Mándela hasta las puertas de Villa Acero y las traspuso para convertirse en el Accionista 954327186, operador de la grúa vertedora de acero, y siguió así, siendo un hombre simple y feliz que nunca llegaría a nada, hasta aquel domingo por la mañana en que un impulso místico lo empujó a pintar su puerta de verde.

El Accionista 954327186 fue suspendido de su empleo hasta tanto el Tribunal Industrial llevara a cabo una investigación completa. Respetuoso, le hizo una reverencia al funcionario que le entregó la notificación sin sentir amargura ni resentimiento —la justicia era la justicia— y se fue a su casa de la puerta color ante, donde se encontró con media docena de manifestantes que marchaban en círculos ante su puerta.

—¡Rael Mándela readmisión! —coreaban—. ¡Rael Mándela readmisión!

—¿Qué hacéis delante de mi casa? —exigió saber Rael Mándela, hijo.

—Protestamos por tu injusta suspensión —respondió un joven de aspecto entusiasta que llevaba una pancarta que decía: «El color ante es horripilante; el color verde es glorioso».

—Somos la voz de los sin voz —añadió una mujer afligida.

—Perdonadme, pero no quiero vuestras protestas, gracias. Ni siquiera os conozco, por favor, marchaos.

—Ni hablar —dijo el joven entusiasta—. Porque tú eres un símbolo, un símbolo de libertad para los esclavos oprimidos de la Compañía. Eres el espíritu de la libertad aplastado bajo la bota de la empresa industrial.

—Yo lo único que he hecho es pintar de verde mi puerta. No soy símbolo de nada. Por favor, marchaos antes de que os metáis en líos con el servicio de seguridad de la Compañía.

Siguieron manifestándose delante de su casa hasta el anochecer. Rael Mándela, hijo, subió el volumen de la radio y bajó las persianas.

El tribunal industrial lo encontró culpable de comportamiento antisocial y de agresiones en la persona de un ejecutivo de la Compañía cuando se hallaba desempeñando sus deberes. En su breve resumen de la sentencia, el presidente del tribunal utilizó la frase «feudalismo industrial» treinta y nueve veces, y como conclusión, manifestó que a pesar de que el Gerente de Enlace de Relaciones Laborales E. P. Veerasawmy era un mierdica temerario que se merecía hacia tiempo el puñetazo en los morros, el Accionista 954327186 no era quién para poner en práctica tan merecido castigo, por lo cual, se le multaba con dos meses de suspensión de sueldo, repartidos a lo largo de los doce meses siguientes, y se le condenaba a dos años sin ascensos en su sector. Lo reincorporaron a su puesto de operador de grúa. Rael Mándela se encogió de hombros. Había oído sentencias peores.

Los manifestantes lo esperaban fuera con estandartes y eslóganes preparados.

—¡Opresión draconiana de los Accionistas! —gritó la mujer afligida.

—¡Basta de juicios! —gritó el hombre entusiasta.

—¡Tenemos derecho a pintar las puertas de verde! —gritó un tercer manifestante.

—¡Rael Mándela es inocente! —aulló un cuarto.

—¡Anulad la sentencia! ¡Anulad la sentencia! —añadió un quinto.

—La verdad, creía haber salido bien librado —dijo Rael Mándela, hijo.

Lo siguieron hasta su casa. Y se manifestaron marchando en círculos. Esa noche, lo habrían seguido hasta el centro social de no haber tenido que participar en un boicot a las instalaciones recreativas de la Compañía, de modo que se quedaron fuera marchando en círculos, agitando sus pancartas, gritando sus eslóganes y cantando sus canciones de protesta. Agradablemente achispado, Rael Mándela, hijo, se marchó por la puerta trasera para que los manifestantes no lo siguieran. Oyó unos gritos y se asomó por el costado del economato de la Compañía a comprobar si se habían enterado de su evasión. Lo que vio le devolvió instantáneamente la sobriedad. ,,

La policía de seguridad, equipada con corazas y armas, cargaba a los manifestantes, los eslóganes, los estandartes, las pancartas y los gritos en un furgón blindado de color negro y dorado que nunca había visto antes. Dos guardias de negro y dorado salieron del centro social sacudiendo la cabeza. Se montaron en la parte trasera del furgón y se marcharon. En dirección de la casa de Rael Mándela, hijo.

Había jurado que jamás volvería a dormir bajo el techo de sus padres mientras tuviera independencia y trabajo, pero esa noche faltó a su promesa, se coló por debajo de la alambrada y durmió en la casa de los Mándela.

A la mañana siguiente, el boletín de noticias de las seis emitido por la Compañía ofreció un sombrío relato. La noche anterior, un número de Accionistas se había ido de juerga («para ponerse trompa», según la expresión popular) y en total estado de embriaguez, después de acercarse demasiado a los acantilados del desierto, se habían precipitado para encontrar la muerte. La locutora concluyó su saludable relato con una advertencia sobre los peligros de la bebida y un recordatorio: el Verdadero Accionista no dejaba jamás que nada mermara la eficacia de su trabajo para la Compañía. No leyó ni nombres ni números. A Rael, hijo, no le hizo falta oírlos. Recordaba la desazón espiritual de sus días de infancia, y al recordarla, volvió a él, convocada por su recuerdo; una náusea, una necesidad, un destino, un misterio. Mientras Santa Ekatrina le servía el desayuno de huevos y tortas de arroz, supo que ya no podría permanecer callado, que tenía un destino, que debía hablar, que debía reivindicarlo. Sentado en la cocina de su madre, las nubes se despejaron y logró atisbar un futuro horrendo y pesado. Pero ineludible.

—¿Y ahora qué? —le preguntó Santa Ekatrina, en pleno ajeteo del desayuno.

—No lo sé. Tengo miedo... no puedo volver, van a detenerme.

—No me interesa nada de lo que hayas hecho o dejado de hacer —le dijo Santa Ekatrina—. Tú haz lo que debas, eso es todo. Sigue la brújula de tu corazón.

Armado con un megáfono prestado, Rael Mándela, hijo, cruzó un campo de nabos, se metió por una alcantarilla que sólo él y su hermano conocían, y chapoteando entre las heces flotantes, llegó al corazón de Villa Acero. Sin que nadie se diera cuenta, se subió a un macetero de cemento de los Jardines del Feudalismo Industrial y se dispuso a hablar.

Pero no le salieron las palabras.

Él no era orador. Era un hombre simple; no tenía el poder de hacer que las palabras planearan como águilas o golpearan como espadas. Él era un hombre simple. Un hombre simple, con el corazón lleno de asco y rabia. Sí... la rabia, la rabia hablaría por él. Se sacó toda la rabia del corazón y se la puso en los labios.

Y las madres, los niños, los ancianos y paseantes que salían de trabajar se detuvieron a escuchar sus palabras titubeantes pero airadas. Habló de puertas verdes y de puertas color ante. Habló de la gente y de las cosas cotidianas que no aparecían en los informes de la Compañía ni en los Estados de Cuentas; de la confianza, de alternativas, de la expresión de las ideas, de las cosas que todos necesitaban porque no eran cosas materiales, ni cosas suministradas por la Compañía, sino que eran cosas sin las cuales la gente se marchitaba y se moría. Habló de aquello tan terrible que la Compañía le hacía a la gente que quería ser gente y no una cosa; habló de la policía de negro y dorado, del furgón que nunca había visto antes y de la gente que se llevaron en plena noche del viernes para arrojarla por el acantilado porque pedían más de lo que la Compañía estaba dispuesta a dar. Habló de los vecinos y compañeros de trabajo arrebatados de sus casas y sus puestos de trabajo por la acusación de los informadores de la Compañía, habló del lenguaje mudo del corazón, y abrió en las almas de sus oyentes unas heridas muy profundas.

—¿Qué sugieres que hagamos? —preguntó un hombre alto y delgado cuya complexión lo identificaba como originario de Metrópolis. La multitud, que ya era considerable, repitió la pregunta.

—No... no lo sé —respondió Rael Mándela, hijo. El espíritu decayó. Llevada hasta el límite, la gente vaciló y se abandonó.

—No lo sé —repitió.

Los gritos aumentaron, qué hacemos qué hacemos qué hacemos, y entonces tuvo la idea. Sabía qué debían hacer, era bien simple, sin complicaciones y claro como una mañana de estío. Recogió el megáfono, que se le había caído.

—¡Organizaos! —gritó—. ¡Organizaos! ¡No somos objetos!

47

Hacía un hermoso día para el mes de marzo.

Así lo manifestaban los trabajadores de la acería, endomingados con sus mejores ropas, ahítos de la piña y los huevos fritos del desayuno, mientras caminaban a grandes zancadas bajo el sol matinal.

Así lo manifestaban los ferroviarios mientras se enderezaban las gorras puntiagudas y examinaban el brillo de sus botones de bronce antes de salir a unirse a la creciente muchedumbre.

Así lo manifestaban los camioneros, con sus tirantes y sus camisas de cuadros, mientras comprobaban que sus téjanos tuvieran la cantidad de suciedad profesionalmente correcta.

Así lo manifestaban los operadores de grúas, y los operarios de los laminadores, y los pudeladores de acero y los conductores de las dragas y los obreros del alto horno y los de embalajes, y los clasificadores, y los lavadores, y los afiladores, y los operadores de la planta de fusión; y sus mujeres, sus maridos, sus padres y sus hijos: al trasponer sus puertas color ante, todos manifestaban que hacía un hermoso día para el mes de marzo.

Al dirigirse cual un torrente hacia los Jardines del Feudalismo Industrial, sus pies pisoteaban los panfletos que minutos antes, desde el asiento trasero de un pequeño avión de hélices, habían caído como una nevada sobre los tejados y jardines de Villa Acero. La calidad de la impresión era mala, el papel, barato, el lenguaje contundente y poco cultivado.

El domingo 15 de agosto habrá una reunión masiva a las diez menos diez minutos. Los manifestantes se reunirán delante de los Jardines del Feudalismo Industrial, en la esquina de Ataquealcorazón y la Calle 12, para marchar hacia las oficinas de la Compañía a exigir una explicación de las muertes de (y aquí la octavilla nombraba a los pobres y tontos manifestantes) y el reconocimiento de los Derechos de Todo Accionista. Hablará Rael Mándela, hijo.

Rael Mándela esperaba en la esquina de Ataquealcorazón con la Calle 12, vestido con el traje negro de jugador de billar más elegante de su padre.

—Debes estar a la altura de las circunstancias —le había dicho Santa Ekatrina esa mañana—. Tu padre era un hombre apuestísimo cuando conquistó el mundo, y tú no lo serás menos cuando hagas lo mismo.

Miró el reloj con leontina de su padre. Sus cinco colegas: el encargado de las octavillas, el hermano del mártir, un gerente subalterno desengañado, el agitador político y el simpatizante, miraron sus respectivos relojes. Las diez. Tic tac. Rael Mándela, hijo, se mecía sobre los talones de los zapatos negros de jugador de billar de su padre.

¿Y si no aparecía nadie?

¿Y si nadie estaba preparado para desafiar a la Compañía, para desafiar los mensajes de advertencia emitidos por los furgones negros y dorados, esos nuevos, que más bien parecían coches blindados?

¿Y si ninguno era desleal? ¿Y si todos eran obreros fieles a la Compañía, si todos tenían su corazón depositado en la Compañía?

¿Y si a ninguno le importaba?

—Hace un hermoso día para ser marzo —comentó Harper Tew, y después lo oyeron; oyeron el portazo de mil puertas de color ante, el sonido de mil pares de pies saliendo de casa para internarse en la mañana y formar fila, y ese sonido aumentó más y más hasta parecerse al suave rugido de un mar olvidado.

El primero de los manifestantes apareció por la esquina de los Jardines del Feudalismo Industrial y todas las preguntas de Rael Mándela quedaron contestadas.

—¡Les importa! —gritó—. ¡Les importa!

La procesión se agrupó debajo de las pancartas que identificaban sus respectivos oficios y profesiones. Aquí, los camioneros se amontonaban debajo del símbolo de un camión gruñidor anaranjado; más allá, los pudeladores y vertedores se distinguían por un lingote al rojo vivo; un poco más lejos, una locomotora negra y dorada ondeaba orgullosa en el aire, sobre el grupo de estibadores y conductores de trenes de carga. Quienes carecían de estandarte o de emblema se apiñaban bajo banderas regionales, iconos sagrados y eslóganes varios que oscilaban entre lo humorístico, lo escatológico y lo maligno. Rael Mándela, hijo, y sus cinco delegados se colocaron a la cabeza de la procesión. Levantaron un estandarte enrollado. Tiraron del cordel y el viento desplegó el fondo blanco cándido sobre el que lucía un círculo verde. Un murmullo asombrado recorrió la procesión. No era el distintivo de ningún oficio, de ninguna profesión, región o religión con representantes en Villa Acero.

Entonces comenzaron a sonar los silbatos y a atronar las cornetas y la marcha cubrió el breve y agradable paseo desde los Jardines del Feudalismo Industrial, pasando por las fábricas que escupían humo, hasta la Plaza de la Corporación, adornada de fuentes y estatuas. La Plaza de la Corporación se llenó en veinte minutos, y a medida que los manifestantes recorrían los cañones de acero resonante que conducían a las oficinas de la Compañía, desde las torres y los estrechos pasadizos, los trabajadores de ese turno les

lanzaban sus gritos de apoyo. Contando las cabezas, Rael Mándela, hijo, calculó que se hallaba presente al menos un tercio de la fuerza obrera.

—No veo a ningún policía —le comentó a Mavda Arondello—. ¿Comenzamos?

La banda de los cinco asintió. Rael Mándela, hijo, reunió toda su rabia mística y a través de su altoaclamador la descargó sobre la Plaza de la Corporación.

—Quisiera daros las gracias a todos por haber venido hoy. Gracias de mi parte y de parte de mis amigos que veis aquí. No tenéis idea de cuánto significa esto para mí, lo que sentí al marchar con todos vosotros a mi espalda. La Compañía nos ha provocado, la Compañía nos ha amenazado, la Compañía ha llegado incluso a matar a algunos de nosotros, pero vosotros, la gente de Villa Acero, os habéis alzado por encima de las provocaciones y las amenazas. —Notaba como fluía la corriente mística. Aferró el estandarte blanco y verde y lo dejó ondear al viento—. Hoy podéis enorgulleceros, hoy le daremos un nombre a esa fuerza y a esa decisión, y cuando vuestros nietos, sentados en vuestros regazos, os pregunten dónde estabais el quince de agostiembre, les podréis decir: ¡sí, yo estuve allí, estuve en la Plaza de la Corporación, estuve presente cuando nació el Concordato! ¡Sí, amigos míos, aquí lo tenéis: el Concordato!

El asombro dio paso a la expresión. Rael, hijo, se volvió a sus delegados y gritando para hacerse oír en medio del clamor, preguntó:

—¿He estado bien?

—Muy bien, Rael.

Cuando se hizo el silencio, levantó bien alto una hoja de papel arrugada.

—Tengo aquí nuestro Manifiesto, nuestras Seis Demandas Justas. Son razonables, son justas. Os las voy a leer a vosotros y a la Compañía para que pueda oír la voz de sus Accionistas.

»Primera Demanda Justa: Reconocimiento de la Organización Representativa de los Accionistas, el Concordato, como la voz oficial de la fuerza obrera y de los cuadros dirigentes por igual.

«Segunda Demanda Justa: Retirada de los bonos de la Compañía intercambiables únicamente en los economatos de la misma e introducción de ofertas de pago gubernamentales en Dólares Nuevos.

»Tercera Demanda Justa: Representación plena de la fuerza obrera y consulta a la misma de todos los asuntos que le conciernen, como por ejemplo, el desempleo, duración de los turnos, horas extras, cuotas de producción, programas de automatización y eficacia.

«Cuarta Demanda Justa: Eliminación gradual del sistema del feudalismo industrial de la vida privada, incluidos los campos de la educación, el esparcimiento, la sanidad y los servicios públicos.

»Quinta Demanda Justa: Plena libertad de expresión, asociación y culto reconocida a todos los miembros de la Compañía. Los Accionistas pasarán a administrar conjuntamente todas las propiedades, en lugar de que dicha administración le corresponda a la Compañía, supuestamente en representación de todos los Accionistas.

«Sexta Demanda Justa: Abolición del sistema de promociones basado en el espionaje y la delación de compañeros de trabajo.

Después de leer las Seis Demandas Justas, Rael Mándela, hijo, dobló la hoja de papel arrugada, se cruzó de brazos y esperó la respuesta de la Compañía Belén Ares.

Transcurrieron cinco minutos. Otros cinco más y el sol de la siesta comenzó a dejar caer su calor y su sudor sobre la Plaza de la Corporación. Transcurrieron cinco minutos más. La gente tuvo paciencia. Los cinco delegados tuvieron paciencia. Rael Mándela, hijo, tuvo paciencia. Al cabo de veinte minutos, una puerta de acero y cristal, en la fachada de acero y cristal de las oficinas de la Compañía, se abrió y un hombre, vestido con el uniforme negro y dorado de los servicios de seguridad de la Compañía, salió a la Plaza de la Corporación. Su yelmo de polarización cruzada impedía que los manifestantes le vieran

la cara, pero aquella precaución era innecesaria, porque ninguno de los presentes habría sido capaz de reconocer a Mikal Margolis.

—Se me ha pedido que os informe que esta reunión es ilegal y que sus organizadores y participantes son culpables de violar el capítulo 38, párrafo 19, subtítulo F de la Disposición sobre Reuniones y Asociaciones de la Compañía Belén Ares. Tenéis cinco minutos para dispersaros y volver a vuestras casas para disfrutar de vuestro día de descanso. Cinco minutos.

Nadie se movió. Los cinco minutos fueron pasando en el reloj con leontina de Limaal Mándela y la tensión se enroscó con fuerza a la Plaza de la Corporación. Rael Mándela, hijo, que sudaba enfundado en el mejor traje de campeón de su padre, se horrorizó al pensar en cuan pocos eran los períodos de cinco minutos que llenaban una vida.

—Un minuto —anunció el miembro del cuerpo de seguridad de uniforme negro y dorado.

Los circuitos internos de amplificación del casco dotaban a su voz de todo el peso portentoso de la Compañía Belén Ares. No obstante, el desafío que se advertía en los manifestantes se mezclaba con una colosal incredulidad en que la Compañía fuera a emplear la fuerza contra sus propios Accionistas.

—No lo hagas —musitó Rael Mándela, hijo, dirigiéndose al espíritu negro y dorado.

—Es mi deber —respondió Mikal Margolis—. Tengo instrucciones que cumplir. —Entonces, utilizando la máxima amplificación, que hizo estremecer el cielo, gritó—: Muy bien. Habéis hecho caso omiso de las advertencias de la Compañía. Ya no recibiréis ninguna otra. Comandante Ree, disperse esta manifestación ilegal.

Y sonaron los disparos.

Se oyeron gritos. Las cabezas se volvían hacia aquí, hacia allí, la multitud se encrespó como las gachas al batirlas. Los guardias de seguridad salieron de sus escondites y avanzaron hacia la muchedumbre: una franja negra y dorada que disparaba descargas al aire. A la multitud le entró el pánico, la manifestación ordenada se convirtió en una turbamulta. Las pancartas se movían espasmódicamente, los estandartes caían al suelo y eran pisoteados, la gente comenzó a empujar y a forcejear. La línea negra y dorada cayó sobre las primeras filas de manifestantes cargando con sus varas de choque. El pánico vociferante y preñado de blasfemias llenó la Plaza de la Corporación. Los miembros del cuerpo de seguridad lograron abrir cuñas en la masa pero mientras iban avanzando a golpes hacia el centro de la manifestación, la resistencia se solidificaba a su paso. Las varas de choque y los escudos antidisturbios les eran arrancados de las manos. En algún punto del borde de la batalla, alguien se había apoderado de la pistola de balas explosivas de un guardia caído y disparaba de forma irregular hacia la línea de avance. Guardias y manifestantes chocaron entre sí como olas. Los botes de gas antidisturbios dibujaban estelas anaranjadas en el aire. Tapándose las caras con pañuelos, los manifestantes los levantaban para volverlos a lanzar hacia los atacantes. Los estaban frenando... los manifestantes los estaban frenando... los guardias se retiraron, volvieron a agruparse, desplegaron los escudos antidisturbios y avanzaron tras la protección de una andanada de balas explosivas y de plástico. Un destacamento de guardias salió como una tromba de las oficinas de la Compañía, bajaron a la carrera la escalera y se dirigieron hacia Rael Mándela, hijo, y sus colegas. Con un rugido de desafío, un joven camionero (camisa a cuadros, tirantes rojos, téjanos sucios, esposa y dos hijos) se abalanzó sobre los asaltantes de negro y dorado, armado con una pesada vara de choque. El comandante de los guardias bajó su pistola de balas explosivas y, a quemarropa, le voló la cabeza al enloquecido. El disparo y la sangre galvanizaron a los atacantes. Las pistolas antidisturbios pasaron a la posición de corto alcance y dispararon un tiro tras otro hacia el aterrado tumulto. Manos, piernas, hombros, caras volaron en rojos jirones por el aire. Los que caían eran aplastados por las masas enloquecidas. Rael Mándela, hijo, se agachó para esquivar la descarga de un guardia que le apuntaba a la cabeza y lo derribó

encajándole una apasionada patada en los cojones. Le arrebató la pistola antidisturbios y cargó contra los guardias que avanzaban. Su furia demente rompió contra ellos. Se dispersaron. Mikal Margolis, aislado ante Rael Mándela, hijo, y sus enfurecidos delegados, se retiró tácticamente.

Rael Mándela, hijo, se apoderó de su altoaclamador.

—¡Salid de aquí todos! ¡Os asesinarán! ¡Os asesinarán a todos! Hay una sola cosa que la Compañía entenderá. ¡A la huelga! ¡Huelga! ¡Huelga!

Las balas astillaban la fachada de cemento de las oficinas de la Compañía y bañaban con fragmentos a Rael, hijo. Sus palabras se impusieron por encima del canto de la batalla y los gritos de la multitud adquirieron un sonido inteligible.

—¡Huelga huelga huelga! —corearon abriendo a su vez cuñas en las líneas de la policía y manteniéndolas despejadas con las varas de choque y las pistolas antidisturbios—. ¡Huelga huelga huelga! —La muchedumbre rompió el cerco que la rodeaba y huyó por las calles abiertas vociferando—: ¡Huelga huelga huelga!

Desde sitios ocultos, los guardias de seguridad les disparaban a los talones con balas explosivas.

Horas más tarde, los guardias continuaban rastreando la Plaza de la Corporación en busca de Rael Mándela, hijo, hurgando entre las pancartas aplastadas, los estandartes rasgados y los heridos y, sí, también entre los muertos, porque había muertos, y miraban las caras de los plañideros que, desconsolados, se arrodillaban junto a sus hijos, padres, maridos, esposas, madres, hijas, amantes, para comprobar si era la cara del traidor Rael Mándela, hijo, el infeliz que había causado todo aquello a esa gente inocente. Esperaban encontrarlo herido, esperaban encontrarlo muerto, pero había logrado huir envuelto en el albornoz negro de una vieja de Nueva Glasgow, que había muerto de pánico contagioso. Apretadas contra el pecho llevaba las Seis Demandas Justas y el estandarte verde y blanco del Concordato.

48

A las seis menos seis minutos sonaron las sirenas. Sonaban cada mañana a las seis menos seis minutos, pero eso no era lo que diferenciaba a esta mañana de otras. A lo largo de las calles radiantes, las puertas color ante se abrieron de par en par y por ellas salieron las unidades trabajadoras para internarse en el amanecer. Pero eso no era lo que diferenciaba a esta mañana de otras. Lo que la diferenciaba de otras mañanas era que por cada puerta que se abría, cinco permanecían cerradas. Cuando cualquier otro día, un río de obreros de la acería se abalanzaba hacia los cañones de las calles de Villa Acero, en esta ocasión, sólo un chorrillo pasó debajo del arco que proclamaba los Tres Ideales Económicos de la Compañía: Beneficios, Imperio, Industria. Cualquier otro día, doscientos camiones habrían avanzado, arrogantes, por los estrechos senderos de Camino Desolación, pero ese día, menos de cuarenta efectuaron el estruendoso viaje esquivando niños, casas y llamas. Cualquier otro día, cien dragas se habrían puesto en movimiento, pero ese día, sólo diez funcionaban. Cualquier otro día, cincuenta excavadoras habrían recogido las costras de la piel del Gran Desierto, pero ese día, sólo había cinco, y lo mismo ocurría en los cobertizos de las locomotoras, en los convertidores infernales, en los hangares subterráneos, donde descansaban todos los aviones.

Todo porque aquél era un día de huelga.

¡Huelga! ¡Huelga! ¡Huelga!

Rael Mándela, hijo, llamó al orden al comité de huelga reunido alrededor de la mesa de la cocina de su madre. Se oían enhorabuenas, breves apologías y declaraciones de buenos propósitos.

—La colecta para la huelga nos alcanzará unos tres meses —dijo Mavda Arondello—. Después contamos con promesas de colaboración de entidades tan diversas como el Gremio de Fabricantes de Cucharas de Llangonnedd y las Hermanitas de Tharsis.

—Prácticamente nada que informar del frente de piquetes —anunció B. J— Amritraj—. Los guardias de seguridad de la Compañía siguen disparando a la menor provocación. Tenemos que disimular un poco.

—La red de espías informa que la Compañía ya ha hecho ofertas para conseguir esquirolas, pero podríamos cortar de raíz esta medida formando piquetes en los principales pueblos y ciudades. BJ, podrías infiltrar a unos cuantos agitadores.

Ari Osnan, jefe de la red de espionaje, cruzó sus gordos brazos y se reclinó en el respaldo.

—La producción ha bajado un sesenta por ciento —anunció Harper Tew—. Dentro de tres días se habrán agotado las existencias de acero y tendrán que cerrar al menos tres hornos. Dentro de una semana en Villa Acero no quedará materia prima ni para fabricar un alfiler.

—El Grupo de Acción no tiene nada que informar.

Rael Mándela, hijo, se quedó mirando fijamente a Winston Karamatzov.

—¿Cómo que no tienes nada que informar?

—No tengo nada que informar; todavía. Si llegan los esquirolas, quizá tenga algo que comentar.

—Explícate, por favor.

Winston Karamatzov se encogió de hombros y Rael Mándela dio por concluida la reunión sintiendo una ligera inquietud en el corazón.

A la mañana siguiente, cortaron la luz, el gas y el agua en todas las casas de los trabajadores en huelga.

—La Compañía contraataca —dijo Rael Mándela, hijo, a su comité de huelga.

Santa Ekatrina revoloteaba por su cocina, cantando alegremente, mientras iba horneando tortitas de arroz.

—No dejaréis que se salgan con la suya —gorjeó. Los cuadros del Concordato local de Villa Acero respondieron magníficamente.

—Le robaremos energía a la Compañía para hacernos la comida, y traeremos agua de Camino Desolación montando una cadena de cubos si es preciso; nos iremos a dormir al crepúsculo y nos levantaremos al alba como hacían nuestros abuelos —decían.

A medianoche, los ingenieros pasaron unos tubos de plástico por debajo de la alambrada, bombearon agua desde el océano subterráneo por las tuberías verticales de las esquinas y la fueron vertiendo en cubos. Los guardias armados pasaban cautelosamente, no dispuestos a provocar incidentes. Santa Ekatrina convirtió la hacienda de los Mándela en una especie de cocina pública, y convenció a Eva para que abandonase la historia en tapiz de Camino Desolación y la ayudara a revolver las inmensas cacerolas de arroz con estofado.

—Ya te has pasado bastante tiempo hilando la historia; ahora podrás meterte en ella —le dijo a su suegra.

Una fina película fantasmal de blanco almidón de arroz se depositó sobre la habitación y sorprendió a Limaal Mándela en uno de sus cada vez más raros regresos de su ermita en lo alto de la casa del doctor Alimantando.

—¿Qué pasa?

—Pues que hay una huelga —repuso Santa Ekatrina, cantando.

Nunca había sido tan feliz como en esos momentos en que servía cucharones de lentejas al curry a una larga fila de huelguistas. Mientras comían las lentejas al curry, los obreros del acero señalaban a Limaal Mándela y mascullaban palabras de reconocimiento.

—¡Por el hijo de la gracia, ni siquiera mi propia casa es sagrada! —exclamó, y volvió a encerrarse en la casa del doctor Alimantando para ahondar en los misterios del tiempo y la temporalidad.

Rael, hijo, y su comité de huelga contemplaron como llegaba a Camino Desolación el primer envío de alimentos. En el extremo más alejado de las vías del tren, la Inmobiliaria Gallacelli/Mandela había separado unas cuantas hectáreas, delimitándolas con cinta de plástico anaranjada, para iniciar la construcción de un nuevo complejo de viviendas que albergarían a la avalancha de población que se había vaticinado. La cuadrícula anaranjada constituyó un perfecto campo de aterrizaje para que los tres aviones de emergencia bajaran a entregar su carga de treinta toneladas de alimentos surtidos.

—Firme aquí —dijo el piloto, tendiéndole a Rael Mándela, hijo, un recibo y un lápiz.

Los suministros fueron llevados mediante una cadena humana hasta el almacén del nuevo Emporio de Tapas y Comidas Calientes de Mándela & Das. Las cajas llevaban impresos los nombres de los donantes: las Hermanitas de Tharsis, Ferrocarriles Gran Sureño, los Separatistas de Argyre, los Amigos de la Tierra, las Pobres Magdalenas.

—¿En qué medida contribuye esto al fondo para la huelga? —inquirió Rael, hijo, contando cajas de coles, lentejas, jabón y té.

—Al no tener que gastar tanto en comida, y con la exitosa introducción de los cupones de racionamiento contra pago en efectivo, diría que esto nos va a durar unos cinco meses.

Cuando el último saco hubo entrado en el almacén de Rajandra Das y Kaan Mándela, cerraron las puertas con doble candado y apostaron un guardia fuera. La Compañía contaba con medios suficientes como para provocar actos incendiarios.

—¿Las cifras de producción? —preguntó Rael, hijo.

Desde que su madre convirtiera el hogar familiar en cantina, cada vez se le hacía más difícil mantener el orden durante las reuniones del comité de huelga.

—Según lo calculado... —Harper Tew sonrió, satisfecho de sí mismo. Antes de la huelga había sido gerente subauxiliar de producción; de alguna manera, la Compañía no había logrado arrancarle la humanidad—. La producción de acero ha quedado reducida a un simple chorrito, menos del ocho por ciento de la capacidad total. Calculo que la Compañía llegará al punto crítico dentro de unos diez días.

A las cinco de la mañana del decimosexto día de huelga, el señor E. T. Dharamjitsingh, ingeniero de ferrocarril en huelga, Misa, su mujer, y sus ocho hijos fueron despertados de su sueño hambriento por el inconfundible sonido de las culatas de los rifles al destrozar la puerta principal. Cuatro guardias de seguridad armados irrumpieron en el dormitorio apuntando con sus ACM.

—Arriba, a vestirse —les ordenaron—. Tienen cinco minutos.

Mientras huían por piernas por la Calle 12 aferrando los pocos bienes que lograron rescatar apresuradamente, los Dharamjitsingh vieron detenerse un furgón blindado del que salió un grupo de hombres armados que se dirigieron a las puertas color ante de todas las casas de la calle. Dejaron atrás gritos, disparos y el ruido de muebles al ser destrozados.

—¡Ésta no! —aulló un sargento a sus hombres, ansiosos por derribar a patadas una puerta color ante—. Éste es leal. Dejados en paz. La puerta de al lado. \

Esa mañana fueron desalojadas doscientas familias huelguistas. Otras doscientas les siguieron la madrugada siguiente, y la otra otras doscientas más. Las calles de Camino Desolación se llenaron de inestables zigurats de muebles en cuya cima se veían niños de ojos llorosos. Las familias se refugiaban debajo de tiendas improvisadas con sábanas y sacos de plástico.

—Esto nos llevará a la quiebra —declaró Mavda Arondello—. No podemos permitirnos el lujo de evacuar de Camino Desolación a los niños y a las personas que tenemos a nuestro cargo para llevarlos a casas seguras en el Gran Valle. Los pasajes de tren están

por las nubes; a este paso, el fondo para la huelga se habrá acabado en menos de dos meses.

—Rael, ve a hablar con tu tía —sugirió Santa Ekatrina, blanca como un fantasma por el almidón de arroz, la harina y el trabajo desinteresado. En la casa de los Mándela no sólo se alimentaba a las familias sino que también se les daba alojamiento: dormían en los suelos de los dormitorios, quince por habitación—. Taasmin te ayudará.

Esa misma noche, en medio de una nube de vapor, un tren sellado cruzó la Estación de Camino Desolación. Tras el mostrador de su bar junto a las vías, Rajandra Das reparó en que las puertas cerradas, las ventanas con las persianas echadas y las placas de los vagones indicaban que el material rodante provenía de todo el hemisferio norte. El tren pasó como un fantasma por el cambio de vías y entró en los apartaderos de Villa Acero. Los guardias de seguridad despejaron los patios de carga e impusieron un estricto toque de queda, pero Rajandra Das podía ver lo que no veían quienes estaban encerrados tras las persianas de las ventanas; los guardias armados, y con uniformes negros y dorados, escoltaban hasta las casas evacuadas a unos hombres de rostros sombríos que llevaban bolsas y maletas.

A las seis, las sirenas sonaron y mil rompehuelgas salieron de sus camas robadas, se pusieron sus ropas de trabajo y, bajo una fuerte vigilancia, marcharon por las calles radiales, a lo largo de la Llanta y delante de multitudes que coreaban «¡esquirols, esquirols, esquirols!» hasta entrar en la fábrica. El fuego empezó a salir lentamente por las chimeneas frías y el retumbo de la maquinaria dormida hizo estremecer el aire.

—Esto es serio —declaró Rael Mándela, hijo, a su comité de huelga.

Se habían trasladado al BAR/Hotel (recientemente rebautizado con más sinceridad, tal como había sido siempre la intención primigenia, como BAR/Hotel después de borrar los puntos con pintura) debido a la presión de las bocas en la casa de los Mándela.

Harper Tew calculaba que la producción tardaría unos diez días en recuperar el sesenta por ciento de los valores nominales.

—No llegaremos al punto crítico por sólo cincuenta y dos horas —dijo—. A menos que encontremos la forma de echar a los rompehuelgas, el Concordato estará liquidado.

—Nos ocuparemos de los esquirols —anunció Winston Karamatzov. Fue como si un oscuro nimbo se formara a su alrededor.

—Por fin el Grupo de Acción tiene algo que informar —comentó Ari Osnan.

—Calla.

Rael Mándela, hijo, entrelazó los dedos y de pronto, se sintió terriblemente vacío. La visión, el viento espiritual, la fuerza mística que lo había impulsado antes como una goleta ferroviaria, que le había colocado un tizón ardiendo en la lengua, vaciló y le falló. Era humano y se sentía aislado, débil y falible. Los acontecimientos lo tenían atrapado. No podía decirle que no al organizador del Grupo de Acción, y si le decía que sí, se convertiría en una criatura de la turba. El dilema lo tenía perfectamente atado de pies y manos.

—Muy bien. El Grupo de Acción ha de hacer lo que debe.

Esa noche, el Centro Social de Analogía Económica quedó arrasado por el fuego. Entre las cenizas, Dominic Frontera y sus alguaciles hallaron los restos de dieciocho rompehuelgas, un maestro de guardería de la Compañía, el propietario, su mujer y sus hijos gemelos. Esa noche, un rompehuelgas recibió quince puñaladas en la esquina de Ataquealcorazón y la Llanta. Sobrevivió milagrosamente al ataque y cargó con las cicatrices hasta la tumba. Esa noche, tres de los forasteros fueron secuestrados y llevados a la caseta vacía de un guardabarreras, donde, después de desnudarlos y atarlos a unas sillas, les cortaron los genitales con tijeras de podar.

Esa noche, Rael Mándela, hijo, se escabulló hasta su casa y le confesó a su madre todas sus dudas, sus fallos, su impotencia. A pesar de que le dio la absolución, no quedó absuelto.

Noche tras noche, la violencia fue engendrando más violencia. Las atrocidades se fueron acumulando una tras otra. Aunque simpatizante de la huelga, a Dominic Frontera comenzó a costarle trabajo hacer la vista gorda ante la locura que sacudía a su pueblo. La Compañía había amenazado con tomar medidas directas contra los autores de los atentados, aunque al otro lado de la alambrada, sus guardias de seguridad no tenían autoridad alguna. Dominic Frontera le había prometido al jefe de seguridad de la Compañía que tomaría medidas inmediatas, aunque no estaba seguro de cómo iba a hacerlo. Fue a ver a Rael Mándela, hijo, al BAR/Hotel.

La guardia personal de Rael Mándela, hijo, no le permitió acercarse a más de tres metros.

—Esto tiene que terminar, Rael.

El jefe de los huelguistas se encogió de hombros.

—Lo siento, pero terminará en cuanto se marchen los esquirols. La culpa la tienen ellos. Si quieres una solución pacífica, habla con la Compañía, no conmigo.

—Vengo de la Compañía. Me han dicho exactamente lo mismo, pero al revés. Rael, no te hagas el simplón conmigo. Te conozco desde que eras niño. Reconozco que no tengo pruebas, ni nombres, pero la ley es la ley, sean cuales sean mis simpatías, y en cuanto tenga pruebas, la haré cumplir.

—¿Es una amenaza?

Dominic Frontera era muy consciente de la futilidad de amenazar con su puñado de alguaciles gordos y afables a un hombre que se había atrevido a enfrentarse al imperio transplanetario de la Compañía Belén Ares; no obstante, le contestó:

—No es una amenaza, Rael. Sólo un consejo. Mediada la semana, se habían marchado aproximadamente unos trescientos rompeshuelgas. De los que se quedaron, trescientos cincuenta y dos lo harían de forma permanente en el cementerio del pueblo. Ese mismo fin de semana, el Concordato celebró el funeral de su primer mártir. Willy Goomeera, nueve años, soltero, operador de la planta separadora, murió de un golpe en el cuello asestado con un ladrillo cuando intentaba apuñalar a un operador esquirol de la planta separadora, originario de Maginot, delante de la Escuela Infantil La Industria Es El Éxtasis. Willy fue el mártir y quien debía ser su víctima, al salir victoriosa, se convirtió en un monstruo. Willy fue devuelto a la tierra en una urna funeraria envuelta en el estandarte verde y blanco del Concordato, mientras su madre, sus dos hermanas y su novia lloraban a mares. Rael Mándela, hijo, y su comité de huelga asistieron al funeral.

—¿Cómo van las cifras de producción?

—Niveladas en un óptimo diez por ciento. Calculo que el rendimiento de la planta llegará a un valor marginal dentro de veintidós días.

—El fondo para la huelga sólo alcanzará para quince días. Mavda, mira a ver si consigues que nuestros simpatizantes te envíen ayuda en metálico además de la que nos envían regularmente por avión. BJ, sigue insistiendo con las otras Transplanetarias, si la Belén Ares se va para abajo, ellos se irán para arriba. Creo que hablaré con mi tía para ver si puede conseguirmos alojamiento gratuito en los hostales de la iglesia. Con eso aliviaríamos el presupuesto de realojamiento.

Los seis conspiradores hicieron una reverencia, se marcharon cada uno por su lado y entretanto, las primeras paletadas de fina tierra roja cayeron con ruido sordo sobre el ataúd de cerámica de Willy Goomeera.

Según Taasmin Mándela, desde que se había convertido en un mortificado en sus tres cuartas partes, Inspiración Cadillac se había vuelto menos tratable.

—Señora, no debes permitir que te impliquen en la disputa de Aceros Belén Ares. No debes confundir lo espiritual con lo político.

La Gris Señora y el Camarlengo de Hierro bajaban deprisa por un pasadizo subterráneo que conducía desde las habitaciones privadas a las públicas. Al oír la palabra «político», Taasmin Mándela se detuvo y susurró al oído de Inspiración Cadillac:

—Dime una cosa, hipócrita. Si la espiritualidad no abarca todos los aspectos de la vida, incluida la política, ¿cómo puede ser verdaderamente espiritual? Dímelo.

Se alejó por el corredor iluminado con luces de neón. Las prótesis de su protésico camarlengo chirriaron y golpetearon cuando corrió para alcanzarla.

—Señora, con todo respeto, te estás dejando llevar por las emociones. Olvídate de que Rael Mándela, hijo, es tu sobrino; debes tomar una decisión objetiva sobre si permitirás o no que unos herejes... perdóneme, Señora, quise decir que unos huelguistas utilicen nuestros dormitorios. Si eliminamos de esta cuestión las subjetividades que todo lo confunden, la decisión está clara.

Taasmin Mándela volvió a detenerse ante la puerta que daba a su sala de audiencias.

—Y tan clara, camarlengo. Me comprometo ahora mismo a dar pleno apoyo espiritual, moral y económico al Concordato.

—¡Señora! ¡Es una locura! Piensa en los peregrinos, de cuya generosidad dependemos, ¿no se sentirán disuadidos por esta medida precipitada? Piensa en las Pobres Criaturas, si te pones del lado de los here... de los huelguistas, en realidad, lo que estás haciendo es negar su fe en la santidad del Templo de Villa Acero. ¡No puedes abandonar a tus fieles devotos, a los peregrinos y a las Pobres Criaturas!

—Camarlengo, sé muy bien de dónde han venido esas profecías espurias sobre la fábrica. No soy tan tonta como tú crees.

En su sala de audiencias, se sentó en un trono iluminado por un solo haz de luz solar captado por los espejos en ángulo colocados en lo alto del domo. Alrededor de los pies había flores esparcidas y una maraña de virutas metálicas; ante ella, una fila de peregrinos con estrellas de nueve puntas pintadas en la frente se prolongaba internándose en la oscuridad. El aire se llenó de una piedad gélida.

—Aquí hace falta más luz —susurró Taasmin Mándela para sí, y se imaginó la mano panárquica levantando la parte superior de la Basílica, como si fuera la tapa de un frasco de pepinillos encurtidos, para dejar entrar la luz del día.

—¿Cómo dice, Señora? —le preguntó una de las Pobres Criaturas, que tenía la cabeza metálica y oficiaba de ayudante.

«Pobre Criatura», pensó Taasmin Mándela. Mientras la cola de curaciones bendiciones profecías peticiones y perdones avanzaba arrastrando los pies, Taasmin se sorprendió mirando los reflejos de las nubes en los espejos del tejado y pensó en su sobrino, que luchaba por las cosas para las que a ella le habían dado poder para combatir allá afuera, bajo el sol del desierto y el cielo abierto y ante los ojos del Panarcos. Ea espiritualidad en acción, la fe en zapatos marrones, el cuchillo afilado del amor revolucionario. Hacía bien en prometer ayuda al Concordato. A pesar de todos sus pecados humanos, hacían valer la humanidad, la vida y la libertad ante la aplastante esterilidad, el régimen maquinal y la aniquilación de la Compañía.

—Señora, las Ancianas de Chernowa. —Una manada de abuelas desdentadas y cubiertas con negros chales se inclinó ante ella en medio de las flores y las virutas metálicas. Elevaban una fea efigie de madera de un niño pequeño. Torpemente tallada, pintada por manos inexpertas, tenía toda la expresión de alguien a quien le clavan un instrumento punzante en la espalda—. Ee traen una petición, Señora.

Su ayudante le hizo una respetuosa reverencia, y con un ademán, les indicó a las Ancianas de Chernowa que se acercaran.

—¿Cuál es vuestra petición?

El sol se reflejaba en el agua fría y clara, las hojas proyectaban sus sombras; Taasmin Mándela ni siquiera oía sus voces suplicantes.

—... se nos llevan a nuestros hijos, y a los hijos de nuestros hijos, se nos llevan nuestra libertad, nuestra nobleza, se nos llevan todo lo que tenemos para devolvérselo hecho pedazos; y a esto le llaman «feudalismo industrial», y por esto se supone que debemos estarles agradecidos...

—Basta. ¿Eres de Villa Acero?

La más anciana y venerable de las abuelas se encogió atemorizada.

—Poneos todas en pie. —La luz, la sombra y el agua fría y clara desaparecieron al entrar el sol del mediodía—. ¿Sois de... —buscó en su memoria, maldiciéndose por su distracción— Chernowa, en Nueva Merionedd?

—Sí. Sí, Señora.

—La Compañía os oprime... y supongo que sois huelguistas. La más joven de las abuelas se abrió paso para colocarse al frente de la manada.

—Señora, nos han quitado los alimentos para nuestros estómagos y el agua para nuestros labios, la luz para nuestros ojos y la fuerza de la punta de nuestros dedos, nos han echado de nuestras casas para que nos viésemos obligadas a abandonar a nuestras familias o bien a vivir como animales en rústicas casetas de plástico y cartón. ¡Gris Señora, te pedimos por favor que nos ayudes! ¡Ruega por nosotras, intercede por nosotras, haz que los gritos de los oprimidos lleguen a oídos del Panarcos, deja que nos otorgue sus favores, que nos bendiga!

—Ya es suficiente.— La efusiva mujer volvió a su sitio, avergonzada por su arrebató—. ¿Qué es eso que traéis ahí? La abuela más anciana levantó la fea estatua.

—Es nuestro icono, el Luminoso Niño de Chernowa, que por intercesión de la Santísima Señora salvó a nuestro pueblo de ser destruido por un vehículo de enlace del elevador espacial, para lo cual mandó un viento místico que alejó el peligro.

Taasmin Mándela había oído hablar del milagro de Chernowa. El pueblo se había salvado, pero el vehículo de enlace y los doscientos cincuenta y seis pasajeros que iban a bordo se habían vaporizado. Si el milagro hubiera sido de mejor calidad, ambos se habrían salvado, pensó. Era una estatua excepcionalmente fea.

—Traédmela aquí.

Taasmin Mándela tendió su mano izquierda hacia el icono. Unas descargas luminosas recorrieron los circuitos de su vestido y se concentraron alrededor de su muñeca izquierda. Su halo alcanzó un brillo de tal intensidad que proyectó sombras hasta en los rincones más alejados del salón de audiencias. La recorrió una ola de inocencia: en su corazón volvió a sonar la sinfonía interior y se sintió libre y perdonada. Unas serpentinas metálicas, como cuerdas de circuitos impresos, le salieron de la mano y envolvieron al Luminoso Niño de Chernowa en una telaraña de electrónica. La congregación de fieles contemplaba completamente apabullada como la piel de madera del icono se cubría de una capa de circuitos. La electricidad recorrió con chispas todos sus miembros, la luz de la fusión brilló en sus ojos y de sus labios salió en torrente un galimatías en código máquina.

La transubstanciación de la madera en máquina quedó completa. Los peregrinos se hincaron de rodillas. Algunos, atemorizados, huyeron de la basílica. Las Ancianas de Chernowa hicieron ademán de inclinarse, pero Taasmin Mándela se lo impidió.

—Llevaos esto y enseñádselo a mi sobrino. Es la respuesta que esperaba. Llevadle también mi bendición: Dios está de tu parte. No eres una propiedad.

Una oleada de sagrada travesura impulsó a Taasmin Mándela a levantar la mano izquierda para hacer el saludo con el puño cerrado típico del Concordato. Se puso en pie para que todos vieran la Solidaridad de la Gris Señora, luego se volvió con una agitación de la túnica y abandonó la tarima.

—No más audiencias por hoy —le gritó a la mayordomo biónica.

Contempló como titubeaba presa de confusión para salir luego a toda prisa a informar a Inspiración Cadillac. Le daba igual. Dios se había abierto paso, la guerra estaba declarada, había realizado un acto libre de conciencia. La guerra estaba declarada y era feliz, muy feliz.

—Yo tampoco soy una propiedad —le dijo a su reflejo en el agua clara y fría del estanque de su jardín.

50

Todo aquel que presentara una tarjeta del Concordato a cualquiera de los propietarios del Emporio de Tapas y Comidas Calientes de Mándela & Das tenía derecho a comer gratuitamente cualquiera de los manjares de ensueño como salchichas, pinchitos morunos, buñuelos de garbanzos que se doraban alegremente en la honda freidora, y un variado surtido de bhajis, sarnosas y pakoras. Era un gesto de solidaridad filial por parte de la mitad que le correspondía a Mándela del Emporio de Tapas y Comidas Calientes; el efecto sobre la rentabilidad de la empresa era ruinoso, pero la mitad Mándela sabía que la mitad Das poseía sacos llenos de dólares oro ahorrados en otra época, ahora tristemente recordada, como factótum del pueblo, pedigüeño y pirata, que ayudaría al emporio a superar la crisis del Concordato.

El Emporio de Tapas y Comidas Calientes tenía una construcción notable, incluso única. La mitad delantera provenía de una antigua riksha que se había pasado tres años en los fondos del Cobertizo de Ed; la mitad trasera estaba adaptada a partir de la cocina de un avión en desuso, ampliada con asientos plegables, música por cable telefónico, farolillos de papel de alegres colores y una infinidad de iconos sagrados, medallas y tarjetas con plegarias inscritas. Cada mañana, antes de que la primera luz del sol tocara su ventana, la mitad Das de la sociedad arrancaba a patadas la mitad del riksha del emporio, que se ponía en marcha con ruidos asmáticos, y conducía el desgarrado cacharro por los estrechos callejones, esquivando gallinas, cabras, llamas, niños y camiones hasta que encontraba un buen sitio donde estacionarse. Casi invariablemente, el sitio se encontraba al otro lado de la Tienda de Ramos Generales de las Hermanas de Pentecostés, porque de ese modo, Rajandra Das tenía ocasión de sonreírles encantadoramente cuando iban a abrir la tienda a las ocho menos ocho minutos y ellas, a su vez, lo invitaban a tomar té de menta a las horas en que el calor apretaba más. Cuando llegaba la mitad Mándela de la sociedad (la mitad que poseía un olfato empresarial afilado como la punta de una aguja, legado genético de su padre racionalista), comenzaba a freír las salchichas, los filtros de té de menta o café soltaban su aroma en el aire y se formaba una cola larga como un desayuno gratuito con las personas que aferraban en la mano sus tarjetas del Concordato.

Al sexagésimo sexto día de la huelga, Rajandra Das envolvía una salchicha larga como su antebrazo para dársela a un huelguista cuya cara le resultaba vagamente conocida, cuando se quedó helado en plena actividad.

—RD —le dijo la mitad Mándela—. ¿Qué has visto? Automáticamente, Rajandra Das le entregó la salchicha al huelguista.

—Es él.

—¿Él?

Kaan Mándela miró pero sólo vio a un hombre de mediana edad y cabello negro que los observaba desde el final de la calle.

—Ha tenido el descaro de volver después de lo que hizo...

Kaan Mándela volvió a mirar, pero la silueta había desaparecido.

—¿Quién era?

Rajandra Das no se lo dijo, pero durante todo el día conservó una tirantez vengativa de lo más extraña. Esa noche, cuando el Emporio de Tapas y Comidas Calientes quedó aparcado, Rajandra Das fue a ver al señor Jericó.

—Ha vuelto —le dijo, y cuando el señor Jericó se enteró de quién había vuelto, mandó a Rajandra Das a que reuniera a todos los Miembros Fundadores, con la excepción de Dominic Frontera, y mientras Rajandra Das se ocupaba de esto, él se dirigió al cajón donde guardaba su pistola de agujas y la sacó de su envoltura de seda.

A las veinte cuarenta y cinco, Mikal Margolis, jefe de seguridad del proyecto Camino Desolación, se disponía a darse un baño en su apartamento de ejecutivo. El estudio preliminar secreto de Camino Desolación estaba terminado, la Compañía podría actuar contra el Concordato en cualquier momento y aplastarlo; había sido un día largo y difícil y lo que necesitaba era un buen baño caliente. Abrió la puerta y apuntada hacia él vio la boca de una antigua pistola de agujas con la empuñadura de hueso.

—No cierres de un portazo —le ordenó una voz que había olvidado—. Puedo matarte a través de la puerta si es preciso. Y ahora, te pido por favor que me acompañes.

Mientras Mikal Margolis volvía a vestirse, el señor Jericó se fijó en el uniforme de la Compañía.

—No lo sabía.

—Al menos hay algo que ignoras. Nada menos que Jefe de Seguridad del Proyecto.

El señor Jericó no dijo nada, pero añadió otro delito a la hoja de cargos que tenía en la mente. Condujo a su prisionero por desvíos y calle—citas laterales hasta el perímetro de la alambrada. Un hilo de pura tensión eléctrica pasó de la boca de la pistola de agujas a la nuca de Mikal Margolis.

—Por aquí abajo —le ordenó el señor Jericó indicándole la trampilla abierta de una alcantarilla, de cuya existencia Mikal Margolis ni siquiera estaba enterado.

—¿Cómo me encontraste? —inquirió el prisionero mientras los dos hombres avanzaban por las aguas servidas de Villa Acero.

—Mediante las disciplinas damantinas, pero dudo que eso te diga nada.

No fue así, y Mikal Margolis supo de repente muchas cosas sobre el señor Jericó. Supo también que a pesar de todos sus sentidos adiestrados de Autónomo, no podría huir de su captor. Por eso dejó que lo sacara de Villa Acero y lo llevase a Camino Desolación.

Se formó un improvisado tribunal en el almacén de Rajandra Das, en medio de cajas de garbanzos donadas al Concordato por la Asociación de Comerciantes Ambulantes de Meridiana. Mikal Margolis echó una mirada a su alrededor y reconoció a los Mándela, a los hermanos Gallacelli, a los Stalin, a Genevieve Tenebrae, que sostenía entre sus manos el globo con el fantasma de su marido; habían acudido incluso los Monteazul, padre e hija. Se estremeció. Era como ser juzgado por un tribunal de fantasmas. Entonces vio a Persis Jirones.

—Persis, ¿qué es esto? Dímelo.

Ella apartó la vista. El señor Jericó leyó los cargos formales. Después le preguntó al acusado si tenía algo que alegar en su defensa.

—Decidme, ¿ha muerto mi madre? —preguntó el acusado.

—Sí —respondió Rael Mándela, hijo.

—Menos mal. No me habría gustado que presenciara esto.

—¿Tienes algo que declarar? —inquirió el señor Jericó.

—Sí, me declaro culpable.

Todos los miembros del jurado estuvieron de acuerdo. Todos. Incluida Persis. Incluido el fantasma.

—Ya sabes lo que tienes que hacer —le dijo el señor Jericó, y por primera vez, Mikal Margolis vio la soga.

Cuando lo conducían hacia el improvisado cadalso (dos escaleras de tijera), no sintió ni rabia ni odio, simplemente una abrumadora sensación de disgusto por el hecho de que el

hombre que había vencido a la Compañía Belén Ares y se había ganado su confianza, debiera terminar de un modo tan ignominioso. Le colocaron la soga alrededor del cuello.

—¿No sientes ningún remordimiento? —le preguntó Genevieve Tenebrae, un ser retorcido y pálido, una troglodita hermética—. ¿No sientes nada por el pobre Gastón?

Conque pobre Gastón, ¿eh? Tenorio y holgazán.

—Yo era muy joven entonces —dijo—. Estaba un poco loco y bastante confundido. Son cosas que pasan. —Miró a Persis Jirones y extendió las manos—. Fíjate, Persis. Ya no tiemblo.

Los vigilantes ataron esas manos firmes y luego iniciaron una discusión acerca de qué palabras deberían utilizar para despedir el alma del condenado. Mikal Margolis se tambaleó en lo alto de las escaleras y sintió que su furia iba en aumento. No podía aceptar morir de un modo tan estúpido.

—¿Habéis terminado ya? —les gritó.

—Sí, gracias —respondió el señor Jericó—. Quitad la escalera.

Rajandra Das le dio una patada a la escalera. Mikal Margolis notó que un puño de hierro intentaba arrancarle la cabeza del cuerpo, luego se oyó un chasquido (¡Mi cuello, mi cuello!)... y cayó sobre la paja con un ruido sordo.

—¡Me cago en la soga barata! —gritó alguien.

Mikal Margolis rodó, se puso en pie y cargó con la cabeza gacha hacia el interruptor de la luz. La habitación quedó a oscuras y se oyeron gritos cuando una de las agujas del señor Jericó le arrancó la piel de la mejilla. A trompicones Mikal Margolis salió a la calle y zigzagueando como una gallina se dirigió hacia los portones de alambre de Villa Acero.

—¡Socorro, socorro, asesino! —rugió.

Los guardias de seguridad salieron en tropel de sus garitas portátiles y apuntaron a la calle con las bocas de sus armas. El señor Jericó apuntó cuidadosamente con su pistola de agujas pero falló.

—Está demasiado lejos. Lo siento. Hay demasiados guardias cubriéndolo.

—¡El muy cabrón se ha escapado! —lloraba Genevieve Tenebrae.

—¡Por segunda vez! —dijo Rajandra Das mientras contemplaba como los guardias abrían de par en par los portones para dejar paso al fugado.

—No habrá una tercera —dijo el señor Jericó. Nadie entendió muy bien a qué se refería.

51

El significado del comentario del señor Jericó quedó claro el martes 12 de noviembre, cuando la Compañía Belén Ares aplastó al Concordato.

Fue una operación muy eficaz, no era de esperarse de otro modo de la Compañía Belén Ares. Supieron exactamente adonde ir y a quién llevarse. Allanaron las casas, se abrieron paso a golpes por habitaciones protegidas con barricadas, peinaron hoteles, bares, oficinas. La alambrada no los contuvo, arrasaron las calles de Camino Desolación en sus furgones blindados negros y dorados. Las ráfagas disparadas con las ACM rasgaron el aire. Dominic Frontera y sus policías nada pudieron hacer contra ellos. Fueron desarmados por los incursores de uniformes negros y dorados y encerrados en su propia cárcel. Otros que intentaron impedirles el paso fueron tratados con menos gentileza. Algunos recibían disparos en las rodillas o los codos. Hubo unos pocos afortunados a los que sólo les aplastaron los dedos con las culatas de las ACM. A los hombres los sacaban a rastras de los hoteles y refugios y los obligaban a acuclillarse con las manos en la nuca, delante de las paredes tapizadas de eslóganes, mientras los jóvenes directivos, que tomaban unas bebidas idiotas hechas con plátanos y tapioca, escogían a los organizadores y representantes de sección. A algunos se los llevaban en los furgones

negros y dorados. A otros los dejaban en libertad. Algunos, particularmente agitadores, eran conducidos detrás de esas mismas paredes, donde les metían un tiro entre los ojos. Las hijas, esposas, amantes y madres que habían decidido quedarse aullaban su furia impotente. Los guardias de seguridad de la Compañía derribaron la puerta del Anexo Jirones del BAR/Hotel y detuvieron a tres de los cinco miembros del comité de huelga, y a dos peregrinos inocentes para completar el número. Los prisioneros fueron conducidos a los fondos del bar, donde fueron ajusticiados entre barriles y cajas de cerveza. Los guardias de seguridad rociaron el suelo con queroseno y antes de marcharse le prendieron fuego al anexo del hotel.

En la barriada pobre de Concorde, surgida junto a la alambrada para albergar a los desahuciados de Villa Acero, los guardias de uniforme negro y dorado derramaron combustible de riksha sobre las chabolas de plástico y cartón y les prendieron fuego. Las llamas se propagaron por la barriada más deprisa de lo que los ciudadanos podían correr. Al cabo de unos minutos, la comunidad de Concorde quedó reducida a cenizas.

Los guardias de seguridad no respetaron ni los límites ni las conciencias. Empujando a un lado a las Pobres Criaturas que osaban protestar, vaciaron los dormitorios de Villa Fe y fueron repasando las filas de caras en busca de las facciones descritas por sus órdenes de detención. El santuario de la Basílica de la Gris Señora fue profanado por una carga de guardias armados, y cuando Taasmin Mándela regresó de sus meditaciones, la Compañía Belén Ares había arrasado como un tifón dejando un rastro de devastación y pánico.

La Compañía pasó por Camino Desolación destrozándolo todo a su paso y satisfaciendo sus más mínimos caprichos. Las autoridades civiles se vieron impotentes para intervenir. Resultaba evidente que tras la violencia se ocultaba un aspecto secundario mucho más siniestro. Las casas y los negocios de los miembros fundadores de Camino Desolación fueron identificados para el ataque. Mientras del anexo del BAR/Hotel se elevaban columnas de humo, una colosal explosión destruyó las oficinas de la Inmobiliaria Gallacelli & Mándela. Girando la esquina del callejón, el Emporio de Tapas y Comidas Calientes Mándela & Das fue hecho pedazos ante la mirada de sus propietarios.

—¡Espero que estéis satisfechos! —gritó la mitad Das de la sociedad—. ¡Espero que estéis más que satisfechos!

Los dos socios hicieron el saludo del Concordato con el puño cerrado cuando los guardias les volvieron la espalda.

—¡No somos propiedades! —gritó Rajandra Das.

Los guardias de seguridad volvieron y les propinaron una paliza con sus armas que los dejó tendidos en el suelo.

Cinco guardias irrumpieron en la hacienda de los Mándela con el pretexto de buscar a Rael, hijo, y dejaron el lugar patas arriba.

—¿Dónde está? —exigieron saber a la piadosa Santa Ekatrina, apuntándole con la ACM en la sien.

—No está en casa —respondió ella.

Por pura sed vengativa, decollaron a todos los animales de la granja. Destrozaron todos los muebles, volcaron todos los recipientes con lentejas y estofado que había en la cocina, destruyeron el colector solar con forma de rombo y se dispusieron a romper el telar de tapices de Eva Mándela.

—Yo que vosotros no lo tocaría —les advirtió Rael Mándela, padre, con la calma letal que otorga el empuñar una escopeta de caza.

Los guardias se encogieron de hombros (será infeliz el viejo) y levantaron las culatas de sus ACM. Rael Mándela lanzó un aullido de animales degollados, recipientes volcados y colector solar destrozado y se interpuso entre los guardias y el telar. El misil de una ACM le reventó el pecho y lo lanzó sobre el bastidor del tapiz, donde su sangre tino de un rojo melodramático la historia a medio acabar.

En medio del humo, la sangre y el olor a carne quemada, la tosecita amable pasó casi inadvertida, pero bastó para lograr que los asesinos se dieran la vuelta. Ante ellos estaba Limaal Mándela. Empuñaba la pistola de agujas del señor Jericó. Una sonrisa terrible le iluminaba el rostro. Antes de que los dedos pudiesen tocar los gatillos, estaban todos muertos con un cuadrado de agujas entre cada par de ojos, disparado con incomparable velocidad y precisión por el Más Grandioso Jugador de Billar que el Universo hubiera conocido.

Mientras su abuelo yacía despatarrado y muerto sobre el telar de su abuela, y su padre se alzaba terrible y triunfante junto a su madre llorosa, acunando en la mano una pistola de agujas de la Familia Exaltada, mientras ocurría todo esto, Rael Mándela, hijo, acompañado de Ed, Sevriano y Batisto Gallacelli, robaba un avión carguero de Aceros Belén Ares de la pista que había detrás de Villa Acero.

Una vez efectuados los controles previos al vuelo, Sevriano y Batisto encendieron los motores para que las hélices adquirieran velocidad y se dispusieron a deshacerse del lastre.

—Hijo de la gracia —masculló Ed Gallacelli.

Un grupo de guardianes con equipo de batalla avanzaba por la pista en dirección a los Gansos Salvajes. En el panel de mandos hubo un intercambio de miradas nerviosas. Había que hacer algo, pero no estaba claro qué ni quién lo haría. Ed Gallacelli miró las caras una por una.

—Está bien —dijo—. Yo me ocuparé de ellos.

Antes de que nadie pudiese protestar, ya se había colado por la puerta de tripulantes y estaba en la pista.

—Por cierto —gritó, su voz apenas audible en medio del fragor de los motores—, ¡fui yo! ¡Yo! ¡Yo soy vuestro padre!

Después, lanzando una sonrisa hacia la cabina de control, se despidió con la mano y corrió hacia los guardias que avanzaban. Hurgó en sus espaciosos bolsillos.

—¡Tomad esto!

Lanzó al aire una paloma mecánica que voló hacia los hombres de la compañía cantando un canto subsónico. Cuando vio que los guardias se retorcían presas del vómito y la migraña, cacareó como un gallo por su ingenio, levantó los brazos y soltó un enjambre de abejas robot. Equipadas con agujones láser, sus pequeños inventos se arremolinaron sobre los guardias paralizados, hasta que uno de ellos, con mayor presencia de ánimo que sus camaradas, abatió a la paloma sónica y a las abejas asesinas con descargas hipersónicas de su ACM.

—Pruébate esto a ver si es tu talla —gritó Ed Gallacelli.

Oyó que los motores del avión rugían listos para el despegue y de pronto, se sintió feliz sin lograr discernir el motivo. De las mangas le salía una densa humareda negra. Antes de que la nube lo envolviera, miró por encima del hombro y vio que la aeronave se elevaba de Villa Acero con dirección al norte.

Se habían marchado.

Estaba contento.

Colocándose unas termoantiparras, Ed Gallacelli se acercó a los guardias y empezó a correr de un lado para otro pateando culos y cojones protegido por una invisibilidad total, hasta que un viento no previsto en los planes comenzó a soplar y a soplar, llevándose su pantalla de humo hacia el horizonte.

—Cielos —dijo Ed Gallacelli mansamente—. Me rindo. —Levantó los brazos. Instantáneamente, todos los dedos se pegaron a los gatillos de las ACM—. Vaya, lo siento. —Hizo el saludo con el puño cerrado y gritó—: ¡Larga vida al Concordato, amén!

Empezó a reírse y venga a reírse y venga a reírse porque el guardián listo se había quitado el casco: era Mikal Margolis, y debió haberlo sabido desde el principio, vaya chiste más gracioso, el más gracioso de todos, mucho mejor que los trucos que había ocultado

él en la manga, y entonces, el comandante del escuadrón dio una orden y doce rayos láser salieron disparados y lo bañaron en llamas; no dejaron de disparar hasta que el viento traicionero comenzó a aventar las cenizas.

52

Después de la batalla de Ford Amarillo, Arnie Tenebrae hizo una pirámide de cabezas delante de su tienda de mando. Los Parlamentarios habían sido descubiertos mientras huían por los arrozales; se habían despojado de sus armas, sus cascos, sus uniformes, habían recibido heridas diversas, presas del pánico, habían intentado huir de los demonios pintados de tigres que les seguían la pista incansablemente. Había ordenado a los jefes de sus comandos de la muerte que decapitasen a los muertos o heridos y que le trajeran las cabezas. La pirámide era tan alta como Arnie Tenebrae. Contempló las caras contraídas de los labriegos, mecánicos de rikshas, pilotos de aviones, mineros, universitarios y corredores de seguros y un fuego enloquecido e impío ardió en su interior. Esa noche, se pintó la cara como un pájaro de la muerte y mientras se inyectaba la morfina que había sacado del botiquín médico, el pájaro de la muerte de los rincones sombríos se alzó ante ella, y gritando como un torturado, le dijo que ella era el Avatar, la encarnación del Principio Cósmico, la Vastadora, la Destructora, la Niveladora de Mundos, la Asesina de Dioses, la Imprevisible.

Ford Amarillo, Colina 27, Embarcadero de Elahanua, Granero de Harper: las alas del pájaro de la muerte desparramaron a los Parlamentarios como si fueran paja.

—Niños contra hombres —les dijo a sus comandantes—. ¡Por cada uno de nosotros hay cientos de ellos, y sin embargo, los segamos como si fueran arroz!

Sabía que sus capitanes la temían. Hacían bien. Estaba loca, buscaba cuerpos para lanzarlos al altar de la destrucción, creía que era una diosa, un demonio, un ángel de las tinieblas. Hacían bien en pensar todas estas cosas de ella. Eran ciertas. Las victorias se sucedieron una tras otra.

—Nuestros sistemas de armas inductoras de campo nos hacen invencibles —declaró a su equipo después de la Batalla del Empalme de Sakamoto.

Sus capitanes y tenientes sabían que en realidad, lo que quería decirles era que esa imbatibilidad era obra de Arnie Tenebrae, la Vastadora. Comenzaron a temer que también tuviera razón en ese punto.

Y en la batalla de Tetsenok, los Parlamentarios se las arreglaron para convertir el avance del Grupo Táctico del Ejército de la Tierra Entera en una retirada. Arnie Tenebrae no se sorprendió. Esa mañana, había olido la derrota en el aire.

—Allá afuera hay alguien que me busca —dijo.

La duda comenzó a infestar a sus mandos, la duda y el compromiso vacilante. Arnie Tenebrae no lo aceptó. ¿Cómo podían existir dudas ante la presencia viva de la personificación del Poder Cósmico?

Sin embargo, en la siguiente reunión de mandos, el teniente Lim Chung le preguntó:

—¿Por qué luchamos si no ganamos nada?

Arnie Tenebrae no sintió la necesidad de contestar. Más tarde, ordenó que se llevaran al teniente Lim Chung al corazón del bosque, lo desnudaran, lo ataran de pies y manos entre dos árboles y lo abandonaran al tiempo y los elementos.

Después de la batalla de la Colina 66, en la que los Parlamentarios invadieron las posiciones atrincheradas del Ejército de la Tierra Entera a pesar de que éste poseía sistemas de armas inductoras de campo y de campos invisibles, un niño granjero con la cara color del suero de leche, entró tambaleándose en el cuartel general de retaguardia del Grupo Táctico llevando una bandera blanca en la espalda. Arnie Tenebrae escuchó

pacientemente los términos de la rendición impuestos por los Parlamentarios. Luego, formuló dos preguntas.

—¿Cómo te llamas?

—Soldado MacNaughton Belewe, número 703286543.

—¿Quién es tu jefe de estado mayor?

—La Mariscal Quinsana, señora. Mariscal Marya Quinsana.

Marya Quinsana. Vaya vaya vaya.

Arnie Tenebrae no envió los fundamentos de su negativa en la piel desollada del soldado MacNaughton Belewe como tenía pensado. El muchacho fue puesto en libertad, vivo y entero, al borde de la zona de batalla con un saludo de general a general en la mano y una ristra de cabezas reducidas colgadas del cinturón.

Después de los sucesos de la Colina 66, Arnie Tenebrae se volvió taciturna y peligrosa. Otro Principio Cósmico había entrado en el drama. El Avalar de la Vengadora. Resultaba maravilloso cómo todas las luchas y los conflictos humanos eran una representación simbólica de luchas más elevadas entre los Poderes Cósmicos, de manera tal que cada momento del presente no era sino un fragmento del pasado que se repetía una y otra vez. El escenario estaba dispuesto, sobrevendría el Gotterdammerung, sonaría la última trompeta y entonces sólo quedaría ella contra Marya Quinsana: Vastadora y Vengadora, como había sido siempre, como sería siempre.

La Cordillera de Donohue, Dharmstadt, Puente Rojo: tres derrotas aplastantes en otros tantos meses. Arnie Tenebrae pasaba mucho tiempo sola en su tienda, sentada en el suelo, con las piernas cruzadas, meditando sobre sí misma. Los tenientes y los capitanes iban y venían como ratoncitos, ocupados con informes sobre la rendición, las matanzas, las aniquilaciones. Aquello no significaba nada. Los títeres humanos debían bailar al son de los tambores de los dioses. Las manos de Arnie Tenebrae se agitaban sobre el suelo de tierra... pumpum pum—pumpum pumpumpum. Marya Quinsana y ella eran los tambores, pumpum pumpumpum pumpumpum.

Agrupó a todas las fuerzas que quedaban, menos de dos divisiones completas, y se retiró al corazón del fantasmal Bosque de Chryse para preparar la última batalla.

53

Había un muro. Construido con antiguas piedras grises, sin mortero; llegaba a la altura de la cintura, no parecía muy importante. Pero lo era. Tal como ocurre con todos los muros, lo que le daba importancia eran las cosas que había a ambos lados de él; si se trataba de un muro que dejaba fuera, de un muro que dejaba dentro o simplemente de un muro que separaba. A un lado del muro había un campo de patatas; la mañana era brumosa, gris y fría como una patata enmohecida. En ese campo se encontraba el Transporte Dirigible BA 3627S Ilustración Oriental de Aceros Belén Ares, con los motores apagados, vacío, las escotillas abiertas; la niebla fría giraba alrededor de las cápsulas de aterrizaje y se metía por las escotillas abiertas. Al otro lado del muro se extendía el Bosque de Chryse, el Bosque de Nuestra Señora, el más antiguo de los lugares jóvenes del mundo, donde Santa Catalina misma plantara el Árbol de los Orígenes del Mundo con sus manipuladores de acero. Los árboles se apretaban contra el muro inclinándose por encima del límite, densos y oscuros como las piedras. Sus ramas se proyectaban hacia el campo abierto de patatas; en algunos lugares, sus raíces habían derribado partes del viejo muro de piedra seca; sin embargo, las lindes marcadas por el muro persistían, porque las lindes entre el bosque y el campo eran más antiguas que el muro que las conmemoraba. Se trataba de un muro exclusivo, edificado para mantener al mundo fuera del alcance del bosque más que para impedir que el bosque entrara en el mundo.

Ese aspecto resultaría importante para los tres hombres con mochilas que avanzaban dificultosamente por el borde más alejado de árboles. Sus primeras pisadas del lado del muro donde estaban los árboles los convertían en hombres sin estado ni condición social, en exiliados. Oyeron como sus explosivos destruían la aeronave, el estallido extrañamente amortiguado por los árboles, y se alegraron, porque ya podrían volver a sus casas. El humo del incendio se elevó del campo de patatas como una acusación.

En sus primeras horas hallaron muchas señales de la presencia del hombre: pequeños montones de ceniza gris, pieles de animales medio podridas y convertidas en cuero; pero a medida que avanzaban y se iban alejando del muro en dirección al corazón del bosque, los toques de humanidad fueron raleando. Allí, la bruma parecía desafiar al sol; se rezagaba en húmedos valles y hondonadas; hasta el sol parecía remoto e impotente detrás del techo de hojas. El bosque se aferraba a sí mismo, absorto en su profundo sueño arraigado, y los tres hombres caminaban cansadamente entre los árboles antiguos como el mundo. No se oía el canto de los pájaros, ni el gañido de los zorros, ni el maullido de los jaguares, ni el gruñido de los vombátidos: ni siquiera las voces de los hombres interrumpían el sueño.

Los exiliados acamparon esa noche bajo inmensas hayas, más viejas que los recuerdos de cualquier hombre. El anillo lunar brillaba increíblemente alto y lejano entre el cielo poblado de hojas, y la fogata parecía muy pequeña y temeraria, porque hacía que las cosas oscuras salieran de los bosques para merodear junto al borde de la oscuridad. Rael Mándela, hijo, montó guardia y mantuvo a la oscuridad a raya, allí donde llegaba la luz de la fogata, mientras leía extractos de los libros que su padre le había dado antes de huir.

«Llévatelos —le había dicho—. Son para ti, haz con ellos lo que quieras. Léelos, véndelos, quémalos, límpiate el culo con ellos, son para ti. Por todos los años inútiles. Te los devuelvo.»

Páginas y más páginas llenas de arcanas proposiciones matemáticas escritas con la hermosa letra de su padre. Eran sus transposiciones de los cuadernos del doctor Alimantando, la labor de su vida. A Rael, hijo, no le decían nada. Los guardó en su mochila y se quedó mirando fijamente la oscuridad hasta que Sevriano Gallacelli lo relevó.

Esa noche, los exiliados soñaron un no—sueño, un anti—sueño que los vació, y en el que los símbolos y alegorías de la mente dormida fueron desecados para dejar sólo una negrura hueca y agotadora, como cuencas de ojos vacías.

A la mañana siguiente, los tres hombres marcharon por un pabellón de luz mantenido en el aire por columnas de roble. Los haces verdosos de luz solar brillaban a través del dosel de hojas, se rizaban y ondeaban como agua verde de río cuando el viento movía las ramas, pero ni un solo susurro de la gran conmoción arbórea llegaba al suelo del bosque. Hasta las pesadas pisadas de los exiliados eran engullidas por la densa y mullida capa de hojas muertas. Por la tarde, Sevriano Gallacelli descubrió un helicóptero de reconocimiento que había quedado empalado en un árbol. Sus tripulantes colgaban por las escotillas abiertas; llevaban muertos tanto tiempo que sus ojos habían sido picoteados por silenciosas urracas y un moho verde les tapizaba las lenguas. Un pequeño agujero, delgado y recto como un lápiz, había perforado el dosel, el piloto y el motor principal.

—Rayos láser —concluyó Sevriano Gallacelli.

Una vez pronunciado este sucinto epitafio sobre la antigua tragedia, los tres hombres continuaron avanzando hacia el corazón del bosque. Eran las primeras palabras que pronunciaban ese día. En las horas siguientes se toparon con muchos recuerdos de la guerra y el ultraje: hilachas de seda de los paracaídas ondeando levemente en la punta de las ramas de una olmeda; a un esqueleto fatigado por el combate le crecía un helecho en la boca; círculos chamuscados, mantos de hojas pisoteadas en los claros de las profundidades del bosque; cuerpos colgados en las horquillas de las ramas, armas peculiares dispuestas para el ataque. Al atardecer, se encontraron con el más horrendo

memento mori: en el cruce de un sendero, la rama bifurcada de un árbol bajaba a la tierra; empaladas en sus púas, cabezas humanas, las cuencas de los ojos vacías, los labios arrancados por las comadreja, la piel arrancada a tiras.

Por la noche, los árboles se acercaban a la fogata y volvían a dejar a los exiliados vacíos de sueños.

Durante toda la mañana siguiente recorrieron un paisaje destrozado por la guerra. Allí había tenido lugar una gran batalla. Los árboles habían quedado reducidos a astillas blancas, la tierra estaba llena de cráteres y trincheras. Aquel territorio estaba cargado de recuerdos de la reciente atrocidad: una biciaérea quemada, de una plaza, no había señales de quien había ocupado esa plaza; una foto enmarcada de una mujer guapa con la dedicatoria «Con todo mi amor, Jeanelle» escrita en el margen inferior izquierdo, un claro de bosque despejado donde había caído un caza de dos plazas, abriendo un surco de tierra y verdor. Rael Mándela, hijo, recogió la foto de la mujer guapa y se la guardó en el bolsillo de la pechera. Sentía la necesidad de tener un amigo.

Pero a pesar de encontrarse en plena destrucción, el Bosque de Nuestra Señora seguía siendo fuerte. Como tratando de exorcizar recuerdos malignos, las ristras de madre selvas y clemátides cubrían las máquinas de guerra abandonadas, y el helecho fresco había brotado para ocultar a los caídos con su mortaja verde y enmarañada. Batisto Gallacelli encontró una radio militar que todavía funcionaba junto a su operador muerto. El niño no tendría más de nueve años. Los tres hombres almorzaron acompañados por el programa de Jimmy Wong. El sol brillaba desde lo alto, el rocío rezagado repartía sus pinchazos sobre la hierba y una paz enorme salió del este para recorrer el desierto campo de batalla.

Rael Mándela, hijo, le dejó la foto de la mujer guapa al operador muerto. Tenía todo el aspecto de necesitar un amigo mucho más que él.

Por la tarde, temprano, pasaron de las tierras heridas por la batalla al corazón secreto del Bosque de Chryse. Allí unas estupendas secoyas se elevaban cien, doscientos, trescientos metros hacia el cielo, una ciudad de torres de suaves tonalidades rojizas y anchos bulevares cubiertos de pinaza. Los tres viajeros se habrían sentido dichosos de encontrarse tan cerca del corazón del bosque y del legendario Árbol de los Orígenes del Mundo, y tan lejos de la guerra de los Poderes, pero una sensación de horror se cernía sobre el aire e iba creciendo minuto a minuto, paso a paso. Entre la grandeza del corazón del bosque era como un veneno, un veneno que había salido del aire para meterse en la tierra y los árboles y de allí pasar a los exiliados a través de las noches sin sueños. Comenzaron a andar con cautela, ojos y oídos alertas, desconfiados como gatos. No habrían sabido decir por qué. La vibración de un motor de avión que pasaba lejos, hacia el este, los hizo correr y gritar en busca de refugio en medio de los contrafuertes de las raíces de las secoyas. La humanidad se les iba secando gota a gota; gota a gota el bosque los fue llenando con su espíritu, con su espíritu horrendo, envenenado, maldito e inhumano. Echaron a trotar, a correr, no sabían por qué corrían, ni hacia dónde iban, no existía un enemigo que los persiguiese, salvo la oscuridad de sus corazones. Huían del miedo, huían del horror, internándose descuidadamente en zarzales y espinos, arroyos y cursos de agua, corrían corrían corrían para liberarse del horror, pero no podían huir de él porque ellos eran el horror.

Se internaron en un anillo cerrado de estupendas secoyas y llegaron a un claro circular en cuyo centro se alzaba el árbol más poderoso de todos, el Árbol Padre, cuya copa y ramas sobresalían por encima de las de sus hijos más fuertes. Las ramas se balanceaban en el viento envueltas en nubes; haces de luz como filtrados por vidrios de colores se proyectaban hacia abajo, a través de las hojas, e iluminaban el suelo del bosque. Los tres hombres se detuvieron debajo del Árbol de los Orígenes del Mundo y miraron hacia arriba, hacia las ramas, presas del pavor y la alegría. La santidad de aquel lugar había

llegado hasta su humanidad sepultada y los había liberado del horror. Las ramas se movían y al hacerlo, derramaban sobre ellos su bendición.

Entre las raíces del árbol se alzaba una figura vestida de blanco, con la cara vuelta hacia el sol, una figura que se volvió despacio, presa del éxtasis, iluminada por una columna de luz. Al volverse tan santamente, la figura vio a los tres hombres hechizados.

—Ah, hola —dijo la figura vestida de blanco, abandonando la luz para saludarlos; ya no era un ángel místico sino un hombre de mediana edad, con una sucia túnica de brocado de seda—. ¿Por qué diablos habéis tardado tanto?

54

Se llamaba Jean-Michel Gastineau, «más conocido como el Asombroso Desprecio, Maestro Mutante del Centelleante Sarcasmo y Réplica Rápida, otrora el Hombre Más Sarcástico del Mundo», y le encantaba hablar. Los tres exiliados se alegraron de que conversara mientras iba preparando huevos fritos con setas en su cobertizo situado entre los contrafuertes de las raíces.

—Hace años, cuando el mundo era más joven, fui un hombre famoso y trabajaba en un circo ambulante; se llamaba «Maravillas del Cielo y de la Tierra», «El Espectáculo más Grande de la Tierra» y todo eso; trabajábamos yo (el Asombroso Desprecio), Leopold Lenz, el enano tragasables, un metro diez de altura, que se especializaba en tragar sables de metro y medio, Tanqueray Bob, el hombre lobo, y dos o tres más cuyos nombres no recuerdo; de todos modos, hacían números corrientes. Yo demostraba cómo mi sarcasmo mataba cucarachas y arrancaba la pintura de las paredes, cosas bastante triviales, hasta que un buen día, un poeta, un tipo de barba roja y muy, muy grande, grande como una cuba de cerveza, viene y me dice que es el Más Grande Satírico que el Mundo haya conocido, y yo le digo: de eso nada, hijo, yo nací con el don del sarcasmo, ¿has oído hablar alguna vez de alguien que haya nacido con el poder de dominar en la voz de modo que nadie puede resistírsele? Pues bien, yo tenía el don del sarcasmo y de la sátira; ¿sabíais que a los dos años, a la edad en que los niños dicen cosas para hacer llorar a los demás críos, yo decía cosas que les provocaban pequeños cortes? Ya me parecía que no estabais enterados. En fin, que íbamos a enfrentarnos en un duelo de sarcasmos en un bonito hotel de moda... había acudido medio distrito y bueno, para abreviar, que me dejé llevar por el entusiasmo, cosa que ha sido siempre mi problema. En cuanto empecé con aquel poeta, al pobre comenzaron a hacérsele desgarrones en la piel y la sangre comenzó a manar; podía haber parado en ese momento, debí haberlo hecho, pero me fue imposible, el sarcasmo se había apoderado de mí, y seguí hablando hasta que todos los presentes comenzaron a sangrar, a gritar y a llorar y a arrancarse los pelos, y el tipo grandote... pues bueno, que le dio un ataque al corazón y se cayó muerto ahí mismo. Y así terminó la cosa, pero lo que yo no sabía era que aquel tipo era una especie de héroe de aquella zona, un hombre grande en más de un sentido, y diablos, que vinieron a buscarme con escopetas, perros, halcones y pumas de caza y en fin, que, la verdad, quedé bastante afectado y empecé a huir y seguí huyendo hasta llegar aquí.

»Me decía, Jean-Michel Gastineau, eres demasiado peligroso para vivir entre la gente, si esa lengua tuya llega a perder el control otra vez, vas a matar a alguien, de modo que juré que no habría más Asombroso Desprecio, Maestro Mutante del Centelleante Sarcasmo y Réplica Rápida; viviría el resto de mis días como un ermitaño, sin dañar a nadie, huyendo de la compañía de mis semejantes. Como comprenderéis, los árboles de aquí no notan los sarcasmos. Sus percepciones son demasiado profundas como para que puedan herirlos con simples palabras. De todos modos, igual que vosotros, fui atraído hasta aquí, hasta el corazón del bosque, hasta el Árbol de los Orígenes del Mundo. Por entonces, el Bosque de Nuestra Señora era un lugar amistoso, había pájaros, canguritos,

mariposas y todo eso, no como ahora, desde que los soldados vinieron; quién lo hubiera dicho que en el Bosque de Chryse iba a haber batallas. Jean-Michel Gastineau no, seguramente; os diré una cosa, desde que ellos vinieron, este lugar se ha vuelto tenebroso. Ya sabéis a qué me vengo a referir, lo habéis visto más de cerca que yo; el bosque tiene una cosa... algo así como... como una mente, todas esas raíces y ramas entrelazadas son conexiones y conectividad, al menos eso me han dicho; cada árbol es como un elemento de una red; hace como un mes, por la zona de Bellweather, arrancaron gran parte de los niveles cognoscitivos superiores, y las cosas han vuelto a la época del sueño profundo. En fin, que ya no hablo más de esto.

El hombrecito les sirvió tortilla de setas y mate.

—Yo mismo preparo la infusión con las hojas y las raíces de la planta. Te pone como una cabra. En fin... ahora comed, que yo hablo... fui traído hasta aquí, hasta el Árbol de los Orígenes del Mundo, y la Santísima Señora vino a mí... palabra de honor, Santa Catalina en persona; qué hermosa era, soltaba un resplandor blanco y su cara... no sabría ni cómo describirla. Mejor que un ángel. En fin, que ella va y me dice: «Jean-Michel Gastineau, tengo un trabajo para ti. Si cuidas por mí de mi bosque, te perdonaré lo que hiciste en aquel pueblo. El bosque necesita de alguien que lo cuide, ocúpate de él, preocúpate por él, quiérello incluso. Tendrás el poder de saber cuanto ocurra en Chryse (por eso sabía que ibais a venir; lástima lo del avión) y dominarás todas las zonas del Génesis, los criaderos: es allí donde nacen los ángeles, debajo de las raíces de los árboles; y las máquinas también... todavía quedan muchas desperdigadas por ahí, de la época en que crearon al hombre; y esto harás hasta el momento en que seas llamado a cumplir una misión superior, cosa que ocurrirá algún día». Y aquí tenéis a Jean-Michel Gastineau, de aquí no me moveré. Es una buena vida si te gustan el aire fresco y cosas por el estilo; hace cinco años que no oigo una sola palabra sarcástica. Imaginaos. Pero últimamente, este sitio se está volviendo tenebroso, oscuro. Ahora os lo explicaré.

Le dio una patada al fuego de conos de secoya. Las chispas se elevaron por la chimenea y se internaron en la creciente oscuridad.

—Este árbol de aquí —le dio unas palmaditas a la raíz abultada sobre la que estaba sentado— se llama *Sequoia sempervivum*, que en una lengua muy, pero muy antigua, significa «siempre viva», y eso es el árbol... Santa Catalina misma lo plantó aquí el primer día en que se inició la formación del hombre, y el bosque creció a su alrededor. El Gran Árbol Padre es el más viejo y el más sabio. Sí, sabio, sí, y tiene una memoria muy, pero muy grande. Los árboles están vivos, y tienen conciencia, saben, igual que vosotros, sienten, piensan. ¿Habéis tenido no—sueños por ahí fuera? Claro que sí; es el bosque que aprende cosas de vosotros, que absorbe vuestros recuerdos para agregarlos a la gran memoria del Árbol Padre que aquí veis. Pero también han absorbido todo el miedo, el odio, la mierda y el coraje que hubo ahí fuera y eso es lo que ha hecho que el bosque se volviera oscuro, espantoso y un tanto peligroso. Lo que me preocupa es que eso está envenenando a los árboles, pero no como echarle herbicida a las raíces, ni nada parecido, sino que está envenenando el alma de este lugar. Las máquinas y yo no damos abasto y hay zonas enteras de bosque que se mueren, y allí vuelven a nacer árboles deformes y canijos. Es malo. Me asusta, porque si esto sigue así, el alma del mundo morirá.

«Perdonadme por daros la lata. No tengo muchas ocasiones de hablar. ¿El viejo Jean-Michel Gastineau os marea? ¿Demasiada filosofía? Seguramente querréis dormir un poco; yo también tengo por costumbre irme a la cama a esta hora. Ah, por cierto, puede que esta noche tengáis sueños raros, pero no os preocupéis, es el Gran Árbol de ahí arriba, os estará sondeando, tratará de comunicarse con vosotros.

Esa noche, durmieron alrededor de un brasero de carbón. El fulgor rojo mantuvo a raya la oscuridad y los ojos de los exiliados giraron con los movimientos rápidos del sueño humano. Rael Mándela, hijo, soñó que se despertaba y así, despierto en sueños, salía de

la casita de madera y entre las raíces se internaba en la noche. Una sensación de santidad se apoderó de él, y permaneció largo rato con el rostro mirando al cielo, dando vueltas y más vueltas. Cuando se mareó de tanto dar vueltas y vueltas y vueltas y tuvo la impresión de que las estrellas giraban y las ramas de las secoyas iban a precipitarse sobre él como cerillas, Rael Mándela, hijo, se desplomó y apretó la mejilla contra el suelo húmedo y frío. Permaneció así durante largo rato hasta que soñó que oía una voz tarareando una melodía. Levantó la cabeza y vio a Santa Ekatrina, de pie en un haz de luz.

—¿Eres un fantasma? —le preguntó. En el sueño, su madre le contestaba:

—Un fantasma, sí, pero no estoy muerta. Hay fantasmas vivos y fantasmas muertos.

Entonces, de la oscuridad surgía también su padre.

—Pero ¿qué diablos crees que haces aquí? —le preguntaba Limaal Mándela, irritado.

Rael Mándela, hijo, abría la boca para contestarle pero los pájaros nocturnos le habían robado las palabras.

—Contéstale a tu padre —le ordenaba Santa Ekatrina.

—Estás huyendo, ¿verdad? —lo acusaba Limaal Mándela—. No intentes engañarme, hijo. Sé de qué va todo esto. No puedes enfrentarte al fracaso y por eso huyes.

Rael, hijo, se disponía a gritarle si acaso él, Limaal Mándela, el Más Grandioso Jugador de Billar que el Universo hubiera conocido, no había hecho lo mismo al marcharse de Camino Desolación, cuando una por una, las figuras familiares fueron saliendo de las sombras proyectadas por el anillo lunar para unirse a sus padres. Sus caras le resultaban todas conocidas: eran sus compañeros del Turno C en la fundición, las chicas con las que había bailado los sábados por la noche en el centro social, sus amigos de la escuela, caras de Belladonna; tiburones, prostitutas, busconas, agentes, Glen Miller con su trombón bajo el brazo; lo miraban desde su altura mientras él estaba arrodillado sobre la blanda pinaza parda, embargado por una piedad infinita.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntaban—. ¿Qué vas a hacer?

—Has cargado con todo —le decía su propio hermano, cubierto de morados azules—. ¿Acaso tú, Mándela, te bastarás para aguantarlo todo?

—Tú eres responsable —le decía su madre.

—Sigues siendo responsable —le decía su padre, fracasado, exiliado, cobarde.

—¡Ojalá no se me hubieran acabado los trucos! —decía Ed Gallacelli, resucitado de las cenizas, con la lengua brillante como un ascua.

—¡Basta basta basta! —gritaba Rael Mándela, hijo—. ¡No quiero soñar más! ¡Quiero despertarme!

Despertó y se encontró solo en el lugar sagrado entre los árboles. El anillo lunar titilaba en lo alto, el viento susurraba entre las ramas, y el aire era sereno, dulce y santo. En un haz de brillo estelar, la luz se tornó más densa y adquirió forma humana. Un hombre alto, de bigotes, con un largo abrigo gris, se sentó en la raíz de un árbol, junto a Rael, hijo.

—Bonita noche —dijo, buscando la pipa en su multitud de bolsillos—. Bonita noche. — Encontró la pipa, la cargó, la encendió y le dio unas cuantas chupadas pensativas—. Ya sabes que tienes que volver.

—Basta de sueños —susurró Rael, hijo—. Basta de fantasmas.

—¿Sueños? Los mistagogos de Xanthic creen que la existencia acabó al tercer día y que nuestro mundo no es más que el sueño de la segunda noche —le dijo el forastero gris—. ¿Fantasmas? Bah. Somos las cosas más sustanciales del mundo, los cimientos del presente. Somos los recuerdos. —Su pipa brilló como un gusanito reluciente en la noche—. Mnemólogos. Somos las cosas que forman una vida; pero sólo aquí, en este lugar, adquirimos cuerpo y sustancia. Somos los sueños de los árboles. ¿Sabes lo que es este árbol? Claro que lo sabes, es el Árbol de los Orígenes del Mundo, pues todo principio ha de tener un final. Has dejado un asunto sin terminar en mi pueblo, Rael, y hasta que no acabes lo que has comenzado, tus recuerdos no te darán tregua.

—¿Quién eres?

—Me conoces pero nunca me has visto. Tu padre me conoció cuando era niño, tu abuelo también me conoce, y estos últimos días me has estado llevando sobre tu espalda. Soy el recuerdo más antiguo de Camino Desolación. Soy el doctor Alimantando.

—Pero dicen que estás viajando por el tiempo, persiguiendo a no sé qué criatura legendaria.

—Y es cierto, pero los recuerdos perduran. Escúchame; aunque me duela tener que decírtelo, porque soy un hombre de ciencias, llevas en ti la magia. Si aquí la tierra es lo bastante fuerte como para dar cuerpo a tus recuerdos y temores, ¿acaso esa fuerza no podría dar cuerpo también a tus esperanzas y deseos? Y si así fuera, tal vez esa fuerza esté en tu interior, igual que estaba yo, y tal vez no se encuentre atada a ningún sitio, por más especial que éste sea. Piénsatelo. —El doctor Alimantando se levantó y se puso la pipa en la boca. Echó una larga mirada al cielo, a las estrellas, a los árboles—. Bonita noche —dijo—. Una noche muy, muy bonita. Bueno, hasta pronto, Rael. Ha sido un placer conocerte. Eres un Mándela, de eso no cabe duda. Te las arreglarás.

Se cruzó de brazos y se internó en las sombras iluminadas por las estrellas.

El sonido de la radio de Jean-Michel Gastineau despertó a Rael Mándela, hijo. Estaba mal sintonizado, igual que la radio, entre un programa sobre el borde del universo y un programa de música popular de primeras horas de la mañana. La luz se colaba entre las planchas mal acopladas de las paredes. En el aire flotaban un olor y un rumor de huevos fritos.

—Buenos días buenos días buenos días —lo saludó Jean-Michel Gastineau—. Venga, a levantarse, que hoy tenemos mucho camino por recorrer y no puedes marcharte sin un desayuno decente.

Rael, hijo, se frotó los ojos para despertarse sin entender del todo lo que le decían.

—¿Eh?

—Que te vas. Hoy. He recibido la llamada. Anoche. Mientras tú estabas ocupado con tu mnemólogo, yo estaba ocupado con el mío; la Santísima Señora, o mejor dicho, su recuerdo; de todos modos, me dijo que había llegado la hora, que tenía que acompañarte. Al parecer, te harán falta mis talentos especiales. A lo mejor, es por eso que te trajeron hasta aquí. Estas cosas poseen relaciones ocultas.

—Pero no...

—¿Quieres saber si no estoy un poco apenado por tener que dejar todo esto? Bueno., un poquito. Pero es pasajero, en cuanto haya cumplido con la Santísima Voluntad podré continuar con mi antiguo trabajo. De todas maneras, ella me dijo que si no iba, ya no habría bosque que cuidar. Estamos ante lo que ellos llaman una Cúspide de Acontecimientos; hay muchos futuros que se ciernen sobre varios individuos, y eso incluye el futuro del Bosque de Chryse.

—Pero...

—¿Quieres saber quién va a cuidar del Bosque de la Santísima Señora mientras yo me voy a salvarlo? La verdad, no debería decírtelo, pero en estos momentos están construyendo una nueva orden de ángeles, justo debajo de tus pies, en los criaderos: los Punto Seis, los Amschastrias, diseñados especialmente para mantener el ambiente. Durante un tiempo, el bosque estará bien aunque yo me vaya. El viejo Árbol Padre los vigilará. Venga, muévete. ¡A levantarse, a lavarse y a desayunar! Hemos de recorrer un largo trecho antes de llegar al muro del bosque y he de preparar el equipaje y despedirme de las gallinas. ¡No pongas esa cara de sorprendido! ¿De dónde te crees que saco los huevos? ¿Del aire?

Una de las patrullas Jaguar de Arnie Tenebrae capturó a los cuatro hombres en el interior de la zona de defensa pasiva número 6. Las órdenes establecían la inmediata eliminación de los prisioneros, pero al subteniente Sergio Estramadura le había picado la curiosidad el hecho de que hubiesen podido atravesar ilesos diez kilómetros de trampas explosivas varias, alambres con nudos corredizos, y afiladas estacas untadas con mierda. A pesar de las patrullas aéreas Parlamentarias, rompió el silencio de las comunicaciones para pedir consejo a su comandante.

—¿Quiénes son? —preguntó Arnie Tenebrae.

—Cuatro hombres. Uno de ellos es el Viejo de los Bosques, el sarcástico, los otros parecen normales. No tienen identificación, pero llevan equipo de la CBA.

—Interesante. Formalmente, Gastineau nunca había tomado partido por nadie. Debe de haberlos traído por la zona de defensa. Me gustaría verlos.

Contempló cómo sus guerrilleros le llevaban a los cautivos. Los soldados los habían atado, les habían vendado los ojos y los conducían con traillas. Tres de ellos tropezaban en el suelo desigual al final del valle; el cuarto caminaba recto y erguido, conduciendo, no siendo conducido, como si pudiera ver con otros sentidos. Seguro que ése era Gastineau. Aunque Arnie Tenebrae sólo lo había visto en dos ocasiones anteriores, su nombre era leyenda entre los veteranos de la campaña de Chryse, tanto los del Ejército de la Tierra Entera como los Parlamentarios.

«Qué buen guerrillero sería. Forma parte del bosque, tiene la percepción de los animales.» Miró a sus guerrilleros, torpes niños—soldados vestidos con trajes de camuflaje y pesadas mochilas de batalla, las caras cubiertas de tatuajes o pintadas como tigres, demonios o insectos; a rayas, a lunares, con dibujos indostánicos. Niños tontos que fingían jugar a juegos de niños. Fugados, marimachos esquizoides, homosexuales y visionarios. Actores en el teatro de la guerra. Si le hubieran dado mil hombres como Gastineau habría molido a Quinsana hasta reducirla a arena fina.

Los rostros de dos de los prisioneros le resultaban conocidos. Trató de situarlos en su memoria mientras el subteniente Estramadura les quitaba las mochilas, la ropa, la dignidad y los ataba en el corral de bambú. El informe de Estramadura fue una farsa. ¿Acaso sus muchachos no tenían ojos y oídos? Su información se redujo a «de repente, nos los encontramos ahí». Un hombre sin ojos ni oídos no vive mucho en una guerra de guerrillas. Arnie revisó las ropas de los prisioneros. No encontró nada en las prendas blancas y gastadas de Gastineau; las de los otros eran ropas de la Compañía, fuertes y bien confeccionadas. En los bolsillos sólo encontró pañuelos de papel, pelusa y una bolita de papel de plata.

Antes de revisar las mochilas le preguntó al teniente Estramadura:

—Sus nombres.

—Ah. Se me olvidó preguntarles.

Salió disparado, colina abajo, hacia los corrales, el rostro sonrojado y humillado bajo las atrevidas rayas atigradas azules y amarillas.

—No vivirá mucho. Le falta inteligencia. Al cabo de un minuto, ya estaba de vuelta.

—Señora, sus nombres son...

—Mándela —dijo ella señalando el libro encuadernado en cuero que había en el suelo—. El más joven es hijo de Limaal Mándela.

—Rael, hijo, señora.

—Ya.

—Los otros dos son...

—Gallacelli. Sevriano y Batisto. Sabía que sus rostros me resultaban familiares. La última vez que los vi tenían dos años.

—Señora.

—Quiero hablar con los prisioneros. Haz que me los traigan aquí. Y devuélveles la ropa. Los hombres desnudos son patéticos.

Cuando el teniente Estramadura se hubo marchado, Arnie Tenebrae se pasó los dedos por el pelo corto, fino y suave; venga acariciarse, venga acariciarse el pelo de forma maniática y compulsiva. Mándela. Gallacelli. Quinsana. Oculto tras las cubiertas del libro, Alimantando. ¿Acaso era una predestinación divina el que nunca, jamás pudiera escapar de ellos? ¿Acaso todo el pueblo de Camino Desolación navegaba por el mundo como una nube, persiguiéndola y tratando de llevarla de vuelta al estancamiento y la aniquilación? ¿Qué delito había cometido ella para que el pasado le impusiera su castigo generación tras generación; ¿acaso era algo tan vil desear que tu nombre quedara inscrito en el cielo? Jugueteeó con la idea de mandarlos matar rápida, silenciosa y anónimamente. La desechó. Sería imposible. Aquella reunión estaba Cósmicamente Predestinada. Había ocurrido antes, ocurría en ese momento, volvería a ocurrir. Los examinó mientras estaban de rodillas al otro lado de la fogata; el humo que llenaba la choza les escocía los ojos y los obligaba a parpadear. De modo que aquél era su sobrino nieto. Vio como atisbaban a través del humo para verla, pero les era invisible, porque a sus espaldas entraba de lleno la luz del sol, que se colaba entre el bambú. Jean-Michel Gastineau abrió la boca para hablar.

—Paz, oh, venerable. Te conozco muy bien. Conozco el apellido Mándela y el apellido Gallacelli.

—¿Quién eres? —preguntó Rael, hijo. Era osado. Eso estaba muy bien.

—Ya me conoces. Soy el demonio que se come a los bebés, el coco que asusta a los niños para que se vayan a dormir, según parece, soy la encarnación del mal. Me llamo Arnie Tenebrae y soy tu tía abuela, Rael, hijo. —Y por puro gusto, les contó la historia de los bebés robados, la historia que el fantasma de su padre le había contado y que la había llevado a ese preciso lugar e instante. Las expresiones de horror reflejadas en el rostro de su sobrino nieto la deleitaron inmensamente—. ¿Por qué tan horrorizado, Rael? Por lo que he oído decir, eres tan criminal como yo.

—No es verdad. Lucho contra el régimen tiránico de Aceros Belén Ares para conseguir justicia para los oprimidos.

—Se dice fácil, pero hazme el favor de ahorrarte tus gazmoñerías. Te comprendo a la perfección. Hace tiempo también fui como tú. Y ahora, os podéis marchar.

Cuando el teniente Estramadura regresó de encerrar a los prisioneros en su jaula, Arnie Tenebrae volvió a lavarse las manos y a contemplarlos presa de una fascinación embelesada.

—¿Los mando matar, señora? Es la práctica corriente.

—Y tan corriente. No. Devuélveles las mochilas, y sin molestarlos en absoluto, escóltalos hasta el muro norte del bosque, junto a Nueva Hallsbeck. Se pueden ir. Las fuerzas que están en juego aquí son mucho más grandes que la práctica corriente.

El teniente Estramadura no se movió.

—Obedece.

Se lo imaginó desnudo, atado de pies y manos entre dos árboles, abandonado al sol, la lluvia y el hambre. Cuando regrese, pensó. Era demasiado estúpido como para dejar que siguiera vivo. Observó como

la patrulla Jaguar escoltaba a los exiliados hasta el valle y se internaba en el bosque. Un avión Parlamentario de reconocimiento zumbó en lo alto y se dirigió hacia el este, rumbo a las Colinas de Tetis. Los escuadrones de camuflaje se afanaban de un lado para otro, presas de un frenesí de redes, arbustos y lonas alquitranadas.

—Qué bonitos pajaritos, Quinsana. Ordénales que bajen, ordena que del cielo salga el fuego, ordena que las armas espaciales de ROTTECH disparen, ordena que el cielo se me caiga encima, ordénale al mismísimo Panarchos que me aniquile, que yo siempre tendré un as oculto en la manga. ¡Porque poseo la clave del Arma Fundamental!

El melodrama la deleitaba. Recordó los libros forrados de cuero de Rael Mándela, hijo. Recordó las paredes de la casa del doctor Alimantando, cubiertas con los arcanos de la cronodinámica. Ojalá les hubiera prestado más atención entonces. Sonrió tímidamente para sí.

—Puedo conseguir el dominio del tiempo.

Mandó llamar a su estado mayor. Se acuclillaron en semicírculo, en el suelo de tierra de su choza.

—Preparad a todas las divisiones y secciones para marcharnos.

—Pero señora, las defensas, los preparativos para la batalla final. Le lanzó al subcomandante Jonathon B una mirada prolongada y peligrosa. Hablaba demasiado. Debía aprender el valor del silencio.

—La batalla final habrá de tener lugar en otra parte.

56

Desde que Johnny Stalin sustituyera por robots a todo el personal inmediato, las cifras de eficiencia se habían triplicado. Era tanta la brillantez de su plan que podía pasarse tardes enteras en su sala privada de masajes bajo los dedos de Tai Manzanera, meditando sobre la brillantez de su plan. Como los robots nunca se cansaban, ni dormían, ni consumían, ni excretaban, no hacía falta pagarles. Los salarios de sus incansables afanes servían para mantener a sus originales de carne y hueso de vacaciones permanentes en los centros polares de esquí, los paraísos de las islas del Mar de Tysus, o en las mazmorras del vicio de Belladonna y el Callejón de la Goma de Kershaw. Siempre y cuando las sustituciones no fuesen descubiertas, el plan continuaría significándolo todo para todos.

—Brillante —se decía Johnny Stalin, mientras asomado a su ventana del piso 526 contemplaba los paisajes deformados que rodeaban Kershaw.

Recordó el horror que aquella tierra envenenada había provocado en el niño de ocho años y tres cuartos cuando llegó al gran cubo. Ahora adoraba las charcas de fango y los pozos de petróleo. Había llevado a sus muchas amadas de paseo por la Bahía Sepia y, a través de su respirador, había susurrado a sus oídos receptivos dulces palabras de amor. Beneficios, Imperio, Industria. ¿Qué representaban un lago muerto, unos cuantos ríos envenenados, unas cuantas colinas cubiertas de lava y escoria? Lo que realmente contaban eran las Prioridades. Las Prioridades y el Progreso.

Llamaron a la puerta, «Pase», una reverencia y apareció a su lado Cárter Housemann; mejor dicho, apareció a su lado el robot, doble de Cárter Housemann.

—Postales de Montechina, la Estación St. Maud y el MundoJungla de Nuevo Brasil, los agradecimientos y elogios de costumbre. —Los últimos tres reemplazados parecían contentos. Y mientras el haber de sus cuentas continuara aumentando mes tras mes, seguirían estando contentos—. Además, aquí tiene los últimos informes del proyecto Camino Desolación.

El humor afable de Johnny Stalin lo abandonó.

—Dime lo peor.

Se volvió de espaldas para que Tai Manzanera le aporreara el estómago. Sigue firme, gracias a Dios. No puedo permitirme el lujo de mostrar el más leve signo de debilidad ante la plana mayor de los directivos.

—Hay buenas y malas noticias, señor. Los niveles de producción han vuelto a los valores normales y la resistencia a los principios del feudalismo industrial ha sido ampliamente erradicada. Persisten algunos focos de estraperlo en clara competencia con los economatos de la Compañía y se aprecia una falta de apoyo de la ciudadanía de

Camino Desolación, pero la Organización del Concordato ha sido dispersada de forma efectiva tras la destrucción de sus niveles directivos.

—Conmigo no utilices la jerga de la Compañía. Si ésas son las buenas noticias, ¿cuáles son las malas?

Los trasplantes mantenían a raya a las úlceras, pero tres estómagos e intestinos delgados en otros tantos años eran un precio que merecía pagarse por el proyecto Camino Desolación.

—Tenemos información de que Rael Mándela, hijo, planea regresar a Camino Desolación para vengar la muerte de su abuelo. Además, sabemos que ha estado en contacto con el Grupo Táctico del Ejército de la Tierra Entera, al sur de Chryse.

—Hijo de la gracia. Ahí, ahí, en los muslos, cariño. Esa familia. Lamento lo del viejo. Lo conocí bien cuando era niño. No debieron hacer eso.

—Hubo un cierto elemento revanchista en la actuación del director de seguridad. Sin embargo, ya conoce usted el refrán sobre los huevos y la tortilla. También he recibido información de que Taasmin Mándela está organizando una marcha de protesta que habrá de coincidir con la visita que usted hará a la obra el mes que viene. He oído decir que los niños de todo el mundo han recibido visiones de la Santísima Señora misma; aquí en Kershaw, han sido denunciados dos casos, dos niños viajaron sin pagar en dirigibles de transporte.

—Maldición. ¿Qué recomiendas?

—Recomendaría que no visitase usted el proyecto Camino Desolación según se había planeado.

—Estoy de acuerdo. Por desgracia, tres miembros del consejo de administración van a acompañarme para asegurarse de que he logrado silenciar las protestas de un modo efectivo, y tienen las agendas muy llenas.

En ocasiones, los representantes robots eran tan humanos que desconcertaban a Johnny Stalin. El paso del peso del cuerpo de una pierna a la otra que hizo el doble como indicación de que deseaba sugerirle algo, le recordó tanto a Cártter Housemann que se estremeció.

—¿Puedo preguntar, como punto que viene a colación, cuál es el pasatiempo favorito del señor?

Por un instante, Johnny Stalin creyó que se había producido un fallo generalizado en la programación de todos sus dobles robots.

—Pescar tilapias en el río Caluma, en las Tierras Altas de Sinn.

—Tal vez al señor le agradaría dedicar más tiempo a tales pasatiempos agradables y menos a temas aburridos y mundanos como el proyecto Camino Desolación.

De modo que así ocurrían estas cosas. Hacía tiempo que esperaba que algo semejante ocurriera, que llegara el día en que sus robots le preguntaran si no quería tomarse unas prolongadas vacaciones y poner en sus zapatos, detrás del escritorio, a un doble mecánico.

—¿Cuánto llevas preparando a mi representante? Se acostó y miró al techo. Resultaba extraño que no fuera tan tremendo como se había imaginado. No se parecía en nada a morir.

—Su doble lleva terminado unos dieciocho meses.

—Pero hasta ahora no se te había presentado la ocasión.

—Efectivamente, señor.

Johnny Stalin se imaginó contemplando líneas con sus moscas artificiales hundiéndose en las rumorosas y rápidas aguas del río Caluma. Resultaba una idea atrayente, brillante, escurridiza y reluciente como una tilapia del Caluma.

—Supongo que con la cantidad de pruebas acumuladas en mi contra, no me queda más remedio.

El robot hizo una imitación bastante aceptable cuando se mostró escandalizado.

—¡De ninguna manera, señor! Esto es por su propio bien.

En las Cataratas del Caluma las hojas estarían amarilleando ya. En las tierras altas habría nieve y en el refugio de Caluma, noches frías y fuegos acogedores.

—Pues bien, Tai, querida, creo que acabas de quedarte en paro. Los robots no tienen mucha demanda de masajistas. —Miró a Tai Manzano de arriba abajo. Era una buena chica—. Pero tampoco puedo dejarte aquí, y menos después de haber oído esta conversación. ¿Qué te parece si te vienes conmigo? En las Sinn la pesca es estupenda en esta época del año.

57

Al enterarse de la muerte de su padre, Taasmin Mándela hizo votos de silencio. Su última comunicación antes de que sus labios permanecieran sellados bajo una incómoda máscara metálica diseñada exclusivamente para ella por las Pobres Criaturas, fue que volvería a hablar sólo cuando la justicia cayera sobre los criminales que habían perpetrado semejantes actos. Justicia, dijo, no venganza.

Esa misma noche, partió sola por los acantilados y se alejó del fulgor de horno caliente, de boca infernal de Villa Acero, siguiendo a sus pies por el sendero de la mortificación que había recorrido años antes. Volvió a encontrar la cuevecita con su manantial. En el suelo había judías y zanahorias momificadas. La hicieron sonreír tras la máscara. Permaneció en la entrada de la cueva y contempló el Gran Desierto, leproso y lleno de costras, por culpa de la intervención del hombre industrial. Echó hacia atrás la cabeza y liberó toda su fuerza en un salmo de energía.

Dormidos en mil camas diferentes de mil hogares diferentes, mil niños tuvieron el mismo sueño. Soñaron que unos horribles insectos metálicos descendían sobre el llano desértico, donde construían un nido de altísimas chimeneas que escupían humo y soltaban un sonido metálico. Unos trabajadores teledirigidos, blancos y regordetes, les servían a los insectos trozos de tierra roja que habían arrancado de la piel del desierto. Después, en el cielo se abría un agujero del que salía Santa Catalina de Tharsis vestida con un leotardo de ballet multicolor. Levantaba los brazos para mostrarles cómo de sus heridas manaba petróleo y les decía: «Salvad a mi pueblo, el pueblo de Camino Desolación». Entonces, los insectos metálicos, que habían construido una pirámide inestable con sus cuerpos entrelazados, llegaban hasta la Santísima Señora con sus manipuladores y tiraban de ella, chillando y jadeando, para meterla en el laminador de metales de sus fauces.

Kaan Mándela los llamaba la Generación Perdida.

—El pueblo está lleno de estos niños —le explicaba a sus clientes desde la barra. Desde que Persis Jirones, presa del dolor, volara hacia el ocaso, después de la muerte de Ed, la propiedad del BAR/Hotel había pasado a él y a Rajandra Das—. Cuando vas a la tienda tropiezas con ellos, cerca de la estación ya no hay manera de moverse, porque hay niños durmiendo hasta en los andenes. Os diré una cosa, no sé qué es lo que pretende lograr esa tía mía. ¿Acaso una cruzada de niños va a impresionar a... ya sabéis a quién? —El nombre de la Compañía Belén Ares no volvería a ser pronunciado en el hotel que en otros tiempos se había llamado igual—. La generación perdida, eso es lo que son. Da miedo; miras a esos niños y ¡puaf! No hay nada. Sólo ojos vacíos.

Aquellos ojos vacíos también desconcertaban a Inspiración Cadillac. Había agotado su arsenal de advertencias, consejos, admoniciones y amenazas veladas. Lo único que le quedaba era un perplejo pavor ante los actos caprichosos de la Gris Señora. No lograba comprender por qué la Divina Energía había elegido manifestarse en un recipiente tan débil e imperfecto.

SENTADA PEREGR. 12 NOVODIC 12 MENOS 12 —proclamó Taasmin Mándela en un cartel que colgaba en la pared de la basílica—. POBRES CRIAT, PEREGR, CIUDAD, MARCHARÁN A VACE. LA CBA DEBE ESCCH DSPS YO HBLR.

¿Peregrinos? Estaba claro que la máscara de acero no sólo había amordazado de forma efectiva a la Gris Señora, sino que le había cegado su sentido de la estadística. Desde los albores del Concordato, el flujo de peregrinos había ido mermando poco a poco hasta alcanzar a unos pocos fanáticos que podían contarse con los dedos. Dios y política, aceite y vinagre. De esto no puede salir nada bueno, se decía Inspiración Cadillac.

Justo antes de la siesta, la señora Arbotinski, de la oficina de correos, se fue a la casa del señor Jericó a llevarle una carta de Halloway. El señor Jericó no había recibido carta en su vida. Nadie sabía su dirección, y si quienes estaban interesados la averiguaban, le habrían enviado asesinos y no cartas. La carta le informaba que sus sobrinos, Rael, Sevriano y Batiste, y su Primo Jean-Michel llegarían al día siguiente en el Expreso Ares de las 14:14. Al señor Jericó le encantaban la intriga y la simulación, de manera que cuando llegó la hora señalada, se aseó, compró algo para almorzar en uno de los puestos de la concesión Mándela & Das del andén, y cuando el Expreso Ares Catalina de Tharsis de las 14:14 se detuvo en medio de una gran oleada de humo y vapor, dio la bienvenida a los cuatro caballeros barbudos y patilludos con unos adecuados abrazos familiares. Las barbas y las patillas acabaron en el desagüe del señor Jericó. Los hermanos Gallacelli presentaron sus respetos a su padre y se enteraron del vuelo angustiado de su madre a través de sus presuntos padres. Esto los afectó amargamente. El señor Jericó pasó una tarde agradable y estimulante conversando con el Asombroso Desprecio, el Maestro Mutante del Centelleante Sarcasmo y Réplica Rápida, y Rael, hijo, regresó a la casa familiar de los Mándela.

—Ah, Rael, has regresado —dijo Santa Ekatrina, sorprendentemente nada sorprendida—. Sabíamos que volverías. A tu padre le gustará verte. Está en la casa de Alimantando.

Eimaal Mándela recibió a su hijo en medio de los cuatro panoramas de la sala meteorológica.

—Sabes que tu abuelo ha muerto.

—¡No!

—La Compañía allanó la casa, ya habrás visto parte de los daños. Lo mataron cuando intentaba proteger su propiedad.

—No.

—La tumba está en el cementerio del pueblo si quieres ir a visitarla. Creo que también deberías ir a ver a tu abuela. Te considera responsable en gran medida por la muerte de su marido. —Limaal Mándela se marchó para dejar a su hijo en la intimidad del duelo, pero antes de cerrar la puerta, le dijo—: Por cierto, tu tía quiere verte.

—¿Cómo sabe que he vuelto?

—Lo sabe todo.

En los extremos de los gabletes aparecieron nuevos carteles: PEREGRINACIÓN DE LA GRACIA: 12 NOVODICIEMBRE 12 MENOS 12. HABLARÁ RAEL Mándela, HIJO.

Mikal Margolis se encontraba en un aprieto. El Peregrinaje de la Peregrinación de la Gracia coincidía con la visita de Johnny Stalin y los tres miembros del consejo. De no haber sido por la presencia de Rael Mándela, hijo, se habría sentido inclinado a hacer la vista gorda, porque la marcha era algo fútil; sin duda ejercería una gran atracción popular, pero sería ineficaz. No le apetecía demasiado arriesgarse a efectuar otra incursión en Camino Desolación para detener a los agitadores: Dominic Frontera había obtenido en el tribunal del distrito un requerimiento judicial contra la Compañía, con la promesa de ayuda militar en caso de flagrante violación del requerimiento. Una operación encubierta habría sido una buena idea, pero con el pueblo plagado de halcones de la prensa, atraídos por los niños, que habían comenzado a aparecer de todas partes, al más mínimo incidente,

los del Departamento de Relaciones Públicas se pondrían hechos unos basiliscos. Ya le había causado bastantes daños a la maquinaria de la Compañía con sus tácticas policíacas de mano dura al aplastar al Concordato. Hijo de la gracia, ¿qué querían, una Compañía o una mezcolanza de sindicatos charlatanes? Aprietos, aprietos, aprietos. A veces deseaba haber perdido en algún tubo de ventilación el cilindro de informes geológicos y haber continuado como Autónomo. Como director de seguridad del proyecto Camino Desolación, había hecho realidad todas sus fantasías adolescentes, con todo, aún no se había liberado de la gravedad. Se miró en el espejo y comprobó que el negro y dorado no le sentaban bien.

El doce de novodiciembre a las 12 menos 12 hizo buen día para una peregrinación. No era para menos. Taasmin Mándela había estado interviniendo sutilmente en las estaciones orbitales de control meteorológico durante todo el mes anterior para asegurar que ni una sola gota de lluvia estropeará la Peregrinación de la Gracia. Delante de la Basílica de la Gris Señora se había reunido una nutrida multitud. Bajo el calor de la siesta, los mil niños, ataviados de blanco virginal, se agitaban de un lado para otro, protestaban, se mareaban, vomitaban y perdían el conocimiento, como cualquier otra multitud de pecadores esperando en el bochorno de la tarde. En el momento indicado, los gongs sonaron y los címbalos dejaron oír su estallido desde los campanarios; los grandes portones de bronce de la Basílica se abrieron de par en par movidos por sus mecanismos en desuso, y Taasmin Mándela, la Gris Señora del Silencio, salió. Su forma de andar no era siquiera majestuosa. Eran los andares cansados de una mujer que, tras su máscara mecánica, ha sentido que el tiempo se le ha echado encima. A una distancia respetuosa, avanzaban Rael Mándela, hijo, Limaal, padre de éste y hermano de aquélla, Mavda Arondello y Harper Tew, los dos miembros del comité de huelga que habían sobrevivido, Sevriano y Batisto Gallacelli y Jean-Michel Gastineau, con su traje de Asombroso Desprecio, Maestro Mutante del Centelleante Sarcasmo y Réplica Rápida. El halo que rodeaba la muñeca izquierda de Taasmin Mándela ardía con un azul tan intenso que parecía negro.

Los peregrinos se agolparon a su alrededor: Hijos de la Gracia, Pobres Criaturas de la Inmaculada Contracción, varias cofradías de Villa Acero habían acudido con sus devotos, iconos, reliquias y estatuas sagradas, entre las cuales se encontraban la Patrona Celestial del Concordato y el luminoso Niño de Chernowa. Tras el Eclesiastés marchaban en procesión los artesanos, los representantes de los oficios y profesiones de Villa Acero agrupados bajo estandartes que habían permanecido ocultos en sótanos y desvanes desde que la Compañía destruyera el Concordato y sí, hasta unas cuantas banderas desafiantes del Concordato, pequeñas pero inconfundibles, con sus atrevidos Círculos de la Vida color verde. Detrás de los artesanos marchaba el pueblo, las esporas, los maridos, los hijos y los padres de los trabajadores, y entre ellos el pueblo menos importante de Camino Desolación, sus granjeros, abogados, tenderos, mecánicos, prostitutas y policías. Y detrás de todos ellos iban los pedigüños, vagabundos, golfos e inútiles, y detrás, iban los reporteros de los periódicos, la radio, el cine y la televisión, con sus cámaras, técnicos de sonido, fotógrafos y directores apopléticos.

Con Taasmin Mándela a la cabeza, la procesión comenzó a avanzar. Al pasar ante la residencia de los Mándela, los cantores de himnos y salmos hicieron un minuto de respetuoso silencio. Las puertas de Villa Acero estaban cerradas para impedir el paso a la Peregrinación de la Gracia. Taasmin Mándela aplicó un levísimo brillo del poder de Dios, las cerraduras saltaron y las puertas giraron sobre sus goznes. Los guardias retrocedieron apuntando sus ACM más por miedo que por rabia, y las soltaron lanzando aullidos de dolor cuando, a la orden de la Gris Señora, las armas brillaron al rojo vivo. La multitud lanzó vítores. Empujando hacia atrás a los guardias de seguridad de la Belén Ares, la procesión avanzó hacia la Plaza de la Corporación.

En un balcón de la fachada de cristal de las oficinas de la Compañía, el doble robot de Johnny Stalin y tres miembros del consejo de administración contemplaban los hechos con estupefacción creciente.

—¿Qué significa esto? —preguntó el Director Gordo.

—Tenía la impresión de que estos disturbios imprevistos habían concluido —dijo el Director Delgado.

—Si esta tontería del Concordato fue aplastada, tal como nos ha hecho pensar usted, ¿qué hacen esas banderas verdes ahí fuera? —inquirió el Director de Musculatura Media.

—A pesar de que es impolítico que una marcha de esta naturaleza tenga lugar dentro del proyecto —dijo el robot doble del Director/Gerente de Proyectos y Desarrollos del Cuarto de Esfera Noroccidental—, habría sido infinitamente más embarazoso el haber tomado medidas coercitivas en presencia de los equipos de filmación de nueve continentes. Señores, sugiero que nos traguemos la afrenta.

—Ejem —dijo el Director Gordo.

—Intolerable —comentó el Director Delgado.

—Absolutamente antieconómico —manifestó el Director de Musculatura Media.

—Mikal Margolis se encargará de todo —dijo el Robot Stalin—. El Concordato no volverá a levantarse.

Comenzaron los discursos.

En primer lugar, Sevriano y Batiste Gallacelli hablaron de cómo la Compañía Belén Ares había asesinado a su padre con rayos láser. A continuación, Limaal Mándela explicó cómo los misiles de la Compañía Belén Ares habían asesinado a su padre. Taasmin Mándela le hizo una seña a Rael Mándela, hijo, para que se adelantara a hablar. Rael contempló el mar de caras y se sintió abrumado. En su vida ya había visto suficientes plataformas, podios y atriles. Lanzó un suspiro y se adelantó para que la gente lo viera.

Desde su puesto en la pasarela del convertidor Número 5, Mikal Margolis aprovechó al máximo ese paso al frente para apuntar con la mira telescópica.

Una bala. Era todo lo que hacía falta. Una bala preparada y silenciada por Aceros Belén Ares. Después, no habría más dilemas.

Limaal Mándela vio como su hijo daba un paso al frente y la adulación del público lo conmovió. Había educado bien a sus hijos. Eran cuanto su abuelo hubiera deseado que fuesen. Entonces, vio un destello luminoso en la tubería que colgaba por encima de la Plaza de la Corporación. Había vivido demasiados años en el más malvado de los sitios del mundo como para no saber qué era aquello.

Cuando su oído, afinado por la práctica en las salas de billares, captó el tiro silenciado, sonoro y potente como el clarín de los Arcángeles por encima de la voz de las masas, le hizo un placaje a su hijo y lo tiró al suelo. Algo enorme y negro le estalló en la espalda, algo que jamás había sospechado que estuviera allí oculto. Sintió sorpresa, rabia, dolor, y en la boca, sabor a monedas de bronce, y dijo:

—Santo Dios, me han dado.

Lo dijo con un tono práctico y todavía no había superado la sorpresa que le produjo cuando la oscuridad se le acercó por encima del hombro para llevárselo con ella.

La multitud se agitó y gritó. Dos mil dedos índices señalaron hacia el lugar donde el culpable bajaba a toda velocidad un tramo de escalera que conducía al corazón del laberinto industrial. Rael Mándela, hijo, se había acurrucado sobre el cuerpo de su padre; Taasmin Mándela quedó destrozada por la muerte de su hermano gemelo. En el último instante de su vida, el lazo místico entre Limaal y su hermana se había vuelto a establecer y Taasmin había saboreado la sangre de la boca de su hermano y sentido cómo se lo tragaban el dolor, el miedo y la negrura. Aunque seguía viva, había muerto con su hermano.

La Gris Señora se alzó ante el pueblo y al quitarse la máscara, y ver su cara sombría y terrible, lanzaron un grito horrorizado.

—¡Esto es un asunto entre mi familia y Mikal Margolis! —gritó, rompiendo el silencio.

Levantó su sagrada mano izquierda y el trueno estremeció la Plaza de la Corporación. A su orden, todas las piezas sueltas de maquinaria de Villa Acero saltaron en el aire: tubos, sopletes de soldar, rastrillos, radios, electrotricyclos, bombas, voltímetros, incluso el Luminoso Niño de Chernowa abandonó su poste y volando, acudió a su llamada. La chatarra formó un rebaño que daba vueltas en círculos sobre la Plaza de la Corporación. Se acercó más y más, y las masas aterrorizadas vieron como el metal corría, se fundía y se modificaba para formar dos ángeles de acero, sombríos y vengativos, que volaron por encima de sus cabezas. Uno de ellos poseía superficies sustentadoras y reactores, el otro, conjuntos de rotores.

—¡Buscadlo! —gritó Taasmin Mándela, y los ángeles, obedientes, partieron dando alaridos por los cañones de acero de Villa Acero.

El halo de Taasmin Mándela volvió a relucir, y quienes contemplaban el espectáculo tuvieron la impresión de que su incómodo vestido se fundía y cambiaba de forma, pegándose a su cuerpo delgado, y que cuando saltó de la plataforma para participar en la persecución, la máscara voló hacia ella y se transformó en un arma potente.

En la Plaza de la Corporación reinó el caos. Desprovistos de sus jefes, los manifestantes se espantaron y huyeron en desbandada. El Peregrinaje de la Gracia se convirtió en un gentío ruidoso, derrotado por su furia y su terror. En los tejados y pasadizos aparecieron guardias de seguridad armados y atrajeron una lluvia de piedras. Prepararon sus armas pero no abrieron fuego. Rael Mándela, hijo, hizo ademán de ponerse en pie y calmar a la hirviente multitud, pero Jean-Michel Gastineau se le adelantó.

—Te matarán como a un perro —le dijo—. Ahora me toca a mí. Esto es lo que me han mandado hacer.

Inspiró profundamente y liberó todo su sarcasmo mutante en una sátira única y abrasadora.

Si bien no iba dirigida a ellos, los manifestantes sintieron, no obstante, el filo de su lengua. Algunos gritaron, otros lloraron, otros se desmayaron, hubo quien vomitó, e incluso quienes sangraron por las heridas de la culpa que el sarcasmo les había abierto. Con el haz de su sátira barrió las posiciones de los guardias y se oyeron gemidos y gritos cuando los hombres armados comprendieron lo que eran, lo que habían hecho. Algunos no lograron soportar la vergüenza y se lanzaron desde lo alto de sus puestos de vigilancia. Otros se quitaban la vida con sus propias armas o bien mataban con ellas a sus compañeros; otros se echaban a llorar como histéricos al oír las palabras del Asombroso Desprecio. Hubo quienes chillaron, quienes balbucearon, quienes vomitaron como si al vomitar pudieran echar fuera todo el odio a sí mismos que el hombrecito de las escaleras les había hecho sentir; hubo quienes se hicieron todo encima, y quienes huyeron despavoridos de Villa Acero para internarse en el desierto de donde nunca más volvieron, y algunos se desplomaron empapados en sangre, con los huesos rotos, cuando el sarcasmo los partió en canal y les destrozó los miembros.

Después de humillar a la fuerza armada de la Compañía Belén Ares, el Asombroso Desprecio dirigió su lengua hacia el balcón elevado, donde se ocultaban los directores de la Compañía. En un instante, el Director Gordo, el Director Delgado y el Director de Musculatura Media quedaron reducidos a unos montones temblorosos, presas del remordimiento.

—Basta basta basta —suplicaban, ahogándose con su bilis y sus vómitos, pero la sátira continuaba sin cesar, hendiendo y hurgando en cada acto oscuro y vergonzoso por ellos realizado.

La sátira rasgaba las ropas dejándolas reducidas a harapos, partía cuerpos dejándoles unos surcos largos, profundos y sanguinolentos, y los poderosísimos Directores aullaban

y gritaban, pero las palabras continuaron cortándolos y partiéndolos hasta que sobre la alfombra increíblemente costosa sólo quedaron restos de grasa y carne cortada.

El robot sustituto de Johnny Stalin contempló con una mezcla de desprecio y asombro los temblorosos montones de carne. No alcanzaba a comprender qué había ocurrido, sólo entendía que los Directores habían sido débiles y que, de un modo incomprensible, habían descubierto que eran deficientes. Él no era débil, ni deficiente, porque como era un robot, resultaba inmune al sarcasmo. Era algo intolerable que los Directores de la Compañía fueran tan débiles cuando él y los de su especie eran tan fuertes. Mediante una señal de neutrinos convocó a todos sus camaradas mecánicos a una reunión urgente para salvar a la Compañía de sí misma.

En la escalera, Jean-Michel Gastineau hizo silencio. Su sarcasmo mutante había humillado a la Compañía Belén Ares. Los manifestantes se levantaron temblorosos, sorprendidos, sin entender nada. Contempló a los niños vestidos de blanco virginal, a los pobres e idiotas de los dumbletonianos, a los consternados artesanos y tenderos, a los reporteros y cámaras cuyos objetivos y micrófonos se habían partido y roto al liberar él todo su poder mutante; miró a los vagabundos y mendigos, a toda aquella gente pobre y tonta y sintió lástima.

—Marchaos a casa —les pidió—. Marchaos a casa.

Entonces, al recibir una señal establecida de antemano, cinco aeronaves de transporte que habían sobrevolado la dramática escena, dejaron caer sus campos de invisibilidad y comenzó la invasión de Camino Desolación.

58

Taasmin Mándela, la cazadora digital, se internó en los laberintos de Villa Acero en persecución de su presa. Se sintió viva como sólo lo había hecho en una única ocasión en su vida, cuando la Santísima Catalina la había visitado en lo alto de su pináculo desértico. Pero en ese momento, la naturaleza de su sensación era completamente diferente. El arma milagrosa ardía hambrienta en su mano y los atavíos transformados se le pegaban sedosos y sensuales al cuerpo. Se divertía. Mikal Margolis le había disparado dos veces con una ACM que había encontrado en alguna parte: había sentido la emoción del peligro.

Anael Sikorsky sobrevoló en helicóptero la planta separadora de la Sección 2 y pasó su informe.

—Objetivo en posición en el Nivel diecisiete.

Transmitió una orden sagrada a Anael Luftwaffe y fue inmediatamente recompensada por el zumbido de los reactores y el salvaje martilleo de los cañones de 35 mm montados sobre sus alas.

—Venid herramientas, venid juguetes, ven acero, ven hierro —lanzó su encantamiento y con los trozos de chatarra convocados construyó un pequeño trineo de gravedad.

El viento le agitaba los cabellos mientras cabalgaba las olas de la industria, ágil entre tuberías, vigas y conductos. Estaba hecha para eso, para que el viento le agitara los cabellos, para empuñar un arma y bajar zigzagueando por la calle de Henry Ford entre las descargas de misiles de Mikal Margolis. Lanzó una carcajada y lo obligó a salir de su escondite con una descarga de su lanzataquiones portátil.

—Atrápalo, Luftwaffe.

El ángel con propulsión a reacción bajó en picado y bombardeó la planta separadora con sus cañones digitales. Las explosiones arrancaron el tejado de la planta y salpicaron a Taasmin Mándela de metralla pero no le importó; montada en su tabla cólica lanzó otra carcajada y transformó la lluvia de metal en otros accesorios de su armamento arcano. Anael Luftwaffe se elevó en el aire preparando otro ataque. En la cima de su escalada aérea, una formación de tres detectores térmicos ACM salió como el rayo de su

escondite. Anael Luftwaffe estalló convirtiéndose en una ruina humeante que cayó sobre Villa Acero en forma de lluvia.

Listo. El rayo de taquiones de Taasmin Mándela golpeó momentos después de que la figura negra y dorada saliera disparada por un estrecho barranco entre dos conductos de ventilación. La Gris Señora lanzó un grito de alegría y continuó la persecución. Disparó a los talones de Mikal Margolis. Podría evaporarlo cuando decidiera, pero lo quería al aire libre, en el desierto, donde el enfrentamiento sería entre un hombre y una santa de mediana edad.

Anael Sikorsky planeaba cerca de allí, acosando a la presa. Era un callejón muy estrecho... Taasmin Mándela estaba concentrada al máximo para maniobrar su trineo entre válvulas y tuberías.

—Regresa, Sikorsky.

Una descarga en abanico de rayos láser peinó el cielo. Anael Sikorsky viró para esquivar los haces color del rubí, chocó contra un depósito del asentamiento, rebotó de pared en pared y se estrelló abriéndose en una ígnea flor.

De modo que el enfrentamiento iba a ser entre el hombre y la santa. Taasmin se sintió satisfecha. Allá en el fondo, la voz de la conciencia sagrada la importunaba, pero era allá, muy en el fondo. Sentía más cercana e íntima la muerte de su hermano gemelo. Todavía llevaba en la boca el sabor de la oscuridad. Mikal Margolis se apartó de la maraña de tuberías industriales y salió corriendo hacia el campo de las aeronaves. Taasmin Mándela lo azotó con un enjambre de abejas robots que salieron de los multitudinarios cañones de su Arma Divina. Le ordenó a su trineo que se elevara en el cielo para poder lanzarse en picado sobre su presa e interceptar su huida.

Mikal Margolis lanzó un arco de misiles con su ACM. El fulgor de la energía recorrió los circuitos impresos del traje de Taasmin y los transformó en pájaros. Taasmin Mándela lanzó un grito de deleite. Su fuerza nunca había sido tan grandiosa. El halo aparecía casi negro de tanto brillo y titilaba con las blancas estrellas de la conciencia devorada. Con el lanzallamas, dibujó un anillo de fuego alrededor de Mikal Margolis y detuvo el trineo ante él. Levantó el arma delante de la cara y le ordenó a las llamas que se apagaran. Mikal Margolis reaccionó con cautela. A sus espaldas, el humo que desprendía Sikorsky al quemarse se elevaba hacia el cielo junto con el sonido de un grito desesperado que provenía de Villa Acero.

—Deja que te vea la cara —le pidió la Gris Señora—. Quiero ver cómo has cambiado.

Mikal Margolis se quitó el casco. Taasmin Mándela se sorprendió al ver lo poco que había cambiado. Estaba más viejo, más cansado, más moreno, más gris, pero era el de siempre. Víctima de las circunstancias.

—Te ruego que me ahorres los melodramas —le dijo Mikal Margolis. Soltó su ACM—. De todos modos, no creo que esto me hubiera servido para luchar contra ti. Y por favor, no me hables de tu padre ni de tu hermano. No tendría sentido. No siento ningún remordimiento especial; no soy de ese tipo de personas, y de todos modos, me limitaba a cumplir con mi trabajo. Y ahora, acabemos de una vez.

El polvo formaba pequeños remolinos a sus pies. Taasmin Mándela canalizó despacio toda su fuerza en una descarga divina que transformara a Mikal Margolis en acero al carbono. Levantó la mano izquierda para dispararle y de repente, un haz de luz sólida la envolvió.

Una figura recorrió el campo de aterrizaje en dirección a ella. Taasmin no veía de dónde había salido, pero la figura era la de una mujer pequeña, delgada, de pelo corto, que vestía un traje de brillante tela—película.

—¡No! —gimió Taasmin Mándela, la Gris Señora—. ¡No! ¡Ahora no! ¡Tú, ahora, justo ahora!

—Recordarás que una parte de las condiciones de tu misión profética establecía que ibas a ser llamada para rendir cuentas de tu uso de esos poderes —le dijo Catalina de Tharsis.

Mikal Margolis hizo además de querer recuperar el arma y marcharse. Santa Catalina lo inmovilizó con un gesto.

—Circuito temporal cerrado, de enfoque hermético —le explicó con una sonrisa—. En cuanto nos marchemos, saldrá del trance.

—Tienes muy mal sentido de la oportunidad —comentó Taasmin Mándela, inmovilizada bajo el brillo blanco.

—Me gusta tu traje —le dijo la Santísima Señora—. Me gusta mucho. Te sienta muy bien. Por cierto, los siervos del Panarcos no tenemos por qué justificar nuestras idas y venidas a los mortales. Ésta es la hora señalada, debes acompañarme para dar cuenta de cómo has utilizado tus privilegios.

La columna luminosa comenzó a girar alrededor de Taasmin Mándela; la Gris Señora notó que se estiraba y tiraban de ella como melcocha, transformada en algo que no era humano. Sintió que la tierra se deslizaba bajo sus pies. Se notó ligera, ligera... Escupió su disgusto y después, la fuerza de Catalina la envolvió y, tal como había soñado desnuda en los ardientes acantilados, fue transformada en una criatura de luz purísima, blanca, en brillante luz eterna, en pura información que se disipó en el cielo.

La mujer pequeña y delgaducha que era la construcción biológica de la encarnación de la Santísima Señora de Tharsis movió la mano de ese modo especial que le permite manipular el tiempo y el espacio y desapareció.

59

Disfrazada de Mendigo Penitente, Arnie Tenebrae se pasó cinco días arrastrándose por el fango, flagelándose, postrada en oración y arrodillada sobre guijarros puntiagudos sumergidos en aguas cloacales antes de poder escaparse del grueso del peregrinaje, junto a las puertas de Villa Acero, oculta tras un depósito casero de metano y de pronunciar, a través del comunicador de su pulgar, las cinco palabras que dieron la orden de invasión. Al recibir su orden, los cinco dirigibles de transporte que habían ocupado sus posiciones sobre Villa Acero con los ventiladores amortiguados, dejaron caer los campos de invisibilidad y comenzaron a transmitir mensajes de tranquilidad y confianza a las caras asombradas que los miraban desde abajo. Por las escotillas de sus vientres, colgadas de arneses LTA, comenzaron a caer las tropas de choque del Ejército de la Tierra Entera; llevaban los inductores de campo preparados para convertir al enemigo en roja mermelada en cuanto mostraran la más mínima señal de resistencia. Hacía rato que el enemigo había perdido su capacidad de resistirse a nada.

—No temáis —rugían los mensajes grabados—. Camino Desolación será liberado de la tiranía de la Compañía Belén Ares por el Grupo Táctico del Ejército de la Tierra Entera: no os alarméis. Repetimos, seréis liberados. Por favor, conservad la calma y prestad todo tipo de ayuda a las fuerzas de liberación. Gracias.

Detrás del depósito de metano, Arnie Tenebrae se quitó el albornoz manchado de excrementos que durante cinco días había ocultado su traje de batalla y su mochila de combate. Se pintó en la cara el Pájaro de la Muerte y se colocó el micrófono.

—Grupo diecinueve, contestad —susurró—. Que los demás grupos de ataque procedan según las órdenes.

En sus posiciones preestablecidas alrededor del perímetro de la Plaza de la Corporación, una decena de Mendigos Penitentes ataviados de modo parecido, se despojaron de sus disfraces y avanzaron entre la multitud en dirección a las Oficinas de la Compañía. Cuando las tropas aerotransportadas tocaron tierra, se quitaron los arneses y

ocuparon sus posiciones para controlar la planta eléctrica, el campo de aterrizaje, la estación, la cochera de camiones, la oficina del alcalde, los cuarteles de la policía, el enlace de microondas, la planta de energía solar, los bancos, los bufetes de abogados, los hangares del transporte, Arnie Tenebrae se reunía con su grupo de batalla, y juntos, tomaban al asalto el sanctasanctórum de Aceros Belén Ares.

Mientras la anciana señora Kanderambelow, operadora de la central telefónica, les preparaba té a los seis jóvenes soldados amables, aunque ataviados de un modo más bien amenazador, y Dominic Frontera miraba desde su altura las cabezas emisoras de cuatro inductores de campo, el Grupo diecinueve subió por el ascensor de ejecutivos a los niveles directivos. La señora Fanshaw, secretaria del año de la Compañía, se levantó de su escritorio para protestar por aquella invasión injustificable y un ariete con la fuerza de un gravitrón la dejó desparramada por toda la pared. Arnie Tenebrae voló la puerta negra y dorada con su emblema negro y dorado y entró.

—Buenas tardes —saludó a los humillados jefes de sección, supervisores de planta, directores financieros, jefes de marketing y consultores de personal que aparecían con el rostro manchado de lágrimas y sangre—. ¿Dónde está el Director/Gerente de Proyectos y Desarrollos del Cuarto de Esfera Noroccidental?

La respuesta fue una vibrante descarga de energía que le cavó un cráter en el estómago al subteniente Henry Chan. El muchacho miró con ojos desorbitados la imagen poco familiar de su propia espina dorsal y luego se desplomó, partido en dos.

—Los escudos, muchachos, tiene un CI.

Los escudos defensivos sonaron como los gongs de un templo bajo las almádenas de los inductores de campo. Los ejecutivos ya abatidos por el sarcasmo huyeron dejando atrás la mancha rojiza que había sido la Secretaria Modelo del Año.

—¿Dónde diablos está? —gritó alguien.

—A su alrededor hay un campo de dispersión luminosa —dijo Arnie Tenebrae, disfrutando con la tensa situación táctica—. Salid todos. Aquí no haremos más que estorbarnos. Yo me encargaré de él.

—Tenía un interés personal en hacerlo. Las tropas se retiraron hasta la boca del ascensor para vigilar a los ejecutivos prisioneros.

—Ey, Johnny, ¿de dónde has sacado el CI?

Un aullido de fuerza voló la cabeza de un antílope disecado y la dejó hecha cisco y serrín.

Johnny Stalin se dejó ver un instante, agazapado detrás de la silla del Director/Gerente. Desapareció en el mismo instante en que Arnie Tenebrae hizo astillas el extremo de la mesa de juntas con un haz hipersónico.

—Y además, una pantalla de invisibilidad. No está mal. —Rodeó la habitación, completamente visible, sin el escudo defensivo, con los sentidos preparados—. Johnny —canturreó—, cuando me enteré de quién eras no me quedó más remedio que venir a verte. ¿Te acuerdas de mí? ¿La dulce niñita a la que besabas detrás del digestor de metano de Rael Mándela?

Su descarga de energía destruyó el escudo defensivo de Johnny Stalin. Su imagen fluctuó y momentáneamente se volvió translúcida.

—Vamos, Johnny, hazme una demostración decente. Conoces el arma que llevas y sabes que no puedes usarla para atacar y defenderte a la vez, además sé que ese campo de invisibilidad te está consumiendo la energía. ¿Qué te parece si sales y peleamos decentemente?

El aire rieló y la imagen temblorosa de Johnny Stalin apareció por completo. Arnie Tenebrae se sorprendió al comprobar cuánto había cambiado: el niño regordete y asustadizo que siempre lloraba y protestaba había desaparecido; la figura que tenía ante sí podía haber sido su réplica masculina.

—Tienes muy buen aspecto, Johnny.

Comprobó los medidores que llevaba en la muñeca: ochenta y cinco por ciento de carga. Bien. Se dirigió a su izquierda. Johnny Stalin fue hacia su derecha. Ambos esperaban el momento revelador en que el escudo del contrario bajara un instante antes de disparar. Arnie Tenebrae caminó un poco y esperó. En el interior del escudo defensivo el aire se volvió viciado.

—Oh, Johnny —dijo ella—, recuerda que hay una decena de mis hombres esperándote si me eliminas.

Disparó y se puso a cubierto. El disparo con que Stalin respondió fue lento, muy lento. Arnie Tenebrae tuvo todo el tiempo del mundo para volverse, apuntar y lanzarle el puñetazo de un campo de fuerza a través del escudo desactivado que lo aplastó como un huevo.

La comandante Tenebrae ordenó a sus hombres que registraran entre el humo y los despojos en busca de algún recuerdo de Johnny Stalin que pudiera añadir a su colección de trofeos, pero sólo encontraron trozos de maquinaria chamuscada. Después, el soldado Jensenn le llevó a Arnie Tenebrae, la cabeza de Johnny Stalin y la comandante se pasó una hora riéndose de las conexiones y las juntas de aluminio de complicada articulación que hacían las veces de vértebras cervicales.

—Un robot —rió Arnie—. Era un precioso robot. Echó la cabeza hacia atrás y se rió tanto y durante tanto tiempo que los soldados del Grupo diecinueve comenzaron a asustarse.

60

Dominic Frontera fue el primero en enterarse de que la liberación de Camino Desolación era en realidad una ocupación, y de que todos los ciudadanos alegres que habían llevado en andas por los callejones a los guerrilleros del Ejército de la Tierra Entera eran rehenes del sueño de Gotterdammerung de Arnie Tenebrae. Se enteró a las seis menos seis minutos de la mañana cuando cinco hombres armados lo sacaron del sótano de la Tienda de Ramos Generales de Pentecostés, donde lo habían mantenido incomunicado, y lo colocaron contra una pared de un blanco brillante. Los soldados trazaron una línea en la tierra y lo colocaron detrás de ella.

—¿Algún último deseo? —le preguntó el capitán Peres Estoban.

—¿Qué quiere decir con eso de último deseo? —inquirió a su vez Dominic Frontera.

—Según la costumbre, a un hombre que se enfrenta al pelotón de fusilamiento se le concede un último deseo.

—Ah —dijo Dominic Frontera, y se hizo encima en su bonito uniforme blanco de ROTECH—. Esto... ¿puedo limpiar este desastre?

El pelotón de fusilamiento se fumó una o dos pipas mientras el alcalde de Camino Desolación se bajaba los pantalones y se ponía presentable. Después, le vendaron los ojos y lo volvieron a colocar delante de la pared.

—Pelotón, presenten armas... apunten... Hijo de la gracia, ¿y ahora qué?

Mientras le daba de comer a las gallinas, la leal pero poco inteligente de Ruthie había visto cómo los soldados conducían a su marido, lo colocaban contra la pared y lo apuntaban con sus armas. Lanzó un gritito de pájaro asustado y recorrió atolondradamente la distancia que la separaba de la oficina del alcalde para llegar justo en el momento en que Peres Estoban se disponía a dar la orden de disparar.

—No matéis a mi marido —chilló, abalanzándose entre los verdugos y el prisionero en medio de una agitación de brazos y una confusión de faldas.

—¿Ruthie? —susurró Dominic Frontera.

—Señora, quítese de en medio —le ordenó Peres Estoban. Ruthie Frontera se mantuvo firme, una gris valquiria de piernas gordas—. Señora, éste es un Pelotón

Revolucionario de Fusilamiento legalmente constituido que está ejecutando una sentencia legalmente dictada. Por favor, apártese de la línea de fuego. O mandaré que la detengan.

—¡Ja! —exclamó Ruthie—. Sois unos cerdos. Soltadlo.

—Señora, es un enemigo del pueblo.

—Es mi marido y lo quiero.

Se produjo un resplandor de luz que hasta Dominic Frontera alcanzó a ver a través de la venda cuando Ruthie Frontera, cuyo apellido de soltera era Monteazul, descargó en un solo e intenso momento doce años de belleza acumulada. Con su rayo carismático barrió al pelotón de fusilamiento, y uno por uno, los soldados comenzaron a balbucear cuando toda la potencia de su hermosura se centró en cada uno de ellos; cayeron todos al suelo, con los ojos desorbitados y las bocas llenas de espumarajos. Ruthie Frontera soltó a su marido y esa misma mañana huyeron con su anciano padre y cuantos enseres y posesiones lograron meter en un camión robado a Aceros Belén Ares. Derribaron la alambrada de Villa Acero, se dirigieron hacia la tierra de Ferroides de Cristal y nunca más volvieron a ser vistos en Camino Desolación. Se sospechaba que habían perecido en el Gran Desierto, víctimas de la locura por haber bebido agua del radiador. Nada más lejos de la verdad. Dominic Frontera y su familia llegaron a Meridiana donde fueron enviados al agradable y pacífico pueblo de Rápidos del Pino en las Tierras Altas de Sinn, donde había árboles inmensos, aire puro y aguas saltarinas. Allí vivió feliz como alcalde hasta que un buen día, un visitante que había ido a pasar allí la temporada de invierno, reconoció a su mujer y a su suegro de otra época y otro lugar, y le contó que su mujer había sido mezclada como un cóctel en una botella genética por un loco que detestaba a las esposas pero adoraba a los niños. Después de aquello, Ruthie Frontera ya no le pareció tan hermosa al alcalde de Rápidos del Pino, pero tal vez la culpa no la tuviera tanto el cotilleo, sino su padre, que al diseñarla la había condenado a ejercer su poder sobre la belleza en tres únicas ocasiones, después de lo cual, lo perdería para siempre. De manera que al salvar a Dominic Frontera del pelotón de fusilamiento, Ruthie perdió el amor de su marido, pero ésa es una historia muy, pero muy antigua.

Pero ¡ay! los directores ejecutivos del proyecto Villa Acero no tuvieron una Ruthie que los salvara por amor. Durante un período de diez días fueron conducidos en lotes de cinco y hechos añicos por los inductores de campo del Ejército de Liberación de Arme Tenebrae. Los representantes de los medios de comunicación fueron llevados a punta de pistola en calidad de testigos para que registrasen las gloriosas ejecuciones de los déspotas, pero hacía tiempo ya que todos ellos habían llegado a la conclusión de que Camino Desolación y su gente eran rehenes de las improvisaciones de Arnie Tenebrae con Marya Quinsana.

Se impuso el toque de queda y se hizo cumplir estrictamente. Se expidieron pases para caminar por las calles y se introdujo el racionamiento. Los trenes de mercancías eran detenidos en las vías, al borde de la Zona de Cristal, conducidos a Camino Desolación donde eran sistemáticamente saqueados. La propiedad de toda la comida pertenecía a la Dirección Revolucionaria y, en teoría, con ella se hacía un fondo común, distribuido equitativamente entre todos, pero Camino Desolación pasó más hambre de la que había pasado incluso en los peores días de la huelga. La parte del león iba para las bocas de los dos mil soldados que ocupaban el pueblo y los ciudadanos, trabajadores de la acería, peregrinos, Pobres Criaturas, reporteros, mendigos y vagabundos se alimentaban de arroz y lentejas. El señor Peter Iposhlu, que cultivaba hortalizas y las vendía en el mercado, para la agencia inmobiliaria Mandela/Gallacelli, se negó a entregar su cosecha al Ejército de la Tierra Entera y fue colgado de un álamo. Alba Askenazy, una mendiga inofensiva y bien considerada, intentó robar un salami del Economato Revolucionario y recibió igual tratamiento. Rajandra Das tuvo que mendigar bonos de racionamiento entre sus clientes para poder continuar con su parte en el Emporio de Tapas y Comidas Calientes, mientras el BAR/Hotel, bajo la dirección de Kaan Mándela, se vio obligado, por

primera vez en la memoria popular, a colgar en su ventana unos carteles con la leyenda «Cerrado hasta nuevo aviso». Sin embargo, después del toque de queda, en sus bodegas brillaba la luz de las velas de los ratones contrarrevolucionarios.

—¿Qué diablos quiere de nosotros? —preguntó Umberto Gallacelli.

—Dice que quiere que los Parlamentarios vengan a buscarla para la gran batalla final —contestó el señor Jericó.

—¡Hijo de la gracia! —exclamó Louie Gallacelli—. ¿Y tú cómo lo sabes?

—De hablar con los soldados —respondió el señor Jericó, de forma poco convincente.

—Creo que lo que quiere es vengarse de todos nosotros —comentó Rajandra Das—. Cree que la echamos del pueblo, de modo que ahora nos hará pagar. Maldita cabrona vividora.

—Entonces ¿será por venganza? —aventuró Umberto Gallacelli.

—Creo que busca algo —dijo el Asombroso Desprecio, con un hilo de voz ronca y cancerosa. El día de su discurso en la Plaza de la Corporación se había quemado la garganta, su poder se había extralimitado. Jamás podría volver a ser sarcástico—. Cuando nos capturó en Chryse, daba la impresión de querernos vivos por algún motivo, algo que está relacionado con este lugar.

El señor Jericó se asestó un puñetazo en la palma de la otra mano, supuestamente a la manera en que lo hacen quienes están sumidos en profunda meditación. Consultaba con sus Antepasados Exaltados, efectuaba un repaso de sus personalidades almacenadas en busca de visiones antiguas.

—¡Santísima Señora! ¡Ya lo tengo! ¡Hijo de la Gracia, la máquina del tiempo! La devanadora de tiempo Alimantando punto dos. Dios Santo, el arma final...

Afuera se oyó el sonido de pisadas de bota en la tierra. Entre peticiones de silencio y apresuramientos, los violadores del toque de queda apagaron las velas y regresaron por una telaraña de túneles y cuevas hasta sus camas inseguras.

Al decimosegundo día de la ocupación, Arnie Tenebrae comenzó a efectuar los preparativos de la batalla. Unos furgones con altavoces liberados de la Compañía anunciaron que todos los ciudadanos mayores de tres años debían alistarse como mano de obra universal e indicaron las horas y los lugares de reunión. Apuntados por los inductores de campo del 14.º y 22.º Cuerpos de Ingeniería, los reclutados comenzaron a cavar muros de contención en los acantilados, a colocar un campo minado circular alrededor de Camino Desolación, por el borde interior de las Tierras de Cristal, y a construir un laberinto de trincheras, fortines, refugios subterráneos y pozos de tiradores desde los cuales los defensores podían dominar los campos de fuego alrededor del plano callejero excéntrico de Camino Desolación. El sol alcanzó la altura de la siesta, pero la mano de obra universal continuó trabajando, porque los revolucionarios habían liberado al día de la tiránica siesta. Los trabajadores se desmayaban, se mareaban, arrastraban pesadamente los pies, dejaban caer las herramientas. El gordo y sudoroso dueño de un hotel llamado Marshall Cree dejó la pala y se negó a continuar trabajando. Media hora más tarde, sus manos cortadas eran exhibidas en la rama afilada de un árbol y paseadas por las obras para que todos las vieran. Si no estaba dispuesto a usar sus manos para el Ejército de Liberación, no volvería a usarlas jamás. A las trece menos trece minutos, cuando incluso en invierno el sol inclinaba su crisol de calor licuado sobre Camino Desolación, los dos guardias del Cuerpo de Ingenieros fueron a buscar a Genevieve Tenebrae.

—¡Oh no no no, yo no, por favor! —chilló, agitando los brazos y pateando con tanta fuerza que dio la impresión de que los antiguos huesos de cartón se le fueran a quebrar.

Los guardias no la llevaron al tajo sino a su propia casa, donde la esperaba su hija.

—Hola, madre —dijo Arnie Tenebrae—. ¿Te encuentras bien? Me alegro. Sólo he venido a saludarte.

A Genevieve su hija robada siempre le había inspirado un cierto temor. Cada vez que por la radio había oído el nombre de su hija relacionado con alguna nueva atrocidad, se había dicho que Arnie era una Mándela, que no era de su misma sangre, por puro miedo. Pero al tener ante ella a su hija con traje de batalla y pintada como un demonio se sintió aterrorizada.

—En realidad quería saludar a mis verdaderos padres, pero están muertos, igual que mi hermano y mi sobrino. Pero a nadie se le ocurrió avisarme.

—¿Qué quieres? —le preguntó Genevieve Tenebrae.

Arnie paseó la mirada con aire crítico por la sórdida habitación, toda desordenada con las baratijas y pequeños olvidos de una vieja loca. Sus ojos se detuvieron en una burbuja azul que descansaba sobre la sucia repisa de la chimenea. Estaba suspendida encima de algo que parecía una máquina de coser envuelta en una telaraña. En el interior del campo isoinformativo, su padre adoptivo continuaba dando volteretas azuladas. Pero ya no hablaba. Después de doce años de encierro solitario ya no tenía nada que decir. Los labios de Arnie Tenebrae rozaron la burbuja azul.

—Hola, papá. He venido a liberarte, igual que me liberaste tú.

Los controles de la devanadora de tiempo eran similares a los dispositivos de los inductores de campo que llevaba en la muñeca, esto no tenía nada de sorprendente, puesto que todas las armas del Ejército de la Tierra Entera se basaban en los diseños del doctor Alimantando. Sonrió y fijó en cero los nonios.

—Adiós, papá.

La burbuja azul reventó con una implosión de aire. El fantasma de su padre había desaparecido.

Arnie le entregó la devanadora de tiempo al mayor Dhavram Mantones, del equipo de élite denominado 55.º Grupo de Ingeniería Estratégica.

—Haz que funcione, Dhav —le ordenó, y se marchó a inspeccionar el avance de la construcción.

Le gustaba caminar entre las trincheras y los muros de contención, mientras mentalmente iba jugando a héroes y demonios.

Dhavram Mantones fue a verla al día siguiente a primera hora,

—No puedo hacerla funcionar —declaró—. Lo más que he logrado es un campo de estabilidad temporal localizado.

—Si el doctor Alimantando puede hacerlo, tú también, Dhav —dijo Arnie Tenebrae, asomándose a la ventana de su cuartel general de Villa Acero como para subrayar la fugacidad del tiempo—. Si necesitas ayuda, ve a buscar al señor Jericó, a Rajandra Das y a Ed Gallacelli. Construyeron la devanadora de tiempo original. No debería resultarnos difícil convencerlos.

El instrumento de persuasión era un dispositivo llamado Garlitos Caballo. No era más que un lingote triangular de metal, con el vértice hacia arriba, colgado a metro y medio del suelo. Su funcionamiento era igual de simple. Se desnudaba a la persona que había que persuadir, se le ataban las manos a una viga por encima de la cabeza para facilitarles el que estuviera sentada y se la colocaba a horcajadas sobre el lingote metálico. Unas cuantas horas montado en Garlitos Caballo bastaban para persuadir al más recalcitrante de los jinetes. El señor Jericó y Rajandra Das no necesitaron siquiera un minuto de persuasión.

—No sabemos más que tú.

—¿Qué me decís de Ed Gallacelli?

—Está muerto.

—¿No podría habérselo comentado a su querida esposa?

—Es posible, pero ella se ha ido. Volando.

—¿Quién puede saber, pues?

—Limaal Mándela.

—No te hagas el listo. También está muerto.

—A lo mejor Rael sabe algo. Eimaal le pasó gran parte de los secretos del doctor Alimantando a Rael, hijo.

—Ya lo sabemos. Pero no encontramos nada en los cuadernos. Ni en la casa.

—Sería conveniente que se lo preguntaras personalmente. Es posible que Limaal le contara algo que no está en los cuadernos.

—Muy posible.

Para Rael Mándela, hijo, virtual recluso desde la muerte de su padre, la desaparición de su tía y su victoria pírrica sobre la Compañía, la invitación a montar en Garlitos Caballo fue una sorpresa. No se sintió agradecido por la deferencia; sólo al cabo de cuatro horas lo bajaron prácticamente en estado de coma; para entonces, Arnie Tenebrae se había ya convencido de que no sabía nada de los arcanos de las artes cronocinéticas del doctor Alimantando. Lo que sí consiguió extraerle fue el dato que le ahorró más suplicios: que todos los secretos del doctor Alimantando, incluida la inversión temporal mística que hacía posible el cronodinamismo, se encontraban en alguna parte, sobre las paredes de su casa. Dhavram Mantones fue enviado a mirar de cerca los frescos, bajo pena de una cabalgata permanente en Garlitos Caballo. Rael Mándela, hijo, fue bajado y conducido de vuelta a su casa familiar. Una lástima. Arnie Tenebrae habría disfrutado mucho dejándolo allí para comprobar si habría sido capaz de superar la marca actual de treinta y cuatro horas de cabalgata.

Rael Mándela, hijo, deliraba cuando lo llevaron a la cocina de su abuela, donde ésta y su madre se ocuparon de él y lo metieron en la cama. Una vez acostado, tuvo alucinaciones en las que se veía hijo de un padre hecho de arce y una madre hecha de flores y latas de judías. Permaneció así durante tres días, y la hija de una vecina, una niña tímida llamada Kwai Chen Pak, que había ayudado a Santa Ekatrina en la época de los guisos populares, le llevó flores y piedras bonitas, y con las escasas raciones le hizo canguros de caramelo y hombrecitos de pan de pasas. Transcurrido ese tiempo, despertó para enterarse de dos cosas importantes. La primera, que estaba desesperadamente enamorado de Kwai Chen Pak. La segunda, que las huestes de los Parlamentarios se habían desplegado alrededor de Camino Desolación dispuestas para la batalla final.

61

—Deben de ser unos ocho mil —dijo el señor Jericó, esforzando su vista disciplinada para interpretar el débil resplandor entre los cristaloides.

Sevriano Gallacelli cambió de mano la pala y fingió trabajar mientras el guardia lo vigilaba.

—¿Qué son esas cosas pues?

Inclinó la cabeza hacia las enormes máquinas de tres patas que habían avanzado con paso arrogante por el paisaje de cristal vaporizando trozos de ferrotropo con unos atroces rayos blanquiazules.

—No lo sé muy bien —respondió el señor Jericó—. Se parecen a los caminantes de reconocimiento que ROTTECH utilizaba hace años. Una cosa sí te puedo decir, que cuando empiece la acción, aquí va a hacer mucho, pero mucho calor. Esas cosas llevan rayos de taquiones.

Los dos hombres clavaron las palas y fingieron cavar mientras observaban cómo avanzaban los desgarrados artilugios por el desierto sin hacer el más mínimo intento por ocultarse, y ambos llegaron a la inevitable conclusión de que el fin de Camino Desolación estaba cercano.

Desde el puesto número cinco de observación del frente, Arnie Tenebrae llegaba a conclusiones parecidas.

—¿Evaluación? —le preguntó a su ayudante, el subcoronel Lennard Hecke.

—Máquinas de combate equipadas para este terreno. Señora, lamento tener que decir estas cosas, pero podrán pasar por encima de nuestros campos minados.

—Eso mismo he pensado yo. ¿Y el armamento?

—Verá usted, señora, también lamento tener que decir esto, pero...

—Pero esos rayos de taquiones podrían superar las defensas de nuestros inductores de campo y agujerear nuestros escudos defensivos. Arnie dejó que Lennard inspeccionara las invencibles máquinas de combate y se fue a buscar a Dhavram Mantones. Deseaba determinar el estado de su propia máquina invencible. Al subir por los acantilados pasó delante de los cuerpos de los dos periodistas de la SRBC que habían intentado hacer ondear una bandera de rendición. Boca abajo, con los miembros extendidos y atados a postes de madera, después de haberse pasado tres días al sol sus cuerpos comenzaban a convertirse en cuero y apestaban. La rendición no era sólo algo intolerable sino inconcebible.

En la estación de mando Cebra del frente, Marya Quinsana observaba con los prismáticos los cuerpos momificados. No fue la barbarie de la ejecución lo que la indignó, sino lo familiar que le resultaban muchas de las figuras encorvadas que trabajaban en las terrazas y fortificaciones. Incluso el mismo pueblo de Camino Desolación, la parte que estaba encerrada entre el horrible carbunclo de cemento de la basílica y las altísimas tuberías de la fábrica, no había cambiado nada: un desordenado conglomerado de bombas cólicas, brillantes rombos solares y tejados de rojas tejas. Se preguntó qué estaría haciendo Morton. No lo había visto trabajando en los acantilados, pero en el pueblo estaban erigiendo otras edificaciones. Hacía doce años que no pensaba en él. También se acordó de Mikal Margolis; pobre estúpido que se dejaba llevar adonde soplara el viento. Se preguntó qué habría sido de él después de haberlo plantado en aquel restaurante del Enlace Ishiwara.

Ya tendría tiempo suficiente para los recuerdos. Las defensas del Ejército de la Tierra Entera parecían fuertes pero no tanto, pensó, como para desafiar a sus máquinas de combate equipadas con lanzataquiones. Había invertido mucho capital político para conseguir que los sabios de Montechina le entregaran las especificaciones de los caminantes exploradores ROTECH y confiaba en haber realizado una buena inversión. Sus fuerzas terrestres superaban a las de la oposición en la proporción de tres o cuatro a uno, sus sistemas de armamento taquiónico le daban un margen suficiente sobre los inductores de campo del Ejército de la Tierra Entera.

Resultaba tentador jugar con ideas de victoria y ambición. Necesitaba tener la cabeza despejada y el ánimo tranquilo. Al abandonar la estación de mando Cebra notó como un lejano zumbido de insecto.

El mismo sonido del que se percataron las percepciones enloquecidas de Arnie Tenebrae mientras estaba sentada ante su escritorio jugando con un trozo de bramante. Su mente se aferró al zumbido de insecto y se olvidó de prestar atención al informe de Dhavram Mantones sobre los avances realizados en la tarea de descifrar los jeroglíficos del doctor Alimantando. Zzz, zzzumbido de abeja holgazzzana machacón como una obsesión; recordó las mañanas llenas de flores, chapoteando en las acequias de riego, los días llenos de sol y zumbidos de abejas.

—¿Cómo dices?

—Tenemos algo a lo que quizá le gustaría echarle un vistazo.

—Enséñamelo.

El zumbido se le instaló en la oreja durante todo el trayecto hasta la casa del doctor Alimantando, y allí siguió, mientras subía a la sala meteorológica, cubierta de una espesa capa de polvo y llena de tazas de té a medio vaciar dejadas por Limaal Mándela, su atención continuó divagando, saliendo por las cuatro ventanas en persecución del zumbido.

—Es esto, señora.

Dhavram Mantones señaló una zona de las desteñidas anotaciones rojas que se hallaba en la cima misma del techo. Arnie Tenebrae se puso de pie sobre la mesa de piedra y le echó una mirada con una lupa.

—¿Qué es esto?

—Creemos que es la fórmula de Inversión Temporal que hará que la devanadora de tiempo y cuanto se encuentra dentro de su esfera de influencia quede liberado del tiempo y se convierta en cronocinético. Lo probaremos esta noche.

—Quiero estar presente.

¿De dónde vendría ese zumbido? Arnie Tenebrae comenzaba a temer que se originara en su propia cabeza.

El sonido se filtró incluso hasta el subsuelo del BAR/Hotel, donde en esos momentos se desarrollaba una reunión clandestina de la resistencia. Cinco almas reunidas alrededor de una caja de madera parda: un transmisor de radio oculto en el interior de un cajón de embalaje.

—Ruega porque no nos intercepten —pidió Rajandra Das, teniendo presente a los periodistas de la televisión crucificados.

—¿Has logrado conectar con ellos? —le preguntó Santa Ekatrina Mándela, convencida antiautoritaria.

Batiste Gallacelli volvió a girar el mando de transmisión.

—¿Oiga? Fuerzas Parlamentarias; ¿oiga? Fuerzas Parlamentarias. Aquí Camino Desolación, ¿me oyen? Aquí Camino Desolación.

Repitió el hechizo varias veces y fue recompensado por una voz que se oyó en medio de descargas estáticas. Los antiliberacionistas se agolparon alrededor del aparato.

—Desde aquí les habla Camino Desolación Libre, es una advertencia, tengan mucha precaución, el Ejército de la Tierra Entera tiene el control de un arma de Desplazamiento Temporal; repito, tengan cuidado, hay un arma de desplazamiento temporal. Urge que ataquen lo antes posible para salvar la historia. Repito, urge que salven el futuro. Cambio y fuera...

La voz les envió una respuesta acompañada de más descargas estáticas. De los cinco presentes, el señor Jericó era el único que no se con—

centraba en las silabas estáticas. Su atención estaba fija en un punto indeterminado más allá del techo.

—Silencio. —Hizo señas con la mano para que se callaran—. Hay algo allá arriba.

—Corto y fuera —susurró Batiste Gallacelli, y cortó la transmisión.

—¿Lo oís? —El señor Jericó se volvió despacio, como si intentara sacar partido a un pequeño recuerdo olvidado—. Conozco ese sonido, ese sonido lo conozco. —Ninguno de los otros alcanzaba a oírlo siquiera a través de las tejas, los ladrillos y la roca—. Motores, motores de avión... ¡un momento, son motores Maybach/Wurten en configuración impelente/expelente! ¡Ha vuelto!

Haciendo caso omiso de las leyes que estipulaban el uso de pases y prohibían las reuniones ilegales, los contrarrevolucionarios subieron como trombas desde el subsuelo y salieron a la calle.

—¡Ahí! —El señor Jericó señaló hacia el cielo—. ¡Ahí la tenéis!

Tres lucecitas como cabezas de alfileres guiñaron en pleno viraje y se hincharon en medio de un ruido atronador hasta convertirse en tres aviones de hélice con morro de tiburón. En formación de flecha, los tres aviones pasaron estruendosamente sobre Camino Desolación, y al pasar, el avión de cabeza lanzó una nevada de octavillas. Las calles se llenaron de guerrilleros que corrían a toda carrera. Separaron a los cinco contrarrevolucionarios y los pusieron bajo cobijo. El señor Jericó leyó de reojo una octavilla que pasó volando junto a él en medio de una nube de polvo y la ráfaga de aire provocada por los aviones.

«Llega el Circo Aéreo de Jirones —decía la octavilla—. ¡Belén Ares, cuidado!»

Tanta inocencia le arrancó una sonrisa. Treinta años y todavía no tenía ni idea de lo que era la sabiduría mundana, Dios la bendiga. El circo volador rizó el rizo sobre Camino Desolación y descendió en vuelo rasante a la altura de los tejados. Seis explosiones formidables sacudieron al pueblo. El señor Jericó vio unos haces blanquiazules que partían de las puntas de las alas de los aviones y lanzó un silbido de admiración.

—¡Taquiónicos! ¿De dónde rayos habrá sacado esos taquiónicos?

Después lo obligaron a entrar a toda prisa en el BAR/Hotel y los soldados salieron a ocupar sus posiciones en los tejados para responder al ataque.

Al conducir a su formación a través de las vías férreas para lanzar el ataque contra Villa Acero, Persis Jirones se dio cuenta de que se lo estaba pasando en grande.

—Ángeles verde y azul —cantó—, comenzad el segundo ataque. No tenía escapatoria. Ed ya no estaba y no volvería, y podía volar hasta los confines del universo pero por más distancia que pusiera no lograría olvidarlo. Ni siquiera en la Estación Wollamura había tenido escapatoria. Sólo una gran dosis de locura, una locura que la empujó a apartar a sus dos aviadores del trabajo de fumigadores de cosechas para que le pilotaran los dos aparatos de acrobacias que había comprado a Yamaguchi & Jones, a equiparlos con lo último en tecnología militar y realizar un ataque enloquecido, en nombre del amor, primero contra el tren de Aceros Belén Ares que avanzaba lento por los Altos Llanos y luego, contra el negro corazón de escoria de la Compañía destructora de sueños: el fortín de Villa Acero. Efectuó un movimiento de balanceo con las alas y el circo volador se reagrupó tras ella.

Le encantaba la forma en que los soldados corrían como gallinas para huir del chas chas de sus lanzataquiones. Le encantaba la pureza de los rayos blanquiazules y las flores brillantes de las explosiones cuando destruía oficinas, depósitos, camiones, fortines, dragas, colectores solares. Le había encantado desde el instante mismo en que había pulsado los botones de disparo para hacer que dos locomotoras Modelo 88, cincuenta vagones y dos maquinistas estallaran en una fusión subcuántica.

—¡Buum! —canturreó, y pulsó los botones de fuego. Tras ella, tres aeronaves de transporte que estaban aparcadas estallaron en llamas.

—¡luujú! —gritó, e inclinó el Yamaguchi & Jones para realizar otra pasada.

Su radio emitió unos chisporroteos y una voz familiar le siseó al oído.

—Persssiss, cariño, ssoy yo. Jimmm Jericó, ¿me reconoces?

—Claro que sí —gritó.

Sus lanzataquiones abrieron unas largas heridas humeantes a través de Villa Acero. Las chimeneas se vinieron abajo y las tuberías se desmoronaron.

—Innnnformación immmportante. Camino Dessssolación esstá bajo ocupaaación, repito, bajo ocupaaación, por parte del Grupo Táctico del Ejército de la Tieerrra Entera. La Compañía esstá derrrotada, repito, derrotada.

Un abanico de misiles partió del suelo y se dirigió hacia ella.

—¡Baaang! —exclamó Persis y los vaporizó—. ¿Derrotada?

—Sssí. Hablo desssde el BAR/Hootel por una irradio iillegal. Ssssugiero que ataques objetivoss militaress, repito, objetivoss militaresss. Arnie Tenebrae al mando.

Volvió a pasar en vuelo rasante sobre Camino Desolación y vio las trincheras y refugios subterráneos. Sobrevoló los acantilados y vio los cuerpos crucificados y los cascos de los soldados, en los que se reflejaba el sol, desplegados en sus posiciones los acantilados. ¿Arnie Tenebrae? ¿Allí?

—Ángeles, a reagruparse —ordenó.

—Buena chica —siseó el señor Jericó y cortó la transmisión. Los ángeles verde y azul se colocaron en formación de punta de flecha detrás de ella. Buenos chicos. Les informó de la nueva situación.

—Recibido —dijo Callan Lefteremides.

—Recibido —dijo su hermano Venn.

Los Ángeles viraron en vuelo y se lanzaron sobre las posiciones del Ejército de la Tierra Entera. Volaron a escasos metros por encima del desierto. Los lanzataquiones que llevaban en las alas dispararon hacia las defensas; de los muros de contención salieron misiles que iban hacia ellos.

—Ángel verde, ángel azul, misil sobre vosotros...

Un misil «Fénix» tierra—aire, Tipo 337 Hermanos Long, que la soldado Cassandra O. Miccini disparó presa del pánico, alcanzó a Venn Lefteremides, y le arrancó la cola a su Yamaguchi & Jones. El ángel verde cayó en espiral y se estrelló en medio del nuevo complejo de viviendas abandonado, situado al otro lado de las vías férreas.

A Persis Jirones le pareció haber visto el aleteo de un paracaídas. Y ahora, Arnie Tenebrae, esto es para ti. Colocó el morro de su avión en dirección a Villa Acero y pulsó los mandos de fuego.

Asomada a su ventana, embargada por la curiosidad y la admiración, Arnie Tenebrae contemplaba el ataque aéreo.

—Son buenos. Tremendamente buenos —dijo con tono meditativo mientras los dos sobrevivientes del Circo Volador de Jirones pasaban en vuelo rasante a la altura de los tejados para lanzar otro ataque con taquiones sobre Villa Acero.

—Señora, ¿no cree que debería retirarse de una posición tan expuesta? —sugirió Lennard Hecke.

—Por supuesto que no —respondió Arnie Tenebrae—. No pueden dañarme. Sólo la Vengadora puede hacerlo.

Allá afuera, en la tierra de Ferrotropos de Cristal, la Vengadora Marya Quinsana observaba la refriega aérea.

—No sé quienes son, pero está claro que son muy buenos. Compruebe los números de registro. Quiero saber quiénes los pilotan.

—En seguida. Mariscal, un mensaje desde el pueblo, de los rehenes.

Albie Vessarian, un sátiro servil destinado a no detener jamás una bala, le entregó una nota de telecomunicaciones y se apresuró a cumplir con su orden de identificar las aeronaves piratas.

Marya Quinsana leyó el comunicado. ¿Armas temporales? Tiró el papel y volvió a concentrarse en el ataque aéreo justo a tiempo para presenciar cómo Venn Lefteremides giraba, se estrellaba y se incendiaba.

—Y bien —dijo con un hilo de voz—. Ha llegado el momento. ¡Manden atacar!

Quince segundos después, el segundo atacante era alcanzado y se estrellaba en la Basílica de la Gris Señora.

—¡Ataquen! —gritó el general Emiliano Murphy.

—¡Ataquen! —gritaron los mayores Lee y Wo.

—¡Ataquen! —gritaron capitanes, tenientes y subtenientes varios.

—¡Ataquen! —gritaron los sargentos y jefes de grupo, y cuarenta y ocho máquinas de combate de largas patas dieron su primer y laborioso paso hacia Camino Desolación.

—Señora, los Parlamentarios nos atacan.

Arnie Tenebrae recibió la noticia con tanta flema que Lennard Hecke creyó que no lo había oído.

—Señora, los Parlamentarios...

—Ya te he oído, soldado.

Siguió afeitándose la cabeza, cortando grandes prados de cabello hasta que el cráneo le brilló desnudo bajo el sol. Se miró en el espejo. El resultado la satisfacía. Era la personificación de la guerra, la Vasta—dora. Ten cuidado, Vengadora. Sin prisas, habló por su micrófono personal.

—Habla la comandante. El enemigo ataca con fuerzas armadas no convencionales, utilizan armamento taquíónico: todas las unidades, mucho cuidado al entrar en combate. Mayor Dhavram Mantones, quiero que funcione la devanadora de tiempo.

Dhavram Mantones habló por el teléfono miniatura, su voz se oyó agitada y con interferencias.

—Señora, la Inversión Temporal no ha sido comprobada, tenemos dudas sobre uno de los operandos de la ecuación; podría ser más o menos.

—Dentro de tres minutos estaré allí. —Y dirigiéndose a sus fuerzas en general, añadió—: Muchachos, chicas, ha llegado el momento. ¡Es la guerra!

Al dar la orden de ataque, desde las posiciones del perímetro llegaron las primeras explosiones.

62

El artillero Johnston M'bote era una de esas personas inevitables cuyas vidas son como las de un tren de vapor: sólo se mueven hacia adelante, en una dirección limitada. Personificaciones de la predestinación, sobre ellas pesa la doble maldición de su completa ignorancia de la inevitabilidad de sus vidas y pasan raudas por esas otras innumerables vidas que se encuentran junto a las vías y saludan con la mano al tren expreso. Sin embargo, quienes están junto a las vías saben exactamente adonde se dirige el tren. Saben adonde conducen las vías. Las vidas-trenes se limitan a lanzarse hacia adelante, sin preocuparse, ignorantes. En el instante mismo en que la comadrona de distrito le enseñó a la señora January M'bote su séptimo hijo, feo y desagradable, ésta supo que hiciera lo que hiciera con su vida, ese hijo estaría destinado a ser artillero en una máquina de combate Parlamentaria en la batalla de Camino Desolación. La señora January M'bote sabía adonde conducían las vías.

De niño, Johnston M'bote había sido menudo, y de adolescente siguió siendo menudo, el tamaño perfecto para caber ovillado en el interior de la torreta del fuselaje, situada debajo del cuerpo de insecto de la máquina de combate como un testículo mal colocado. Tenía la cabeza redonda y un poco aplanada en lo alto, la forma perfecta para el casco de combate; su talante nervioso y lanzado (calificado de «impulsivo» por los psicólogos del ejército) lo hacía soberbiamente adaptable; sus manos, largas y delgadas, casi femeninas, tenían la forma perfecta para los intrincados controles de disparo del nuevo equipo Taquíón Punto 27. Poseía un cociente de inteligencia de una densidad tan similar a la de un leño que lo hacía inútil para cualquier profesión que exigiera el más mínimo brillo de creatividad. Johnston M'bote estaba predestinado, pues, a ser uno de los artilleros de torreta de fuselaje de la Creación.

Pero de todo esto Johnston M'bote era muy poco consciente. Se divertía en grande. Ovillado como un feto en la ruidosa y oscilante ampolla metálica que olía a aceite, atisbo a través de las aberturas de las armas el gran desierto que tenía debajo y lanzó ráfagas de ametralladora a través de la arena leprosa. El efecto lo satisfizo enormemente. No veía la hora de presenciar cómo sería cuando la utilizara en la gente. Echó una mirada rápida a las imágenes que emitían los monitores de televisión situados a nivel de los ojos. Mucho, pero mucho desierto rojo. Las patas oscilaron, la máquina de combate se elevó. El artillero Johnston M'bote dio vueltas y más vueltas en su testículo de acero y resistió a la tentación de apretar el pequeño gatillo rojo que tenía delante. Era el control de disparo del inmenso lanzataquiones. Le habían advertido que no lo utilizara indiscriminadamente: consumía energía y el comandante no estaba del todo seguro de que por error, no acabase volándole las patas a la máquina de combate. Avanzó a trompicones. Su tío Asda había tenido un camello y la única vez que había montado en aquel bicho irascible, sus andares habían sido muy parecidos a los de la máquina de combate. Johnston M'bote

entró en la guerra con botas de veinte metros y al ritmo de la música swing de Glen Miller y su orquesta que sonaba por sus dos audífonos. Hizo movimientos circulares con los hombros y agitó alternativamente los índices en el aire, arriba y abajo, arriba y abajo: la única manera posible de bailar en la tórrela de fuselaje de una Máquina de Combate Punto Cuatro. Si eso era la guerra, pensó Johnston M'bote, la guerra era fenomenal.

Una bota militar, reglamentaria, confeccionada por Hammond & Tew de Nueva Merionedd, dio tres pesados golpes en la escotilla del techo, pom pom pom, acompañados por una apagada andanada de maldiciones. El artillero Johnston M'bote cambió el selector de canales de la radio.

—... a Osezno, Papá Oso llamando a Osezno, a qué carajoestásjugar—doahíabajo, que no sabesqueestamosenunaguerrahijode—mil... el objetivo tiene una inclinación de cero coma cuatro grados, quince grados.

Con la lengua fuera y concentrado como nunca, el artillero M'bote hizo girar unas ruedecitas y nonios de bronce y apuntó el enorme lanzataquiones hacia la nada extraordinaria cara del acantilado rojo.

—Osezno a Papá Oso, tengo el objetivo enfocado; ¿qué quiere que haga ahora?

—Papá Oso a Osezno, dispara cuando estés listo. Dios santo, si será imbécil...

—Entendido, Papá Oso.

Johnston M'bote presionó alegremente con ambos pulgares el tan ansiado botoncito rojo.

—¡Zas! —gritó—. ¡Zas, malditos cabrones!

Tal como había ordenado Arnie Tenebrae, la subteniente Shannon Ysangani estaba retirando a su grupo de combate de las posiciones del perímetro de defensa (que tenían un opresivo olor a orina y electricidad), para conducirlo hasta los muros de contención del Callejón Azul, cuando los Parlamentarios vaporizaron a toda la Brigada Nueva Glasgow. Ella y sus quince soldados de combate constituyeron el dos por ciento de supervivientes. Shannon Ysangani había conducido a su grupo hasta más allá del frente del Hostal para Peregrinos el Alegre Presbítero, cuando una luz inusualmente brillante, en un ángulo inusual, proyectó una sombra inusualmente negra sobre las paredes de adobe. Apenas tuvo tiempo para maravillarse de la sombra y del modo en que se encendieron las luces de neón rojazules del Alegre Presbítero (un efecto secundario del impulso electromagnético de los dispositivos de taquiones desconocido hasta entonces), cuando la descarga la levantó en cuerpo y alma y la reventó contra la fachada del Hostal para Peregrinos y, a manera de gran final, le depositó encima las paredes, el techo y al gordo Presbítero de neón.

De no haber sido por su escudo defensivo, Shannon Ysangani habría quedado untada como carne en conserva. Pero gracias a él, se encontraba encerrada en una burbuja negra de cascotes y escombros. Examinó con la punta de los dedos el liso perímetro de su prisión. El aire olía a energía y sudor rancio. Dos alternativas. Podía permanecer debajo del Alegre Presbítero hasta que fueran a rescatarla o se le acabara el oxígeno. Podía bajar su escudo defensivo (tal vez lo único que evitaba que las toneladas del Alegre Presbítero la aplastaran como un amante tosco) y abrirse paso con los inductores de campo en posición ofensiva. Ésas eran sus alternativas. Había participado en suficientes batallas como para saber que no eran tan simples como parecían. El suelo se estremeció como si una de las inefables pisadas del Panarcos hubieran caído sobre Camino Desolación; y cayó otra, y otra, y otra más. Las máquinas de combate avanzaban.

Le parecía increíble la facilidad con la que los Parlamentarios habían roto el perímetro de defensa. Le parecía increíble que un fulgor luminoso tan breve contuviera tanta muerte y tanta aniquilación. La tierra se estremeció de forma prolongada. Otro fulgor luminoso, otra aniquilación. Notó que también le resultaba increíble esa nueva muerte. La guerra se parecía demasiado al programa de misterio que daban los domingos por la noche en la radio como para creérsela a pies juntillas. Otra descarga. El Alegre Presbítero se

acomodó con un pesado gruñido sobre Shannon Ysangani. Alguien debía de llevar las noticias de la destrucción al cuartel general. Una voz que a duras penas logró identificar como la del deber la importunó. Cumple con tu deber... cumple con tu deber... cumple con tu deber. Conmoción. Una explosión cerca de allí. Pam pam pam, las botas metálicas de una máquina de combate muy cerca de allí, ¿qué pasaría si uno de esos mastodontes me pasa por encima, aguantará mi escudo defensivo? Deber, cumple con tu deber...

—¡Está bien, está bien!

Bajo la aplastante corpulencia del Alegre Presbítero, se arrodilló en la oscuridad y tanteando comprobó los controles de disparo. Quería asegurarse una y mil veces. Sólo tendría ocasión de efectuar un disparo. Shannon Ysangani lanzó un suspiro corto que más parecía un bufido y desactivó el escudo defensivo. Los escombros crujieron y se reacomodaron. Crujidos aplastantes... levantó el inductor de campo y pulsó el botón de descarga máxima que abrió un agujero por el que entró la luz del sol.

El mundo al que emergió podía haber sido otro completamente diferente. El extremo sureste de Camino Desolación era una ruina humeante. Unos relucientes cráteres de vidrio, de nueve rayos como la estrella de Santa Catalina, eran testimonio de la eficacia punitiva de la nueva arma de los Parlamentarios. Habían logrado pasar y sus mastodónticas máquinas de combate, criaturas de las férreas pesadillas de la niñez, aparecían sentadas a horcajadas sobre calles y edificios; despedían vapor por sus juntas e intercambiaban pesadas descargas de artillería con las fuerzas de resistencia del Ejército de la Tierra Entera atrincheradas a lo largo de la calle Primera. El paso de los Parlamentarios por las defensas exteriores había dejado el pueblo aplanado como hace un torbellino con un campo de arroz. Sin embargo, su avance había encontrado una cierta resistencia. Como una araña muerta bajo una bota, la torre de mando de una máquina de combate yacía abierta y destrozada en un enredo de patas metálicas. Shannon Ysangani movió la mano para levantar su escudo defensivo y luego hizo una pausa. En ese tipo de guerra, quizá la invisibilidad fuera la mejor táctica, partiendo de la base de que no se puede disparar a algo que no se ve. Abrió el canal de radio de su grupo y llamó a los supervivientes para que se reunieran con ella. Quedaban todavía menos que antes. Doce de quince que eran salieron arrastrándose del caos después de la batalla. La subteniente Ysangani sintonizó el canal de mando y le pasó a la comandante Tenebrae un breve informe de las bajas.

Arnie Tenebrae se encontraba sentada en medio de su estado mayor, con las puntas de los dedos unidas en actitud de meditativa calma. Noventa y ocho por ciento de bajas en el encuentro inicial y los Parlamentarios estaban derribando a patadas el vallado de chapas de Villa Acero. En otros tiempos, un noventa y ocho por ciento de bajas habría ultrajado su sentido militar impulsándola a lanzar órdenes brillantes e inspiradoras a sus tropas. Pero en aquel momento, se limitó a quedarse sentada, con las puntas de los dedos unidas, moviendo la cabeza en gesto afirmativo.

—Han cambiado las órdenes —dijo cuando la subteniente hubo concluido—. Bajo ninguna circunstancia deberán las tropas utilizar los escudos defensivos. Utilizad los dispersores de luz y la movilidad. Sois guerrilleros. Sed guerrilleros. —Cortó la comunicación con los defensores y volvió a concentrarse por entero en el complejo aparato que murmuraba en el suelo de baldosas—. ¿Cuánto más falta?

—Unos diez o veinte minutos más hasta que logremos conectar toda la potencia —respondió Dhavram Mantones—. Después necesitaremos defender la fuente de poder.

—Ordena que así se haga.

Arnie Tenebrae se puso en pie de repente y se dirigió a su habitación. Se miró la cara pintada en el espejo de la pared. Tonta vanidad, ya no era el Pájaro de la Muerte, sino el Pájaro del Tiempo, el Cronofénix. Mientras se quitaba aquel tonto maquillaje de la cara, reflexionó acerca del noventa y ocho por ciento de bajas en los refugios subterráneos del perímetro de defensa. No significaban nada. Soldados de plástico. La defensa de la

devanadora de tiempo resultaba de capital importancia, y por eso era capaz de enfrentarse al cien por cien de bajas. Cien por cien de bajas. La muerte universal. El concepto comenzó a resultarle atractivo.

En el mejor estilo guerrillero, el escuadrón de Shannon Ysangani avanzó de puntillas por los callejones de Camino Desolación. De vez en cuando aparecían cráteres de vidrio en conmemoración de quienes habían confiado demasiado en sus escudos defensivos. Por la esquina de la calle Azul asomó una máquina de combate que avanzó arrasando con el Bufete de Abogados de Singh Singh Singh & MacIvor. Mientras sus tropas se tornaban invisibles, Shannon Ysangani y el soldado Murtagh Melintzakis quedaron separados del grupo. Shannon Ysangani ocultó su invisibilidad en el porche del Salón de Té Nuevo Paraíso y contempló cómo las tórrelas giraban de izquierda a derecha, de izquierda a derecha en busca de vidas que destruir. Máquinas malignas. Le pareció incluso que alcanzaba a distinguir a la tripulación con casco situada en sus estaciones de batalla. El terror que le causaba aquella cosa metálica había paralizado su sentido militar, se sentía tan incapaz de atacar a aquella máquina como si se tratara de una férrea pesadilla de la niñez. No le ocurría lo mismo al soldado Murtagh Melintzakis. Al parecer, sus sueños de la niñez debieron de ser beatíficos, porque abandonó la invisibilidad, levantó su inductor de campo para atacar, y la boca de la tórrela que, por pura mala suerte lo apuntaba en ese momento, escupió a quema ropa su furia subcuántica. La luz nova destiñó hasta el último centímetro de pintura expuesta de la esquina de Azul y Crisantemo. Las luces de neón de los hoteles vacíos titilaron espasmódicamente con una breve luminiscencia y, debido a la sobrecarga momentánea de los circuitos de dispersión de luz, el resto del Grupo Verde apareció en forma de vagos fantasmas translúcidos. Aterrada, Shannon Ysangani gritó que se separaran y huyó por el callejón Azul.

—¡Ey, qué buen tiro, Osezno! ¡Muy buen tiro!

El artillero Johnston M'bote lanzó una sonrisa socarrona y escupió a la vez, hazaña que le pertenecía en exclusiva dado que nadie quería repetirla.

—Bah, no ha sido nada. Sólo cuestión de apuntar en la dirección correcta en el momento correcto. ¡Ey! —Los ojos nerviosos registraron un movimiento en uno de los diminutos televisores monocromáticos—. ¡Ey, se nos escapa un espectro!

—Venga, déjala ir...

—¡Pero es una enemiga! Quiero darle.

—No te pases con el LT, Osezno, si no vas con cuidado le meterás un disparo a una de nuestras patas.

—¡Y una mierda! —exclamó Johnston M'bote, malhumorado.

Desahogó su rabia en la fachada del Salón de Té Nuevo Paraíso con unas cuantas descargas de su cañón de 88 mm antes de que Papá Oso (en realidad, el subcomandante Gabriel O'Byrne) le echara una bronca por malgastar munición. Se consoló con una buena rascada en lo más profundo de su fétida ropa interior y la Máquina de Combate T27, Iluminismo Oriental, se alejó a trompicones para apoyar la pelea encarnizada que tenía lugar alrededor de las puertas de Villa Acero, y de paso, accidentalmente y sin malicia, rebanó la mitad de la casa de los Stalin y a toda la señora Stalin con un balanceo descuidado de su pata colocada en las dos en punto.

—¡Ey, allá abajo hay un tío!

Johnston M'bote lo divisó a través de las ranuras de los cañones que había en la tórrela del fuselaje; se trataba de un señor Stalin curiosamente escorzado que, presa de una furia impotente, agitaba los puños ante la máquina de combate que acababa de matar a la mujer con la que llevaba casado veinte años.

—¿Un qué?

—Un lío, Papá Oso, allá abajo hay un lío.

—Parece que era el dueño de la casa que acabas de arrasar, Osezno —gorjeó Mamá Osa desde el encanto de la torreta superior.

Johnston M'bote sólo conocía a Mamá Osa por su voz quejumbrosa que le llegaba a través del interfono. Nunca lo había visto, pero sospechaba que entre el bombardero número uno y el comandante existía una cierta rivalidad. Y después de habérselo pensado, se dio cuenta que tampoco conocía al comandante.

—¿Un qué? —repitió Papá Oso.

—Un tío, allá abajo hay un tío en un bancal muy grande de judías —contestó Johnston M'bote, desde una posición ideal para presenciar lo que seguiría después—. No sé, creo que debería tener... bueno, tener cuidado, tal como siempre me advierte usted... Bueno, en fin.

—¿Qué pasa, Osezno?

—Nada, Papá Oso.

La T27, Iluminismo Oriental, Papá Oso, Mamá Osa y Osezno avanzaron a toda velocidad por la calle Verde, llevándose con ellos al señor Stalin en forma de desafortunada mancha roja en la pata ubicada a las dos en punto.

—¡Santa Catalina! ¿Sabes lo que acabas de hacer? —aulló Mamá Osa, y procedió a contárselo a su comandante con tal lujo de detalles que Johnston M'bote desconectó la discusión recriminatoria y se puso a agitar los dedos al ritmo de Serenata de la calle Tombolova, interpretada por Hamilton Bohannon y sus Aces del Ritmo.

La guerra volvía a ser divertida. Divertida cuando machacaba con su cañón el emplazamiento rodeado de bolsas de arena; divertida cuando pasaba por encima de los guerrilleros que huían y los incineraba con un «¡zas!» de sus LT; divertida incluso cuando te metía miedo, cuando a raíz de una confusión de objetivos, oyó a la tripulación de la T32, Melocotón de Absalón, morir en directo a través de los audífonos.

—¡Pero si ahí no hay nadie!

—¡Tiene que haber alguien!

—El ordenador dice que...

—¡Te lo metes en el culo el ordenador!

—¡Métetelo tú! ¡Míratelo! Tenía razón yo, ahítienessggmmtttss— ffsg...

La T32, Melocotón de Absalón, recibió de lleno un impacto del inductor de campo de un niño—soldado del Ejército de la Tierra Entera que lanzó por los aires a Papá Oso, Mamá Osa y Osezno en una cascada de astillas metálicas y roja sangre.

Al presenciar la muerte de Melocotón de Absalón, Johnston M'bote notó en la cabeza una sensación inusual. Se trataba de un pensamiento original, una idea y una clara señal de que su existencia previamente ordenada se aproximaba al final de las vías. Aquel pensamiento original lo tomó tan de sorpresa que tardó casi un minuto entero en pulsar el botón para comunicarse con Papá Oso.

—Esto... Gran Oso —dijo—, me parece que nos enfrentamos a un enemigo invisible.

Papá Oso farfulló y gorjeó por el interfono, comandante ascendido a un nivel que escapaba a su competencia.

—¿Alguien tiene unas termoantiparras?

Mamá Osa se había dejado las suyas en la tienda, junto con la barra de repelente de insectos. Siguió entonces una amarga discusión. Johnston M'bote se puso las suyas, que le dieron apariencia de búho dispéptico. La borrosa brama monocromática que percibió le permitió obtener resultados casi inmediatos.

—¡Ey! ¡Papá Oso! ¡Papá Oso! ¡He captado un espectro! ¡Un espectro vivo!

—¿Dónde?

—Por el lado de babor, se trata de un espectro hostil... —Le encantaba utilizar expresiones militares.

El espectro se llamaba Shannon Ysangani.

—Andando, a por ella, allá va...

Colgado de la escotilla del fuselaje, a veinte metros del suelo, envuelto por el humo, el artillero Johnston M'bote pilotó la máquina de combate siguiendo las instrucciones que le

ladraban a través del interfono de su casco. Fiel y obediente, la máquina de combate pasó zapateando por el ala occidental abandonada de la hacienda Mándela, abriendo como una vaina de guisante la habitación más secreta que el abuelo Harán había cerrado con llave y había jurado no volver a abrir jamás.

El polvo cayó y se depositó sobre las cabezas de la dinastía Mándela, oculta en el más profundo de los sótanos. Las piedras se estremecieron y crujieron. Todavía delirante por la cabalgata en Garlitos Caballo, Rael Mándela, hijo, tenía alucinaciones sobre sus días como líder de la Gran Huelga y Kwai Chen Pak se apresuró a suavizar sus desvaríos con una infusión de hierbas.

Eva, que trabajaba animadamente en su telar, escogió de entre los peines, un golpe de lanzadera de hilo rojo fuego y declaró:

—Todo esto deberá quedar reflejado en el tapiz.

La máquina de combate T27, Iluminismo Oriental, se puso en posición de firmes en el patio central de los Mándela, soltando vapor por las válvulas de presión. El humo envolvía a la tórrela dotándola de una inteligencia maligna, ultramundana.

—¿Ves algo ahí abajo, M'bote?

El artillero M'bote se descolgó de su ampolla del fuselaje examinando con sus antiparras la nube de vapor y humo que se elevaba del borde de Villa Acero, donde los Parlamentarios y las defensas del Ejército de la Tierra Entera se habían enfrentado en estruendosas oleadas. Una vaguedad rielante se movió en medio de la oscuridad monocromática.

—¡Sí! ¡Ahí va! ¡Que alguien le dispare!

Mamá Osa giró para cumplir con la orden; Papá Oso levantó la asesina pata situada en las dos en punto para lanzarle un zapatazo.

La naturaleza de las creencias religiosas de Shannon Ysangani había experimentado un cambio fundamental en los últimos minutos; había pasado de considerar Blanducho y Bonachón al Tipo Orándote que le asignaba a algunos un poco más de suerte de lo que la justicia requería, a considerarlo un Viejo Pescador Malvado y Vengativo que no dejaba que se le escapara una sola víctima. Había sido una pura cuestión de suerte el que incendiaran a Murtagh Melintzakis en vez de a ella. Pero se trataba de una venganza el hecho de que no lograra sacudirse de encima al ejecutor de ese incendio. La máquina de combate jugaba con ella. Pero si incluso un imbécil de la tripulación se había colgado de la torreta para seguir cada uno de sus movimientos con las termoantiparras. Y su brillante invisibilidad le resultaba tan inútil como su escudo defensivo. No le quedaba más remedio que pelear como había hecho Murtagh Melintzakis.

—¡Dios te maldiga, Dios! —exclamó, presa del egoísmo metafísico, al tiempo que corría en dirección a Fuerte Villa Acero mientras la máquina de combate la perseguía implacablemente, destrozándolo todo a su paso—. ¡Maldito seas maldito seas maldito seas!

Los cañones inmensos giraron, el feo hombrecito simiesco apuntaba, la pata se elevó y ella no quería, categóricamente no quería, jamás, de ninguna manera, acabar envuelta en fuego como había acabado aquel niño—soldado de diez años: convertido en un grito de plasma agonizante. Al levantar el inductor de campo para luchar, se dio cuenta de cuan cansada estaba de matar cosas. Harta, asqueada, desilusionada. El estúpido hombrecito simiesco farfulló algo desde la escotilla y ella no quería matarlo.

—Ni siquiera te conozco —musitó Shannon.

Sin embargo, si se decidía por cualquier otra cosa, acabaría envuelta en fuego. El contacto se cerró. El instante antes de que su escudo defensivo cayera para poder atacar, una demoledora patada de acero la lanzó contra el muro de un cobertizo de llamas. El disparo la envió lejos, la burbuja defensiva estalló y Shannon Ysangani se estrelló en la solidísima pared de adobe. En su interior notó crujidos y roturas; en la boca notó sabor a acero y bronce. Sumida en un vago miasma de semiinconsciencia comprobó que su

disparo había dado en el blanco. Había reventado la torreta superior, al artillero y al cañón. De la herida metálica brotaban el vapor y el aceite como si fueran sangre arterial. Lanzó una risita que le arañó las costillas y después, todo fue oscuridad.

—Mierda mierda mierda mierda mierda...

Ovillado para protegerse en su cómoda y divertida tórrela del fuselaje, Johnston M'bote apenas oyó las execraciones de su comandante.

—Ya te tengo, ya te tengo, maldita puta, zorra mal nacida, te tengo... —Johnston M'bote se metió la lengua entre los dientes cuando susurró enfurecido por el regocijo e hizo girar las ruedecitas y nonios de bronce—. Ya te tengo...

¿Qué le estaría gritando Papá Oso? ¿Acaso no sabía lo difícil que resultaba disparar cuando la condenada máquina de combate zigzagueaba y se balanceaba como un borracho de noche sabatina? ¿Una advertencia? ¿Contra qué? Los hilos del retículo brillaron, un blanco perfecto. El artillero Johnston pulsó el botoncito rojo.

—¡Zas! —gritó, y con un resplandor enceguecedor arrancó de cuajo la pata ubicada a las diez en punto.

—¡Me cago en su madre! —exclamó.

—¡Estúpido hijo de puta! —chilló Papá Oso—. Te lo advertí, te dije que tuvieras cuidado...

La T27, Iluminismo Oriental, se bamboleó como un árbol al borde de un precipicio. El metal chilló y chocó con estrépito, los estabilizadores giroscópicos aullaron cuando trataron de mantener en pie a la máquina de combate, pero fallaron catastróficamente, no estuvieron a la altura de la prueba. Con gracia majestuosa, digna de una ballet, la máquina de combate se desplomó, los lanzataquiones comenzaron a disparar a diestra y siniestra, mientras el vapor salía a presión por las juntas rotas y el armatoste acabó por abrirse en dos sobre la tierra inflexible de Camino Desolación. En los escasos segundos de su caída en picado, Johnston M'bote pudo ver que toda su vida había estado dirigida hacia ese momento de gloriosa aniquilación. Un instante antes de que la torreta del fuselaje se desprendiera y él quedara aplastado como una ciruela madura bajo el peso del metal, Johnston M'bote retrocedió hasta el momento de su nacimiento y mientras veía su cabeza de formas perfectas asomar por entre los muslos de su madre, se dio cuenta de que había sido condenado desde el mismo principio. Notó una sensación de profundísimo disgusto. Después, nunca jamás volvió a sentir nada.

Oscilando en el límite entre el dolor y la conciencia, la subteniente Shannon Ysangani vio caer al mastodonte, doblegado por su propia arma. Notó que en su interior nacía una risita agónica que le destrozaba la carne.

Sepultada a cinco niveles por debajo de Villa Acero, en su centro de transporte temporal, Arnie Tenebrae también vio caer al mastodonte.

Para ella era otro pintoresco fragmento del mosaico de la guerra. Su muro de pantallas de televisión le presentaba la lucha en todos sus colores, y Arnie Tenebrae saboreaba cada uno de ellos, mientras sus ojos pasaban nerviosos de pantalla en pantalla; rápidos, breves encuentros con la guerra, celosa de tener que perderse aunque fuera un solo instante de la Guerra entre los Poderes.

La Vastadora desvió su atención de la matanza televisada y se centró en la devanadora de tiempo que estaba en el suelo.

—¿Y ahora cuánto falta?

—Dos minutos. Estamos conectando los generadores de campo al tokamak de fusión.

Los observadores que controlaban las pantallas lanzaron un grito.

—¡Tropas de tierra! ¡Envían tropas de tierra!

Arnie Tenebrae volvió a centrar su atención en el muro de pantallas. Una delgada línea blanca de escaramuzas avanzaba sin esfuerzo por las trincheras en dirección a Villa Acero. La artillería de las máquinas de combate los cubría con su poder de marchitar

cosas. Giró el botón de aumento de la imagen y vio que los Parlamentarios llevaban a la espalda unas abultadas mochilas que le resultaron familiares.

—Qué lista, muy, pero muy lista, Marya Quinsana —susurró para que nadie la oyera y se pensara que estaba loca—. Me has tomado las medidas bastante bien, pero no son perfectas.

Alcanzó a oír el fuego del armamento como el sonido de las pistolas de juguete de su niñez cuando los atacantes cayeron sobre los defensores. Una guerra con pistolas de juguete, una guerra de el-que-se-quede-acostado-durante-veinte-segundos-está-muerto, y cuando el juego acababa, todo el mundo se levantaba y se iba a casa a comer. Los inductores de campo martilleaban a otros inductores de campo hasta que el equipo taquíónico a bordo de las máquinas de combate habló y declaró que el juego había terminado por aquel día y para siempre.

—¡Ya estamos listos! —gritó Dhavram Mantones.

—Entonces, adelante, ¿quieres? —ordenó Arnie Tenebrae, la Vastadora.

Se echó a los hombros la mochila de combate. Dhavram Mantones movió el mando que desviaría toda la potencia del tokamak de Villa Acero hacia la devanadora de tiempo. Los eones se abrieron ante Arnie Tenebrae como una boca, y ella se precipitó en el abismo con una cascada de imágenes consecutivas.

Y la realidad tocó a su fin.

63

El señor Jericó y los refugiados en el BAR/Hotel se enteraron de que la realidad había tocado a su fin cuando se encontraron flotando contra el techo. Aunque al comenzar el ataque aéreo se hallaban todos separados, se habían reunido gracias a los túneles y cuevas que acribillaban la roca que había debajo de Camino Desolación: no habían acabado de saludarse todos muy preocupados cuando notaron que las mesas, los vasos, las alfombras, las botellas y las sillas flotaban a la altura de sus orejas. Cerca de las vigas del techo, Kaan Mándela perseguía al transmisor de radio metido en la caja de cerveza con una especie de movimiento de braza. Rajandra Das se ancló a la guardamalleta y escudriñaba boca abajo por la ventana. Los atacantes, los defensores, los equipos de televisión temerarios, las llamas, los cerdos y los perros flotaban alrededor de los aleros de las casas. En mitad de la calle, la gravedad parecía haberse invertido por completo, las casas, los árboles, los animales, los soldados, la tierra y las piedras caían hacia el cielo. En dirección contraria, tres hoteles vacíos y la Casa del Curry Excelsior estaban sumergidos en una inmensa duna roja. Una sombra se cernió sobre la calle de caída libre; algo grande como un granero, macizo, de color anaranjado sucio volaba sobre Camino Desolación.

—¿Qué ocurre?

Los Antepasados Exaltados del señor Jericó habían estado discutiendo en las profundidades de su hipotálamo mientras él se bamboleaba contra las palmatorias. La conclusión a la que llegaron fue espantosa.

—Deben de haber hecho funcionar la devanadora de tiempo.

—Cuando la usó el doctor A no fue así.

La mitad de los allí presentes no entendían de qué hablaban Rajandra Das y el señor Jericó.

—Alimentando mantuvo en secreto su Fórmula de Inversión Temporal: los ingenieros de Tenebrae debieron de haberla deducido mal. En lugar de crear una fluidez en el tiempo, han creado una zona de fluidez temporal aquí mismo, y la realidad se está descomponiendo. Las leyes del espacio—tiempo se están curvando y creo que hay trozos de universos alternativos que se superponen a éste.

—¿Y eso qué significa? —inquirió Santa Ekatrina Mándela, que había estado casada con las leyes del espacio—tiempo durante once años.

—Significa el fin de la realidad causal por consenso. —Los primeros temblores telúricos sacudieron el BAR/Hotel. Liberadas de la gravedad, las piedras que había debajo de la calle se levantaron y se movieron—. A menos que...

—¿A menos que qué? —preguntaron Sevriano y Batisto Gallacelli a la vez.

Los Antepasados Exaltados también habían contestado esta pregunta, y su respuesta no fue menos espantosa que la primera.

—A menos que podamos cortar el suministro de energía de la devanadora de tiempo.

—¿Quieres decir que apaguemos el tokamak de Villa Acero?

—Sí. Te necesito a mi lado, Rajandra Das. Necesito tu poder de encantar a las máquinas.

—Nunca lo lograrás, amigo mío —dijo Kaan Mándela—. Deja que vaya yo.

El señor Jericó ya había abierto la puerta. Un viento resplandeciente lleno de caras fantasmales barría la calle empujando hacia el desierto a las víctimas de la caída libre que no se habían anclado a alguna cosa.

—Me temo que soy el único que puede hacerlo. ¿Me guardarás un secreto? ¿Has oído hablar alguna vez de las Disciplinas Damantinas?

—Únicamente las Familias Exaltadas... —comenzó a contestar Kaan Mándela.

Pero el señor Jericó lo interrumpió diciéndole:

—Justamente.

Después, salió a la calle. Tras superar un momento de vacilación, Rajandra Das se abalanzó para seguirlo.

—Intenta ponerte en contacto con Persis a través de la radio —gritó al partir—. Tal vez la necesitemos si alguien quiere interferir. —No añadió «si es que sigue con vida».

En el cruce del callejón del Pan la gravedad era normal, pero un aguacero de lluvia caliente obligó al señor Jericó y a Rajandra Das a buscar refugio. Debajo del alféizar de una ventana encontraron un guerrillero sancochado. El señor Jericó le quitó su armadura de combate y equipó a Rajandra Das con casco, mochila de alimentación y armas.

—Tal vez te hagan falta —dijo el señor Jericó.

No hacía falta poseer un oído con disciplina Damantina para captar los estampidos cercanos de pequeñas armas de fuego. Los dos hombres corrieron bajo las gotas de lluvia hirviente y se metieron en la plaza de Mosman, donde las manecillas del reloj municipal giraban a una velocidad que comprimía las horas en segundos. Envejeciendo a ojos vista mientras corrían, los refugiados de la zona de tiempo acelerado huían calle arriba hacia una jungla de lianas y enredaderas verdes que se habían enganchado a los esqueletos humeantes de dos máquinas de combate. El señor Jericó dio un rodeo para evitar la zona de relatividad, pasó por una región de inexplicable oscuridad y entró en la calle de Alimantando. El golpe aterrador de la descarga de un inductor de campo los levantó del suelo a él y a Rajandra Das. Los dos hombres buscaron refugio en el instante mismo en que una ráfaga de disparos proveniente del tejado del despacho del alcalde destrozaba las fachadas de las casas que había en la calle de Alimantando. Un segundo más tarde, un temblor temporal arrancó la oficina del alcalde, se la llevó quién sabe dónde y la reemplazó con un cuarto de hectárea de verdes pastos, una valla blanca de estacas y tres vacas y media blancas y negras.

—¡Hijo de la gracia! —susurró Rajandra Das.

El señor Jericó encontró un niño—soldado Parlamentario muerto en el portal de una casa medio quemada y le robó su equipo blanco de combate. Un relámpago purpúreo brillaba a rachas en un extremo de la calle.

Los dos hombres atravesaron a la carrera un mundo que había caído en la locura. En algunos sitios, la gravedad se había desplazado noventa grados y había transformado las calles en las paredes de un acantilado; en otros, unas burbujas ingravidas flotaban por los

callejones a la espera de atrapar a los temerarios que se aventuraran a salir de los sótanos; en otros, media casa retrocedía a toda velocidad, o las plantas del jardín se convertían en frondosos árboles en pocos segundos. Unas figuras verdes parecidas a hombres alargados y delgados daban volteretas por los tejados y atraían los disparos de aquellos soldados todavía capaces de luchar. Los fantasmas de niños no nacidos bailaban de la mano debajo de unos árboles que todavía eran semillas.

—¿Cuánto crees que abarca? —preguntó Rajandra Das.

Se había levantado un viento potentísimo que los empujó hacia el interior de Villa Acero, donde el corazón de la locura giraba cada vez más deprisa, hundiéndose más y más en el Omniverso Panplasmático.

—De momento es local —repuso el señor Jericó. El viento de acero lo azotó—. Pero cuanto más funcione la devanadora de tiempo, más crecerá la zona de interferencia.

—Supongo que no debería decirlo, pero mis pies no quieren continuar. Estoy aterrorizado.

El señor Jericó contempló la cortina giratoria de humo surcado de relámpagos que amortajaba Villa Acero.

—Yo también —admitió.

Cuando el señor Jericó y Rajandra Das corrieron hacia la pared temporal, la realidad se estremeció y se sacudió. Una ballena entró en la estación de Camino Desolación. Un Arcángelesk orinaba en un bancal de coles. Una figura fantasmal, alta como un árbol, se hallaba sentada a horcajadas sobre la planta solar comunitaria e iba interpretando ardientes solos en su guitarra roja. De las puntas de sus dedos partían unos relámpagos que se unieron para formar pelotitas que volaron como plantas rodadoras alrededor de los pies de los dos hombres. El señor Jericó y Rajandra Das se zambulleron en el remolino de humo.

—¿Qué día...?

En aquel lugar se desarrollaba una batalla de estatuas: unos caracoles y unas babosas luchaban con rayos de taquiones lentos como puñetazos de beodo.

—Es una distorsión temporal —explicó el señor Jericó—. Vámonos.

—¿Quieres decir que lo atravesemos?

—No nos ven. Fíjate. —El señor Jericó cruzó el campo de batalla bailando y agachándose de vez en cuando para esquivar los lerdos rayos de taquiones y las descargas sésiles de los inductores de campo—. Andando.

Rajandra Das avanzó sigiloso por el campo de batalla einsteiniano. Intentó imaginarse qué le parecería su paso a los combatientes congelados por el tiempo: ¿acaso sería un remolino, un resplandor de luz, una mancha de imágenes múltiples, como el Capitán Quick de los viejos tebeos que le compraba su madre? Siguió al señor Jericó pasillo abajo entre dos convertidores de acero y llegaron a una inesperada zona de caída libre. El impulso de Rajandra Das lo elevó en una elegante zambullida marcha atrás.

El señor Jericó gritaba algo, ¿algo sobre los inductores de campo? Ni siquiera se había parado a pensar en el equipo que llevaba puesto. ¿Que levantara el escudo defensivo? No sabía cómo hacerlo. Toqueteó los controles de la muñeca y se vio recompensado con un escozor en la cara producido por la electricidad estática en el mismo instante en que un repentino golpe demoledor lo remontó dando vueltas por el espacio. Al rebotar en el lateral de la chimenea Número 16, vislumbró al señor Jericó que botaba de pared en pared como una bola en un salón de pachinko. Era evidente que el tokamak central de fusión se encontraba bien defendido.

Una segunda descarga del inductor de campo hizo que el señor Jericó fuera zigzagueando desde el horno al suelo, y de la cinta transportadora al convertidor. Gracias al escudo defensivo que había robado se salvó de morir pulverizado.

—Estoy demasiado viejo para esto —le dijo a sus Antepasados Exaltados. Ellos le recordaron el deber, el honor y la valentía. Claro, ellos podían darse ese lujo porque

estaban libres de la tiranía de la carne gobernada por el tiempo—. Si quieren, se pueden pasar todo el día haciéndonos rebotar como pelotas de goma.

Vio a Rajandra Das aparecer ante él; los dos hombres chocaron entre sí y rebotaron. Mientras el señor Jericó daba saltos mortales por la Zona Anárquica, sus Antepasados Exaltados le recordaron que con el paso de los segundos, el mundo se iba alejando cada vez más de la realidad por consenso.

En pleno rebote, Rajandra Das se dio cuenta de que había pasado de estar demasiado aterrado como para sentirse asustado al estado sublime de la comedia histórica. ¿Había algo más ridículo que encontrarse en plena tormenta temporal y ser vapuleado de un lado para otro en una acería por una banda de terroristas que defendían un tokamak de fusión que alimentaba una máquina del tiempo descontrolada? Sabía que si se reía del chiste, sería incapaz de parar.

A través de su audífono oyó un crujido.

—Hola, muchachos. ¿Os divertís?

El señor Jericó oyó la voz en su audífono y contestó.

—¡Persis! ¡Cariño! Jim Jericó. Solicito que lances un ataque inmediato sobre las fuerzas atrincheradas alrededor de la planta de fusión de Villa Acero.

—Recibido.

—Persis, te sugiero que tengas cuidado, existen profundos desplazamientos de la realidad.

—No hace falta que me lo digas.

—Ah, Persis...

—¿Sí?

—Si todo lo demás fallara, y sólo en caso de que todo lo demás fallara, si no logramos romper sus defensas, destruye el tokamak.

—Pero habrá...

—Una explosión de fusión. Sí.

—Recibido. Allá... vamos...

Un intercambio de disparos desde las posiciones del tokamak lanzó a Jim Jericó como si fuera una pelota mientras el avión de acrobacias Yamaguchi & Jones aullaba por encima de las chimeneas. Los lanzataquiones de las alas dispararon, se produjo una explosión que hizo que el señor Jericó temiera que Persis Jirones hubiera destruido el tokamak, pero al cabo de nada, su avión se elevaba en el cielo huyendo de las figuras aladas que la perseguían con cimitarras. El señor Jericó bajó su escudo defensivo y se aferró a un puntal. Rajandra Das lo imitó y mientras iba a la deriva, el señor Jericó lo agarró por el cuello.

De los defensores no quedaba ni una brizna de carne o de ropa. La pared del generador estaba libre de todo menos del canto del tokamak.

—Son unas cosas fantasmales —dijo Rajandra Das mientras posaba sus rudas manos sobre los controles.

—Creí que conocías estos aparatos.

—Conozco los tokamaks de las locomotoras. Éste es diferente.

—Y me lo dices ahora.

—De acuerdo, señor Disciplinas Damantinas, páralo tú.

—No tengo la menor idea de cómo hacerlo.

Unas explosiones lejanas hendieron el aire. El metal crujió y gruñó y los andares férreos de una máquina de combate sacudieron la sala del generador. Los dedos de Rajandra Das se movieron sobre las lámparas de control; vaciló.

—¿Qué pasará cuando se corte la energía?

—No estoy seguro.

—¿No estás seguro? ¿No estás seguro?

La pregunta indignada de Rajandra Das reverberó en la paredes de acero.

—En teoría, la realidad debería volver a la realidad por consenso.

—En teoría.

—En teoría.

—Vaya momento eliges para teorizar.

Los dedos de Rajandra Das bailaron sobre los controles. Nada ocurrió. Los dedos volvieron a bailar. Nada ocurrió. Por tercera vez, Rajandra Das tocó el panel de controles como si se tratara del armonio de una capilla y por tercera vez nada ocurrió.

—¿Qué pasa?

—¡No puedo hacerlo! Ha pasado mucho tiempo. He perdido el tacto.

—Déjame probar...

Con un movimiento de la boca de su inductor de campo, Rajandra Das apartó al señor Jericó de las luces de control. Masculló unas cuantas palabras y lanzó una descarga a plena potencia sobre el panel de controles. La explosión hizo retroceder a los dos hombres, enceguecidos por las chispas y los circuitos voladores. El murmullo normalmente sereno del tokamak de fusión aumentó hasta convertirse en un chillido, un aullido, un rugido de indignación. Rajandra Das cayó de rodillas pidiendo el perdón divino por haber llevado una vida de vagabundo cuando el grito de la fusión destructora fue silenciado. En ese mismo instante, los hombres, la sala de energía, Villa Acero, el mundo entero notaron que los volvían del revés en dos ocasiones. Con el tronido de la afluencia de la realidad, la devanadora de tiempo efectuó una implosión que envió a la nada a los cinco niveles del centro de control temporal de Arnie Tenebrae y a toda su plana mayor.

El muro temporal estalló hacia afuera. Quienes se encontraban en caída libre salieron del aire; las ballenas, los arcángeles y los guitarristas desaparecieron; el viento resplandeciente se llevó a la lluvia hirviente. Todos los relojes se detuvieron en el momento de la explosión temporal y así se quedaron para siempre, a pesar de los esfuerzos por ponerlos en marcha de infinidad de generaciones que siguieron al día de la tormenta temporal.

64

Concluida la tormenta temporal de consecuencias desastrosas, el señor Jericó salió de la sala del tokamak apagado para descubrir que, en teoría, sólo había acertado parcialmente. Una cuarta parte de Villa Acero había desaparecido, como cortada por un cuchillo de increíble filo; en lugar de las tuberías y vigas, la roca roja se extendía hasta el horizonte. El cerco de Ferrotropos de Cristal se veía roto por unas incongruentes expansiones de dunas vírgenes, verdes oasis de plataneros y las cacarañas de los cráteres de vidrio fundido. Rajandra Das se reunió con su amigo y al regresar a Camino Desolación, recorrieron un fantástico paisaje de cosas extrañas y curiosas. Las calles acababan en el desierto vacío o aparecían sepultadas bajo inmensas dunas; había locomotoras detenidas en medio de mercados de verduras, casas en medio de lagos. Una vía de la línea férrea acababa abruptamente en una pequeña parcela de exuberante jungla y todo el nuevo asentamiento que se había levantado al otro lado de las vías había vuelto a ser Alto Llano desnudo.

Las calles comenzaron a llenarse de caras. Pasmados por la alquimia que había absorbido a Camino Desolación, iban en busca de las casas y las familias perdidas en el tiempo. No sabían, ni podían saber, que cuando quedó interrumpido el poder de pervertir la realidad de la devanadora de tiempo, todas aquellas geografías fantasmas de los Caminos Desolación que pudieron haber sido quedaron fijadas, fundidas y convertidas en permanentes en el mismo instante en que el señor Jericó y Rajandra Das cerraron la puerta que daba al Omniverso Panplasmático.

La fisura quedó sellada; la batalla había concluido. Los supervivientes determinaron los grados de victoria. Un tercio de la Legión Parlamentaria de Marya Quinsana había sido «descreada» en el momento de producirse la tormenta temporal, y devuelta a las tareas, ocupaciones o vidas que habrían realizado de no haberse dejado seducir por el tambor del reclutador. Aquellos que no habían sido llevados a otras realidades habían experimentado pocas bajas. Las fuerzas de defensa del Ejército de la Tierra Entera habían sido aniquiladas casi por completo. Con un setenta por ciento de bajas, la estructura de la plana mayor descabezada por fuera lo que fuese que había tenido lugar en el interior del reducto fuertemente custodiado que había debajo de Villa Acero, Shannon Ysangani se rindió junto con el resto de su ejército al general Emiliano Murphy y derramó lágrimas de risa cuando ella y sus compañeros fueron conducidos a los campos de confinamiento al borde del desierto.

—¡Hemos perdido! —reía mientras las lágrimas le bañaban la cara—. ¡Hemos perdido! ¡Hemos perdido!

El Ejército de la Tierra Entera ya no existía.

Dos horas antes del anochecer, el bimotor de acrobacias Yamaguchi & Jones GF666Z inició las maniobras para aterrizar al otro lado de las vías del ferrocarril. La última superviviente del Circo Volador de Jirones recorrió las calles llevada en andas por los amigos que más la querían, y Ángel Rojo fue conducida triunfal y humildemente al BAR/Hotel, donde todas las manos y los corazones la saludaron.

Esa misma noche, bajo la luz de los reflectores, Marya Quinsana se paseó triunfante por Camino Desolación. En la Llanta de Villa Acero se alinearon las máquinas de combate para recibirla; los ciudadanos la aclamaron pero ella no estaba satisfecha. La suya no había sido una victoria limpia. Eso de chapucear con el tiempo y la historia ofendía sus sensibilidades políticas. La historia se escribía en las piedras. No era una cosa sobrenatural que pudiera lanzarse chisporroteando en el aire para que cayera en cualquier parte. Le desagradaba pensar en su vida y su mundo como una mera mutabilidad de potencialidades. Le desagradaba pensar en dónde habrían ido a parar todos sus niños-soldados «descreados».

Después de la ceremonia de acción de gracias en la Basílica de la Gris Señora exigió que le llevaran a Arnie Tenebrae. Deseaba con ansias desahogar su insatisfacción con la mutilación y el tormento, pero la búsqueda que se efectuó posteriormente por todo Camino Desolación y por toda Villa Acero no logró dar siquiera con su cadáver. De modo que al cabo de cinco días de triunfo y victoria ante las cámaras de nueve continentes, Marya Quinsana regresó a las colinas de Sabiduría, donde pensaba recibir el anillo del cargo de Primer Ministro de manos del Honorable Vangelis Karolaitis, pero descubrió que el amable y anciano caballero no era ni amable, ni caballero ni, en definitiva, honorable, porque había recibido informes suficientes sobre las atrocidades e indignidades cometidas por su ministra de seguridad al aplastar al Grupo Táctico del

Ejército de la Tierra Entera como para asegurarse de que no recibiera nunca el anillo mientras él viviera. En cuanto a la pequeña Arnie Tenebrae, el Pájaro de la Muerte, la Vastadora, jamás volvió a saberse nada de ella, aunque no escasearon las explicaciones, los rumores y cotilleos que, con el tiempo, se convirtieron en elementos del folclore, que con el tiempo pasaron a ser leyenda, que con el tiempo se convirtieron en mito, y así, el nombre de la pequeña Arnie Tenebrae quedó escrito en el cielo, justamente lo que ella siempre había deseado.

Inspiración Cadillac despertó con un grito acerado de su sueño de hierro. La memoria y la conciencia lo desafiaban; ¿qué eran aquellas luces brillantes, ese techo alto, aquellos

sirvientes de verdes túnicas que se inclinaban, azorados ante su presencia? Se sentó para exigir una explicación y le respondieron con gritos de alarma y pavor religioso.

—¡Maestro, maestro, oh, es verdad, es verdad! Oh, maestro, bendíceme.

Un joven postulante con media cara de metal se postró en el suelo en vocinglera adoración. Inspiración Cadillac bajó de la cama (¿sería una mesa de operaciones?), y al verse reflejado en las blancas paredes de azulejos lo recordó todo.

—¡La mortificación total! Acero hecho por el hombre...

Se miró el cuerpo, las manos, las piernas. Metal; suave y duro metal sin la corrupción de la carne, sin manchas de roja sangre, todo puro y sagrado metal. Levantó los brazos de acero en señal de agradecimiento.

—¡La mortificación total! ¡He conseguido la mortificación total!

Cantando glorias y aleluyas, el personal técnico se postró de rodillas. Inspiración Cadillac contempló su propia gloria en la pared de azulejos y recordó...

... la voz del Gran Ingeniero lo llamaba a ocupar el puesto de profeta

... un ejército enfrentado a otro ejército y las Pobres Criaturas en el medio, indefensas, sin un jefe

... luces brillantes, murmullos, máquinas luminosas, baldosas frías, muy frías, acero reluciente, oscuridad.

—¿Cuánto tiempo ha pasado? —inquirió a una cibernética.

—Ocho días, Maestro. El mundo ha enloquecido, santo padre: los de carne han destruido el domo de la basílica y profanado el santuario con su acción de gracias por la victoria; en estas mismas calles se ha librado una guerra, se ha perdido y se ha ganado, cientos han muerto y... y perdóneme, maestro, pero hasta el tiempo y el espacio enloquecieron. Todo ha cambiado: la locura se ha desatado en el universo.

—Paz, pequeña mía. Ha llegado la hora de imponer el orden y la armonía —dijo Inspiración Cadillac. Con un resquicio de concentración, un halo negro apareció alrededor de su muñeca derecha. Los técnicos lanzaron un grito de asombro y cantaron aleluya—. Ahora soy lo que era antes la Gris Señora, pero mucho más. Ella estaba hecha de carne despreciable, y yo de acero santificado. Soy el elegido del Gran Ingeniero, el Hombre del Futuro; en mis circuitos arde el poder...

Abrió la mano derecha y la oscuridad fluyó sobre todos los técnicos menos los dos que habían hablado con Inspiración Cadillac, y se transformaron en cosas negras y humeantes tan horribles y obscenas que desafiaban toda imaginación. Inspiración Cadillac lanzó una carcajada metálica. Estaba sediento de poder y cada abuso que cometiera a partir de entonces debía ser más rico, más profundo, más pleno. Ante sus acólitos encogidos de miedo se transformó: en un vaho de alquimia le salieron alas, alabes de rotores, sierras, lanzataquiones, antenas de radio, armonios portátiles, ruedas, orugas, reactores, cohetes, lavadoras.

—Venid conmigo —le ordenó a la cibernética y al técnico que lo habían llamado maestro—. Estoy cansado de transformaciones. —Dirigiéndose a la cibernética, añadió—: Serás mi camarlenga. —Dirigiéndose al técnico, le dijo—: Y tú, mi ingeniero jefe. No me tengáis miedo... debéis amarme. Os lo ordeno. Y ahora, deseo recibir la adulación de mi pueblo.

—Ah —dijo la camarlenga.

—Eh —dijo el técnico jefe.

—¿Dónde están los fieles? —inquirió Inspiración Cadillac.

—Ay, no fueron tan fieles como nosotros —se quejó la camarlenga.

—Creyeron que habías muerto cuando el avión se estrelló contra el domo y éste se precipitó —le explicó el ingeniero jefe.

—Y por eso... eeh... han encaminado sus devociones hacia otros derroteros.

—Han encontrado otra cosa que adorar.

—Es un... aah... un tren.

—Salió de Villa Acero al terminar la tormenta temporal y se ofreció a poner a salvo a todas las Pobres Criaturas.

—Habrás notado el símil, santo padre: las profecías que tú hiciste sobre el Mesías de Acero que saldría de Villa Acero para salvar a los fieles de la guerra y la destrucción.

—Se han... eeh... se han ido con él.

—¿Cómo? —rugió Inspiración Cadillac.

Le salieron alabes de rotores y levantó vuelo hacia el cielo.

—Ve hacia el oeste —le aconsejó la camarlenga.

Desde el aire, Inspiración Cadillac pudo ver el modo en que algunas calamidades peores que la guerra habían golpeado Villa Fe. El domo de la Basílica de la Gris Señora (de ahora en adelante, aclaró para sus adentros, la Basílica de la Mortificación Total) yacía reducida a escombros sobre el suelo embaldosado de la sala de audiencias. Toda el ala este junto con una decena de hectáreas de Villa Fe habían sido arrancadas y reemplazadas por una superficie similar en la que crecía un campo irrigado de maíz. Los aposentos privados de la Gris Señora se habían convertido en un cráter fundido en la roca, y junto a él, aparecían los restos enmarañados de un artefacto de tres patas.

—Pero ¿qué ha ocurrido aquí? ¡La guerra, el horror, la infamia, la apostasía, con una locomotora!

Ni siquiera se trataba de un modelo de locomotora, decidió Inspiración Cadillac, espíandola desde lejos al ver una línea de blanco humo en el horizonte occidental. Una Gran Sureña Modelo 27 de tracción a fusión; los tokamaks necesitaban una buena revisión. La pintura estaba descascarada y ampollada, ¿qué era lo que decía el cartel «Feria Ambulante y Fantasía Educativa de Adam Black»? Patético. Brillando como la plata bajo el sol del desierto, Inspiración Cadillac conectó su sistema de megafonía general y castigó a su pueblo.

—¡Ah, vosotros faltos de fe! —Había caras asomadas a las desvencijadas ventanillas. Parecían asustadas. Mejor así—. ¡Oh, generaciones perversas y descreídas! ¡Prometí que volvería a vosotros como Mortificación Total, y sin embargo, ninguno de vosotros ha podido esperar los ocho días que tardé en cumplir la promesa! ¡Habéis roto nuestro pacto! ¡Ídólatras! ¡Adoráis a este... a este Becerro de Oro en vez de adorar a la manifestación física del Ingeniero Cósmico! ¡Contemplad cómo destruyo los falsos ídolos!

Sobrevoló sobre el tren en marcha y levantó la mano para lanzar un rayo cibernético.

—Preferiríamos que no lo hicieras —le sugirió el tren inesperadamente. La fuerza se evaporó de la punta de los dedos de Inspiración Cadillac.

—¿Cómo?

El tren repitió la frase palabra por palabra.

—¡Un tren parlante! Vaya vaya vaya.

—Y algo más —dijo la Gran Sureña Modelo 27—. Soy la Mortificación Total.

—¡Tonterías! ¡Blasfemias! Yo soy la única Mortificación Total.

—Tú eres una máquina, obra del hombre. Yo soy un hombre, obra de una máquina. En el fondo, tú eres de carne, porque conservas la apariencia externa de un hombre, pero yo he superado ese chovinismo antropomórfico. Soy una máquina con forma de máquina.

Las Pobres Criaturas asomaban las cabezas por las ventanillas; era evidente que disfrutaban de la disputa teosófica. A pesar de la rabia, Inspiración Cadillac sintió curiosidad y preguntó:

—¿Qué tipo de criatura eres?

—Echa un vistazo a mi vagón adornado de libreas —respondió el tren.

Inspiración Cadillac recogió los rotores y efectuó un aterrizaje propulsado a reacción sobre el tejado con la pintura desconchada. Extendió un ojo con cámara telescópica por el borde para poder espiar. Las ventanillas estaban cubiertas por una espesa capa de mugre y telarañas, igual que el resto del vagón: polvo, telarañas, años y abandono. En el centro del vagón había un sillón de cuero cuarteado y en el sillón aparecía un cadáver

momificado. El cadáver llevaba en la cabeza una diadema metálica de diseño peculiar e intrincado.

—Ése fue Adam Black —dijo el tren—. Cuando su alma pasó a mí, sellé el vagón para siempre. Lo que ese vagón representa ya no me incumbe, soy una maquina hombre, el verdadero hombre del futuro, la Mortificación Total, si lo prefieres. Durante muchos años recorrí las vías férreas del mundo en busca de un propósito para mi identidad espiritual, hasta que me enteré de la existencia de los dumbletonianos de Camino Desolación, lugar que conocí a fondo en mi encarnación humana, y el corazón me dijo que aquí estaba la razón de mi existencia. Por eso vine y ellos me aclamaron como el Mesías de Acero, y me siguieron con su desvencijada caravana de vagones y carruajes. Y como sólo puede existir un Mesías de Acero, ahora hemos de enfrentarnos.

Inspiración Cadillac saltó del tren en marcha impulsado por sus reactores cuando Adam Black envió una orden cibernética de fusión de circuitos por su superestructura. Inspiración Cadillac se elevó a una altura prudente y luego soltó una descarga con la fuerza purísima de un dios, que separó los vagones rotos de las Pobres Criaturas de la Feria Ambulante y Fantasía Educativa. Cuando el tren blasfemo hubo activado los frenos de emergencia y se hubo detenido, Inspiración Cadillac había sacado de los pies un cable con filamentos de diamante y remolcaba a sus fieles de regreso a Camino Desolación. Adam Black lanzó una nube de blanco vapor, invirtió la dirección y acelerando partió tras las Pobres Criaturas.

Inspiración Cadillac soltó su carga y se dio la vuelta para enfrentarse al agresor. Adam Black frenó y esperó en las vías, palpitando con la fuerza de la fusión.

—Aquí no —dijo—. ¿Coincidirás conmigo en que la seguridad de las Pobres Criaturas es lo principal?

—Sí.

—Muy bien, pues.

Adam Black aumentó la entrada de vapor y aceleró en dirección a la línea occidental. Inspiración Cadillac lanzó una orden abrasadora para que los motores de fusión de su rival estallasen. Las defensas computadorizadas anularon sin esfuerzo alguno el hechizo. El hombre—cohete y el tren—hombre batallaron con órdenes y contraórdenes durante un tramo de cincuenta kilómetros de desierto pero sin resultado alguno. Durante los siguientes veinte kilómetros utilizaron armamento físico. Los rayos sónicos chocaron contra rayos sónicos, los misiles fueron contrarrestados con enjambres de robots—abejas asesinas, las ametralladoras, con tórrelas láser montadas en el tejado; las minas lapa, con robotmonos; los relámpagos con relámpagos; las garras con cañones de agua; los servopuñetazos con espuma polimérica; las descargas de vapor sobrecalentado con descargas de microondas: las Mortificaciones Totales batallaron hasta que Camino Desolación no fue más que un recuerdo en el horizonte oriental.

Inspiración Cadillac vio entonces un fulgor resplandeciente en el borde del mundo. Fue seguido por otro relumbre, luego otro y otro más, y en un abrir y cerrar de un ojo ciego, se vio envuelto en un cono de luz al rojo vivo. Cuando cayó en la cuenta de lo que Adam Black le había hecho, su piel cromada comenzó a brillar con tonalidades rojo cereza, luego escarlata, luego amarillas y sus circuitos se fundieron y comenzaron a fluir como el alquitrán.

—Muy ingenioso eso de reenfocar hacia mí los espejos celestiales de ROTTECH. No creía que mi enemigo tuviera tantos recursos.

Eran pensamientos valientes pero hueros. Brillaba ya al rojo vivo. Aunque se iban reparando tan pronto como el calor los destruía, sus circuitos metamórficos sólo aguantaban unos segundos antes de disolverse. Intentó extenderse y quebrar el control que Adam Black ejercía sobre las vanas pero la locomotora se encontraba demasiado atrincherada.

Notó cómo su cerebro aún humano hervía en el cráneo metálico.

Entonces tuvo la idea.

—Lo superaremos —le gritó a sus sistemas en llamas—. Lo superaremos.

Reunió sus escasas fuerzas y se elevó en el cielo bien alto, más allá de los espejos celestiales, las órficas, los habitáis y los partacs. Entró sigilosamente, tomó el mando de los sistemas de guía y disparo y apuntó los quince aceleradores orbitales de partículas subquark hacia Adam Black, una minúscula pulga movediza en la piel de la tierra redonda.

Un instante antes de que Inspiración Cadillac diera la orden de disparar, Adam Black adivinó su estrategia.

—¡Estúpido, estúpido, la explosión nos destruirá a ambos! ¡No! ¡No lo hagas!

—¡Sí sí sí! —gritó Inspiración Cadillac y su cordura se fundió y su cerebro se disolvió en el instante mismo en que disparó los partacs.

En Camino Desolación, los habitantes dijeron que fue como un segundo amanecer: fue algo hermoso, dijeron. Vieron quince rayos violeta salir del cielo como la justicia del Panarcos y luego, una explosión blanca, pura como la virtud, había llenado el horizonte occidental durante dos segundos enteros. Hermoso, dijeron, hermoso... los efectos de la explosión habían teñido de rosa y azul el borde occidental del mundo y los velos insustanciales de las descargas de la aurora habían vacilado como fantasmas sobre la escena de la explosión. Durante todo el mes que siguió, Camino Desolación tuvo el privilegio de contemplar unas puestas de sol asombrosamente sublimes.

Cuando las Pobres Criaturas regresaron, tirando del desvencijado tren de viejos vagones y material rodante fabricado con los restos de las favelas, llevaron consigo la verdadera historia del fin de la Feria Ambulante y Fantasía Educativa de Adam Black e Inspiración Cadillac, Camarlengo de la Gris Señora y Mortificación Total.

—El mundo no estaba preparado para la Mortificación Total —dijeron.

La camarlenga, el ingeniero jefe, el ciberneta y el técnico deliberaron acerca del significado de lo ocurrido en el borde occidental del mundo, y entonces dieron la tan esperada y medio olvidada orden que envió a las Pobres Criaturas de la Inmaculada Contracción hasta Villa Acero, en plena noche, a robar una de las locomotoras Modelo 88, que habían quedado abandonadas y olvidadas, juntando herrumbre y arañas desde los días de la Gran Huelga. Bajo el liderazgo de la camarlenga y el ingeniero jefe, cuyos nombres eran Plymouth Glyde y Espíritu Dinamo, las Pobres Criaturas de la Inmaculada Contracción abandonaron Camino Desolación para continuar con el tema aún no resuelto de los derechos de las máquinas. Envueltas en una nube de vapor, salieron de Camino Desolación en dirección contraria de la que habían llegado hacía tantos años, porque de haber marchado en la misma dirección, habrían llegado hasta el agujero abierto en el desierto, un cráter de vidrio verde, donde los antiguos tokamaks de Adam Black habían estallado bajo la descarga de los rayos de subquarks superacelerados disparados desde el cielo dispersando los átomos del hombre, la máquina y la mortificación para formar una hermosísima puesta de sol.

66

En las noches polvorientas, cuando los relámpagos estivales dotaban de efímera vida a los tubos de neón quebrados de los hoteles y merenderos cerrados, el señor Jericó y Rajandra Das se sentaban en el porche a beber cerveza y a recordar.

—Oye, ¿te acuerdas de Persis Jirones? —preguntaba Rajandra Das.

—Era toda una dama —contestaba el señor Jericó mientras contemplaba cómo estallaba el relámpago en el horizonte—. Toda una dama, sí señor.

Y así recordaban el hilo de alegres colores que había tejido ella en la historia de Camino Desolación hasta que, después de haber sido aclamada como salvadora del

pueblo, acabó alejándose hacia el horizonte en su avión en compañía de sus dos hijos que pilotaban los aviones de carga adquiridos a precios de saldo a la Compañía Belén Ares. Después del ataque a Camino Desolación, el dinero de la venta del BAR/Hotel le había permitido contratar dos pilotos extra: Callan y Venn Lefteremides, con cicatrices de guerra pero intactos.

—¿Qué estará haciendo en estos momentos? —preguntaba Rajandra Das. Y el señor Jericó le contestaba:

—Pues seguirá volando. Lo último que oí decir fue que había montado su Circo Volador en el camino de Transpolaris, creo que en Nueva Glasgow, y que las cosas le iban bastante bien.

—¿Qué estarán haciendo Umberto y Louie? —preguntaba entonces Rajandra Das.

Después de la batalla final, mientras los equipos de seguridad temporal de ROTTECH registraban minuciosamente Camino Desolación en busca de lo que había destrozado tan groseramente su paz contemplativa, Persis Jirones explicó con claridad a los hermanos Gallacelli que no había vuelto por ellos, sino para recoger a sus hijos y vender el BAR/

Hotel. El amor incondicional que los hermanos le tenían nunca había sido correspondido. Era posible que tres hombres amaran a la misma mujer ideal, pero no que esa única mujer amara a tres hombres. De manera que guardaron todos aquellos años en maletas de cartón junto con su ropa interior, sus documentos, sus cajas de caudales y la colección de Umberto de fotos pornográficas. Y a falta de trenes (la Compañía retrasaba la reparación del hueco en la línea que había a setenta kilómetros hacia el oeste, debido a las disputas sobre el plus de peligrosidad que había que pagar por la radiación), un convoy terrestre de camiones llevó a Umberto y a Louie hasta Meridiana, donde Umberto abrió una agencia inmobiliaria y Louie alquiló un despacho para ejercer la abogacía; años más tarde, consiguió una famosa absolución en el caso del Carnicero de Llandridnodd Wells.

—Este lugar no ha vuelto a ser el mismo después de la guerra —decía siempre Rajandra Das. Era ésta una conversación que el señor Jericó y él habían mantenido tantas veces que había pasado por los murmullos sin sentido de las plegarias y las respuestas hasta adquirir un renovado sentido—. Al marcharse la gente, este lugar se ha muerto.

Primero se habían ido los peregrinos y los Niños Santos, luego los señores de los medios de comunicación. Después, los hosteleros, los dueños de pensiones y restaurantes que les habían dado refugio, comida y bebida. Después, la Compañía Belén Ares se había desvanecido en un día y una noche, arrancada por un huracán de márgenes de beneficios que caían en picado y los cuchillos desenvainados en la troposfera de los niveles ejecutivos cuando, poco a poco, como excrementos enterrados, fue desvelado el escándalo de los dobles robots. Todas sus unidades trabajadoras, sus gerentes y sus supervisores de sección, todos se dispersaron como polvo rojo por la faz del planeta. Finalmente se marcharon las Pobres Criaturas de la Inmaculada Contracción, cuando la Batalla de los Profetas cavó un agujero de diez megatones en la línea principal de Meridiana—Pandemónium. Y en último lugar, Jean-Michel Gastineau, el Hombre Más Sarcástico del Mundo regresó a sus bosques y cañadas de la fantasmal Chryse, con el sarcasmo cercenado.

—¿Y qué conseguimos con todo esto? —acababa preguntando Rajandra Das. Siguiendo una tradición consagrada, el señor Jericó se abstenía de contestar, aunque quizá fuera el único en todo Camino Desolación que conocía la respuesta—. Nada —se respondía Rajandra Das—. ¿Qué consiguieron con tanto rezo y tanta manifestación y tanta huelga, y tanta lucha y tanta sangre derramada y tantos días y noches de miedo? Nada. Absolutamente nada. Sólo perder tiempo, energía y vidas.

El señor Jericó no mencionaba palabras como «principios» o «absolutos» cuando Rajandra Das denigraba la incapacidad del Concordato de obtener una verdadera victoria sobre Aceros Belén Ares, porque ya no estaba seguro de creer en absolutos ni en principios. Para él, la desintegración de la Compañía y, en consecuencia, de Camino Desolación, tenía poca importancia con tal de que el sol continuara brillando, las cosechas siguieran creciendo y las lluvias ocasionales no dejaran de caer de los cielos. Su fe en Camino Desolación era más egoísta que la de Rajandra Das. Le gustaba pensar también que era más realista. Recordaba el primer día que había llovido. Habían pasado quince años desde entonces. Qué deprisa transcurría el tiempo. En su interior merodeaba el miedo irracional de que Camino Desolación desapareciera por completo de la existencia y él no notara la diferencia. La gente se había marchado, las tiendas habían cerrado, los bancos habían transferido sus créditos a las grandes ciudades del Gran Valle, los abogados, peluqueros, mecánicos y médicos se habían marchado el mismo día que repararon el ferrocarril; lo único que quedaba eran las granjas, los paneles solares, las chirriantes bombas eólicas y las calles vacías, muy vacías. Por aquel entonces, los trenes pasaban una vez por semana, si pasaban. Todo volvía a ser como al principio. Para Camino Desolación, la historia se había detenido, y Camino Desolación lo agradecía.

Un día, cuando los dos hombres estaban sentados en sus sillas de cuero, contemplando cómo el polvo del desierto azotaba la calle, Rajandra Das dijo:

—¿Sabes? Me imagino que no he sido del tipo de los que se casan. El señor Jericó no supo a qué se refería.

—Siempre pensé que una de esas hermanitas de Pentecostés iba a echarme el lazo, pero no ocurrió nunca. Tiene gracia. Siempre creí que lo harían. Pues bien, ahora se han ido, Dios sabe dónde, y aquí me tienes, sin esposa, sin granja, sólo dueño honorario de este trozo de porche en el que estoy sentado. Ni siquiera conservo mi encanto sobre las máquinas, hasta eso he perdido; vuelvo a ser un vagabundo. Tal vez es lo que he sido siempre, por eso ninguna ha querido nunca casarse conmigo.

—¿Piensas marcharte? —le preguntó el señor Jericó. Conocía a Rajandra Das desde hacía tanto tiempo que era capaz de leerle el corazón como si fuera un horario de trenes.

—Aquí no hay nada que me retenga, y mucho menos el lugar. ¿Sabes? Siempre quise conocer Sabiduría, esas torres brillantes junto al mar Sírtrico.

—Debiste haberle pedido a la señorita Quinsana que te llevara con ella.

Rajandra Das lanzó un escupitajo al anillo lunar.

—No se mojaría el culo por mí; además, yo tampoco por ella, porque no se lo merece. No, si voy, quiero hacerlo por mi cuenta. Tengo tiempo suficiente como para aprender otra vez a ser vagabundo y soy lo bastante viejo como para disfrutarlo. No tengo futuro por el que preocuparme.

El señor Jericó miró al cielo. Esa noche, las estrellas estaban tan cercanas que habría podido tocarlas.

—Tal vez debería acompañarte —aventuró—. Siempre he dicho que estaba de paso.

Pero se quedó, y por la mañana temprano, Rajandra Das se encontró corriendo junto al lado oculto de un tren que transportaba minerales. Cuando saltó al vagón y se subió por la escalera para llegar al techo, sintió que los años desaparecían. Toda su vida había estado hecho para aquello. Era el Eterno Vagabundo, el arquetipo del Hombre Viajero. No había hecho más que una larga pausa entre dos trenes.

Durante un año y un día vagó por los lugares interesantes del mundo, y envió postales con fotos de sí mismo junto al Abismo de Lyx, o en el mercado flotante de flores de Llangonnedd o acuciillado ante el legendario Jazz Bar de Glen Miller, en la calle de la Aflicción de Belladonna. Kaan Mándela fijó las postales con alfileres en el espejo del bar para que todos los ciudadanos las vieran y les picara la curiosidad. Y entonces un jueves, Rajandra Das sucumbió al impulso al que había resistido con éxito durante un año y un día y se marchó a Sabiduría, la ciudad más hermosa del mundo. Había resistido a la

tentación durante todo ese tiempo por temor a sentirse decepcionado, pero mientras recorría los brillantes bulevares y contemplaba los poderosos puentes y torres, o sesteaba (las costumbres agradables son difíciles de desarraigar) en un café, a la sombra de los árboles que bordeaban la Perspectiva de Nevsky, o almorzaba en los restaurantes de mariscos del puerto, o paseaba en tranvía hasta la cima de cada una de las cuarenta colinas, todo era tal como se lo había imaginado, glorioso hasta el último detalle. Le envió al señor Jericó una postal tras otra alabando el lugar.

«Este es el sitio más maravilloso del mundo —le escribió en su última postal desde Sabiduría—, pero no puedo permanecer aquí para siempre. Todavía me quedan lugares por conocer y además, Sabiduría siempre estará aquí esperándome. No se irá a ninguna parte. Si llego a pasar cerca, iré a verte.»

Fue la última postal de Rajandra Das. Cuando regresaba a Llangonnedd y se preguntaba a qué sitio podría dirigirse que lo satisficiera después de haber hecho realidad la ambición de toda su vida, una mota de polvo le hizo cosquillas en la nariz. Le dio entonces un repentino ataque de estornudos que le quitó la última gota de su poder sobre las máquinas. Perdió pie en el carro plano, cayó con un gritito bajo las ruedas del Expreso Sabiduría—Llangonnedd Syrtis y murió.

El día que el señor Jericó recibió su última postal, a Camino Desolación llegó un tren. Desde la muerte del pueblo, aquél era un acontecimiento lo bastante inusitado como para que toda la ciudadanía saliera a recibirlo. La mayoría de los trenes pasaban como balas a 400 km/hora, dejando como recuerdo un reguero de polvo y piedrecillas voladoras. Pero mucho más inusitado que el hecho de que el tren se detuviera fue el hecho de que de él descendieran dos pasajeros. Aparte de viajeros de comercio y turistas crédulos a los que Kaan Mándela atraía a su BAR/Hotel con la promesa de viajes para visitar las curiosidades geológicas de la Tierra de Cristal, por regla general, en Camino Desolación la gente se subía a los trenes, no se bajaba de ellos. Aquellos pasajeros no tenían aspecto ni de viajeros ni de turistas. Vestían unas chaquetas de seda largas hasta la rodilla, del tipo que se había puesto de moda en las Grandes Ciudades. Calzaban botas de gaucho de tacón alto, confeccionadas artesanalmente con cuero, y llevaban los sombreros de ala ancha de los cardenales. Tenían aspecto de asesinos.

Una mirada de reojo le bastó al señor Jericó para convencerse. Se alejó de la multitud pasmada y se retiró a su dormitorio. En el último cajón de su cómoda guardaba la pistola de agujas, con mango de hueso humano, envuelta en una bufanda roja con dibujos indostánicos. El señor Jericó sabía quiénes eran los visitantes. Eran asesinos de las Familias Exaltadas que habían ido a matarlo.

Por fin.

Se llamaban JuanAlfa y JuanBeta. Desde el momento en que fueron decantados de la botella genética del Paternóster Damien, se habían pasado la vida recorriendo el mundo en busca del Paternóster Jericó. Durante los primeros cinco años de sus vidas (transcurridos en la mutualidad dos—en—uno exclusiva de los gemelos clónicos) habían buscado en ciudades y pueblos. No habían encontrado nada. Luego, durante año y medio se dedicaron a recorrer otra vez el territorio descubierto por sus predecesores antes de que ellos fueran concebidos in vitro. Clones asesinos criados por su don de la empatía pareada, se sabían infalibles y se burlaban de las habilidades de sus antecesores. Pero esa búsqueda tampoco les permitió encontrar nada. Durante otro año y medio más estudiaron antiguos registros y redes de datos en busca de algún hilo que seguir, un olor, una pista, una huella dactilar que los condujera hasta el Paternóster Jericó. Eran tenaces, obstinados y entusiastas. No podían ser de otro modo. Pero el olor era muy tenue, sobre la pista había llovido mucho y las huellas dactilares estaban emborronadas. De modo que se conectaron al ordenador de una de las Familias Exaltadas y con su ayuda, compilaron una lista de lugares donde el Paternóster Jericó no estaba o no había estado, y por eliminación redujeron los millones del planeta con todas sus ciudades, pueblos y

metrópolis a sólo quince localidades. La última de esa lista era Camino Desolación. Era el último lugar del mundo en el que se les habría ocurrido buscarlo.

Por tanto, cuando al preguntarle a Rael Mándela, hijo, si en el pueblo había un hombre llamado Jericó, y éste con toda inocencia les dijo que sí, y les informó dónde podían encontrarlo, JuanAlfa y JuanBeta se sintieron confiados y experimentaron algo parecido a la alegría, alegría porque la inversión efectuada para crearlos había dado sus frutos. JuanAlfa y JuanBeta contaron doce canales hacia abajo y cinco hacia adentro y encontraron al señor Jericó polinizando con una pluma una cosecha en pie de maíz híbrido.

—No debí haberme parado aquí —se dijo, y fue a saludar a sus asesinos. Intercambiaron amables reverencias, se presentaron y hablaron del tiempo.

—¿De Damien? —preguntó el señor Jericó al cabo de un rato. Los sombreros de ala ancha como rueda de carro se inclinaron simultáneamente.

—Recorrimos el mundo —le dijo JuanAlfa.

—Hasta el último lugar —le dijo JuanBeta.

Apoyaron las manos encima de los bolsillos que al señor Jericó le constaba que debían contener sus pistolas de agujas.

—Sí que habéis tardado —comentó el señor Jericó recurriendo a sus Antepasados Exaltados para ver si podían sugerirle algo que lo salvase del ultraje de morir en un campo de maíz—. Decidme una cosa, ¿sois buenos? —Los Juanes asintieron—. ¿Los mejores? —Los sombreros de ala ancha volvieron a inclinarse—. ¿Cómo lo sabéis? —Los sombreros se detuvieron en plena inclinación. Unos ojillos como grosellas miraron desde las sombras—. Lo único que habéis hecho en vuestra vida es perseguir gente. Si sois buenos, tendréis que probármelo. Enfrentádoos a mí. —Dejó que meditaran un instante sobre ese punto y luego volvió a azuzarlos—: Yo creo que este viejo podría con los dos a la vez. ¿Qué opináis?

Por la forma en que reaccionaron a sus palabras, el señor Jericó supo que debían de ser clones, tal vez incluso clones pseudo—simultáneos dado que sus ojos brillaron pseudo—simultáneamente al oír el desafío.

—Aceptado —dijo JuanAlfa.

—Lo mismo digo —dijo JuanBeta.

El señor Jericó reprimió una sonrisa de triunfo. Los tenía calados, y al saber eso, supo también que podría derrotarlos. Un verdadero profesional lo habría cosido a tiros desde la entropierna a la frente inmediatamente después de haberle dado los buenos días. Aquellos gemelos clínicos eran vanidosos y si tenían el defecto de la vanidad también tendrían otros defectos que explotar.

—Delante del bar —les dijo el señor Jericó—. Todo el pueblo será zona libre de fuego. —La forma telegráfica de hablar de los clones era contagiosa—. Nada de civiles, ni rehenes, ni venenos, reglas formales. Sólo pistolas de agujas. Supongo que las lleváis encima. Bien. Os espero allí... a mediodía.

No, era la hora de la siesta. Y la hora de la siesta era tradicional—mente inviolable. No se podía permitir que nada molestara el reposo del pueblo moribundo durante el calor del mediodía.

—Lo siento, es una antigua costumbre, ha de ser a las quince horas.

En Camino Desolación cuando las huestes de los Cinco Cielos anunciaran el segundo advenimiento del Pantocristo también tendrían que esperar hasta después de la siesta.

El señor Jericó se plantó en medio del polvo de las quince horas, debajo del reloj del bar, vapuleado por la tormenta temporal, y se acordó de cuando lo hacían arrodillar.

Arrodillado en el Salón de las Diez Mil Velas (no era un nombre inapropiado, lo habían puesto a contarlas en cierta ocasión como castigo por una falta de su niñez: 10.027) tratando de otorgarle un sentido a los enigmáticos ruanos del Paternóster Augustine. Limitado como era entonces, despojado de las almas de sus antepasados, los dilemas del Paternóster Augustine le habían parecido inútiles; pero en ese momento, atesoraba su sabiduría.

«Utiliza los sentidos —le había dicho el Paternóster Augustine una y otra vez—. Utiliza todos tus sentidos. Piensa en el conejo.»

Ah, pero llevaba cinco años metido en su madriguera y se había hecho viejo, y a pesar de que últimamente había vuelto a retomar las Disciplinas Damantinas para impedir que los músculos se le tensaran y los huesos le crujieran, ya no era el mismo hombre de antes. Ah, pero qué paliza les habría dado entonces en un abrir y cerrar de ojos a esos mozalbetes. Entonces. Porque en ese momento el enfrentamiento iba a ser entre sus sentidos y la identidad—telepatía. La magia brujeril. Escupió tres veces en el viento y cruzó los dedos de las manos y de los pies.

Nadie se sorprendió más que él cuando el hombrecito autómatas vestido con el verde de Deuteronomio, que había tocado la hora de Camino Desolación, desafió su mecánica congelada por el tiempo para salir bailando y tocar la campana de bronce con su martillito. Al último toque de las quince, el hombrecito se detuvo artríticamente para siempre y dos pares de botas de gaucho de tacón alto, confeccionadas artesanalmente con cuero, levantaron el polvo y volvieron sus puntas hacia los gruesos zapatones gastados del señor Jericó.

—¿Reglas formales?

—Reglas formales.

—¿Nada de venenos?

—Nada de venenos.

—Empecemos, pues.

Dos agujas de acero levantaron nubéculas de cal seca de la pared que se alzaba al final de la calle.

«¡Vaya si son rápidos! —El señor Jericó salió arrastrándose del extremo más alejado del porche debajo del cual había rodado para cubrirse. Una aguja le había rozado el lóbulo de la oreja izquierda y se había enterrado en una tabla combada del porche—. Rápidos, muy rápidos, ¿demasiado rápidos para un viejo?»

El señor Jericó saltó detrás de un murete y lanzó su primera aguja a la figura veloz como serpiente y vestida de seda negra que le había disparado.

«¡Corre, corre, corre!», gritaron los Antepasados Exaltados, y corrió, corrió, corrió justo en el instante en que una serie de agujas llenaban de agujeros y partían el yeso blanco del lugar donde había estado agazapado. «Recuerda siempre que son dos», le dijeron las almas del limbo.

«¿Cómo podría olvidarlo?», les contestó, y con un elegante movimiento gatuno rodó y disparó a la vez.

La aguja aulló lejos de la figura de negro sombrero que se descolgaba del tejado.

«Uno en la calle, otro en el callejón. Te hacen correr. Hazlos correr tú también. Construíste este pueblo con tus propias manos y te lo conoces. Utiliza ese conocimiento.»

Los Antepasados eran dogmáticos. El señor Jericó zigzagueó por la calle de Alimantando hacia la zona de jungla perdida en el tiempo y recibió una serie de agujas cada vez más cerca de los talones. Saltó hacia el porche de la Tienda de Ramos Generales de las Hermanas de Pentecostés y la última aguja se clavó en la huella de su zapatón.

«Son buenos. Un equipo perfecto. Lo que ve uno, lo ve el otro, lo que sabe uno, lo sabe el otro.»

Controló conscientemente la respiración sometiéndola a la Modalidad Armónica, y dejó que sus Antepasados lo colocaran en el estado sensorial de la Praxis Damantina. El señor Jericó cerró los ojos y oyó como las motas de polvo se depositaban en la calle. Inspiró hondo por la nariz, rastreó un olor a sudor caliente y tenso, se asomó a una ventana y lanzó dos agujas.

El conocimiento. Un recuerdo espontáneo, exigente como suelen ser los recuerdos espontáneos, surgió en su cabeza: el jardín del Paternóster Augustine; una pérgola entre árboles y pájaros cantores, hierba aterciopelada bajo los pies, en el aire aroma a tomillo y a jazmín, allá en lo alto, el ópalo jaspeado del Mundomadre.

«Aprende cuanto puedas —dijo el Paternóster Augustine sentado en el lepidoptario donde había raras mariposas—. El conocimiento es poder. Esto que te digo no es ningún acertijo, sino un refrán cierto y muy de fiar. El conocimiento es poder.»

«El conocimiento es poder —repitió el coro apiñado de todas las almas—. ¿Qué sabes de tus enemigos que te otorgue poder sobre ellos? Son clones idénticos. Han sido criados en medios idénticos por lo cual han desarrollado las mismas respuestas a los mismos estímulos; así, se los puede considerar como una sola persona en dos cuerpos.»

Aquel era todo su conocimiento sobre JuanAlfa y JuanBeta. El señor Jericó ya sabía cómo derrotarlos.

Una sombra, escudada tras el soporte de una bomba, disparó una aguja. El señor Jericó movió la cabeza en el instante en que notó que la estructura metálica se enfriaba bajo la sombra del hombre. Se escabulló del porche de la Tienda de Ramos Generales, se arrastró como un tigre por la jungla de lianas y corrió agazapado por los campos de maíz hasta llegar a su destino. La planta de energía solar. El señor Jericó se arrastró por el suelo, boca abajo, y recorrió el dominio de reflejos geométricos con la antigua pistola de agujas apretada contra el pecho. Sonrió débilmente. Dejaría que esos dos listillos fueran a buscarlo allí. Esperó como una vieja araña negra y seca espera a las moscas. Y fueron, avanzando cautelosos por el campo de espejos sesgados reaccionando ante los reflejos y chismorreos de la luz. El señor Jericó cerró los ojos y se dejó guiar por los oídos y el olfato. Oyó como los motores heliotrópicos movían los rombos para que siguieran el recorrido solar; oyó como el agua gorgoteaba por los negros tubos de plástico; oyó los sonidos y olió los aromas de la confusión de los clones al verse reproducidos en el laberinto de espejos. El señor Jericó oyó como JuanAlfa se volvía y disparaba a la figura que surgía a su espalda. Oyó como el vidrio se rompía y formaba una telaraña de fisuras: el reflejo de la figura tenía un disparo en el corazón. Siguió un instante de silencio y supo que los Juanes consultaban, determinaban la posición de cada uno para no dispararse. Concluida la consulta telepática, se reanudó la cacería. El señor Jericó se levantó hasta quedar en cuclillas y aguzó el oído.

Oyó el sonido de pasos sobre el suave polvo rojo, pasos que se acercaban. Logró deducir que su blanco estaba momentáneamente vuelto de espaldas por el sonido que hicieron sus talones sobre la tierra. El señor Jericó olió el sudor humano. Uno de los clones se internaba en la fila de espejos. El señor Jericó cerró los ojos con fuerza, se puso en pie y disparó sosteniendo la pistola con ambas manos. La aguja le entró a JuanAlfa (o tal vez JuanBeta, la distinción no tenía importancia) justo entre los dos ojos. En su frente apareció la manchita roja como marca de casta. El clon lanzó un curioso graznido y cayó al suelo. De las profundidades del laberinto de espejos surgió el eco de un lamento; el señor Jericó sintió el calor de la satisfacción al correr a paso largo entre las filas de reflectores en dirección al grito. El gemelo había compartido la muerte de su hermano clónico. Había sentido como la aguja se le deslizaba hacia el cerebro anterior para hender la luz, la vida, el amor, porque eran una sola persona en dos cuerpos. Tal como habían deducido el señor Jericó y sus Antepasados Exaltados. El señor Jericó encontró al hermano jadeante y tirado en el suelo, con la mirada fija en la cúpula elevada del cielo. En la frente llevaba un pequeño estigma de sangre.

—No debisteis haberme dado ninguna oportunidad —dijo el señor Jericó, y le disparó en el ojo izquierdo—. Novatos.

Regresó al BAR/Hotel, donde el hombrecito vestido de verde Deuteronomio se había inmovilizado para conmemorar el último duelo de pistolas. Se dirigió a la barra y le pidió a Kaan Mándela que dejara lo que estuviera haciendo, metiera todas sus posesiones mundanas en una maleta y lo acompañara en ese mismo instante a los lugares importantes del mundo, donde juntos volverían a recuperar todo el poder, el prestigio y la fuerza transplanetaria que habían pertenecido al Paternóster Jericó.

—Si esos dos eran lo mejor que tenían, ninguno de ellos está a la altura de este viejo. El tiempo los ha ablandado, mientras que el desierto me ha envejecido y endurecido como la raíz de un árbol.

—¿Por qué yo? —le preguntó Kaan Mándela mientras la cabeza le daba vueltas y más vueltas por lo inesperado de la propuesta.

—Porque eres hijo de tu padre —respondió el señor Jericó—. Llevas la maldición familiar del racionalismo, igual que Limaal la llevó antes que tú. La veo, la huelo, oculta en ese olfato que tienes para el dinero y los negocios; en el fondo quieres orden, poder y una respuesta a todas las preguntas, y el lugar adonde nos dirigimos será una característica sumamente útil. ¿Me acompañarás?

—Claro. ¿Por qué no? —replicó Kaan Mándela con una sonrisa.

Y esa misma tarde, armados únicamente con una antigua pistola de agujas con culata de huesos humanos, los dos secuestraron el expreso Ares de las 14:14 y lo desviaron a la Estación de Bram Tchaikovsky en Belladonna, y de allí a un destino tan glorioso como terrible.

68

Ahora que había llegado el último verano, a Eva Mándela le gustaba trabajar al aire libre, bajo la sombra del magnolio que había junto a la puerta principal de su casa laberíntica. Le gustaba sonreír y hablar con extraños, pero estaba tan increíblemente vieja que ya no habitaba en el Camino Desolación de la Decimocuarta Década sino más bien en un Camino Desolación construido y poblado con los recuerdos de cada una de las décadas transcurridas desde la invención del mundo. Muchos de los extraños a los que sonreía y con los que hablaba eran, por lo tanto, recuerdos, igual que los peregrinos y turistas para los que, cada mañana, exponía sus colgantes tejidos a mano, adornados con los diseños tradicionales (tradicionales por el hecho de que ella los había inventado y resultaban curiosos para su época y lugar) de cóndores, llamas y hombres y mujeres pequeñitos tomados de la mano. Algunas veces, aunque cada vez con menos frecuencia, se oía tintinear unos dólares o centavos en su caja del dinero; entonces, Eva Mándela levantaba la vista de su telar de tapices y recordaba el día, el mes, el año y la década. En señal de gratitud por haberla devuelto a la Decimocuarta Década, o por haberla alejado, quizá, de su empeño por negarla, devolvía siempre el dinero a los turistas que en su búsqueda de curiosidades le compraban sus tejidos. Después, reanudaba la conversación con los huéspedes invisibles.

Una tarde de principios de agosto, se acercó a ella un forastero que le preguntó:

—Ésta es la casa de los Mándela, ¿verdad?

—Sí —respondió Eva Mándela, que trabajaba en su tapiz de la historia de Camino Desolación.

No logró precisar si aquel forastero era real o producto de sus recuerdos. Era un hombre alto, oscuro y coriáceo, que vestía un largo abrigo gris del desierto. En la espalda llevaba una voluminosa mochila,

sumamente compleja, de la que salían cables retorcidos y antenas. Se parecía demasiado a un recuerdo como para ser real, pero estaba demasiado cubierto de polvo y olía mucho a sudor como para ser enteramente recuerdo. Eva Mándela no lograba recordar su nombre.

—¿Está Rael? —preguntó el forastero.

—Mi esposo ha muerto —respondió Eva Mándela. La tragedia era tan antigua, estaba tan fría y rancia que ya no resultaba trágica.

—¿Está Limaal?

—Limaal también ha muerto. —Pero a veces, el recuerdo de su hijo y de su marido la ayudaba a pasar las largas tardes mientras en su memoria revivía los viejos tiempos—. En estos momentos, Rael, hijo, mi nieto, está en los campos, si desea hablar con él.

—Rael, hijo, es un nombre que desconozco —dijo el forastero—. De manera que hablaré contigo, Eva. ¿Podrías decirme en qué año estamos?

—El ciento treinta y nueve —respondió Eva Mándela, regresando del desierto de fantasmas al verano moribundo, y atravesando, de paso, el lugar del reconocimiento que le permitió recordar el nombre y el rostro del forastero.

—¿Tan pocos han transcurrido? —dijo el doctor Alimantando. Sacó la pipa del bolsillo de su abrigo, la llenó y la encendió—. O mejor dicho, ¿tantos? En los próximos dieciocho meses, o quizá los últimos tres años estuve intentando averiguar lo ocurrido, o mejor dicho, lo que va a ocurrirle al pueblo. La exactitud resulta un tanto engañosa cuando los saltos son muy largos: hace diez minutos me encontraba a ocho millones de años de aquí.

A Eva Mándela no le pareció maravillosa ni la distancia recorrida por el doctor Alimantando ni la velocidad con que la había recorrido, sino el hecho de que hubiera regresado; porque incluso ella, que lo había conocido personalmente en los primeros días del asentamiento había llegado a creer a cuantos decían que el doctor Alimantando era tan legendario como la persona verde en busca de la cual había partido.

—Entonces ¿no has encontrado a la persona verde? —le preguntó mientras colocaba un nuevo hilo color gris como el desierto.

—No encontré a los seres verdes —respondió el doctor Alimantando dándole una larga chupada a la pipa—. Pero lo que sí hice fue salvar al pueblo, que era mi principal preocupación. Al menos eso sí que lo he logrado, y me siento contento, aunque jamás recibiré una palabra de agradecimiento o elogio porque nadie lo sabrá nunca. Hasta yo mismo me olvido a veces; creo que vivir en dos líneas temporales me está borrando los recuerdos de lo que es y no es la historia.

—¿De qué estás hablando, tonto? —lo regañó Eva Mándela.

—Del tiempo y de la paradoja, de la formación de la realidad y la historia. ¿Sabes cuánto tiempo ha pasado desde aquella noche en que me metí en el tiempo? —Levantó un dedo largo—. Pues eso, un año. Para mí. Para ti... ¡vaya, Eva, si casi no te reconozco! Cuánto ha cambiado todo. En ese año viajé en uno y otro sentido por las líneas temporales, hacia arriba y hacia abajo, hacia adelante y hacia atrás. —El doctor Alimantando observó como los dedos de Eva Mándela unían los hilos, retorciéndolos, para formar la urdimbre y la trama—. Viajar por el tiempo es como tus tejidos —dijo—. No existe un solo hilo que va del pasado al futuro, sino muchos, y al igual que tus urdimbres y tus tramas, se entrecruzan y se mezclan para formar la tela del tiempo. He visto la tela y he calculado su ancho, y he visto tantas cosas, extrañas y maravillosas, que si tuviera que contártelas todas debería quedarme hasta el anochecer.

Fue lo que hizo. Cuando hubo terminado de referirle sus aventuras en selvas de plástico desaparecidas millones de años antes, de bosquejar en sus cuadernos de notas la flora y la fauna de polímeros, y de contarle sus excursiones por los logros futuros de la humanidad, las colosales hazañas de la ciencia y el saber que consiguieron la joya de la corona de esa era, y que hicieron que la formación del mundo por parte del hombre fuera

algo nimio y trivial; cuando le hubo referido sus viajes por la jungla planetaria de árboles maduros y floridos en busca de hombres que ya nada tenían de humanos, porque estaban ya tan transformados por su propia obra que habían adoptado la forma de carnosas mezclas rojas de órganos, criaturas bulbosas y arbóreas con duros caparazones y fuertes tentáculos que con sus inteligencias eran capaces de convertir a la realidad en abismos del Multiverso para poder comulgar con las voluntades interdimensionales que allí presidían; cuando hubo terminado de contarle todo esto y como había visto al sol cubrirse de hielo y como había caminado sobre la roca de tibia lava en la tierra recién nacida mientras a su alrededor caían los relámpagos bifurcados del Génesis, y como había visto a Santa Catalina plantar el Árbol de los Orígenes del Mundo en la desnuda roca rojiza de Chryse y como había estado en la cima de Olímpica, la más elevada de las montañas para ver el cielo violeta con el fulgor de los rayos emitidos por los partacs mientras ROTTECH luchaba contra los invasores ultramundanos conocidos como los Celestiales, el primer día de la Decimosegunda Década, y como esa misma mañana, aquella misma mañana, había desayunado con té de menta en el casquete de hielo planetario mientras el sol moribundo y desvaído llenaba el horizonte, y alrededor de su tienda, bajo la superficie del hielo, se arrastraban los peculiares dibujos geométricos que, según dedujo, debían de ser los restos de la humanidad de esa época de exterminio; cuando hubo terminado de referirle todo esto, las sombras

se habían alargado bajo el magnolio, en el aire flotaba el frescor del atardecer, el anillo lunar comenzaba a brillar en lo alto del cielo y Eva Mándela había hilado en su tapiz al doctor Alimentando y todas sus historias de maravillas y horrores en un nudo de verde jungla, violeta de guerra, rojos cálidos y helados azules, entre los que se mezclaba el hilo gris del viajero del tiempo.

—Pero —dijo el doctor Alimantando—, en ninguna parte de mis viajes por las eras del mundo encontré la época de los seres verdes. Sin embargo, toda la historia está diseñada con sus huellas. —Miró fijamente el brazalete plateado del anillo lunar—. Incluso este lugar. Quizá este lugar más que ningún otro, creo. Fue un ser verde el que me guió hasta aquí para que fundara Camino Desolación.

—Serás tonto —le dijo Eva Mándela—. Todo el mundo sabe que Camino Desolación se fundó gracias a un permiso legal de ROTTECH.

—Hay historias e historias —dijo el doctor Alimantando—. Desde que vagué libre por el tiempo he logrado atisbar tantas otras historias que corren paralelas a ésta que ya no sé cuál es la verdadera y la real. Camino Desolación tuvo otros comienzos y otros finales.

Por primera vez, el doctor Alimantando se dio cuenta de lo que estaba confeccionando Eva Mándela.

—¿Qué es esto? —inquirió con más sorpresa de la que ningún otro tapiz habría podido causar.

Eva Mándela que lenta y suavemente se había vuelto a deslizar hacia el desierto de fantasmas dio un respingo y volvió al presente al oír la pregunta sorprendida de su huésped.

—Es mi historia —repuso—. La historia de Camino Desolación. Todo lo que ocurre pasa a formar parte del tejido que ves en este bastidor. Incluso tú. ¿Lo ves? La historia es como tejer; cada personaje es un hilo que entra y sale de la trama de los acontecimientos. ¿Lo ves?

El doctor Alimantando se desabrochó su largo guardapolvo y sacó de él un rollo de tela. Lo extendió ante Eva Mándela. La anciana lo miró con ojos miopes bajo la luz plateada del anillo lunar.

—Éste es mi tapiz. ¿Cómo has conseguido mi tapiz?

—Lo conseguí hace tiempo. Ésta no es mi primera visita a Camino Desolación.

No le dijo dónde lo había encontrado, clavado a su bastidor entre las ruinas cubiertas de polvo de la misma casa ante la que se encontraba sentado en un Camino Desolación

futuro, muerto, vacío, tragado por el polvo. No quería asustarla. Eva Mándela golpeó la tela con el dedo índice.

—¿Lo ves? Esos hilos todavía no los he tejido. Fíjate, un hilo verde y otro pardo como el polvo y... —De repente sintió miedo y reaccionó con rabia—. ¡Llévatelo, no quiero verlo! No quiero leer cómo será el futuro, porque por ahí, en alguna parte, está tejida mi muerte, mi muerte y el fin de Camino Desolación.

Entonces, Rael, hijo, regresó de los campos de maíz para entrar a su abuela en la casa y darle la cena, porque, con frecuencia, se internaba tanto en el desierto de recuerdos que se olvidaba de meterse en la casa cuando caía la noche fría. Temía por su fragilidad, aunque la anciana era más fuerte de lo que él hubiera podido pensar; temía que su abuela se convirtiera en hielo ahí fuera cuando caía la noche.

En los últimos días de la historia, muchas de las antiguas tradiciones volvieron a instaurarse y a recuperar sus lugares de privilegio. Entre ellas se encontraba la tradición de la hospitalidad de puertas abiertas con los forasteros. El doctor Alimantando ocupó el sitio de honor en la mesa y entre bocado y bocado de cordero pilaf de Kwai Chen Pak, se enteró por qué estaban vacías las sillas dispuestas alrededor de la rústica mesa de roble desértico. En el curso de aquella vieja tragedia, le fue explicado gran parte de cuanto le había parecido extraño al salir del tiempo, y el año que pasó viajando por esa historia le había otorgado un cierto desapego de los acontecimientos, incluso de los acontecimientos acaecidos a los amigos de un pueblo que él mismo había inventado. Aunque la historia del pueblo provocaba más preguntas de las que contestaba, la tormenta temporal aclaró un enigma de la mente del doctor Alimantando. Logró entender por qué no había sido capaz de llegar a los acontecimientos del período central que había llevado a la destrucción final de Camino Desolación: la devanadora de tiempo enloquecida (según sus cálculos el motivo más probable) había generado a su alrededor una zona de repulsión cronocinética cuya fuerza aumentaba cuanto más se acercaba él al corazón del misterio, situado a tres años de distancia. Consideró la posibilidad de viajar hacia atrás en el tiempo, hasta antes de la batalla de Camino Desolación, y vivir de incógnito durante toda su duración. La idea lo tentaba muchísimo, pero sabía que si lo hacía la historia de la que acababa de enterarse volvería a escribirse.

La brillante ilusión de viajar hacia adelante y hacia arriba relucía ante él como un cirio pascual. Mientras avanzaba la cena, sintió como la muerte se iba acumulando alrededor de la mesa, la muerte y los fantasmas de los muertos y el cansancio que calaba los huesos de Camino Desolación, y entonces supo que en su pueblo ya no había futuro para él. Ruinas, una mezcolanza de imposibilidades varias, polvo, deterioro, sueño. Camino Desolación se moría. Su excéntrica idea de un lugar donde todos fueran bienvenidos había pasado a la historia. El mundo se había vuelto demasiado cínico para semejante inocencia.

A años luz de la ventana del dormitorio que Kwai Chen Pak le había dado al doctor Alimantando brillaban las estrellas. Recordaba la época en que le habían parecido cercanas y cálidas, atrapadas en las ramas de los álamos la noche en que se celebró la primera fiesta del mundo. Recordó la inocencia, la candidez y de repente, la carga de su sueño le pareció demasiado pesada.

El tiempo era vasto. Los seres verdes disponían de toda la eternidad para ocultar sus brillantes ciudades. Mientras durara su búsqueda no podría sentirse decepcionado. Esa noche el viento del desierto olía a verde, y las luces del anillo lunar tintineaban como campanitas movidas por una brisa. Se apartó de la ventana para dormirse arropado por su decepción y se encontró con la persona verde, colgada cabeza abajo del techo, como una verde salamanquesa doméstica.

—Saludos de los descreados —le dijo—. Nosotros, los imposibles, os saludamos a vosotros, los demasiado probables.

Presas del sobresalto, el señor Alimantando se sentó en la cama.

—Oh —dijo.

—¿Es todo lo que puedes decir?

La persona verde se paseó por el techo golpeteándolo con sus patitas verdosas.

—En ese caso, ¿cómo es posible entonces que después de buscarte desde el principio hasta el final del mundo no haya podido encontrarte?

—Porque he salido de la noexistencia para saludarte.

—O sea que después de todo eres obra de mi imaginación.

Kwai Chen Pak le había puesto hierbas secas debajo de la almohada para facilitarle los sueños benéficos; su verde fragancia llenó de pronto la habitación.

—No más de lo que tú eres producto de la mía. —La persona verde miró fijamente al doctor Alimantando con sus ojos verdísimos—. ¿Te acuerdas que hablamos del destino? Sólo que nos referíamos a la densidad, y no al destino. Verás, éste no era tu destino y como no era a tu destino al que yo te conducía disfrazado de ramita de brécol, hemos sido descreados.

—Explícate, criatura llena de enigmas.

La persona verde se bajó del techo, ágil como un gato, giró en el aire y acabó acurrucada en el suelo, como un sapo verde. Como sapo parecía más hombre que en su forma de lagartija, pero así de cerca, resultaba tan extraño que el doctor Alimantando se estremeció.

—Camino Desolación no debió existir nunca. Fallamos una vez cuando te perdiste por aquí y fundaste el asentamiento, pero pensamos que daba igual, el cometa se dirigía hacia aquí y el destino estaba asegurado. Volvimos a fallar por segunda vez, de forma catastrófica cuando vino el cometa. Os habría destrozado en pedazos y os habría enviado en una diáspora hasta los confines más alejados del globo; pero tú jugaste con la historia y salvaste a tu pueblo a cambio del precio de la realidad por consenso, dando por sentado que esas palabras son misteriosas e ilusorias.

Con dedos húmedos, la persona verde dibujó en el suelo de baldosas unas vías férreas y desvió trenes por una serie compleja de puntos.

—La realidad, los ferrocarriles y el tejido. Con sus tapices, Eva se ha acercado bastante, pero no tiene hilo suficiente como para tejer las otras historias de Camino Desolación. Yo soy uno de los pellejos de esas historias no tejidas; no existiría de no haberse producido la gran tormenta temporal que rompió momentáneamente los velos entre nuestras realidades y me permitió salir de mi irrealidad, mi tejido alternativo, para viajar a mi antojo.

—¿Cómo has podido...?

Cinco dedos verdes como judías se levantaron para hacer la señal de la paz y el silencio.

—Nuestra cronociencia es superior a la tuya. Ten paciencia, mi relato no durará mucho. En otros tiempos, cruzaste el Gran Desierto y al llegar a su frontera verde más alejada, te estableciste en la pequeña comunidad de El Francés, un pueblo no muy diferente del que abandonaste en Deuteronomio, con la única excepción de que sus habitantes no te tacharon ni de demonio, ni de hechicero, ni de devorador de niños.

—Resulta refrescante saberlo.

Detrás de la ventana, el viento había comenzado a soplar; los fantasmas y el polvo volaban por los callejones para arremolinarse alrededor de la casa de los Mándela.

—El hecho de que cuidáramos de ti..., por cierto, no fui yo..., hizo nacer la fascinación por las extrañas tonalidades de nuestros pellejos. «Personas verdes —pensaste—, ¿cómo es posible?» Buscaste, experimentaste y hurgaste; en pocas palabras, he de ser breve pues tiendo a incurrir en la verborrea, desarrollaste una cepa de vegeplasmas simbiotes que, unidos al torrente sanguíneo humano, lo hicieron capaz de extraer, mediante fotosíntesis, alimentos del agua y la luz del sol, y de rastrear minerales tal como lo hacen nuestros primos de raíces sésiles. —La persona verde volvió su espalda verde

manzana para que el doctor Alimantando la inspeccionara—. Observa, no tengo ano. Una de las modificaciones que introdujimos en tu diseño original, además del hermafroditismo, aunque dudo que hayas reparado en ese detalle, fue el polimorfismo psicológico, característica que te permite verte de muchas maneras diferentes, así como una Conciencia íntima, mediante la cual, igual que tus primas sésiles, las plantas, tenemos una percepción directa del Universo en lugar de a través de las analogías y los análogos que emplea la percepción humana; de este modo, somos capaces de manipular directamente el tiempo y el espacio.

Tal vez fuera una ilusión óptica del plateado anillo lunar, o tal vez fuera obra de tanta probabilidad y paradoja temporales, pero las facciones de la persona verde se volvían más humanas y menos verdes y extrañas.

—Pero nada de esto ocurrió —se quejó el doctor Alimantando—. Jamás crucé el Gran Desierto, de modo que tú nunca llegaste a existir.

—Digamos más bien que las probabilidades se vieron radicalmente alteradas. Las probabilidades de quien te guió por el Gran Desierto quedaron notablemente reducidas, mientras que las mías fueron notablemente aumentadas. Las líneas del tiempo convergen, ¿recuerdas? Pues bien, el cometa venía hacia aquí, viva, viva, llevaba tres años y un día en camino. La historia después que tú abandonaste Camino Desolación sería ligeramente distinta: los lugares, las épocas, los personajes, pero las líneas del mundo convergen. —Los dedos, simulando trenes expresos, chocaron de frente en la línea principal dibujada con saliva—. Los seres verdes volverían a surgir de tu mente arrojados por Afrodita, doctor A, y se alejarían por el tiempo para ir en busca de una era y una civilización que los acogiera. Porque fueron perseguidos, ¿sabes? El mundo puede aceptar pieles morenas, amarillas, rojizas, negras, incluso de color blanco sucio, pero ¿verdes? ¿Verdes?

—Tú mismo me revelaste el secreto de la Inversión Temporal que era la clave del cronodinamismo, gracias a él salvé a Camino Desolación del cometa... y te destruí.

—Buen razonamiento, mi querido doctor, pero no es del todo correcto. No me aniquilaste, sino que me diste la vida. Soy el producto del torrente de acontecimientos que pusiste en movimiento.

—Me fatiga tanto enigma.

—Paciencia, paciencia, mi querido doctor. Verás, no soy la persona verde que te guió a través del Gran Desierto. Porque tú lo descreaste, pobrecillo, aunque creo que tal vez vuelva a la existencia, y tal vez vuelva a guiarte por el desierto de arenisca, el desierto de piedra y el desierto de arena. Las líneas del tiempo convergen. No, yo soy otra persona verde bien distinta. A lo mejor ya me has visto antes.

El doctor Alimantando analizó las facciones verde cromo y le resultaron un tanto familiares, un recuerdo, un reconocimiento indefinido moldeado en jade.

—Y ahora, la parte completamente inaceptable de la noche —anunció la persona verde—. Aunque no debería existir, existo. Por lo tanto, ha de haber una razón extracientífica que me justifique, una causa milagrosa. —La persona verde hizo equilibrio sobre una pierna—. Una pierna, diez piernas, mil piernas, un millón de piernas: todas las piernas de la ciencia jamás quedarán equilibradas a menos que se apoyen en la pierna de lo milagroso. —La persona verde apoyó la pierna en el suelo, se inclinó y se estiró—. La ciencia que no incluya todo aquello que no puede explicar no es ciencia.

—Tonterías supersticiosas.

—Esos arbóreos que vivían en los árboles y que tú visitaste, también tienen una ciencia, el estudio de lo no estudiable. Las cosas que nosotros llamamos místicas y mágicas, las ciencias de los órdenes superiores de la organización que destila como dulce néctar por las serpentinatas de la Hélice de la Conciencia: he ahí su estudio. Estudian lo no estudiable para saber lo no conocible: ¿qué tiene de grande el conocer sólo lo que puede conocerse?

—Acertijos haces reinar rápidamente en tus rimas —le dijo el doctor Alimantando, que ya comenzaba a perder los estribos.

—¡Aliteración! ¡Me encanta la aliteración! ¿Quieres un acertijo? Ahí va uno: ¿cómo me llamo?

El doctor Alimantando carraspeó molesto y se cruzó de brazos.

—Mi nombre, mi querido doctor. Si sabes mi nombre, lo sabrás todo. Te daré una pista: es un nombre propio, no es una ensalada de letras ni de números, es un nombre de hombre.

Y por el mismo motivo que las personas, por más reticentes que se muestren, son incapaces de resistirse al juego del «veo veo», el doctor Alimantando comenzó a adivinar nombres. Y adivinó nombres y más nombres en la oscura y fría noche, pero la persona verde, acucillada entre las pegajosas vías férreas, con el paso de las horas, se fue haciendo cada vez más implacablemente familiar y a cada nombre sacudía la cabeza y decía «no no no no no». El doctor Alimantando siguió adivinando hasta quedarse ronco y los primeros albores de la madrugada comenzaron a iluminar el borde del mundo, pero la persona verde seguía contestando «no no no no no».

—Dame otra pista —graznó el doctor Alimantando.

—Una pista, una pista —canturreó la persona verde—. Pues te daré una pista. Amigo mío, se trata de un nombre común de tu antigua tierra natal. Soy un hombre de la verde Deuteronomio.

El doctor Alimantando citó cada uno de los apellidos que recordaba de sus días de juventud en Deuteronomio.

—... Argumangansendo, Amaganda, Jingsang, Sanusangendo, Ichigang... —pero la persona verde continuaba sacudiendo la cabeza (y con cada sílaba de los nombres trabalenguas de Deuteronomio se iba haciendo más y más familiar) y diciendo «no no no no no». Mientras el mundo inclinaba el borde por debajo de la periferia del Sol, la imaginación del doctor Alimantando quedó vacía y dijo—: Me doy por vencido.

—¿Los has mencionado todos?

—Todos.

—No es del todo cierto, mi querido doctor. Te has olvidado de uno.

—Ya lo sé.

—Dime ese nombre.

—Alimantando.

La persona verde tendió la mano y tocó con su dedo un dedo del doctor Alimantando y sus manos se fundieron y penetró con una chispa de luz verde hasta el corazón del misterio. El Anillo del Tiempo, el gran Annulus dentro del cual daban vuelta todas las cosas, debía curarse de las heridas que habían abierto su manipulación del tiempo. Desde el centro del anillo, y más allá de su borde, fluía el milagro que había irrumpido en el tiempo para asegurar que las personas verdes existieran haciendo de él su propia creación. Desde hacía eones, uno de los hijos del futuro lo conduciría sin ayuda ajena por el Gran Desierto: la persona verde no era la persona verde que tenía delante en ese momento, porque aquella era su futuro yo. Supo entonces de dónde habían salido los garabatos en tiza roja de su techo. Se había concedido su más grande deseo, y al hacerlo, se había embarcado en el verde tiovivo cronodinámico, que al principio lo había alejado de su destino para ser el padre de los seres verdes, pero con el tiempo, lo había devuelto a ese milagroso momento de génesis. El Gran Annulus estaba cicatrizado y entero. El futuro quedaba asegurado y el pasado permanecía inmutable.

—Sea pues —dijo el doctor Alimantando.

Un verdor milagroso fluyó de los dedos de la persona verde y tino al doctor Alimantando. Su mano, su muñeca y su brazo se tiñeron del color de la hierba. El doctor Alimantando gritó, alarmado.

—Sentirás algo de dolor —le advirtió la persona verde—. Siempre ocurre así al nacer.

Con unos dedos verdes y plenos, el doctor Alimantando se arrancó las ropas y vio como la verde marea le surcaba todo el cuerpo. Cayó al suelo dando un grito, porque a pesar de que de su forma externa ya había desaparecido la última traza de moreno, el hombre interior apenas comenzaba a transformarse. La sangre verde fluyó por sus venas desplazando el fluido rojo carne. Las glándulas hormonales se arrugaron para volver a hincharse con formas nuevas, los órganos se retorcieron y encogieron al dictado de las extrañas funciones de la verde licantropía. En su interior los jugos gotearon, las glándulas se agitaron y se desmoronaron los espacios vacíos. El doctor Alimantando rodó por el suelo y se retorció durante un tiempo irracional y entonces, la transformación quedó completa. La luz del amanecer entraba por la ventana y el doctor Alimantando la utilizó para explorar su nuevo cuerpo.

—De ti a mí, de mí a ti, de nosotros a nosotros —canturreó la persona verde—. Contempla tu futuro yo. —Las dos personas verdes se enfrentaron cual dos estatuas gemelas de jade—. El futuro debe conservarse, los seres verdes deben nacer, por lo tanto el milagro se ha abierto paso y te convirtió a ti en mí. ¿Me acompañarás ahora? Tenemos mucho que hacer.

—Muchísimo —convino la persona verde.

—Y tanto —dijo la persona verde; de pronto, la habitación se llenó de aroma a heno recién segado, a bosque de secoyas y a tierra recién roturada después de la lluvia, y a ajos silvestres de los setos de Deuteronomio, y con un solo paso, los hombres verdes recorrieron un billón de años hacia el tiempo de los sueños.

A las seis menos seis minutos, Kwai Chen Pak Mándela, en avanzado estado de gestación, (y esposa de hecho y no de derecho, porque en Camino Desolación ya no existían representantes legales que reconocieran el matrimonio) subió a la habitación de huéspedes con una bandeja de desayuno y llamó a la puerta toe toe toe. Toe toe toe, nadie respondió, toe toe toe, nadie respondió, de modo que se dijo, debe de estar dormido aún, y entró despacito para dejar la bandeja junto a la cama. La habitación estaba vacía y la ventana, abierta. La cama estaba cubierta de polvo, y al parecer, no había sido utilizada. Las ropas del forastero estaban rotas y esparcidas por el suelo, y entre ellas, la curiosa Kwai Chen Pak encontró algo extraño: una piel plateada de hombre, fina como el papel, seca y escamosa; se deshizo entre sus dedos, como si una serpiente del desierto hubiera mudado allí el pellejo para desaparecer luego en el frío de la noche.

El día en que el hombre y las dos mujeres entraron en la casa sellada llovía; una lluvia pesada y penetrante caía de los cielos para castigar a la tierra. Ese martes se habían cumplido tres años sin llover. La casa sellada apestaba, olía como si algo hubiera comenzado a morir años antes pero no se hubiera muerto todavía. Rael Mándela, hijo, estaba preparado cuando encontró el cuerpo en la silla, junto al fuego; no obstante, al ver la piel apergaminada, los dientes descubiertos y la mirada de los ojos momificados, lanzó un gritito asustado. Al oír el grito, Santa Ekatrina se llevó rápidamente a Kwai Chen Pak a la casa, porque si una mujer preñada llegaba a pasar ante un cadáver, la criatura nacería muerta. Así, Rael Mándela, hijo, sacó de la casa sellada el cadáver ligero como el papel y él solo cavó una tumba no muy profunda en la tierra blanda del cementerio del pueblo. La lluvia le resbaló por la cara, el cuello y los brazos desnudos y fue llenando la tumba, y a falta de alcalde y de sacerdote que pronunciaran las palabras adecuadas, inclinó la cabeza, bajo la lluvia torrencial, y él mismo dijo las palabras de despedida. Cuando la tumba quedó cubierta de tierra blanda, clavó un cartel de madera en el que aparecían pintados los datos: «Genevieve Tenebrae: ciudadana fundadora de Camino Desolación», y como ignoraba fechas y lugares, escribió este sencillo epitafio: «Murió con el corazón

destrozado». Se dio media vuelta, salió chapoteando por el fango rojo para volver junto a su hogar y su esposa y sintió una gran congoja en el alma porque ya sólo quedaban los Mándela.

Mientras tejía en el cuarto del telar, bajo la luz de gas, Eva Mándela descubrió el final del tiempo tendido a lo ancho del bastidor. Anudó los hilos de la vida de Genevieve Tenebrae y los tejió conduciéndolos hacia la tierra. Quedaban tan pocos hilos.

—¿Adonde conducen, cuál será su futuro? —inquirió a los siseantes chorros del gas.

Ellos lo sabían, y ella también, porque ambos habían trabajado en el tapiz durante tanto tiempo que ya conocían su forma, su trama, y sabían que la forma de lo que había sido tejido exigía la forma que debía tomar lo no tejido. Se acercaba el fin de todas las cosas; todos los hilos conducían al polvo rojo y, más allá, ya no se veía nada, porque el futuro no era el futuro de Camino Desolación. Bajo la luz de las siseantes lámparas de gas, continuó tejiendo, temerosa de ese futuro, y entre sus dedos, el hilo se dirigía hacia la nada mientras la lluvia seguía cayendo.

Durante tres días el aguacero continuó cayendo como nunca lo había hecho antes, ni siquiera cuando La Mano sacó cantando del cielo seco y burlón cincuenta mil años de lluvia. Rael Mándela contemplaba la lluvia desde cada una de las ventanas de la hacienda. Desde aquellas ventanas veía como los caudalosos ríos de agua llovida arrastraban las cosechas de la temporada y tuvo la impresión de que en las pesadas gotas oía la risa del Panarcos: silabas divinas que le decían que el futuro no era para Camino Desolación. Y así siguió durante tres días, entonces las nubes se dispersaron, el sol se abrió paso entre las fatigas intestinales del cielo y un fuerte viento del sur se llevó a la lluvia y dejó al mundo humeante bajo el sol de las quince menos quince minutos. Esa noche, unos gritos quebraron la calma meditativa del desierto: unos gritos terribles, llenos de miedo y angustia, los gritos de una mujer pariendo.

—Ya, ya, ya, tranquila, mi huesecito de pollo, mi trocito de luna, deja que venga, que venga, vamos...

Rogaba Santa Ekatrina y Kwai Chen Pak, el huesecito de pollo, el trocito de luna, empujaba y bufaba y soltaba otro terrible grito que preocupó tanto a Rael, hijo, que esperaba en el salón junto con su abuela mística, que lo hizo levantarse de un alto de la silla y dirigirse al picaporte. Hacia el alba Santa Ekatrina giró el picaporte y llamó a su hijo para que entrara en el cuarto.

—Ya está a punto, pero la pobre está muy débil. Cógela de la mano y dale toda la fuerza que puedas.

El cielo comenzaba a iluminarse de rojos y dorados cuando Kwai Chen Pak abrió los ojos desorbitadamente y la boca ahahahah tan grande como para tragarse el mundo, y empujó y empujó y empujó.

—Vamos vamos vamos vamos —susurró Santa Ekatrina; Rael, hijo, cerró los ojos porque no soportaba presenciar lo que le estaba ocurriendo a su mujer, pero le aferró la mano como si no fuera a soltársela nunca más—. Vamos vamos vamos vamos.

Se oyó un grito de asombro y Rael, hijo, abrió los ojos para ver una cosita roja y chillona en brazos de su mujer y la sábana manchada de rojo y negra bilis, de malignas cosas femeninas.

—Un hijo —anunció Santa Ekatrina—, un hijo.

Rael, hijo, cogió de entre los brazos de su mujer a aquella cosita que se retorció y la sacó a la mañana, donde el sol proyectaba sombras gigantes sobre la tierra. Suave y apasionadamente, Rael, hijo, paseó al bebé por los campos arruinados y los senderos hasta el borde de los acantilados y allí lo levantó hacia el cielo y susurró su nombre al desierto.

—Harán Mándela.

Un relámpago le contestó a lo largo del horizonte. Rael Mándela, hijo, miró los vacíos ojos negros de su pequeño y en sus pupilas vio reflejado el relámpago. Aunque aquellos

ojos eran incapaces de enfocar su cara, tuvo la impresión de que veían un mundo más grande y más ancho del contenido dentro del círculo del horizonte. El tenue rugido del trueno perturbó a las cansadas ruinas de Camino Desolación, y Rael Mándela, hijo, se estremeció, pero no a causa del trueno sino porque sabía por los ojos de la criatura que tenía entre sus brazos, que era el tan ansiado y esperado ser completo que acabaría con la maldición de generaciones de Mándela, el hijo en el que lo místico y lo racional se reconciliaban armónicamente.

El trueno sacudió las rojas piedras del subsuelo donde el hilo del tiempo de Eva Mándela se enroscaba al bastidor del tapiz y los chorros de gas temblaron de ansiedad y susurraron: «polvo rojo polvo rojo polvo rojo». La historia cerraba sus fauces de lobo tras Eva Mándela: iba tejiendo en la historia de Camino Desolación acontecimientos acaecidos pocos minutos antes. El nacimiento de un hijo, el trueno; sus dedos urdían los hilos con una habilidad tan veloz que la asustaban. Era como si Camino Desolación se sintiera impaciente por deshacerse de sí mismo. Sus dedos tejieron el momento presente y continuaron hasta el futuro, hasta el final de los tiempos que recordaba del tapiz que el doctor Alimantando le había mostrado. Rojo polvo, rojo polvo, era el único hilo que quedaba, era el único color que acabaría el tapiz dejándolo entero. Enroscó una larga hebra de hilo rojo polvo en la lanzadera y completó la historia de Camino Desolación. Cuando el hilo llegó al final irremisible y la historia concluyó, Eva Mándela comprobó que los chorros de gas se estremecían y notó que una brisa extraña le acariciaba el dorso de las manos.

Terminado. El tapiz estaba terminado. La historia estaba completa. Camino Desolación, sus comienzos, sus finales, quedaron escritos allí. Pasó los dedos por los cuatro hilos que seguían hacia adelante y hacia afuera, hacia el final de los tiempos, internándose en el futuro. Uno de los hilos había comenzado pocos minutos antes, en la oscuridad creciente no alcanzaba a ver su final, aunque presintió con una repentina sorpresa mística que atravesaba las rocas y la piedra y se dirigía a un lugar que escapaba a su entendimiento.

No lograba ver dónde terminaba el hilo de su propia vida. Podía seguir su rastro desde los inicios, en la lejana Nueva Merionedd, a lo largo de las vías plateadas hacia el lugar verde en plena tormenta; vio los hilos gemelos del misticismo y el racionalismo salir de su vientre; siguió el recorrido de su hijo a lo largo de los años de tranquilidad y tragedia hasta llegar al lugar donde el hilo se unía al polvo aniquilador y allí se perdía. No terminaba, no quedaba partido ni cortado, simplemente se perdía. Sin embargo, las tonalidades de su color se esparcían por todo el tapiz. Perpleja, Eva Mándela puso el dedo en el punto de unión y la recorrió un extraño estremecimiento. Se notó la cabeza ligera, se sintió niña, perdida en la inocencia. Se sintió flotar, borrar, disolverse, todas sus esperanzas, sus sueños, sus temores, sus amores y sus odios se convirtieron en brillante polvo y cayeron sobre el tapiz. El cuerpo de Eva Mándela se volvió insustancial y transparente. Atravesó en cuerpo y alma el enrejado de hilos que formaban la historia de Camino Desolación. Porque su parte en la historia consistía en registrar los hechos, y a través de ese registro, convertirse en esa historia. El tapiz temporal brilló con el amor plateado de Eva Mándela; una ráfaga de viento extraño entró en la habitación y apagó los chorros siseantes del gas.

El viento comenzaba a soplar y arremolinarse maliciosamente, anunciando la llegada de las pardas olas de polvo que peinaban el Gran Desierto. La tormenta de polvo arrasó la tierra desértica con su huracán de agujas voladoras y la furia del relámpago. Atraídos hacia la tierra por los Ferrotropos de Cristal, los relámpagos estallaban sobre ellos convirtiéndolos en polvo negro azotado por el viento. Se acercaba la Gran Tormenta de Polvo; cuanto más avanzaba por los campos de dunas se iba volviendo más fuerte, más letal y más hambrienta. Rael Mándela, hijo, apretó al pequeño contra su pecho y corrió ante la tormenta. Las agujas de polvo lo azotaron cuando se coló por la puerta de su casa.

—Deprisa, deprisa, que viene la Gran Tormenta de Polvo —gritó.

Madre e hijo se envolvieron las cabezas con lienzos y las manos con mitones, y desafiando la abrasadora caricia de la arena, intentaron meter a los animales en el establo y cerrar las ventanas. La Gran Tormenta de Polvo se abatió sobre Camino Desolación con el grito y los aullidos de los demonios. En un instante, el aire se tornó opaco, abrasivo, mortal. Una ráfaga de arena aventada por el viento arrancó cada centímetro de pintura, lijó las superficies dejando la madera y el metal pelados. Los árboles eran alisados y cortados hasta quedar reducidos a cerillas; los soportes metálicos de las bombas eólicas brillaron plateadísimos. Los negros rombos de los colectores solares se llenaron de agujeros y se quebraron; antes de que concluyera la tarde, sus oscuros rostros de cristal quedaron convertidos en piedrecitas redondeadas por el viento.

La tormenta de polvo siguió soplando toda la noche. Kwai Chen Pak, que yacía en el lecho donde había dado a luz mientras el pequeño Harán buscaba a ciegas el pezón, escuchó el chillido del viento en las tejas y gritó atemorizada, porque de repente le pareció que todos los demonios del pasado fantasmal de Camino Desolación aullaban ansiosos por su carne. Santa Ekatrina y Rael, hijo, no oyeron los gritos de pánico irracional. A la luz de una vela recorrían las habitaciones pobladas de comentes de aire en busca de Eva, que había desaparecido al caer la tormenta sobre la casa de los Mándela. Rael, hijo, temió encontrarla muerta y con el cuerpo lijado hasta los huesos, pero Santa Ekatrina había atisbado el brillante tapiz y un miedo extraño y terrible se apoderó de ella. Sintió como si el viento hubiera barrido la casa entera y reducido sus huesos a arena. Sospechaba, pero jamás lo dijo, porque no estaba segura de creérselo, que Eva Mándela se había fundido con el tapiz para regresar a los comienzos de la historia de Camino Desolación.

Durante cinco días la tormenta de polvo castigó a Camino Desolación. El viento hacía cabriolas por los hoteles y las fondas abandonadas; barrió la cúpula en forma de huevo de la Basílica de la Mortificación Total; se arremolinó alrededor de las susurrantes chimeneas de acero de Villa Acero, y jugó con las tuberías intestinales como un armonio. Acumuló polvo sobre los esqueletos, las paredes derribadas, llenó los campos de dunas, redujo las casas a arena. Partió en dos el tocón de la casa de piedra del doctor Alimantando y desparramó libros, herramientas, alfombras, implementos de cocina, accesorios de baño, escatómetros y tanatoscopios hasta el final de la Tierra. El viento sopló y sopló y sopló, y piedra a piedra, ladrillo a ladrillo, grano a grano, mota a mota, se llevó consigo a Camino Desolación. Intentó llevarse también la casa de los Mándela; farfulló y clavó sus garras, arrancó tejas del tejado y las lanzó al aire, presa de la furia chilló a los refugiados que vivían día y noche temiendo que llegase la ráfaga que acabara levantando el tejado y las paredes para dejarlos expuestos, suaves y desnudos, a los cuchillos de la tormenta.

Y así fue durante cinco días; y a la mañana del sexto, Rael Mándela, hijo, oyó un ruido por encima del griterío del viento. Oyó el silbido de una locomotora. No era muy claro, ni se diferenciaba demasiado del silbido del viento, pero una vez que lo hubo oído no pudo volver a confundirlo.

—¡Un tren, un tren! —gritó sacudiendo a su madre, a su mujer y a su hijo, preso de la prisa por hacer las maletas de cartón—. ¡Podemos huir!

El viento había amainado lo suficiente como para permitirles que, con las cabezas envueltas en lienzos y enfundados en pesados albornoces, pudieran hacer frente a la Tormenta de Polvo. Rael, hijo, soltó a los animales de los establos. Las llamas, las cabras, los cerdos y las gallinas se internaron galopando en el polvo y desaparecieron. ¿Qué sería de ellos? Después, a ciegas, y empujada por el polvo, la familia Mándela avanzó con dificultad por las calles sofocantes del pueblo desintegrado hasta llegar a las vías férreas. Allí se acuclillaron y aguzaron el oído y escucharon el canto de la arena sobre las vías pulidas.

Camino Desolación había dejado de existir. El viento se lo había llevado todo. Las casas habían desaparecido, las calles también, igual que los campos, los hoteles y las

posadas, Dios y Mammón habían desaparecido; todo volvió a ser como había sido al principio: roca desnuda y acero. Los refugiados esperaron y esperaron. En dos ocasiones, Rael, hijo, creyó oír el silbido de una locomotora, y en dos ocasiones se incorporó de un salto, presa de la emoción, para ser decepcionado en dos ocasiones. El viento amainó, la opacidad anaranjada se hizo menos impenetrable. El pequeño Harán Mándela lloriqueaba. Kwai Chen Pak lo apretó contra ella y le dio de mamar debajo de la seguridad de sus ropas.

—¡Escuchad! —gritó Rael, hijo, con los ojos enloquecidos después de haber pasado cinco días viendo los demonios del polvo—. ¡Ahí! ¿Lo habéis oído? Yo sí. ¡Escuchad!

Santa Ekatrina y Kwai Chen Pak aguzaron el oído tal como les habían pedido y en esa ocasión sí, lo oyeron, el silbido de una locomotora, allá a lo lejos, al fondo de las vías. Una luz refulgió en medio del polvo y volvieron a oír el llamado del silbato y el último tren de la historia entró raudo en Camino Desolación y recogió a los tres refugiados.

Cuando el tren se alejó, Rael Mándela, hijo, cogió en brazos a su pequeño y lo besó. La Gran Tormenta de Polvo se había desviado hacia el norte y el sol asomaba detrás de las nubes de polvo y brillaba sobre la desolación.

Camino Desolación había desaparecido. Ya no hacía falta. Había servido su propósito y podía volver, agradecido, al polvo; concluido su tiempo, su nombre fue olvidado.

Pero aquel nombre no podía ser olvidado, porque las cosas que habían ocurrido allí en los veintitrés años de su existencia eran demasiado maravillosas como para ser olvidadas, y en el distrito del Parque de Pelnam, en Meridiana, su último hijo creció y se hizo hombre: amable, respetado y querido por todos. Un día de verano, el padre de ese hombre llamó a su hijo al jardín poblado de abejas y le dijo:

—Hijo, dentro de tres semanas cumplirás los diez años y te convertirás en nombre: ¿qué harás entonces con tu vida? Y el hijo le contestó:

—Padre, voy a escribir un libro sobre todas las cosas que me has contado, todas las maravillas y milagros, las alegrías y las tristezas, los triunfos y las derrotas.

—¿Y cómo piensas escribir ese libro? La historia contiene más cosas de las que te he contado.

—Ya lo sé —repuso el hijo—, porque la he visto escrita en esto. Le enseñó a su padre el brillante tapiz, de brillante e intrincada confección, maravilloso y mágico.

—¿Cómo lo has conseguido? —le preguntó el padre a su hijo. El hijo se echó a reír y le contestó:

—Padre, ¿tú crees en unos hombreritos verdes?

Y así, el hijo escribió ese libro, que se tituló Camino Desolación: la historia de un pueblecito del corazón del Gran Desierto, situado en el Cuarto de Esfera Noroccidental del planeta Marte, y aquí acaba ese libro.

FIN